Mijaíl Shishkin

El cabello de Venus

Traducción de Marta Sánchez-Nieves





MIJAÍL SHISHKIN

EL CABELLO DE VENUS

Traducción del ruso a cargo de Marta Sánchez-Nieves

IMPEDIMENTA

El polvo será llamado y a él le dirán:
«Devuelve lo que no te pertenece;
muestra lo que conservabas hasta el fin de los tiempos».
Pues con la palabra se ha creado el mundo y con la palabra ha sido resucitado.

Libro de Baruch, hijo de Neriah, 4, XLII

Darío y Parisátide tenían dos hijos: Artajerjes era el mayor, y el menor, Ciro.

La entrevista empieza a las ocho de la mañana. Todavía están somnolientos, arrugados y taciturnos los funcionarios, los intérpretes, los policías y los refugiados. Mejor dicho, estos todavía necesitan convertirse en refugiados. De momento solo son GS. Aquí llaman así a estas personas. *Gesuchsteller*.[1]

Entran. Nombre. Apellido. Fecha de nacimiento. Labios gruesos. Cubierto de granos. Claramente tiene más de dieciséis años.

Pregunta: Describa brevemente los motivos por los que solicita asilo en Suiza.

Respuesta: He vivido en un orfanato desde los diez años. El director me violó. Y hui. En una parada conocí a unos conductores que llevaban tráileres al extranjero. Uno de ellos me sacó.

Pregunta: ¿Por qué no acudió a la policía a denunciar a su director?

Respuesta: Ellos me habrían matado.

Pregunta: ¿Quiénes son «ellos»?

Respuesta: Están todos compinchados. El director nos metió en un coche a otro chico y a mí, también a dos chicas, nos llevó a la dacha. A su dacha o a la de otro, eso no lo sé. Y ahí estaban reunidos todos ellos, todos los jefazos, también el de la policía. Estaban bebidos y nos hicieron beber. Después nos repartieron por las habitaciones. Era una dacha grande.

Pregunta: ¿Ha comunicado todos los motivos por los que pide el estatus de refugiado?

Respuesta: Sí.

Pregunta: Describa su trayecto. ¿Desde qué país y dónde cruzó la frontera de Suiza?

Respuesta: No lo sé. Iba dentro del tráiler, con cajas por encima. Me dieron dos botellas de plástico: una con agua y otra para el pis, y me dejaban salir solo por la noche. Me bajé aquí, a la vuelta de la esquina, ni siquiera sé cómo se llama la calle. Me dijeron adónde ir para entregarme.

Pregunta: ¿Ha desarrollado alguna actividad política o religiosa?

Respuesta: No.

Pregunta: ¿Ha sido juzgado o encausado?

Respuesta: No.

Pregunta: ¿Ha presentado solicitud de asilo en otros países?

Respuesta: No.

Pregunta: ¿Tiene algún representante legal en Suiza?

Respuesta: No.

Pregunta: ¿Accede a pasar una prueba diagnóstica de su tejido óseo para determinar su edad?

Respuesta: ¿Cómo?

En el descanso se puede tomar un café en el cuartito para los intérpretes. Las ventanas de este lado dan a una obra: están levantando un edificio nuevo como centro de atención a refugiados.

El vasito blanco de plástico relampaguea continuamente en las manos; en realidad, toda la habitación se ilumina con el reflejo de las soldaduras: el soldador está instalado justo debajo de la ventana.

No hay nadie, se puede leer tranquilamente unos diez minutos.

Así, Darío y Parisátide tenían dos hijos: Artajerjes era el mayor, y

el menor, Ciro. Cuando Darío cayó enfermo y sintió la cercanía de la muerte, llamó a ambos hijos. En ese tiempo el hijo mayor estaba con él, pero Darío envió a buscar a Ciro a la provincia de donde lo había nombrado sátrapa.

También las páginas del libro relampaguean por el reflejo de las soldaduras. La lectura duele, después de cada destello la página se ennegrece.

Cierras los ojos, también traspasa los párpados.

Por la puerta se asoma Peter. Herr Fischer. El árbitro de los destinos. Hace un guiño como diciendo: ya es la hora. También a él lo alumbra un destello, como si fuera el de una cámara de fotos. Y se queda grabado con un ojo entreabierto.

Pregunta: ¿Entiende al intérprete?
Respuesta: Sí.
Pregunta: ¿Apellido?
Respuesta: ***.
Pregunta: ¿Nombre?
Respuesta: ***.
Pregunta: ¿Cuántos años tiene?
Respuesta: Dieciséis.
Pregunta: ¿Tiene pasaporte o algún otro documento que acredite su identidad?
Respuesta: No.
Pregunta: Debe de tener un certificado de nacimiento. ¿Dónde está?
Respuesta: Ardió. Todo ardió. Quemaron nuestra casa.
Pregunta: ¿Cómo se llama su padre?
Respuesta: ******. Hace mucho que murió, ya no me acuerdo de él.
Pregunta: ¿Cuál fue la causa de su muerte?

Respuesta: No lo sé. Solía estar enfermo. Bebía.

Pregunta: Diga el nombre, el apellido y el apellido de soltera de su madre.

Respuesta: ***. El apellido de soltera no me lo sé. La mataron.

Pregunta: ¿Quién mató a su madre, cuándo y en qué circunstancias?

Respuesta: Los chechenos.

Pregunta: ¿Cuándo?

Respuesta: Este verano, en agosto.

Pregunta: ¿Qué día?

Respuesta: No lo recuerdo exactamente. Creo que era el 19. O puede que el 20. No me acuerdo.

Pregunta: ¿Cómo la mataron?

Respuesta: A tiros.

Pregunta: Diga su último lugar de residencia antes de marcharse.

Respuesta: ***. Es una aldea pequeña cerca de Shalí.

Pregunta: Diga la dirección exacta: calle y número.

Respuesta: Allí no hay direcciones, es solo una calle y nuestra casa. Ya no existe. La quemaron. De la aldea no queda nada tampoco.

Pregunta: ¿Tiene familiares en Rusia? ¿Hermanos? ¿Hermanas?

Respuesta: Tenía un hermano. Mayor. Lo mataron.

Pregunta: ¿Quién mató a su hermano, cuándo, en qué circunstancias?

Respuesta: Los chechenos. También entonces. Los mataron juntos.

Pregunta: ¿Otros familiares en Rusia?

Respuesta: No tengo a nadie más.

Pregunta: ¿Tiene familiares en terceros países?

Respuesta: No.

Pregunta: ¿En Suiza?

Respuesta: No.

Pregunta: ¿Afiliación nacional?

Respuesta: Rusa

Pregunta: ¿Confesión?

Respuesta: ¿Cómo?

Pregunta: ¿Religión?

Respuesta: Soy creyente.

Pregunta: ¿Ortodoxo?

Respuesta: Sí. No lo había entendido.

Pregunta: Describa brevemente los motivos por los que solicita asilo en Suiza.

Respuesta: Los chechenos venían todo el rato a casa y le decían a mi hermano que se fuera con ellos a las montañas, a combatir a los rusos. O lo matarían. Mi madre lo escondió. Ese día yo regresaba a casa y oí unos gritos por la ventana abierta. Me oculté en unos arbustos junto al cobertizo y, en el cuarto, vi a un checheno golpeando a mi hermano con la culata. Eran varios y todos tenían automáticas. No veía a mi hermano, estaba tirado en el suelo. Entonces mi madre se abalanzó sobre ellos con un cuchillo. El cuchillo de cocina con el que pelábamos las patatas. Uno de ellos la empujó contra la pared, le apoyó el kaláshnikov en la cabeza y disparó. Después salieron, rociaron la casa con gasolina de una garrafa y le prendieron fuego. Se quedaron allí alrededor y miraban cómo ardía. Mi hermano todavía estaba vivo, oía sus gritos. Tenía miedo de que me vieran y también me mataran…

Pregunta: No se calle, cuente qué paso después.

Respuesta: Después se fueron. Yo me quedé allí hasta que oscureció. No sabía qué hacer ni dónde ir. Después me fui al puesto ruso en la carretera a Shalí. Pensaba que los

soldados me ayudarían de alguna manera. Pero ellos también tenían miedo de todos y me echaron. Yo quería explicarles qué había pasado, pero disparaban al aire para que me fuera. Entonces pasé la noche en la calle, en una casa destruida. Después llegué como pude a Rusia. Y, desde allí, aquí. No quiero vivir allí.

Pregunta: ¿Ha comunicado todos los motivos por los que pide el estatus de refugiado?

Respuesta: Sí.

Pregunta: Describa su trayecto. ¿Por qué países pasó y en qué tipo de transporte?

Respuesta: Varios. En cercanías, en tren. Cruzando Bielorrusia, Polonia, Alemania.

Pregunta: ¿Tenía recursos para comprar billetes?

Respuesta: ¿De dónde iba a sacarlos? Simplemente me subía. Huía de los revisores. En Bielorrusia me atraparon y me lanzaron del tren en marcha. Menos mal que iba despacio y había un talud. Caí bien, no me rompí nada. Solo me rajé la piel de la pierna con un cristal roto. Aquí. Pasé la noche en la estación y una mujer me dio unas tiritas.

Pregunta: ¿Qué documentos presentaba para cruzar las fronteras?

Respuesta: Ninguno. Pasaba de noche y a pie.

Pregunta: ¿Dónde y cómo cruzó la frontera de Suiza?

Respuesta: Aquí, en esta, ¿cómo se…?

Pregunta: Kreuzlingen.

Respuesta: Sí. Simplemente pasé junto a la policía. Solo comprueban los coches.

Pregunta: ¿Con qué medios se ha mantenido?

Respuesta: Con ninguno.

Pregunta: ¿Eso qué significa? ¿Robaba?

Respuesta: Según. A veces, sí. ¿Qué iba a hacer? Tenía hambre.
Pregunta: ¿Ha desarrollado alguna actividad política o religiosa?
Respuesta: No.
Pregunta: ¿Ha sido juzgado o encausado?
Respuesta: No.
Pregunta: ¿Ha presentado solicitud de asilo en otros países?
Respuesta: No.
Pregunta: ¿Tiene algún representante legal en Suiza?
Respuesta: No.

Mientras la impresora imprimía el acta, todos guardaban silencio,

El chico se hurga las uñas negras y roídas. Su cazadora y sus pantalones sucios huelen a tabaco y a pis.

Peter, recostado, balanceándose en la silla, mira tras la ventana. Unos pájaros adelantan a un avión.

Dibujo en el cuaderno crucecitas, cuadrados, los divido en triángulos con líneas diagonales, los pinto bien para que me quede un ornamento en relieve.

En las paredes que nos rodean hay fotografías, al árbitro de los destinos le chifla pescar. Ahí está en Alaska, sujetando una pieza por las branquias, y allá hay algo caribeño con un gran anzuelo sobresaliendo de una garganta enorme.

Encima de mi cabeza, un mapamundi. Todo cubierto de alfileres de cabezas de varios colores. Los negros están clavados en África y los amarillos sobresalen en Asia. Las cabecitas blancas, en los Balcanes, Bielorrusia, Ucrania, Moldavia, Rusia, el Cáucaso. Después de esta entrevista se añadirá una más.

Acupuntura.

La impresora se para y parpadea en rojo: se ha terminado el papel.

Querido Nabucodonosaurus:

Ya ha recibido mi rápida postal con la promesa de más detalles. Aquí están.

Después del día que pasé en lugares no tan lejanos, llegué a casa. Tomé macarrones. Releí su misiva, que tanto me ha alegrado. Me puse a mirar por la ventana. El viento alcanzaba el crepúsculo. No hacía sino llover y llover. En la hierba da vueltas un paraguas rojo, como un corte en la piel herbácea.

Sin embargo, todo está en orden.

¡No todos los días, en verdad, el cartero nos mima con envíos de países forasteros! ¡Y de cuáles, además! Entre las facturas y los anuncios, una alegría imprevista. Su carta en la que describe al detalle su imperio de Nabucodonosaurus, el glorioso pasado geográfico de este, los flujos y reflujos de la historia, los usos de la flora, las costumbres de la fauna, los volcanes, las leyes, las catapultas y las inclinaciones antropófagas de la población. ¡Si resulta que incluso tienen vampiros y dráculas! Y usted es su emperador, sí. Qué halagador.

Lo cierto es que en su escritura abundan los errores gramaticales, pero ¿qué importa, en realidad? Los errores puede aprender a corregirlos, pero una misiva así quizá nunca me la vuelva a enviar. Los emperadores se hacen mayores y se olvidan de sus imperios muy deprisa.

No me canso de mirar el mapa adjunto de su patria insular, el concienzudo trabajo de los inspirados cartógrafos del emperador. ¿Sabe?, quizá lo cuelgue justo aquí, en la pared. Voy a mirarlo y a adivinar dónde está usted ahora, entre esas montañas, desiertos, lagos, maleza de rotulador y capitales. ¿Qué estará haciendo? ¿Ya se ha mudado de la residencia de verano al Palacio de Otoño? ¿O ya está durmiendo? Y su sueño lo vela una flota insumergible: en línea

de fila, los trirremes y las embarcaciones submarinas rodean la isla.

¡Y qué nombre tan glorioso para el soberano bienhechor, escrito con letras multicolores! Incluso tengo algunas suposiciones de cómo se le ocurrió, pero me las guardo para mí.

En su misiva me pide que le informe de noticias sobre nuestro lejano imperio, todavía desconocido para sus geógrafos y descubridores. ¡Y cómo dejar su pregunta sin respuesta!

¿Qué le puedo contar de nuestro Estado? El prometido, el hospitalario, el de muchas alturas. Si galopas tres años por su plaza, no la cruzarás entera. Por el número de mosquitos en el cuerpo de su población en las horas insomnes no tiene igual. Por las cercas corretean las ardillas.

Nuestro mapa abunda en manchas blancas cuando cae la nieve. Las fronteras están tan lejos que incluso se desconoce con quién limita de verdad el imperio. Unos dicen que con el horizonte; según otras fuentes, con la cadencia final de las trompetas de los ángeles. Se sabe a ciencia cierta que está situada en algún lugar al norte de los helenos, a lo largo de la línea de costa del océano aéreo por el que avanza nuestra flota nebulosa insumergible en línea de fila.

La flora todavía está presente, de la fauna han quedado solo las coronas de esos árboles que parecen bancos de alevines. El viento los asusta.

La bandera es un camaleón, la ley es como si fuera un pértigo, de volcanes yo personalmente no sé nada.

La principal cuestión que ocupa las mentes imperiales desde hace más de una generación: ¿quiénes somos y para qué? La respuesta, a pesar de su aparente obviedad, es insondable. De perfil, hiperbóreos; de frente, sármatas; en una palabra, u *oroch* o tunguses. Y cada uno de ellos, un estigma. Quería escribir «enigma».

Las creencias son primitivas, pero no carecen de cierto lirismo. Algunos están convencidos de que el mundo es una enorme anta cuyo pelo son los bosques; los parásitos que viven en el pelo son los animales de la taiga, y los insectos que remolinean alrededor, las aves. Así es la dueña astada del universo. Cuando la anta empieza a restregarse contra un árbol, todo lo vivo muere.

En resumen, este imperio está universalmente reconocido por alguien como el mejor de los mundos, en el que este servidor suyo —¿le interesa si soy jefe?— no es jefe. ¿Cómo explicarle, querido Nabucodonosaurus, de qué nos ocupamos aquí? Voy a intentarlo así: incluso esos alevines que, tras la ventana, se apelotonan y no sospechan que son solo viento están convencidos: a cada uno de nosotros alguien lo espera, lo recuerda, conoce en su rostro todas las venillas, todas las manchas. Y no hay forma de que cambien de opinión. Y así, de todos los universos, avanza una pareja de cada especie: los lerdos y los sin sonrisa, los amantes de la verdad y las proles caseras, los zurdos y los diestros, los pandilleros y los taxidermistas. Y nadie comprende a nadie. Y para eso sirvo yo. Truchimán en la oficina de asilo del Ministerio de Defensa del paraíso.

Y todos quieren explicar algo. Tienen la esperanza de que los van a escuchar. Y aquí estamos Piotr y yo. Yo traduzco las preguntas y las respuestas, y Piotr toma notas, asiente con la cabeza como diciendo: bueno, bueno, también a usted lo creo. No cree a nadie. Por ejemplo, viene una y dice: «Soy una pastora sencilla, me abandonaron de pequeña, no conocí a mis padres, me crio un cabrero normal y corriente, el pobre Driante». Y empieza una enumeración donde todo vale. Los árboles con frutos, las llanuras con cereal, las vides en los cerros, los rebaños en los prados, el suave chirrido de las cigarras por doquier, la dulce fragancia de los

frutos. La incursión de los piratas, la invasión de los enemigos. Las uñas bien cuidadas relumbraban bajo la llama de un encendedor. «Porque he crecido en la aldea y ni una vez he oído a nadie siquiera la palabra "amor". Y me imaginaba una espiral como algo parecido al muelle de un diván. ¡Ay, mi Dafnis! ¡Nos separaron, a estos pobres desgraciados! Una bronca tras otra. Tan pronto se planta una banda de Tiro como que unos invitados de Metimna insisten en sus derechos. Dafnis me acompañaba como un guarda a sus clientes. El peinado influye en la forma que adopta el día y, a fin de cuentas, en la vida. Pero ellos… Vean lo que me hicieron en los dientes. Yo ya tenía unos dientes que no valían mucho. Me quedaron de mi madre. Ella contaba que, de pequeña, rascaba la argamasa del horno y se la comía. Le faltaba calcio. También yo, durante el embarazo de Yánochka, les birlaba las tizas a los profesores en la facultad y las roía. El amor es igual que la luna: si no crece, mengua, pero sigue siendo la misma que la última vez, siempre es la misma.» Piotr: «¿Es todo?». Ella: «Es todo». «En ese caso —le muestra—, señora, sus huellas.» «¿Para?», se asombra. «Que en nuestro fichero panimperial usted ya ha dejado huella.» Y le da un rodillazo en el culo. Ella grita ya desde el ascensor: «¡Todavía no sois personas, todavía sois arcilla fría! Ya os han modelado, ¡pero no os han insuflado nada!».

Otro no puede ni enlazar dos palabras con sentido. Incluso su dicción es como la de una llave de agua. Yo sufro, intento comprender qué está cacareando, pero Piotr se limita a nivelar todo en su mesa para que sea como un desfile, igual que si fuera el jefe de la mesa: preside el desfile de lápices y mondadientes. El tiempo es estatal. Nadie tiene prisa. A Piotr le gusta el orden. Y este GS farfulla algo sobre Sésamo, grita que abramos la puerta. Balbucea algo de unos círculos blancos en los portalones, después rojos. Nos

asegura que estaba tranquilo con su odre, no tocó a nadie, no molestó a nadie, pero para él, aceite hirviendo. «¡Ya ven!», grita. «¿Acaso se puede vivir así? ¿Aceite hirviendo a un hombre vivo?» Encontrar una incoherencia en las declaraciones es suficiente para rechazar al bandido: Piotr saca de la estantería de casos ejecutoriales un librito, y la rueda empieza a girar. Dime, gentil hombre, ¿cuántos kilómetros hay desde tu Bagdadovka hasta las capitales? ¿Cuál es el curso de la piastra respecto al dólar? ¿Qué fiestas nacionales se celebran en el país que te ha abandonado, exceptuando la Inmaculada Concepción y el primer muñeco de nieve? ¿De qué color son los tranvías y los odres? ¿Y a cuánto está la hogaza de Borodinó?

O regresan, por ejemplo, unos judíos del cautiverio de Babilonia, entonan a coro el tercer acto de *Nabucco,* y nuestro jefe de despacho: «¿En qué idioma hablan en el reino de Caldea?». Ellos: «En acadio». Él: «¿Cómo se llama el templo del dios Marduk en Babilonia?». Ellos: «Esagila». Él: «¿Y la torre de Babel?». Ellos: «Etemenanki». Él: «¿Y a qué diosa están consagradas las puertas septentrionales?». Ellos: «A Ishtar, a la diosa de Venus. El Sol es la personificación de Shamash, y la Luna, de Sin. Marte es Nergal. En Saturno, los malvados babilonios ven a Ninurta, y en Mercurio, a Nabu, mientras que el mismísimo Marduk se identifica con Júpiter. De estos siete dioses astrales, por cierto, proviene la semana de siete días, ¿lo sabían?». Él: «Aquí las preguntas las hago yo. La hija ilegítima de Nabucodonosor, la segunda es una be, ocho letras». Ellos: «¿Es que nos toma por tontos? ¡Abigail!».

Antes de Piotr, la jefa de despacho era Sabina. Ella sí creía a todos. Y no planteaba preguntas del librito que todo lo sabe. Y nunca ponía el sello «Prioritätsfall». La despidieron. Piotr se lo pone a casi todos. En el expediente, en la primera página. Significa la

tramitación acelerada del caso con vistas a una evidente denegación. El GS firma el acta, se despide, esboza una sonrisa servicial al árbitro de los destinos, también al truchimán y al guardia que ha venido a buscarlo con una alabarda; tiene la esperanza de que ahora sí que todo va a ir bien, pero, nada más cerrar la puerta, Piotr le pone el sello.

Este sueldo no era para Sabina. En los descansos, cuando el truchimán iba con ella al café de enfrente, se quejaba de que, cuando regresaba a casa después de trabajar, se sentaba a cenar y, ante sus ojos, la mujer que ese día había llorado durante la entrevista mientras contaba cómo le habían arrancado las uñas a su hijo, con el pequeño sin uñas allí al lado, en la salita de espera. A los niños se los interroga separados de sus padres.

—Aquí no puedes compadecerte de nadie —dijo Sabina en una ocasión—. Y yo me compadezco de todos. Simplemente hay que saber desconectar, convertirse en robot, pregunta-respuesta, pregunta-respuesta, rellenar el formulario, firmar el acta y enviar a Berna. Y que lo resuelvan allí. No, tengo que buscarme otro trabajo.

Sabina era una jefa de despacho jovencísima. Cuando la despidieron, se marchó al extremo opuesto del imperio y envió al truchimán una postal extraña. Pero esto no es importante. Quizá lo explique alguna vez. O no lo explique.

Me parece que nos hemos distraído, querido Nabucodonosaurus.

¿Por qué más es famoso nuestro imperio? Aquí tenemos, figúrese, botes submarinos, desiertos, incluso a un Drácula, solo que no es un vampiro, sino uno auténtico. En general, aquí todo es auténtico.

¿Qué más? La pequeña herida en la hierba se ha cicatrizado: está oscureciendo.

Ah, se me ha olvidado decir que la antropofagia no ha cesado

entre nosotros; además, quien devora a todos no es un cualquiera, sino el autócrata en persona, o la autócrata, hace mucho que no he mirado la guía-calendario de palacio, y el género depende del habla, en resumen, alguien como Herodes el Grande; aunque, si no lo piensas todo el rato, aquí tiene una buena vida la musiquilla que se me ha quedado pegada en el tranvía (en la parada de la estación alguien se ha bajado silbando).

Tiene gracia, algún día dentro de muchos años recibirá esta carta y quizá ni siquiera recuerde que una vez fue el emperador de este maravilloso imperio achinchetado.

Cuaderno, boli, vaso de agua. El sol tras la ventana. El agua en el vaso suelta un rayito de sol, no, no es un rayito, es toda una raya de sol, se derrama en el techo y, de repente, por un instante, se vuelve similar a una oreja. Y a un feto. Se abre la puerta. Hacen entrar a uno.

Pregunta: Describa brevemente los motivos por los que solicita asilo en Suiza.

Respuesta: Trabajaba en la aduana, en la frontera con Kazajistán. Los militares cruzaban drogas en sus vehículos, y mi jefe estaba confabulado con ellos, debíamos cerrar los ojos y tramitar todo como siempre. Escribí una carta al FSB. Pocos días después a mi hija la atropelló un coche, por teléfono me dijeron que era el primer aviso.

Pregunta: Describa brevemente los motivos por los que solicita asilo en Suiza.

Respuesta: En las elecciones a gobernador apoyé activamente al candidato de la oposición, participé en mítines de protesta

y en recogidas de firmas. Me llevaron a comisaría y me exigieron que cesara en mis denuncias contra el Gobierno de la región. Policías vestidos de civiles me dieron más de una paliza. A mi solicitud de estatus de refugiado se han adjuntado certificados médicos de una fractura de mandíbula y del brazo y de otras consecuencias de las palizas. Como ven, ahora estoy discapacitado y no puedo trabajar. Mi mujer, que ha venido conmigo, tiene cáncer de estómago.

Pregunta: Describa brevemente los motivos por los que solicita asilo en Suiza.

Respuesta: Tengo sida. En mi ciudad, todos me dieron la espalda. Incluso mi mujer y mis hijos. Y eso que me contagié cuando estuve ingresado en el hospital, durante una trasfusión de sangre. Ahora no tengo nada: ni trabajo ni amigos ni casa. Voy a morirme pronto. Y tomé esta decisión: si de todas formas voy a palmarla, al menos que sea aquí, en su país, en condiciones humanas. Ustedes no van a echarme.

Pregunta: Describa brevemente los motivos por los que solicita asilo en Suiza.

Respuesta: Había en la tierra ortodoxa de Muntenia un vaivoda de nombre Drácula. Una vez el bajá turco le envió unos embajadores con la exigencia de que renegara de la fe ortodoxa y se sometiera a él. Mientras hablaban con el vaivoda, los embajadores no se quitaron los gorros y, a la pregunta de por qué ofendían de ese modo al gran soberano, respondieron: «Tal es la costumbre en nuestra tierra, gran señor». Entonces Drácula ordenó a sus criados

que clavaran bien con clavos los gorros a la cabeza de los embajadores y envió de vuelta los cuerpos, después de ordenar que se le transmitiera al bajá que Dios solo hay uno, pero que las costumbres son varias. El encolerizado bajá llegó a la tierra ortodoxa con un enorme ejército y empezó el saqueo y la muerte. El vaivoda Drácula reunió a sus escasas huestes y atacó a los musulmanes de noche, mató a una gran cantidad de ellos y salió a la fuga. Por la mañana pasó revista a los combatientes que habían quedado vivos. A quienes habían sido heridos por delante les rindió gran honor y los nombró guerreros. A quienes tenían la herida en la espalda ordenó que los empalaran diciendo: «No eres un marido, sino una esposa». Al oírlo, el bajá se llevó de regreso los restos de su ejército, sin atreverse a atacar de nuevo aquella tierra. Y así siguió viviendo el vaivoda Drácula en sus dominios, y, en esa época, en la tierra de Muntenia había muchos pobres, infelices, enfermos y débiles. Al ver cuánta gente infeliz penaba en su tierra, les ordenó a todos que fueran a verlo. Se congregó una multitud innumerable de infelices, tullidos y huérfanos que esperaban un gran favor por su parte, y cada uno de ellos empezó a hablarle de sus desgracias y dolores, uno de la pierna perdida y otro de un ojo con un derrame, un tercero del hijo muerto y uno más del juicio injusto y del hermano encerrado sin culpa en la cárcel. Y hubo grandes llantos y gemidos por toda la tierra de Muntenia. Entonces Drácula dio orden de que se reunieran todos en construcción erigida para la ocasión, y ordenó que se les diera exquisitos manjares y suficiente bebida. Y ellos comieron, bebieron y se divirtieron. Entonces él fue a

> verlos y preguntó: «¿Qué más queréis?». Todos ellos respondieron: «¡Eso Dios lo sabe, y tú también, gran señor! ¡Haz con nosotros lo que Dios te dé a entender!». Entonces él les dijo: «¿Queréis que os quite las penas en este mundo para que no tengáis necesidad de nada, para que no lloréis por la pierna perdida o el ojo con el derrame, por el hijo muerto o el juicio injusto?». Y todos ellos, que esperaban algún milagro por su parte, respondieron: «¡Lo queremos, señor!». Entonces ordenó que cerraran con llave el edificio, que lo rodearan con paja y le prendieran fuego. Y hubo un fuego enorme, y todos ardieron dentro.

Querido Nabucodonosaurus:

He mirado el buzón, nada suyo.

Cierto, no está como para pensar en nosotros. Y de verdad que no gruñimos, porque a usted lo esperan asuntos de importancia estatal. No permita Dios que declare la guerra a alguien o que haya un ataque extraterrestre. Necesita estar encima de todo. Allí seguro que no está para cartas.

Aquí todo sigue como siempre.

El universo se expande. El truchimán descifra.

Y llegas a casa y no logras sacarte de la cabeza todo lo que ha habido durante el día. Te lo has llevado todo a casa.

No hay manera de liberarse de esa gente ni de las palabras.

Y allí todo es lo mismo. ¿Y qué puede haber de nuevo en el oficio de un truchimán? Todo va por un camino marcado. Todo según la forma aprobada en las altas esferas. Cada pregunta según el modelo establecido; cada respuesta, también. Y Piotr ni siquiera gasta voz en el saludo estandarizado, deja que el truchimán se lo lea de la lista al asustado GS. El truchimán lee: «¡Buenas! Qué bien que

haya venido. Pase, por favor, vamos a acortar juntos este día infinito. Tome asiento, seguro que está cansado del viaje. No se quede ahí de pie… Ahora daremos orden de que traigan el samovar. Las botas de fieltro…, aquí, póngalas aquí, más cerca de la estufa. Bueno, ¿qué le parecen nuestras mejores manchas blancas en el mapa, donde el ser humano es lo que es y dice lo que calla? ¿No lo ha examinado bien? ¡Ya tendrá tiempo! Quizá prefiera cambiarse aquí, más lejos de la ventana para que no le dé el aire, Dios no lo quiera. Avise si nota corriente. Eso está bien. Sí, ¿dónde estábamos? A ver, aquí viene gente de toda clase, todos como arrugados, de pocas luces, con los dientes mal… y mienten. Aseguran que han perdido la documentación, esto es para que no se les envíe de vuelta inmediatamente. Cuentan historias terribles. Aquí nadie cuenta nada no terrible. Y, además, al detalle. Clavan sus manos de elefante en las que parece que les hayan metido vaselina fundida con una jeringa. Cuentos de miedo, películas de terror. Y a veces sueltan cosas que dan para escribir una novela negra. Como si, de pequeños, su madre no les hubiera enseñado que hay que decir la verdad. Apelan a la compasión. ¡Al paraíso querían ir! ¡Hemos ido a dar con unos mártires! Y no se trata de compasión. Se trata de aclarar las circunstancias. Para no dejar entrar en el paraíso es muy importante averiguar qué ocurrió en realidad. Pero ¿cómo lo aclaras si aquí las personas se convierten en las historias que ellas mismas relatan? No hay forma de aclararlo. Así que es bien sencillo: ya que no es posible aclarar la verdad, hay que aclarar al menos la mentira. Según las instrucciones, la incredibilidad en la declaración es motivo de que se imprima este mismo sello. Así que invéntese una leyenda mejor y no olvide que lo más importante son los detalles pequeños, los pormenores. ¿Quién creería en la resurrección de no ser por el detalle del dedo metido en la herida o de cómo se pusieron a comer

juntos pez asado? Y, bueno, el sello es el sello, pero, con la mano en el corazón, ¿de verdad el paisaje es tan negro como lo pinta? ¡Mire a su alrededor! Las nubes se arrastran sobre la tripa. En ese banco alguien ha estado comiendo y se ha dejado el periódico y ahora los gorriones picotean las letras. En la presa, mire, brilla el cuello de una botella rota y se ennegrece la sombra de una rueda de molino. Las lilas huelen a perfume barato y creen que todo va a ir bien. Las piedrecitas, sí, también están vivas, se multiplican en detritos. Pero usted no me escucha. Es como hablar con una pared. Solo saben lo suyo: atacaron, ataron, llevaron al bosque, zurraron y abandonaron. ¡Pues puede que hicieran bien zurrándolos! ¿Hay que pagar las deudas o no? ¡Ahí lo tiene! O ese día que vinieron dos chicos, se entregaron juntos, uno que si de un orfanato de las afueras de Moscú, y el otro, de Chechenia. Una semana después, la policía envió sus pasaportes, habían escondido su documentación en una tubería de hormigón junto a la vía del tren y unos trabajadores los encontraron de casualidad. Los dos eran de Letonia. Habían venido de vacaciones. El hotel era caro y, bueno, así tenían un techo y les daban de comer. El resultado del análisis óseo demostró que estaban lejos de los dieciséis. Sello. Sello. O se entrega una familia: el padre, la madre y la hija de Sion. Aseguran que han huido de Yiddiatin, ya no aguantaban más las persecuciones de los drevlianos. ¡No son drevlianos, sino auténticos fascistas!, decían. Dios salvará a los judíos y, si no puede, ¡al menos a los gentiles! Empezaron a contar que los ortodoxos les daban palizas —al marido y a la mujer les rompieron los incisivos—, y a la hija, que no tenía ni doce años, la habían violado. Piotr interrogó a cada uno por separado, como debe hacerse. El padre y la madre dijeron más o menos lo mismo, como siguiendo un texto aprendido: amenazas por correo, llamadas telefónicas nocturnas, ataques en la calle delante del portal, etc.

Después llamaron a la niña. Por la puerta abierta se veía que ella se estrechaba contra su madre y que no quería venir, y esta le dijo: "Ve, no tengas miedo". Entró, se sentó en el borde de la silla. Piotr, para darle algo de ánimo, le ofreció una chocolatina, en el cajón derecho de la mesa tiene chocolatinas para casos así. Esto no está contemplado en las instrucciones, pero ¿quién va a prohibirlo? Entonces Piotr pregunta si su familia es religiosa, y ella responde: "¡Se lo juro! Vamos siempre a la iglesia". Y, para mayor convicción, se santigua. Con el susto, lo había mezclado todo. Supongo que su padre era un comerciante con poca suerte, y pocas bromas con los socios drevlianos… Para entregarse eligieron una historia estandarizada, algo seguro: ¿quién va a osar no compadecerse de unos judíos? Pensaban que saldría bien: la falta de dientes no puede fingirse, y la violación de la niña, según el examen médico, sí que tuvo lugar. Sello. ¡Y lo que cuesta mirar cómo firman las actas! Uno asiente dócil, como diciendo: somos gente de poco entendimiento, donde nos diga que firmemos, ahí pondremos la firma; otro comprueba hasta la ortografía de los nombres geográficos. El tercero, que llegó con una carpeta de informes de todas las casas de tribulaciones, de algebristas y de celdas, y aseguraba que ya no creía a nadie ni nada, incluso exigió una traducción escrita del acta, solo oral no le valía, claro, y, por principios, no iba a poner su firma en a saber qué. Piotr, directamente, le puso el sello. Y el otro soltó un mitin. Hubo que silbar al guarda. Lo amenazaron con la alabarda. También en nuestro país de amor al prójimo este acabaría pronto en la consulta de un algebrista. Y el cuarto pide directamente que se incluya en el acta que aquí se está muy bien, que no hace frío ni calor, mientras que en su país hay cuatro estaciones del año: invierno, invierno, invierno e invierno. ¡Os conocemos! Os presentáis como mártires del invierno, pero, después, ¡bien que robáis! Cuántas

veces habrá pasado: primero os veis en la entrevista, hola, qué tal, y, después, el esperado encuentro en la comisaría, que lo han pillado robando —el truchimán complementa su sueldo con la policía—, anda, ¡viejos conocidos! ¡De hace bastante, sí! Y otra vez con las historias de miedo, que si al director de la tienda Migros no lo mordió en las cajas, en la salida, o que, si lo mordió, fue solo porque el otro empezó a ahogarlo. En fin, a lo que íbamos. ¡Pero mírese! ¡Si ya tiene canas y aún sigue huyendo! ¿Dónde está el pasaporte? ¿No lo sabe? Pues nosotros lo sabemos: en la estación, en la consigna. O en un *Heim* para refugiados, con algún amigo de la tierra que haya llegado antes. Así que haremos los papeles, recibirá una licencia por necesidades burocráticas con un apellido inventado, saldrá y directo a buscar la documentación. ¿O no es así? Después se instalará con todo incluido y, a continuación, a robar y a revender lo robado bien baratito. Se lamenta, pero bien que roba. Y no un pillo o un tramposo, sino un asaltador nocturno. Ya se sabe, en caso de hambre hasta el obispo roba. Porque ¿para qué romperse la cabeza pensando en trabajar? ¿Quién os necesita aquí, a ver? Ya sin vosotros tenemos muchos deseosos. Muchos son los llamados, moreno, pero pocos los elegidos. Robáis en las tiendas de aquí y luego lo vendéis allí, en los quioscos de vuestras calles, eso es todo lo que hacéis. ¿Y qué más da que todo tenga alarma? ¿Es que no sabe hacer bolsas? Es muy sencillo: se coge papel de aluminio y se le pega por dentro, se consigue una especie de saco reflectante y no se dispara ninguna alarma. Puedes sacar todo lo que quieras. Después lo mueves al otro lado. ¿Cómo? Pues por correo, aunque sea. Escriba que es un regalo, por ejemplo, objetos gastados y otras cosillas tontas. Lo importante es el remite. En la guía de teléfonos encontrará a alguien conveniente o, mejor todavía, alguna organización benéfica. Así nadie reparará en nada. ¿Queda claro?

¿Qué significa que no funcionará? Lo que la vista teme, las manos lo hacen. ¡No será usted el primero ni tampoco el último! Así que diga la verdad y nada más que la verdad. Y no se olvide de que sus historias que hielan la sangre hace mucho que nadie se las cree, porque la vida se compone también de amor y de belleza, porque yo dormía, pero mi corazón velaba… ¡Una voz! Mi amado me llama: Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi perfecta; mi cabeza está cubierta de rocío; mis bucles, del relente de la noche. ¿Ha comprendido sus derechos y obligaciones y que, de todas formas, nadie le va a dejar entrar al paraíso?». GS: «Sí». Piotr, cogiéndole al truchimán el papel con el texto de saludo: «¿Alguna pregunta?». GS: «Pongamos que quienes hablan son ficticios, pero lo dicho es real. La verdad está solo allí donde se la oculta. Vale que las personas no son de verdad, pero las historias, ¡las historias sí son de verdad! Solo que en ese orfanato no violaron al de los labios gruesos, sino a otro. Y la historia sobre el hermano abrasado y la madre asesinada, el chico de Letonia se la había oído a alguien. ¿Qué más da a quién le pasara? Siempre va a ser cierto. La gente aquí no pinta nada, son las historias las que suelen ser auténticas y no auténticas. Simplemente hay que contar una historia auténtica. Todo tal cual fue. Y no inventarse nada. Somos lo que decimos. El destino recién alisado está repleto de personas que nadie necesita, como el arca; todo lo demás es abismo. Nos convertiremos en lo que quede inscrito en el acta. Con palabras. Entiéndalo, el pensamiento de Dios sobre el río es el propio río». Piotr: «En ese caso, procedamos». Y empezó: pregunta-respuesta, pregunta-respuesta. Y, por el ventanillo, copos de nieve. ¿Cómo es posible? Hace nada era verano y ahora ya ha empezado a nevar. Por la ventana se ve la calle: ahí, bajo la vigilancia de un policía, un negro con una pala grande de hierro rasca la nieve de un camino. El hierro fino araña el

asfalto, justo igual que en Moscú. Y ya traen para la entrevista a la segunda partida de la mañana de GS congelados, se arrebujan en los abrigos y bufandas; son negros y asiáticos en su mayoría, patean la nieve recién caída, y un niño pequeño, árabe o kurdo, o puede que iraní, a ver quién los distingue con cinco años, se empeña en llenarse la mano para hacer un muñeco de nieve, pero su madre le grita y tira de él. Pregunta-respuesta, pregunta-respuesta. Después, descanso, café en un vasito de plástico. En la otra ventana, otra calle, también hay nieve y unos niños negros juegan con bolas de nieve. Pero ¿estos niños negros no acaban de estar jugando en la nieve o es que ya ha pasado un año? De nuevo pregunta-respuesta, pregunta-respuesta. Como si hablaras contigo mismo. Te haces las preguntas a ti. Te respondes a ti.

Antes de dormir, el truchimán intenta leer para evadirse. Antes de apagar la luz y apoyar la oreja en la almohada, todavía tiene ganas de trasladarse a la otra punta del imperio y recorrer con Ciro el desierto, teniendo el Éufrates a mano derecha, a cinco jornadas y treinta y cinco parasangas. Allí la tierra es una llanura, lisa como el mar y cubierta de artemisa. La vegetación que sale al paso —arbustos y carrizo— huele siempre de maravilla, cual sahumerio. Allí no hay ni un solo árbol, y los animales son variados: puedes encontrar asnos salvajes y grandes avestruces. Aparecen también avutardas y gacelas. Es frecuente que los jinetes corran tras estos animales. Los asnos, cuando se los persigue, salen huyendo y se paran, puesto que corren bastante más que los caballos. Cuando los caballos se acercan, vuelven a hacer lo mismo, y no hay ninguna posibilidad de alcanzarlos, si acaso solo cuando los jinetes se sitúan en diferentes puntos y los acosan por turnos. La carne de los asnos cazados es parecida a la carne de reno, pero más tierna. Nadie ha

cazado ni una sola avestruz, y los jinetes que se lanzan en su persecución enseguida lo dejan. En su huida, el avestruz se eleva lejos, hacia delante, utilizando durante la carrera tanto las patas como las alas, levantadas cual velas.

Cierras el libro, intentas dormir y, en la cabeza, otra vez pregunta-respuesta, pregunta-respuesta. Otra vez esos policías cambiados de ropa que se empeñan en forzar la puerta, en irrumpir en el piso, en ponerlo todo patas arriba, en golpear los riñones, romper una mano o una costilla. Y Peter les pregunta: ¿de pequeño viajó con sus padres por el mar Negro en el crucero Rossía y, de repente, en los lugares más inesperados, reparaba en las letras góticas en relieve «Adolf Hitler»? Respuesta: sí, pasó. Pregunta: su hijo, cuando venían invitados, ¿de puro aburrimiento se colaba debajo de la mesa y les quitaba a todos las zapatillas y los pies tanteaban a ciegas en el parqué? Respuesta: sí, pasó. Pregunta: ¿a su madre, mientras la enterraban, le colocaron en la frente una franja de papel con una oración y, de repente, usted pensó: quién y cuándo va a leerla? Respuesta: sí, pasó. Pregunta: ¿en Perm está el río Estigia? ¿Por la noche se congela? ¿Usted lanzó un palo y este dio saltitos en el hielo y el hielo retumbó, hueco, suave? Respuesta: sí, pasó. Pregunta: ¿y dónde nadaba por las noches esa muchacha, una mano por delante, debajo de la almohada, y la otra detrás, con la palma para arriba, y tantas ganas de besar esa palma, pero con miedo a despertarla?

Al amanecer, el truchimán se despertó todo cubierto de sudor y con el corazón acelerado: había soñado con Galpetra, todo se repetía, la lección, la pizarra, como si no hubieran existido todas estas décadas vividas. Tumbado, miró el techo aclarándose, volvió en sí, con la mano se sujetaba el corazón.

¿Qué miedo vas a tenerle ahora?

Y lo que has visto en el sueño, eso enseguida se te olvida, solo queda la sensación del miedo escolar.

Y también es desagradable que nunca sabes en qué imperio te vas a despertar y qué serás.

El truchimán ya había apagado el ordenador, pero volvió a encenderlo para anotar las vueltas que había dado, que no podía dormir y que, por alguna razón, se había acordado de cuando Galina Petrovna nos había llevado de excursión a Ostánkino, al Museo del Arte de los Siervos. Estábamos en septiembre, pero ya había caído la primera nieve, y el Apolo de Belvedere estaba en medio del césped redondo nevado. Empezamos a bombardearlo con bolas de nieve. Todos queríamos darle donde la hoja, pero ninguno lo consiguió; después Galpetra nos gritó y nos fuimos al museo. Recuerdo el eco en las salas frías y oscuras, decoradas con numerosos cuadros ennegrecidos por el tiempo. Por el parqué encerado flotaba el reflejo de las ventanas, como si fueran témpanos de hielo. Como si estuviéramos en una pista, nos deslizábamos con las enormes calzas de fieltro que llevábamos puestas sobre las botas, y nos pisábamos los talones para que se cayera el que iba delante. Galpetra nos chistaba y repartía collejas. Como si fuera ahora, la veo con su bigotito oscuro en la comisura de la boca, vestida con un traje de lana morado, en la cabeza un gorrito blanco de mohair, botas de invierno con la cremallera medio bajada para que no se le cocieran mucho las piernas y, sobre las botas, las calzas del museo, que se parecían a las raquetas de nieve de los lapones. De lo que contó el guía, se me quedó grabado que, si las bailarinas siervas bailaban mal en el teatro, les daban latigazos en las cuadras con la falda levantada; supongo que se me quedó precisamente por eso: la falda

levantada. También recuerdo que nos mostraron un trueno: si por el desarrollo de la acción había que representar una tormenta, por arriba soltaban guisantes en una enorme tubería de madera. Pero si recuerdo esa excursión es, sobre todo, porque alguien me soltó que nuestra Galpetra estaba embarazada. Entonces me pareció realmente imposible, inconcebible, que nuestra profe bigotuda y sin edad pudiera quedarse embarazada, porque para eso tenía que haber pasado eso que pasa entre un hombre y una mujer, ¡una mujer, no nuestra Galpetra! Yo miraba atentamente la tripa de la solterona, que con fervor combatía en la escuela el rímel y la sombra de ojos, y no notaba nada: Galpetra estaba igual de gorda que siempre. No quería, no podía creérmelo de ninguna manera, porque la inmaculada concepción no suele darse, pero me convencieron las palabras: «Toda la escuela sabe que ha pedido la baja maternal». Y ahí estábamos escuchando cómo los guisantes se convierten en el fragor de un lejano trueno, mientras dentro de Galpetra crecía algo incomprensible y en la ventana, tras la nevada, se veía el edificio del centro de comunicaciones de Ostánkino y hacia allí se iba, por la nieve, sin dejar huellas tras de sí, el Apolo de Belvedere.

Esa mañana tungús, al truchimán le toca despertarse como truchimán en un piso de una sola estancia enfrente del cementerio. Quizá por esto el alquiler no es caro aquí. El verde es verde. Detallado, susurrante, alado. Desde la mañana, la radio, con voz animada, informa por doquier, y no solo en el piso vecino, sobre los asesinatos y robos que se han sucedido durante la noche. El crematorio no se divisa enseguida, es como una villa en la ladera de la colina. Y a veces no humea, aunque allí trabajan, como está universalmente aceptado aquí, sin bajar los brazos. Todo está en los filtros. En la chimenea hay instalados unos filtros para no manchar la

lluvia.

De la ardilla que corre por el jardín ya he escrito.

A los vecinos no los vio durante mucho tiempo. Solo su ropa blanca. La lavan en el sótano, allí hay varias lavadoras. Están casi siempre ocupadas y en las cuerdas de los tendederos esperan los calcetines lavados de sus cuerpos, las medias viejas zurcidas, las bragas de antes de la guerra.

¿Antes de qué guerra?

En esa casa algo le extrañó al truchimán cuando llegó un año antes, no, ya hace año y medio. Pero no comprendió enseguida qué era lo que fallaba en ese enorme edificio que siempre estaba en silencio. Solo le llamó la atención que nunca se oían voces infantiles. Después reparó en que solo había pisos de una habitación y que en ellos vivían gente mayor. Ellos eran las medias y los calcetines lavados andantes.

El truchimán consiguió un piso en la planta baja, con vistas a un césped en el que siempre hay algo tirado. Por ejemplo, ahora la hierba se agita por las gotas y justo debajo de la ventana se moja un tubo de pasta de dientes Colgate.

A los vecinos de la derecha y de la izquierda no se los ve, pero se los oye. El que está a la izquierda intercambia silbidos con el llavero. El que está a la derecha es hablador. Gruye consigo mismo cual ave. Por las noches anda, tanto en verano como en invierno, en calzoncillos y camiseta. Una vez el truchimán regresó muy tarde, a las dos de la madrugada, y el vecino estaba limpiando el caminito de la entrada.

La pasta de dientes es del séptimo. Los primeros días después de la mudanza empezaron a caer desde arriba diferentes objetos al césped de debajo de su ventana, y nada era basura. Una vez cayó un teléfono, después un juego de sábanas, después una radio, algo

de comida, cucharones, abridores, cosillas de oficina, cuadernos variados, cajas con clips, sobres. No todos los días. A veces durante una semana nada volaba y luego miras: unas tijeras. El truchimán reunía todo esto en bolsas negras de polietileno para la basura, y las cosillas útiles que pudiera haber simplemente se las quedaba: lo que cae del cielo pertenece al suelo. Así que en el cajón de la mesa hay lápices celestiales, pegamento y esas mismas tijeras. El truchimán no logra entender quién tira todo esto y para qué. Pues bien, un día de viento el césped se cubrió de hojas blancas caídas, como si hubiera llegado el otoño a un árbol de papel. Resultaron ser papeletas electorales. Aquí hay un referéndum cada dos por tres. Y en esos papeles venían indicados el apellido y la dirección. Destino: el mejor de los mundos; para quién: Frau Eggli. El truchimán pasó a mirar las chapas con los apellidos de los vecinos, y coincidió: Frau Eggli vive en el séptimo encima de él. Subió y llamó al timbre. Podía ser que hubiera habido corriente y que todos los papeles le hubieran salido volando del alféizar de la ventana. Solo quería devolverlos. Nadie abría. El truchimán ya iba a marcharse cuando oyó un chancleteo tras la puerta. Por fin se entreabrió. Primero el olor le golpeó en la nariz, después el truchimán distinguió en la oscuridad a una anciana octogenaria. Incluso se sorprendió de que un ser tan encogido pudiera tener tanto olor. Se disculpó y empezó a explicar lo de las papeletas, que se le habían caído y que se las traía. Ella no hablaba. Él preguntó, después de mirar otra vez la chapa junto al timbre: *«Sie sind ja Frau Eggli, oder?».* Ella masculló: *«Nein, das bien i nöd!»,*[2] y cerró de un portazo. Pues parece que no, quizá la cambiaran de pequeña. Y otra vez, de cuando en cuando, algo cae de arriba.

Antes el truchimán vivía en otra casa, y no solo, sino con su mujer y su hijo. Pero sucedió que ahora su mujer es la mujer de

otro. Suele pasar en nuestro imperio y en todos los demás. Nada especial.

Por teléfono, el truchimán le pregunta siempre a su hijo:

—¿Qué tal?

Y este todas las veces responde:

—Bien.

En Navidad, cuando el truchimán lo llamó para saber si le había gustado el regalo que le había enviado, un juego para magos jóvenes, el hijo respondió:

—Todos tienen regalos de un solo padre, ¡pero a mí me regalan dos! ¿A que es genial?

—Sí —dijo el truchimán.

Su hijo todavía le envía a veces cartas graciosas con dibujos dentro. Una vez se inventó un país propio y dibujó un mapa.

El truchimán colgó con chinchetas el mapa en la pared.

Pregunta: Veamos, usted afirma que busca refugio para su alma extenuada, cubierta de heridas, agotada de vejaciones y tormentos, de grosería y pobreza, de asquerosos e idiotas, y que lo acecha por doquier el peligro de convertirse en juguete y víctima del mal, como si a su clan, así como a todos los demás, lo persiguiera una maldición inevitable y, tal como sufrieron sus abuelas y abuelos, así sufre la generación actual y así van a sufrir los no nacidos hasta la séptima generación y, si fuera el caso, más. Como prueba material ha presentado el billete picado por la tenaza de un revisor poco descansado entre Romanshorn y Kreuzlingen, una hoja del cuaderno escolar con unos borrones y garabatos y el cuerpo gastado hasta casi desaparecer. Sin embargo, vayamos en orden. Ganaba su dinero para el pan

de cada día —porque tiene usted familia y una madre ya mayor que vive a su costa y una hermana que no llegó a casarse— trabajando de guardaespaldas de un periodista de éxito, uno listillo y algo malvado que presentaba un espectáculo en la tele, de un miserable, pero adorado por los mortales, puesto que llevaba a sus chozas y palacios esperanza y una pizca de luz. Al citado periodista le llegaron, a saber de dónde, materiales sobre el origen del mal. Todo se basa en la aguja. La aguja estaba escondida en un huevo, el huevo en un pato, el pato en una liebre, la liebre también dentro de algo y todo esto, a su vez, metido a presión en un maletín. Y en una emisión en directo el intrépido periodista pretendía extraer públicamente el contenido y, partiendo la punta de la aguja, destruir el mal. Los fuertes de este mundo (el mal siempre piensa que él es el bien y que el bien, por el contrario, es el mal) no estaban dormitando, claro está. Al recibir amenazas anónimas, el valiente las leyó en voz alta delante de todos y, acto seguido, las rompió en mil pedazos, demostrando su desprecio a unos enemigos invisibles, aunque omnipresentes. Entonces, una vez, bajo una nevada húmeda, usted se despidió de él hasta el día siguiente, él se subió al coche, cubierto de nieve, con su nueva mujer —de la antigua se había divorciado medio año antes de esa papilla líquida sobre el parabrisas y esparcida por los limpias—, y usted incluso llegó a pensar que lo estaba viendo por última vez. Por cierto, que sus pensamientos nunca han interesado a nadie en esta vida. Estaban parados con la calefacción encendida y, mientras el aire se calentaba en el interior, querían vivir largos años y felices y

morir en el mismo día y en el mismo minuto. Ella decía: «Que le den a la verdad, no hace falta ninguna verdad, Slávik, mi amor, temo por ti y por mí. Por favor te lo pido, ¡no es necesario hacerlo!». Él iba a responder. Y el coche explotó. La investigación empezó a trabajar sobre la versión de un error: simplemente habían colocado el artefacto explosivo en el automóvil que no era, y los especialistas de la científica examinaron los datos de los dueños de todos los BMW, blancos por la nieve, que esa maldita tarde habían aparcado sus vehículos cerca del centro Ostánkino, donde en al aparcamiento, debajo de cada farola, habían crecido pirámides vivas de copos de nieve. También buscaban el maletín con la verdad, pero no lo encontraron. La exmujer del muerto, insultada y pisoteada en su esencia femenina, todavía mientras él vivía intentaba expulsar de su subconsciente al que había traicionado su amor, y de vez en cuando lo llamaba por teléfono y se quedaba callada. ¡Ay, qué parecidas son todas las mujeres abandonas y solas, sofocando su ira con resoplidos al auricular! Por miedo a volverse loca, fue a ver a un psicoterapeuta y estuvo dos horas sollozando, si es que habían vivido juntos tantos años… Tras esperar lo estipulado, el psicoterapeuta, que tenía un ojo de cristal —a menudo se lo tapaba con una mano—, le propuso que se figurara su pasada vida feliz como una película ya vista y que necesitaba relajarse, cerrar los ojos y, una vez más, pasar la cinta a velocidad acelerada para que todos anduvieran tontamente, se dieran besos como si se picotearan la nariz e hicieran el amor con la ligereza de los hámsteres, que después sacara el caset de la grabadora y

tirarlo por el conducto de la basura. «En nuestro portal no hay conducto de basura», respondió la mujer. Por fin, al enterarse de lo sucedido, volvió a deshacerse en lágrimas, pero ya de una forma bien distinta: ahora podía permitirse pensar que lo quería, recordar lo bueno y recrearse en esos recuerdos. Ahora eran lágrimas buenas que le limpiaban el alma y le proporcionaban alivio. Porque mientras estuvo vivo, si lo recordaba, era solo en pasado, como si estuviera muerto, pero ahora había sucedido, él estaba muerto de verdad y no tenía que seguir fingiendo. Una vez, al regresar a su piso vacío, sintió que alguien había estado en su habitación. Todas las cosas estaban en su sitio, pero cierta sensación extraña y punzante se apoderó de ella. Las piernas le dolían de cansancio, se recostó y, de pronto, sintió un olor en la almohada: el olor de su colonia. Así que él había venido. Estaba claro, el alma del hombre muerto a manos de unos asesinos no había querido abandonar este mundo, porque en él se había quedado la mujer que lo amaba, y ella necesitaba que él la defendiera. Tenemos muchas ganas de creer que a nuestra gente cercana, cuando abandona esta vida, no la hemos perdido para siempre, que está cerca en algún lugar y que en un momento difícil puede venir a ayudarnos. Mucho se ha escrito ya sobre la condicionalidad de la muerte, cuando de repente queda claro que el asesinado está vivo, también todos los asesinados y muertos. Porque las raíces de la hierba perviven y no saben que alguien ya la ha masticado. En otra ocasión, al llegar a casa vio en el espejo medio cegado de la abuela, cubierto de manchas viejas, una inscripción dispersa de

pintalabios rojos hecha por la mano de él. El muerto informaba de que el asesino era usted. En realidad, está claro: lo que vendemos, eso robamos. No es extraño que le encargaran el asesinato justo a su escolta. Es evidente que así es más sencillo y seguro. Y usted acabó entre la espada y la pared. Acceder era difícil, pero negarse no era fácil. Lo quisiera o no, usted era la opción más a mano. Los muertos también pueden equivocarse, claro, pero usted ya me entiende. Así que la instrucción da un giro y lo acusan a usted del asesinato del periodista. Se ve obligado a esconderse. La trama cobra fuerza y, para exonerarse, necesita encontrar al verdadero asesino o, mejor aún, la verdad desaparecida. Resulta que se ha convertido en detective. Mientras tanto, la exesposa del asesinado fue a la consulta de una clarividente, de una de la que justo acababa de salir una mujer que le había pedido que le quitara el mal de ojo a su familia: en un año se le había muerto el marido de forma repentina; la hija, el yerno y la nieta habían perecido en un accidente de coche; el nieto que se había quedado huérfano sufría una enfermedad grave desde su nacimiento y, para colmo, un incendio en su piso. En la estancia de la vidente olía a resina humeada y, tras la ventana, bajo la corteza de un viejo árbol, se ocultaban unos escritos roídos por un escarabajo en los que él había descrito su vida de escarabajo y que nadie iba a leer nunca. Después de recibir el sobre con los honorarios convenidos y de contar el dinero, la vidente, ante la pregunta de cómo ponerse en contacto con un marido que ya no estaba, dio una dirección de un chat en internet en el que él se conectaría en línea con ella cuando

apareciera la primera estrella. A la hora designada en el chat había una única persona. Él. A ella solo le interesaba una cosa y tecleaba todo el tiempo con el índice: «Amor, ¿por qué me dejaste?». Él le respondía con algo sobre una cifra de una taquilla en la consigna de la estación Belorusski, pero ella una y otra vez: «Solo quiero entender por qué». Sin embargo, dejémoslos a solas y veamos qué le había sucedido a usted en ese tiempo. No podía regresar a casa, donde seguro que lo aguardaba una emboscada. Tenía miedo de que pudieran hacerle algo a su mujer y a su hijo, aunque el niño no es suyo y ya estaba crecido, pero para el amor y para el desarrollo de la trama esto no tiene ninguna importancia, así que el caso es que usted se fue a casa de un amigo del ejército, que de pequeño no había jugado lo suficiente con soldaditos y que coleccionaba una panorámica de estaño de la batalla de Waterloo. La amistad del ejército es sagrada, decidió usted. Las personas que han estado juntas y han compartido un vínculo, cuando se encuentran después de mucho tiempo, buscan esa cercanía desaparecida, aunque se hayan convertido en alguien bien distinto; es algo que puede compararse con el agua que ha estado en un jarrón, pero después se ha convertido en vapor y en lluvia. Usted hablaba y su amigo fumaba, y los hilillos de humo de sus fosas nasales rebotaban en un plato con pasta. Él comprendió que era un asunto sin ganancia alguna, que quizá caería si lo ayudaba a usted, pero precisamente eso le estimulaba. Creo que fue Dostoievski quien dijo que el sacrificio de la vida puede que sea el más sencillo de todos los sacrificios. Al día siguiente, su amigo, con la camiseta a

rayas del uniforme puesta, puso rumbo a la casa de la exmujer del periodista para, a través de ella, entrar en contacto con el espíritu del muerto y desenredar el misterio del maletín desaparecido. Al oír disparos, los trabajadores de la lavandería de enfrente llamaron a la milicia, y la unidad de guardia, que pilló un atasco y por eso solo llegó cuando hubo terminado la hora punta, detuvo al generoso valiente, metiéndole sin que se notara unas cucharitas de plata en el bolsillo durante la escaramuza desesperada, aunque este intentaba justificarse: que había encontrado en la habitación, en la cama, el cuerpo de la mujer, que olfateaba la almohada y a la que habían matado de un disparo en el corazón. Él se había arrojado sobre ella para ver si lograba que recuperara la conciencia, y por eso tenía sangre de ella. Después le quitó de las manos la pistola, que alguien había colocado ahí para que pareciera un suicidio, y la pistola hizo un tiro de control, porque le habían quitado el seguro y su amigo no sabía utilizar un arma. De esta forma se explican la sangre de ella en él, los restos de pólvora y las huellas dactilares en la pistola. Pero esto no es importante, lo importante es que el fiel camarada tuvo tiempo de leer en la pantalla del ordenador sin apagar y de comunicarle a usted por teléfono, antes de ser detenido, la cifra y el número de la consigna en la estación, donde usted dio con el fatídico maletín. La detención de un no culpable de nada, que encontró la desgracia por su causa, le añade a la acción cierto grado de tensión y de dramatismo. Ahora usted va por la calle con el mal en una pequeña maleta y piensa qué hacer. No hace sino girarse ante un repiqueteo de cristales y un

rechino: es una vieja que arrastra por el asfalto un trineo con una bañerita de niño repleta de botellas vacías. En la plazuela, unas madres jóvenes con cochecitos debatían la mejor forma para desacostumbrar al pecho, una contaba que su madre, cuando le daba el pecho al más pequeño, se untó el pezón con mostaza y el hijo, que ya había empezado a hablar, dijo con una mueca: «¡Teta, caca!». Si el niño toma el pecho durante mucho tiempo, aprenderá a hablar tarde, va a hablar mal. Un pensionista que las miraba por la ventana se fue a la cocina, arrancó la hoja del calendario y suspiró: mañana matarán a Pushkin. Para el mediodía, la nieve se volvió desmenuzable, esponjosa, los montones acumulados estaban como roídos por una langosta y, debajo del saúco, la costra helada que se había derretido ligeramente estaba granujienta. En la puerta del restaurante daba pequeños pasos de baile un negro con librea, ilusionado con el sol y haciendo brillar los botones dorados, seguro que vino tiempo atrás a estudiar. En la guardería, cuando los niños se sentaban en el orinal, la cuidadora abría la ventana para aumentar los resfriados y reducir la asistencia. En la ventana de la confitería se había torcido el anuncio: AYER ERAS MOQUILLO Y MAÑANA, CENIZA. En el zoo corretean las crías de león, alimentadas con un perro. En la peluquería hipaba después de comer la peluquera, pensando en que por la tarde iba de nuevo a aprender a tocar la guitarra, había metido gomaespuma debajo de las cuerdas para practicar los acordes en silencio. Enfrente, en la escuela de artes, el modelo posaba con un calcetín en el falo, no tenía el saquito especial con cintitas. La cruz en la cima de la iglesia estaba sujeta con cadenas para que no

saliera volando. El servicio ya había terminado, unas mujeres con pañuelo, habiendo cercado el paso al altar con una cuerda extendida, limpiaban el suelo pisado y refunfuñaban. El mendigo en el atrio sabía que a los calvos les dan peores limosnas, por eso siempre llevaba gorro. En el internado para niños inválidos, la educadora sacudía en el dormitorio los colchones de las niñas, hurgaba en las camas y en las mesillas buscando el prohibido rímel, mientras la cajita secreta, envuelta en un hilo, pendía tras el cristal. En el mercado vendían en peceras pepinillos poco salados. Un caucasiano sin afeitar frotaba las manzanas con un trapo sucio. En el colegio estaban viendo a Gógol. El joven maestro explicaba que la huida de la nariz era la huida de la muerte, y su regreso, el retorno al orden natural de la vida y la muerte. Los enamorados iban en autobús a concebir a un niño, se estrechaban en medio del gentío y, junto con todos los pasajeros, danzaban en la plataforma trasera; después, en casa, quieta con el oloroso molinillo de café en las manos, ella pensó: «¡Señor, qué fácil es ser feliz!» mientras él abría una lata de sardinas enrollando la tapa en la llave, parecía que le daba cuerda a este mundo, como a un reloj. Además, alguien debía descargar la vaca en canal, estaba colgada en un gancho y centelleaba por la escarcha en el vagón frigorífico, donde reina una niebla heladora y alrededor de la bombilla titila una rosca brillante y brumosa. Y nadie en la ciudad conocía ya el misterio de los pantalones blancos de la caballería imperial que ciñen las piernas con fuerza: había que ponérselos mojados y dejar que se secaran sobre el cuerpo desnudo. Desesperado, se dirigió usted a ver a un famoso

filántropo y defensor de los derechos humanos, lo llamaremos Viéntor, por ejemplo; se registró para una cita y se sentó en el recibidor, los dedos tamborileaban en la piel natural del maletín. Viéntor era la única persona en todo el mundo que podía ayudarlo a hacer pública la verdad y a castigar el mal que triunfaba tras la ventana. ¡Alguien debía partir la punta del mal en directo, públicamente! Esto debían de pensarlo muchos, porque el recibidor estaba lleno de refugiados de Asia Central en albornoces rotos y descoloridos. Era un antiguo palacete que un banco petrolero llevaba ya tiempo codiciando. Los techos estaban decorados con las molduras antiguas, y a nadie sorprendía ya que Apolo, el dios del arte, matara uno tras otro a todos los hijos de Níobe y después la convirtiera a ella en piedra, y pusiera fin así a los sufrimientos de la madre. Pero usted esperaba en vano: Viéntor había desaparecido misteriosamente de su despacho; encontraron su cuerpo en el jardín vecino, colgado de una rama, ahí lo tienen, el misterio de la habitación cerrada favorito de todos. Y aunque la prensa se explayó en flojas suposiciones sobre la mística y las fuerzas ignotas del más allá, todo resultó bien sencillo: tres sin techo, tres antiguos tripulantes de un carro de combate, ofendidos por la humillación al imperio, habían decidido vengarse de los liberales. Se acordaban de ellos por unos indicios especiales: los dientes podridos brillaban en la oscuridad. Además, les gustaba recordar que, a principios del 38, sobre Leningrado lanzaron montones de plátanos. Y uno de ellos dijo: si pudiéramos saber que no existe la muerte, que no te mueres, sino que simplemente «cruzas» a otra

vida, es decir, que no es una muerte en serio, sino de broma, entonces todo esto es indigno, y uno debe morir con dignidad, como un hombre, en serio, sabiendo que existe la muerte. Así que esto es lo que pasó: uno disparó al pasar por la calle con una vieja pistola de duelo, habiéndose dado cuenta de que Viéntor justamente estaba en la ventana abierta y pensaba, a saber por qué, en unas botas de Turguénev que había visto años atrás en un museo. Las botas estaban en una vitrina secas, muertas, y costaba creer que alguna vez hubieran estado vivas, que hubieran olido a pies y a cuero y que, después de cazar, les hubieran espolvoreado avena para quitarles la humedad, las hubieran sacado para ventilarlas y, después, les hubieran untado brea. Ante el disparo, Viéntor se asomó a la calle; desde el piso superior, el segundo sin techo tanquista le lanzó una soga al cuello y tiró del anciano para arriba, después lo bajó por otra ventana que daba al jardín, impregnado por la luz madura de la tarde y firmado, como una condena, por la rúbrica de un vencejo, donde el tercero de los coautores colgó el cuerpo de Viéntor en una rama. Oscurecía rápidamente. Usted se dirigió al cercanías de Podlipki, donde vivía su anciana madre y su hermana, que era maestra y enseñaba literatura. Por la megafonía de la estación anunciaban sin cesar que la vida es un arco tensado, y la muerte, el vuelo de la flecha lanzada. En el cercanías, recalentado, con exceso de respiraciones, de sudor, sujetó con fuerza el maletín y se imaginó a su madre y a su hermana a la mesa, bebiendo té, tomando *bliny* con requesón y mirando las noticias, justamente estaban mostrando un autobús con rehenes en Nasrán que

había volado por los aires y los trocitos humanos planeaban, grabados con destreza a cámara rápida, como copos de nieve roja. Todo el cercanías leía novela negra. Esto es comprensible. En una novela negra se supone que hasta que se comete el crimen, hasta la aparición del primer cuerpo, en el mundo existe cierta armonía original. Después esta se destruye, y el detective no solo encuentra al asesino, sino que restablece el orden mundial. Esta es la función clásica del héroe civilizado. Sumergido en las tinieblas hasta las rodillas. Además, está claro dónde está el bien y dónde está el mal, porque el bien siempre vence y no puede equivocarse: si ha vencido, es que es el bien. Y, bueno, en general leen porque es terrible pasar por la vida chirriando cual mosquito, en un lugar a oscuras, invisible e inaudible. La novela negra es igual de terrible que los periódicos, con la diferencia de que acaba bien. No puede acabar de otra manera. Primero los sufrimientos, los miedos, la agitación, las lágrimas, las pérdidas, pero al final todo queda atrás. Como en un cuento: una bestia del inframundo se ha apoderado de la isla y manda sobre las personas, no dibujadas, no trazadas del todo. Les roe la cabeza. Tienen miedo, pero viven. Hay que vivir de alguna manera. Entonces aparece el héroe, hinchado de bravura y sabiduría oriental, y a la bestia le da con la bota en los huevos. Los periódicos mejor ni abrirlos, no hay noticias, sino informes de delitos especialmente peligrosos que hielan el alma y soplan la veleta de la opinión pública: según las últimas encuestas, todos exigen de nuevo la instauración, en primer lugar, de la pena de muerte pública por la violación de sus hijas e hijos y, en segundo, de la

sharía, para que le corten la mano a los ladrones; así, la próxima vez que tengan ganas de robar algo, de hacerse con algo, no tendrán con qué. A su lado iba una muchacha no muy guapa, con pelo que le crecía en los lugares donde no debía y que por las noches moría de desamor, y leía sobre la secta judía de los saduceos. Mirando de reojo, usted recorría las líneas en las que se decía: los saduceos afirmaban que en el futuro no habría ni dicha eterna para los justos ni tormento eterno para los impíos, negaban la existencia de los ángeles y de los malos espíritus y también la futura resurrección de los muertos. «Así que nosotros somos saduceos», suspiró usted. El cercanías ya se acercaba a Podlipki. Tras la ventanilla, en el terraplén, pasó la mitad de un perro atado por unos chiquillos a los raíles. Desde la estación un autobús lo dejaba cerca, pero decidió ir dando un paseo, tomar un poco de aire. Mientras se acercaba al edificio de cinco plantas, saludó a las abuelas de un banco y pensó: ahora lo matarán y ellas debatirán como es debido los detalles del entierro, cómo será el ataúd y si la viuda llorará con fuerza. Entró en el portal y, en lugar de, como solía, correr por las escaleras bien rápido para no inhalar los olores de los rincones, empezó a subir lentamente, con cuidado, prestando atención, escudriñando la oscuridad y haciendo crujir las jeringuillas vacías. Y se quedó petrificado. Arriba, en el siguiente descansillo, había alguien que intercambiaba palabras en voz baja y, cuando usted se paró, la conversación se interrumpió. Se oyó el rechino de un cerrojo del que tiraban. Comprendió que era detrás de usted, y entonces es cuando llega la descripción de la naturaleza. Era una

mañana tranquila de verano. El sol ya estaba bastante alto en el cielo despejado, pero en los campos aún brillaba el rocío, los valles recién despertados emanaban un oloroso frescor y en el bosque, todavía húmedo y sin ruidos, cantaban alegres los pajarillos tempraneros. En la represa, por los reflejos de las nubes, corrían cielozancudos. El álamo temblón abatido por la tormenta es pizarroso. Alrededor de la libélula pegada al rayo de sol, un nimbo cristalino. En la copa del roble hay ácaros. El olmo ha empezado a volverse de bronce. El viento ha peinado con raya la pícea. La selva, según Dante, son pecadores convertidos en árboles. El prado seco cruje bajo los pies. Los oídos están taponados por el estridor de los saltamontes. El riachuelo se arrastra y tira de los pelos a las algas. A nadie se le ocurre poner nombres en el cielo, aunque también allí, como en los océanos, tienen sus propios estrechos y mares, fosas y bajíos. El rechino del cerrojo resultó ser el sonido de una lata vacía de cerveza al tirarla. La conversación en el hueco de la escalera se ha reanudado y alguien se ha puesto a contar más cosas de su perro con ojos humanos. Este comprendía a su amo con pocas palabras. A él le parecía que era un ser humano, solo que con pellejo y patas. Pero algo le sucedió cuando tuvo cachorros. Una vez llegó a casa y vio que le había roído la cabeza a sus crías. Algo se había dislocado en la naturaleza, algo así no podía ser, algo así no debía pasar. Se vio obligado a pegarle un tiro. «Arreglado», suspiró usted con alivio, y siguió subiendo. Abrió la puerta con su propia llave y retrocedió ante la visión que se le reveló, dominado por el espanto y el asombro. Como estipuló más

tarde la instrucción, a partir de las tres de la madrugada el pacífico sueño de los habitantes del bloque se vio perturbado por unos gritos desgarradores, pero, asustados por la mala temporada, criminal, los vecinos se escondieron. En el piso todo estaba revuelto, los muebles rotos estaban desparramados por doquier. En una silla había una navaja de afeitar con la cuchilla ensangrentada. Dos o tres mechones espesos de pelo largo y cano, arrancados al parecer de raíz y pegajosos de sangre se habían enganchado a la rejilla de la chimenea. En el suelo se encontraron cuatro napoleones, un pendiente con un topacio y dos saquitos con antiguos rublos conmemorativos que aquí todas las máquinas automáticas toman por la moneda de cinco francos con Guillermo Tell. Junto a la ventana, un tarro de tres litros roto, con setas, se habían quedado secas, arrugadas. ¡Y ni rastro de su hermana y de su madre! Alguien reparó en un gran montón de ceniza en la chimenea, empezaron a rebuscar en el tiro y —¡qué espanto!— tirando de la cabeza sacaron el cadáver de la hermana: estaba boca abajo y, además, bastante lejos, lo habían atascado en el estrecho cañón de la chimenea. El cuerpo todavía estaba caliente. La piel, como se esclareció al examinarlo, estaba arrancada en muchos sitios: clara consecuencia de los esfuerzos con los que habían atascado el cuerpo en el tiro, y con los que después lo habían sacado. La cara tenía unos arañazos terribles; en el cuello, cardenales azul púrpura y marcas profundas de uñas, como si la hubieran estrangulado. Con todo, lo más curioso es que a su hermana la encontraron en un cuarto cerrado por dentro, también estaban echados los pestillos de las

ventanas. ¡Otra vez el misterio de la habitación cerrada! Veamos cómo se las ingenia esta vez. Después de rebuscar por toda la casa de arriba abajo sin haber descubierto nada, todos se lanzaron abajo, a la calle, donde humeaba ligeramente una basura que esparcía su peste con el primer deshielo, y aquí dieron con la vieja muerta, le habían pasado tanto la cuchilla que al intentar levantar el cadáver la cabeza se desprendió. El cuerpo y la cara estaban mutilados, sobre todo el cuerpo, no conservaba nada humano. En la habitación habían dejado huellas por todas partes: restos de *bliny* con requesón sin terminar que habían probado los asesinos, es decir, habían dejado saliva, colillas con pintalabios, una cerilla consumida en el cenicero con el palito carbonizado, vasos con huellas dactilares, huellas de una bota derecha del número 45, lo que hizo pensar en una cojera de los malhechores, pero el equipo de instrucción no encontró ninguna prueba ni pista y en el boletín de prensa leído en la sesión informativa se confirmó que el asesino era un gigantesco y feroz orangután que se había marchado por la ventana y que esta se había cerrado sola y bruscamente cuando la fiera salió huyendo. Omitiré en aras de la brevedad, porque pronto será la hora de comer, el estómago ya me ruge y todavía vamos por el principio, por eso la descripción de los asesinatos de personas de las que nada sabemos en condiciones no provoca ni una pena especial ni rabia, tampoco protestas acaloradas, todos nosotros nos iremos al otro barrio con los ojos como platos; omitiré, repito, el resto de las desventuras del maletín, la carta cifrada, los gemelos que se parecían como dos gotas de agua, los

pasos secretos, la ventana rota desde fuera si los trozos están dentro, y rota desde dentro si los trozos están fuera, y, aunque el perro que no se puso a ladrar en ese momento lleva a pensar que conocía al asesino, pasaré a sus declaraciones definitivas, a la persecución final cuando la trama algo débilmente urdida alcanza su apogeo. Usted corre con el maletín, por el que se ha armado todo este follón, por el campo, alforfón rosado, lino azul, pero aquí usted se lio e introdujo después modificaciones en el acta, que se había acordado del camino polvoriento cruzando un campo de fresas, después del caluroso día había un fuerte olor a baya. En pos de usted, una persecución mortal: por un lado, las fuerzas de orden público y, por otro, la mafia, que, según entiende usted, son exactamente lo mismo; por delante, un río de reflejos lleno por arriba y, dentro, de tiempo, repleto de él hasta los bordes. El árbol seco y nudoso entró en el agua hasta la cintura y atrapó una mariposa de la col en el codo adelantado. Tras los arbustos hay un crío pescando. Lanza el anzuelo, hendiendo el aire con el extremo flexible de la caña alargada. El cebo chapotea en el río, por un instante corretean unos círculos. Una pelota de pimpón ha empezado a saltar en ellos, se acerca flotando pausadamente, sin prisa. Se oye en algún sitio por debajo, siguiendo la corriente, un lobo que gruñe, una cabra que bala, llega el chirrido de un escalmo. En la orilla, maleza de mosquitos. Una araña atrapa frescor en sus redes, hace acopio para el otoño. La tocó con un dedo, ella trepó al cielo por la red. Encima del río se quedaron inmóviles unas nubes imponentes y, acto seguido, desde el campo de coles los ocupantes de las dachas cargan con

sacos de coles, es algo que han mamado desde chiquititos: si no te atrapan, no eres un ladrón. Alguien ha adaptado en la cerca la tapa de un piano de cola. En su sombra se ha enrollado una manguera, pesada, con agua dentro. Hay una pareja en la arena de la otra orilla, desde lejos no pillas qué sucede —un beso o respiración boca a boca—, pero no hay tiempo para pensarlo, detrás están los cuerpos especiales, ya se los oye gritar: «El Señor sabe adónde nos guía y nosotros lo sabremos al final del camino». Además, sus gargantas de hierro vociferan a coro: «Lo terrible no es que la vida se acabe, ¡sino que pueda no volver a empezar nunca más!». Usted se quita las botas para nadar con más facilidad, mete en el agua negra una pierna y esta enseguida desaparece hasta la rodilla. Bajo los pies, los tallos se deslizan resbaladizos, echan a correr, estallan las burbujas; huele a podredumbre. Mete la otra pierna: en los círculos ha empezado a oscilar, a saltar, una bolita blanca que acaba de llegar flotando. Se lanza a nadar, pero es como si la orilla, que parecía estar a solo un par de brazadas, hubiera empezado a jugar con usted al a que no me pillas. Lleva mucho rato nadando, pero sigue estando al mismo par de brazadas. Empieza a quedarse sin fuerzas, porque debe impulsarse solo con un brazo, y el maletín lo arrastra hacia el fondo. Con el forcejeo ha tragado mucha agua, y por encima de su cabeza se ha cerrado un techo acuático. Abre los ojos: un muro amarillo con una ramita de algas y el círculo del sol atravesando una nebulosidad radiada. Se resistió hasta que, de repente, sintió una increíble ligereza. Todo se volvió despreocupado, encantador. De pronto se le ocurrió: «¿Por qué me resistía

si todo es tan fácil y maravilloso?». Lo salvó el capitán Nemo en su Nautilus y lo desembarcó ya en la orilla de Romanshorn. Aquí compró usted este billete y se subió al tren de Kreuzlingen. Se instaló en la ventanilla para tener vistas al lago Constanza, se puso a mirar cuánto dinero tenía en la cartera y se topó con un dibujo de su hijo, esos borrones y garabatos que le había dibujado por su cumpleaños, desde entonces lleva ese trozo con usted; en la ventana pasaban árboles desnudos inclinados a la derecha, como las letras escritas con trazos de mujer, y comprendió que era su esposa escribiéndole una carta, que lo quiere y lo está esperando. Se quedó dormido, y después ya tenía que bajarse, saltó al andén y entonces cayó en la cuenta de que se había olvidado el maletín, así como todos los documentos que acreditaban su identidad, pero ya era tarde, el tren se había ido. ¿Fue así?

Respuesta: Sí. Me parece que sí. No lo sé. Quizá me haya liado con algo. Perdóneme, estoy muy nervioso.

Pregunta: Puede estar tranquilo. Ya todo quedó atrás. ¿Quiere un poco de agua? Comprendo que lo está pasando mal.

Respuesta: ¡Gracias! Le doy mi palabra de que he intentado contarlo todo como sucedió, pero ya ve el resultado.

Pregunta: No pasa nada. Cada uno lo cuenta como puede.

Respuesta: No me he inventado nada, todo fue así. ¿Me cree usted?

Pregunta: Qué más da si le creo o no…

Respuesta: Quizá le haya parecido que es demasiado, cómo lo diría, demasiado fantasioso, claro, lo de la chimenea o las nubes y las coles robadas, pero todo sucedió tal cual se lo he contado, ¿para qué me lo iba a inventar?

Pregunta: ¡Pero no sufra tanto! Aquí cuentan más de una historia

como esa. No se preocupe. Y lo de que se parezca a una novela policíaca, usted mismo lo ha dicho: simplemente quería que todo terminara bien. De eso se trata, ¿no?

Respuesta: Sí, de eso se trata. De eso mismo. Tenía tantas ganas de que todo terminara bien… Dígame, ¿todo va a salir bien?

Pregunta: Mire, es usted un hombre adulto. Ya tiene canas en las sienes. Ha vivido lo suyo. ¿De verdad no comprende que lo que usted ha contado en realidad no importa para el dictamen de la sentencia?

Respuesta: ¿Cómo que no importa? ¿Por qué? Entonces, ¿qué es lo que importa?

Pregunta: No importa y punto. Qué más da quién robara las coles del campo y cómo se perdió el maletín. Se perdió, pues se ha perdido. Porque usted, en realidad, no cree en el pato, en la liebre, en cierto imperdible oxidado, ¿no?

Respuesta: No, claro que no.

Pregunta: Ahí lo tiene.

Respuesta: Entonces, ¿qué es lo que importa?

Pregunta: Dígame, lo de los garabatos y los árboles en la orilla como un trazo torcido, ¿esto es verdad?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿La quiere?

Respuesta: ¿Es que es imprescindible para el acta?

Pregunta: ¡Mira que son inocentes las personas! Vienen y piensan que alguien las necesita. Ya ves, llegan y llegan, se cuelan, no te da tiempo a interrogarlos a todos. ¿Y quién os necesita? Y, lo más importante, creen en no sé qué tonterías. Uno como usted, incluso algo parecido, ya con canas, ajado, manchado, con los mismos ojos que han perdido el color, deslavazados, empezó a asegurar que

había leído en algún sitio, en algún periódico gratuito, que, en realidad, todos nosotros ya hemos vivido tiempo atrás y después morimos. Y entonces nos resucitan en ese juicio y debemos contar cómo hemos vivido. Está nuestra vida, pero luego está el relato en sí, que debemos no solo contarlo con todo detalle, sino también enseñarlo para que sea comprendido: es importante cada menudencia que tintinee en el bolsillo, cada palabra tragada por el viento, cada silencio. Algo parecido a la reconstrucción de un caso en la que se restablece la sucesión de los hechos acaecidos: yo estaba justo aquí, en la cocina, junto a la ventana cubierta de escarcha, y por un agujerillo miraba cómo en la calle alguien desenterraba con un recogedor amarillo de plástico un automóvil sepultado por la nieve, y ella salió del baño cubierta con una bata, con el pelo mojado envuelto en una toalla, enchufó el secador, soltó la toalla y se puso a secarse el pelo, peinándoselo con los dedos, yo pregunté: «¿Quieres un hijo mío?». Ella respondió: «¿Qué? ¡No oigo nada!». Y hay que mostrar cómo estaba junto a la ventana, sentir el cristal con la piel, oír el ruido del secador, ver su pelo enredado, mojado, a través del que se abren paso los dedos, representarse el recogedor amarillo en la nieve. En ese juicio nadie se acelera, porque hay que examinarlo todo minuciosamente y, por eso, la tarde debe mostrar toda la tarde y la vida, toda la vida. Y así, sin prisa, se restablece todo tal cual fue: hoy los cirros, mañana los cúmulos. Los olores, los sonidos, punto por punto. Y enseñas cómo encontraste una chinita en la *kasha* y se te partió un diente, aquí está, el trozo amarillo. O cómo por el vómito en el suelo del

vagón del metro determinaste que esa persona había tomado fideos, olían. Cómo te enamoraste mientras dormías y te despertaste visiblemente feliz, y ahora, ¿oye eso?, es el portero rascando en el asfalto.

Respuesta: ¡Pero si es en el patio! Mire, un negro helado está raspando la nieve amontonada con una pala de hierro.

Pregunta: Ahí lo tiene, lo mismo que él, que dice todo es auténtico, incluso los sonidos. En resumen, todo lo que nos rodea forma parte de ese relato. Y es imposible ocultar nada. Así es como nací, así es como he vivido todos estos años, así he muerto. Pero todo esto son bobadas, en realidad no es así. No se puede ser tan inocente como para pensar que alguien va a acceder a escuchar toda su vida. Por lo demás, discúlpeme usted, me he pasado un poco… Estoy hablando de otra cosa.

Respuesta: Entonces, ¿no lo lograré?

Pregunta: Ya sabe usted: es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja.

Respuesta: ¿Y ya está? ¿Debo irme?

Pregunta: ¡Espere! Siéntese.

Respuesta: Ahora que lo veo, tiene usted un trabajo interesante, la verdad. Es como un juez instructor. Qué, dónde, adónde, por qué y para qué. Y ya mismito, que no le hagan esperar. Se quiera o no, te acaban cargando con algo.

Pregunta: Ojalá hubiera algo que cargar. Un juez instructor tiene un cadáver, un hacha, pruebas, careos, identificaciones. Hasta el último momento no comprendes quién ha lanzado a la piscina los peces venenosos. ¡Un enigma! ¡Un misterio! Pero ¿qué misterio hay aquí?

Respuesta: ¿Cómo que qué misterio? ¿Y nosotros? ¿Los que antes

vivíamos de una manera y ahora hemos venido aquí? ¿Acaso nosotros no somos un misterio?

Pregunta: El misterio reside únicamente en que hayáis visto la luz. La inmaculada concepción a todos sorprende y nadie cree en ella, pero la impura no sorprende a nadie. He aquí un misterio: todo ya había sido, pero usted todavía no existía, y ahora está aquí. Y después volverá a no existir. Todo lo demás ya es sabido.

Respuesta: ¿El qué es sabido?

Pregunta: Todo. Lo que ha habido y lo que habrá.

Respuesta: Pero ¿por quién es sabido?

Respuesta: A ver cómo se lo explico de una forma más sencilla… Imagínese que lo invitan a la isla del Negro. Y usted está contento. Espera algo bueno, de lo contrario, para que invitarlo, ¿no? Viaja y sueña con el amor. Su compañera casual de viaje, en la ventana de enfrente, tiene la piel del color de un serbal que no ha madurado en julio, pero es incómodo examinarla tan de cerca, y aparta la vista y mira todo el tiempo por la ventanilla, y ahí el cielo vespertino también brilla como un serbal verde, es el ocaso que ajusta su tono al color de la piel de ella. Después, ya en la orilla, el mar es algo jabonoso y el viento está plagado de gritos de gaviotas. Por la margen corretean las lavanderas, agitando sus cortas patitas. Las algas verdes llegadas a la orilla huelen. Un pequeño muelle. En sus patas rompen las olas, le lanzan gotas como si fueran uvas. Las gaviotas se posan en las barandas de hierro. A las aves las agita el soplido del viento, se levanta una por un instante para volver a posarse, pía melancólica. El mar y el cielo se funden, como si se hubiera empañado un cristal, y después

aparece de nuevo el horizonte, parece trazado con un lápiz fino sobre una regla. Y usted llega y en su habitación, en la pared, hay una canción infantil. Y todo está escrito en ella. Sobre los negros tras la ventana, que juegan con la nieve, y sobre usted. Porque aquí usted es también un negrito, vaya a bañarse al mar, ahóguese y lo salvará el capitán Nemo. Volverá en sí en la cabina del capitán, le permitirá dar vueltas a todas las manivelas y ruedecitas, presionar asas, compuertas, válvulas y botones, explicar qué es para qué, cubrir su cabeza rizada con la gorra sudada y mugrienta de capitán. ¿Comprende de lo que le hablo?

Respuesta: No soy un crío. Todo está en la canción infantil. Pero esto lo comprendí después. Al principio, no.

Pregunta: Y después: todas las historias ya se han contado cien veces. Pero usted, que esta es su historia.

Respuesta: ¿Y qué historia tengo yo?

Pregunta: Pues cualquiera. Siempre queda bien alguna historia sencillita, entre banal y sentimental, tipo que había una princesa y se convirtió en Cenicienta.

Respuesta: ¿Yo me he convertido en Cenicienta?

Pregunta: Es una imagen. ¡Una metáfora!

Respuesta: Haberlo dicho antes, lo de la Cenicienta esa.

Pregunta: Está bien, no le gusta Cenicienta, a ver que piense otra cosa. Algún recursito sin pretensiones que funcione para intensificar la tensión y la agudeza de las situaciones, tipo uno contra todos, uno bueno entre todos los malos. Cierto caballero que peregrina en metro, luchador por la justicia, defensor de los agraviados, consuelo para los huérfanos y más todavía para las viudas, él mismo injustamente perseguido y que sufre por culpa ajena. Barato, pero

siempre actúa impecablemente: con tal bondad de puños fuertes se simpatiza constantemente y se ansía su victoria con toda el alma.

Respuesta: Pero qué caballero sería yo…, vaya ocurrencia…

Pregunta: ¿Y? ¡Si desde pequeño ha soñado con ser un intrépido buscador de la verdad! Quería crecer y convertirse en investigador, en policía, combatir a los criminales, castigar al mal. O partir a la taiga al estilo de Robin Hood, despojar a los turistas de lo adquirido injustamente —todavía nadie ha adquirido nada justamente— y entregarlo todo a un orfanato. ¡O hundir a los malos y salvar a los buenos como el mismísimo capitán Nemo, que conduce su barco submarino cual ariete!

Respuesta: Ya no me acuerdo. Sí, bueno, sí que soñaba.

Pregunta: Pero sí recordará que estaban parados cerca de un foso o de una cantera o un barranco y, de repente, un niño empezó a gritar. Salieron corriendo para allá y era un gato el que gritaba.

Respuesta: Sí, estábamos con los muchachos junto a una hoguera. Aquello era un basurero enorme. La traían de toda la ciudad. Agarras un disco roto y lo lanzas al aire. O bolsas de agua caliente rajadas, con la goma te hacías unos tirachinas estupendos. Las bombillas fundidas explotan como granadas. Bueno, ahí estábamos en la hoguera y los más mayores nos hablaban del correccional. Era terrible acabar en uno de esos, y allí estábamos, escuchando qué se podía hacer y qué no. Por ejemplo, si no tienes para fumar en una celda, pero tienes ganas, ¿qué haces? Bueno, pues raspaban la corteza de las varillas de los ramones de abedul y las secaban. Y para encenderlas —no

tenían cerillas— pillaban guata de colchones y almohadas, la ponían en una bombilla y esperaban a que empezara a echar humo. Pero esto no era nada, lo terrible era, lo recuerdo, escuchar lo del «registro». Es cuando te golpean con una toalla mojada y dentro han trabado fichas de dominó. Y no puedes gritar. Después la prueba más importante, una especie de juego: ¿quién quieres ser? Tocaba elegir entre piloto o tanquista. Si dices piloto, entonces encarámate arriba y salta, vuela cabeza abajo: tú mismo te has pedido piloto. No hay elección. Has dicho que eres piloto, así que debes responder por tus palabras. Allí no se dicen las palabras así como así. ¿Quieres ser tanquista? Entonces embiste a toda velocidad una puerta de hierro, con la cabeza como ariete. Y no puedes tragarte tus palabras. Te machacarán en el sitio. Si te embalas y corres, entonces eres uno de los suyos y pueden, en el último momento, colocar una almohada. Hay que pasar por ello y no asustarse, correr de cabeza a la puerta de hierro.

Pregunta: ¿Y ha estado en Afganistán?

Respuesta: ¿De dónde lo ha sacado?

Pregunta: Método deductivo. Como Sherlock Holmes. El doctor Watson fue a verlo y Holmes enseguida cayó en la cuenta de que aquel venía directo de Afganistán. Partiendo de una gota de agua, un ser humano que sepa razonar con lógica puede deducir la existencia del océano Atlántico o de las cataratas del Niágara, incluso si no ha visto ni lo uno ni lo otro y nunca ha oído hablar de ellos. Y he aquí que, por las uñas del doctor, por sus mangas, calzado y pliegue en las rodillas de sus pantalones, por los hinchazones en el pulgar y en el índice, por la expresión de la cara y los puños de la

camisa, enseguida quedó todo claro. Y que estaba herido en el brazo izquierdo por un arma antediluviana. El nieto cargaba, el abuelo disparaba. Elemental. Pero aquí simplemente son las reglas del género. Primero Afganistán, después los penosos días cotidianos de la vida apacible: la lucha contra el mal, contra la injusticia, la corrupción. Injustamente condenado. Después se perdió, se rompió, se convirtió en asesino. La generación perdida, los muchachos de zinc. Héroes y víctimas de una guerra ajena. Usted a ellos: ¡cómo es posible, soy un veterano, he derramado mi propia sangre! Y ellos responden: nosotros no te enviamos allí.

Respuesta: ¿Y eso a qué viene?

Pregunta: A que usted mismo ha dicho que todo es importante, cada palabra. Cualquiera, el camello, por ejemplo. ¿Se acuerda?, cuando lo llevaban en tren, estuvo mucho tiempo en ese convoy militar y, cuando vio el primer camello, se acordó de repente de su padre. Era maquinista y solía contar que una vez, una mañana temprano, llevaba una composición por la estepa de Asia Central y vio unos camellos delante, en las vías, estaban lamiendo el rocío de los raíles. Su padre pitó y ellos salieron en desbandada, pero uno echó a correr no hacia un lado, sino por las vías, para alejarse del tren. La composición ya no pudo detenerse y su padre lo atropelló. ¿Se acuerda?

Respuesta: Sí, pero ¿quién se lo ha contado?

Pregunta: Quién, quién… El camello fue. El mismo. No pudo pasar por el ojo de la aguja, pero salió huyendo de su padre por los raíles.

Respuesta: Pero eso a usted no le concierne. Ni lo de mi padre. Ni lo

de ese camello.

Pregunta: Si no le gusta, lo dejamos. Así es. Si no puede ser, no puede ser. Pero ¿de veras no ve usted que, aparte de mí, a nadie en esta luz y en estas tinieblas le interesa su padre o ese camello? Está bien, continúe, ahora nos hablará del tercer brindis.

Respuesta: ¿Y a qué viene ahora el tercer brindis?

Respuesta: ¿Cómo que a qué? Es el de los caídos. Ahora contará que, en cuanto se disponían a beber el tercer brindis por los caídos, se empezaron a oír disparos. Usted miró por el aparato de visión nocturna quién era ese que disparaba, y eran el abuelo y el nieto que esa mañana le habían traído un melón y usted les había dado varias latas; el abuelo disparaba y el muchachillo cargaba, sí, el mismo arma que había herido al doctor Watson. Pero solo allí, en su país, son ustedes héroes y víctimas, aquí son invasores y asesinos. Y la guerra ya no es ajena, sino suya.

Respuesta: No es cierto. Allí no hubo nada mío. De primeras. Cuando llegamos, era invierno, sin nada de nieve, viento, penetraba hasta los huesos, llevábamos chaquetones guateados y, aun así, nos congelábamos, pero ellos iban descalzos. Fue la primera vez que vi que la madera se vendiera por kilos. La pesaban, discutían. Las casas en los *qishlaq* eran prácticamente de arena. Campesinos en albornoz, ninguna mujer por ningún lado, cerca de unas tiendas diminutas estaban en cuclillas bien unos mendigos, bien los dueños de esos quiosquillos. Pero qué no habría en sus estantes: radios japonesas, televisores y relojes de todo tipo, también perfumes parisinos. Al principio no había ninguna hostilidad especial. Simplemente todo era

ajeno. Recuerdo el mal rollo que me dio cuando vi a un *dehgân* pastoreando toros y en los cuernos se balanceaba una radio, cantaba algo melancólico. Y solo después comprendes que nada es como debe ser: los niños no son niños, los campesinos no son campesinos. Una chiquillería descalza corre detrás del transporte blindado: «¡*Shuravi,* dadnos algo!». Primero les lanzábamos latas de carne o de leche condensada. Después vimos al primer muerto: un niño de unos doce años y, en la automática, nueve marcas, es decir, nueve de nuestros muchachos. Y entonces, cuando empezaron a caer los chicos de los que me había dado tiempo de hacerme amigo, entonces empezó. Tenía muchas ganas de venganza. Sobre todo por los nuestros que habían caído prisioneros, por lo que les hacían. Y me daba miedo caer prisionero. Sus prisioneros tenían pinta de estar realmente contentos por palmar enseguida. Al primero lo recuerdo bien: sentado, mugriento, herido, las manos atadas a la espalda con alambre de espino, sin ningún miedo a nada. Completamente sumiso a su destino. Ensimismamiento y tranquilidad. Era algo que tenía un efecto deprimente. Y nos desatábamos. Alguien le soltaba una patada o le golpeaba con la culata, y era contagioso: se transmitía a los otros. Después vimos que solo bajo las balas morían tranquilos, con dignidad, pero sentían pánico ante una muerte incruenta: ser ahogado, asfixiado o colgado. Y nosotros los colocábamos debajo de las ruedas o los hundíamos en agua, justo lo que temían. Automáticamente empezaban a aullar, a gritar algo, a querer liberarse. Lo que nos provocaba más. Le retorcíamos los brazos y les hacíamos una «paloma», es

cuando los atas con un turbante por detrás de forma que no pueden mover ni un brazo ni una pierna. Y vives en una tensión tan constante que necesitas relajarte de alguna manera. Cuando no estábamos en una misión, vivíamos en esos módulos temporales, y todos los días había que gastarle alguna bromita al módulo vecino. Una vez les untamos el techo con leche condensada, qué cantidad de moscas… Ellos nos suspendieron sobre la puerta el contenedor de la ducha: abrías la puerta y se te vaciaba encima. Y estaba la prueba de reacción: pintabas de verde una granada de instrucción y la lanzabas a otro cuarto, a ver quién reaccionaba cómo. Para partirte de risa. Uno se cubría con la sábana, otro con un periódico… Allí no se podía vivir sin las bromas. Porque por la noche te levantaban y te ibas a saber dónde. Una noche bloqueamos un barranco y a esperar. Una caravana con burros cargados. Abrimos fuego sobre ellos. Eran habitantes del *qishlaq* que llevaban manzanas al mercado. Los habían avisado de que había toque de queda, pero, aun así, se pusieron en marcha. Querían llegar cuanto antes al bazar. Nos acercamos y vimos las manzanas desparramadas, maduras, bonitas, y nos cabreó mucho que yacieran ahí esos habitantes pacíficos, que hubiera sido un error. Así que ninguno de nosotros recogió esas manzanas. Nadie cogió ni una sola manzana. Así que allí se quedaron, caídas.

Pregunta: Se han podrido hace mucho, sí, las manzanas esas, ¡no queda nada de ellas!

Respuesta: Lo sé. Pero se han podrido allí. Mientras que aquí están caídas en las piedras, resplandecen por dentro.

Pregunta: ¿Dónde es aquí?

Respuesta: Usted ha dicho que todos nosotros hemos acabado en la isla del Negro. Allí donde no estamos, las cosas tienen forma, pero aquí, esencia. Lo he entendido bien, ¿no? Allí, en el valle montañoso, las manzanas se han podrido, pero aquí, en esta isla, no pueden pudrirse. No hay nada que hacer. Seguirán así, caídas.

Pregunta: Y comprendió usted que el bien y el mal son un único transformante, ¿es así?

Respuesta: No. Todavía no. Entonces no comprendí nada. Comprendí solo que hay alguien que te guía y puede salvarte, igual que los presagios o un talismán. En tiempos, en el ejército se tenía la costumbre de, justo antes de un combate, ponerse muda limpia, y ahora es al revés: antes de las hostilidades nada de lavarse, afeitarse o cambiarse de muda, si lo haces, te matarán. Hay varias prohibiciones sobre lo que no se deber hacer para engañar a la muerte. Como si firmaras un contrato con ella: yo no hago esto y tú hoy no me tocas. Si un herido en estado de semiinconsciencia, mientras su conciencia estaba borrosa, se tocó con la mano ahí, entre las piernas, significa que morirá. No se debe en ningún caso. Hay que sujetarle las manos para que no lo haga. No hay que llevarse las cosas del caído, ocupar su sitio. No hay que señalarse en uno mismo dónde han herido a otro. Además, allí cada uno tenía su propio talismán y reglas, y todo eso debía mantenerse en secreto. Yo nunca le quitaba nada a los muertos, ni siquiera el reloj. Y me fijé en que cada vez que alguien infringía mi regla, caía. Pero después comprendí que todo eso era absurdo. A aquel sobre el que se ha

escrito en la canción infantil, a ese le sucederá.

Pregunta: ¿Y el negrito logró vivir hasta la licencia y regresó al extremo de la isla donde el sol se había apagado, los trenes se empeñaban en llegar por la mañana y las iglesias estaban recalentadas, repletas de oraciones respondidas?

Respuesta: Algo así. Los primeros días todo era extraño. Vas por la calle, te entregas al olvido y observas los tejados. Un motor acelera y por poco no te tiras al suelo. Empezaron los días cotidianos de la vida apacible. En ellos nada era a la manera de los humanos. Daban muchas ganas de corregirlos. Todos empezaron a colocarse en algún sitio, cada cual como podía, a ganar algo de dinero. Me propusieron de todo. Pero yo era orgulloso, honrado, inocente. Durante un tiempo trabajé de vigilante en el mercado. Después comprendí que no podía seguir así. Me dolía tanta basura a mi alrededor. Lo comprendí: hacía falta una limpieza.

Pregunta: Y empezaron los días apacibles, que se habían convertido, como dijo usted en una entrevista de trabajo, en el campo de batalla de la luz con las tinieblas. Y al principio pensaba que usted no era el único, que eran muchos como usted, toda una orden de caballeros-luminóforos, portadores de luz que combaten como farolillos con la fiera de la oscuridad. E intenta apañarte con ella cuando las tinieblas son tales que no se ve nada. Escupas donde escupas, en todas partes está el hombre del saco. Incluso en el emblema de su manga está representado un negrito que, con un rayo del farolillo, cual lanza, horada las fauces del monstruo, le ilumina las amígdalas. Resumiendo, el negrito se fue a un cuartelillo y se hizo poli. ¿Es así?

Respuesta: ¿Para qué pregunta si ya lo sabe todo?

Pregunta: Me sé la cancioncita. Y usted está contando su historia. Según la cancioncita, los negritos compraban pisos a viejos solitarios y los mataban. Este fue su primer caso, ¿se acuerda?

Respuesta: Vaya si me acuerdo. Pensaba que en Afganistán ya había visto de todo y que esto era un simple asesinato en un piso normal y corriente; llegamos y había tal hedor que no había forma de ventilarlo. En un plato, a unas patatas rancias les había salido musgo gris. En el vaso con kéfir, las paredes blancas se habían agrietado. En la habitación, en el suelo de parqué cubierto de sangre, una mujer mayor en bata de franela, pantaloncitos rosa, medias desgarradas. Una pierna doblada de una forma poco natural. La cara verde llena de arrugas con una mueca de dolor. De repente, algo me acudió a la garganta y me obligó a salir un momento de ese piso. Me quedé en el rellano y fumé hasta tranquilizarme.

Pregunta: Y en el camino de regreso, con los faros hundiéndose en la niebla nocturna, jironada, despeinada, porque era el pelo de esa misma fiera, los luminóforos debatían un artículo del periódico: si se podía o no ayudar a morir a los condenados. Y decidieron que seguramente todo era para bien, que esa vieja borrachina que había vendido su piso por una hoja de grosella habría acabado en la calle de todas formas y se habría congelado en el basurero; además, entre los sin techo solo hay infecciones.

Respuesta: Encima vivía en la calle contigua a la mía. A los dos días tenía libre y salí a la panadería. Paso junto al basurero y veo que han sacado a la calle su cama y un fardo de ropa

blanca. Voy de vuelta cinco minutos después: alguien en chancletas ya está desatornillando las patas, a su lado hay una mujer con rulos, da instrucciones, el fardo de ropa blanca ya ha desaparecido.

Pregunta: En resumen, al empezar a trabajar en la policía fue como si hubiera convertido su vida en una novela negra, y leía cada día como si fuera una página recién escrita. Por la mañana, durante el desayuno, echas un vistazo a la cancioncita infantil, a ver qué toca hoy; después de comer, eso es lo que sucede.

Respuesta: ¡Pero qué novela negra! Echas un vistazo a la cancioncita y hay borrachos en la calle y peleas domésticas. O chicos haciendo el gamberro. Esa es toda la novela. Hubo un suceso una vez, a unos chicos se les ocurrió hacer descarrilar un tren para, según explicaron después, quitarle los objetos valiosos a la gente. Y se pusieron a aflojar los pernos en el tramo del bosque. También tuvieron la idea de desconectar la señalización: con unos alicates cortaron los cables bajo los raíles. Lo importante es que no lograron desenroscar las tuercas de acople. Se acercaron a toda prisa al taller del padre de uno de ellos, trajeron una llave especial, enorme. Y entonces los sorprendió un guardavía. Les pregunto a los muchachos: ¿es que no sentías lástima de la gente? Como respuesta, se sonríen con malicia. Y usted me habla de novela negra.

Pregunta: Pero ¿ha detenido usted a alguien?

Respuesta: Sí. Recuerdo la primera detención: se habían colado en un piso de noche, despertaron a los niños, estos gritan, la asustadísima mujer en bata se toma una pastilla y el otro, el delincuente, está nervioso, va en pijama hasta el

armario para vestirse y, antes de la estera, se sale de las zapatillas para andar por la alfombra, luego entra en ellas, una vez que ha regresado de la alfombra.

Pregunta: ¿Y la fiera? ¿Dónde estaba la fiera? Porque usted quería combatir a la fiera.

Respuesta: ¿Dónde estaba la fiera? Usted ya lo ha dicho, la fiera era la niebla. Ahí está, aproximándose a las ventanas, restriega su piel en las rejas del balcón. Montamos una incursión contra ella. Nos exigían mentiras. Después de cada incursión había que rendir cuentas con las actas. Para que todos vieran que la incursión no había sido en vano. Pero, en realidad, no había nada, excepto niebla. Mi compañero me enseñó: en el trabajo redactas actas por cualquier infracción, pero no les pones fecha. Y cuando hay batidas, sacas las actas de la caja de seguridad y le pones la fecha necesaria. Pero eso fue al principio. Después fui a un grupo especial. Me reclamó Papashka. Todos lo llamábamos así.

Pregunta: ¿Era un grupo que se dedicaba a encubrir delitos especialmente peligrosos?

Respuesta: Sí. Aunque no lo comprendí enseguida.

Pregunta: Háble me de Papashka.

Respuesta: ¿Y qué quiere que le cuente? Estuvo. Se fue.

Pregunta: Cuénteme por qué lo quería a usted. Solo tenía hijas y soñaba con tener un hijo. Y ahí está usted con su transversalidad de carácter.

Respuesta: Tenía ese apodo. Hacía de padre de todos los del grupo. Una leyenda andante del departamento: el viejo todavía le escribía cartas al sultán turco y había atrapado a Grishka Otrépiev, al ladrón de Tushinó. Se contaba que en una ocasión había salvado a una anciana de un orificio en el

hielo. Y que la vieja volvió a colarse por el agujero. Era de una secta y creía que, si se bautizaba de nuevo y atravesaba el río en invierno por debajo del hielo, siguiendo una cuerda desde un agujero a otro, se convertiría en una persona nueva y todos sus viejos pecados se quedarían en la vieja vida y que en la nueva sería una recién nacida. En fin, cuando comprendí de qué se trataba, me puse a examinar todos los casos cerrados de Papashka que había en el archivo. Miraba y simplemente no creía lo que veía. Saco una carpeta, la hojeo: ¡son todo encargos! Más claro, el agua. Júzguelo usted mismo: una persona esposada, alguien le ha roído la cabeza. Y aparece como un suicidio. Encima, en las fotografías adjuntadas al caso, por todas partes se ven las huellas de unas patas. ¡Él era la fiera! Me largué, fui al lugar del crimen y, ahí, un rastro de sangre. Por la nieve recién caída. Sigo las impresiones y las huellas me llevan directas, cruzando las vías del tranvía, ¡a la Casa de la plaza! Es donde están todas las autoridades de la ciudad: la policía, el juzgado, el ayuntamiento, la caja de ahorros, correos. Se llama así, la Casa de la plaza, donde se bebe café soluble y, tras la ventana, un camino disoluble. Las huellas van directas a los escalones. Todos en la calle han visto esas huellas. Todos son testigos. Yo les pregunto: ¿lo ven? Asienten con la cabeza: asunto aclarado, ¡es la fiera! Escribí un informe, decía esto y lo otro, exijo que el caso vuelva a la fase de instrucción.

Pregunta: ¿Sentía que era un héroe?

Respuesta: No. Bueno, quizá un poco. Pero fue luego, cuando fui consciente de lo que hacía. En ese momento incluso hubo

algo de entusiasmo. Como si de verdad me hubiera despertado siendo el protagonista de una novela negra. De pronto había algo interesante al despertarte por las mañanas. ¡No era hacer visitillas a los quioscos de cerveza! Por entonces todavía pensaba que la vida debía componerse de sucesos.

Pregunta: ¿El caso volvió?

Respuesta: Sí, pero no enseguida. Papashka me convocó. Nunca lo había visto tan asustado. Según la cancioncilla, lo aguardaban los abrazos del oso blanco. Así que se había asustado de que fuera la hora.

Pregunta: ¿Qué dijo?

Respuesta: Dijo: «Comemos carne de vaca, la vaca come hierba, la hierba, a nosotros».

Pregunta: ¿Eso es todo?

Respuesta: No. También dijo que, si una piedra estuviera dotada de conciencia, pensaría que cae libremente sobre la tierra y que, aunque no pensara así, igualmente caería.

Pregunta: Pero ¿gritó? ¿Profirió amenazas?

Respuesta: No, estaba sentado en la ventana, miraba la plaza y hablaba como consigo mismo. Dijo: «Ayer estuve ayudando a mi mujer, corté la col en juliana. Por la noche no podía dormir. Estoy tumbado con los ojos abiertos y, en la ventana, las ramas cortan la luna en juliana. Y no hacía sino pensar en ti: te perderás, sí». Resopló, después añadió: «Yo, Anatoli Bátkovich, quizá tampoco encaje entre la gorra del uniforme y las botas. Pero, puesto que vives aquí y ahora, hazte a la idea de que hay que vivir como un río: fluye sin saber que en invierno debe congelarse. Después llega el invierno y el río se congela. Tolia, tienes

que vivir en el nivel de tu época y no salirte de su orilla».

Pregunta: ¿Y usted?

Respuesta: Yo dije: «No, Pável Yefímych, tiene que vivir en el nivel de uno mismo».

Pregunta: ¿Para qué se pone así con el viejo? Él solo quería su bien.

Respuesta: Si lo sé. Lo sé. Por poco no se echó a llorar: «Eres como un hijo para mí, ¿crees que no te entiendo? Yo también fui joven y quise aclarar crímenes terribles e inhumanos, guiado por un sentimiento de ira y de justicia. Quizá también quería trastear con trocitos carbonizados de papel, comprobar quién y dónde estaba en ese momento lluvioso en el que, tras el cristal, pasó rápidamente una cartera en bicicleta con una bolsa de plástico en la cabeza, ¡y esclarecer quién partió las ramas del viejo madroño que florece bajo la ventana de la biblioteca! ¿Piensas que yo no quería limpiar, si no toda la isla, al menos sí nuestro Zarevokokshaisk de toda clase de inmundicia, atrapar a los canallas, aplastar a los degenerados? Después me explicaron de forma muy clarita que el celo estaba de más. ¿Y qué más da quién sea el asesino? ¿A quién le interesa si, de todos modos, todos tenemos claro que es una persona mediocre, mezquina y miserable? Si no es Petrov, será Sídorov. Oye, Anatoli, serví en el desierto y, como no teníamos nada que hacer, cazábamos escorpiones. Los atrapábamos y los tirábamos a un círculo de fuego. Bobos de nosotros, queríamos ver cómo se suicidaban: con el aguijón venenoso en el propio pescuezo. Ya ves: ninguno de ellos lo pensaba siquiera, todos querían vivir, hasta el último, hasta que se quemaban. ¿Lo has comprendido?». Una vez más, no lo entendí entonces. Le respondí: «He

visto la sangre, el dolor, la muerte. He matado a gente, inocente y culpable. Ya no podéis asustarme. Que me maten. Al menos no me dará vergüenza estar vivo». Entonces empezó a gritarme: «Todavía eres un cachorro, ¡pero yo tengo mujer y tres hijas! ¡Y no hay nada que quiera más en este mundo! ¡Y tú me vienes con vergüenzas! ¡Primero retén la manita de tu hijo en tu mano y después hablamos de sustos!». Y se llevó la mano al pecho. Me acerqué, pero él resolló: «¡Largo de aquí, mocoso!». Llamaron por teléfono a su mujer, ella vino y, juntos, lo llevamos a casa. Llegamos, lo acostamos en un diván. Ella me dijo: «Espere, no se vaya, le prepararé un té». Las hijas no estaban; la mayor estaba en la facultad, estudiaba informática, las pequeñas todavía no habían vuelto del colegio. En el alféizar, plantones de tomates en cajas de leche y, en las paredes, fotos. Se puso a hablarme de todos sus parientes. El padre de él había sido sacerdote, después cayó enfermo y se quedó ciego, y su hijo debía ocultar su origen y escribía en todos los formularios que su padre estaba inválido, y siempre temía que lo descubrieran. La abuela por parte materna había sobrevivido a cuatro hijos —todos chicos— y le decía: te tengo a ti a cambio de los cuatro. Durante la guerra, evacuado, del hambre lo salvó su madre: consiguió trabajo de ordeñadora y robaba leche, la sacaba en una bolsa de agua escondida en la tripa. Antes de morir, ya muy mayor, decía: no te atrevas a enterrarme con los anillos, quítame todo, los robarán, ¡es mejor que los vendas! Y la mujer de Papashka, cuando daba el pecho a la menor, tenía tanta leche que la filtraba a chorritos finos azules en un vaso, lo

tapaba con gasas y llamaba a las mayores por la ventana abierta, pero estas no querían beberla, les parecía demasiado caliente, empalagosa, dulce. Se la bebía ella, no se iba a echar a perder ese bien.

Pregunta: ¿Y qué fue del caso que enviaron de regreso?

Respuesta: Desecharon la versión del suicidio. Sin embargo, acusaron a la mujer del muerto, decían que tenía pensado divorciarse y no quería dejarle nada a ella. Hay casos que retienen meses, la gente se consume en la prisión preventiva, y, aquí, en un momento lo solucionaron todo. El juicio. La colonia penitenciaria.

Pregunta: ¿Y los testigos? Había testigos, ¿no?

Respuesta: Sí, y todos aparecieron. ¿A usted no le habría asustado llegar y prestar declaración, con todo lo que implica?

Pregunta: No lo sé.

Respuesta: Pues eso.

Pregunta: ¿Qué pasó después?

Respuesta: Me fui a casa.

Pregunta: Allí lo esperaba una mujer pequeña y débil, ¿y usted necesitaba que ella lo respaldara a usted, tan grande y fuerte?

Respuesta: Supongo que sí. Ella dijo una vez que yo era un hombre de verdad: un búnker por fuera, una habitación infantil por dentro.

Pregunta: ¿Y qué ocurrió para que ella, todavía una niña, hiciera de usted, de un hombre adulto, un gatito?

Respuesta: De Pulgarcita solo tenía la apariencia. La había recogido del calabozo, de la comisaría de la estación. La habían traído borracha. Nuestros chicos querían darse el gusto con ella y después soltarla sin acta alguna, les daba pena la

chiquilla. Les dije: «Dejadla, es mía». Y me la llevé a casa. Llegamos, la meto en la ducha. Me quedo allí y miro cómo por el pecho, por la tripa, las piernas, le corren los hilillos negros del rímel. Tenía los pechos pequeños, no más grandes que una mejilla hinchada, pero los pezones eran fuertes, altos, se le erizaban como dos uvas espina. Y besaba con ansia, haciendo sonar los dientes. Y se quedó en casa.

Pregunta: Pero ¿usted la quería?

Respuesta: Sí. No lo sé. Supongo que pensaba que la quería. Antes de ella no había tenido nada serio. Ella me enseñó todo. Y todas las veces gritaba tanto que los vecinos empezaban a golpear la tubería. Una vez, después de hacerlo, me fui al servicio a lavarme la mano —mis dedos habían estado dentro de ella, en todas las aberturas— y pensé, viendo sus frasquitos delante del espejo, que ella, con todo, no era igual que las demás. Me parecía que en Afganistán había comprendido algo sobre las mujeres. Allí iban de buena gana, iban al extranjero y pagaban con cheques. Podían ahorrar para un piso, traer cosas —ropa, un televisor—, porque no había nada. Eran esos tiempos: todo era solo para su gente, a través de distribuidores privados. ¿Y qué se puede hacer si tú no eres nadie y nadie te invita a nada, pero también quieres vivir como una persona? Así que iban a la guerra a cambio de cheques, trabajaban en hospitales, en almacenes, en la lavandería. Coincidían con un coronel. O con un alférez, allí estaban equiparados, porque el alférez tiene un almacén, pero el coronel puede ordenar al alférez que traiga algo del almacén. Vivían en una residencia, «la casa gatuna». Pero con nosotros, con

los soldados rasos, ellas no querían estar, claro, ¿qué éramos para ellas? ¿Qué podía obtener de nosotros una mujer? ¿Peales rotos? Pues entonces me pareció que Lenka no era para nada así. Porque ¿qué soy yo? Nadie, un poli con un salario mísero. Pero se encariñó conmigo. Creció imperceptiblemente. Y alegre. Contaba divertida que había huido de sus padres, viejos creyentes. Se fue a trabajar a una fábrica de hilo con un proceso de fabricación dañino —el polvo de la fibra—, pero, a cambio, tenía una plaza en la residencia. Después se marchó de ahí y se colocó de camarera en una cafetería. Contaba que se sacaba la roña de las uñas y la echaba a los helados, lo contaba y ella solita se moría de risa. Me gustaba cómo alargaba el labio inferior y se soplaba el pelo caído sobre los ojos. Encontró trabajo en una peluquería, y me cortaba siempre el pelo. En cuanto me crecía un poco, me lo cortaba. Me gustaba tanto que me lo cortara… Y también me encantaba verla pintándose. Todo el rato le preguntaba: ¿y esto para qué es? ¿Y esto? Ella se reía y me enseñaba, mira, para que las pestañas pintadas sean todavía más largas se necesitan polvos y jabón. Las puntas de las pestañas se le agrupaban en pequeños haces. Una vez que regresé tarde del servicio, entré en el cuarto y ella dormía con la cabeza escondida debajo de la manta: solo el pelo se le escapaba por la almohada. Los chicos de la comisarían me advertían de que estas muchachitas refinadas tenían ideas ágiles cual lagartijas; sin embargo, entraban en la vida ajena como un cuchillo, hasta el mango. Yo no les hacía caso. Pensaba que me tenían envidia. Y me la tenían, sí. Una vez fui con ella de

excursión en barca. Al lago llevaba un sendero entre arbustos de moras. Lenka vestía una falda larga y suelta, colorida, de una tela fina y ligera. La falda se le enganchó en una rama y se rajó un poco. Lenka se puso triste, como una niña. Entonces le dije: «Lenka, ¿por qué te pones así? Si yo te quiero». Nunca había dicho eso.

Pregunta: ¿Teníais intención de casaros?

Respuesta: Sí. Pero no nos dio tiempo. Ya habíamos presentado la solicitud. Ella había elegido un vestido de novia y me decía que pasara por el taller a verlo, pero yo no encontraba el momento.

Pregunta: Según la cancioncilla, Pulgarcita debía casarse con un topo.

Respuesta: Y así fue. Pero yo lo averigüé más tarde.

Pregunta: Entonces usted llegó a casa.

Respuesta: Llegué a casa. Ella se me colgó del cuello. De repente susurró de una forma extraña, seria: «¡Cuánto te he esperado!». Nos pusimos a cenar. Por debajo de la mesa, liberada de la zapatilla, me acariciaba la rodilla con un pie. Después me preguntó: «Tólik, ¿ha pasado algo?». Yo sonreí: «Todo va bien. Come…». Se levantó, rodeó la mesa y se me sentó en las rodillas. Me agarró las orejas con las manos —le gustaba agarrármelas así y girarlas como un volante—, me miró y dijo: «Siento que ha pasado algo. Dime el qué». Entonces le conté todo, lo de la fiera y las huellas.

Pregunta: ¿Y ella?

Respuesta: Se asustó. Le dije que había que hacer algo. De lo contrario, nadie se salvaría. Esa fiera roería la cabeza de todos. La abracé: «Lenka, dime, ¿qué hago?». Ella se

estrechó contra mí con mucha fuerza: «¡Querido, bonito mío! Eres fuerte, ¡podrás con todo! Ve a la plaza, ponte de rodillas, santíguate ante las campanas y di que eres solo un hilo de lana en su piel. Y todo irá bien».

Pregunta: ¿Y usted?

Respuesta: De repente me sentí muy solo. Nunca lo había sentido con tanta fuerza: ahí estoy, solo. Incluso entre sus brazos. Solo.

Pregunta: ¿Esperaba otra cosa de ella?

Respuesta: Sí. Supongo que es injusto, absurdo, pero esperaba otra cosa. Y ella salió corriendo de la cocina a la habitación y, desde allí, gritó: «Puede que no tenga sesos, pero sí útero, y quiero tener un niño con un padre que esté cerca y lo quiera». Después se echó a llorar. Yo me fui y pasé la noche en la comisaría. Di vueltas en un banco de madera. Y solo pensaba en qué iba a hacer. Por la mañana, Papashka me dijo que fuera a verlo y me envió fuera a trabajar. A algo que nadie necesitaba. Vete donde no te digo, tráete lo que no te pido.

Pregunta: Pero así lo salvó. Lo mandaba lejos de su vista, muy lejos, mientras todo reposaba, se calmaba, se olvidaba.

Respuesta: Seguramente. Ahora yo también lo veo así. Regresé a casa, Lena no estaba. Mejor, porque no quería verla. Me puse a hacer la maleta, tocaba viajar. Entonces llaman a la puerta. Abro: una mujer, ya no joven, con aspecto de intelectual, con sombrero, un bolsito en las manos. Resultó ser la madre de la que habían juzgado después de la nueva investigación. Pregunto: «¿Qué quiere?». Ella: «Nada. Solamente quería mirarlo a los ojos». Cerré de un portazo.

Pregunta: ¿Y usted no acató la orden de partir y se puso a investigar

en solitario, porque ante usted no hacía sino aparecer esa mujer y debía devolverle a su hija de la cárcel? ¿Uno bueno contra todos los malos? ¿El héroe solitario contra la niebla? ¿Y la fiera estaba en usted?

Respuesta: No. Mejor dicho, sí. Es decir, que no fue así. Me fui allí donde no me dijeron y, en efecto, no hacía sino aparecérseme todo el tiempo esa mujer, sus ojos. En fin, me fui en invierno y llegué para la mañana, en primavera. Estaba echado en la litera superior y veía por la ventana a los árboles haciendo el amor. Y mi pensamiento se aferraba continuamente a esa rama de mora. A la mañana siguiente ya no era primavera, sino verano; mejor dicho, prácticamente nada. El desierto. Pero no de arena, sino de piedras. Y yo andaba por las piedras y buscaba lo que no me habían pedido. Por la noche vi a lo lejos unas hogueras y fui a ver quién podía ser. Primero pensé en un campamento nómada gitano. Después que cómo iba a haber ahí gitanos, seguramente serían refugiados. Había carros, caballos. Un gran campamento. Era tarde, seguramente todos estarían ya durmiendo. Junto a la hoguera quedaba alguien. Me acerqué más. Cuando la llama se avivó, la silueta negra de la persona frente a la hoguera se hizo más pequeña. Me acerqué aún más y me quedé sorprendido: vestían como los antiguos griegos. Y hablaban una lengua extranjera. Debían de estar rodando una película. Ahora las hacen así con mucha frecuencia, en sus lugares todo es caro y aquí sale barato. Así que vienen.

Pregunta: Pero el tiempo y el espacio están caducos, borrados, son frágiles. De repente, algo a lo que aferrarse, ¿a esa rama de mora suya? Y se romperá. En ese hueco puede echarse

lo que se quiera, hasta antiguos griegos.

Respuesta: Quizá. No lo sé.

Pregunta: ¿Repararon en usted?

Respuesta: Uno, al oír pasos, se incorporó, empezó a escudriñar en mi dirección, pero no me vio en la oscuridad. Yo seguí mi camino. Esa noche comprendí qué debía hacer. Todo se reducía a la canción infantil. Debía detenerla. Cómo expresarlo… Debía cruzarme en el camino de la cancioncilla.

Pregunta: ¿Para que los negritos no fueran a bañarse al mar?

Respuesta: Sí, debía retener a los negritos. Para que todo se parara. Para que todo fuera de otra manera. Para poder mirar a los ojos a esa mujer. Para que su hija regresara. Para que no hubiera que tener miedo a nada ni a nadie. Para que la vida fuese luminosa y buena.

Pregunta: Pero usted sabía que, según la cancioncilla, un negrito quería parar la cancioncilla, acabó en los tribunales, encarcelado, y allí le dieron bien por haber sido poli.

Respuesta: Sí. Y por eso había que parar la cancioncilla.

Pregunta: Pero ¿cómo quería hacerlo?

Respuesta: Muy fácil. Debía salir a la plaza y decir: «¡No soy un hilo!».

Pregunta: Sí, pero…

Respuesta: ¡No me interrumpa! Regresé en tren. Mis vecinos de compartimento comían sin cesar: encima de un periódico, huevos aplastados, rajados, con migas de pan, tomates, sal en una cajita de cerillas. Y alguien leía en voz alta un artículo de ese periódico mojado y salado, extendido sobre la mesita, sobre que nuestra isla ocupa el primer lugar en número de abortos por habitantes, y en la cárcel es al

revés, ninguna de las mujeres encerradas se libera de los niños, todas se los quedan e intentan quedarse embarazadas aunque sea de un guardia, de quien sea, por así decirlo, por inmaculada concepción. Y un hombre, que estaba sentado enfrente y sumergía una patata en la montañita de sal húmeda del periódico, de esas mismas mujeres decía que para ellas un niño era un medio para conseguir el doble de comida, encima no trabajaban y, lo principal, significaba una amnistía a raíz de su maternidad. Eran las primeras en ser liberadas. Y después salían de su encierro y, según la estadística, la mayoría de estas madres dejaban a los niños a merced. Después se puso a hablar de un camarada suyo, de un sacerdote, que tenía un perro con ojos humanos. Simplemente era un hombre, solo que con pellejo. Y le había roído la cabeza a sus crías. Entonces el pope lo mató. Dio un sorbo al té y, mirando por la ventana, dijo: «¿Qué se puede esperar de un país donde las madres matan a sus hijos?». Precisamente el tren pasaba despacio por un puente sobre un río, y en el río congelado, sobre la nieve, dos —él y ella— arrastraban los pies y trazan unas letras grandes, enormes, para que se vieran desde lejos, desde los trenes que pasaban, precisamente desde nuestra ventana.

Pregunta: ¿Y qué hollaban? ¿Qué palabras?

Respuesta: No lo sé. Acababan de empezar y el tren los había dejado atrás.

Pregunta: ¡Pero eso no importa!

Respuesta: ¡Pero no podía detener el tren!

Pregunta: Está bien. Así que regresó, se subió a un tranvía y llegó a la Casa de la plaza.

Respuesta: Regresé, me subí a un tranvía y llegué a la Casa de la plaza. Camino desde la parada. De lejos veo que Papashka, en la ventana, me saluda con la mano. Grita de forma inaudible, golpea con los nudillos el cristal, me señala algo con las manos. Ha visto que he regresado sin permiso y ha comprendido. Así que salgo al centro de la plaza y él sale corriendo por la puerta, grita: «¡Anatoli! ¿Qué estás haciendo? ¡Calla! ¡Déjalo! ¡No vas a cambiar nada y te buscarás la ruina!». Bajaba corriendo las escaleras y la entrada estaba justo debajo de las ventanas del juzgado. Y entonces desde una ventana sobre él se abatió un reloj enorme. Un oso de mármol blanco con una esfera en la barriga.

Pregunta: Ahí lo tiene, el abrazo del oso.

Respuesta: Sí. Me acerqué corriendo. El viejo todavía respiraba, mejor dicho, resollaba, casi silbaba. Y me miraba a los ojos. Como si comprendiera todo, pero ya no tuviera sentido hablar. El entierro no pudo celebrarse hasta el martes, por la autopsia, porque el sábado y el domingo no son laborables. Había mucha gente, todos los nuestros, los jefes, algunos veteranos. La viuda y las tres hijas, todas con pañuelo negro. Hacía un frío helador, así que primero se pusieron el gorro y, sobre el gorro, ya se anudaron el pañuelo. También los hombres estaban allí parados, de pie, con gorros con orejeras, mejor dicho, bailoteaban en el sitio para entrar un poco en calor. El ataúd se escurrió de las cuerdas y se quedó en vertical, hubo que tirar otra vez de él y volver a bajarlo. La tumba la habían excavado con antelación, la víspera del entierro arreció la helada y todo se congeló: no podían cubrirla. Golpeaban la tierra con

barras, con palas, no iban a dejar la tumba abierta. En el ataúd, Papashka estaba firme como en un desfile. Una mujer a mi lado —no sé qué era de él— suspiró: «Ay, Pasha, hasta en el ataúd estás guapo. No eres un difunto, sino un novio». La miré y me acordé: en la tele habían contado que antes se enterraba en posición sedente, en la postura de un embrión, con las piernas pegadas al pecho como para que la persona pudiera nacer de nuevo. Y la tumba era como el útero. Es decir, al sumergirte en la tierra también copulabas con ella, algo así como la fecundación de la tierra por el hombre. Así que Papashka era el novio de la tierra. Por un lado —para nosotros—, había un entierro y, por el otro —para él—, una boda. Por eso a los difuntos se los lava y se los viste como en las bodas. Y hasta la cinta mortuoria en la cabeza de Papashka era igual que la corona en el contrayente. Ya antes —esos mismos griegos— se pensaba que los muertos que se habían casado continuaban viviendo en las tumbas y se alimentaban de lo que les llevaban y bebían el vino que les derramaban. Pues con nosotros, lo mismo: miré las tumbas vecinas y qué no habrán colocado en las cruces, hasta manzanas y plátanos. Después me centré: ay, ¿en qué estoy pensando? Por mi culpa tres niñas se han quedado sin padre…

Pregunta: ¿Y entonces?

Respuesta: Entonces bebí en el velorio cien gramos por el descanso de su alma, piqué un poco de *blin* y me fui en tranvía. Allí. Salí a la plaza y dije lo que debía decir. Estoy en la parada y digo: «¡Yo no soy un hilo!».

Pregunta: ¿Y?

Respuesta: Después fue igual que en la cancioncilla. El juicio. La colonia.

Pregunta: ¿Y el juez tenía un manchurrón rojo en la frente, una toga hecha con una cortina de ducha roja y una peluca hecha con una madeja de lana gris?

Respuesta: Sí. ¿Y cómo lo sabe usted?

Pregunta: Lo he adivinado. ¿Y en el juicio todo fue como es debido? ¿No se infringió nada?

Respuesta: Todo fue ejemplar.

Pregunta: ¿Y qué dijo el que llevaba la cortina?

Respuesta: ¿Qué va a decir un juez? Dijo que lo vivido purifica el alma, y la pena superada la endurece, que no verás la verdad, sino que una vez ciego, ciego estás, que la gente quiere hacer el bien al otro, pero no sabe. Y cómo gritó después: «¿Cómo es que no lo comprende? Esto no son cancioncitas ni arrullos de niños, esto es… ¡la fuerza de la vida! ¿Qué quiere? ¿Quiere cruzarse en el camino de la vida?». Y yo a él: «No me levante la voz. Ya no soy su hilo. Y ya no reconozco ni su tribunal ni la vida que marca su cancioncilla. Haga conmigo lo que quiera». Montó en cólera: «Solo a ciertos listillos les parece que el universo es sencillo como una bota de fieltro: ahí tienes la lana, ahí la piel, ahí la huella de sangre cruzando las vías del tranvía y ahí la cola que sale de la chimenea en el ocaso helado. ¡Solo que no hay ningún héroe positivo! ¿De dónde vamos a sacarlo en este mundo? En las novelas golpea a la fiera en las pelotas, pero ¡no estamos en una novela! ¿Y quién eres tú contra la cancioncilla? ¡El mundo se sostiene en ella! Y allí está todo negro sobre blanco: el negrito se obcecó, le dijo a la cancioncilla que no iría al mar, así que

ella lo agarró del pescuezo. Te guste o no, ¡andando todos al mar! Y no irás andando, sino volando, ¡y besarás a la fiera en las pelotas! ¿Lo has comprendido, gusano?». Y leyó la sentencia, que se componía de una única frase: «Solo los salvajes creen en la lucha del bien contra el mal». Y de su propia cosecha añadió que hablar con un salvaje para demostrarle que un muñeco de madera no es ningún dios, sino un simple muñeco, no tenía sentido. Y todavía dijo al marcharse: «Perdona la mascarada, hermano, ya entiendes que no es cuestión de peluca solo».

Pregunta: ¿Y todo el juicio?

Respuesta: ¿Le parece poco?

Pregunta: Es decir, que se hizo justicia.

Respuesta: Me concedieron una última cita con mi madre y mi hermana, y al transporte. Lenka no vino.

Pregunta: ¿Y no se lo ha perdonado?

Respuesta: Al principio no pude, después la perdoné. Después empezó una vida completamente diferente. Ahí estás, lozano, todavía hueles a libertad, todavía no comprendes nada y tienes que enterarte de todo. Aunque nadie te dirá nada ni te lo explicará. Metiste la cuchara en el bolsillo superior de la cazadora: no se puede, es la marca del otro lado, del bardaje. O llegué al comedor y me senté en un banco, tampoco se podía, era la mesa donde comían los bardajes-gallos.

Pregunta: ¿Y qué quería? ¿Qué no hubiera bardajes? Que se arree en las colonias a los condenados por participar en violaciones en grupo de menores es una tropelía, pero así triunfa la justicia. Ojo por ojo. No todos creen en el castigo del juicio final. Así que hay que responder aquí por lo

hecho. Y usted había sido poli. Así que todo entra dentro del orden de las cosas. Y, además, los gallos también son personas, tendrán que vivir de alguna manera. Hay un orden propio para todo. Y los muerdealmohadas degradados simplemente son parte de ese orden. ¿O donde estuvo usted no era así?

Respuesta: Sí. En la colonia había cerca de mil personas y habría unos quince o veinte gallos. Se sentaban en mesas aparte, pero dormían en el módulo común. El régimen era estricto: de tu módulo no te escapabas, fueras bardaje o no lo fueras. Pero dormían en su rincón, en el de los homosexuales. Eran necesarios, claro. Limpiaban el patio y la letrina. Ellos estaban sucios, apestaban. Y todo el que pasara por su lado debía darle un puntapié, así que intentaban no cruzarse en el camino de nadie. Y que estuvieran sucios es comprensible. Para un gallo hasta lavarse era un problema. No iba a ir a los baños con un preso normal. Si ni siquiera tenían fácil moverse por la colonia. Pongamos que es usted un bardaje, un gallo, y que está en la escalera, sube al primer piso del módulo y alguien viene en dirección contraria. Usted, al ver al que viene, debe pegar la espalda en un rincón y esperar a que pasen por su lado para en ningún caso, ni siquiera por accidente, rozar al preso de pleno derecho. Y si a este le parece que usted no se ha ceñido mucho a esta regla, le dará una patada. Pegar con los pies no es denigrante. Tocar con los puños a un gallo es rebajarse, pero con los pies es lo justo. No se debe recoger nada en el patio. Si se te cae algo, se acabó. No se puede recoger nada, porque el patio lo barren los gallos. Que vas al comedor y se te

cae la cuchara al suelo, pues te has quedado sin cuchara. Y lo más importante: vigila que no te contaminen. Se te cae la escudilla al suelo de la celda y se acabó, se considera contaminada. Después de algo así ya no puedes comer en ella. O, si estás comiendo y se te cae un trozo al suelo, tienes que decir enseguida: «Ha caído en el periódico», aunque allí no había ni la más mínima señal de un periódico, claro.

Pregunta: Pero usted no es un crío, todo eso tiene un sentido profundo: ¡higiénico! La vida necesita de higiene. Y en la isla hay vida por doquier. Es todo muy natural.

Respuesta: De eso estoy hablando. Por eso ellos ocupan los catres más cercanos a la puerta, para contaminar menos. Con todo, al final acabas contaminándote de una forma u otra. Por ejemplo, los gallos duermen en unos catres. Después desaparecen esos gallos del destacamento, los ponen en libertad o los trasladan a algún lugar. Y los catres están vacíos, además por mucho tiempo. Según las leyes del campo, los catres vacíos se desmontan y se llevan al depósito. Así que, a ver, ¿conservan el estatus de contaminados después de haber estado en el depósito? ¡Esa es la cuestión! Porque se los podían entregar a cualquier otro preso. Y estaban servidas las disputas: ¿el hierro contamina o el hierro no contamina? Una vez devolví. Encontré a un gallo que limpiara el vómito. Después decidí, por pura humanidad, ayudarlo, le di algo de pan, le di para fumar. Pero todo según el código, claro: en mano, directamente, no le habría dado nada. Lo puse en el suelo y dije: ahí tienes, cógelo. De repente vi tanta gratitud en sus ojos. Igualita que la de un perro. No lo

dirías de otro modo. Un perro apaleado te mira así si lo acaricias. Y me decían: ya te vale, anda que de quién te has ido a compadecer. Los perros, perros son. Si le dicen que te escupa en el comedor, estás listo. También era cierto, claro. Es lo que hay. También los gallos tienen su gradación y todos temen al gallo principal: si este te toma antipatía, al día siguiente te conviertes en degradado. Puede ordenar a cualquiera de sus piltrafas que te besuquee delante de todos, y se acabó. Después a ese piltrafa lo molerán a palos, lo machacarán, le romperán los huesos, pero tú ya has caído abajo del todo.

Pregunta: Dígame, ¿qué es lo que importa allí?

Respuesta: ¿Qué importa allí? Lo mismo que aquí: la familia. Allí la gente simplemente vive, como yo, como usted. Importa el trocito de mundo donde te esperan, donde se alegran de verte. Pues allí también se vive en familias, con «caja de resistencia». En una familia se defienden unos a otros, te cuidan si pasa algo, te reciben al salir de la celda de castigo. La familia debe prepararte cosas nuevas, abastecerte de té. El ser humano necesita calor. Y que alguien le sonría. En la colonia no se puede sonreír. Porque la sonrisa es señal de adulación del débil al fuerte. Y si alguien se te acerca sonriendo, la primera reacción es de rechazo, porque te lo tomas como alguna argucia, una maldad oculta. ¡E importa tanto sonreír a alguien! Estás acostado por la noche y recuerdas que, de pequeño, cuando no podías dormir, jugabas contigo, solo: calientas una mano debajo de la manta, está caliente, y la otra sujeta algo frío. Después juegas a que dos personas andan con los dedos-piernas por las colinas-rodillas, por las dobleces de la manta, por la almohada. Como si uno hubiera desaparecido y el otro errara buscando al desaparecido. Y siempre la mano cálida encontraba la fría y se alegraban las personitas, se abrazaban. La mano caliente devolvía el calor, salvaba a la fría, la acostaba debajo de la manta: ¡entra en calor, entra en calor! Además, me acordaba de Lenka todo el tiempo. De cómo alargaba el labio inferior y se soplaba el mechón caído sobre los ojos. De cómo la meto en la bañera y la lavo con una esponja, igual que a una niña pequeña, después la envuelvo, la peino, la llevo a la cama. Incluso soñé varias

veces que quedaba libre, regresaba a casa y, ya tarde, abría la puerta con llave, entraba de puntillas en la habitación y la veía dormir, con la cabeza escondida debajo de la manta, solo el pelo se le escapaba por la almohada. Despertarse después en el módulo era terrible.

Pregunta: ¿Y cómo se alimentaba?

Respuesta: ¡No era cuestión del rancho! ¿Sabe qué otra cosa importaba allí? La palabra.

Pregunta: ¿Qué palabra?

Respuesta: Bueno, simplemente las palabras. Lo que usted dice. Hay que responder por cada palabra. Porque allí no hay ninguna ley, excepto tu palabra, por la que respondes. Eres el más nuevo en la celda. Poco de comer y mucha gente, siempre a la hora de la comida, de la cena, una horda. Empujas a uno, a este se le derrama el bodrio. Lo has empujado sin querer, claro. Pero allí no existe el concepto «sin querer». Lo has dejado sin comida. Y le ofreces la tuya, como diciendo: ha sido culpa mía, toma. Como respuesta: «¿Y comerme esa piltrafa tuya?». Te han tildado de piltrafa, de degradado. Y si no respondes es que tú solo te has instalado en este puesto. Te han lanzado una acusación y, si no la refutas, si no la refutas con toda la fuerza, con tu vida, entonces es que la acusación es cierta. Nadie va a ayudarte. Debes defenderte solo. Y la pelea debe empezar y tú debes ir hasta el final. Y si has aceptado una palabra, entonces tú eres esa palabra. Ahora deben degradarte. Y entonces ya no te toca vivir. Pero dices: palabras.

Pregunta: Pero, cuando llegas, alguien debe explicar qué se puede y qué no, ¿no?

Respuesta: Nadie va a explicarte nada. En general, no se puede explicar. Es como el aire que respiras. Aprendes a respirarlo y lo averiguas. Si planteas la pregunta: «¿Se puede?», no hace falta que sigas preguntando, te responderán: «No». Una persona puede hacer solo aquello que considera posible para él. Por decirlo a la pata llana, tienes derecho a todo. Solo que por todo lo que hagas y digas vas a tener que responder, por cada paso, por cada palabra. Allí comprendí qué es la libertad. No es la ausencia de alambradas, no. Es la ausencia de miedo. Es cuando no tienes que agarrarte a algo. Cuando no tienes nada. Cuando no temes perder nada. Cuando has dicho una palabra y la mantienes hasta el final.

Pregunta: ¿Se sintió libre allí?

Respuesta: Una vez. De una forma auténtica. Los jefes sabían todo sobre mí, quién era, de dónde. Y me convocan y me dicen que voy a ser soplón. Y que si no accedo a hacerlo, me venderán. Pues en ese momento sentí de repente una libertad que nunca en la vida había tenido. Les dije: «No soy un hilo».

Pregunta: Bueno, ¿por qué se ha quedado callado?

Respuesta: ¿Y qué quiere que diga?

Pregunta: ¿Qué pasó después?

Respuesta: Ya lo sabe. Pregunta por preguntar.

Pregunta: Comprendo que usted quiere contarlo tal cual fue.

Respuesta: No.

Pregunta: Está bien, no hable si le cuesta hacerlo. Me limitaré a transcribir la cancioncilla en el acta.

Respuesta: Escriba lo que quiera.

Pregunta: Está bien, escribiré esto: degradar a un hombre sano y

fuerte no es tan sencillo. Lo metieron en una celda de castigo. Por la noche, cuando se quedó dormido, le colocaron en la cara una toalla embadurnada de esperma. Usted se incorporó a toda prisa, pero no llegó al lavabo atascado, empezaron a golpearlo en la cabeza con algo pesado. En la celda, el inodoro estaba separado por un pequeño escudo metálico, como un puentecito, lo apoyaron sobre ese puentecito y lo violaron por turnos. Y después, todavía le metieron por el culo el mango de una escoba. Pasó varios días en el hospital de la cárcel, hasta que cesó la hemorragia del recto. ¿Fue así?

Respuesta: Qué más da…

Pregunta: Después, antes de enviarlo a la zona de reclusión, se abrió las venas. ¿Cierto?

Respuesta: Me abrí las venas, ¿y qué? No quería regresar. Quería que me enviaran al hospital de la provincia. Un chico se había rajado un par de semanas antes que yo y lo habían enviado. Pero el subjefe de nuestra colonia para el trabajo especial operativo —el segundo en importancia después del amo— vino, me miró y dijo: «Nada de hospital». Llamaron a un médico y allí mismo, en el pasillo, me dieron puntos y me enviaron de vuelta a la celda de castigo. Vuelvo a rajarme. En una celda siempre encuentras algo para rajarte. Rompo una bombilla. Me abro la tripa, hay que cortarla justo así para que se salgan los intestinos, en estos casos los médicos locales no se arriesgan a coser. Vino otra vez el subjefe y dice: «Ya puedes palmar aquí, nunca te trasladaremos». Me pusieron unas esposas, me cosieron la tripa de cualquier forma y me dejaron solo, fijaron las esposas a una tubería.

Pregunta: ¿Quería morir?

Respuesta: ¿Por qué? Quería vivir. Estoy tirado medio inconsciente y esa noche siento que ha venido alguien. Es otra vez el subjefe. Se sienta en un taburete. Dice: «¿Piensas que soy un animal? Ponte en mi lugar. ¿Piensas que no me das pena? Sí que me das, claro que sí. Lo que se causa el hombre, se le han vaciado las tripas en las manos. Pero ya te lo figurarás: si te mando al provincial, se rajarán otros veinte. No hay que pensar en uno mismo, ¡sino en los que son como tú! Debo mostrarles a todos que este numerito no funciona. Para que no se rajen más, ¡para que no se mutilen! Y tú piensas que soy un animal. ¡Os estoy salvando, idiotas!».

Pregunta: ¿Él lo salvó?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿Lo envió al hospital?

Respuesta: No. No era cuestión del hospital. Allí, por la noche, supongo que deliraba y no hacía sino recordar el Año Nuevo en que mi Romka y yo decoramos el abeto, yo me lo subía a hombros y él ponía los juguetes en las ramas de arriba. O cuando después del baño yo lo envolvía en una sábana y lo soltaba en el diván, en los cojines, le cortaba las uñas, después del baño estaban blandas, y las yemas de los dedos se habían hinchado, arrugado. Y después, cuando el crío ya resoplaba, lo dejaba en su camita, y en la cama me esperaba ella, mi amada, la única, caliente, me susurraba: «¡Date prisa!».

Pregunta: Espere, si usted no tenía, ¿no?, ni mujer ni hijo.

Respuesta: De eso se trata, de que no existían. Ni siquiera sé cómo explicárselo. Esas personas tan queridas para mí no

existían en absoluto, pero yo ya estaba dispuesto a todo por ellos. Para vivir con ella de una forma sencilla, al día, echando raíces el uno en el otro. Para que mi hijo me dibujara por mi cumpleaños garabatos y añadiera con trazo inseguro y grandes letras: «PARA PAPÁ», porque esos borrones puede que sean lo más importante en la vida.

Pregunta: Es decir, ¿que usted se agarró a eso, a los borrones?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿No necesitaba la libertad?

Respuesta: No.

Pregunta: ¿Por eso lo pusieron en libertad?

Respuesta: Sí. Escribí una solicitud de indulto: «Hilo. Acepto la cancioncilla. Parto al mar. Besos». Y se acabó.

Pregunta: ¿Y qué pasó después?

Respuesta: Todo según la cancioncilla. El negrito se buscó un trabajo de ser hilo en la piel. Empezó a ganar un sueldo decente, se casó.

Pregunta: ¿Y en qué consistía su trabajo?

Respuesta: ¿Sabe?, antes había una costumbre: en el entierro del zar, junto a su ataúd, se estrangulaba a su querida preferida, a su copero, al caballerizo, al halconero, al cocinero. En resumen, a todos los que respondían por su vida. En la escuela a los niños se les explica como el anhelo de suministrar al zar todo lo imprescindible en el otro mundo. Aunque, en realidad, no hay ningún otro mundo. Es algo que saben todos los escolares. El zar vivo mataba en la tumba del muerto a las personas cercanas a este, no para él, sino para sí mismo. Para que el personal que lo servía comprendiera qué podía pasar. Una garantía de seguridad y desvelo, por así decirlo.

Pregunta: ¿Su gente más cercana sabía de su trabajo?

Respuesta: En cuanto empecé a ganar dinero, quise hacerle un regalo a mi madre. ¿Qué cosas buenas había visto en la vida? Era de las que venían de los orfanatos, toda la vida trabajando en una fábrica de goma. De pequeño, cuando empezaba a dar la lata con algún juguete, ella siempre me hablaba del orfanato. No había cuadernos, utilizaban cualquier trozo de papel para escribir, incluso los márgenes de los periódicos viejos. Tampoco tenían tinta, disolvían en agua el hollín de la chimenea. Y, para rematar, los niños se robaban entre sí: quienes eran más fuertes les quitaban a los pequeños las plumas, los lápices y el pan. Cuando yo no quería tomarme la sopa, ella me recordaba cómo la habían llevado al orfanato y la primera noche le plantaron una escudilla de sopa donde flotaba una docena de moscas, y ella no comió. Pero después, todo lo que le daban se lo comía y relamía, incluso si el vecino había escupido en el plato. Durante la guerra no evacuaron el orfanato, los directores desaparecieron, solo se quedaron las cuidadoras y los niños. Los alemanes exigieron una lista de los niños, las cuidadoras se la entregaron y después cayeron en la cuenta: venía indicada la nacionalidad. Los alemanes llegaron y se llevaron a los niños judíos de la lista. Primero todos pensaron que al gueto, después se enteraron de que los habían fusilado a todos. A mí todo eso me sonaba a antiguo. Para ella era como si estuviera sucediendo entonces. También hablaba de su trabajo en la fábrica de goma: metía hormas en la goma para hacer chanclos. Cuando mi padre murió, ella no logró contenerse en el trabajo, empezó a llorar y las lágrimas caían en la

horma. Sabía que serían defectuosas… y no podía parar. Donde caía la lágrima, la goma ya no se fijaría de ninguna manera. La ventilación era mala y empezaron a intoxicarse, sobre todo quienes trabajaban con pegamento. Una estalló en carcajadas y toda la cadena de montaje empezó a morirse de risa. Hubo que detener con urgencia la cadena, tranquilizar a la gente, apaciguarla. Así que voy a verla; entonces todavía vivía sola, fue después cuando se mudó con su hija mayor a Podlipki. Mi hermana es maestra, así que es imposible hablar de nada con ella, enseguida empieza con su escuela, con lo horrible que es todo allí por las drogas. Dice: «Se te quitan las ganas de tener hijos, el crío crecerá y cualquier malnacido le dará algo para pincharse en un portal. ¡A quienes contaminan a nuestros niños con drogas habría que colgarlos públicamente! ¡Públicamente! ¡En las plazas!». Resumiendo, que llego a ver a mi madre, con un traje bueno, con un reloj caro, solo las botas cuestan tanto que ni toda su cadena de montaje lo ganaría en la vida, supongo, y le digo: «Madre, mira, te he comprado unas vacaciones a Egipto. ¡Emprende el vuelo, conoce mundo!». Y ella venga a llorar. La abrazo, le acaricio la cabeza, con la vejez se ha vuelto pequeñita, apoya la cara en mi tripa. Digo: «Madre, ¿qué tienes?». Y ella me responde: «Tólichka, hijo mío, no necesito nada, ya lo tengo todo. Si tú estás bien, no necesito nada más». Y yo: «¡Madre, qué dices! ¡Egipto! ¡La cuna de la civilización! ¡Los faraones! ¡Las pirámides! ¡Las momias!». Así que no se fue a ningún sitio. En el alféizar tenía setas en un tarro de tres litros. Me los ofrecía para que yo también tuviera, pero no me apetecía andar cargando con

los tarros. Pasaba cinco minutos y salía pitando. Siempre le decía: «¡El próximo día!». Y salía pitando. Y ella se quedaba en la puerta con el tarro en las manos.

Pregunta: Se casó con una mujer con un niño. ¿Sabe la historia de él?

Respuesta: No. No quise saber ninguna historia. Estuve tanto tiempo esperando a esa persona, a mi Tania, que ninguna historia es importante. Y ella estuvo tanto tiempo esperándome que todo lo demás no tiene ninguna importancia. Esto sí importa: quedarte dormido y saber que ella está al lado, que me mira, el codo apoyado en la almohada. O tomar su mano y colocármela en los ojos. Y despertarme por la mañana con el olor a plancha, ella plancha y de la tabla se levanta un vapor oloroso. La llamo por teléfono desde el trabajo, pregunto: «¿Hay novedades?». Ella responde: «Sí. Te quiero todavía más». Cuando me iba a algún sitio, ella me preparaba el equipaje y me dejaba notitas. Escribía así porque sí, un par de palabras, alguna bobada: «Besos». O: «Te echo de menos. Vuelve pronto». O: «Estírate, no te encojas». O: «Hoy soñaré contigo». Sabía tener sueños.

Pregunta: ¿Tenía dificultades con el niño? Al fin y al cabo, no era suyo…

Respuesta: ¿Con Romka? Enseguida le cogí mucho cariño. Al principio estuvo enfurruñado, claro. Se agazapaba en un rincón y no hablaba. Mi mujer me contó que, con cinco años, le había declarado que iba a casarse con ella. No soportaba que hablara con ningún hombre, enseguida un numerito, lágrimas, gritos… Era su defensor. No permitía que le hicieran daño. Una vez en una parada de autobús se lanzó con sus pequeños puños contra un borracho. Yo le

digo: ¿vas a hacer barquitos de jabón conmigo? Y empezamos a hacer nuestra flota: navíos de línea, destructores, submarinos. Coges un trozo de jabón, lo cortas en láminas de un dedo de grosor. Con un trozo de cuchilla de afeitar esculpes en las láminas el casco, la superestructura, las torres, los botes salvavidas. Los mástiles y los cañones del armamento, de alambre. Las maromas, de hilo. Cuando el jabón se seca, pintamos la nave con rímel negro. ¡Y toda una escuadra con sus submarinos navega por la mesa! No había forma de apartarlo. Suspiraba todo el rato: «Ojalá estar dentro, en la cámara de oficiales…». Es pelirrojo y a veces, de broma, lo llamaba robellón, y él se ponía de morros. Cuando fuimos a inscribirnos en el registro, lo adopté. Él acababa de aprender a descifrar las letras, leía todo seguido, todos los carteles. La resolución de la adopción también se puso a leerla en voz alta, sílaba tras sílaba. Después dijo: «Tol, ¿ahora eres mi papá?». Y yo le dije: «¿Por qué ahora? Antes también era tu papá, eso no es más que un papel».

Pregunta: Pero ¿para ella era importante contar lo que había sucedido entonces?

Respuesta: Supongo. Creo que sí. Y la atormentaba no poder hacerlo. Por eso yo no le hacía preguntas.

Pregunta: ¿Usted quiere saberlo?

Respuesta: Sí. Es que ella quería que yo lo supiera. Simplemente nadie podía contarlo, solo ella. ¿Sabe qué sucedió entonces?

Pregunta: No. De ella no sé nada. Solo sé de los negritos. Los negritos se fueron al mar a bañarse. Cerca había una aldea donde vivían otros negritos. A los recién llegados los

avisaron para que estuvieran en guardia. De forma que ella sabía y comprendía todo. Pero allí, en esa aldea, había un negrito, Ruslán, que no era así. Cuando coincidían, decía: «Tania, ¿ninguno de los nuestros te ha ofendido? Si pasa, dímelo, ¡hay gente para todo!». Le llevaba fruta de su jardín. También decía que sobre los negritos de su aldea allí se contaban diferentes cosas, y le dolía y avergonzaba, pero que no todos eran así. El último día la invitó al mar, a un pícnic, había venido un amigo del ejército y para los negritos la hospitalidad, la amistad masculina, es algo sagrado. Y Tania comprendió de repente que era imposible negarse. Significaría indicarle que todos ellos eran mala gente, que nadie podía confiar en ellos. Y fue con una amiga, con Liusia. A Liusia le gustaba mucho Ruslán. También a su Tania. Se decía: no debes enamorarte bajo ningún concepto, y fue y se enamoró. Pero el amigo del ejército le desagradó desde el principio. Pelirrojo, mirada cruel, voz desagradable. Además, enseguida resonaron en su interior martilleos de alarma: Ruslán y ese pelirrojo hablan entre sí en su lengua de negritos, no los entendemos. Llegaron a un río, se sentaron junto a una hoguera, comieron brochetas, bebieron vino. Ruslán hacía brindis en los que siempre y obligatoriamente había que apurar hasta el fondo: por el amor maternal, por la salud de los futuros hijos. Y ella sentía que el peligro estaba cerca, pero no iba a levantarse y marcharse. Seguían allí, como corderillos esperando el sacrificio. Liusia ya no era consciente de nada, soltaba carcajadas, le gritaba: «Pero, bueno, ¿por qué estás así? ¡Relájate, Tanka!». Por fin emprendieron el camino de vuelta, ya era tarde, había

oscurecido. Se sintió mejor porque iba a terminar. De repente, giran, tenían que haber ido en línea recta, pero ellos, en dirección al mar. Intentaban convencerlas: «Vamos a quedarnos un rato más, ¡hace una noche estupenda!». Se detuvieron en la orilla. De repente, Ruslán y Liusia se fueron al bosque, al principio todavía se oía la risa de ella, después cesó. Su Tania se quedó a solas con ese pelirrojo. El negrito hacía por besarla, se puso a quitarle la camiseta. Ella le dio un empujón. Él volvió a insistir, palpaba con las dos manos. Ella: «¡No!». De repente, el negrito pelirrojo le pegó en la cara, un puñetazo directo a la nariz. Nunca nadie le había pegado así. Le salía sangre, pero ella no sentía el dolor, no sentía nada de nada, estaba como paralizada. Él ya no hacía nada por violarla, no le quitaba la ropa, solo le daba golpes para que ella dijera que sí, que sí quería. Tania: «¡No!». Entonces él le dio una patada en la tripa, ella se retorció, pero todavía le vino a la cabeza: «¿Cómo es posible? Toda la tarde se han comportado como personas y, de repente, ¡una patada en la tripa! ¡Qué dolor, madre mía!». Él volvió a preguntar: «¿No quieres?». Ella meneó la cabeza. Y él ya soltaba espumarajos: «¿Vas a burlarte de mí mucho rato?». Agarró una botella por el cuello, la partió contra una piedra, se acercó y dijo: «Ahora te rajaré la cara». Entonces Tania se asustó de verdad. Él la rompió con ese miedo. De repente dejó de ser humana, ya no existía, existía solo un animal asustado que aullaba de dolor y de miedo, y que ahora todavía sentiría más dolor. Ese animal fue el que dijo: «¡Sí, quiero!». Y él, por todos los agujeros de su Tania. Después ella se arrastró al riachuelo para

lavarse. Ruslán y Liusia regresaron, contentos, felices. Tania estaba sucia, tenía la cara llena de moraduras. «¿Qué ha pasado aquí?». Ella respondió: «Nada. Está todo bien».

Respuesta: ¿Para qué me cuenta todo eso?

Pregunta: Para que sepa qué ocurrió.

Respuesta: ¿Ella quiso abortar?

Pregunta: No. Solo le dijo a su madre que había estado en el sur y que se había quedado embarazada y que quería tener al niño. Estaban en la cocina. Su madre fumaba y no decía nada. No debía fumar, ya estaba enferma, pero no se lo había contado a nadie. Después apagó el cigarrillo en un hilillo de agua del grifo y dijo: «Mira qué bien. Nos darás un pequeñín y vamos a quererlo. Dios no nos pone pruebas por encima de nuestras fuerzas». Llegó a cuidar un tiempo de su nieto. ¿Qué le ocurre?

Respuesta: Perdone, se me han pegado los ojos. Estaba mirando el teléfono y de repente pensé: si Tania llama ahora —los milagros existen— y me pregunta: «¿Hay novedades?», sé que le responderé. Le diré: «Sí. Te quiero todavía más».

Pregunta: ¿Quería tener un hijo con ella?

Respuesta: Sí. Yo quería, y ella también. Al principio no pasó nada, no había forma de que se quedara embarazada, y a mí me daba miedo de que fuera por mi culpa, de que algo no estuviera bien, porque ella ya había tenido un niño. Después se quedó embarazada. Sucedió el mismo día en que ella se arrimó un molinillo de café oloroso y yo abrí una lata de sardinas. Compramos un test en la farmacia, ella pasó a un servicio, justamente íbamos paseando por el bulevar Gógol. Era invierno, nieve, y por todas partes

habían trazado caminillos de hielo. Así que cogió carrerilla y patinó hasta mí, como una niña pequeña. Reía, agitaba los brazos. Se deslizó directa a mis brazos. No dijo nada, pero yo lo comprendí.

Pregunta: ¿Sabía que tenía un problema en los riñones?

Respuesta: ¿Cómo iba a saberlo? Al principio todo fue bien. Recuerdo que fuimos juntos a la consulta, quería ir con ella sí o sí, no sé por qué. De repente empecé a sentir miedo por ella. Y allí enseguida todo me resultó desagradable. Le abrieron un historial médico a Tania, como si el embarazo fuera una enfermedad. Y había que ir al médico con una toalla propia y con zapatillas propias o ponerse bolsas de plástico en los pies. Una vez en la tele dieron un programa sobre partos en el mar. Mostraban a embarazadas que se iban al mar y daba a luz allí. Invitaban, daban un teléfono de a donde dirigirse. Después Tania preguntó de repente: ¿quizá también deba dar a luz en el mar? Pero era algún tipo de secta, después las mujeres tenían que comerse la placenta, como los perros. Yo dije: no te preocupes, pagaré lo que haga falta y todo estará bien. Tania cogió frío en los riñones y tuvo que guardar reposo, pasó varias semanas en cama, bebía mucho líquido, se hinchó, como si tuviera una gemela. Le parecía que estaba más fea, por eso se aplicaba en los ojos bolsitas de té usadas, creía que ayudaban contra la hinchazón. O dos rodajas de pepino. Todo cuando yo no estaba en casa: tenía miedo de que la viera así, con ojos de pepino.

Pregunta: ¿Y su hijo? ¿Tenía celos?

Respuesta: Al contrario. Romka se alegró de tener un hermanito o una hermanita. Recuerdo que una noche estábamos los

tres en la cama y le acariciábamos la tripa, yo por una lado y Romka por el otro. Digo: «¡Crece, hermanita!». Y Roma: «¡Crece, hermanito!». Yo quería que fuera niña, y él, niño. Después, en la ecografía nos dijeron que iba a ser niño. Romka se alegró: «¡Bien, he ganado!». La impresión de la pantalla la colocamos en el cristal de la librería. Te despiertas por la mañana unos minutos antes de que suene el despertador y miras, desde el cosmos, con interferencias: esa es la cabecita, eso un brazo. Como si nos enviara saludos desde una nave espacial, como si navegara hasta nosotros desde otro planeta, donde ha vivido todos estos miles y millones de años, esperándonos. Después la ingresaron para mantener el embarazo. No podía vivir sin libros y se llevó varios al hospital. Intentaba leer allí, pero las conversaciones de las mujeres no le dejaban. Pasaba a verla todos los días y recorríamos los pasillos del hospital, después yo corría a la guardería a por Romka. Ella abría el libro que había estado leyendo y preguntaba: «Mira, aquí dicen que el cuerpo humano se extiende en el tiempo y, de esta forma, en todas partes llena el espacio. ¿Es así?». Me encojo de hombros, ¿cómo voy a saberlo? Si ahí dicen eso, puede que sea así. Ellos lo tendrán más claro. Pregunté: «¿Tú lo entiendes?». Negó con la cabeza: «Todavía no. Pero algún día lo haré». Yo me reí: «Entonces yo también lo entenderé algún día». Allí una limpiadora fregaba el suelo y farfullaba sin cesar: «Nos pasamos toda la vida con constante miedo, primero te da miedo quedarte embarazada, luego parir y, después, hasta la tumba, el miedo por los hijos».

Pregunta: ¿Regresó a casa ya sin el niño?

Respuesta: Sí. Dejó de sentir sus movimientos. El niño estaba muerto, dentro de ella.

Pregunta: ¿Le explicaron qué había pasado?

Respuesta: Lo explicaron, sí. No lo comprendí muy bien. Tenía miedo por Tania. Era muy duro para ella. Lo peor es que no sabía qué decirle. Quería consolarla, tranquilizarla, pero en una situación así es imposible. Me limitaba a decirle todo el rato: «Estamos juntos y eso es lo importante. Y tenemos a Román. Y tendremos otro hijo. ¡Seguro! ¡Ya lo verás!».

Pregunta: ¿Qué le dijeron al pequeño?

Respuesta: ¿Y qué se puede decir? Le dijimos que su hermanito no había nacido. Que había muerto. Los domingos, Tania llevaba a Roma a una escuela en la iglesia. Cuando regresaba, lanzaba sentencias tipo: «Decir que Dios no existe es como convencer a unos hijos de que ni tienen ni nunca han tenido padres». Ese día vino y dijo: «¡Nada de morirse! Solo nos está esperando en algún sitio». Tenía miedo por Romka, porque le costara, que otros niños lo molestaran. Con su madre era belicoso hasta la locura, pero con otros niños era más bajo que la hierba, más calmo que el agua. Le daba miedo nadar en el estanque, por si tragaba renacuajos, por si las sanguijuelas se le adherían. Y se compadecía de todos. Una vez, en plena helada invernal, trajo a casa un pájaro, lo había recogido en el camino. Congelado, duro, pensaba que entraría en calor y que reviviría. ¡Y qué imaginación! Jugaba a que dos teteras con el pitorro para arriba eran dos elefantes hablando, uno grande y otro pequeño. Fui a los baños con él y allí hacía calor, había ruido. Dice: «¡Papá, haz esto!». De pie, se tapa las orejas con las manos, después las

destapa y las vuelve a tapar: parece como si alguien chasqueara los labios en tus orejas. Y ahí estoy con él, chasqueando las orejas. Antes de dormir, lo acuesto y le leo algo. Ya habíamos leído todo, a Robinson Crusoe, a Gulliver, Münchhausen, Jules Verne. Se hizo con jabón el submarino del capitán Nemo. Teníamos un ritual justo antes de dormir: proponer dónde le gustaría a cada uno despertarse. En una isla deshabitada o algún otro lugar. Una vez expresó el deseo de despertarse en el submarino del capitán Nemo y que allí estuviera esperándolo su hermanito. Lo más normal es que yo me quedara dormido antes que él. Tania venía, yo dormía y Romka estaba sentado jugando con el Lego o mirando un libro. Yo temía perder todo eso. Temo que les pueda pasar algo. Les puede pasar cualquier cosa. Tengo miedo por ellos.

Pregunta: Todo va a ir bien.

Respuesta: ¿De verdad?

Pregunta: Créame, todo se solucionará.

Respuesta: ¿Usted cree?

Pregunta: Lo sé.

Respuesta: ¿Cómo es que lo sabe?

Pregunta: Siempre termina bien. Todas las veces es así: primero los sufrimientos, los miedos, las inquietudes, los nervios, las lágrimas, las pérdidas, y, a la postre, todo queda atrás. Y ya casi ni te crees que todo eso haya pasado. Como un mal sueño. Ha pasado, ya no está.

Respuesta: Me dormí aquí y soñé que estábamos de nuevo en nuestra cama, Romka se había colado debajo de nuestra manta y él y yo le acariciábamos la tripa desde los dos lados, yo le pregunto: «Pero… ¿no se había muerto allí?».

Y Tania me responde: «Claro que no, ¡escucha!». Y le acaricio la tripa y quiero pegar la oreja, escuchar, pero de repente me entra tanto miedo de que todo sea un sueño y que dentro de ella esté la muerte, y ahora me despertaré en una celda fría, esposado, y a mí, cosido de cualquier forma, me enviarán de vuelta al módulo.

Pregunta: ¡Qué dice! No es nada de eso, todo está bien, ¡todo ha quedado atrás! Ya no debe tener miedo de nada más. Todo lo que hubo de malo, todo eso no era más que una pesadilla, y ahora se despertará donde su hijo y usted desearon despertarse. ¡Querían despertarse en la cámara de oficiales saponácea! Y allí estará su Tania, y también Romka. Y casi se ha cansado de esperar el hermanito. Y su madre. Y su hermana. Y todos los que le son cercanos y queridos. Y, de repente, todo será muy fácil y comprensible respecto al cuerpo humano que se ha extendido en el tiempo y que por todas partes llena el espacio con su amor. Y Romka tendrá todo el espacio que quiera, ¡un submarino al completo! Podrá tocar todo, dar vueltas a manivelas, las ruedecitas, presionar asas, compuertas, válvulas, botones y palancas. Y el capitán Nemo en persona le pondrá en la cabeza su gorra sudada, mugrienta, todavía caliente por dentro.

Por la mañana, las tropas emprendieron la marcha hacia Babilonia. Ya había llegado esa hora en que el bazar estaba muy concurrido, y el estacionamiento donde Ciro pretendía hacer el alto quedaba lejos, cuando apareció Pategias, valioso persa de los allegados a Ciro, que galopaba a toda prisa en un caballo cubierto de espuma y gritaba, en lengua griega y bárbara, a todo el que se encontraba, que se

acercaba el rey con un gran ejército y dispuesto a entrar en combate. Al oírlo, Ciro dijo: «Soldados, el reino de nuestro padre es tan grande que se extiende al sur hasta lugares donde la gente no puede vivir por el calor y, al norte, hasta regiones que no se pueden habitar por el frío. En caso de que venzamos estoy obligado a darle a mis amigos el poder sobre esos países. Y no temo que, en caso de victoria, no me alcancen las dádivas para todos mis amigos, sino no tener la cantidad suficiente de amigos a los que poder regalar».

Ciro bajó del carro, se puso la coraza, se subió al caballo, atrapó una pica y ordenó que todos se armaran por completo y ocuparan su lugar en la formación. El propio Ciro partió a la batalla a cabeza descubierta.

Ya era mediodía, pero el enemigo aún no se había dejado ver. Solo después del mediodía apareció una columna de polvo parecida a una nube clara y poco después, en la llanura, a lo lejos, creció una especie de nubarrón negro. Cuando el enemigo se hubo acercado, empezaron a centellear las piezas de cobre y los extremos de las lanzas, y se pudieron distinguir los regimientos. Delante habían situado los carros falcados. Las falces estaban desplegadas en perpendicular al eje de la rueda y situadas en oblicuo debajo del carro con la cuchilla hacia la tierra, para así triturar todo lo que encontraran a su paso. Las tropas bárbaras se acercaban a paso templado, mientras el heleno seguía en el sitio e iba formando filas, absorbiendo las unidades que iban llegando. Ciro distribuía justo delante de la formación a sus propios soldados y miraba a uno y otro lado, observando a los enemigos y a los amigos. Clearco se acercó a caballo para convencerlo de que se quedara a retaguardia de los combatientes y no se expusiera al peligro. «¡Pero qué dices, Clearco!», exclamó Ciro. «¿Me propones que, aspirando al reino, me muestre indigno de reinar?» Las tropas del enemigo se acercaban

tranquila y lentamente, sin gritos, en completo silencio.

Querido Nabucodonosaurus:

Es nuestra noche postal, así que le escribo a toda prisa unas pocas palabras.

No sé cómo será allí, pero aquí las palabras se forman por las noches, espesándose con la nebulosidad verbal. El polvo verbal se convierte de cierta manera —nos lo explicaron tiempo atrás en el colegio, pero se me ha olvidado todo, no sin la participación del refrigerante de Liebig, o puede que fuera bajo la influencia de las oscilaciones climáticas— en semillas en la lengua.

O quizá simplemente es la ley del insomnio.

Por cierto, ¿recibió usted mi anterior misiva, donde le hablaba de la caza de la becada, de la boda sin novio, de la nota rasgada en el piano cubierto de laca lunar, de la guerra, del baile, el duelo y el portero de la universidad que jugaba artísticamente a las damas con los tapones del vidrio de química? Cierto, ¡te cansas de quejarte de correos! Lo envías urgente, les pides que se den prisa, con la punta del dedo haces cosquillas en la palma de gigante extendida por el grandullón-administrador postal, como diciendo: anda, bonito, por nuestra vieja amistad, no escatimes con nosotros, y él, en lugar de enganchar al tiro de perros sus *laikas* bien cebados, envía a unos medio muertos. Y, después de la tundra, viene la taiga. Aquí solo se puede ir por el hielo del Tunguska congelado. Y si hay ocasión.

Lo sorprendente es que recibirá usted mi misiva con noticias puede que dentro de muchos años. Ahora aquí son las doce y media. Y mis doce y media se trasladarán con usted. Creo que ya le informé de que en nuestro *sinfronterismo* algo no va bien con el tiempo.

Mis doce y media están obstruidas con cajas de plátanos. Se

quedaron sin ordenar después de la mudanza. Las dejé así de forma temporal, los primeros días para desempaquetarlas después, pero los primeros días se alargaron, incluyeron las estaciones del año, el remolino de nieve en la naturaleza y el zumbido de los mosquitos.

Es una cosa muy cómoda para la mudanza. En su día me hice en Denner con varias cajas magníficas. Pero quería encontrar algo y no recordaba dónde podía estar, así que me tocó abrirlas todas. Todo tipo de trastos, viejas agendas, periódicos, revistas, borradores, recortes, certificados, el Egipto de antes de las arenas, un empaste caído, la apertura de los cuatro caballos en el puente, las marcas en el parqué de tacones puntiagudos.

También encontré los papeles de ese mismo Egipto de antes de las arenas, cuando el truchimán era un joven maestro de *oroch* y de tunguses, recibía unas pocas monedas y, después de la escuela, corría a dar clases por las casas. A ese joven maestro entonces le acababan de publicar en un periódico un primer relato con el que el mundo debía trastocarse, pero, a pesar de las expectativas, no se trastocó. Afortunadamente, nada lo trastoca. Sin embargo, como consuelo, un día lluvioso de invierno —ya había pasado medio invierno y no había habido ni heladas ni nieve, y los abetos de Año Nuevo desechados estaba tirados en la calle, en la hierba marchita —, al joven maestro lo llamaron de una editorial, que entonces se abrían en cada sótano, y le ofrecieron para una colección de biografías un libro sobre una cantante famosa tiempo atrás, una intérprete de romanzas.

En cuanto escuchó el nombre de ella, se acordó del sótano de Starokoniúshenny, el antediluviano tocadiscos eléctrico con el brazo partido que su padre, un antiguo submarinista, había vendado con cinta aislante azul. El futuro joven maestro escuchaba sin cesar los discos sobre Cipollino y el tío Stiopa, y su padre, los suyos viejos,

negros, pesados y que entonces había que cambiar de 33 a 78 revoluciones. Al pilluelo y poco obediente le gustaba, claro está, escucharlo todo al revés, y entonces el caballero Tomate gorjeaba algo en liliputiense y, en los discos de su padre, las voces de mujer se volvían similares a la voz del tío Vitia, un vecino de patio al que en la guerra le habían destrozado la mandíbula, así que iba —según decían— con un tubito de plata introducido en la garganta.

El antiguo submarinista tenía solo un disco de esa famosa cantante. Cuando volvía borracho, este era el que ponía. Su madre se iba con los vecinos o a la cocina y el padre cerraba de un portazo detrás de ella, tomaba en brazos al futuro joven maestro, se sentaba en el diván en el que dormían los tres —la mujer acostaba al hijo, aunque este tenía su propia cama, entre el hombre y ella, seguramente usaba al hijo de barrera— y le hablaba de una tal Zosia, que le había regalado ese disco cuando, después de la guerra, su submarino estuvo atracado en la base de Libave. Zosia no le interesaba, y el futuro joven maestro pedía que le hablara de las sandías. Y entonces su padre recordaba cómo robaba con otros chiquillos sandías y melones en el ferrocarril. El futuro maestro se lo representaba todo igual que en el cine: la composición ralentiza la marcha, el padre-héroe toma carrerilla y salta al estribo del vagón de sandías, se cuela estirándose sobre la pared temblona hasta las ventanillas ocultas justo debajo del techo y, en marcha, lanza desde el vagón repleto las sandías y los melones. A veces las sandías se parten, explotan como bombas. Después salta con agilidad justo en medio de dos postes y rueda por el talud. El futuro joven maestro se sentía muy orgulloso de su padre y de esas sandías.

Todavía ahora, mientras escribo todo esto, me entran unas repentinas y terribles ganas de comer sandía, como si no fuera el padre, sino yo mismo, quien se acerca sigiloso, estirándose por la

pared del estruendoso vagón, a la ventanilla abierta, está oscuro, pero sé que en el vagón no hay sandías, porque desde la oscuridad calurosa y asfixiante me llega el olor a cáscara de melón.

Bueno, pues sobre esa cantante del disco que cantaba con la voz del tío Vitia con el tubito de plata en la garganta, sobre ella le propusieron escribir al joven maestro. Resultó que seguía viva, aunque todos pensaban que había muerto hacía mucho. A la editorial le habían entregado sus memorias y diarios. Había que quedar con ella y grabar sus relatos en una cinta.

El joven maestro pobre enseguida aceptó, lógicamente, tanto más cuanto que le prometieron un adelanto: unos increíbles trescientos dólares. En la escuela no habría ganado tanto ni en un año. No sé bien por qué, pero recuerdo que, tras el cristal, en la calle, mientras hablaba por teléfono, había dos niñas jugando al Año Nuevo: después de meter el abeto medio deshojado con restos de espumillón plateado en un montón de barro cerca del basurero, se hacían regalos tendiendo en las manos vacías algo invisible, excepto para ellas.

El día indicado, cuando debía ir a por el contrato, el frío arreció: todo estaba congelado, cristalizado, la calle y el tranvía. La gente estaba cubierta de cierta canicie en las sienes. Todos los bigotes y barbas se habían vuelto plateados, y todos llevaban delante su respiración, como el algodón de azúcar vaporoso en un palo. Desde lejos se veía en la entrada del metro una nube enorme de vapor, densa. Encima de las puertas, en el nombre de la estación, en el frontón y en las columnas había crecido medio metro de pelo de hielo.

En el sótano en el que estaba la editorial entraba aire por todas las ventanas, cubiertas por una gruesa capa de hielo; dentro llevaban puestos los abrigos de piel. La editora que se encargaba de

este libro estaba subida en una silla y tapaba las rendijas entre los marcos con celo ancho. En la falda, por detrás, se le había enganchado un hilo blanco, y el joven maestro se descubrió con unas ganas repentinas de quitarle con cuidado ese hilo y ovillárselo en un dedo: Alexéi, Borís, Cirilo… La dama se arrebujó en el chal, tosió, se sonó en un pañuelo pegado a la nariz y le ordenó que no la mirara:

—Estoy horrible. Mejor mire ahí, al Sinaí.

En el calendario de pared había unas montañas quemadas por el sol. La dama de la redacción, en efecto, tenía secreción en los ojos, y el joven maestro, algo cortado, miró obediente al Sinaí. Allí el día era caluroso, y el aire estaba incandescente, temblaba, lanzaba chorros.

Mientras el futuro autor de la biografía completaba el contrato, la dama, sin parar de sorberse los mocos, se quejaba de lo difícil que era trabajar con gente mayor y le hablaba de cierto director de cine sobre el que también habían escrito un libro para esta colección, quien se olvidaba todo el rato de que su hijo se había muerto tiempo atrás y no hacía sino preguntar: «¿Dónde está Vasia?». Y todas las veces le respondían que se había ido a comprar. El anciano, satisfecho con esa respuesta, continuaba contando su juventud, con todo detalle.

Los diarios no se los dieron para que se los llevara a casa, el joven maestro solo podía tener fotocopias, pero hojeó los cuadernos ese mismo día, instalado en un diván de cuero helado en un pasillo congelado de la redacción, cerca de una planta marchita en una tina, y que no se había congelado casi seguro porque la habían ahumado y utilizaban la tina como cenicero. Los dedos se le quedaron rígidos y tuvo que ponerse guantes, pasar las hojas con ellos no era cómodo, las páginas se le resbalaban y no querían

pasar, los valiosos cuadernos hasta se le escaparon un par de veces de las manos al suelo sucio, pero, afortunadamente, no había nadie en el pasillo.

Los diarios con pastas multicolores antediluvianas olían a las colillas viejas de la tina y, a través de ese tufo rancio, se abría paso el olor del tiempo apelmazado en esas páginas gastadas. Y también olía ligeramente a algo femenino; mejor dicho, a viejo, a algún perfume antiguo. La tinta había perdido el color, y a veces estaba escrito a lápiz. Algunas notas iba con fecha y otras sin ella. La caligrafía era más bien descuidada, siempre diferente: lo mismo las páginas pasaban como bordadas, lo mismo eran garabatos. Algunos puntos estaban simplemente cubiertos de una pintura negra y densa. A veces había páginas en blanco, como si las quisiera rellenar después. Luego otra vez notas desordenadas. Habían arrancado varias páginas. A juzgar por la numeración de los cuadernos, tres de ellos habían desaparecido.

Yerto de frío, el joven maestro regresó al despacho de la editora y se puso a mirar otra vez el Sinaí bañado por el sol, derrengado por el calor. Se le ocurrió: qué apropiado que justo ahí se abriera el cielo, azul por un espejismo, y se le entregaran las tablas al pueblo portador de Dios, y no en una nube de vapor a la entrada, cubierta de hielo, del metro de Moscú. La redactora, moqueando, le daba instrucciones para que fuera cuanto antes a ver a la protagonista, porque ya había pasado los noventa y también era de las que lo confundían todo, se quedaba abstraída, aunque también tenía momentos de lucidez, y en uno de estos debía llegar él y hacer que se le soltara la lengua. Las memorias las había empezado a escribir tiempo atrás, pero no había logrado salir de su infancia, y después las abandonó del todo.

—Le serán de ayuda —dijo la dama—, pero no encontrará nada

especial, yo intenté leerlas, está todo mezclado. Lo más importante es que se asegure de que hable. Al menos asienta con la cabeza.

El joven maestro asintió obediente con la cabeza, metiendo de mala manera en el bolsillo unos billetes de cien dólares, que nunca hasta entonces había tenido en las manos.

—A ver cómo le explico lo que busco —continuó ella—. La esencia del libro es una especie de levantamiento del ataúd, como si hubiera muerto, todos la han olvidado y usted le dice: «¡Sal fuera!», ¿me entiende?

Él asintió.

—Sí, sí, claro, cómo no iba a entenderlo.

Después, en el metro, camino de casa, no hacía sino palpar que siguieran en su sitio los tres queridos papelitos. Le parecía que todos veían lo que llevaba y le daba pánico que le robaran el dinero en el sudoso barullo subterráneo.

El autor de la futura biografía hojeó esa misma noche el paquete de fotocopias de los diarios y las memorias. En efecto, la anciana escribía con mucho detalle sobre algunas personas superfluas, interesantes solo para ella, recordaba sin cesar algunos detalles sin importancia que, para el libro que le habían encargado, no tenían ninguna utilidad.

Al día siguiente, en un descanso, el joven profesor llamó al teléfono que le habían dado en la redacción. Le dijeron que Bella Dmítrievna no se encontraba bien en ese momento y que no podía recibirlo para la entrevista. Le pidieron que volviera a llamar la semana siguiente. A la siguiente semana se repitió exactamente lo mismo. Por fin concertaron una cita, y se dirigió a la travesía Triojprudny.

Ya era primavera y, en la calle, atascada por *zhigulíes* herrumbrosos y coches extranjeros salpicados por el barro

moscovita, había asomado por debajo de la nieve toda la basura acumulada durante el invierno. El código del portal estaba roto y el ascensor no funcionaba, le tocó subir por una escalera abarrotada de trozos de ladrillos de una obra larguísima, de periódicos y cabezas de arenque. Reinaba el hálito de los portales moscovitas: olía a orina, gatos y encalado húmedo. El timbre no funcionaba. El joven maestro llamó con los nudillos. Lo examinaron un buen rato por la mirilla, después la puerta se entreabrió ligeramente. Le dijeron que esa noche se habían llevado a la anciana al hospital. En la oscuridad del pasillo, él solo pudo distinguir unas manos recubiertas de harina. En ese momento en que el joven maestro conversaba con las manos blanqueadas de harina de las que se caía el polvillo, comprendió que no saldría nada del libro sobre la cantante.

Después llamó por teléfono varias veces más. Su protagonista había vuelto del hospital, pero ya no tenía sentido quedar con ella: ya no había momentos de lucidez. Pidió que al menos le concedieran un encuentro, por si de repente conseguía algo.

—Pero si ya no reconoce a nadie —le respondieron—. ¡Tenga algo de conciencia, joven! Deje tranquila a una persona anciana y enferma, ¡no está bien lo que hace!

El tiempo pasaba. El joven maestro se enteró de que se había suspendido, antes de empezar, la colección biográfica para la que debía escribir el libro. Después quebró un gran banco y, con él, desapareció la editorial. Después hubo mucho de todo tipo, y el paquete de las fotocopias innecesarias, envuelto en la bolsa de una panadería, se tiró varios años metido entre otros papeles y libros.

Cuando Bella Dmítrievna murió, él ya ejercía de truchimán bien lejos. Se enteró de su muerte por casualidad, una vez que voló a Moscú. Ya habían tenido lugar el solemne entierro, los artículos en

los periódicos, los programas de televisión. Y resultó que el truchimán estaba haciendo unos recados propios y se encontró justamente en Triojprudny. Costaba reconocer la calle y la casa, todo estaba reluciente, junto a limusinas recién lavadas que brillaban bajo el sol de junio se aburrían unos forzudos de pelo muy corto y traje caro. Dos madres jovencitas, descuidando los cochecitos, partían las ramas de un lilo que estaba floreciendo. El truchimán se paró junto al crujido oloroso. Después, sin saber bien para qué, decidió entrar. El código estaba roto. En el portal olía a pintura después de la obra recién terminada, y a este nuevo olor ya se había incorporado el viejo: a gatos, orina y encalado húmedo.

Llamó a la puerta. Abrió la mujer con la que había charlado el joven maestro varios años atrás. Solo que ahora en sus manos harinosas había un móvil. Parece que el piso lo había comprado alguien y en el pasillo se apiñaban las cosas reunidas para la mudanza. El huésped no invitado se puso a explicar que tiempo atrás había hablado con ella por teléfono, porque tenía intención de escribir sobre Bella Dmítrievna, y que incluso había estado allí. Lo interrumpieron:

—¿Qué quiere?

Ni siquiera él sabía a ciencia cierta qué quería y para qué había ido. No se iba a poner a explicarle lo del viejo tocadiscos vendado con cinta aislante en Starokoniúshenny, el caballero Tomate, la voz del tío Vitia y el olor a cáscara de melón. Por alguna razón, preguntó:

—¿Estuvo usted con ella en el momento de su muerte? ¿Cómo murió?

La mujer se sonrió:

—¿Para publicarlo o cómo fue en realidad?

Se encogió de hombros.

—Cómo fue en realidad.

—Pues mire: en los últimos tiempos, la difunta no lograba hacer caca, qué quiere usted, ¡eran cien años! Y una noche oigo como un estruendo. Corro y la lámpara que estaba en la mesilla estaba caída en el suelo, rota; Bella Dmítrievna se había caído de la cama y, el Señor me perdone, toda cagada. Y ya había entregado su alma a Dios. Que en paz descanse.

Por la cocina corre un cochinillo con un rabito muy gracioso. Juego con él, nos hacemos amigos. Sus guarridos son contagiosos. Guarreamos a la par, gruñimos de entusiasmo cochinero. Después lo veo con ese mismo rabito gracioso y vivo en el comedor, en un plato. Sollozo y quiero huir de la mesa. Recuerdo —fue realmente horrible — que me querían poner en el plato, para que me tranquilizara, el rabito cortado. Debió de ser la primera vez en la vida que tuve sentido de la muerte.

¿Cuántos años tenía? ¿Tres? ¿Cuatro? No yo, claro, la vieja sin entendimiento, atontada, sino aquella lejana niña.

El quinto hijo, tardío, ya no esperado.

Recuerdo que mi hermano Sasha, el mayor de todos, estuvo enfermo de escarlatina. Lo aislaron de nosotros y yo hablaba con él a través de la puerta cerrada. Mi hermano asegura que se le cae la piel, y yo me niego a creérmelo, y él cuela trocitos por el hueco de la cerradura.

Mi hermana Ania, mi querida Niusia, estudia aritmética, hace ejercicios con la nariz hundida en el manual, yo la rondo y ella me sienta en las rodillas, me quedo inmóvil viendo cómo la pluma traza signos sorprendentes e incomprensibles. Niusia me habla de sumas y restas. En Pascua vamos al cementerio y, de repente, descubro que encima de la gente muerta está el signo más.

Mamá nos lleva a las pequeñas, a Masha, a Katia y a mí, a la confitería francesa de la avenida Bolshói. Me gusta el nombre de los pastelitos que se derriten en la boca: *petit four*. Al agua Selters la llamamos agüita hirviendo, porque tiene burbujas y nos pica la lengua.

Cuando discutimos o nos peleamos, mamá nos hace reconciliarnos antes de irnos a dormir, para que lo malo no se quede hasta el día siguiente.

El perfume de mamá es Muguet de Mai.

A la mesa está prohibido darse la vuelta o agitarse; de ninguna manera las manos pueden estar en las rodillas, sino sobre la mesa, y no de cualquier forma, sino que ambos índices deben rozar el borde del plato. Por alguna razón se cree que así coloca las manos su majestad el emperador.

Mamá dice que todo ser humano debe sembrar árboles y excavar pozos; en nuestro jardincito a cada uno de los niños se le había asignado una zona de un bancal, y ahí sembramos y regamos. Yo corro todos los días a ver mis guisantes abriéndose paso hacia la luz, mis retoños verdes alzándose. Después una noche se cuelan unos chicos de Temernik y pisotean todo. Mamá nos insiste para que sembremos de nuevo, pero yo no quiero.

Por la mañana, mamá lleva una bata de mangas amplias, es muy agradable colar la cabeza en una manga. Después de desayunar, los mayores toman café y ella da a los niños un trocito de azúcar en una cucharita, después de haberlo empapado bien en el café solo de su taza. Yo, además, me empeño en lamer la mano de mi madre, porque ella me llama zalamera. Yo me lo tomé en sentido literal, por eso digo lamerona y no lengua.

Me encanta cuando escribe cartas, me deja poner signos de exclamación al final de cada línea.

Mamá toca para nosotros el *Álbum para niños,* de Chaikovski. Me emociona sobre todo «El entierro de la muñeca». Recuerdo que tomaba a mi Liza, que sabía cerrar y abrir los ojos, y la colocaba en una caja. Lloro porque se ha muerto. Después me aburro sin ella. Quiero abrir los ojos, pero me detengo: no, no puedes, Liza se ha muerto, ya no está. Y entonces todo en mi interior se alza contra esa imposibilidad: ¿por qué no se puede? Mírala, ahí está, mi querida Liza, sus espléndidos rizos rubios, sus mejillas rosadas, el vestidito de seda, y, mira, abre los ojos y sale de la caja como si nada. ¡No tengas miedo, Liza! ¡No hay muerte alguna!

Llegará un día en que dejaré a una niña jugar con mi Liza y, cuando nos enfademos, en un ataque de rabia le hundirá los ojos a la muñeca. En la cabeza vacía de porcelana con las cavidades negras de las cuencas van a dar sonoras vueltas unas bolitas de cristal.

La cocina es el feudo de la niñera, quien desempeña al mismo tiempo las obligaciones de cocinera. Aquí la niñera recibe a sus cortejadores. Por las tardes hacen su aparición policías, marineros con acordeón. Aún no conozco la palabra «explotación», pero justo esto es lo que hace la niñera con ellos: sacuden las alfombras en el patio o restriegan los suelos. Aun así, para los suelos prefiere a los enceradores profesionales antes que a los cortejadores. Aparecen una vez al mes, ella flirtea con ellos en la cocina y los agasaja con ganas. Para mamá este día es una pesadilla, se va de casa, pero para mí es al revés, es increíble lo que me gusta que todo en la casa esté patas arriba y el olor de la cera.

Las mañanas de los cumpleaños, la niñera espera en la puerta a que nos despertemos para darnos enseguida el regalo, nada más abrir los ojos.

Para los Cuarenta, el 9 de marzo, hornea unas alondras pequeñitas con las alas extendidas, como si volaran, con ojitos-

pasas. No nos las comemos enteras, las cabezas se las dejamos a nuestros padres, solo que les quitamos los ojos y chupamos las pasas dulces. Gritamos: «Alondra, alondrita, ven, el crudo invierno llévate, la cálida primavera trae: el invierno nos ha hartado, todo el pan se ha tragado». Todos los días teníamos en la mesa pan reciente y oloroso de la panadería, pero en ese momento de veras me parece que después del largo invierno no nos queda ni una miga y que solo las alondras pueden traernos la salvación. Antes de meterlas al horno, la niñera siempre cuela en algunas una moneda o un anillo. Una de las anheladas alondras siempre me toca a mí, está claro que la niñera recordaba en cuál había metido la monedilla y me la soltaba. Estaba convencida de que esa fiesta tiene algo que ver con la urraca de flanco blanco, y me sorprendió mucho enterarme de que así celebrábamos del día de los Cuarenta Mártires de Sebaste. Recuerdo que, en la iglesia, la niñera señala con el dedo un icono oscuro en el que yo no logro distinguir nada, solo unas cabezas de santos con nimbos que se funden en un racimo de uvas, y me cuenta susurrando al oído que a esos infelices los llevaron desnudos al hielo y que se congelaron.

Me gusta el olor de la resina en la mariposa y del incienso en la iglesia, sobre todo en invierno, cuando fuera hiela y hay ventisca. La niñera me explica que la resina se quema para que a Dios le agrade oler. Estoy segura de que Dios vive en la iglesia y la niñera me apoya, y es que en invierno hace frío y todos y cada uno tienen su casa, así que la iglesia es la casa donde él entra en calor.

Desde Navidad hasta el bautismo, pone con tiza en todas las puertas y objetos una cruz blanca contra el maligno. Después bendice todo con agua bendita del río, y uno ya no ha de tener miedo a ninguna diablura, porque, después de Navidad, Dios, de alegría porque ha nacido su Hijo, abre todas las puertas y deja que

los diablos se vayan de paseo.

En el mundo de la niñera, los diablos y los ángeles eran tan reales como las medias y los chanclos. Y yo, al igual que ella, no tengo dudas de que a cada ser humano, al nacer, se le asigna un diablo y un ángel que no te abandonan ni un momento, el ángel está en el lado derecho y el demonio, a la izquierda, por eso no se debe escupir hacia la derecha y hay que acostarse sobre el costado derecho, para mantener la cara dirigida hacia su ángel y no ver en sueños algo malo. El ángel apunta todas tus buenas acciones y el diablo, las malas, y, cuando el ser humano muera, el ángel va a disputarse con el diablo su alma pecadora. Si te tintinea el oído izquierdo, es el tentador que vuela a ver a satán para entregarle los pecados que ha cometido ese día el ser humano, y ahí llega de vuelta para montar guardia de nuevo y aguardar la ocasión y el motivo para tentar. Durante las tormentas, el demonio, hostigado por las flechas de los relámpagos, se esconde detrás del ser humano. Para derribar al demonio, el profeta Elías podría matar también al inocente. Por eso hay que santiguarse durante las tormentas.

Antes de dormir me imagino el aspecto que tendrá mi ángel de la guarda, cómo serán sus níveas alas, suaves y fragantes como la borla de mamá, con la que se empolva.

La niñera me lleva a algún lugar. Por el camino vemos a unos chicos tirando piedras a unos arbustos. La niñera se aflige y refunfuña que no se debe hacer eso, que por todo el aire hay ángeles y que se les puede dar sin querer. En los arbustos que dejamos a un lado, algo se mueve. Los niños, con piedras en las manos, esperan a que nos vayamos. En los arbustos veo un pájaro, una paloma con el ala rota. Nos la llevamos. Vive hasta la tarde en nuestra cocina, pero al día siguiente desaparece. La niñera me dice

que se ha curado y ha salido volando. Yo no me lo creo, pero me callo. Y antes de dormir me imagino que, si mi ángel de la guarda acaba con el ala rota, yo lo curaré.

En el algún lugar debajo del suelo vive el *domovói,* un habitante invisible, guardián de todos los vivos. No se debe ver al *domovói,* el ser humano no es capaz de hacerlo, pero se lo puede escuchar e incluso tocar, mejor dicho, sentir su roce: habla como cuando se mueven las hojas y por las noches acaricia a los dormidos con su suave pata.

La niñera me enseña a rezar, tiene en un rincón muchos iconos, pero mi favorito es el icono de la Virgen de las Tres Manos. Me encanta que la nana me hable de ella. Cuando Herodes quería matar al pequeño Jesucristo, la madre de Dios huyó con él a Egipto y una vez, por el camino, unos bandidos empezaron a perseguirla. Con el pequeño en brazos, ella corría y corría y, de repente, un río delante. Se lanzó al agua para cruzar a la otra orilla y salvarse de sus perseguidores. Pero ¿cómo nadar con el niño en los brazos? ¿Cómo impulsarse con un solo brazo? Y entonces la Virgen imploró a su hijo: hijo mío querido, dame un tercer brazo o me será imposible nadar. El pequeño sintió la oración de su madre y a esta le creció un tercer brazo. Ahora ya era fácil nadar, salió a la otra orilla, se salvó.

Temo el juicio final e incluso sé que será antes de la *Máslenitsa,* la semana del juicio final. Tras la ventana aumenta el ocaso rojo ígneo de esa tarde heladora, y decido que ya ha empezado: corro a la cocina y le entrego a la niñera los caramelos y melindres que había escondido.

Contra los cortes, para detener la sangre, considera que el mejor remedio son las telarañas. Una vez me llevo sin preguntar el cortaplumas de papá, y empieza a brotar la sangre. La niñera corre al cobertizo a recoger telarañas de los rincones, cubre con ellas el

corte y me venda con paños. Para mi padre todo esto es un disparate y, cuando se entera de lo que ha pasado, grita enfadado a mi salvadora. Quiere tratar la herida con yodo, pero no me dejo y lloro hasta que le pide perdón a la niñera. Ella está enfurruñada, después se echa a llorar, lo santigua y llega la reconciliación, aunque por poco tiempo.

Cuando regresamos en Pascua de la iglesia, papá se indigna porque todos comulgan con la misma cucharita, ¡es una vía directa a la enfermedad! La niñera replica: ¡la criatura está bautizada!

Recuerdo que contaba que, de pequeño, estudiaba flauta y que lo había dejado, no pudo seguir después de que el maestro, para enseñarle, tocara el instrumento y después papá tuviera que llevarse la boquilla, justo después de él, a la boca.

La bendición del agua. La niñera está segura de que el agua bautismal es sanadora y de que cuanto antes se extraiga el agua bendita, más santa es. Mujeres, trabajadores, viejas y viejos se cuelan hasta el claro en el hielo, empujándose. A uno le lavan allí mismo los ojos enfermos. Una mujer vierte agua con hielo en la boca de un niño enfermo. Me dan miedo los empujones, la multitud enloquecida, empiezo a llorar. Toda colorada, desgreñada, la niñera me tira de las manos y me obliga a dar un trago directamente de la botella. Tensa las mandíbulas. Regresamos a casa. La niñera se toma varios tragos y rocía toda la casa, está segura de que así nos protege de la desgracia y del mal de ojo. Antes de dormir me cuenta que, la noche antes del bautizo, en el agua se baña el propio Jesucristo, por eso el agua se ondula. Si vas a medianoche al río y esperas junto a un claro en el hielo, vendrá una ola, es Jesucristo sumergiéndose en el agua. Papá, quien resulta que estaba en la puerta escuchando, empieza a reírse. Pregunta: ¿cómo puede ser sanadora un agua en el que bañan a un cochinillo sarnoso?

Me acuerdo de mi padre y, enseguida, sabor a limón en la boca, él siempre bebía y nos hacía beber a los niños zumo recién exprimido de limón. Antes de comer, en el comedor bañado por el sol, nos acercamos a él por turno y recibimos una copita cada uno. En las aristas rebotan los rayos de sol y saltan por toda la estancia, por las paredes y por el techo.

Sé que soy la favorita de papá. A veces me lleva con él, sin mis hermanas. De visita en la casa de un conocido de papá, una barca con ruedas, pero con remos de verdad. Navego en ella por los amplios pasillos.

Papá es un especialista de enfermedades de la piel conocido en la ciudad, trabaja en el hospital, pero también recibe en casa con bastante frecuencia, sobre todo a personas de la sociedad que evitan una innecesaria publicidad en asuntos tan delicados. Una vez que me habían dejado sin vigilancia me pongo a hurgar en su armario en busca de libros con dibujos, al poco me descubren sentada en el parqué y contemplando imágenes a color de genitales de hombre ricamente adornados de toda clase de terribles llagas. Después, durante mucho tiempo, miro con asco a los hombres con los que me cruzo, me parece que todos tienen ahí esas llagas. Y con mayor espanto todavía, casi desolada, miro ahora a mi padre y a mi hermano Sasha. Todavía no me creo que también a ellos les crezca entre las piernas una hinchazón tan fea.

Desde ese incidente, papá siempre tiene listo algún libro inocente con dibujos. Encarga todos los libros publicados en Moscú por Knebel, y cuando voy por primera vez a la Tretiakov enseguida me embarga la sensación de haber regresado a mi niñez.

A mi padre le interesa la historia, está suscrito a revistas especializadas y una vez, en verano, nos lleva a los niños a la excavación de una antigua ciudad griega. Resulta que la Grecia

clásica está realmente cerca: la ciudad de Tanais, fundada por colonos griegos de Kerch, está cerca del Don, en la aldea casaca Yelizavétovskaia. Solo recuerdo el horno del mediodía, unos fosos y los lejanos kurganes en la estepa. Mi padre nos habla de filósofos y vinicultores, de quitones y peplos, pero yo me quejo porque me muero de calor y tengo sed. Espero a ver cuándo nos vamos de ese Tanais formado por fosos y piedras desparramadas. No me creo nada de esos griegos antiguos. Cuando oigo que la ciudad estaba en la frontera del mundo de entonces, entre la educación y el salvajismo, entre la luz y las tinieblas, y que fue destruida por los bárbaros, me sorprende que la hubieran destruido los chicos de Temernik que habían pisoteado nuestras flores: mamá también los había llamado bárbaros. En el cerebro de repente fulgura la perspicacia infantil: ¿quizá alguna vez también piensen de nosotros que somos antiguos griegos que vivieron entre bárbaros?

Después, en una carreta con el asiento tan incandescente por el que calor que me abraso las posaderas, estamos un buen rato para llegar a un kurgán escita en el que los científicos han encontrado oro. Me mareo y la cabeza me da vueltas por el sol abrasador. Quiero ver el oro, pero aquí también me espera la desilusión. Solo recuerdo a unas personas tendiéndole a mi padre unas tazas extrañas. Resulta que eran calaveras recortadas con las que habían hecho ceniceros. Además, gastan bromas sobre que es una venganza por el príncipe Sviatoslav, con cuyo cerebro los pechenegos habían hecho una copa para vino. Mi padre no fuma, pero después aparece un cenicero en su escritorio.

Por las noches me gusta muchísimo escabullirme de mi habitación y colarme en la cama del dormitorio de mis padres. Tenemos ese juego: mi madre me esconde debajo de la manta y mi padre me encuentra y me saca fuera, diciendo algo de unos

misterios que no admiten a los niños. Yo me lío y digo: ministerios. Ellos se ríen, mi madre menea la cabeza y me lleva a acostarme a la habitación infantil.

Después, muchos años después, me enteré de que para entonces mi padre ya tenía otra familia.

A la iglesia iba poco, y al cementerio, nunca. Se lo llevaban los demonios por que la gente fuera a felicitar a los difuntos por la Pascua, diera tres besos de perdón a una cruz, alimentara a los muertos con huevos enterrados en la tierra, dejara *bliny* en las tumbas, sirviera vodka a la tierra. Admiraba a los alemanes, que habían inventado el crematorio. Había leído en el *Niva,* y se lo enseñaba a todos, un artículo en el que hablaban sobre la instalación de hornos, y suspiraba en broma: «¡Estaría bien vivir para ver el crematorio de Rostov!».

Con todo, me parece que era una persona profundamente creyente, no sé cómo se conjugaba en él todo eso. Una vez, cuando ya me había aprendido el abecedario y leía con destreza todo seguido en voz alta: «Dentro de un año volveré a ti. Para entonces, tu mujer Sara tendrá un hijo… A Sara le habían cesado ya los ciclos de las mujeres. Riose Sara para sí… Yahvé dijo a Abraham: ¿Hay algo difícil para Yahvé?». A mí también me resultó divertido, como a Sara. Le leí ese pasaje a mi padre. Dijo: «No entiendo qué tiene de divertido».

No conozco a mis abuelos ni abuelas, murieron antes de que yo naciera.

Todas las primaveras vamos a la feria de Najicheván. En la calle Gueórguievskaia, donde la iglesia armenia de san Jorge, en un descampado entre Najicheván y Rostov, abren una feria enorme y dura una semana. Recuerdo los balancines y los carruseles, enganchados y adornados con unos animales fantásticos que

giraban al ritmo de un órgano. La barraca de feria, a su entrada actores y payasos invitan a la gente. Compramos pasta de pipas y naranjas, *kvas* y todo tipo de dulces.

Muchos años después me entero de que, por orden de Catalina, a los armenios y a los griegos se los expulsó de Crimea y se los abandonó a su suerte en las estepas salvajes. Miles perecieron, pero en el monumento a la emperatriz en Najicheván quedó: de los armenios agradecidos. Los niños rusos, cuando atrapaban una mariquita, cantaban: «Mariquita, mariquita, vuela alto, tráeme pan, negro o blanco, pero no quemado», y los armenios: «Mariquita, mariquita, enséñanos el camino a Crimea». Pero esto sería después, ahora en la feria como pasta con nueces y miel: si le das un mordisco, el trocito que se te queda en la mano no se te despega enseguida de los dientes, sino que se estira hasta parecer la trompa de un elefante.

Durante la procesión religiosa nos sale al encuentro una anciana con un niño. La niñera y yo vamos por la calle cantando sobre Jesucristo. Veo que la anciana se apresura a taparle la cara con un pañuelo para que no nos vea. La niñera refunfuña con rencor: «Ya ves, no vayamos a ensuciarlo…». Es la primera vez que oigo hablar de los judíos.

La niñera me cuenta que los judíos organizan un sacrificio el día del juicio final: los hombres giran sobre su cabeza un gallo atado y las mujeres, una gallina, y le piden a Dios que deje caer en el ave los castigos por los pecados de los orantes. «¡Qué cosas tienen!», dice la niñera meneando la cabeza. «Ese gallo y sus gallinas crucificaron a Jesucristo.» También me entero de que, en el momento de la circuncisión, la sangre del niño la absorbe un tal *mohel.* Empieza a darme miedo. Y no entiendo qué es eso que les cortan a los pobres niños.

Cada vez hay más sitios a los que no quiero ir. Un día en el bazar pillan delante de mí a una ladrona y empiezan a zurrarla. Estoy con mamá y con Niusia. Mamá nos saca de allí muy rápido para que no lo veamos. Al cabo de un tiempo regresamos para terminar de comprar lo que nos faltaba. Y veo que el conserje está cubriendo con arena la sangre.

Tampoco me gusta el bazar por los laceros, los «desolladores» que cazan perros vagabundos. Los laceros tiran pastillas envenenadas con estricnina. Alguna vez vemos los sufrimientos del perro mientras muere. Pero la cantidad de chuchos sin hogar no disminuye: en las zonas desocupadas corretean, con la lengua a un lado y el rabo enroscado, los perros de Najicheván. Los atosigan solo en los lugares donde van los rostovitas.

Tengo seis años. Conozco las palabras «huelga», «revolución», «pogromo».

Niusia y Masha, que ya van al gimnasio, regresan corriendo una mañana y cuentan que, en mitad de la lección, se han oído gritos y disparos en la calle. Alguien había disparado a la ventana del salón donde están colgados los retratos del monarca y de toda la familia del zar, y que se ven bien desde la calle. Ahora las clases se cancelan a menudo, por culpa de la huelga los profesores no aparecen a tiempo.

En la ciudad reina el desorden. Todos tienen cara de inquietud. Nadie quiere explicarme nada. Oigo que los judíos han disparado sobre una procesión y que han matado al niño que iba delante con el icono. Siento una pena terrible por el niño y lloro desconsolada.

El bazar Nuevo está ardiendo. Por encima de la ciudad se alza una columna de humo negro, regular por la falta de viento, como una bota gigantesca.

Oigo continuamente la palabra «pogromo». Agitada, la niñera

murmura con alguien: ¿la cruz blanca sobre la puerta cochera significa que hay que saquear o, al contrario, que no hay que hacerlo? Exhibe en las ventanas iconos y cruces, y ella misma se sale con un icono a la puerta cochera. A mí me tienen en el cuarto infantil bajo la vigilancia de Katia y Masha. Buscan a Sasha, pero ha salido corriendo a la ciudad y todos andan nerviosos por él, mi madre se toma unas gotas. Papá se pasa el tiempo en el hospital. Niusia se sienta al piano como si nada, quiere estudiar en el conservatorio, ser una pianista famosa. Se lanzan sobre ella para que pare de inmediato. Ella grita: «¡No puedo saltarme la lección por culpa de unos miserables!».

Mamá nos trae al cuarto infantil a una muchacha desconocida, de piel oscura. Se llama Lialia. Asustada, tiembla. Mamá nos explica que Lialia es judía. La palabra es terrible, pero Lialia no es nada terrible, todo lo contrario, nos da muchísima pena. Es tan infeliz, le han mentido al decirle que Jesucristo no existió. Como podemos, queremos ayudarla e intentamos convencerla de que Jesucristo sí existió. Empieza a llorar. Mamá se asoma al cuarto y piensa que estamos tratando mal a Lialia y se enfada con nosotras.

Después Lialia será mi mejor amiga. Su hermano, Yefrem Zimbalist, diez años mayor, violinista, se marchará a los Estados Unidos, será un músico famoso.

El pogromo continúa varios días. Sasha aparece y desaparece de nuevo, a pesar de que mamá le suplica que no se vaya a ningún sitio, hay disparos por toda la ciudad. En el cuarto infantil, nos cuenta lo que ha visto. El cuerpo de aquel, del niño asesinado en primer lugar, lo llevaban por las calles. Por la ventana de una farmacia arrojaron a la calle una botella con ácido sulfúrico. Mi hermano dice que ha encontrado dos dedos cortados y que los tiene en la funda de las gafas. Quiere abrirla para enseñárnoslos, pero

salimos corriendo entre alaridos. Se ríe.

Nos ordenan que no nos acerquemos a la ventana, pero una de las hermanas siempre está de guardia, y con cuidado, escondiéndonos, echamos un vistazo: a veces pasan, corren algunas personas con brazados de objetos. Se me han quedado grabados unos hombres con bombín, operarios con sombreros calados de todos los modelos, uno lleva todo un brazado de gorras. Un chiquillo desharrapado, con una gorra nuevecita de uniforme de gimnasio. La sombrerería no está lejos.

Por la tarde escuchamos a hurtadillas a papá que, de regreso del hospital, cuenta cuántos cuerpos han llevado en un día: los muertos tienen heridas gravísimas, los han matado con garrotes, piedras, palas.

Por fin nos dejan salir a la calle. Ahora las multitudes van por las calles mirando las tiendas saqueadas. Estamos paradas delante de la sinagoga incendiada. Al lado, la casa del abogado estatal Wolkenstein, también saqueada y quemada. Me llega que precisamente ahí había estado de visita con papá y había paseado en una barca con ruedas. Pienso espantada en la barca: ¿de verdad ha ardido? Miro a mi alrededor asustada: ¿y si alguna de las personas que ahora va con nosotras por las calles es quien precisamente ha roto y quemado esa maravillosa, esa sorprendente barca?

La vida continúa. Una vez pregunto por qué me pusieron el nombre de Isabella. Papá responde: en honor de una reina española. Me gusta. Juego a que soy una reina española. Mejor dicho, sé que soy ella. No por el vestido largo hecho con un chal de mamá ni por la corona que me he fabricado con papel dorado, sino por mi conocimiento secreto: soy una reina. Por las mañanas paso mucho tiempo lavándome, me preparo unos guantes de baile largos,

hasta el codo, de jabón.

Mis hermanos repiten una y otra vez los temas de historia, me llega el conocido nombre y presto atención. ¡Qué espanto!, de repente me entero de que la Isabella española expulsó a los judíos. ¿Cómo es posible? ¡Es del todo imposible! Mi reina y, de repente, ¡pogromos! Vuelvo a acordarme de los dedos cortados en la funda, resulta que Sasha no había mentido. Sin decir nada, papá le quitó los dedos y por la mañana se los llevó al hospital.

Corro a ver a mi padre, irrumpo en su despacho, y le pregunto con temblor y esperanza por mi Isabella. Ahora es el único que puede salvarme. Papá no está solo, está pasando consulta, sentado a la mesa hay un hombre. Me da miedo que mi padre se enfade, que me eche, pero me coge de la mano y me explica con voz tranquila que sí, que en efecto Isabel promulgó ese decreto, pero que hay que pensar también en que ese mismo año Colón, enviado por ella, descubrió América. Y de no haber enviado ella a Colón, ¿quién, cuándo y dónde se habría descubierto esa América? Quizá todavía hoy no existiría ninguna América. Quizá todavía hoy no exista. Por alguna razón, Colón y la ausencia de la América por él descubierta me tranquiliza.

No se trata del acoso de los judíos españoles ni de Colón, sino de que quiero a mi estupendo, inteligente y encantador padre, y sé que él me quiere. Y todo lo demás, excepto mi amor y que él me quiere, no tiene ninguna importancia.

De ese terrible año también se me ha quedado en la memoria el estruendo de los cañones. Diciembre. Oscuro, muy frío. Todos pronuncian con espanto la palabra «Temernik». Andar por las calles es peligroso, ahí está Temernik. A Sasha y a mis hermanas no les dejan ir a clase, por culpa de Temernik. En la ciudad hay un auténtico combate: la batería cosaca abre fuego desde el viejo

cementerio judío sobre Temernik. Al amanecer, una explosión terrible sacude toda la ciudad. Un proyectil ha caído en el comedor de la fábrica Aksái, donde había un depósito de munición. Muere mucha gente, alguien cuenta que se han visto en los árboles trozos de cuerpos y de ropa.

Cuando en las calles veo personas con la ropa sucia y cara taciturna, sé que es Temernik. En los días de fiesta están borrachos, entonces se vuelven más terribles. Para la Máslenitsa, mi hermana y yo vamos a las fiestas, que se convierten en una batalla campal: los diferentes extremos de Temernik montan una pelea. Nosotras corremos.

En primavera, los gitanos aparecen en la ciudad. Sasha y sus amigos corren a ver el campamento. Cuenta que los gitanos inflaron con un tubito un erizo hasta que se le cayó el pellejo con las agujas y lo hornearon en arcilla. No lo creemos, pero los mayores aseguran que los erizos son una conocida gollería gitana. Declaro que no me gustan los gitanos. Mi madre me replica: pero si tú comes pollo, pues ellos, erizos. Después de esta conversación, durante un tiempo no puedo comer el muslo que tanto me gusta, que la niñera me da envuelto en un trozo de servilleta.

La niñera y mi padre tienen un altercado por el origen de los gitanos. La niñera ha oído que los gitanos son judíos que salieron de Egipto junto con Moisés, pero que es una rama maldita, desprendida de los judíos, que no hicieron caso al profeta y continuaron adorando al becerro de oro y que siempre han desempeñado para los judíos el trabajo más sucio, el de herrero, y forjaron los clavos con los que crucificaron a Jesucristo. Por esto los ha castigado el Señor al constante destierro.

Mi padre replica que eso son tonterías, que llegaron de la India, pero que, en realidad, nadie lo sabe a ciencia cierta porque no

tienen textos escritos. Si no se anota lo que en verdad sucedió, dice mi padre, todo desaparece, nada queda, como si nada hubiera existido. «Por ejemplo, ¿recuerdas qué te pasó el año pasado?», me pregunta. Yo no solo no recuerdo lo del año pasado, sino ni siquiera lo de ayer. «Ahí lo tienes —continúa mi padre—, por eso hay que tener un diario y anotarlo todo, todo.»

Mi padre nos regala a todos unos cuadernos bonitos a modo de diario, también a mí, aunque acabo de aprender a escribir.

Cuando voy con Niusia a la confitería, por el camino, en Nikólskaia, una gitana la aborda. «Te echo la buenaventura, para ver a tu novio.» Faldas coloridas y polvorientas. Sujeta con unas manos negras de suciedad. Niusia se suelta, se ríe: «Ya tengo novio». Así me entero de la existencia de Kolia, del futuro marido de Niusia. La gitana se ha agarrado con fuerza, no recula. Niusia se rinde: «Está bien, échasela a mi hermana». Llevo en las manos una pera jugosa recién comprada en un tenderete. La gitana me lee la mano. Sé que voy a vivir muchos años, que seré reina, que tendré a mi caballero, que habrá un amor verdadero hasta la tumba y que daré a luz a una maravilla. Después me quita la pera mordisqueada y la cubre de salivazos. Me la tiende de nuevo, como diciendo, ten, ahora todo se cumplirá. Escondo la mano en la espalda. La gitana se marcha con mi pera, levantando polvo con las faldas.

Antes de dormir, pienso en el caballero y en la maravilla que alguna vez daré a luz. Ya sé de dónde salen los niños, pero, aun así, no logro imaginarme que un niño pueda salir por un agujerito tan pequeño.

Sasha se pasa el día leyendo novelas de caballeros. En la mascarada del gimnasio se viste con una coraza de cartón ligada con papel de plata y con casco.

Conversación a la hora del té vespertino sobre el duelo de

Pushkin. Mamá odia a Natalie. Yo también la odio: Pushkin pereció por su culpa. Se cuela la frase de que Pushkin era un auténtico caballero. No logro imaginármelo con coraza y yelmo y me echo a reír. Mi padre dice: «Para ser caballero no es en absoluto obligatorio vestirse con una coraza de hierro, ser caballero es un estado del alma». Pregunto: «Papá, ¿tú eres caballero?». Él sonríe turbado. De repente, mi madre se levanta bruscamente de la mesa y se va corriendo: es la primera vez que la veo en ese estado, ella siempre es muy tranquila, dulce. Muy pronto mis hermanas me informarán en secreto de que hemos tenido un hermanito, pero no de mamá.

Por alguna razón, no me gusta dibujar, me desespera sobre todo el lápiz blanco por ser una tontería increíble; sin embargo, me encanta jugar al teatro. Nos compran un teatro de juguete: una cajita con frontón y un telón que se alza. En los costados están dibujados unos palcos, hay unos niños sentados con unos vestiditos a la moda prácticamente de los tiempos de Pushkin. Dentro tiene construidos los decorados: el telón de foro y los bastidores laterales para cinco actos de una trama del cuento del pececito de oro. El pececito moralizador enseguida nos cansa e ideamos nuestros propios decorados y personajes. Katia y Masha recortan y pintan, y yo distribuyo las figuritas, hablo y canto casi por todas. Montamos espectáculos para los niños pequeños —porque yo ya soy grande— que conocemos. Tras la ventana, el crepúsculo invernal helado; aquí dentro, el bosque mágico, las flores olorosas. Los pequeños escuchan conteniendo la respiración.

En verano preparamos ya no un teatro de marionetas, sino uno de verdad. Entre los abedules, una cuerda tensada y, en ella, un telón hecho con sábanas. Traemos sillas, taburetes, invitamos a los niños que conocemos, a los vecinos. Rebuscamos en cómodas y cajas. En la casa desaparecen todas las cosas más o menos útiles

para la representación: sombreros, guantes, paraguas, mantas.

Pero lo que más me gusta es cantar. Y no cantar sin más, sino representar lo que canto. *Por el camino de Kaluga* cosecha un éxito constante. Represento al joven gallardo que pasea en la versta cuarenta y nueve, después adquiero forma de mujer y muestro:

Por un bosque iba, por un bosque oscuro,
iba una viva moza y rezaba.
En brazos llevaba la moza,
en sus brazos un pequeñín de teta.

El pequeñín lo interpreta mi muñeca. Las pasiones se encienden, yo estoy desatada mientras muestro cómo el feroz bandido atrapa a la pobre mujer por la trenza y la mata. Y mientras mata a mi muñeca y un rayo sorprende al desalmado, me tiro al suelo y termino de cantar ya echada en la tierra:

Con esa flecha poderosa
muerto cae el bandido.
Bajo este pino quebrado
yace ese bandido.

A mi madre no le gustan mis obras de arte, y yo no logro comprender por qué. Mi padre, sin embargo, siempre se entusiasma, da igual lo que se me ocurra, me levanta en brazos, me besa y me llama reina de Rostov y de todo Najicheván. Su beso me hace cosquillas por la barba. Cuando tenemos invitados, siempre me pide que interprete algo. El público no me da miedo. Al contrario, cantar para una misma no tiene interés, necesito gente para compartir la emoción. Todos a mi alrededor dicen que he nacido con una voz entrenada por la naturaleza y se maravillan con ese sonido de pecho

tan fuerte que emiten las cuerdas vocales de una niña tan pequeña.

Examino sin cesar los libros de mi padre con reproducciones de cuadros de pintores rusos y, de repente, me encuentro con que mido sobre mí a las personas ahí representadas. Como si me convirtiera en ellas. Ahí está la zarevna Sofía. De pie en el centro de la estancia, como ella, el pelo suelto sobre los hombros, de brazos cruzados, furiosa con alguien. La habían encerrado en su habitación, igual que me encierran a mí en el cuarto infantil cuando hago algo que no debo. Solo me da miedo el *strelets* colgado tras el cristal. Le pregunto a Sasha por los *streltsy*. Mi hermano me cuenta todo, lo de su levantamiento y la ventana a Europa. «¿Te ha quedado claro?» «Sí, está claro.»

Lo sorprendente es que entonces me quedara todo claro. Ahora soy vieja, he vivido la vida y nada me queda claro. Así que la vida es la existencia desde la comprensión hasta la incomprensión.

Además, Sasha me tranquiliza para que no tenga miedo: hace mucho que no hay *streltsy,* ya no van a cortarle la cabeza a nadie más, no son esos tiempos.

Sobre cómo mataron a Sasha ya escribiré después.

Respuesta: ¿Qué manopla?

Pregunta: La historia es la mano, y usted, la manopla. La historia lo cambia a usted como a las manoplas. Entienda que las historias son criaturas vivas.

Respuesta: ¿Y yo?

Pregunta: Usted todavía no está. Mire, hojas de papel vacías.

Respuesta: Pero estoy aquí, he venido. Estoy sentado. Miro por esta ventana nevada. La ventisca se ha calmado. Todo está blanco, blanquísimo. Y veo las fotos de la pared, sujetan algo por las branquias. Un mapa extraño. No es un mapa,

sino un erizo: entre la maleza se abren paso fresas y arándanos, las bayas están clavadas en unas agujas.

Pregunta: Uy, qué va, aquí de momento no hay nadie.

Respuesta: ¿Cómo que nadie? Entonces, ¿desde quién se proyecta esta sombra? ¿Lo ve? Está en la pared. Cinco deditos. Y ahora una cabeza de perro. ¡Guau, guau! Y si uso las dos manos, mire, un águila volando. Y un lobo, sus dientes…, ¡zas!

Pregunta: Error. El perro. El lobo. Nada de eso es auténtico. Su historia es el novio, y usted, la novia. Las historias eligen a la persona y empiezan a peregrinar.

Respuesta: Comprendido. Entonces, veamos. Anote. No quería decirle nada a mi mujer, pero ella sintió que algo no iba bien. Yo intentaba aparentar que no había pasado nada, que todo estaba en su sitio. Después resultó que se había enterado de todo por una amiga. Mi mujer se había puesto a contarle a la otra por teléfono que yo había empezado a llegar a casa sombrío, a responder con gruñidos, y ella responde: «¿Es que lo no sabes? Tu hombre está apañado, tiene deudas y de las gordas. ¡El contador corre!». No me dijo nada de nada, salió pitando donde no se debe y aquí le dieron explicaciones sobre no meterse en asuntos ajenos. Yo aguanté hasta el último momento, respondía a todas sus preguntas con bromitas e incluso como que logré tranquilizarla, que todo se solucionaría. Pero entonces perdí el control, bebí para olvidarme de todo y fue como si reventara, se lo solté todo: que había pedido el dinero al banco, se lo di a otro banco, a estos los atacaron los chechenos, hubo que pedir otra vez dinero para devolverlo rápidamente y me estafaron. Ella solo comprendió que el

dinero había desaparecido, que el porcentaje se acumulaba cada día que pasaba y que querían matarme. Empezó a llorar y a gritar: «¿Para qué matarte? ¡Muerto no les darás nada!». Yo vociferé: «¿Es que no lo entiendes?». Nunca le había levantado la voz. Vender el piso, la dacha, el coche… Todo era absurdo, no daría para nada, y el plazo se acababa el viernes.

Pregunta: Error.

Respuesta: Sí, lo comprendo.

Pregunta: ¿De dónde es usted? ¿Del país donde se gime y no se habla en la cama, donde las palabras son sucias y no las hay puras?

Respuesta: Simplemente me apetece estar libre del destino y de las patrias.

Pregunta: ¿Ya es viernes?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿A quién pertenecía el banco, a los tunguses o a los *oroch*?

Respuesta: A los *oroch*.

Pregunta: ¿Qué sabía usted de esa gente?

Respuesta: Muy poco. Creen que la primera mujer se perdió en el cubil de un oso y después alumbró a dos criaturas: un osezno y un niño. Los dos hermanos crecieron y uno mató al otro, este fue el principio del mundo. Cuando ese niño se hizo mayor, se convirtió en cazador.

Pregunta: ¿Y qué pasó después?

Respuesta: Después un alce enorme raptó el sol, y el cazador salió tras él para recuperarlo.

Pregunta: ¿Lo recuperó?

Respuesta: No. Bueno, sí. Fueron muy lejos. El alce no paraba de

correr por el cielo, dándole mordiscos al sol. Pero todo el tiempo regresa. Moebius y el cielo se arreglan a su manera. Y la Vía Láctea es la estela de los esquíes del cazador. Allí también deben de andar con esquís. En el cielo hay carriles de esquís por todas partes. El cazador anda en círculos, tan pronto va por el lado visible del cielo moebiano como por el invisible. Hay tres mundos: el superior, el invierno y el inferior, que es el más importante, el *mlyvo.* Cuando la gente del superior corta las pieles de los animales para hacerse calzado y ropa, los retales caen a la tierra y se convierten en zorros, en liebres, en ardillas. La gente del superior mantiene en hilos las almas de las personas; los árboles del superior, las almas de los árboles; las hierbas, las de las hierbas. Si, por alguna razón, se rompe ese hilo, el ser humano empieza a enfermar y muere, el árbol se seca, la hierba se marchita. El camino al mundo superior transcurre por una abertura en el cielo, por *niangia sangarin,* es decir, la Estrella Polar. Y en el mundo inferior, en el *mlyvo,* la vida no se diferencia en nada de la terrestre, es el mismo invierno, solo que luce el sol cuando en la tierra es de noche, y la luna, cuando es de día. El invierno deja lugar al *mlyvo;* mejor dicho, es el ser humano quien, cuando parte al *mlyvo,* se lleva el invierno consigo. Allí viven la misma vida invernal, cazan, pescan, fabrican trineos, reparan arreos, cosen ropa. Se casan cuando el cónyuge que se ha quedado en la tierra contrae matrimonio, alumbran niños, enferman y mueren, esto es, de nuevo nacen aquí despertándose como mujer u hombre en mitad del invierno. En el *mlyvo* todo es igual, solo que no lo es. Aquí un ser humano vivo es invisible

para los moradores, y sus palabras se toman por crepitaciones del hogar.

Pregunta: ¿Así que allá, en el *mlyvo,* también existe este cuarto donde en las paredes se atrapan peces y, en la mesa, a las personas, donde se pasa revista con clips y se picotea un mapa, donde se han detenido las historias y la gente ha quedado expuesta a la intemperie, y donde un paisaje nevado se ha acodado en el alféizar?

Respuesta: No lo sé. Nosotros no somos *oroch.* No creemos en nada, excepto en el invierno.

Pregunta: ¿Y cuál es su principio del mundo?

Respuesta: Nosotros también tenemos dos hermanos. Pero al principio había agua por todas partes. Nada, salvo agua, y no había ningún sitio donde vivir. Después llegó el invierno, el agua se congeló y se hizo el firmamento.

Pregunta: ¿Y los hermanos?

Respuesta: Uno era bueno y el otro, malo. Uno modeló con nieve a los tunguses y el otro, a los *oroch.*

Pregunta: ¿Y el *mlyvo*?

Respuesta: El *mlyvo* es eso, el *mlyvo.*

Pregunta: Y eso dos que se despertaron en mitad del invierno, ¿se despertaron siendo quién, Dafnis y Cloe?

Respuesta: Sí. Cloe es *oroch.* Dafnis, tungús.

Pregunta: ¿Cabras, ovejas, flautas? Y los inviernos cálidos…, ¿también estos van a pares?

Respuesta: Nadie escapó del amor ni ha de escaparse, mientras exista la belleza y ojos que la miren.

Pregunta: Pero ¿quién va a querer ser la mujer de un pastor a cambio de unas cuantas manzanas?

Respuesta: ¿Cómo? ¿No lo sabe? Es como una enfermedad. El ser

humano se encuentra mal, y los virus, bien. Para ellos, es el auge de la civilización. Lo mismo pasa en el amor. Cloe dejó de comer, velaba de noche y descuidaba su rebaño; ya reía, ya lloraba, ya dormía, ya se despertaba de súbito; su rostro se cubría de palidez y luego se encendía de rubor. Menos se agita una ternera picada por un tábano. Su mirada se paraliza, el empapelado se movía. Estoy enferma, pero ignoro mi mal; padezco, pero no me veo herida alguna; me lamento, pero no he perdido ninguna oveja. Cierra los ojos y los dedos de los pies encuentran al tacto las juntas entre el empapelado.

Pregunta: Pero si es invierno. El hielo se cuela hasta los corchetes del sujetador. Y nadie quiere casarse con una muñeca de nieve

Respuesta: En el *mlyvo* hay algo bastante más fuerte que el invierno. Llevan mil años sin verse. Y, ya ves, se pusieron de acuerdo. Y, de repente, se quisieron. Entonces empezó el movimiento de los hielos. Esa noche, toda la ciudad se despertó por una detonación, prolongada, estruendosa: el hielo había marchado río abajo. Por la mañana todos salieron a ver el camino por el que la tarde anterior habían paseado y que ahora se había desplazado de su lugar. Durante tres días los bloques de hielo reventaban y retumbaban, gruesos, transparentes. Se resquebrajaban en gotas pesadísimas, se levantaban, se encaramaban unos encima de otros. Se deslizaban hasta la orilla, por poco no derribaron las casitas plantadas en la margen. El río de moles helados se apiló en peñascos, los envalentonados se subieron encima, escalaron hasta las cimas y pasaban flotando, como en un resplandeciente y enorme barco. Y

entre esas cabezas temerarias estaba Cloe. Se quitó de un tirón el gorro con orejeras y el cabello voló al viento.

Pregunta: Mientras flotaba en un bloque de hielo, a Cloe se le voló el gorro. Cloe fue detrás del gorro. Dafnis, detrás de Cloe.

Respuesta: Sí, ya veo yo que algo no está bien.

Pregunta: Es que no hay que inventarse nada. Ya existe todo. También el invierno y el *mlyvo.*

Respuesta: ¿Y qué hacer si fue justo así? Ella se cayó al agua, él le tiró del cuello, la salvó. Los habían cambiado siendo muy pequeños. En un sueño profético se les predeterminó todo, desde la primera nieve hasta la última. A ella, una señora que habrá estado esperando a la puerta del colegio después de las extraescolares le colará en la mano, sin decir nada, un anillo y se marchará en un coche caro; a él, alguien le meterá en la libreta del banco, cuando todavía ande por debajo de la mesa, un montón de dinero, y después empezarán las reformas y todo se convertirá en polvo. Los niños crecen, las hormonas se desatan. Amor-rumor-honor. Ella jurará por una oveja que se reservará para él y le dirá: «Júrame por tu rebaño y por la cabra que te crio que no abandonarás a Cloe mientras ella te sea fiel. Y si ella falta contra ti, rehúyela, ódiala y, como a un lobo, mátala». Él jurará, sujetando con una mano una cabra y, con la otra, un macho cabrío, amar a Cloe mientras ella lo amara, y si ella prefiriese a otro, en vez de matarla, se mataría él. Ella se pondrá contenta y le creerá, porque pastorcilla ha nacido y está segura de que las cabras y las ovejas son los verdaderos dioses de los pastores. Después los separarán unos bandidos y ella se casará con su dirigente con una papila en el labio superior. Va a dar de

comer a las palomas en invierno, hace frío, y sus patas son finitas, como ramitas. Dafnis, en la seguridad de que Cloe está muerta —puesto que él mismo había oído el timbre de alarma del tranvía, el rechino herrumbroso de los frenos, los gritos de los viandantes, había visto el cuerpo en un charco de sangre, inmóvil; la mano sí se le movía—, partirá de peregrinación y llegará a la capital, vivirá en una habitación con un estudiante de medicina, este hincará los codos en los manuales de la mañana a la noche, auscultará y percutirá el cuerpo no besado del pastor. Por alguna razón, se le quedará grabado *musculus cremaster.* En una ocasión estará echado en su cama plegable, mirará el cristal congelado con helechos y jeroglíficos que brillan bajo el sol y pensará en su pueblo, en que este es ese mismo carnero trabado en un matorral que Abraham llevó a sacrificar en lugar de a Isaac, y en ese momento llegará de un examen el vecino, está furioso: no ha podido encontrar un músculo y, encima, el profesor se ha burlado diciendo que era sorprendente que su cadáver no tuviera un músculo tan importante, lo felicito, joven, ¡nunca hemos tenido un caso así! Más adelante sentirá un gran deseo por Dafnis Lycenia, una enfermera que va a robar alcohol en el quirófano y a canjearlo en el baratillo. Tiene una trenza larga.

Pregunta: ¡Espere!

Respuesta: ¿Qué?

Pregunta: Entonces, ¿los habían cambiado a los dos?

Respuesta: ¿Y qué tiene de malo?

Pregunta: ¿Es que suelen pasar esas cosas?

Respuesta: ¡Qué será lo que no pase, ay! A ella la cambiaron en

palacio, a él, en la maternidad.

Pregunta: ¿En qué palacio?

Respuesta: ¿Y por qué no pregunta en qué maternidad? ¡Ahí lo tiene! Todos quieren saber cómo dar el cambio en un palacio, donde el parqué está encerado y en las recepciones los veteranos se resbalaban, agarrados unos a otros, sobre todo los cojos, y el emperador prusiano comía muy deprisa y, en cuanto se terminaba un plato, también se lo cambiaban a todos los demás. A nadie le interesa el hospital de la provincia: no había médico de guardia y la enfermera de las noches se emborrachaba hasta salir rodando. No quería pasar consulta, solo cuando prometieron que arreglarían el tejado de la sección obstétrica. Llevaban mucho tiempo sin medicamentos y, cuando los llevaban, el médico jefe los vendía fuera o a los propios enfermos a través de sus parientes. Todo allí tenía que ser de uno: las sábanas, las batas, y la tos se aliviaba con tocino de perro derretido de perros abandonados que atrapaban. ¿Me está escuchando?

Pregunta: Disculpe, me he quedado pensando en una cosa. Mire por la ventana, ¿ve esa antena lejana en el ocaso? Es como un insecto en el ámbar. Pero no me haga caso, la vista, que se ha fijado. Pero ¿para qué cambiarlos?

Respuesta: ¿Cómo que para qué? El padre puede que sea rey, pero es etíope, y ella, blanquita. El padre le planteará a la madre la pregunta, ¿y qué hará esta? ¿Contarle que en el momento de la concepción estaba mirando la imagen nívea de Andrómeda? Así es la etíope, hermano.

Pregunta: Está bien, ¿y en la maternidad?

Respuesta: Pues fue al revés, ¡no es un *oroch,* sino un negrito! ¿Qué

hacer? De repente, ¡un incendio! Estalló en Tsariovo-Zaimische, y media ciudad ardió. Estaba todo muy seco. En medio del barullo, agarró a un niño ajeno, cuya madre había perecido en el fuego, y salió por la ventana. Y al suyo lo abandonó a merced del destino. También ardieron todos los documentos. La investigación determinó que la causa del incendio fue un uso imprudente del fuego: una pava vieja y zarrapastrosa, que ponía un huevo al mes, se estaba peinando, iba acelerada, con las prisas se olvidó apagar en la mesa el quemador de alcohol para calentar las pinzas, y las cortinas de muselina, arrebujadas por una corriente de aire, rozaron la llama y ardieron. Pero nuestro pueblo es salvaje, hacía falta alguien a quien darle su merecido: culparon de todo a unos actores que habían salido huyendo en ropa interior de un hotel anejo a un figón, todavía amodorrados, sin despertarse del todo. Los malogrados Leonídov y Moskvín recogieron sus maletas de cualquier manera, las amontonaron en una telega y empezaron a abrirse paso hacia el río en medio del incendio. El vislumbre era tal que daba luz como si fuera de día. Alrededor, lloros, gritos, borrachos. Los bomberos se lanzaron a salvar primero las tabernas y las bodegas, no tenían mucho interés por los ciudadanos. Empezaron a importunar a los actores, ¿no llevarían cosas robadas? Los rodearon unas mujeronas enrabietadas, que se habían quedado sin casa, con niños pequeños, retuvieron la telega, sujetaron la rienda del caballo y empezaron a llamar a gritos a los hombres: «¡Venid, están aquí, los pirómanos están aquí! ¡A por ellos! ¡A por ellos!». En realidad, a esas mujeres se las podía comprender: lo

habían perdido todo. Se congregaron los borrachos, empezaron a agarrar gargantas, a tirarlos al suelo. A su lado pasaban corriendo mujeres con cubos, se pusieron a pegarles con los cubos. Los golpearon hasta la muerte. Arrastraron los cuerpos mutilados para hundirlos en el río. Una escupió en la boca abierta de un muerto.

Pregunta: Pero si después quedó claro que no habían sido ellos, ¿no?

Respuesta: Sí, se aclaró que ellos no habían sido. Pero una vez que se ha empezado, es muy difícil parar. Los campesinos prendieron fuego al cereal de los terratenientes. Las enormes hacinas ardieron durante dos o tres días iluminando la noche, se podían contar.

Pregunta: Pero si usted mismo ha hablado de las pinzas y el quemador de alcohol.

Respuesta: Todo eso se lo inventaron durante la investigación para librar a los suyos. Son *oroch,* ya sabe, una mano lava a la otra. Una quería vender la casa, vinieron los compradores y, por la noche, el incendio, la casa ardió, fueron sus parientes quienes liberaron al gallo rojo, como dicen allí. No quería que fuera más rica, quería que fuera igual de pobre que ellos. ¿Qué hay que entender aquí?

Pregunta: ¿Y qué sucedió en realidad?

Respuesta: Lo que sucedió en realidad nadie lo sabrá nunca. Un capitán retirado se enamoró de una miserable del estilo de esa Cloe, se las daba de corderito, dejó a su mujer, que toda la vida lo había seguido por las guarniciones de la taiga; maldijo al hijo adulto, que se sintió humillado por ese trato a su madre y también porque, aunque la herencia era poca cosa, molestaba que se la quitaran justo delante

de sus narices, y despilfarró con esa acróbata de la cama todo lo que había ahorrado; después ella le colocó a modo de marcapáginas en *La guerra de los judíos* —justo donde se cuenta que Antíoco ha muerto y que su trono y su odio a los judíos los había heredado su hijo, Antíoco— una nota con errores ortográficos, te he querido de verdad, le decía, y tú has sido de verdad para mí el primero, y no porque tú entonces pensaste que me había pinchado un dedo con un imperdible para manchar la sábana. Yo no soy así. Pero ahora quiero a otro. Tú bien sabes, querido mío, mi único, mi ronquiditos, cómo va esto. De repente se desencadena un huracán sin que nadie lo haya pedido: simplemente tris, tras, te agarra y te lleva al cielo. Él encontró la nota, la leyó y la vida con ese corazón se redujo a la nada. La casita salió a subasta. Sin embargo, estaba asegurada en una buena suma. El capitán entró a rezar a Nicolás el Milagroso, se arrodilló delante del icono: «Ayúdame, pues me bautizaron con tu nombre, ¡muéstrame la salida!». Levanta la cabeza y ve: una vela, apareció una llamita. Se fue a una tienda, compró una vela de unas dos libras. Llegó a casa, calculó que se quemaría una pulgada cada hora. Midió la vela, le daba para dieciocho horas. La colocó debajo de la escalera, la recubrió con todo tipo de trastos y echó queroseno. Prendió la mecha, se santiguó y se marchó a Moscú, ¡ahora está en tus manos! Calculó que terminaría de quemarse a las dos de la madrugada. En Moscú se fue al Yard y bebió espumoso, hacia la una se fue al lavabo, por el pasillo, se encontró con alguien y le dio un puñetazo en la cara. Griterío, policía. Levantaron un acta con que ese día por la noche un pecador, culpable de

amor, había agraviado de obra y se le iban a exigir responsabilidades legales. A esa hora la casa ya estaba en llamas. A cambio de tres rublos al policía del distrito, una copia del acta fue directa a su bolsillo. Recibió la prima del seguro sin conversación alguna. Le envió al hijo todo el dinero. No se quedó nada. Ni un rublo, ni un kopek.

Pregunta: Los cambiaron, vale, ¿y? Quizá nos hayan cambiado a todos nosotros.

Respuesta: Pero todo eso pasó después, y nueve meses antes había sido la inmaculada concepción.

Pregunta: No existe tal cosa.

Respuesta: Si hasta lo contaron en los periódicos.

Pregunta: ¿Se refiere a aquel caso en la tubería?

Respuesta: Sí. La madre de Dafnis trabajaba en un astillero. Debía quitar la herrumbre de las tuberías. Por fuera no era mucho lío, pero había que hacerlo por dentro. Las tuberías tenían justo el diámetro de una persona. Se coló dentro a gatas, después empezó a reptar para salir, a reculones. Ya tenía el culo fuera, pero ella todavía estaba dentro de la tubería. Y entonces sucedió. Dio un tirón, pero a ver dónde iba a ir en esos brazos de hierro; gritó, pero la voz se marchó al otro extremo de la tubería, por el tiro. Salió del todo, se estiró las bragas, la faja, los leotardos abrigados, los pantalones de guata, a su alrededor no había nadie, solo nevaba. Ni siquiera había huellas, solo las espolvoreadas y ya cubiertas. Caían grandes copos de nieve, del tamaño de una mano infantil. Ellos sí tienen rayos dorados, cisnes, palomas, pero nosotros, invierno y nevadas.

Pregunta: Aguarde, no va por el camino adecuado. De esta forma

acabará llegando hasta los abuelos y las abuelas, a que el tatarabisabuelo que se estaba tratando con uvas en el lago Leman conoció a Paganini, que ya sufría de debilidad general y de principio de parálisis en el instrumento respiratorio y que, al hablar, se apretaba con dos dedos las fosas nasales, lo que le daba un aspecto bastante divertido, y que en esa época sus antepasados por la otra línea, por la extinguida, pescaban cangrejos: agarraban un gato muerto, le cortaban las patas y las metían en las madrigueras de los cangrejos.

Respuesta: Tiene usted razón. El tiempo en invierno es una cosa resbaladiza. El pie se va, y a saber dónde y con qué se golpea. Echas un vistazo ¡y estás en la guerra ruso-turca! Y todavía está bien si caes en un cúmulo de nieve en Shipka. Porque puedes acabar de repente en un agujero desconocido a donde llegan los periódicos muy poco y apilados. Agarras el último número y le gritas a tu vieja: «¡Masha, Masha! ¡El general Ganiecki ha tomado Pleven!». Pero ella siempre los lee en orden y refunfuña su descontento: «¡Tú y tus eternas prisas! Yo todavía estoy lejos, he llegado solo a Dolni-Dubnik, ahora va a empezar el asedio a la fortaleza».

Pregunta: Oiga, así acabaremos en los griegos clásicos. Ya queda nada para que haga su aparición Jenofonte. Aunque primero tiene que haber una batalla, los helenos todavía tienen que entonar el peán. ¿Al menos esto lo entiende? ¡Tenemos que ir al otro lado del tiempo! A ver, vamos por orden. Estábamos en el *mlyvo.* ¿Y bien?

Respuesta: Es que estamos en el *mlyvo,* aquí el tiempo no tiene otros lados, además, no todo es comprensible con el

tiempo y, tras la ventana, es invierno.

Pregunta: ¿Qué pasó después?

Respuesta: Los atacaron unos bandidos. Es decir, nos. A Cloe y a mí. Nosotros, ustedes, ¿qué más da? Porque, de todas formas, nos han cambiado a todos. Tú no eres tú. Yo no soy yo. Nosotros no somos nosotros. Usted mismo ha dicho que somos manoplas y que las historias nos visten en invierno para entrar en calor cuando hace frío.

Pregunta: Quizá debamos hacer una pausa.

Respuesta: ¿Qué quiere decir? ¿No se cree que nos atacaron unos bandidos?

Pregunta: No lo sé. De todas formas, no se puede averiguar quién es usted en realidad. Entra en este despacho de peces, cuenta lo que no hay y no hubo, tartamudea, se ahoga, se suena la nariz, llora, presenta certificados del hospital, se remanga el suéter y la camisa para enseñar las cicatrices, como si alguien pudiera creer que lo dejaron suspendido de un gancho, pide que le demos agua, se limpia las lágrimas y los mocos con una servilleta de papel, cuya caja siempre está delante de usted, encima de la mesa, no sabe qué hacer con las manos, se muerde las uñas, se escarba en los padrastros, se rasca el picotazo de un mosquito en el tobillo, pero la realidad es que usted, el verdadero, no está. ¡Los griegos sí que saben! Incluso desde aquí, desde la altura del tercer piso, se ve que el ejército de los bárbaros es como una corteza oscura en la tierra. Y ahí están las filas de los helenos, inmóviles en la tensa espera, los guerreros todavía forman con los escudos apoyados en el pie. En el flanco derecho, cerca del Éufrates, el lacedemonio Clearco, a él se une el próxeno beocio, Menón

con los tesalios en el ala izquierda del ejército heleno. Ciro con sus bárbaros más a la izquierda todavía. Un ruido suave recorre las filas de la falange, es como una ráfaga de viento: se van pasando el grito de guerra que envuelve las tropas ya por segunda vez: «¡Zeus Salvador o victoria!». Los últimos y abrumadores minutos antes de la batalla se alargan insoportablemente. La distancia hasta los persas que cargan en silencio ya es de menos de tres estadios. Y por fin, una vez entonado el peán, los helenos avanzan hacia el enemigo. La unidad izquierda de la falange se ha adelantado un poco y los rezagados cambian el paso, corren. Ahora ya todos lanzan gritos en honor del dios de Enialio y avanzan corriendo. Los soldados golpean las lanzas en los escudos para asustar a los caballos del enemigo. Los ejércitos chocan, entran el uno dentro del otro, se acoplan como dos peines.

Respuesta: Usted cree que, como soy una manopla, no comprendo nada, ¿verdad? Nada de nada. Pues puede que sea una manopla, ¡pero una pensante! ¿Y qué pasa, que no entiendo que el invierno es una cosa y el *mlyvo,* otra bien distinta? En el invierno la vida, cual ventisca baja, cruzó la calle con el semáforo en rojo y, uf, a ver quién la encuentra; en el *mlyvo,* la nieve del año anterior está ahí, mojada, pegajosa, haz con ella aunque sea una pelota hueca, olorosa, con semillas de fresno y con un lateral sucio de tierra, y construye una fortaleza. Inexpugnable. Nadie la tomará. Y en esta fortaleza se conserva todo junto con una reserva de bolas de nieve para espantar a los chiquillos de la calle habitada por los *oroch.* Todo lo que hay en el invierno se ha perdido. En invierto todo se

pierde. También el verano. Y la infancia. Mira, a sus Dafnis y a Cloe los llevaron el mismo día al zoo. En el estanque con lentejas de agua flotaban cortezas de pan, envoltorios de bombones. El helado les chorrea hasta el codo. La cópula en la jaula de los monos. Serrín que apesta a orina. Denso hedor animal. En las jaulas oxidadas penan de melancolía y calor las fieras enloquecidas. La cajera en la garita, igual de enloquecida en su angosto cautiverio, perdía los papeles tras la ventanilla. Y entonces en invierno, cuando llegó el primer deshielo, todo ese zoo con todos los animales, jaulas y olores y con la cajera en su garita se derritió. Todos ellos murieron: los animales, los olores y la cajera. Pero aquí, en el *mlyvo,* se quedó todo, todo el zoológico, y nada les harán a esos animales ni a las cortezas de pan empapadas en agua negra, tampoco al helado en las rodillas, y la cajera va a estar siempre furiosa dentro de su garita y no morirá nunca. En invierno, quizá, ya no haya ninguna Cloe, pero en el *mlyvo* todavía da de comer a su muñeca trocitos de papel. En el cementerio hay fresas y la abuela dice que no debe arrancarse ni comerse nada de lo que crece aquí porque es algo que molesta a los difuntos y que estos pueden castigarnos, y es que aquí, en el cementerio —entre tumbas y muertos— de repente se siente infinitamente viva. El primer día de las vacaciones salta del porche y cae descalza en un rastrillo tirado en la hierba. Construye una casita con una caza de zapatos, recorta la puerta, esconde una mano en la casita y con la otra llama y pregunta: ¿se puede?, y no deja entrar en la casa a la segunda mano. Acerca a su madre un trozo de tortita con el tenedor y, entre travesuras, se lo mete en la

boca, los dientes del tenedor se le clavan en el paladar: le sale sangre. Sueña con su padre, con que él la acostará y le contará que los zapatitos, si se colocan bien y con cuidado, se escapan por la noche a países exóticos y traen de allí sueños y se los ponen a los niños debajo de las almohadas. Aprende a tirarse de cabeza al agua, la abuela se opone, pero el abuelo dice que es algo bueno y que una niña tiene que ser tan fuerte e intrépida como un niño, que le será de utilidad en la vida. Siempre dejaba la llave debajo de un ladrillo a la izquierda del porche, donde las *phlox;* levantó el ladrillo, un ciempiés. Todas las noches un rosal intenta colarse por la ventana abierta. El pecho izquierdo crece, pero el derecho no. Se observa en el espejo: qué asqueroso es todo ahí, el dedo huele como el zoo. Piensa: ¿dónde estoy y dónde no estoy? La piel… ¿será una frontera? ¿O un doble? ¿O un saco en el que me han metido y que arrastran a algún sitio? ¿Y qué quedará de mí una vez descontado el cuerpo? En la dacha, si silbas, se cuela por la cerca un pastorcillo con granos. Se quedó desconcertado, había comprendido por los ojos de ella que, mientras se metía en la cama, lo había visto espiándola por la ventana entre las lilas. Hay raquetas para bádminton, pero no volante. Probaron con piñas piñoneras, salían volando ruidosamente y no regresaban. Encontraron una pelota de pimpón. Enseguida el viento la lanzó a las ortigas. ¿Qué miras así?, ¡vamos, métete! Se metió, refunfuñando por el escozor. Empezó a azotar con la raqueta el verde demoníaco. Se guardó la pelota en el bolsillo y se fueron al río. Desde la pasarela medio podrida y rechinante, escupen asomándose por la barandilla,

todavía mojada por la lluvia, al Kliazma encienegado. En un rayo en la superficie se ve pelusilla de mosquitos. Si escupen al mismo tiempo, por el agua se extienden unos ochos. En la barandilla están grabados unos nombres que se pudren junto con la madera. Quiso sacar la navaja, del bolsillo se le cayó la pelotita, restalló al chocar en un tronco y chapoteó en el agua justo en el reflejo de Cloe, donde refulgían sus bragas. Pero ese no es Dafnis. Mientras, Dafnis no puede dormir y, en la oscuridad, ve a la madre desnudándose, se quita la combinación y esta suelta chispitas azules. Con los chicos ideó un arma propia, pillaron un tentetieso, en el lado duro hincaron un clavo, le serraron el sombrero y lo afilaron con una lima. En la cabeza de plástico vacía del tentetieso hicieron una incisión en forma de cruz e incrustaron un cartoncito a modo de cola. Lanzas uno así, como si fuera una piedra, y a una distancia de diez pasos atraviesas una tabla de parte a parte. La abuela le zurce los agujeros del pantalón y refunfuña, que ahora todos están más que empachados, pero que, cerca del campo en el que había ejercido de practicante en las zonas sin guardias, había un orfanato, todo el tiempo se llegaban hasta allí, al límite del campo, pedían algo para comer y, una y otra vez, ropa, tanto que ella se compadecía de ellos: les quitaba el chaquetón guateado a los difuntos y se lo daba a los niños. Lo llevaron a un museo, en el cuadro *Los últimos días de Pompeya* se ve a gente justo antes de morir: al cabo de unos pocos minutos dejarán de existir. Al año siguiente vuelven al museo y a los del cuadro otra vez les quedan esos mismos minutos hasta la muerte. El primero de

septiembre, todos los años, la batalla campal de rigor entre escuelas: ganan a veces los *oroch,* a veces los tunguses. El día de fiesta todos van al solemne rito sonoro; en la tribuna provincial está el chamán, junto al monumento de la plazoleta central donde se alza el grupo escultórico de granito: el héroe, el comandante por él salvado y un caballo. Tiempo atrás, alguien salvó por alguna razón a un comandante, cargó con él para sacarlo del campo de batalla y así se abrieron paso hasta los nuestros, estuvieron dos días sin agua, el héroe consiguió unas pocas gotas para el comandante y él bebía la orina del caballo. Después del rito, el chamán habla por el micrófono, todavía con la respiración acelerada y agitando la pandereta como si fuera un abanico: «Todos buscáis algo, pero resulta que, para ser feliz, basta con un poco de invierno». Por la vecina se entera del *mlyvo.* Tiene unas lentes muy gruesas, como si se le hubieran soldado los ojos en ellas. Y le parece que, si se quita las gafas, estos se le quedarán dentro de los cristales. Dafnis le dice: «¡No hay ningún *mlyvo*! Solo hay invierno». Ella: «Lo hay, solo que no se ve desde aquí. Todo lo que está lejos parece inexistente, Dios, por ejemplo, o una gallina cuyas plumas se conservan hasta la resurrección de la gallina en tu almohada, o cualquier fueguino. Simplemente están muy lejos. Hasta ellos puedes llegar, si acaso, en el Beagle. Hale, ¡lee un poquito!». Cansada, su madre se arrastra de vuelta del trabajo, se lava las manos azules —ha estado abriendo latas—, se saca un dinero extra limpiando en la escuela parroquial los domingos y, cuando llega la ayuda humanitaria, primero abren las latas y ya después hace el

reparto, de lo contrario las venderán y se lo gastarán en bebida. El hijo va creciendo en un piso de un solo cuarto y ninguna vida privada. Allí al lado están construyendo edificios secundarios de muchas plantas. Se puso a la cola, la cola no se mueve. Envió a su hijo a un campamento de verano y se decidió. Se arregló, se pintó, se perfumó y se dirigió a la cita con el vicedirector. Este la recibió con un breve: «¡Deje la solicitud!» y añadió que debía pasarse, ver las condiciones de la vivienda. El día señalado, él se pasó con un maletín. «Ya está todo sobre la mesa. Dmitri Dmítrievich, viene con hambre del trabajo, está cansado, coma algo, he rellenado unas cuantas hojas de repollo, se me da bien cocinar, pero no tengo para quién.» Abrió el maletín, sacó una botella de coñac. Ella puso unas copitas en la mesa. Él sirvió. «Vamos a brindar por… ¿Sabe por qué, Tatiana Kiríllovna? No por el piso, no, ¿qué pinta aquí el piso? Mire por qué vamos a brindar: un hombre dijo que en el alma de cada cual hay un agujero del tamaño de Dios, en fin, todo eso es una tontería. ¡En todos hay un agujero del tamaño del amor!» Encima de ella, soltaba expresiones barriobajeras, después se quedó sin fuerzas, se dejó caer a un lado cual saco, respirando con dificultad y todavía tragando… Había engullido el largo pelo de ella y no lograba ni tragárselo ni liberarse, se metió los dedos, no vomitó por poco. Después se quedaron tumbados con los muslos pegados, adheridos el uno al otro. «Ya me perdonará, Dmitri Dmítrievich, ¡estoy sudando muchísimo!» Él le lamió el sudor. Se le puso encima otra vez. A ella le concedieron un piso de dos habitaciones.

Pregunta: Los carros de los persas galopan hacia la parte de atrás, a

las entrañas del ejército rival, arrollando las filas y salpicando con la sangre de los caídos bajo las falces. Los bárbaros corren, estremeciéndose. Los helenos persiguen al enemigo con todas sus fuerzas, con gritos se animan a no dispersarse, a seguir en la formación. Al ver que Clearco vencía a los enemigos que estaban frente a él y que los estaba persiguiendo, Ciro suelta una exclamación de alegría y quienes lo rodean ya se arrodillan ante él, como ante un rey. Ciro con su séquito se lanza a las entrañas del ejército enemigo, allá donde brilla en los rayos del sol ya poniente el águila dorada imperial en una asta alargada. Cuando Ciro encuentra al rey con su numerosísimo cerco, enseguida cabalga hacia Artajerjes y grita: «¡Lo veo!», va buscando la posibilidad de combatir contra su hermano. Arroja la lanza y hiere al rey atravesando la coraza, de forma que la punta le entra dos dedos en el pecho. El golpe derriba a Artajerjes del caballo, y en su séquito al instante empiezan el revuelo y las carreras, pero el rey se pone de pie, con unos pocos acompañantes sube a un cerro cercano y desde ahí observa a cubierto el transcurso de la batalla. Mientras tanto, a Ciro, que había acabado en medio del enemigo, su brioso caballo lo lleva aún más lejos. Ya está oscureciendo y los contrarios no lo reconocen, mientras que sus amigos lo buscan por todas partes; él, orgulloso de su victoria, lleno de temerario ardor, sigue cabalgando al grito de: «¡Fuera de mi camino, zarrapastrosos!». Pero, entonces, un joven persa de nombre Mitrídates se le acerca corriendo y lanza un dardo, que le da a Ciro en la sien. La sangre le chorrea por la herida y Ciro, aturdido, cae a tierra. Su

caballo salta a un lado y se pierde en la oscuridad, y la carona manchada de sangre, que se había resbalado del lomo del corcel, la recoge el siervo de Mitrídates.

Respuesta: ¡No, nada de eso! ¡También hay que empezar de forma completamente distinta! ¿Sabe qué? ¡Tache todo lo que ha habido hasta ahora! Hay que empezar directamente por lo interesante. Por cómo le fue a Dafnis con Lycenia y a Cloe con Pan. Sí, ¡justo por ahí! A ver, por las noches Dafnis se saca un dinero extra, en la fábrica de carnes descarga vacas en canal de los vagones frigoríficos, y entonces regresa a la habitación que comparte con el estudiante de Medicina, de madrugada, cuando aparece la hija de la mañana, la aurora de rosados dedos. El estudiante no está, pero Lycenia sí. Encontró con sorpresa a la enfermera en la cama, trastornada, y con los ojos humedecidos de amor. El cabello suelto ocupaba media cama. Se me ha olvidado decir que, antes de esto, no le fue bien con Cloe: Cloe comparaba el cabello de él a la endrina, él le enseñaba a tocar la siringa; y apenas soplaba ella, él le quitaba la siringa y con los labios recorría todos los agujeros, haciendo que era para enseñarle, para corregir los errores, pero, en realidad, besaba a Cloe por medio de la siringa; después se abrazaron, se acostaron muy juntos, y sin hacer nada más, se levantaron. Pensaron luego en la comida, y bebieron vino con leche. Lycenia se encendió un cigarrillo y dijo: «Tú amas a Cloe, Dafnis. Anoche me lo revelaron las ninfas. Se me aparecieron en sueño, me contaron tus lágrimas de ayer y me ordenaron que te salvase, enseñándote las obras de amor. Estas obras no son solo besos y abrazos ni lo que hacen carneros y

machos cabríos. Te encantan las palabras, las palabras son para ti más dulces que los besos. Pero las palabras lo estropean todo. ¡Ven aquí!». Él quiso decir algo, pero ella le puso una mano en los labios: «¡Lo sé todo!». Cuando se levantó de encima de él, unas gotas de esperma le chorrearon sobre la tripa de él. La juntó en la palma, se las extendió por el pecho. Se sonrió: «¡La mejor crema!». Se levantó, se cubrió con el pelo y se fue a la ventana, haciendo unos extraños ruidos en el parqué. Descorrió las cortinas. Solo entonces él cayó en la cuenta de que ella tenía pezuñas de cabra. Regresó, se sentó en la cama, echándose el pelo a la espalda, y cruzó las piernas. Se encendió otro cigarrillo, balanceando una pezuña. Soltó un hilillo de humo y dijo: «No soy lo que has pensado. No soy una chica con trenza sin más. Soy una hermana de la caridad, del auxilio. Auxilio es mi hermano, y yo soy su hermana. ¿Y qué si soy ungulada? Es solo que todavía no te han llegado todos los sentimientos, algunos son para cuando crezcas. Vas a amar a muchas mujeres, más que tubos tiene tu siringa. Créeme, soy más vieja que Crono y que el tiempo todo». Y Dafnis siguió buscando a su Cloe, porque la manopla pensante siempre está perdida. Es allí, en invierno, donde la manopla perdida siempre va donde no te digo, a buscar lo que no te pido. Y en el *mlyvo* todo debe ser inteligible. Aquí está el principio; aquí, el final. Todo está predestinado por el sueño profético. Porque no es la profecía la causa del suceso, pero cualquier huida a Egipto sirve de causa de la profecía. Si está profetizado que se regresará al invierno, significa que regresaremos. Sí, eso es, ¡todo debe hacerse de otra manera! ¡Cambiar la

manopla y la historia! Es decir, lo primero de todo, a los protagonistas. En invierno, en el primer deshielo, caída en un charco, la manopla puede permitirse ser algo borroso, hasta que las heladas nocturnas la conviertan en acero. ¡En el *mlyvo* no hay lugar para ser borroso! Aquí las manoplas se proponen objetivos inalcanzables y, con un tesón inaccesible para un mortal, van hacia ellos, como ese cazador que partió en pos del alce que había robado el sol. ¡Solo así se puede dejar tras de sí un rastro estelar de esquíes! Dafnis debe intentar conseguir lo imposible, ¡enfrentarse en solitario al imperio del bien-mal y vencer! En invierno, las manoplas se limitan a buscarse para estrecharse, para que las guarden en un solo bolsillo, pero aquí entra todo en el juego. No solo debe asistir, en un vagón atascado de metro, el parto de una parturienta nocturna casual, una sin techo borracha, cortar el cordón umbilical con un cortaplumas, después de haberlo desinfectado con vodka de la botella sin terminar de la mujer, y envolver al recién ciudadano del metro en su propia chaqueta, esto puede hacerlo cualquiera; no, de su proceder, de su ojo clínico, rapidez, ímpetu, bagaje de saberes, pero, sobre todo, de su disposición a sacrificarse no por una Cloe de esas, sino por algo importante, como la inmortalidad o por ese mismo comandante de la plaza, que aun así murió de sed, pero que no bebió orina de caballo, en fin, de él va a depender algo infinitamente más importante. Por ejemplo, esa misma Constantinopla y los estrechos, ¿hay que devolvérselos o no a los *oroch*? ¿Y Alaska? La acción debe de transcurrir, claro está, justo antes de la guerra, para que los sucesos afecten a todos.

También Dafnis se sacrifica cuando, al salir del ascensor y de casualidad acabar en el epicentro de los sucesos mundiales, impide un atentado contra el enviado inglés y salva miles de vidas en los campos de una guerra innecesaria. ¡Un corazón que ama es más fuerte que el imperio del bien-mal! O, en el peor de los casos, puede limitarse a intentar salvar su propio pellejo, algo que no es menos humano. Pero allí, en invierno, Dafnis puede abandonar a su Cloe y huir al fin del mundo, acurrucado detrás de unas cajas en un tráiler, habiéndose tragado varios somníferos y abrazando botellas de plástico, una para beber y la otra para el pis, mientras que aquí, en el *mlyvo,* él debe ir donde no te digo y encontrar lo que no te pido para vencer a la muerte. Tiene de plazo hasta el viernes. ¡Seguro que lo encuentra, ya lo verá! Y otra cosa no menos importante: ¿cómo van a ser los héroes si no se ha descrito su apariencia? ¡Bien fácil es confundir a ese pastorcillo y a su pastorcilla con otros pastorcillos y pastorcillas! Hay que introducir a los protagonistas de forma que se los pueda recordar y no como si fuera un cóctel de invierno, donde te presentan a quince personas a la vez, ¡jamás en la vida te acordarás de su nombre o de su boca! La apariencia de Dafnis es fácil, en realidad, ¡míreme a mí! Pero Cloe…, ¿cómo describirla? Quizá así: imagínese el retrato de una mujer joven obra de Lorenzo di Credi, Florencia, 1459/60-1537, óleo sobre tabla, en el Metropolitano subes no por la escalera principal, sino por la siguiente, cruzando la Edad Media, y hay que ir no en dirección a Tiziano, sino girar enseguida a la izquierda, nada más pasar la puerta que sale a la segunda planta,

preste atención, es fácil no verlo y pasarse de largo. Ese es su exacto retrato de medio cuerpo. Está pintada de negro, sentada medio girada y tiene en los dedos un anillo que, por lo visto, está llamado a interpretar algún papel importante, dado que ha aparecido en esta historia dos veces. Y también muy importante: ante tal abundancia de personajes, enseguida hay que dar a entender cuál de ellos es el principal para que no haya equívocos, para que nadie piense que es la palabra. Cloe, por ejemplo. No es una que dice que no se debe guardar el mal dentro de uno, que puede producir cáncer, por eso hay que librarse de él, transferirlo, ni solo la que en el pantano recogía tallos de asfódelos, trenzaba con ellos grilleras y, a menudo, así entretenida, se olvidaba de sus ovejas. ¡No! Es la misma a la que se le erizaban los pezones cual dos uvas espina, y que en el café se sacaba sin que se notara la roña de las uñas y la añadía a los helados. Fue ella quien gritó que no tenía sesos, pero sí útero y que por eso quería tener un niño con amor. Mejor dicho, esto lo va a gritar después, cuando le vistan la mano con alguna otra historia y, mientras, Cloe habla así: creen en Dios solo aquellos que viven en el día de mañana, pero yo vivo solo en el ahora. No me arrepiento lo más mínimo de haber elegido este camino, me ha hecho independiente y fuerte. ¡El *mlyvo* obra milagros en Cloe! Si en invierno es fea, aquí es más fea todavía, odia con más rabia, ama con más pasión. Si allí es una negada, aquí es más negada todavía y con más ganas quiere que la quieran, y la soledad de la noche es más insoportable que en invierno. Y nadie la obliga a ser ideal: las manoplas intachables son aburridas.

Mientras trabaja en la peluquería con mujeres ricachonas, puede estar molesta con la vida y pensar que ella, tan joven y efímera, es quien debería tenerlo todo, y no esas idiotas gordas y viejas. Cuando el objeto de envidia es joven y guapa, los sufrimientos son todavía más fuertes. ¿Y quién, en lo más profundo de su alma, no comprenderá a la pobre Cloe? Apartándose un momento de una clienta y pasando junto a un caro abrigo de piel colgado de una percha en el perchero, deslizó por él la maquinilla sin que se notara. Nunca nadie habría sospechado de ella. ¡Y todas esas historias de la estación! Y disfrutaba del papel inventado para ella, lo interpretaba entusiasmada: la huérfana-angelito caída en el vertedero de la vida. La leyenda: vino para el examen de ingreso, la atracaron, la violaron. Sobre una buena base —es maquilladora diplomada— se añade maquillaje. Un poco de azul en el párpado inferior para mostrar una ligera demacración, sin afectar a la belleza ni al atractivo. Debajo de la impecable manicura, un leve tono de duelo. Los labios carnosos se blanquean suavemente con un bálsamo aclarador. En la ropa, un desorden suave, que no causa rechazo. En el lugar más visible —el hombro delicado— la sisa está descosida, a través de la brecha se ve una rozadura. Es en invierno donde todas las veces Cloe se casa con un valor seguro, pero en el *mlyvo* aspira a algo irrealizable. Dafnis debe encontrar antes del viernes el secreto de la inmortalidad, y ella, a Dafnis. Y una y otra vez, cuando piensa en que ya está, amado mío, querido, el único, mi ronquiditos, Dafnis en sus brazos resulta ser Pan, quien se había enamorado de Pitis, también de Siringa, no cesa

jamás de perseguir a las Dryadas del bosque y de importunar a las ninfas. Una vez que Cloe apacentaba su rebaño, jugaba y cantaba, Pan se llegó a ella como Dafnis, empezó a seducirla, a atraerla para lo que él quería, le prometía a cambio que todas sus cabras parirían cabritillos gemelos cada vez, ella se lo dio y él, habiéndose salido con la suya, todavía se puso a hacer flexiones y a dar saltos por la habitación como si fuera un *ring,* haciendo movimientos de boxeo dirigidos a un rival invisible. Los hombros y el pecho, cual armadura, le brillaban por el sudor. Encima del diván había unos guantes colgados en un clavo, y en el armario, tras el cristal, los trofeos. «Dafnis —lo llamó ella—, mi amor!» Y Pan: «¿Por qué no me has dicho que era tu primera vez, idiota?». Cuando Cloe comprendió el engaño, le espetó secamente: «¡Pásame los guantes!». Pan, sonriéndose ante la osadía de la jovencita, ayudó a Cloe a tensárselos, eran enormes, pesados como un cabezal de un sofá de piel. Él levantó una palma: «¡Dale!». De repente, Cloe le golpeó no en la palma, sino en el rostro, y otra vez, y otra, con todas sus fuerzas, con desesperación, con rabia. Pan, aturdido, reculó tocándose la nariz con los dedos, después se echó a reír: «¡Toma ya!». Empezó a esquivar sus golpes, a saltar por el *ring* doméstico, a hacer fintas ya a la izquierda, ya a la derecha, a darle palmaditas en el trasero. Y gritaba: «¡Vamos, Lenka, dale fuerte!». Ella estaba furiosa por no poder alcanzarlo otra vez en la cara. Sin querer, tiró un vaso de la mesa. El jarrón del televisor lo tiró ya a propósito. Después pasó a la carga contra el cristal del armario y los trofeos. Pan la derribó de un golpe en la mandíbula. Se arrastró a

casa lloriqueando, sujetándose el pómulo. Se puso nieve en la mejilla. Caía ligera y clara del cielo gris. Por el camino todavía pasó por la tienda a comprar leche para el gato. Cloe tenía un gato al que le gustaban las visitas e ir pasando de unos brazos a otros. Ahora, mientras no había nadie en casa, había saltado a la ventana y se había instalado en el ventanillo abierto, atrapaba copos de nieve con la pata. Después bostezó y nadie vio lo grande y huesuda que es la faringe de un gato. Porque todo lo invisible atrae. Y si se habla de la manopla, hay que saber de ella lo visible y lo invisible. Precisamente se debe hablar sobre lo invisible. Sin ver a Cloe, saber de ella todo, lo más nimio, incluso cómo va a por agua al Tunguska y se lleva un hacha para atravesar el hielo de los claros congelados. Y para no estar yendo todas las veces, Cloe y su madre guardan en el frío del zaguán trozos cortados de hielo, dentro de un saco de azúcar en grano de Cuba; llenan un barril en el rincón de la cocina, donde el hielo se va derritiendo. En cuanto los hielos empiezan a moverse, ya no se puede salir sin mosquitera. Se ponen el chaquetón guateado, se untan grasa sólida. Si vas al bosque, en cuanto te aproximas oyes un zumbido denso y monótono. Los días de viento llegan a la ciudad nubarrones de mosquitos. Recubren los muros, como si a las isbas les hubiera crecido pelo. Tres o cuatro veces por verano toca encender hogueras humeantes: en un barreño agujereado se prende corteza seca, astillas, se deja que ardan bien, después se añade musgo y ramas de pícea húmedas y resinosas. Produce un humo pesado y acre. Aun así, tragan mosquitos con la sopa hasta que llegan las heladas. Pero, a

ver, tenga la bondad de decirme a quién le interesa nada de las chozas. ¡Dejemos las pestes y el no-amor al invierno! Hay que trasladar la acción a algún lugar del sur que, como es sabido, embota los sentidos, pero agudiza los sentimientos. Fíjese cómo fluctúa el ocaso en la puerta giratoria de cristal de un hotel caro a orillas del Ponto Euxino, que significa —para los iletrados— «mar hospitalario». Y es que es más agradable sufrir por los protagonistas en una ciudad que en tiempos fuera la segunda después de Atenas, no en vano Estrabón escribió que en Dioscuríade el comercio funcionaba pasando por trescientos traductores. ¿Y dónde vas sin un fotógrafo en pantalones cortos y sombrero de paja, con un monito en el hombro y un cocodrilo hinchable amarillo bajo el brazo? O partiremos al bazar de Damasco, donde venden niños casi por nada y les enseñan de todo, incluso se los castra si así se desea. Temporada baja en Creta, mandarinas y naranjas caídas bajo los árboles, en los parques, pero no están ricas. Y parece raro que los hijos de los cíclopes y las cigarras sean islas. Allí no son muy propensos a las lluvias. Y si el plazo en efecto se termina el viernes, ¡no hay que demorarse! ¡En marcha! ¡A donde lleve el viento! Porque hay que encontrar algo contra la muerte, aunque sea un amuleto. O un conjuro. Palabras mágicas. Las dirás y ya no habrá muerte que te dé miedo. Dafnis sale de casa y el patio está todo blanquísimo por la nieve acumulada durante la noche. Los tranvías se han parado, los trenes van con retraso. La copiosa nieve cae densa, lenta, pasada. Un edificio enorme en construcción parece alzarse entre la nevada igual que un zepelín. Cuando vaya a pasar junto al

gineceo, alguien dará golpecitos en el cristal. Dafnis se detendrá, observará con atención. Lycenia saluda con la mano, lo llama por el ventanillo como diciendo: ven rápido, voy a decirte algo importante. Dafnis niega con la cabeza: «¡No tengo tiempo!». Tras dar un tirón, con un crujido, Lycenia abre de par en par los postigos de la ventana sellada para el invierno. Da una voz: «¡No se puede devolver un ojo a cada cuenca, una persona a cada cráneo! ¡Pero yo tengo un secreto! ¡Ven!». Se asomará, lanzará por la ventana su trenza, a modo de soga. «Pero ¿qué haces ahí parado?». Se apoya con las manos para tener mayor estabilidad en el alféizar. «¡Agárrate, sube, querido mío, el único, mi ronquiditos!» Dafnis echará a correr hasta salir de la ciudad, sin detenerse, y va a estar corriendo hasta que asome por entre la nieve la primera hierba verde, suculenta, porque todo lo secreto se vuelve obvio. Y Dafnis seguirá andando y andando. La sombra de las hojas forma una cinta de guipur. Pasó un vencejo. Un caracol echando una carrera a su sombra. El agua termina su vida en el charco. Una piedrecita se le cuela en la sandalia. El roble tiene muchos brazos. El ocaso está pastoso. Una cabaña. Puede ocultarse en el heno para pasar la noche. Sale una luna de poco valor. Dafnis se acostará con la cabeza en la dirección que traía y los pies hacia el rastro estelar de esquís. Por la noche acudirán los mosquitos. El sueño es sudoroso e intranquilo. Dafnis estará toda la noche dando vueltas y, por la mañana, se despertará con los pies en la dirección que traía y la cabeza hacia donde el sol todavía arrastra tras de sí al alce obstinado. Dafnis se levantará y seguirá su camino,

asombrándose con el paisaje del revés. Cuanto más se acerque a su ciudad natal, más fuerte será su asombro. Ya se revelan las agujas, las cúpulas esféricas, las acebolladas, cuando desde la ciudad pasa corriendo junto a Dafnis una persona con la cabeza ensangrentada, aprieta algo en el puño. Dafnis piensa: «¡Es sorprendente cuánto se parece esta ciudad a la mía!». Y acelera el paso. En la ciudad, entretanto, mientras Dafnis estaba ausente, había sucedido lo siguiente. Llegó el verano. Dos albañiles *oroch* trabajaban para un tungús y, mientras este iba al templo, empezó a llover. Con la lluvia se hacen visibles los hilos que se extienden desde los árboles superiores a los árboles, desde la hierba superior a la hierba, desde las personas superiores a los paraguas. Mientras no estaba el dueño, en un trastero en el subsuelo los *oroch* vieron mucha vajilla de plata y de oro y quisieron robarla. Y eso hicieron. Se colaron en el subsuelo y se hicieron con todo lo que allí encontraron de plata y oro. Entonces uno de ellos, el que había trepado fuera primero, pensó: «¿Qué necesidad tengo de compartir el botín? ¡Puedo apoderarme de todo!». Fue pensarlo y acercarse a su camarada, quien precisamente estaba subiendo del subsuelo por la estrecha abertura, lo golpeó con un martillo en la cabeza de manera que el otro cayó muerto. El *oroch* se hizo con todo el botín y salió pitando. En cuanto dejó de llover y en el río salió vaho de la arena, el dueño regresó a casa y vio que había un cadáver en el subsuelo. El pobre tungús empezó a temblar de miedo. ¿Qué iba a hacer? Primero quiso retirar el cuerpo a escondidas para que nadie se enterara, porque le daba pánico la venganza de los *oroch.* Pero el asesino,

que ya había escondido la plata y el oro, iba corriendo por las calles y gritando: «¡Los tunguses han degollado a un *oroch*! ¡Venid todos rápido! ¡Los tunguses han degollado a un *oroch*!». Al instante, una multitud furibunda llegó de todas direcciones a orillas del Tunguska, donde en unas tristes casitas se guarecían la amargura y la esperanza, con intención de organizar una masacre. Los tunguses sacaron al chamán en una litera. Al ver al anciano, la multitud se calmó. «¿Qué pretendéis hacer, infelices?», empezó con voz débil, aunque cada palabra fue audible, incluso el río se quedó quieto. «¿A causa de un muerto vais a asesinar a muchos vivos? Si ha muerto, muerto está. No es terrible. ¿Cómo va a ser la muerte de alguien una sorpresa? La vida es una cuerda y la muerte es el aire. Sin aire, la cuerda no puede sonar. Además, no se ha marchado del todo, simplemente se ha ausentado. Y que el asesino no es un tungús es algo que está bien claro. Pero veo que necesitáis alguna prueba. ¡Ahora la tendréis! Así pues, en la casa trabajaban dos *oroch*-albañiles. Mientras llovía, se colaron en el subsuelo. Cuando la lluvia hubo cesado, el hilillo que ligaba a uno de ellos con el cielo se partió. Eso es todo. Y ahora el propio asesinado os mostrará quién es su asesino. ¡Traed al muerto!». Y cumplieron con ello, trajeron al *oroch* con la cabeza hundida y lo colocaron a los pies del chamán. La multitud retrocedió. El anciano miró a su alrededor, vio a Cloe en las filas de atrás de los *oroch*. Con la mano, la llamó para que se acercara. La multitud le hizo sitio. Cloe, girándose asustada, salió al frente. Estaba nerviosa y todo el rato, alargando el labio inferior, se soplaba el pelo caído sobre los ojos. El anciano le tendió

una mano con la palma hacia arriba, como si esperara que ella colocara algo ahí. Cloe, sin comprender nada, girándose, se encogió de hombros, sonrió confusa. El anciano dijo: «El anillo». Ella: «¿Qué anillo?». Él: «¿Cuál va a ser? ¿O por qué, si no, ha aparecido en esta historia? No es otra cosa sino el buscado amuleto». Cloe intentó quitarse el anillo, pero, del susto, se le había aferrado al dedo, no se desprendía. Empezó a echar saliva con la lengua a la piel del dedo. Por fin el anillo se deslizó, el anciano lo colocó en la mano del muerto y le apretó los dedos. La multitud contuvo la respiración. El asesinado revivió. La multitud soltó una exclamación. El muerto se levantó y se puso a buscar con la mirada a su asesino. Enseguida lo vio escondido tras espaldas ajenas y empezó a gritar: «¡Tú eres mi asesino!». La multitud atónita se lanzó gritando sobre el desalmado para despedazarlo, y el asesinado, aprovechando la confusión general, se escondió sin que lo vieran. Y ahí está Dafnis pasando por las calles y todo le resulta conocido, solo que los puentes se han vuelto bajos: el agua se ha elevado después de las lluvias. De repente lo ve. El gineceo. Exactamente igual. En la ventana estaba asomada una Lycenia exactamente igual. Alguien trepa hasta ella por la trenza. Todo es exactamente igual, pero diferente de alguna manera. Como si hubieran cambiado a todos. A Dafnis se le ocurre de repente que quizá se haya dado la vuelta mientras dormía y haya llegado a su ciudad. Va a casa de Cloe. A simple vista, la casa es igual. También los olores en el portal son los mismos. El mismo timbre. Abre Cloe, exactamente igual, pero ajena de alguna manera. Pregunta: «¿A quién

busca?». Dafnis se fija: en el perchero en la entrada, un abrigo miliciano con divisas. No sabe qué decir. Desde la cocina, una voz de hombre: «¿Quién es? ¿Qué quieren?». Cloe le responde por encima del hombro: «No lo sé, ¡otra vez pidiendo!». La voz: «Lárgalo sin más. ¡Se está quedando fría!». Dafnis al fin susurra con labios secos: «¿Es que no me reconoces?». Cloe: «No». Dafnis: «¡Si soy tu Dafnis!». Cloe: «¿Se ha vuelto loco? Dafnis es mi prometido y está en la cocina, llamándome para cenar. Estuve mucho tiempo buscándolo, toda la vida, y al fin lo encontré. Tenemos intención de casarnos, así sucedió en un sueño profético, cierto que en otra historia bien diferente». Dafnis: «¡Pero estamos en esta historia! Y necesito encontrar antes del viernes un remedio contra la muerte. Así que pensé: ¿y si es el anillo? ¿Lo recuerdas? Me hablaste de él, algo de las extraescolares». Cloe esconde la mano derecha detrás de la espalda y dice: «Todo eso son tonterías. A una mujer la inmortalidad le empieza entre las piernas». Y cierra la puerta. Por cierto, cabe preguntarse para qué tanta abundancia de personas innecesarias y fugaces. La historia es pequeña, no alcanza para todas. Habrá quien lo discuta: las manoplas principales no pueden prescindir de todos estos camareros, vendedores de periódicos, porteros, palizas en un hotel, fotógrafos en la playa, voces desde las cocinas y abrigos de milicianos. Así que hay que dejarles con su «¡la cena está servida!». Y el resto ¿para qué? Tomemos al fotógrafo cuya boca brilla de negro y oro. ¿A quién hace falta? ¿Para qué queremos saber su espera y miedo todos estos años, que entonces de repente se oye el timbre y en el umbral

aparece su hija, a la que nunca había visto, ya mayor, y que continuamente había estado calculando cuántos años tendría ya? ¿Para qué queremos saber que tiempo atrás quiso fotografiar unas manzanas, igual que Man Ray, pero que no lo logró? Cuando está con su mujer, se representa a la veraneante que vivió en su casa el verano pasado, ve de nuevo, con los ojos cerrados, cómo ella se quita las bragas bajadas tirando de un pie y del otro, cómo sus nalgas firmes se meten y encogen ante el roce, tanto que no entra ni la punta de la lengua, cómo ella hace pis delante de él, el chorro sale de golpe, la arena se moja y enseguida se endurece. La mujer del fotógrafo sabe desde hace mucho que su marido la engaña, algunas noches se incorpora sobre el codo, lo huele y percibe un perfume ajeno; sin embargo, se conformó con la situación de mujer humillada, pero sabia. En la pared, la fotografía de su hermano pequeño, un militar, un héroe, cayó en el cumplimiento de los deberes del servicio, aunque en realidad murió ahogado en un mar de vómito en un canal. Al lado, la foto de los trillizos que tenía su hermana. Desde detrás de la valla llega la conversación de su vecina, azerbaiyana, con el cartero, no habla bien ruso, quería decir «más de un mes» y le salió «una luna y un poco». En verano siempre alquilaban habitaciones a quienes venían de vacaciones; un veraneante, un profesor universitario —estaba redactando un diccionario—, se cortó en la orilla con un cristal roto, se fue en autobús al hospital, el autobús tuvo un accidente, se quedó atascado en un paso a nivel; después las hojas con columnas de palabras estaban en tarros de confitura, su mujer no les ponía

tapas, sino que, a la manera antigua, los tapaba con un papel y los ataba con una cuerda. Una vez un escultor alquiló toda la parte baja de la casa, trabajaba en el jardín, y, de repente, la lluvia. Gritó: «¡Ayuda! ¡El busto, el busto del jardín hay que llevarlo a la terraza!». Lo cargaron entre dos, se resbaló y se hizo pedazos. Su hijo tiene mente matemática: cualquier cifra casual, por ejemplo, la matrícula de un coche, para él es diecinueve al cubo. Por alguna razón se le quedó en la memoria que, de pequeña, vino de visita un tío, hermano de su madre, y nunca se bañaba, ni siquiera se quitaba la camiseta, pero entre las rendijas de la ducha consiguió echar un vistazo: tenía dos pares de tetas. Estaba grueso, los pechos superiores eran casi de mujer y, debajo, tenía otras dos manchas diminutas. Desde la terraza siempre se veía la puesta del sol. Una vez un nubarrón soltó un rayo de sol, como si fuera un remo. El fotógrafo le había comprado la casa a la viuda de un veterinario de Moscú; este, al jubilarse, se instaló junto al mar, alquilaba la habitación de abajo y, por las tardes, le encantaba contarles a los veraneantes con qué animales le había tocado trabajar: antes de la guerra solo caballos, después cerdos en los comedores, conejos. En la guerra, otra vez caballos. Después de la guerra, cochinillos, vacas, cabras, gallinas. Los animales los tenían en la calle Arbat, en la Gorki, en las zonas entre edificios, en desvanes, en baños. Durante la gran rabia de los años 52-53, perros. Para el festival de la juventud y los estudiantes del 57, palomas, cisnes, patos en los estanques. Después cada vez más perros y gatos. Mientras leía el periódico, el viejo veterinario se alegraba de las

catástrofes igual que Blok con el hundimiento del Titanic: el océano todavía existe. Pues todo esto no le hace falta a nadie: ni el veterinario, que murió en las Olimpiadas, ni él mismo, que vaga por la orilla con su cocodrilo amarillo debajo del brazo —los guijarros rechinan bajo los pies y se dispersan—, ni su hijo matemático, que se ha enamorado de una chica de buena familia, una estudiante de la escuela de física y tecnología, inteligente, pero sorda. Le susurra al oído palabras de amor, y ella: «¿Qué?». Cuando le llegó el primer audífono, el médico le dijo que, si llevaba el pelo largo, no se le vería el aparato. Todo esto sobra. Sobre todo porque después llegó la guerra y la casa ardió y el fotógrafo y todos los demás ya han muerto o morirán. Así que ¿para qué contar nada sobre ellos? Habría que haber tachado desde el principio a este fotógrafo y su playa, tan encogida desde por la mañana, tan silenciosa que se oye un grito ininteligible en algún lugar en las montañas, algo del tipo: «Talattha, talattha!». Por culpa de quienes son como él, que aparecían en dos puntos de este lado y continuaban por el reverso, igual que en el cielo moebiano, el mundo solamente se ramifica hasta el infinito, crece hecho una bola de nieve pasada, apartándose del ataque de los bandidos. Por eso a estos ni se los nombra en el sueño profético. Aunque, a decir verdad, los sueños proféticos no merecen ser vistos hasta el final. Porque, cuando se tiene un sueño profético, lo más importante es despertarse a tiempo. Para que no pase nada más. Despertarse, por ejemplo, en la boda de la manopla. A Cloe se le rompe un tacón —mala señal— y se hartará a llorar todo el tiempo en que, frente al *analogyon,*

el sacerdote la aleccionará para que se regocije, como Rebeca. El coro entonará un salmo de David: «Y ves a los hijos de tus hijos. ¡Paz a Israel!». Y Dafnis, empapado de sudor con su traje incómodo y nuevo, con una sensación desagradable en los dedos, mugrientos por la vela, pensará: «¿Qué pinta aquí Israel?». Después los atacarán los bandidos.

Pregunta: Cuando después del largo desmayo, Ciro al fin vuelve en sí, varios eunucos que allí se encontraban quieren subirlo a otro caballo y llevarlo a un lugar seguro. Mas no estaba ya para mantenerse a caballo y los eunucos lo llevaban, sujetándolo por ambos lados. Las piernas le tiemblan, la cabeza se le cae sobre el pecho; sin embargo, tiene la seguridad de ser el vencedor, por oír a quienes huyen llamar a Ciro rey y rogar su indulgencia. Entretanto, unos caunios —unos mezquinos desgraciados que iban con las tropas del rey realizando el trabajo más duro y sucio— de casualidad se mezclan con quienes acompañan a Ciro, tomándolos por los suyos. Pero al momento comprenden, nada más ver las sobrevestes rojas sobre la armadura, que llevan delante al enemigo, puesto que todos los combatientes del rey las tienen blancas. Entonces uno de ellos lanza un dardo con fuerza a Ciro, le rompe la vena de la corva. Al derrumbarse, Ciro se golpea la sien herida contra una piedra y exhala el alma. En cuanto se entera de la muerte de su hermano, Artajerjes, rodeado de cortesanos y guerreros con antorchas en las manos, baja del cerro y se acerca al fallecido Ciro. Siguiendo la costumbre persa, al cuerpo le cortan la cabeza y la mano derecha. El rey ordena que le entreguen la cabeza de su

hermano. Sujetándola por el pelo, tupido y largo, vivamente iluminada por las llamas de las numerosas antorchas, Artajerjes se la muestra a todos.

Respuesta: Ya casi no quedaba nada para el viernes. Tenía que hacer algo bien rápido. Estábamos en la cocina, nos sujetábamos las manos y guardábamos silencio. Ella miraba por la ventana. Dijo de pronto: ya es diciembre y todavía no ha nevado. Después… Pero si no me está haciendo ni caso.

Pregunta: Después de la batalla, el rey, que quería que todos dijeran y creyeran que había matado a su hermano él mismo, envió a Mitrídates, quien había dado a Ciro en la sien con un dardo, dones y dispuso que le dijeran: «Con estas dádivas te premia el rey por haber encontrado y traído la carona de Ciro», ante lo que Mitrídates guardó silencio y se comió la ofensa, porque a él le pertenecía la gloria de la victoria, ¡y me vienen con la carona! Entonces lo invitaron a un banquete y se presentó con el valiosísimo vestido y las alhajas de oro otorgadas por el rey. Después de comer, con el vino, el eunuco principal de la reina madre Parisatis dijo: «Bellísimo es el vestido que te ha regalado el rey, Mitrídates, qué collares y brazaletes, ¡y qué alfanje tan precioso! Explícame, amigo, si de veras es tan gloriosa tu hazaña, encontrar y presentar después la carona resbalada del lomo de un caballo». No se aguantó ya Mitrídates, a quien el vino le había soltado la lengua, y respondió: «Decid lo que queráis de caronas y cosas así, que yo os digo: ¡Ciro cayó muerto por esta mano! Apunté al ojo y erré por poco, pero le atravesé la sien. De esa herida murió». Todos los demás, viendo la desgracia y el

desgraciado fin de Mitrídates, bajaron la mirada al suelo, y solo el dueño de la casa encontró algo para decir: «Amigo Mitrídates, mejor bebamos y comamos, adorando el genio del rey, y dejemos las palabras que están por encima de nuestro razonamiento». El eunuco refirió la conversación a Parisatis, y esta, a Artajerjes. El rey se indignó en gran manera. Y entonces mandó que hicieran morir a Mitrídates mediante la tortura de la artesa. Tomaron dos artesas que se ajustaban exactamente la una a la otra, y en una de ellas tendieron bocarriba al infeliz audaz de lengua incontenida, lo cubrieron con la otra artesa de forma que quedaron fuera la cabeza y las piernas, y todo el tronco se dejaba cubierto. Después a Mitrídates le dieron de comer, no quiso, pero le punzaron los ojos con una aguja y así le obligaron a tragar. Cuando hubo comido, en la boca le vertieron leche mezclada con miel, y esta mezcla se la derramaron por todo el rostro. La artesa la volvían todo el tiempo, de manera que el sol brillara continuamente en los ojos del torturado, y una infinidad de moscas le cubrían el rostro pegajoso. Y puesto que hacía todo lo que es inevitable que haga un hombre que come y bebe, en la suciedad podrida enseguida se engendraron gusanos que le penetraban en las entrañas y empezaron a carcomerle el cuerpo vivo. Y así se consumió Mitrídates diecisiete días, porque existió y ya no se le podía hacer inexistente. Y no había forma de interceptar el dardo lanzado.

Respuesta: Esa última noche nos amamos como nunca antes. Me olvidé de todo por una hora o dos, y cuando me desperté ya había amanecido y tras la ventana todo estaba lleno de nieve. Me levanté quedamente para no despertarla. Me

vestí, me puse el abrigo, el gorro. Me asomé al dormitorio. Un pie asomaba por fuera de la manta. En el talón, una cicatriz: una vez, de pequeña, saltó sobre un rastrillo. Con cuidado, cerré la puerta al salir, bajé. Por costumbre, metí los dedos en el buzón. La puerta del portal dio un portazo a mi espalda. Toda la calle estaba blanca y todavía caía nieve. Fresca, matutina. Alguien desenterraba con un recogedor amarillo un coche convertido en nevero. Debido a la nieve acumulada, los tranvías no pasaban. La gente se arrastraba en fila india hacia el metro, cruzando el descampado: las pisadas ya habían abierto un sendero. Todo estaba oculto bajo la nieve: la zona infantil, el basurero. Y volvió a nevar tan copiosamente que, por un instante, la calle desapareció por completo tras la nevada. Blanco. Mudo. Invierno.

Empiezo mis estudios en el gimnasio de Bilínskaia, en la avenida Taganrogski, en la casa Jajladzhev. Este edificio todavía hoy se mantiene en pie, es la Casa del Calzado conocida por todos los rostovitas.

En el examen de ingreso, después de soltar atropelladamente el padrenuestro delante de un sacerdote, estoy tan nerviosa que hago una reverencia en lugar de inclinarme.

El gimnasio empieza, en realidad, en la papelería de Iósif Pokorny en la calle Sadóvaia. Basta decir: «Bilínskaia, primer año», y ya me están haciendo unos paquetes en los que están todos los manuales, cuadernos, pinturas, pinceles de los tamaños necesarios, plumas, gomas, un plumier. Con ganas de demostrarme la suavidad de la ardilla, el dependiente me pasa una brochita por el pómulo.

Por la mañana, mi madre me peina, me hace las trencitas con

tanta fuerza que me tira de la piel y no puedo cerrar la boca, los ojos se me vuelven rasgados, como los de los chinos. Me manda al gimnasio con mis hermanas, me da un beso, coloca bien las puntillas de los tirantes del delantal y nos guarda a cada una quince kopeks para la comida. Ya por el camino nos gastamos el dinero en gollerías, en caramelos de palo o trocitos de pasta de pipas de los mercaderes de la calle; estos eligen a propósito sitios cerca de las escuelas.

En la entrada, un portero con galones. El viejo ofrece y quita la ropa de abrigo a los maestros, hace sonar el timbre al principio y al final de las clases, mirando al gran reloj de pie del vestíbulo. En los ratos libres se queda en su rinconcito con un libro en las manos, dicen de él que es tolstoísta, que no come carne y que, después de leer *Historia de un caballo,* legó su esqueleto al despacho de anatomía del gimnasio.

Está prohibido llegar tarde, a las ocho y media cierran el guardarropa, y no puedes presentarte en clase con el abrigo. Recuerdo incluso mi número en el guardarropa: 134. Este número estaba dentro del chanclo, en el forro de terciopelo color frambuesa.

¿Y para qué lo recuerdo? ¿Quién necesita saber de un número ya inexistente en un guardarropa inexistente? Porque ya nunca más voy a colgar en ese ganchito el abrigo usado después de mis hermanas. Y nunca más voy a bajar en invierno después de clase hasta el guardarropa y a enfundarme, debajo del vestido del uniforme, los gordos y odiados pantalones, a anudarme la capucha antes de emprender el camino a casa. Tampoco existe ya la casa. En general, nada queda de lo que hubo conmigo, nada. Nadie ni nada.

Puede que sí que esté. Míralo, ahí, delante de mis ojos, el salón de actos de la segunda planta en el que los reflejos de las ventanas podían serpentear muchísimo en el parqué. Cada mañana se

empezaba con la oración común. El maestro de canto, Yuli Pávlovich Ferrari, da las notas en el piano, sol y si para cantar a dos voces *Al rey celestial, Salva a tu gente, Señor* y *A la Virgen, nuestra señora*. El amable y buen Yuli Pávlovich… Ya el primer día se fija en mi voz, me pide que me quede después de las clases. Voy a actuar en todos los conciertos y matinés del gimnasio.

Todo lo comprado en la tienda para las clases resulta ser insuficiente. Afortunadamente, tengo hermanas con experiencia que me enseñan que, además de manuales y cuadernos, una estudiante que se precie debe tener un álbum para poemas e ilustraciones, que el secante rosa puesto en el cuaderno es señal de falta de gusto y casi de pobreza, y que hay que comprar papel de otros colores y prenderlo a los cuadernos con cintas de lazos ostentosos. En clase tengo todo el derecho a mirar de reojo y con desprecio a las niñas con el triste papel secante rosa. Así trato a mi vecina de pupitre, una niña de nariz de pato y rizos dorados. Una vez declamó con tanta expresividad la fábula de Krylov *Dos perros* —«Zhuzhu, faldero de ricitos…»— que, a sus espaldas, por culpa de los rizos, todos empiezan a llamarla Zhuzhu. Recuerdo que le regalo con condescendencia secante «decente» y que ella se echa a llorar con amargura.

Ahora, después de todo lo que ha habido, parece un milagro, casi fantástico, que un absurdo papel secante pudiera emponzoñar así la vida.

Zhuzhu estudia sin pagar porque es pobre. Todos saben que su madre la está criando sin padre, porque de joven fue institutriz en varias familias.

Yo me hago amiga de Mila, a la que todas llaman Mishka. Me gusta por su temeridad. Mila quiere ser capitán de un barco o exploradora en África, y en la iglesia se santigua solo ante los

viajeros navegantes. De ella me gusta todo, incluso la regla salpicada de tinta. En los aseos, cerca de los lavabos, bien arriba, en un travesaño casi en el techo, hay colgada una toalla larga, asegurada por los extremos, hay que tirar de ella para secarse; Mishka la agarra y se balancea como si diera pasos de gigante. No debía de pesar nada, porque el travesaño no se arrancó.

En el cambio de clase, corro detrás de Misha por el salón de actos, el parqué resbala como una pista de hielo. Me golpeo con el piano que está en un rincón y pierdo el conocimiento, lo recupero ya en el despacho de la jefa del gimnasio, Zinaída Gueórguievna Shiriáieva. Me humedece las sienes con algo asqueroso, es imposible no recuperar la conciencia. Todos tienen miedo a la jefa. Sus labios secos me dan un beso. Morirá de cólera en 1920.

Las relaciones en clase son complejas. Le escribo una notita a Natasha Martiánova, que gusta a todas y a la que llaman Tala: «Querida Tálochka: seamos amigas». En respuesta, el asombro: ¿acaso no sé que es amiga de Tusia? Yo odio a Tusia. Es una cobarde y bastante miserable, además. Es miope, no ve nada desde el primer pupitre. Las gafas en esa época eran cosa muy rara, y tiene miedo de las burlas. Solo después de las insistentes instrucciones de la dirección del gimnasio aparece en clase con gafas, que la hacen más fea todavía.

También soy amiga de Lialia. Le están creciendo unos ojos marrones enormes. Es la más guapa del curso y todas le tienen envidia. Encima está liberada de la oración matinal y de clase de religión.

Cada grupo tiene su sitio en la iglesia: las más pequeñas delante, las mayores detrás; al cambiar al curso de las mayores, en la iglesia se trasladan al nuevo sitio. Cerca de cada grupo hay siempre varias sillas en las que, durante el servicio, las preceptoras

sientan periódicamente a las débiles para que descansen unos minutos. Las niñas cuentan que, en un determinado momento del oficio, después de que el sacerdote diga ciertas palabras, se puede pedir un deseo y este se cumple. Todas están a la espera, tienen miedo de que se les pasen esas palabras para desear algo secreto.

Estaría bien reunir y cumplir esos deseos secretos…

La ley de Dios la imparte el padre Konstantín Molchánov. Este padrecito es aficionado y experto en apicultura. En clase, las niñas astutas empiezan a hacerle preguntas de forma inocente sobre las abejas, los panales, las larvas, y él se pone a hablar, se entusiasma y se pasa toda la hora hablando de las maravillas de las abejas. Después, al oír el timbre, cae en la cuenta, pero se tranquiliza él solo, porque no pasa nada, parece decir, las abejas también son ley de Dios.

En una ocasión nos habla de la resurrección de los muertos y, de repente, Mishka le hace una pregunta que nos pasma a todas: «¿Cómo vamos a levantarnos del polvo si los gusanos van a comerse nuestros cuerpos, los pájaros se comerán los gusanos y los pájaros se irán volando por todo el mundo y también alguien se los comerá?».

El padre Konstantín se queda callado unos instantes, después responde: «Si un zapatero cose una bota, después la descose y un trozo lo lanza a África, otro a América, un tercero a Asia o al Polo Norte, y después reúne todos los trozos, no le va a costar nada volver a coser las partes y hacer la bota previa. Así será después de nuestra muerte, cuando el cuerpo se convierta en cielo, en tierra, también en árboles y en agua, Dios reunirá todas las partes en una sola».

Hace mucho que los gusanos se han comido al padre Konstantín, hace mucho que los pájaros picotearon esos gusanos y se

marcharon volando por el mundo. ¡Acoja el señor tu alma, amante de las abejas!

A Natalia Pávlovna, la vigilante de nuestro grupo, la llamamos a sus espaldas Nataleshka. No gusta a nadie por su nocividad y su carácter rencoroso; además, tiene una enorme mancha de nacimiento en toda la mejilla. Es gruesa, bajita y, para parecer más alta, lleva un peinado alto y tacones altos. Siempre habla con tono brusco, sonoro, como si cascara palabras cual nueces. Incluso si te alaba, parece que te está regañando. Una vez, mientras sustituía a un maestro enfermo, Nataleshka nos pone una tarea y ella se pasa toda la clase escribiendo algo. Shiriáieva, la jefa del gimnasio, se asoma y la llama un momento al pasillo. Mientras ellas hablan tras la puerta entreabierta, Mishka, que se sienta en el primer pupitre justo delante de la mesa del profesor, estira el cuello y lee en voz alta las líneas sin terminar de una carta en la que Nataleshka le declaraba su amor a alguien: «Mi querido Volódiechka: Quiero besarte los pies, sí, así es, ¡los pies!». Ya de regreso, Nataleshka de repente nota en el silencio de que algo falla. Ve sobre la mesa la carta que ha dejado, cae en la cuenta y, después de hacerla un gurruño, mira con susto a la clase. Entonces una de las niñas no se aguanta y ya todas empiezan a morirse de risa. Yo tampoco me aguanto, porque es completamente imposible imaginarse a nuestra Nataleshka con su chichón bermellón besándole los pies a un tal Volódiechka. De repente se encorajina, corre a la puerta, se para —es evidente que ha recordado que en el pasillo puede tropezarse con la jefa— y, escondida en un rincón, rompe a llorar. Nuestra malvada y odiada Nataleshka gira la cara, llorosa, la mejilla sana tiene el mismo color bermellón que la enferma. Se suena la nariz en un pañuelo y dice, por primera vez sin cascar nueces, sino con calma, casi susurrando: «Salgan».

Las niñas están seguras de que Volódiechka es nuestro profesor de dibujo, Vladímir Gueórguievich Steinbuch. Antes de su clase, el portero echa sobre la pizarra de clase un trozo grande de paño verde. A Vladímir Gueórguievich se le oye en el pasillo, siempre está refunfuñando en voz baja, todo el rato regaña a alguien. Entra, saluda con la cabeza sin mirarnos, estira los pliegues, coloca las figuras geométricas de escayola. No es joven, tampoco guapo, tiene la nariz húmeda y abotargada, un labio hinchado. Resulta completamente incomprensible que se pudiera querer besar esos pies con zapatos viejos. Dicen de él que en su juventud llegó a estudiar en Italia, que era un pintor de mucho provecho, pero que se dio a la bebida por culpa de cierta princesa que lo abandonó después de muchos tormentos. Las niñas más pequeñas se contaban lo que oían a las de los cursos superiores. A veces, el profesor de dibujo se abstrae y allí mismo, en clase, amenazando con el puño a alguien invisible tras el cristal, suelta gruñidos ahogados: «Ve a pintar azotes a la administración del *vólost,* lo mismo hasta te aplauden. ¡Chúpate esa!». En el cristal de la ventana se clava una higa, y el labio se hincha con más fuerza y se vuelve del revés.

Yevguenia Kárlovna Volchanétskaia, Yevgueshka, enseña alemán. No permite que en el aula resuene el más mínimo ruido superfluo: durante la clase está prohibido hasta afilar el lápiz. Y todo con una voz que puede cortar el cristal. La temen y no gusta, de ella se cuenta que sus padres le regalaron una caja de bombones de chocolate y que invirtieron en ella veinticinco rublos. El odio por Yevgueshka se traslada a sus artículos y participios. Y me sienta especialmente mal que mi padre, cuando en casa tomamos avena de la marca Hércules, siempre bromea: ¿por qué es Herr Kules, y no Frau Kules? Quizá por eso, antes de empezar el gimnasio, me

parecía que el alemán debía de ser divertido.

Por otra parte, todas estamos enamoradas de nuestra francesa, a la que otras maestras y preceptoras no soportan. María Iósifovna Martin es la única que no es como todas, vestidas de azul oscuro o negro; ella lleva blusas vistosas, pieles de zorro rojizo sobre los hombros y una peluca pelirroja en la cabeza. En clase cantamos *Sur le pont d'Avignon* y bailamos con ella agarradas de la mano. Da saltitos por los pasillos entre los pupitres, como si de verdad estuviéramos en ese famoso puente en un Avignon irrealizable, imposible. En una ocasión, María Iósifovna trae una fotografía y nos deja estupefactas que ese puente único en el mundo donde no se puede hacer sino cantar y bailar esté roto hacia la mitad del río. Después de las clases a nuestra francesa la espera un oficial en la puerta del gimnasio.

Lo que peor se me da es la aritmética y, en general, las ciencias exactas. En la cena, mi padre intenta explicarme la adivinanza del aldeano, la barca, el lobo, la cabra y la col, sobre todas esas idas y venidas de una orilla a otra, y yo solo veo los ojos de la cabra y me imagino con mucha claridad el lobo, la col y el río, y ese aldeano que tanto me enerva, porque seguro que su mujer y sus hijos están cansados de esperarlo en casa.

Empiezan las adoraciones. La enfermedad de las notitas y los suspiros se apodera de las niñas, una detrás de otra. Yo también empiezo a adorar. El objeto de mi culto es Nina Rókotova, del último curso, del pedagógico, con una trenza gruesa y larga, por debajo de la cintura. Nina me parece una criatura superior. En los cambios de clase, las estudiantes van por el pasillo agarradas del brazo, y yo intento moverme justo para estar detrás de ella. Delante de mí se agita su trenza, atada con un lazo de seda blanco. Nina comenta con su amiga una pelea en la pista de hielo, objeto de todas las

conversaciones del gimnasio: por ella, por mi Nina, los estudiantes de octavo del gimnasio masculino organizaron un duelo y se pelearon con los patines. Mishka, que estaba en ese momento en la pista y lo había visto todo, contaba que habían separado a los duelistas, pero uno de ellos tuvo tiempo de abrirle la mejilla al otro con el filo del patín, que hubo mucha sangre y que se llevaron al hospital al estudiante que había perdido el conocimiento. ¡Y todo eso por amor! ¡Por ella, por mi Nina! Corriendo, me acerco a ella por detrás, atrapo el extremo de su pesada trenza y le doy un beso. Nina no permite que nadie toque su trenza, excepto yo.

Me parece que todo el mundo está enamorado. Están enamoradas todas las chicas del gimnasio. Están enamoradas mis hermanas. Mi hermana Katia se ha enamorado por fotos del piloto Kuznetsov, que planea en el cielo en su ligero cual mariposa —así lo describieron en los periódicos— Blériot. Mi hermano Sasha está en contra de Kuznetsov, a favor de Haber-Vlynski en el Farman. Las pasiones se defienden con desesperación, hasta las lágrimas. Cuando Kuznetsov organiza vuelos en Rostov, empieza el lío. Toda la ciudad se lanza al campo de la arboleda Balabánov. No hay forma de abrirse camino ni por Skóbelevskaia ni por Guimnázicheskaia. Todos los lugares de pago dentro del polígono vallado están llenos, multitudes de curiosos se agolpan en una masa densa e inmóvil junto al cercado, hay gente colgada de las puertas cocheras, sentada en los tejados, agolpada en los balcones. Se avisa al público de que el vuelo se ejecutará siguiendo las reglas del Aeroclub de Rusia y que se reconocerá como realizado si el aparato se mantiene en el aire al menos tres minutos. Kuznetsov, recibido con una frenética ovación, se sube a su Blériot, que en verdad parece una mariposa. El avión toma velocidad, separa por un instante las ruedas del suelo, pero enseguida toca tierra, desplomándose sobre el ala

derecha. Para alivio del público se anuncia que las entradas son válidas para una nueva exhibición dentro de unos días, cuando esté arreglada la hélice y el ala. El vuelo no sale tampoco una semana después, el aviador vuelve a caer nada más elevarse y se marcha de la ciudad sin gloria alguna, llevándose el Blériot roto. A Katia se le pasa el amor por Kuznetsov. Sasha sí que celebra: Haber-Vlynski, que llegó poco después a Rostov, sobrevuela al público y la rosaleda en su Farman mucho más de tres minutos.

Masha también tiene un romance. La corteja Borís Müller, el hijo del profesor de alemán en el gimnasio masculino. Yo participo en el romance de forma activa: ayudo a mi hermana en el intercambio de «secretos». Me envuelve una sensación maravillosa y desconocida: no soy una simple transmisora de notitas, ¡estoy sirviendo al amor! Masha me hace un montón de preguntas: cómo ha sujetado la carta, qué ha dicho y con qué tono, cuándo la ha leído, qué expresión tenía su cara. Cuando Borís viene a nuestra casa, Masha a veces se encierra con él en su cuarto y yo debo avisarlos con una señal convenida si mi madre aparece de repente. Al otro lado de la puerta se oyen voces ahogadas y alteradas, hasta me parece que sueltan ternos. Después, silencio. ¿Qué se puede callar tanto tiempo?

Borís quiere ser oficial de la marina. Sus notas, repletas de afirmaciones de su amor, las escribe con trazo regular, parecido a los panales de las abejas.

Borís y Masha van al cinematógrafo y me llevan con ellos. Me maravilla la película en color sobre las mariposas. Borís explica que se hace a mano: las trabajadoras de la fábrica de cine pintan las imágenes y se estropean los ojos, después se quedan ciegas. Se me queda mal cuerpo ante esa simple relación. Alguien debe quedarse ciego para que nosotros veamos las bonitas mariposas.

Borís es luterano, y una vez, por el camino, mientras paseaba

con Masha, echamos un vistazo a la iglesia protestante. Me sorprende que recen sentados en pupitres.

Masha se mira sin cesar al espejo, se gira para que se le vean los bultitos en el pecho. Lo pasa mal porque no le crecen. Sin embargo, a mí sí que me están creciendo, aunque es algo pronto.

Veo que mi hermana marca con circulitos en un calendario secreto varios días y, de buenas a primeras, le pregunto por esto justo en un momento en que Borís está en casa, tenían intención de ir a casa de él a tocar algo de música y estaban seleccionando libros. Hecha la pregunta, me espanto por haber preguntado algo que no debía. Masha se pone coloradísima, Borís también. Mi hermana me golpea con todas sus fuerzas en la cabeza con los libros y se encierra en su cuarto. Borís llama a la puerta, ella no abre. Se marcha soltando entre dientes: «¡Tonta!». Todavía hoy sigo sin saber si se refería a Masha o a mí.

Ese día aciago, Masha, mientras ponía la mesa, se tropieza y se parte el labio con el borde de la mesa. La sangre tarda en dejar de salir, después mi hermana va varios días con un apósito debajo de la nariz, mejor dicho, se niega en redondo a salir de su cuarto. Le da miedo que alguien la vea con la cara así. Una y otra vez se pone histérica porque parece un monstruo y ya nadie va a quererla. Intentamos tranquilizarla, pero no quiere escucharnos, y a mí me grita: «¡Vete!». Cree que todo es por mi culpa. Sé que no tengo la culpa de nada, pero al mismo tiempo comprendo que la única culpable de todo soy yo. Llorando, le cuento a mi madre lo que ha pasado, busco consuelo en ella. Me responde: «Una vez al mes, la naturaleza le recuerda a la mujer que puede ser madre». Es la primera vez que mi madre no me comprende. Y no se puede hacer nada. A Masha le queda de por vida una fea cicatriz.

Mi hermano Sasha se burla de nuestros «amores», pero él

también tiene un romance, y encima desgraciado. Escribe cartas a alguien. A veces empieza a hablar de las mujeres con altivez, con desprecio. Lo presiento: él sabe algo que nosotras no sabemos. Me da miedo hacerle preguntas. Solo veo que, de cuando en cuando, papá le da tres rublos a escondidas de mamá.

También Niusia está enamorada, ya tiene novio, pero casi no tiene tiempo para verse con su Kolia, porque se pasa las horas tocando el piano. Niusia es la esperanza y el orgullo de la familia, porque se va a estudiar a San Petersburgo, al conservatorio, y será seguro una pianista famosa en todo el mundo. Parece que ella es la única que tiene dudas al respecto.

Yo estudio música en casa. Me enseñan sin un método fijo, a veces mamá, a veces Niusia. Niusia abre el método de Hünten, empieza a explicarme el sistema musical, pero se harta enseguida de jugar a las maestras y me deja con mamá después de hacerme llorar con su ofensivo veredicto: no podré ser concertista porque tengo las manos pequeñas, a duras penas si alcanzo una octava. Nadie piensa en la correcta colocación de las manos, yo las fuerzo como puedo para sacar un sonido más fuerte con mis dedos débiles, mamá alaba mi «percusión». En realidad, esas clases me estropean la mano, pero yo le pongo ganas y, en cuanto comprendo la clave de bajo, empiezo a desentrañar yo sola las canciones.

A Rostov llega de gira la reina. No la española, sino la de verdad: Viáltseva. Todas las conversaciones giran en torno a ella. De Viáltseva se asegura en el gimnasio que los botones de sus botines altos de moda son diamantes. Mi hermano Sasha, que la acecha con sus camaradas a la entrada del hotel en la avenida Taganrogski, dice que casi no sale vivo de una riña cuando ella lanzó a la multitud una foto dedicada. En la cena, mi padre cuenta que, cada vez que llega a una ciudad que tiene universidad u otros centros de enseñanza

superior, Viáltseva siempre va a ver al rector y le pregunta qué estudiantes han contraído deudas y, acto seguido, emite un cheque. En la recepción organizada en su honor por los padres de la ciudad, ella pregunta qué hay en Rostov. «¡Aquí no hay nada!», se altera mi padre, y hasta tira el tenedor a la mesa. «¡No hay nada! ¡Es un agujero!»

Mi madre le dedica desdeñosa a la «inigualable»:

—¡Una camarera!

Todos los de la mesa nos escandalizamos, yo más que nadie. Mis hermanas y yo escuchamos en casa sin parar los discos de gramófono con grabaciones de Viáltseva. Yo canto todo su repertorio.

Papá va a ver a Viáltseva al Asmólovski y puede llevarnos solo a uno de nosotros. Tiene dos entradas. Lo echamos a suertes. ¡El ansiado papelito de la gorra de Sasha me toca a mí! Esa noche no duermo, después peno todo el día, no veo el momento de que llegue la tarde. Por fin estamos en un teatro lleno, a rebosar. Todo vendido. La sala tan pronto estalla en ovaciones como se apaga, conteniendo la respiración, al oír la voz divina. En la sala se respira amor. Tenemos buenos sitios, pero no logro distinguir bien la cara de Viáltseva debido a las lágrimas que me salpican los ojos. Con ansia aprehendo cada instante, cada movimiento de sus manos, la pose, cómo saluda, cómo ralentiza la ráfaga de aplausos. El aire rezuma amor por la inigualable reina, como si fuera una esponja. La reina, magnánima, acepta ese amor. Ella se permite amar. Miro a mi padre, sus ojos ardientes. Desde ese día lo sé todo sobre mí. Mientras me quedo dormida, imagino el día en que veré mi nombre en un cartel, impreso en tipos grandes, y me duermo feliz.

Vivimos en la calle Nikítinskaia, a donde da la puerta de servicio del Palermo, es una sala de conciertos de verano construida en un

jardín, la entrada principal está a la vuelta de la esquina. Aquí actúan las reinas de paso de rango inferior. Hacemos un agujero en el cercado y escuchamos a Nina Tarásova, María Yúdina, Yekaterina Yuróvskaia. Observo con atención, intentando recordar lo que entonces me parecía importante: cómo había que saludar al público para recibir las ovaciones entusiastas. En casa, frente al espejo, ensayo todas las reverencias posibles. Un día paso por la plaza de la Catedral y, de pronto, me asusta un estallido de aplausos: una carreta al pasar había asustado a una bandada de palomas. Se apodera de mí una sensación de increíble felicidad por la seguridad de que todo eso va a pasar de verdad: el escenario inundado de flores, las ovaciones, los saludos. Y yo saludo agradecida a las palomas.

Mi padre compra discos. Mis hermanas y yo, febriles, olvidándonos de todo, giramos por turnos la manivela del gramófono y escuchamos una y otra vez las voces queridas, hasta que mamá empieza a quejarse de dolor de cabeza. Si no canta el gramófono, canto yo. Es que no puedo callar cuando todo en mí canta y rabia por salir.

Intentamos no perdernos ningún concierto. De día en el Palermo hay muchas moscas y, por la tarde, mosquitos; el público espanta a los insectos y parece que el director también está todo el rato espantando con la batuta a los latosos chupasangres. En el intermedio, los hombres salen del pabellón a fumar; las mujeres y los niños, acompañados de madres e institutrices, forman una cola a la puerta del tocador. Yo los miro y pienso: no saben nada de mí. Pero yo ya los quiero. Y no solo por su futuro amor por mí, sino simplemente así porque sí. Los quiero, ya está.

El pasado no está, pero, si se cuenta, las palabras pueden estirar días enteros o, al revés, se pueden embutir años enteros en unas

pocas letras.

Ahí estoy con el boletín de notas con el paso al siguiente curso, regreso a casa feliz y orgullosa de mí misma.

Y otra vez el boletín con el paso de curso.

Y otra vez.

Los recuerdos no tienen fecha ni tiempo ni edad. Por ejemplo, recuerdo a mi amiga, a la hermosa Lialia, enseñándome a dar besos. En lugar de preparar la lección y resolver el problema de un mercader que, por alguna razón, no podía solucionar sin nosotras cuánta tela debía cortar, nos besamos hasta que los labios se nos hinchan. Yo intento averiguar quién ha enseñado a Lialia a besar así. Ella no suelta prenda. Después lo confiesa: una prima en las vacaciones de Navidad. ¡Y qué más da cuándo fue, cuántos años tenía, en qué curso estaba, en qué siglo, en qué planeta! Solo importa que lo veo todo como si fuera ahora: ahí está Lialia frente a mí en el diván, particular de alguna manera, naranja bajo los rayos oblicuos del sol poniente; se frota con un pañuelo la mancha de tinta en la palma, el pañuelo también está naranja, teñido por el ocaso, pero ahora además es violeta, tintado. Lialia lo humedece con saliva, vuelve a frotar la mancha, vuelve a humedecerlo y a frotar, y ahora tiene los labios y la lengua teñidos por la tinta. Y nada podrá borrar nunca esa tinta de sus labios. Ni el tiempo ni la muerte.

Por fin me enamoro «de verdad», de un hombre adulto. Mejor dicho, de una fotografía suya que he visto en *Ogoniok,* con la leyenda: «Príncipe Yusúpov, conde Sumarókov-Elston», con pantalones blancos, con una raqueta de tenis en la mano, con una sonrisa deslumbrante. A primera vista siento que es él, que es mi elegido, mi caballero. No dudo de que el destino hará que nos encontremos. Cómo y cuándo, no tiene importancia. El destino lo organiza todo él solo, hará que coincidamos, nos lanzará al uno en

los brazos del otro. En el manual, un dibujo: dos tiros de ocho caballos tiran en diferentes direcciones de los hemisferios de Magdeburgo, a los que nada une entre sí, simplemente han extraído de ellos el aire. El cochero fustiga los caballos hasta más no poder, pero esos hemisferios están tan pegados que no hay forma de desprenderlos. Yo sé que nuestro amor será tal que no podrá desgarrarlo ninguna fuerza.

También se enamoran de mí, pero ¡qué poco se parecen mis caballeros rostovitas al príncipe Yusúpov, al conde Sumarókov-Elston! Me cortejan los gemelos Nazárov, del gimnasio Stepánovski, orejudos, un poco obtusos, violentos. Un chico de su gimnasio estuvo patinando conmigo en la pista y le dieron una somanta, tapado con abrigos en el guardarropa.

Mi padre cuenta que los gemelos son un error de la naturaleza, nada grave, pero un error. Si los dejas a su aire, seguro que va a haber uno que conduce y uno que es conducido, y uno atacará al otro. Yo me fijo en que mantienen una continua lucha por ver quién es el primero de los dos. Un día, en invierno, en el barranco del parque Novoposelenski, donde todos nos lanzamos en trineo por dos pendientes, los Nazárov se pusieron a prueba: volar el uno hacia el otro, a ver quién gira el primero, quién se asusta, no aguanta. Todos se paran, observan cómo se lanzan el uno hacia el otro, las miradas se enfrentan, quién será el primero en pestañear, en girar. En el último suspiro uno de ellos hace un giro hacia un montón de nieve aplanado. Se habrían matado de no ser por ese montón.

Al principio no logro distinguirlos; después, en un determinado momento, me empieza a parecer que no se parecen en nada, tan diferentes son. Pero que me guste uno u otro es completamente impensable. Cuando nos invitan a la onomástica de unos conocidos comunes, uno de ellos, Semión, aprovecha la ocasión para quedarse

conmigo a solas en un cuarto. Hay que hablar de algo, pero él se queda parado, sudando y colorado.

En mayo, cuando los hermanos pasan bajo las ventanas de nuestro gimnasio, igualitos, con la chaqueta blanca de lino tupido del uniforme, los botones del cuello abrochados, con la vista fija en las ventanas por las que se asomaban las estudiantes, el otro, Petia, estaba tan abstraído mirando que se chocó cuan alto era con un poste de telégrafo.

En verano, en vacaciones, se van con sus padres a Alemania. De todo el viaje, cuando se les preguntaba a los gemelos qué habían visto en Europa, los Nazárov solo recordaban la fortaleza de Núremberg y, en ella, la *Folterkammer,* la cámara de torturas con la doncella de hierro, donde se atormentaba a los infelices, y con los demás instrumentos que los habían dejado pasmados, para diferentes tipos de penas y torturas: tijeras de hierro para arrancar la lengua, una aguja para sacar los ojos, pequeñas teas que se clavaban debajo de las uñas y luego se encendían, y otras cosas por el estilo. Sobre todo los habían impresionado —y entonces pasan a susurrar y se lo cuentan solo a los chicos al oído, pero se oye todo— unos alicates para retorcer las partes sensibles del cuerpo masculino.

Pero los Nazárov se convierten en nuestros salvadores cuando Mishka, Tusia y yo, junto con otras amigas del gimnasio, salimos a dar una vuelta por Najicheván. Nos importunan unos operarios borrachos de Temernik, y los Nazárov, que andaban detrás de mí, se lanzan con valentía a pelearse con ellos. Desde entonces vamos a pasear con los gemelos al parque de Novoposelenski, donde no se estaba a salvo de los gamberros. Ellos llevan navajas y puños americanos.

El mundo está dispuesto de una forma extraña: los gemelos Petia y Sioma están dispuestos a acuchillar a alguien por mí, pero yo

no los quiero a ellos, sino a una tarjetita fotográfica, a un papel, a una rara mezcla de blanco y negro, y todo esto es tan sencillo que es imposible de explicar.

Me he puesto a releer lo he escrito y, de pronto, he caído en que todavía no he dicho nada de la hermana pequeña de mi madre, de la tía Olia, que a veces venía de Petersburgo.

Ahí está, entra volando, haciendo ruido con los tacones, en nuestro cuarto que, con su aparición, se vuelve pequeño, polvoriento y aburrido, porque todo en ella es ímpetu, trascendencia, capitalino. La rodeamos en el diván, la ahogamos a besos. Nos trae regalos a todos, lo que sea, como reprocha mamá meneando la cabeza, lo más innecesario. Por alguna razón, lo más innecesario es bastante formidable: todas esas plumas, prendedores, tarjetitas, abanicos. La tía Olia dice que hay que vivir *zefiroso*. Y ella siempre respira, anda, come y se ríe así, *zefiroso,* con ligereza, vaporosa. A veces le gusta aturdirte con preguntas del tipo: ¿qué prefieres, una comida sabrosa en una vajilla fea o una mala en una bonita?

Una tarde, después de cenar, represento con expresividad una fábula que he aprendido en el gimnasio, «La cigarra y la hormiga», sin tener ninguna duda de que todos me van a aplaudir, entusiasmados por mi talento de actriz, en cuanto pronuncie con el dedo levantado al techo con aire sentencioso: «¡Baila ahora!». Pero la tía Olía, sin esperar a que acabe, se levanta con ímpetu y me interrumpe con un grito: «¡Nada de eso! ¡Nada de eso, Bélochka!». La tía Olia me explica cómo comprender bien el significado de la fábula: «La cigarra es alegre y dulce, vive como hay que vivir esta vida, se lo pasa bien, canta, disfruta del sol y del cielo, es la más buena y pone sus esperanzas en la bondad de los demás. Ella sirve a la belleza, ¿lo entiendes? Y la hormiga es una miserable, una avara, como todos los ricos, ¡pequeñoburguesa y grosera!».

La tía Olia nos trae el diario de Bashkirtseff, a la que por poco no reza, y por las tardes lo lee en voz alta: «Por eso la gente se avergüenza de su desnudez, porque se consideran imperfectos. Si estuvieran seguros de que en el cuerpo no hay ninguna mancha, ni un músculo mal formado, ni una pierna deforme, empezarían a pasear sin ropa y no se avergonzarían… ¿De verdad se puede uno

resistir y no mostrar algo que es realmente hermoso, de lo que enorgullecerse?». La tía Olia cuenta que estuvo en Suiza, en el lago de Lugano, y vivió allí varias semanas en una colonia donde todos iban desnudos, los hombres y las mujeres. Además, se indigna porque ni siquiera en el arte se representan los genitales masculinos, como si fuera algo indecente, cuando es lo más sagrado, ¡el misterio de la existencia y el sentido del orbe! A Jesucristo, continúa ella, lo crucificaron desnudo, como corresponde a los esclavos sentenciados, y después los popes empezaron a destruir las crucifixiones auténticas y a vestir a Jesucristo.

Nuestra vieja nana la escucha por la puerta abierta y escupe: «¡Desvergonzada!». No le gusta nada la tía Olia, ni mucho menos estas conversaciones que, según sus convicciones, lo único que hacen es echarnos a perder.

A mamá tampoco le gustan estas conversaciones, pero ella no puede irse o quedarse callada, intenta debatir con su hermana: «¡Pero qué cosas dices, Olia! Si es una vergüenza natural, en el ser humano hay fronteras morales que separan la parte inferior de la superior, hay, a fin de cuentas, limitaciones morales consagradas por la milenaria experiencia humana, por las leyes, por la religión, a fin de cuentas».

La tía se altera, se pone de pie, empieza a correr por el cuarto y a demostrar que en todas las religiones, desde que el mundo es mundo, ha sido algo completamente natural y que era el centro del respeto, que el mundo antiguo adoraba a Príapo, que era una divinidad, y que el cristianismo simplemente lo ha tergiversado, porque no puede soportar lo que está vivo, porque es la religión de la muerte y por eso tiene tan poca vitalidad y muy pronto desaparecerá por sí sola, ya casi está muerta. «Basta con echar un vistazo a la Biblia —se acalora la tía Olia—, en ella también juraban

ante eso como algo sagrado, agarrándose de ese sitio. Cuando Abraham envía a su siervo a buscar una mujer para Isaac, le dice: pon tu mano bajo mi muslo y jura por Yahvé, Dios del cielo y de la tierra. Y después el siervo le pone la mano a Abraham ahí y jura por todo. ¿O no?»

La tía Olia se dirige a mis hermanas mayores, pero yo estoy hecha un ovillo en el sillón, presto atención y recuerdo. La admiro, pero, al mismo tiempo, me da pena, porque, como dicen mis hermanas, está sola, a pesar de sus numerosos romances. La tía Olia estuvo casada tiempo atrás, pero se le murió un hijo. Después dejó a su marido y ya no ha vuelto a tener familia.

«Además, hemos metido la pata con el nacimiento», continúa la tía, encendiéndose un cigarrillo y abriendo el ventanillo a la oscuridad heladora, por donde se cuelan en el cuarto gritos de borrachos y ladridos de perros. «No teníamos que haber llegado al mundo aquí, sino en algún lugar cerca de un mar cálido y también en otro siglo, en la Antigua Grecia, donde amaban el amor y no tenían miedo a amar, donde la vida era ruda y natural, y no ruda y artificiosa, como ahora. ¡No creo yo que la vida en la Hélade fuera más ruda que la vida en vuestro Temernik!»

Adoro a la tía Olia porque siempre dice cosas extrañas. Sé que Jesucristo dispuso que amáramos a todos, pero ella se indigna con el cristianismo: «¿Cómo se puede separar en el ser humano una cosa de la otra, el cuerpo, de Dios?», dice. «¡Es como afirmar que las raíces y la flor son dos seres diferentes!»

Mi padre escucha a la tía Olia en silencio, solo alguna vez intercala alguna observación. Una vez que la conversación deriva al origen de la religión, él dice que al principio había no amor, sino caza, había que matar un animal salvaje para sobrevivir. Así que los cazadores tomaron como ayudante a un cazador grande y fuerte que

los ayudara a matar. «No —replica la tía Olia—, Dios empezó con la mujer cuyo hijo cayó enfermo y nadie pudo ayudarla. Y a ella solo le quedó elevar los brazos al cielo y rezar.»

Escucho a la tía Olia y me acuerdo del suburbio de Rostov en el barrio de los operarios del ferrocarril de Vladikavkaz: el tufo de las cervecerías, por doquier los «cadáveres vivos» que yacen en su propio vómito y sangre. A las puertas de una taberna, chillidos de mujeres, una pelea ebria, lúgubre. A causa de todo, desolación, pobreza y sinrazón, a causa de los improperios, la suciedad, la gente. Pero la tía Olia afirma que hay que vivir en paz, como unos recién casados, enamorarse de la vida todos los días, porque los recién casados están llenos de amor y observan todo como si fuera la primera vez. «Debemos pasar toda la vida en una luna de miel —nos dice—, y casarnos con todo, con un árbol, con el cielo, con los libros y con todas las personas del mundo, con una flor bonita, ¡incluso con este aire helado del ventanillo!»

Querido futuro ex-Nabucodonosaurus:

¡Hurra! ¡He recibido su postal! Es agradable estar en un reino tan lejano, en la capital de las capitales, observar su trazo y saber que le va todo bien. Al truchimán, por supuesto, le afligió mucho que no quisiera ir al colegio. Pero juzgue usted mismo, ¿quién quiere? Sin embargo, después, en algún momento, tendrá algo que recordar.

Y si no se quiere recordar, se recuerda igual. Créame. Con el pasado siempre sucede así.

Por ejemplo, tenemos a Galpetra, a la que he citado en alguna de mis misivas previas. Cuántos años habrán pasado, ni siquiera sé si sigue viva, pero ella siempre está lista.

No sé qué tal será la disciplina en el colegio, pero en nuestras clases con Galpetra siempre había un silencio ideal. Con todo, se la

dibujaba en el servicio, desnuda y con bigotes y tetas pesadas. La ingenua venganza infantil. Nadie se decidía a nada más. Ni los niños ni los maestros.

El héroe favorito de Galpetra era Janusz Korczak. Organizábamos alguna buena y ella se ponía a gritarnos y tarde o temprano llegaba a Korczak. Cuando hablaba de él, se convertía en alguien completamente diferente. También le cambiaba la voz: «Pero ¿cómo? ¿Cómo dejar a los niños solos en el vagón sellado o en la cámara de gas?». Siempre nos contaba lo mismo, con las mismas frases. Todos sabíamos ya qué iba a decir, de memoria. Siempre se le llenaban los ojos de lágrimas cuando llegaba a las palabras: «Así que el 5 de agosto del año 1942 Janusz Korczak condujo a los niños de su orfanato a la calle, formaron columnas y, desplegando la bandera verde del rey Macius, se encaminaron a su último viaje; Korczak iba delante, llevando a dos niños de la mano». Y terminaba siempre así: «¿Comprenden por quién sufría? ¿Por quién entregó su vida? ¡Por ustedes! Y ustedes…». Con todo, cuando un niño inteligente y leído dijo que Korczak no era Korczak, sino Goldszmidt, ella se molestó como diciendo que no era ningún judío. Se puso a defenderlo y se indignaba con que, cuando por una vez nacía un hombre decente, enseguida empezaban: ¡pues tiene apellido judío!

El niño inteligente no quería decir eso, pero ya era imposible que se justificara.

Galpetra enseñaba botánica y zoología, en los alféizares de clase crecían toda clase de plantas en unas macetas. Sabía el nombre de todas en latín y siempre repetía: «Las plantas son seres vivos, pero se las nombra en una lengua muerta. Ahí tienen, en un clima meridional eso son hierbajos, crecen en cualquier sitio, pero aquí son plantas de interior. Sin el amor y el calor humano no sobrevivirán a nuestro invierno».

De sus lecciones solo me ha quedado que hay plantas angiospermas y criptógamas.

Vaya, me he entregado a recordar, ¿y para qué quiere un truchimán recordar todo esto?

Una vez, Galpetra se recorrió el pasillo con un papel pegado con celo en la espalda. El mismo pictograma. Con las enormes tetas. Alguien se las había apañado para pegárselo sin ser visto en el barullo después de clase. Al futuro truchimán por un segundo se le pasó por la cabeza llegar y quitarle el papel o decirle que se girara. Pero solo por un segundo.

Así que usted, querido futuro ex-Nabucodonosaurus, debe ir al colegio para después recordar cualquier tontería innecesaria, tipo las criptógamas o un papelito con un dibujo de retrete, porque todo se compone de esto.

Le escribo desde el tejado. Aquí, en el tejado del *Istituto Svizzero,* la terraza tiene vistas a la ciudad eterna. Todo Roma en la palma de la mano. Solo que una palma muy grande.

Aquí va mi postal para usted. A la derecha, sobre la Villa Borghese, se ha levantado de nuevo un globo aerostático azul, lleno de dibujos imitando el antiguo *montgolfière.* A la izquierda, en algún lugar sobre la piazza Venezia, ulula un helicóptero, se ha pegado al cielo como una mosca a un papel adhesivo, zumba y no se mueve. Hasta los montes Albanos todo son cúpulas y tejados. En línea recta, sobre San Pedro, da vueltas una mancha viva y oscura. Una bandada enorme de pájaros. Tan pronto se contrae, oscureciéndose, haciéndose más densa, como se alarga, se hincha, estirándose, derramándose. Es como si por el cielo volara una enorme media negra que no hace sino darse la vuelta. ¿De dónde habrán salido tantos pájaros?

En este tejado, el truchimán se queda medio día. Después baja.

El enorme edificio está en calma, las estatuas examinan silenciosas los cuadros. Todo es de mármol blanco: las paredes, las escaleras, las columnas, como torneadas en terrones de azúcar refinada. Esta villa la construyó tiempo atrás un magnate azucarero suizo que quería contemplar Roma en la palma de su mano tendida. Ahora está aquí el Instituto Suizo. Detrás de cada puerta hay becarios que se pasan los días enteros haciendo algo. La primera tarde un pintor invitó al truchimán a su atelier y le habló largo y tendido de su proyecto: un estómago enorme digiriendo Berna, incluso le mostró una animación en el ordenador. Otro pintor también lo invitó a su atelier y le enseñó cómo hace *Lampenbrote:* por un agujerito saca la miga de unas barras de pan grandes, introduce dentro una bombilla y las suspende del techo. El pintor apagó la luz, se quedaron a oscuras y, sobre sus cabezas, lucía una barra. En el tercer atelier, en una torre con una vista sin interrupciones de toda Roma, la pintora se arrancó un pelo de la cabeza y se puso a pegarlo de tal forma en un trozo de jabón que obtuvo un mapa del mundo. Incluso le regaló al truchimán un jabón mundial así.

El truchimán, una vez que deja el portátil en su cuarto, sale a la via Ludovisi. Los olores de la calle romana: gasolina, café por la puerta abierta de un bar, incienso y velas de una iglesia, perfumes de una *boutique,* orina y cal húmeda de un pasaje. Alrededor, algarabía: los transeúntes se intentan hacer entender con sus *telefonino.* Un perro rabioso ha mordido un escúter y ahora hay una epidemia en la ciudad, la enfermedad se ha extendido rápidamente a coches y autobuses, se mueven como atontados. También han perdido el juicio las tapas de las alcantarillas, a saber quién se creen que son: pises en la que pises, siempre S. P. Q. R., «Senatus Populusque Romanus». Por la tapa brota vapor al pavimento, denso, pesado; enmasilla la calle ocupada por escúteres. Un hueco en el

paisaje de la calle. Una abertura. ¿O es que Roma se ha desgastado de tanto mirarla?

Sobre las cabezas, el puntero de una guía con un pañuelo rosa anudado. El truchimán va detrás de ella. Lo conduce a Barberini. En una plaza Tritón sopla una concha marina, hinchado, cada mejilla es como una naranja. El chorro es una raya al medio en su vértice. Tiempo atrás aquí exhibían para su reconocimiento a los difuntos que se encontraban. El agua restalla en los adoquines.

Los olores, el ruido, son romanos, pero el color de las casas es realmente moscovita: en Sívtsev Vrázhek la argamasa descascarillada, medio desmoronada, de los viejos palacetes tenía este color, cálido, acogedor.

Por la via Sistina hacia Gógol. Los números de las casas también han perdido el juicio. Se fue construyendo en una secuencia solo posible en Roma. Ahí está, el 125. En la puerta, una placa con un nombre. Aquí vive un tal De Leone. Las ventanas del piso superior. Alguien mira tras las cortinas. Abajo, un establo para burros. Si usted supiera con qué alegría dejé Suiza y volé a esta alma mía, a mi bella Italia. ¡Es mía! ¡Nadie en el mundo podrá quitármela! Nací aquí. Rusia, Petersburgo, las nieves, los canallas, el departamento, la cátedra, el teatro… ¡Todo eso lo soñé!

¿Llamo? Abrirá un anciano, al enterarse de a quien viene a ver el extranjero, anunciará con tono estudiado que Gógol no está, que se ha marchado y nadie sabe cuándo regresará y que, a su llegada, lo más probable es que guarde cama y no reciba a nadie.

La guía con un bastoncillo de bambú sobre la cabeza sigue la calle hasta Trinità dei Monti. Un trapito blanco, atado en una lazada, revolotea como una polilla por encima del barullo.

La escalinata española está tejida con cuerpos, brazos y piernas, un tapiz vivo, fugado de los Museos Vaticanos. Un negro atosiga a

las parejas con un ramo de rosas. En el suelo reptan unos soldados mecánicos de plástico, gritan algo en su lengua plastificada, disparan apuntando a las servilletas arrugadas, a los vasitos aplastados. Una vieja con una garrota está retorcida sobre el piso de mármol, alarga la mano, balbucea algo en voz baja, solo se oye *prego* y *mangiare.* Los dedos sucios golpean la garrota. Igual que en el paso subterráneo de Elektrozavódskaia, solo que ha aprendido a decir dos palabras en italiano.

El truchimán se sienta en los escalones, mira al gentío abajo, en la fuente de la Barcaza, en via Condotti, inundada de cabezas hasta el borde, como una papilla. Como si en algún lugar un puchero estuviera cociendo esas cabezas y cuece y cuece y nadie le dijera: «¡Puchero, para!», así que había inundado todas las calles.

El truchimán mira las casas agrisadas por el invierno, las nubes descoloridas de diciembre.

Varios años antes, el truchimán había estado en estos escalones, pero no solo.

Leucipa y Clitofonte. Píramo y Tisbe. El truchimán e Isolda.

El truchimán había estado aquí con su Isolda. Su hijo había cumplido un año, y ellos, después de enviarlo con la abuela, vinieron varios días. Había que escapar del piso que olía a niño pequeño, sacar a Isolda de todo eso agitado, doméstico y depresivo que poco a poco la lleva a la locura, de todas esas comidas que siguen un horario, pañales, coladas, baños, noches insomnes. Para esos somnolientos y torturados padres era muy importante volver, aunque fuera unos pocos días, a esos que habían sido antes: un hombre y una mujer que se amaban.

Llegaron a la escalinata de España ya tarde, y vieron una boda, el mismo novio y la misma novia que habían visto antes en Letrán. La novia nocturna llevaba todavía el vestido nupcial del día y,

sentada en los escalones, tocaba la guitarra y cantaba *Yesterday*. También cantaba el novio y los invitados. Toda la escalinata cantaba con ellos: *I believe in yesterday…*

Solo han pasado unos pocos años y Roma es otra, aunque todo está en su sitio y las estatuas no se han desvanecido. Los mismos *palazzi* descascarillados con mellas en la argamasa desprendida. Y las estatuas sobre ellos a lo lejos, como enormes insectos encabritados, todo igual que entonces. Y los mismos gatos se esconden debajo de los coches. La misma suciedad en las calles, el mismo escudo de mármol cubierto de musgo verde encima de la puerta y las mismas rejas oxidadas en las cuadrículas oscuras de ventanas cegadas mucho tiempo atrás. El mismo murmullo del agua en la concha de la barca, musgosa, enredada en hiedra. Y todo es diferente.

De la otra, de la primera Roma, quedaba la sensación de lluvia y sol. La blusa empapada entera, pegada a su cuerpo, Isolda pellizcaba la tela adherida para apartársela. El sonido de las llantas en el adoquín todavía lluvioso, pero ya brillando bajo el sol, era realmente especial, con un chasqueo, un silbido húmedo. En los muros, hojas y piedras mojadas, el sol aguado, cegador. Y todo exhala vapor, las baldosas de la acera, la ropa blanca calada tendida encima de la cabeza, las espaldas de las estatuas. Después de la lluvia, el aire se vuelve intenso, oloroso, fresco, pero solo por unos minutos, después el sol pica de nuevo y no hay quien respire por los gases de los tubos de escape.

De la mañana a la noche, museos, galerías, iglesias. Lienzos oscuros, altares dorados, cuerpos de mármol.

La Roma de los cuerpos. Cuerpos por doquier —pétreos, pero corpóreos—, de hombre, de mujer, medio animales. Músculos, tórax, pechos, ombligos, culos, de dióscuros, emperadores, madonas,

tritones, dioses, faunos, santos. Muslos, rodillas, gemelos, talones, dedos de los pies separados.

Esa Roma se había deshecho en pedazos.

Una lagartija se aleja a toda prisa cruzando una pared, se ha escondido debajo de una hoja, solo queda la cola, como una media luna diminuta. ¿Dónde fue? Entre algunas ruinas de ladrillos, finos, de dos dedos.

De repente, otra vez la lluvia; por la puerta abierta de la *trattoria* vuelan las gotas. Un auténtico aguacero: por las aceras y el pavimento, torrentes a borbollones. Debajo de un coche se asoma un gato rojizo, se protege ahí de la lluvia. El truchimán pide lasaña y *due bicchieri*. Isolda le enseña a brindar en italiano. Hay que decir:

—*Cento giorni come questo!*

Beben para que esas gotas que vuelan hasta sus piernas desnudas, el ruido del aguacero, el gato rojizo, el italiano en la mesa vecina que sujeta el *telefonino* entre la oreja y el hombro porque así es más fácil explicarse con las manos, para que todo esto se repita cien veces. Ese restaurante está muy cerca, en via della Croce. Se quedaron allí un buen rato, agotados, con los pies doloridos. La carta estaba solo en italiano y ellos señalaban con un dedo el cartón manchado, y el camarero se lo explicaba señalándose: eso es hígado. ¿Y esto? Se palmeaba el muslo, un trozo de lomo, decía. ¿Y esto? Se pegaba los codos a los costados y agitaba las manos como si fueran alas: *¡piccione, piccione!*

Entonces, en Roma, por primera vez después de un año repleto hasta la saciedad de preocupaciones —cómo encontrar trabajo, piso, organizar la vida con un niño pequeño—, el truchimán vio lo guapa que se había vuelto Isolda después del parto. Lo vio mientras iban por el pasillo del hotel —se habían cambiado y quería cenar en algún sitio en el centro—, ella caminaba delante y comentaba algo, y él,

como si fuera la primera vez, vio su pelo, el escote del vestido, cómo se balancean las caderas, su andar con tacones. Ella comentaba algo, girándose en la penumbra del pasillo estrecho, y las lámparas del techo cambiaban su rostro cada pocos pasos, ya era el perfil habitual, el completamente familiar, ya uno ajeno, desconocido, que quería tocar con los dedos, besar.

Entonces cenaron en el Ulpia, justo sobre el foro de Trajano, sentados en una terraza abierta. En las mesitas ardían velas orondas en vasitos de cristal, ya había oscurecido. Muy abajo, unos ocho o diez metros —allí el tiempo se mide en metros—, yacía la Roma clásica; mejor dicho, sus restos, cada ruina estaba iluminada. Las columnas estaban caídas como huesos de caña roídos. Mientras esperaban el *carré d'agnello* pedido, bebían vino y se leían la guía, intentando comprender dónde estaba qué dos mil años antes de ellos, pero situarse en todos esos foros de Vespasiano, Augusto, César, Nerva que se habían sucedido entre sí era completamente imposible; encima resultó que la mayor parte de esos foros habían sido soterrados de nuevo en tiempos de Mussolini. El truchimán miraba a Isolda y entonces, a la luz de las velas, por primera vez se fijó en que se le movía la punta de la nariz cuando hablaba o comía. Por alguna razón no lo había visto antes.

Intentaban encontrar en la guía algo sobre el nombre del restaurante, quién había sido Ulpia: ¿una diosa, una mujer, una ciudad? Pero en el libro no venía nada sobre ella. De algún lugar por abajo llegaron los chillidos de unos gatos, estaba celebrando una boda invisible gatuna en un foso enorme que se había enyerbado poco a poco. Y costaba creer que justo ahí se hubieran exhibido para su contemplación general las manos cercenadas de Cicerón, clavadas en la tribuna oratoria. Había cierta incongruencia entre esas manos clavadas y ese enorme hoyo, vacío, gatuno, cubierto de

hierba verde, suculenta.

Isolda se quitó las sandalias y, por debajo de la mesa, puso los pies en las rodillas del truchimán. Él, por debajo de la mesa, le acariciaba los dedos y la escuchaba leer sobre la columna de Trajano, sobre la que, por alguna razón, estaba Pedro iluminado por un reflector. Parecía que nevaba, porque al anochecer en las calles de Roma irrumpían, como de una almohada descosida, numerosísimas mariposas nocturnas, y relumbraban a la luz de las farolas, las ventanas, faros y reflectores. Las mariposillas revoloteaban a su alrededor, se empeñaban en caer en la vela. Isolda las apartaba del fuego con el libro.

Iban de regreso al hotel, un poco alegres después del *chianti* y la *grappa.* Quietos, examinaban los bajorrelieves en la columna más famosa del mundo: ahí los agentes romanos regresaban con las cabezas cortadas de los dacios, y ahí los dacios se rinden y las mujeres y los niños abandonan sus casas, y los romanos se instalan con su ganado, aquí un dacio se apuñala para no rendirse a los romanos, allí un soldado besa la mano de Trajano, más arriba las mujeres dacias queman con antorchas a los soldados romanos muertos y desnudos, por encima de ellos cabezas de romanos en picas en los muros de las fortificaciones dacias, más arriba todavía los romanos talan árboles —y, en las estacas, otra vez cabezas— y así, sin cesar, subiendo por la espiral, el símbolo del movimiento, del progreso, y en la cima, un hombre mayor, quieto, teme moverse, perder el equilibrio, no es capaz de comprender cómo ha acabado ahí, en esa altura, lo importante es no mirar abajo o se mareará.

Había mariposillas nocturnas por toda la ciudad, daban vueltas en las farolas, caían muertas en el pavimento y todavía se agitaban. Los niños las quemaban con un mechero. De pequeño, el truchimán había quemado así con cerillas montoncitos de pelusas de álamo.

Toda Moscú se cubría de esa pelusa, como si fuera nieve. Y estos quemaban la nieve de las mariposillas.

Hacía calor hasta por las noches. Cuando subieron a su hotel, el aire de la habitación estaba cargado. Isolda abrió el fuerte chorro de agua fría del lavabo y metió las palmas, las manos, los codos. El truchimán la abrazó, la atrapó y la llevó por toda la habitación, la soltó en la cama, ella se lo acercó con las manos mojadas y frías. El chorro del grifo olvidado seguía haciendo ruido. Isolda susurró:

—Ve a cerrarlo.

El truchimán respondió:

—Es la lluvia tras el cristal.

Ese primer día en Roma, el truchimán miraba todo el rato a esa mujer tan de siempre, de todos los días y, al mismo tiempo, desconocida, y pensaba: aquí está, esto es la felicidad, oír sus dientes chocando en el vaso cuando bebe, ver la mancha húmeda extendiéndosele por el pecho cuando se tiró el agua encima. Oler sus olores. Ese día ella olía a sandalias nuevas, a la tienda, al cuero, al pegamento, al sudor, a perfume. Quedarse acostado en la cama del hotel y verla por el vano de la puerta, en el espejo, cuando pasa sin falda o sin blusa. Verla colocándose el estrecho sujetador. Sentir en las mejillas y en las palmas unos pinchazos fuertes y breves: se había depilado las piernas unos días antes, ya le habían crecido un pelín y pinchaban. Y cuando Isolda se metió en la bañera y abrió la ducha, le pareció que se vestía de agua.

Antes de conciliar el sueño esa noche, se dieron masajes en las piernas, agotadas por el día. Se tumbaron con la cabeza hacia los pies del otro, acodados. El truchimán le echaba una crema fragante de lavanda en los talones, en las cicatrices de las piernas —las huellas de la operación después de su accidente—, e Isolda le contaba que, de pequeña, cuando iba en coche con sus padres por

el calor del desierto iraní, ella pedía: «¡Mamá, tráeme frío!», y su madre sacaba la mano por la ventanilla, la dejaba así un minuto y después traía un puñado de aire desde fuera al coche incandescente y se lo restregaba por el cuello.

Isolda se apartó la colcha mientras dormía, y su piel, cubierta de transpiración, brillaba a la luz de la luna. Entonces el truchimán pensó de nuevo cuánto se necesitaba para sentirse feliz: estar un poco ebrio por la *grappa,* por Roma, por el amor, por la vistosa luna tras la ventana que pendía como el rabo de una lagartija escondida detrás de la nube, como si fuera una hoja, dormir junto a esa mujer y saber que al día siguiente vendrá la mañana, pero no una mañana cualquiera, sino una mañana en Roma, cuando sientes con mucha intensidad que tienes poco tiempo y que no puedes perder ni un instante, que hay que salir cuanto antes a zambullirse en la ciudad.

Esa noche el truchimán se despertó porque los mosquitos lo estaban picando. No podía dormir por el ruido que hacían y se rascaba una y otra vez los picotazos. Encendió la luz y se puso a golpear las paredes con la guía, dejando en el empapelado manchas de sangre. Después ya no logró dormirse. Recogió la colcha del suelo, se envolvió en ella y se apoyó en el alféizar, que se asomaba a una calle romana que clareaba, todavía somnolienta, vacía, ya fría. Al amanecer se puso a llover de nuevo y todo empezó a brillar, en los adoquines húmedos resplandecía el reflejo de las farolas, de los anuncios, del letrero de un bar, del escaparate. Todo olía, le parecía que hasta el alféizar y el muro del edificio emanaban también unos olores romanos especiales.

El truchimán pensaba en Tristán.

Antes del truchimán, Isolda tuvo a Tristán. Se amaban y también venían a Italia de vacaciones.

Una vez iban de viaje y tuvieron un accidente. En algún lugar

entre Orvieto y Todi. Iban por una carretera sinuosa sobre el Tíber. En una curva, un camión salió volando directo hacia ellos.

Tristán conducía el coche. Murió en el acto. Lo aplastó el volante.

Isolda sobrevivió. Se hizo dieciséis fracturas.

Pasaron varios años y se casó con el truchimán, y ahora se amaban y habían venido de vacaciones a Italia.

Esta vez el truchimán se sentó al ordenador para hacer una traducción. En esa época todavía tenían un ordenador común. De pronto el truchimán vio, al echar un vistazo a los últimos archivos abiertos, un nombre extraño. El día anterior Isolda había estado trabajando en ese archivo. El truchimán sabía que no se deben leer cartas y archivos ajenos. Lo abrió. Era un diario que ella llevaba.

Primero el truchimán quiso cerrar el archivo sin leerlo.

Después empezó a leer.

Era un diario raro. Isolda no hacía anotaciones todos los días o todos los meses. Solo cuando se encontraba mal.

El truchimán empezó a leer las anotaciones para saber qué escribía a escondidas de él, de la persona con la que compartía la vida.

Cuando les iba bien, ella no anotaba nada, es como si esos días no existieran. Y cuando sentía que no podía más, cuando experimentaba ataques de asfixia por la vida compartida con el truchimán, se sentaba en el ordenador, abría ese archivo y se desahogaba. Las discusiones que el truchimán hacía mucho que había olvidado continuaban viviendo escritas sobre huellas frescas, todavía sin curar, sin perdonar.

También era raro que ella le escribiera el diario a Tristán.

En esas páginas al muerto le llegaba amor, y al truchimán, quejas, amargura, irritación.

Ella escribía las palabras que se lanzaban para hacerse daño,

pero no escribía las que se susurraban después.

El truchimán decidió no decirle nada a Isolda y no volver a leer nunca lo que no estaba destinado a él.

Por alguna razón, mientras reservaban los billetes para Roma y el hotel, Isolda quiso alojarse precisamente en este hotel, aunque no tenía nada de especial. Y entonces, asomado a la ventana a la calle lluviosa y nocturna, el truchimán pensó de repente en que ella había estado con Tristán precisamente en ese hotel. Pero al momento se sorprendió de sí mismo: ¿cómo se le podía haber ocurrido semejante tontería?

El truchimán se acostó, pero le costó conciliar el sueño, porque todo el rato pensaba en Tristán, en que Isolda había estado con él en Roma. Examinando todo lo que habían hecho ese día, de repente se le ocurrió que ella había brindado con Tristán de la misma manera, que había dicho: *«Cento giorni come questo!».* Y quizá habían estado sentados de la misma manera, incluso en la misma *trattoria* —¿por qué ella lo había llevado precisamente ahí?—, y también llovía en la calle y también habían esperado la lasaña y habían bebido a sorbos *chianti,* servido, quizá, en las mismas jarritas.

A la cabeza le venían pequeñeces, detalles cuyo sentido se revelaba solo ahora. Habían volado a Fiumicino y tenían que comprar los billetes del tren a Roma. Había máquinas automáticas en las que se podía pagar con tarjeta. Isolda dijo:

—No, no, ¿y si se la traga? Ya me ha pasado.

Había una cola muy larga para la taquilla, así que el truchimán metió la tarjeta de crédito en la máquina y justo pasó eso: ni billetes ni tarjeta. *Benvenuto all'Italia!* El truchimán se quedó en la máquina e Isolda se fue a buscar ayuda. Ella habla un poco de italiano. Quienes estaban tras las ventanillas no podían ayudar. Quienes

podían ayudar no estaban. Y allí estaban ellos junto a la máquina, esperando. Isolda se ponía nerviosa y el truchimán la tranquilizaba, que eran tonterías, que se apañarían, y ya se disponía a llamar para bloquear la tarjeta. Isolda solo repetía:

—*Gottverdälli!*

Después aparecieron unos italianos, abrieron la máquina con una llave y el truchimán recuperó su tarjeta. Compraron los billetes en la taquilla y subieron al tren a Termini. Ahora, por la noche, se le ocurrió que la máquina también debió de haberse tragado así la tarjeta de Tristán.

Antes Roma recibía a quienes llegaban en la puerta principal —*Porta del Popolo*—, pero ahora solo lo hace por la de servicio. Llegas a rastras a la estación por sucios suburbios. Mientras se acercaban a Termini, el truchimán buscaba Roma por la ventana, pero solo le mostraban patios traseros feos, poco acogedores. Lo primero que vio cuando salieron de la estación fue un McDonald's. *Ecco Roma?* Isolda lo consoló: para que Roma empiece, hay que entrar en un bar y tomarse de pie el primer *espresso.* Entraron en un bar estrecho y alargado en el que, como en una cueva, vivía una máquina que resoplaba y hacía café, se tomaron de pie su primer *espresso* y, como si fuera una pócima mágica, Roma empezó, en efecto. Pero ahora el truchimán pensaba en que Tristán debió de decirle eso a ella: «Para que Roma empiece, hay que entrar en un bar y tomarse de pie el primer *espresso*».

Entonces, en Roma, después de esa noche, de repente al truchimán se le empezaron a revelar cosas sencillas en las que antes ni había pensado. Por ejemplo, a Isolda le encantaba que le presionaran con las uñas en diferentes puntos del cuero cabelludo, la ayudaba contra el dolor y cuando no lograba despertarse pero tenía que madrugar. Seguramente la sangre le afluía a la cabeza y

en verdad le sobrevenía una especial lucidez, serenidad. Al truchimán también le gustaba que, por la mañana, Isolda le presionara con las uñas la cabeza, primero muy poquito, después cada vez más fuerte. Y ahí estaban venga a esperar un tren en el metro de Roma, sofocante, sudoroso, y a Isolda le dio dolor de cabeza. Se sentó en un banco y el truchimán se puso a darle masajes así, con las uñas, en la cabeza. Ella cerró los ojos, ronroneaba. Y el truchimán preguntó:

—¿Fue idea de él?

Ella dejó de ronronear, abrió los ojos.

—¿De qué hablas?

Entonces el tren, todo pintado de grafitis, irrumpió en la estación. Entonces ella no comprendió, o no quiso comprender, y el truchimán no se decidió a seguir preguntando.

Vagaban por los Museos Vaticanos y acabaron en una galería vacía y alargada: hileras de tallas blancas a lo largo de las paredes. Cuerpos inanimados. Brazos, piernas, cabezas, pechos, estómagos: todo eso se había encontrado en la tierra, y ahora estaban expuestos para su identificación. Jarrones, sarcófagos, bajorrelieves. Y otra vez cuerpos: sin ojos, sin brazos, sin piernas, castrados. En el lugar de los órganos sexuales, hojas. Si no se podían cubrir, rotos con un martillo. A un ciego musculoso, después de girarse —no vaya a vernos alguien—, le tocó con una mano donde ya no había nada:

—¡Menudos idiotas! ¿Por qué odian tanto la vida?

Alguna vez todas esas figuras fueron dioses o personas, y ahora se habían convertido en estatuas de sal y las habían metido ahí. Cadáveres de mármol. Estaban expuestas en hileras, como una guardia de honor en una recepción en el reino de los muertos. A Isolda se le ocurrió revivirlos: darles a cada uno una historia. «Por ejemplo, ese, fíjate, era supersticioso y se ponía primero la sandalia

en el pie izquierdo y después en el derecho. Para su enfermedad en el pecho, el médico le prescribió una cura con leche de burra, y él se tomaba un gran vaso todas las mañanas. También tenía el trasero cubierto de pelo.» Y, así, el truchimán y ella se inventaron algo para cada uno. Ese de ahí, esa era una copia romana del original griego perdido, le gustaba cantar y, cuando cantaba, se le inflaban las fosas nasales. Una vez iba contento a casa y cantaba, y se encontró con uno que le dijo que ahí iba sin saber que su casa se había quemado, y que su mujer, que todo se había perdido. De pequeño, su madre le había enseñado a utilizar lampazo y hojitas cuando iba al retrete, a arrancarlas por el camino. Esa otra también era una copia romana de un original griego perdido, quería a un casado y temía ser feliz con él, no podía disfrutar de su felicidad, porque sabía que la felicidad tiene un precio, así que cuando su hijo enfermó enseguida comprendió por qué. Y luego ese guerrero, de nuevo una copia romana, había regresado de la guerra indemne y su mujer se alegró de que estuviera vivo, y los niños, de los regalos. Tenía tales dientes que podía morder un clavo. Una vez se rompió una uña del dedo, la uña creció, pero una mancha negra fue subiendo hacia arriba. Y él entonces pensó que, cuando la mancha negra llegara al borde de la uña, pasaría algo bueno. Pero la mancha no llegó, no le dio tiempo.

Y, así, andaban y revivían a los muertos. Pero al truchimán ya no se le iba de la cabeza el que todo eso Isolda ya lo había hecho con Tristán, que ese juego se lo había inventado él entonces, y que de la misma manera, abrazados, habían paseado por esa galería interminable, llena de tallas muertas, repartiendo trocitos de vida a los fragmentos de mármol.

Había, además, un sarcófago, marido y mujer, yacen uno con la cabeza en los pies del otro, acodados. Ella tiene un peinado de rizos diminutos; él, una barba muy recortada. Se miran sonriendo. Se

acaban de dar mutuamente un masaje en los pies cansados de la vida, ahora se quedarán dormidos y se despertarán juntos.

Casi todas las esculturas eran copias de originales desaparecidos. Incluso ese Apolo Belvedere. Aunque para el truchimán era una copia del Apolo que estaba en la nieve de Ostánkino y al que había bombardeado con nieve.

El truchimán le hablaba a Isolda de Galpetra, del Apolo de Ostánkino, y ella se reía.

Todos los meses, Galpetra llevaba a su clase a un museo, sobre todo al Pushkin en la calle Voljonka. Cuando pasaban junto al David, las niñas, mirándole el bajo vientre, cuchicheaban y soltaban risitas y, por alguna razón, resultaba desagradable la vara de metal hincada en la espalda del héroe para que no se cayera, era como un engaño y, además, la guía no paraba de repetir que todo en ese museo eran copias.

Junto a la copia de Laocoonte dijo:

—Vean con qué belleza un escultor antiguo supo representar el sufrimiento en la cara de un padre en cuya presencia perecen sus dos hijos.

Del original dijo que estaba en Italia, en el museo Vaticano, y al truchimán se le quedó grabado el suspiro de Galpetra:

—Ojalá poder echarle aunque sea un vistazo…

A la pregunta de si había preguntas, el futuro truchimán, en traje de escolar que relucía en los codos y rodillas, preguntó:

—¿Y por qué aquí enseñan copias? En un museo todo debe ser auténtico.

En respuesta la guía explicó que todo lo auténtico está en Italia y que esas esculturas eran copias exactas, es decir, prácticamente lo mismo que un original, y se llevó al grupo.

Y ahora el truchimán estaba en Roma, y todo volvía a parecer

una copia, las esculturas en los Museos Vaticanos, las estatuas de los ángeles de Bernini en ponte Sant'Angelo, también Marco Aurelio en la colina Capitolina y el obelisco egipcio delante de Santa Trinità dei Monti, y para lo auténtico de nuevo debía recorrer otro sitio y buscar.

Incluso el Tíber parecía una copia mala de algún otro, de uno desaparecido, del auténtico. El truchimán e Isolda miraban desde un puente el agua muerta marrón, las orillas bajas cubiertas de una capa de cieno seco y agrietado, y de modo alguno entraba en la cabeza que esa corriente bulliciosa que transportaba espuma sucia fuera el mismo Tíber en el que, un día soleado de octubre, una cruz ayudó a Constantino a ahogar al pagano Majencio y, como consecuencia, el mundo se convirtió en cristiano. ¿En ese barro líquido?

Incluso el propio truchimán resultaba ser una copia de algún original perdido.

En la guía, en el capítulo sobre Laterano, leyeron sobre la escalera santa del palacio de Poncio Pilato y sobre la cabeza de Pedro y Pablo, que se conservan en la basílica papal. Se dirigieron a Laterano. Bajaron al metro, donde no había cómo respirar, e Isolda dijo que estaba cansada y que sería mejor limitarse a pasear por algún parque; el día anterior habían estado en Villa Borghese, en una arboleda encontraron un banco vacío, en algún lugar por detrás del estadio; el truchimán se tumbó y apoyó la cabeza en los muslos de ella, hundió una mejilla en su blanda tripa. Isolda le revolvió el pelo. Hacía viento y las sombras de las ramas correteaban por su cara, por los hombros desnudos, por la hierba, el caminito de arena, por el mármol de las estatuas. El truchimán descansaba y leía en voz alta la guía, algo sobre un arco del triunfo: un emperador robó para sí las estatuas y los bajorrelieves del arco de otro emperador.

Isolda dijo: «¡Mira, el arco del triunfo!». Los pinos se alzaban pegados unos a otros, y debajo de sus brazos estaba el cielo.

Eso había sido el día anterior, pero ahora, en el metro, Isolda preguntó:

—¿De verdad quieres ver la escalera y las cabezas?

—Sí.

—¿Crees que son auténticas?

—Bueno, quiero quedarme convencido.

Entraron en el vagón pintado de grafitis, sofocante, hasta los topes.

Por el camino Isolda le contaba que en su colegio tenían clases de religión y cuánto lo habían odiado. Y el truchimán le contaba a Isolda que en su colegio tenían ejercicios de propaganda antirreligiosa. Las impartía en horario escolar la misma Galpetra. El truchimán sabía desde pequeño que Dios no existía y por eso para él, como escolar que había penado por culpa de los granos, del temprano y abundante vello, de la falta de amor y del miedo a la muerte, era muy importante encontrarlo. O algo parecido. La clase se moría de aburrimiento y Galpetra nos machacaba con que a Dios lo habían inventado los clérigos para que fuera más sencillo atontar a las gentes sencillas y cerradas, con que el juicio final lo crearon para pecar ellos y no permitírselo a otros, y con todo lo que convenía decir en esas clases. «En Dios solo pueden creer las viejas», decía Galpetra. «El cristianismo es una religión de esclavos y suicidas. No hay ninguna vida en el más allá y no puede haberla, todo lo vivo muere y ninguna resurrección es posible. La lógica es simple: si Dios existe, no existe la muerte; si existe la muerte, entonces no existe Dios.» Isolda se reía y decía que a ellos en los ejercicios de religión, al revés, los convencían de que Dios existía, y que también se morían de aburrimiento.

Y ahí está el truchimán con Isolda delante de un edificio en el que estaba escrito SANCTA SANCTORUM. Entraron. Abajo, a la izquierda de la entrada, debajo de un cristal se exhibía una maqueta del palacio de Poncio Pilato, y podía verse dónde se encontraba la escalera. La habían trasladado de Jerusalén a Roma, habían tapado los peldaños con tablas, y los lugares donde había caído la sangre de Cristo los habían cubierto con cristal. Y ahí estaban el truchimán e Isolda mirando a la gente que bajaba de rodillas y se encaramaba arriba. Cada uno trepaba a su manera. Los había que lo hacían en un periquete, adelantando a todos. Otros se detenían un rato en cada peldaño, rozaban las tablas pulidas, medio desgastadas, con la frente y besaban todas y cada una. Una mujer no hacía sino mirar para atrás y colocarse bien la falda. Se les quedó en la memoria una joven muchacha inválida, la metieron en una silla de ruedas y la ayudaron a ponerse de rodillas en el peldaño inferior. Después echó a reptar con las patas muy abiertas. Se veía el trabajo que le suponía cada movimiento. Después llegó un grupo de escolares, estos echaron a reptar alegre y ruidosamente, empujándose y ensuciándose unos a otros con los deportivos y las sandalias, era evidente que esto les causaba especial placer. Y en el momento en que Isolda y él estaban justo delante de la escalera y veían a los escolares adelantando a la muchacha inválida, en ese mismo momento, alguien tocó al truchimán en el hombro. Al principio este no prestó atención, había tropeles de turistas por doquier y todos se atropellaban. Otra vez alguien lo rozó. Se giró y vio a Galpetra. Seguía llevando el mismo gorrito de mohair y el mismo traje de lana morado. Incluso llevaba las botas a medio abrochar y, encima de las botas, las calzas del museo. El mismo bigotito, la misma tripa. Hizo una indicación hacia la escalera:

—¿Qué haces ahí? ¡Vamos, repta! —Y añadió, meneando la

cabeza en señal de reproche—: Entonces no me creías…

Por alguna razón, al truchimán le pareció importante contárselo a Isolda, pero ella no lo entendió. Preguntó para aclararse:

—¿Te has encontrado con una conocida?

Galpetra había desaparecido.

Se fueron a mirar cabezas.

Mientras cruzaban la plaza, la música tronaba en algún lugar, una canción italiana que todo el tiempo repetía «amore, amore, amore», y al truchimán se le hizo raro que en ese momento fueran a ver la cabeza —o al menos un trozo de hueso, qué más daba— del hombre que a la cuarta vigilia de la noche fue andando tras Él sobre el mar: salió de la barca, pasó por encima de la borda y puso un pie en las olas.

La catedral estaba, como todos los sitios, a rebosar de turistas; los altavoces musitaban en latín. Caminaban entre la multitud, y el truchimán no lograba comprender dónde estaba la cabeza. La corriente los llevó de nuevo al quiosco de la entrada. Isolda le preguntó en italiano a la vendedora. Esta señaló una de las postales. En el cartoncito había un altar todo de oro y mármol, como una pequeña torre, parecido a una ilustración para el cuento del gallo de oro. La vendedora dio unos golpecitos en la postal con una uña larga y verde, con estrellitas de purpurina, y señaló la parte de arriba, como diciendo: vayan al altar y miren arriba.

El truchimán comprendió por qué no había visto enseguida lo que buscaban: habían entrado a la catedral no por el pórtico principal, sino por uno lateral. Ahora atravesaron la multitud hasta el altar desde la entrada principal. En el primer piso de la fabulosa torrecita, tras la espiral de la reja dorada, se exponían en verdad dos bustos. El truchimán miró con atención, pero solo vio algo con pomada, de mejillas rosadas, de crines negras. Los altavoces

pasaron al italiano y se animaron notablemente, revivieron, una de cada dos palabras era *amore.* Sobre los confesionarios ya se apagaban, ya volvían a encenderse unas bombillas rojas. Pasaba abriéndose paso entre la multitud una excursión de japoneses, seguían un palo de esquí con un pañuelo verde atado en el extremo.

Isolda dijo:

—¿Satisfecho? ¡Vámonos!

Antes de marcharse, se pararon en una capilla a la izquierda de la entrada, justo había un casamiento. Miraron a través de la reja: el novio y la novia estaban sentados en sillas y, delante de ellos, el sacerdote vestido de blanco decía algo. Eran divertidos los aspavientos de brazos. Era evidente que no le bastaban las palabras y, a la italiana —gesticulando con pasión—, intentaba convencer a los jóvenes para que se amaran hasta la muerte y después.

El truchimán e Isolda salieron y sacaron el plano con el que paseaban por Roma. El mapa era viejo, estaba gastadísimo en las dobleces y, encima, más de una vez acabó con ellos bajo la lluvia; al final, se convirtió en andrajos. Pero Isolda no quería comprar uno nuevo, decía que se había acostumbrado a él. El truchimán pensó que con ese mapa ella debía de haber paseado por Roma entonces, con Tristán.

Muy cerca estaba la iglesia de san Clemente, en la que está enterrado Cirilo, con cuyo nombre se denominan las letras sin las cuales no habría nada en la vida del truchimán.

—Entramos, ¿vale? —propuso, pero Isolda dijo que le dolían los pies y que ya no iba a ir a más sitios.

Se sentaron en una terraza de un café.

—¿Estuviste ahí la otra vez?

—No.

El truchimán se puso a convencerla, que estaba muy cerca, a

diez minutos en dirección al Coliseo, que allí podían tomar el metro e irse al hotel, pero Isolda dijo que le rozaban las sandalias nuevas. Y añadió:

—Además, ¡no entiendo por qué tenemos que andar viendo todas esas cadenas unidas, astillas recogidas de a saber dónde y los huesos de a saber quién!

El truchimán sabía por qué quería ir allí a toda costa.

Debía sacarla de la de Tristán: de la Roma de ellos dos a otra.

El truchimán se puso a hablarle de Cirilo. Mejor dicho, quería hablarle de algo que seguro que Tristán no sabía. De pronto, al truchimán le pareció que no se lo estaba contando a ella, sino a él. Ya ves, Tristán, esto no lo sabes y yo sí. ¡Presta atención! El antiguo Jersoneso es ahora Sebastopol, pues justo ahí, Tristán, empieza el mundo sin ti. Allí donde ahogaron al santo mártir Clemente, el tercer papa de Roma y discípulo de Pedro, durante la guerra civil ahogaron a oficiales. Les ataban —a unos en el cuello, a otros en los pies— viejas anclas, trozos de hierro, rocas, y los lanzaban al agua. En unas memorias el truchimán había leído que los buzos que habían descendido al fondo en ese lugar se habían encontrado en algo parecido a un bosque: los cuerpos muertos querían emerger y, atados, se alzaban en las profundidades, unos con los pies hacia arriba, otros con la cabeza, a todos los inclinaba en la misma dirección la corriente subacuática, como a los árboles el viento, y a uno los retazos de la camisa se le levantaban cual alas. Bueno, pues esa orilla la recorrió Cirilo, quien había recibido de las nubes el alfabeto cirílico, las letras del truchimán. El receptor de las letras celestiales relató el martirio de Clemente a los habitantes de Jersoneso, que nada sabían de esto y no le creyeron. Cirilo entonces navegó hasta ese lugar y empezó la búsqueda para convencerlos. El nivel del mar había bajado en los siglos transcurridos desde

Clemente. El mar había retrocedido y se había formado un bajío de arena. Así que Cirilo buscaba en la arena y nada encontraba. Los habitantes se burlaban de él. Pero Cirilo continuaba cavando en la arena, porque lo que buscaba no eran huesos, claro está, ¿a quién le hacen falta unos huesos? No quería encontrar costillas o el cráneo, sino pruebas. Bastaba con que brillara bajo el sol una costilla blanqueada por el mar y la arena. Porque algo debía demostrar que Dios existe y, por consiguiente, la muerte no. Y algo así solo puede demostrarlo un milagro. Y entonces algo brilló en la arena, soltaba destellos bajo el sol: una costilla. Un hueso que cegaba por su blancura. Se pusieron a cavar más hondo y encontraron la cabeza y todo lo demás. A todos los dejó estupefactos el aroma. Porque los olores son el lenguaje de Dios. Cirilo trajo a Roma esos huesos con tan delicioso olor. Y a él también lo enterraron en esa iglesia junto con Clemente. Seguramente porque sus huesos también olían bien.

—¡Otra vez huesos! —suspiró Isolda—. Está bien, vamos.

Se quedaron un poco más en el café, se tomaron un *espresso* en unas tacitas diminutas, como de cáscara de huevo, y se dirigieron a San Clemente. Isolda solo dijo que, por el camino, tenía que pasar sí o sí a una farmacia para comprar tiritas. Pero no encontraron ninguna por el camino.

Isolda ya cojeaba cuando al fin llegaron. Estaba cabreada y no hablaba. Se sentó en un banco de la iglesia y dijo que no iba a bajar a ningún subterráneo.

El truchimán bajó solo.

Caminó bajo las bóvedas pálidamente iluminadas y se cabreó, a su vez, con Isolda, pero todavía más consigo mismo por haberla arrastrado hasta allí con la rozadura en el pie. Podían haber ido al día siguiente o al otro.

Alrededor se veían unos restos caídos. Había humedad. Al

truchimán lo adelantaron unos grupos de turistas a los que conducían al piso inferior, donde en unos sótanos igual de húmedos y de luz escasa se había adorado a Mitra. El truchimán también se coló ahí, pero encontró lo mismo: restos, humedad.

En la penumbra de los pasadizos al final encontró el sepulcro de Cirilo. Estaba escondido en un lateral. En la losa de piedra había flores de papel, cubiertas por una gruesa capa de polvo. Y en los muros de alrededor, en placas conmemorativas en las que se inmortalizaban soberanos olvidados, decretos promulgados en cirílico.

Entonces el truchimán vio a Isolda. Había bajado al final. Tenía la guía en las manos.

—¡Aquí estás! —dijo—. Estaba sentada leyendo. Oye, resulta que aquí no hay ninguna reliquia de Cirilo. Las quitaron en 1798, hubo un levantamiento y arrojaron todos los huesos a la calle. Tampoco hubo un papa mártir Clemente, mejor dicho, hubo dos Clementes, un cónsul, que en efecto fue mártir, pero no papa, y otro que fue papa, pero no mártir. Después la leyenda los unió en una única persona. Aquí también dice que, según investigaciones recientes, ¡Pedro no estuvo nunca en Roma!

A su lado, sin pararse, pasó un grupo de japoneses. Los llevaban al mitreo. En la penumbra, levantaban mucho los pies para no tropezar en el suelo irregular de tierra. De uno en uno, los turistas desaparecieron por el paso estrecho que conducía al siguiente subterráneo. El truchimán e Isolda subieron, salieron a la calle, donde incluso el viento impregnado de olor a gasolina les pareció aire fresco después del subterráneo, y se fueron al Coliseo, despacio, con frecuentes paradas. Ella cojeaba y se agarraba a su brazo.

De nuevo había quioscos. Se pararon en un tenderete en el que había guías de Roma en todas las lenguas. El truchimán se puso a

hojear la edición en ruso. Se la enseñó a Isolda como diciendo: ya ves qué tonterías editan, solo fotos con pies, nada que sea un poco humano. Entonces acudió el vendedor italiano, empezó a hablar y hablar, seguramente a elogiar, a convencerle de que lo comprara, le faltó poco para plantar el libro en las manos del truchimán, clavaba el dedo en las ilustraciones: ¡ya ve qué imágenes tan bonitas! El truchimán le plantó el libro de vuelta, pero con poca agilidad: el libro se escurrió de entre las manos y se cayó. Isolda se apresuró a recogerlo, sonrió al vendedor. Le susurró al truchimán que debía sonreír y disculparse.

—¿Me está intentando colar una porquería y yo tengo que sonreírle con educación?

—Sí —dijo Isolda—, aun así, hay que sonreír con educación.

—¿Por qué tengo que sonreírle con educación?

—Porque sí.

—Yo no debo sonreír a nadie con educación.

—Debes.

Cuando se hubieron alejado del tenderete, Isolda espetó:

—Eres un maleducado.

Y a él se le escapó de pronto:

—No como Tristán.

Isolda se paró. Miró al truchimán a los ojos. En la mirada de ella había sorpresa, ofensa y dolor. Le dio la espalda bruscamente y echó a andar con pasos rápidos, cojeando un poco con una pierna. Tenían que ir dirección al metro, pero Isolda iba en dirección contraria, de regreso a Letrán.

El truchimán quiso salir tras ella, agarrarla del brazo, detenerla, pero, en lugar de eso, se dio la vuelta y se dirigió al Coliseo. Andaba y se convencía: no pasa nada, de todas formas no tenían donde esconderse el uno del otro, se verían por la tarde en el hotel.

En la acera había desparramados envoltorios, papelitos y botellas de plástico aplastadas. En las manos del truchimán estaban los andrajos del mapa. Los tiró.

29 de septiembre de 1914. Lunes

¡Hoy he tenido una pesadilla! Me da vergüenza escribirla. Iba volando por el pasillo del gimnasio, desnuda, no sé por qué.

Por la mañana he ido con Tala a donde los Ignátiev. Otra vez estuvimos cortando vendas de gasa y enrollando, pero no a mano, como antes. Nos han traído una maquinita para cortar las vendas, y también se las puede enrollar con una máquina especial, así que a mano solo se preparan los paquetitos. Es muy cómodo y da tiempo a hacer muchísimas más.

El tiempo es frío, a veces con sol, a veces llueve.

He leído lo que escribí este mismo día el año pasado. ¡Qué niña era todavía!

30 de septiembre de 1914. Martes

Masha ha recibido carta de Borís y nos la ha leído en voz alta. No entera, algunas cosas, imagino que las más interesantes, se las ha saltado, porque nos ha tocado escuchar solo las descripciones detalladas de las clases en la academia, el horario del día, qué les dan de comer y el tiempo que hace. Su padre y él han decidido cambiarse el apellido. Ya no son Müller, sino Mélnikov. En cuanto se licencie como alférez, vendrá a buscar a Masha y se casarán. Mientras leía esto, ¡estaba toda colorada! Ha sido una tarde estupenda, nos quedamos todavía un buen rato hablando, pero a la noche Masha se coló en mi cama envuelta en lágrimas, había soñado que Borís iba en un barco y este se hundía. Yo quise

consolarla, pero también acabé llorando.

¿Cómo puede Dios quitártelo todo, cuando aún no te ha dado nada?

Masha me da mucha envidia, ¡quiere tanto a su Borís!

1 de octubre de 1914. Intercesión de la Virgen

«El amor es un no sé qué, que viene no se sabe de dónde y termina no se sabe cuándo», Madeleine de Scudéry.

Mañana por fin empiezan las clases. He echado tanto en falta a Misha, Tusia, a todas las nuestras, ¡incluso a las profesoras! Las instalaciones del gimnasio Bilínskaia las han ocupado para un hospital de sangre, así que vamos a ir a Bolshaia Sadóvaia, a la escuela de ciencias aplicadas, enfrente del hotel Bolshaia Moskóvskaia. Las clases tendrán dos turnos: las estudiantes del gimnasio, por la mañana, y los de ciencias aplicadas, después de comer.

Por la mañana lució el sol, pero ahora está lloviendo bastante.

3 de octubre de 1914. Viernes

En el pupitre me he encontrado mis iniciales arañadas con una navaja. ¡Qué tontería!

Las chicas se intercambian cartas con los estudiantes del centro, les dejan notitas en los pupitres. Pero Tala y yo creemos que es de tontos. Las conversaciones se limitan a los del segundo turno y a quién está enamorada de quién. Todas toditas están locas por Teriojin. ¡Si es un gallito! ¡Un idiota redomado! Ni ganas de escribir sobre esto tengo.

Masha se ha apuntado a las Hermanas de la Caridad y ha empezado un curso de dos meses. Quiere ir al frente sí o sí, al

ejército activo, y está nerviosa por si no llega, por si la guerra termina mientras se prepara. Está aprendiendo a poner vendas e incordia con las vendas a toda la familia. Pero nadie está para eso. Así que martiriza a nuestra pobre niñera. Por ejemplo, ahora en la cocina la niñera está, obediente, en un taburete con la cabeza vendada, esperando a que Masha revise su libro.

Ayer fue el primer día de Masha en el hospital. Cuando regresó a casa, se estuvo lavando sin parar y bañándose en agua de colonia. Quería librarse del olor a hospital. En la mesa no comió nada. Ha prometido que nos va a llevar a Tala y a mí al sanatorio. Nos permiten leer y cantar para los heridos.

6 de octubre de 1914. Lunes

Hoy hemos recibido una carta de Niusia desde Petrogrado. Escribe sobre sus estudios en el conservatorio y también que en la capital se siente la guerra por doquier. En el Mariinka, antes de cada espectáculo, se interpretan los himnos de los imperios aliados. Primero el ruso, después *La Marsellesa,* después *God save the King*. ¡¿Cuánto tiempo estarán de pie?! A Wagner, y a los alemanes en general, se los ha excluido del repertorio. En las tiendas grandes han colgado cartelitos: NO HABLAR EN ALEMÁN, POR FAVOR. Incluso en la sección de alemán de la Biblioteca Pública ha aparecido un letrero: BITTE, KEIN DEUTSCH! En un tranvía en el que Niusia iba al conservatorio, un viejito que quería hacerse el joven le cedió el sitio a una dama y, por costumbre, dijo: «Bitte, nehmen Sie Platz!». ¡Lo echaron del tranvía! ¡Qué horror!

8 de octubre de 1914. Miércoles

¡El mundo se ha vuelto loco! Apenas la semana pasada leímos en el

periódico que, en Petrogrado, una estudiante de un gimnasio se había tirado por la ventana con una imagen en las manos. Hoy, con una lluvia torrencial, bajo los paraguas, hemos enterrado a Dmitri Poroshin, del gimnasio masculino de Belovolski, el hijo del juez instructor. ¡Se ha pegado un tiro con el revólver de su padre! Lialia dice que estaba enamorado de la amante de su padre. ¡Las tonterías que se les puede llegar a escuchar a nuestras señoritas!

10 de octubre de 1914. Viernes

«El amor es un traidor. Te araña hasta hacerte sangre, como un gato, incluso si lo único que quieres es jugar con él». Ninon de Lenclos. ¿Y dónde encontrará Tala todo esto?

Los gemelos Nazárov han huido al frente. Han dejado una carta. ¿A quién? ¡A Tusia! Se la encontró en el pupitre, se sintió muy orgullosa y, antes de llevársela a la directora, nos la leyó a todas en el cambio de clase. Los Nazárov escribían que o yacían bajo una cruz de roble o regresaban con la orden de san Jorge.

¡Tusia estaba hinchada de orgullo!

14 de octubre de 1914. Martes

Durante el descanso estuve mirando por la ventana con otras chicas al hermano de Tala, Zhenia Martiánov, que, en el patio, hacía ejercicios en las barras paralelas. ¿Y si ha sido él quien ha rascado mis iniciales por todas partes? ¡Qué tontería! Pero entonces, en la ventana, tuve cosquilleos en los brazos y las piernas.

Zhenia saltó con gran agilidad al suelo, como un atleta de circo, levantó los brazos con mucho arte y miró con orgullo en nuestra dirección. Las chicas aplaudieron. Yo me aparté de la ventana, porque pensé: ¿y si su mirada me busca a mí? Abrí el manual, me

sumí en las letras. Y, ahí, Cicerón.

A media tarde me miré en el espejo. Todo el mundo asegura que soy una belleza, pero lo que se ve es una patata en lugar de nariz, ¡mejillas gruesas, barbilla horrible, frente repulsiva! Y los ojos… ¡Las pestañas! ¡Las cejas! Todo está como sin terminar, es penoso. ¿De veras alguien podría querer a alguien así? Y, encima, esas lecciones absurdas. Dios, ¿qué pinta aquí ese Cicerón? ¿Qué tiene que ver el Foro? ¿Qué relación tiene Roma conmigo? ¿Qué falta me hace un tal Numa Pompilio?

19 de octubre de 1914. Domingo

He estado en la misa del mediodía. En la iglesia he visto a la madre de los Nazárov. Estaba de rodillas en el suelo. Después no ha logrado levantarse hasta que la han ayudado. ¡Qué pena me da! No hay noticias de los gemelos.

22 de octubre de 1914. Miércoles

En el gimnasio ha habido un breve servicio religioso por la festividad de la Virgen de Kazán. Hemos rogado por la liberación de Rusia de los sombríos alemanes, igual que entonces de los polacos. Me resultó desagradable que las nuestras estuvieran todo el tiempo cuchicheando a saber de qué. Todas las chicas están enamorándose una y otra vez y se enseñan, jurando guardar silencio, los diarios con anotaciones: «Hoy he dejado de estar enamorada de N. y me he enamorado de J.», con indicaciones no solo de la fecha, ¡también de la hora! ¡Qué infantiles siguen siendo todas!

Yo no le enseño nada a nadie. Este diario es solo para mí. Para nadie más. Quizá se lo enseñaré solo a la persona a la que de verdad ame. Porque lo de Tala, Lialia y las demás no es auténtico.

¡Lo auténtico no es así!

Ahora he vuelto a sacar del estante a Marie Bashkirtseff, lo he abierto por el medio y alguna de mis hermanas ha marcado con lápiz: «Soy como un químico paciente, incansable, que pasa la noche con sus retortas para no perder el instante esperado y anhelado. Me parece que puede suceder cualquier día, y pienso y espero… Me pregunto alarmada: ¿no será esto?».

Así todo el tiempo me presto atención, me escucho: ¿no será esto?

Creo que no… No. ¡No!

En el margen del libro hay una anotación: «El amor es la máxima felicidad, incluso el amor infeliz». Es la letra de Masha. ¿Es que es infeliz su amor con Borís? ¡Ya quisiera yo aunque fuera un trocito de uno así! ¡Qué envidia me da!

29 de octubre de 1914. Miércoles

Todas las del gimnasio han empezado a hacerse la manicura: se recortan las cutículas con unas tijeritas, se dejan crecer las uñas, se las liman para que tengan una forma bonita.

¡Mis manos son tan feas!

Ayer en clase se estropeó la luz, vino un electricista. Trajo una escalera alargada de patas extensibles. Se encaramó hasta el techo, trajina ahí arriba y, de repente, reparo en que las chicas han empezado a poner caritas delante de él, a coquetear. ¡Las desprecio! Y todo porque ha entrado un hombre joven en el aula.

31 de octubre de 1914. Viernes

Yevgueshka está enferma y debe de ser grave, porque ahora, en lugar de ella, nos enseña alemán el padre de Borís. Lo había visto

cuando Masha y yo íbamos a su casa. Entonces Nikolái Viktórovich era muy agradable y alegre, todo el tiempo nos ofrecía caramelos de frutas. En clase es completamente diferente: sombrío e inaccesible. Ya odiábamos el alemán por Yevgueshka y por la guerra, y ahora encima nadie le perdona el cambio de apellido, era Müller, se ha convertido en Mélnikov. En esto solo ven cobardía y oportunismo. Después de clase, en el guardarropa, las chicas empezaron a decir cosas asquerosas sobre él, a remedar a Nikolái Viktórovich enseñando pronunciación. Es cierto que sus dientes están torcidos y feos, pero ¿por qué burlarse de una persona por ese motivo? ¡De repente sentí tanta furia conmigo misma! ¿Qué clase de amigas son esas? ¡Es una jauría feroz! Y pronuncié en voz alta y clara: «Se ha cambiado el apellido no porque sea un cobarde, sino porque siente vergüenza de su nación». Se hizo el silencio. Todas me miraban. Yo me di la vuelta y me fui. Por el camino empecé a sentirme muy muy mal. Me asusté por si empezaban a boicotearme. Y ya en casa me vino otro miedo: el miedo del miedo. ¿De verdad soy tan pusilánime que me asusta quedarme sola? Sentí una vergüenza terrible. Soy igual que ellas. No soy mejor en nada. No, soy peor. Porque ellas se reían de Nikolái Viktórovich con sinceridad, y yo he intercedido por él, pero después me he asustado de mi intercesión.

También he releído la anotación del miércoles. ¿Cómo puede escribir así sobre otras y despreciarlas, si no soy mejor que ellas? Ya ves qué cosas, se han puesto a coquetear en presencia del electricista. ¡No fue por el electricista! Simplemente quieren gustar a todos, pero a todos en general, e inspirar amor a todo el mundo, ¡incluso a un electricista cualquiera! Y yo soy igual.

¡Qué horror!

4 de noviembre de 1914. Martes

Hoy el día ha sido espléndido y soleado. Pasé a buscar a Tala para ir a dar un paseo. Ella fue a cambiarse de ropa y, como siempre, se demoró casi una hora. Mientras las esperaba, Zhenia se asomó desde su cuarto y me llamó. Entré en el cuarto y me enseñó unos cristales de sulfato de cobre que lleva dos meses cultivando en el alféizar. ¡Auténticas esmeraldas! ¡Zhenia es sorprendente! Después bajó Tala y nos fuimos.

Y ahora me he acostado, pero no puedo dormir, pienso en él todo el rato. Veo sus ojos, sus brazos firmes y musculosos, las piernas esbeltas con sobrecalzas. Tiene unas manos bonitas, a pesar de que están escaldadas por los reactivos. Y tiene una cicatriz en el pómulo: se peleó en el parque Novoposelenski con los gamberros de Temernik y uno de ellos le hirió con un puño americano. ¡Qué fuerte es! ¡E intrépido!

¿Sigue sin ser? ¿No es él? No, no, no.

Esta mañana, en el camino al gimnasio, he vuelto a ver a la anciana loca de la cofia en la esquina de Taganrogski. Es una pesadilla, tiene incontinencia. Está ahí parada y, a sus pies, un charquito. Y de repente me pregunta con voz como muerta: «¿Te has aprendido la lección?». Su voz todavía me resuena en los oídos. ¡Qué horrible es la vejez!

11 de noviembre de 1914. Martes

No he escrito nada en toda una semana, porque no ha pasado nada.

¡La que ha organizado hoy nuestra Zhuzhu!

Después de las clases, en el gabinete de química, ¡se ha tragado un cristal grande de fenol! ¿Quién podía esperar algo así de nuestro ratoncito gris? Un suicidio romántico tiene, en la práctica, un aspecto nada romántico. La pobre Zhuzhu se contorsionaba por el vómito, estaba toda pringada, el vestido, los botines, las medias, hasta las

cintas del pelo. Quedó claro que había comido fideos. ¡Qué asco! Se la llevaron al hospital de su padre para hacerle un lavado.

Todas hacían suposiciones: ¿quién será él? ¡Zhuzhu es tan reservada!

«Hay tres tipos de mujeres: cocineras, institutrices y princesas.»

12 de noviembre de 1914. Miércoles

Hoy en clase, aunque han estado ventilando toda la noche, se sentía el olor de Zhuzhu. Está bien. Claro que todas van a burlarse de ella cuando aparezca de nuevo. Pobre. ¡Y cuentan que estaba enamorada de Zhenia Martiánov! ¡De mi Zhenia! No sé si creérmelo. Es Lialia quien lo dice, pero quizá lo haga solo para molestarme. De ella se puede esperar algo así. ¡Y dice que es mi mejor amiga!

¿De mi Zhenia? ¿Por qué mío?

En clase he estado observando los animales disecados expuestos en los armarios, los tarros con ranas conservadas en alcohol, los absurdos bustos de papel maché que representan a distintas razas: chino, indio, negro… Y, de repente, he pensado: es bien sencillo. Supongo que soy un monstruo. Supongo que no sé amar. No sé. Ya está. Todos saben, pero yo no. A mí van a rellenarme como a un animal disecado y exponerme. ¿Acaso se puede amar a alguien así? Claro que no.

17 de noviembre de 1914. Lunes. Ayuno de Natividad

Primera nevada. ¡Y menuda! Ha enterrado todo Rostov.

Me ha tocado embutirme en el abrigo de invierno, pero se me ha quedado estrecho desde el año pasado.

Hoy me he retrasado después de clase, todas las chicas se habían marchado ya, salgo al patio y los estudiantes de aplicadas

estaban jugando con la nieve, y yo tenía que cruzar por medio. ¡Da miedo si estás sola! Pero, aun así, he pasado. Y, entonces, una bola de nieve por detrás, ¡al hombro! Y una carcajada mezquina. Pienso: ¡no voy a girarme! Apreté los dientes y seguí andando. Oigo por detrás unos pasos. Se acercan corriendo. Es Kozlianínov, del último curso. Se ha acercado deprisa y ha balbuceado: «¡Perdón!». Me he quedado tan sorprendida que no he sabido qué decir. Después, me he sentido repentinamente alegre. He llegado volando a casa y, sin quitarme la ropa, directa al espejo. Las mejilla coloradas, los ojos encendidos. ¡Qué ojos tan maravillosos tengo! ¡Pero si soy guapa!

La niñera se ha puesto a refunfuñar que lo estaba llenando todo de nieve, ¡y yo venga a darle besos!

22 de noviembre de 1914. Sábado

Todos dicen que unas heladas tan tempranas no las ha habido nunca.

Fui con Zhenia a la pista de patinaje. Me llevaba los patines y luego me ató las botas. ¡Qué agradable! Hemos patinado de la mano. Todos nos miraban. Hemos pasado varias veces junto a Zhuzhu. En todas ellas ha hecho como que no nos veía. Luego se ha sentado en un banco. Zhenia habla con mucha gracia de sus colegas de clase. ¡Qué carcajadas he soltado!

¿Qué es esto? ¿Qué me pasa? ¿Es amor?

Lo he escrito y me ha entrado miedo ante esas dos palabras: es amor.

23 de noviembre de 1914. Domingo

Me parece que ha llegado. El amor. Lo he esperado tanto tiempo que ahora me asusta creérmelo. ¿Acaso es verdad? No, mejor no

engañarse. Todo esto todavía no es auténtico. ¡No!

Hoy he visto a Zhenia solo de lejos. Él me miró. Sonrió. Claro que lo quiero. ¡Lo quiero! ¡Zhenia es especial! ¡No se parece en nada al resto!

Por la tarde se pasó Víktor. ¡De él también se ha apoderado el ímpetu general! A Víktor no lo han reclutado porque es hijo único, pero arde en patriotismo y se ha apuntado a combatir con las milicias de reservistas de categoría uno. Era completamente imposible imaginárselo yendo al ataque: medio cegato, torpón. Vino ya vestido con el uniforme: la chaqueta militar, los pantalones abotinados, las botas de caña alta, la gorra sin visera, el capote. La ropa de soldado de pronto le vuelve muy parecido a quienes marchan en las compañías de refuerzo. Ha dicho que su madre está desesperada porque va con un rango bajo y va a estar en los cuarteles de los soldados.

25 de noviembre de 1914. Martes

Oigo un susurro tras la puerta: mi madre habla con mi padre, que algo no está bien, que es el tercer día seguido que leo la Biblia. Mi padre, irritado: «¡Que una persona lea la Biblia no significa que esté enferma!». Mamá lo chista y entra a verme, se sienta un momento, me pone los labios en la frente, empieza a decirme que no puedo estar todo el tiempo en casa, que tengo que ir a pasear, a que me dé el aire. Y yo solo meneo la cabeza y espero a que se vaya. Para leer lo mismo por centésima vez. Como si fuera posible despegarse de estas líneas: «Yo dormía, pero mi corazón velaba… ¡Una voz! Mi amado que me llama: "Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi perfecta; mi cabeza está cubierta de rocío, mis bucles del relente de la noche…"».

27 de noviembre de 1914. Jueves

Hoy he cantado para los heridos. Después de las clases he ido con Lialia y Tala al hospital, a nuestro antiguo gimnasio. Hemos pasado por las clases, convertidas en habitaciones, y preguntado a quién podíamos escribir cartas para casa. Algunos soldados estaban contentos, pedían que nos quedáramos, no nos soltaban. Otros, por el contrario, se sentían incómodos, nos rehuían. Uno estaba herido en la vejiga y apenas si andaba con una botellita. Lo he visto con la botella llena y he querido llevarla al retrete, pero se ha puesto colorado y no me ha dejado. Yo misma he sentido muchísima vergüenza. Pero es una tontería. ¡No tiene nada de vergonzoso!

Me han pedido que cante en todas las habitaciones. Decían que mi voz cura las heridas mejor que cualquier medicamento.

Un muchacho pelirrojo ha perdido ambas manos. Un bromista tan majo, está todo el rato haciendo reír a quienes estén cerca. Ha relatado orgulloso la derrota del ejército austríaco, que los soldados eslavos no quieren combatir y que compañías enteras se entregan prisioneras. No puede comer solo, le hemos dado de comer con una cucharita.

También ha hablado del tamaño de los siluros que pescaba en casa, y separaba bien los muñones vendados. Antes me he contenido, pero ahora ya no lo logro. Escribo y lloro con fuerza.

Hoy no he visto a Zhenia. ¿Y si ya no me quiere? ¿Y si todo han sido invenciones mías?

2 de diciembre de 1917. Martes

¡Hoy! ¡Ha sido hoy!

¡Me ha besado!

He pasado, como es habitual, a buscar a Tala para ir al hospital de sangre. Un poco antes. Sin ninguna intención, me ha salido así.

Zhenia estaba solo en casa. Me ha preguntado si quería ver sus cristales. Me he acercado a la ventana y él me ha abrazado desde atrás. ¡Me ha besado en el cuello, en la oreja, en la mejilla!

¡Qué enfadada estoy conmigo! Me he quedado mirando para delante con aire estúpido y no he podido pronunciar ni palabra. ¡Como petrificada! No podía mover ni una mano ni un pie. ¡Y los ojos como pegados a ese estúpido sulfato de cobre! En la cabeza: ¡Dios mío, me está besando y yo estoy como un animal disecado! Tenía tantas ganas de girarme, de rodearle el cuello con los brazos, ¡de besarlo también! ¡En los labios! Y tenía tantas ganas de besarle la cicatriz de la mejilla, no sé por qué, ¡y no fui capaz!

Entonces se oyó la puerta de la entrada. ¡Ha llegado Talka! Me solté y salí rápido del cuarto, no se ha dado cuenta de nada.

Nos fuimos al hospital, Talka habla y habla, pero yo ni oigo ni veo nada. En mi interior todo cantaba, ¡estallaba de felicidad! Sentía bien que tenía una sonrisa tonta.

Pero ahora mi alma se siente mal. ¿Qué habrá pensado de mí?

Al hospital de sangre han traído a un niño que recogió un petardo en la calle y lo prendió, le estalló en las manos y le abrasó la cara. El padre del pequeño, mientras el médico retiraba la piel quemada y le ponía el vendaje, de repente rompió a llorar, empezó a moquear y no lograba encontrar su pañuelo. Le tendí una servilleta, abracé a esa persona ajena, le di un beso en la mejilla, en las sienes, empecé a susurrarle algo tranquilizador.

Eso también eran besos, también abrazos, pero ¿por qué aquí, con una persona ajena, todo fue tan sencillo y, allí, con la persona amada, es tan complejo?

¿Con la persona amada? Señor, qué bien sienta… Con la persona amada…

3 de diciembre de 1914. Viernes

¡Señor, cuánto lo quiero!

Sí, estoy segura de que es lo que esperaba. Es lo auténtico. ¡Qué feliz soy!

Estoy todo el tiempo pensando en él, en mi Zhenia. Es tan increíble. Hoy, en la pista de patinaje, estaba cansada y me he sentado en la nieve, y él se ha puesto a hacer piruetas delante de mí. ¡Es una patinador admirable! Y cuánto odio a ese gamberro de Temernik, porque, de haber golpeado a Zhenia un poco más arriba, ¡le habría dado en la sien!

Zhuzhu no me habla. Qué se le va a hacer. ¡Es mi amor! ¡Es mi felicidad, no la suya! No todos pueden ser felices.

Todas mis amigas tienen romances, solo Mishka está sola. Pero ella no sufre nada por eso, o hace ver que no sufre. Escucha con desdén las conversaciones de las chicas y se desliza por la pendiente helada sobre los patines, de pie, algo a lo que no todos los chiquillos se atreven. ¡Da miedo! ¡Te puedes romper la nariz!

Los cocheros de punto bajo la nieve son igual que el Abuelo Frío. Todos dicen que la Navidad va a traer nieve, ventiscas.

6 de diciembre de 1914. Sábado

¡Dios dé salud y felicidad a todos los Nikoláis y, lo más importante, a aquel del que depende la victoria rusa!

Víktor ha regresado. No ha sido válido por mucho tiempo. Declaró en la comisión que no veía nada y lo retiraron. Llegó rabioso y empezó a decir que no puede soportar el adiestramiento, el salvajismo de las costumbres y el hedor. Dijo muy serio: «Iba a defender a la patria y solo he aprendido a saludar a los generales». Le salió de una forma tan divertida que todos nos reímos a carcajadas. Primero Víktor se ofendió, pero después nos hizo

cómicas demostraciones de cómo había que estirarse y saludar en cuanto veías a un general. Abría tanto los ojos que nos descoyuntábamos de risa.

Katia está feliz. Toda la tarde estuvo agarrando a Víktor del brazo, como si temiera que huyera otra vez. ¿Qué ha visto en él? ¡Si es un payaso!

¡Qué diferente es Zhenia! ¡No es para nada así! Inteligente, profundo, ¡auténtico! Qué interesantes han sido sus relatos de hoy sobre el químico Lavoisier. Cuando a este le cortaron la cabeza en la guillotina, Robespierre dijo: a las revoluciones no les hacen falta químicos.

¡Menudo idiota ese Robespierre!

11 de diciembre de 1914. Jueves

¿Por qué, a ver, por qué me odia tanto ese Zabugski? ¿Porque no entiendo nada de su geometría? ¡Pero si nadie la entiende! Ni Lialia ni Tala. ¡Ni siquiera Mishka! ¡Y no son más tontas que yo! Cuando Zabugski nos riñe, dice que dividimos sin resto. Lo que pasa es que él no es capaz de explicar nada en condiciones.

Hoy Zabugski ha partido un compás grande y se ha puesto a trazar en la pizarra un círculo con ayuda del trapo borrador, pegando un extremo en la pizarra y sujetando un trozo de tiza en el otro. Todas nos echamos a reír. Él montó en cólera y, después de haber escrito no sé qué fórmula, puso un punto en la pizarra con tanta fuerza que el trozo de tiza salió volando hecho pedacitos. ¡Todas nos reíamos! ¡Pero me sacó a mí a la pizarra! Otra vez me hizo llorar. ¡Eso sí se le da bien! Te saca y, en silencio, te observa con mirada de desdén. ¡Quieres que te trague la tierra!

Y, encima, tiene una verruga fea que le crece a un lado de la nariz. Es una verruga magnética, porque todo el tiempo la vista se te

desvía hacia allá. No quieres mirar, pero miras.

Papá trabaja ahora en el consejo municipal, se ocupa de los evacuados, se pasa el día de un sitio a otro de la ciudad. Hoy he estado con él en un hospital para personas enloquecidas. Estaba echando la bronca a alguien, y yo miraba a una mujer que estaba limpiando el suelo, había un olor desagradable a cal clorada, y cerca de ella estaba un enfermo, aunque con cara normal, de intelectual. De repente, le agarró las manos, sucias por el trapo, y las besó. Me quedé de piedra.

Ahora he recordado ese beso y me encuentro mal. Debe de ser terrible perderse así. Perderse a sí mismo. Dios me libre de que alguna vez empiece las anotaciones en el diario con un «diecice de marcebre».

12 de diciembre de 1914. Viernes

Hoy ha sucedido algo terrible en el hospital. Estaba escribiendo para Yevriozhijin, que ha perdido la vista y tiene una venda gruesa en los ojos, una carta para su aldea, para sus padres y su novia. Estábamos sentados en el pasillo, junto a una ventana. Ha pedido tocarme la mano, y se ha puesto a acariciarla con dedos ásperos, terrosos. Después los dedos han empezado a subir y me ha agarrado un pecho. Me he asustado, desconcertado, y él ha intentado abrazarme, estrecharse contra mí. Quería gritar, pero me he aguantado. He apartado sus brazos, me he incorporado y he salido corriendo. En la calle, me ha entrado una vergüenza repentina. Quería contárselo a Zhenia, pero no he sido capaz. De pronto he comprendido que hay algunas cosas que no pueden contarse a nadie.

13 de diciembre de 1914. Sábado

Me ha llegado una nota de Zhenia, que desde las cuatro no habría nadie en su casa. ¡Apenas si he aguantado hasta las tres y media! Volé. Me acercaba a su casa y me moría de miedo por si me daba de bruces con Tala y sus padres.

Nos hemos quedado en el diván de la sala, sin encender la luz, ¡y nos hemos besado!

¡Nos hemos besado!

¡Qué sensación tan extraordinaria! Es imposible describirla. ¡Estoy feliz! ¡Besa tan bien!

He escrito y ahora llevo media noche sin dormir, solo pensaba: ¿quién le ha enseñado a besar así?

16 de diciembre de 1914. *Martes*

En el gimnasio hemos recogido regalos para el frente, bolsas de tabaco, pañuelos de nariz. De pronto me ha venido a la cabeza que quien reciba mi pañuelo puede ser el mismo chico de Temernik que se peleó con Zhenia.

En el hospital, un herido al que le han amputado una pierna ha perdido el juicio. Cuando Masha le ha llevado una muleta, él le ha lanzado la madera con todas sus fuerzas. Ahora Masha tiene un cardenal bien grande en la pierna.

27 de diciembre de 1914

Son mis primeras Pascuas navideñas tristes. ¡Qué mal! Los Martiánov se han ido de vacaciones. ¡Estaré dos semanas sin ver a Zhenia!

He ido con las chicas al jardín Alexándrovski en Najicheván, alegría popular y música. Descendimos por las colinas en los

vagonetillos. Mares de personas.

Me muevo y pienso: ¿de qué me sirve todo esto si él no está a mi lado?

Por la tarde estuvimos adivinando el futuro, pidiendo deseos: en los bordes de un barreño con agua pegamos con miga de pan masticada los papelitos con los deseos. En el agua metimos el cabo consumido de una vela finita de la iglesia dentro de una cáscara de nuez, a modo de barquito. Hay que soplar para que la vela, una vez que ha flotado hasta un papelito, lo queme: a la que se lo queme se le cumplirá el deseo. Y hay que soplar con cuidado para no apagar la vela. Atrae la desgracia. Yo escribí una palabra, cuál era no hay que decírsela a nadie o no se cumplirá. Pensé: puedo escribirla en el diario, pero después decidí que era mejor no arriesgar, así que no la escribiré. Habíamos acordado soplar con mucha suavidad, muy poquito, pero empezamos a soplar a todo pulmón y la cáscara se volcó. ¡Nuestro barquito se hundió! Todas nos echamos a reír, empezamos a salpicarnos con el agua del barreño. Me fijo en que Masha se ha ido a un rincón, sola, con los ojos llenos de lágrimas. Enseguida ha pensado, claro, que era una mala señal para su Borís, pronto va a hacerse a la mar. ¡Qué pena me dio! Me acerqué, me senté a su lado, le tomé la mano y se la acaricié: «Hermanita, Máshenka, vamos, ¡no lo pienses! ¡Todo va a ir bien!».

¿Y cómo puedo saber que todo va a ir bien? ¿Cómo puedo saber qué va a pasar? Si ni sé nada de mí misma.

Zhenia, ¿dónde estás? ¿Qué te pasa? ¿Piensas en mí?

1 de enero de 1915

Año Nuevo. Primero estuvimos en casa, después nos dispersamos cada uno por ahí. Papá y mamá a dormir, Sasha con su grupo de amigos, mis hermanas con los suyos. Me invitaron, pero puse alguna

excusa. Así que ahora estoy sola en la noche de Año Nuevo y me he puesto triste. Por primera vez en la vida he tomado una copa de champán. Tenía tantas ganas de brindar con Zhenia, con Tala, pero están lejos. Su tío tiene una heredad en el gobierno de Yekaterinoslav. Siempre pasan allí las vacaciones, en una tal Sokolovka.

He tardado mucho en arreglarme, me he puesto el vestido azul, me he prendido el broche, me he hecho un lazo bonito. Y en la cabeza: ¿para qué? Si él no lo va a ver. Pedimos deseos: cuando el reloj empezó a dar las doce, cada uno de nosotros quemó su notita con el deseo pensado y se tragó la ceniza, si no, no se cumple. Incluso hicimos que papá y mamá se lo tragaran. Pero, no sé, no fue divertido. He vuelto a escribir una única palabra. Nos pusimos a cantar con los labios negros por la ceniza. Y, de pronto, otra vez todo me resulta insoportable. Sin Zhenia todo es aburrido, absurdo e inútil. Me fui a mi cuarto y todos se marcharon enseguida. Me parece que en nuestra familia hay algo que no está bien. En los últimos tiempos, mi padre se ha convertido en otro. Apenas si habla con mamá.

¡Lo amo! ¡Lo amo! ¡Lo amo!

¡Y lo bien que estaría aparecer ahora en esa maravillosa Sokolovka!

2 de enero de 1915

Ha venido a ver a la nana su ahijado. Un chico joven y guapo, sin una mano. Es escriba, y en el frente le arrancaron la mano derecha. Ahora está aprendiendo a escribir con la izquierda.

Releo a Marie Bashkirtseff. Dios mío, si no hace ni un año que la leí… ¡y no comprendí nada! «Me parece que he sido creada para ser feliz, ¡hazme feliz, Dios mío!» ¡Si es que habla de mí! «He sido

creada para el triunfo y las emociones fuertes, por eso lo mejor que puedo hacer es ser cantante.» Empieza a parecerme que ella es yo, que somos una sola persona, que ella nunca ha muerto. Porque yo vivo. Porque no es ella, sino yo a quien lo que más le gusta en el mundo es «el arte, la música, la pintura, los libros, el mundo, los vestidos, el lujo, el ruido, la calma, la risa, la tristeza, la melancolía, la broma, el amor, el frío, el sol, todas las estaciones del año, cualquier tiempo, las llanuras tranquilas de Rusia y las colinas que rodean Nápoles, la nieve en invierno, la lluvia en otoño, la primavera con su alteración, los tranquilos días de verano y las hermosas noches de estrellas centelleantes». Y, además, Zhenia. Ella no conocía a mi Zhenia.

3 de enero de 1915

En la revista *Niva,* al final del número, imprimen las listas de los oficiales caídos en el frente: delante de cada apellido, una crucecita como un as de trébol.

Tiene lugar una terrible guerra, y nosotras nos intercambiamos cuestionarios sobre el amor. Qué terrible es la disposición del mundo, esta pregunta del cuestionario de repente se vuelve más importante que todas las guerras: «Un zar tenía una hija que amaba a un hombre humilde. Al enterarse, el zar se enfadó y quiso castigarlo. La princesa lloraba, imploraba a su padre, y él lo resolvió así: en la arena de un circo se han colocado dos puertas, detrás de una hay un tigre terrible y hambriento y, detrás de la segunda, una mujer hermosa. Conducirán al amado a la arena y este deberá abrir al azar una de las puertas. Si abre la puerta con el tigre, la muerte. Si la otra puerta, le entregarán a la bella como esposa, le darán mucho dinero y los enviarán en barco a un país lejano y hermoso. La princesa sabía dónde estaba el tigre y dónde la mujer. El pueblo

acudió al circo, y el condenado mira implorante a la princesa: ¡ayúdame! La muchacha enamorada sufría, ya se ponía roja, ya pálida, después señaló una puerta, ¿qué había detrás?».

Yo respondí sinceramente que la mujer, claro, porque el amor no puede ser interesado y desear el mal. Pero una noche insomne me acordé de que las tres —Tala, Lialia y yo— habíamos estado en casa de Tala, Lialia le pidió a Zhenia que le explicara no sé qué tarea y se metieron en su cuarto. Y lo comprendí: el tigre…

Querido Nabucodonosaurus:

Nada de usted. Excepto aquella postal. Y yo le envío tarjetitas romanas cada dos días. Nada, no haga caso, está todo bien.

Por cierto, su postal voló hasta aquí en un dos por tres. ¡Qué maravilla!

Siento interés: ¿cuándo recibirá usted esta misiva mía?

Estas cartas viajan despacio, sobre todo si no se envían.

Las cartas no enviadas llegan con más seguridad.

Las cartas no enviadas tienen la peculiaridad de atravesar el tiempo. Sin ningún tipo de sello ni de timbre, un salto… y ya están en sus manos. Podemos, a través de muchos veranos y muchos inviernos, charlar sobre el tiempo: yo estoy aquí y ahora, usted también está aquí y ahora. ¿Qué tal allí? ¿El universo se ha expandido? ¿Y qué día de la semana es? ¿Qué hemisferio hay tras la ventana?

Quizá ya tenga usted familia, descendencia. ¿Un niño?

No dudo de que alguna vez le enseñará el truco que yo le enseñé a usted, y a mí me lo enseñó mi antiguo buzo. Lo veo como si fuera ahora: vamos un domingo a cortarme el pelo, yo gimoteo, porque me da miedo la maquinilla y odio la peluquería, él me arrastra del brazo y, después, dice de repente: ¡mira, magia! Y

sucede el milagro. En un abrir y cerrar de ojos, mi padre crece, se convierte en un gigante. Atrapa el tranvía que está en la parada y me lo ofrece en la mano.

El truco no es muy allá, lo sé, pero creo que también su hijo se lo enseñará alguna vez a su propio hijo. Se convertirá en gigante y le ofrecerá en la mano un tranvía. O una casa. Una colina.

Quizá en eso resida todo el truco.

Pasaron las semanas, los meses, y a veces, de repente, el truchimán encendía el ordenador de Isolda cuando ella no estaba en casa —ahora tenían cada uno su propio portátil— y leía las nuevas entradas.

Al mismo tiempo, el truchimán tenía el sentimiento de estar robando.

Y sí, era un ladrón.

A veces ella anotaba simplemente retazos de esa vida, antes del truchimán. Sobre las vacaciones en Italia.

«¿Y recuerdas también cómo nos peleamos en Pisa? Me bajé del coche dando un portazo. Con tanta fuerza que rompí la puerta. Tú te fuiste, colérico, furioso, y me dejaste allí. Habían cortado el césped y olía a hierba fresca segada y a gasolina. En la plaza por todas partes había turistas con los brazos estirados, como si apoyaran las palmas en el aire: estaban posando para una foto, sostenían la torre inclinada. Entré en la catedral, me senté en un banco, total, no tenía dónde ir. Allí se estaba fresco y en la calle hacía muchísimo calor. Cerré los ojos: el chirrido de las cortadoras llegaba a través de las puertas abiertas, incluso en la catedral estaba el olor intenso y fresco de la hierba segada. Me quedé allí pensando en ti, en cuánto te quiero. Y en que me iba a quedar allí a esperarte. Y sabía que tú regresarías y me encontrarías.»

El diario de ella el truchimán lo leía solo cuando ellos dos discutían. Y ahora discutían cada vez más.

El truchimán sabía que Isolda podía comprobar cuándo se había abierto el archivo por última vez, pero le daba miedo preguntar a un informático que conocía cómo hacer para que ella no pudiera configurarlo.

Además, había sido raro leer que Isolda estaba por las noches con el truchimán, pero se imaginaba que era Tristán quien la abrazaba en la oscuridad.

Era Tristán, y no el truchimán, quien la besaba y entraba en ella por las noches.

Una vez, Isolda regresó a casa mientras el ladrón estaba en su ordenador, pero le dio tiempo a apagarlo porque ella fue directa al baño.

Una vez el truchimán leyó en una entrada nueva que su hijo se parecía a Tristán, a como salía en sus fotos de pequeño.

Y el truchimán se puso a hurgar en los estantes de Isolda y en su carpetas, álbumes, cajas… Quería encontrar fotografías de Tristán. Tiempo atrás ella se las había enseñado, pero él no prestó atención, no las recordaba. Ahora examinaba con atención cada foto, ¿de verdad existía ese parecido?

Todos los años en su casa se reunían los amigos de Isolda y Tristán, en el día de su muerte.

Sucedió que la víspera del encuentro de turno el truchimán e Isolda se pelearon por enésima vez por una tontería. Incluso rompiendo la vajilla. Cuando Isolda se fue a trabajar, el truchimán encendió su ordenador, abrió el archivo y leyó:

«Hoy me he ido a dormir al cuarto del niño. Escuchaba resoplar en sueños al pequeño y tenía tantas ganas de que fuera nuestro hijo. Es tu hijo, sí. Tuyo, no de él».

Cuando Isolda regresó de trabajar, el truchimán se acercó y la abrazó, como la abrazaba después de las peleas, para reconciliarse. Dijo, como solían decirse:

—¿Paz?

Ella sonrió, le apoyó el rostro en el pecho:

—Gracias. Tenía tanto miedo de que hoy estuviéramos mal otra vez.

El truchimán sonrió:

—¡Todo va a ir bien!

Llegaron los invitados. Isolda había preparado *raclette.* Había cordialidad, ganas de hablar.

El truchimán se fue a acostar al hijo; antes de dormir le leía historias de Urfin Gius y sus soldados de madera. El niño ya tendría que estar durmiendo, pero seguía pidiendo que le leyera más, y el truchimán le leía y le leía.

No tenía ganas de salir con ellos.

Por fin el niño se quedó dormido; el truchimán apagó la luz y se quedó tumbado a oscuras, escuchaba los resoplidos infantiles.

Salió ya para el postre. La conversación había girado hacia Rusia, Chechenia. Mientras picoteaba unas uvas, un protésico dental le preguntó al truchimán qué experimenta una persona que pertenece no a un pueblo pequeño, como los suizos o los chechenos, sino a una gran nación —y aquí se atragantó— no de conquistadores ni de opresores, cómo explicarlo… Daba vueltas en los dedos a una uva, incapaz de dar con la palabra necesaria, y miraba al truchimán sonriendo, como si esperara ayuda.

El truchimán le sopló:

—Si pertenece al pueblo ruso.

El protésico se echó a reír, se metió la baya en la boca, se puso a masticarla, arrancó otra:

—Has comprendido a qué me refería.

—Claro.

El truchimán repartió lo que quedaba en la botella de vino, se fue a la cocina a por la siguiente y, cuando hubo regresado con los invitados, inició una conversación sobre unos vídeos que habían grabado los chechenos. Alguien había visto unos fragmentos breves en la tele. El truchimán dijo que unos periodistas de Moscú que conocía le habían enviado una cinta. Isolda lo interrumpió:

—No hace falta.

El truchimán la atrajo y le dio un beso en el cuello:

—Claro que no, no voy a hacerlo.

Los invitados insistían:

—¡Póngalo!

El truchimán los disuadía, que de verdad era mejor no verlo, porque esas imágenes no las habían mostrado en ninguna televisión, ni siquiera en Rusia.

—¡Con más razón! ¡Póngalo!

El protésico dental era quien más quería ver lo que no hacía falta ver.

El truchimán se llevó los platos a la cocina, Isolda fue tras él y le dijo en voz baja, para que no lo oyera nadie:

—¿Por qué quieres estropearme la velada?

El truchimán respondió:

—¿De dónde te has sacado esa idea?

Al final, la cinta estaba en el reproductor de vídeo, tomaron asiento y el truchimán la encendió.

Primero alguien pide que paguen un rescate por él, todavía un crío, completamente demacrado, sucio, debe de ser un soldado hecho prisionero; le amputan un dedo, empieza a aullar en silencio. El dedo gira delante del objetivo.

Después un extranjero —habla en inglés— tiende hacia la cámara una lata con un líquido turbio, su orina ensangrentada, se queja de que le han destrozado los riñones, entonces por detrás lo arrean con una vara de hierro, él se contrae, grita.

Ya desde el principio, Isolda se negó a verlo, salió al balcón a fumar.

Alguno de los invitados se levantó después de las primeras imágenes y se fue con ella.

A un soldado hecho prisionero quieren rajarle la garganta. Él se debate, grita con voz ronca: «¡No, por favor! ¡No!». Se marcha a algún punto por debajo del cuadro. Lo levantan y vuelve, una mano negra con los dedos torcidos sobre el rostro rojo.

Otro de los invitados se levantó y salió en silencio del cuarto.

Un anciano se santigua tranquilo ante la cámara y dice: ahora me matarán y quiero deciros que os quiero muchísimo, a ti, Zhénechka, y a ti, Aliosha, también a ti, Vítenka. Le cortan la cabeza. En un primer segundo, la cámara enfoca no la cabeza, sino el cuello —en grueso—, es gordo, seguramente de la talla 45; de repente se reduce al tamaño de un puño y de él sobresale la garganta y se derrama sangre negra.

Delante del televisor solo quedaban dos: el truchimán y el protésico dental. Seguían sentados y veían cómo violan a una mujer que grita sin parar: «¡Pero no toquéis al crío!». Con un mechero le queman el vello entre las piernas, después le introducen una bombilla y aplastan el cristal. La mujer aúlla, gime, se contrae en la tierra. Empieza a salir sangre. Un barbudo de gafas oscuras le introduce por el ano, mientras sonríe socarrón, el cañón de la pistola y aprieta el gatillo.

—Ya basta —dijo el protésico—. ¡Apágalo!

El truchimán apagó el televisor y se fue a la cocina a preparar té.

Los invitados se marcharon enseguida.

Esa noche Isolda se fue otra vez a dormir al cuarto del niño. En lugar de «buenas noches», dijo:

—Te odio.

26 de agosto de 1915. Viernes

Hoy mi hermano me ha presentado en la pista de patinaje sobre ruedas a su nuevo amigo Alexéi Kólobov, un estudiante al que evacuaron junto con la Universidad de Varsovia. Estaba patinando con Lialia y veo que, a lo lejos, alguien en una mesita —de las que están alrededor de la pista— nos saludaba con la mano. Me acerqué a la barrera. Sasha nos presentó. La orquesta tocaba tan alto que teníamos que gritar. Sus ojos azules son sorprendentes, la mano es bonita y estrecha, y se sonrojó de una forma muy graciosa cuando me saludó. Le propuse que patinara, lo rechazó. No sabe. Me sentí incómoda y, no sé, como aburrida. No teníamos sobre qué hablar. Mejor dicho, no aburrida, sino alarmada. Quería huir, desaparecer. Volé de nuevo al centro de la pista, a la corriente general.

Y ahora escribo y pienso en qué es lo que me tiene alterada. Quizá, quizá…

27 de agosto de 1915. Jueves

La familia Martiánov ha regresado. Hoy he visto a Zhenia. Estoy sorprendida: ¿qué pude haber visto en él?

Papá ha venido con un mapa y todos nos hemos puesto a examinarlo. En el frente, la cosa está cada vez peor: han rendido Polonia, toda Lituania y Bielorrusia. Sasha y papá siguen todos los días la retirada en el mapa. En Rostov brotan los refugiados por doquier.

Por la noche pensaba en Zhenia y me acordé de nuevo de cuando se puso a mostrarme un experimento —cómo un imán forma, a través de una hoja de papel, un dibujo simétrico con virutas de hierro—, y yo le dije que ya no lo quiero, y qué lastimero se volvió después de mis palabras, qué abatido, impotente, con el imán y el papel en la mano.

Supongo que soy muy mala. Pero no me da ninguna pena. Mejor dicho, sí que me da pena, claro, pero ante esta pena se me vuelve todavía más lastimero.

No estoy enamorada de Alexéi. Sí, lo siento. Lo sé.

29 de agosto de 1915. Sábado

Después de las vacaciones, todas quedan y se cuentan sus romances de verano, creo que la mayor parte son inventados.

Mishka nos ha sorprendido a todas. En verano conoció a un joven estudiante de leyes, su madre había alquilado cerca una dacha. Él le dijo que la amaba, que al año siguiente iba a terminar la universidad y que se casaría con ella. Al día siguiente llegó la madre de él, con aires y orgullosa, y se arrodilló frente a ella, ¡frente a Mishka!, y empezó a suplicarle que rechazara a su hijo. Aseguraba que los dos eran muy jóvenes y no estaban hechos para ser pareja, que Mishka se sentiría incómoda en su círculo. Y que él se avergonzaría de ella, que sería infeliz. Al final la informó de que estaban envueltos en deudas y que él ya tenía novia, una beldad, rica, una señorita de mundo, y que si Mishka quería de verdad a su hijo, entonces debía, por la felicidad de él, renunciar a él. Mishka le envió una carta de despedida donde le escribió que no se verían nunca más y que él era libre, aunque ella lo iba a amar siempre.

No sé si creérmelo. Aunque Mishka nunca ha mentido antes.

He ido al hospital.

Nubarrones grises, como las batas del hospital.

Siento tristeza en el alma. He estado todo el rato pensando en Alexéi. Se ha hecho amigo de Sasha y a veces pasa por casa, pero no me presta ninguna atención. Ni yo a él. Es o vergonzoso o aburrido. Casi seguro que esto último.

31 de agosto de 1915. Lunes

Ha aparecido Petia Nazárov. Ha cambiado mucho, ha madurado. De Sioma primero se dijo que lo habían matado, pero ha llegado una postal gracias a la Cruz Roja. Es prisionero de los alemanes.

4 de septiembre de 1915. Viernes

Alexéi ha estado de nuevo en casa. ¡Mejor que no hubiera venido! Entró cuando yo acababa de llegar de clase, todavía no me había cambiado, llevaba ese horrible vestido marrón, el delantal negro, ¡una mancha de tinta en la mano! Nos encontramos en la entrada, yo salía del aseo y, del espanto por que me viera o hubiera oído el ruido del agua del retrete, me dio un vuelco el corazón, las palmas me sudaban, pestañeo, pero no logro soltar ni una palabra. Y, conmigo allí, mi hermano y él se ponen a debatir…, ¡ay, el qué! En su universidad han puesto en la escalera un buzón con la inscripción «Encuesta sexual», tienen que meter información anónima sobre su vida sexual. Y allí me quedo, roja como una idiota. Se me escaparon las lágrimas. Salí de allí como una bala.

¡Me odio!

8 de septiembre de 1915. Natividad de la Virgen

Mi hermano es un adulto de verdad, se cuida la barba.

Bueno, todos se han vuelto adultos, también Katia y Masha.

¿Y yo? ¡Estoy en el último curso del gimnasio! ¿Y qué he notado

de repente? Ahora soy objeto de adoración. Me ha nacido una admiradora de un curso inferior, Musia Svetlítskaia, que se abrasa de amor por mí y que expresa su admiración de muchas maneras. Corre detrás de mí en el descanso, como un perrillo, me adula, ¡me besa las manos! Al principio me gustaba, pero ha empezado a hartarme. Y, lo más importante, ¡es imposible librarse! Por la mañana, de camino al colegio, compré una chocolatina rellena de crema, mi preferida desde siempre, con una envoltura colorida con dos cordelitos. Solo que ahora, si tiras de uno, salta una imagen con el rostro rabioso de Guillermo, estiras el otro cordel, aparece la cabeza y el único mechón del omnipresente cosaco Kozmá Kriuchkov. Se la regalé a Musia, ¡por poco no rompe a llorar de felicidad!

¡Señor, cuánto quiero yo amar así a alguien!

10 de septiembre de 1915. Jueves

El tiempo es asqueroso.

Alexéi ha venido otra vez. No repara en mí en ningún momento. Yo en él tampoco. Me gusta cada vez menos. ¿Qué es eso, arrogancia? ¿Altivez? ¿Se cree que todavía no he crecido al nivel de sus conversaciones sesudas?

¡Pues no las necesito!

12 de septiembre de 1915. Sábado

Ya está, ¡estoy enamorada! ¡Y cómo! Además, me enamoré en el primer instante, aquel día en la pista, simplemente me lo estaba ocultando, temía lastimarme, hacerme daño. Lo que tuve con Zhenia fue una bobada. La infancia. Zhenia es un niño, ¡un chiquillo! Simplemente no sabía qué era el amor.

¡Alexéi! ¡Aliosha! ¡Qué nombre tan maravilloso!

¡Y qué día tan divino!

13 de septiembre de 1915. Domingo

Hoy he ido con Aliosha al electroteatro Renacimiento, hemos visto *Stenka Razin.* Estoy allí y no veo nada, solo siento su cercanía, su mano en mi mano.

¡Qué besos sabe darme! Solo con él, con mi Aliosha, he sabido qué es un beso de hombre. ¡No se puede comparar con nada! Es el segundo día que ando como acalorada.

Y otra cosa muy importante: en el camino de vuelta, Aliosha me ha contado que los estudiantes han formado un círculo teatral y están preparando una función benéfica. Él no actúa, se encarga de la iluminación. Me ha preguntado si quiero actuar. ¡Dios! ¿Yo actuar? ¿Y encima preparar la función con Aliosha? ¡Moriré de felicidad! He preguntado qué quieren representar. Todavía no lo han decidido. La puesta en escena será de Kostrov, que ha estudiado en el Taller del Teatro Artístico.

¡Mírala! ¡La futura actriz!

Supongo que debería sentir vergüenza, pero quiero estar sobre el escenario, ¡quiero ser el centro de atención, quiero aplausos, quiero las oleadas de admiración y amor que lleguen desde la sala! Es algo tonto, seguro, pero no puedo hacer nada.

Junto con los Cursos Superiores para Mujeres de Varsovia han evacuado el Instituto Femenino de Medicina. Tala y Lialia quieren inscribirse aquí. Dicen que me vaya con ellas.

No, sé cuál es mi camino. Voy a cantar. Quiero cantar y nada puede impedírmelo, ni la guerra, ni un terremoto, ¡ni el diluvio universal! ¿Cuántos años llevo esperando el momento para salir al mundo? Y ahora, ¿qué? ¿Voy a renunciar? ¡No! Voy a cantar en esta vida, no tengo intención de esperar a otra.

O el teatro.

¡Qué feliz soy! ¡Alióshenka mío!

17 de septiembre de 1915. Jueves

Hoy a la clase de zoología R. R. ha traído un esqueleto, nuestras muchachitas se han asustado muchísimo, han empezado a chillar, y no se le ocurre otra cosa para tranquilizarlas que decirles que era el esqueleto del viejo portero de Bilínskaia, el tolstoísta, que había legado su cuerpo a la ciencia y a la ilustración. Ni siquiera sabía que se había muerto. El anciano había desaparecido después del traslado del gimnasio. Se decía que se había marchado con su hermana a Novocherkassk.

¡Descanso eterno a su alma! El reposo su cuerpo no lo ha encontrado.

De perfil, R. R. recuerda a un roedor. Repugnante. Todavía más repugnante que Zabugski, y también considera *a priori* que somos todas unas zoquetes. En la primera clase nos mostró un experimento, decía que no era Dios quien había creado el sistema solar, mirad: en un vaso, se pone a girar una gota de grasa con una cucharita; debido a los giros rápidos, la gota grande se rompe y se divide en varias pequeñas, una imagen clara del origen del sistema solar y los planetas. «¿Lo habéis comprendido?» «Sí.» «¿Alguna pregunta?» «No.» Se enfadó muchísimo: «¡Tendrías que preguntar quién hace girar la cucharita, lumbreras!».

Dice «lumbreras» para no tildarnos de idiotas.

Se cuenta que la directora está enamorada de él.

Zhenia sigue siendo un niño pequeño. Me ha visto en la calle, se ha acercado, quería decir algo, pero se ha quedado callado y, con aire de impotencia, le daba vueltas y vueltas a la gorra del uniforme.

En cambio, Alexéi es adulto, inteligente, auténtico. ¡Es tan

interesante estar con él! Es muy leído, ¡sabe de todo! Resulta que actuar —si hablamos de teatro— es un invento francés, y que el teatro de los griegos es «ago», es decir, hago, obro, vivo. De aquí también viene la palabra agonía.

Y es justo así: el teatro no es para mí un juego, una actuación, es la vida y la muerte.

No logro dormir. Me apoyo en la almohada y lo veo sonriéndome, besándome. Hoy se le ha metido una pestaña en el ojo y se la he sacado con la lengua.

19 de septiembre. Sábado

Ya está, decidido, vamos a llevar a escena *El inspector.* Yo hago el papel de María Antónovna.

Kostrov, aun así, se está dando unos aires increíbles, se cree casi Stanislavski y nos exige a todos que lo obedezcamos como a un dios, como si de verdad fuéramos un taller del Teatro Artístico. Pero, por otro lado, es muy inteligente y tiene verdadero talento. Y me gusta que nos lo tomemos en serio.

Es un artista auténtico. Lo sabe todo sobre el teatro. De casualidad se le escapó una página de su papel al suelo y enseguida se sentó encima. Explicó que es un antiguo talismán actoral. Si no te sientas sobre el papel caído, será un fracaso.

Tala se ha molestado porque ahora no tengo tiempo para ir con ella al hospital. ¿O será por Zhenia? ¡Quiere mucho a su hermano!

Supongo que no está bien lo que he hecho: entre ayudar a los heridos y el teatro, he elegido el teatro. Pero el arte… ¿acaso no sirve también de ayuda a las personas? No lo sé. Tengo que pensar más en ello. Pero los ensayos son tan interesantes… ¡Y en el hospital es siempre lo mismo!

He releído y pensado: ¡qué egoísta soy! Me siento avergonzada

ante Tala.

Hoy, después del ensayo, mientras todos se iban, Kostrov ha contado con mucha gracia que al rodaje de *La defensa de Sebastopol* llegaron los habitantes del lugar con peticiones y quejas. Había visto todo un séquito en guerreras bordadas y decidieron que había algún jefe. También a Kostrov, vestido con una guerrera de general, se le asió una anciana, lloraba y le pedía algo. No había forma de que creyera que no era ningún general. Para no frustrar el rodaje, la policía tuvo que dispersar a los campesinos.

En la cena hablo del ensayo y mi padre pregunta: «¿Sabéis qué es lo más importante en *El inspector*?». «¿La denuncia?» «No.» «¿La escena muda?» «No.» «¿El qué, entonces?» «Lo más importante es cuando Bóbchinski pide que se le transmita al zar que existe un tal Piotr Ivánovich Bóbchinski.» «¿Por qué?» «Es algo que no se debe explicar. Solo puede comprenderse.»

A veces, papá es sorprendentemente desagradable, la verdad.

¡Besos, Aliosha! ¡Buenas noches!

2 de octubre de 1915. Sábado

¡Hace tanto que no escribo! No encuentro nunca el momento. Estoy todo el rato con Aliosha y en el teatro. No hago casi nada para las clases. Tengo que enmendarme sin falta, será una vergüenza si saco malas notas.

Me acostumbro a mi papel. En casa me cambio de ropa y ando con el maquillaje. La nana me vio y se echó a reír. Yo me enfadé con ella, cerré de un portazo. ¡Vieja tonta!

Intento compenetrarme con mi papel, entrar en las profundidades del carácter de mi personaje: así que estoy enamorada de Jlestakov. Pero ¿cómo es posible? ¿Por qué? Si es una nulidad, un bufón, un borracho. ¡Un idiota, vamos! ¡Esas cosas no

pasan! Por ejemplo, yo amo a Aliosha. Y es algo que entiendo. Él no es así para nada. Es inteligente, encantador, tierno, considerado. Guapo, varonil. Su boca es muy bonita, y la nariz, la frente. ¡Y sus manos! ¡Podrías enamorarte solo de sus manos!

Pero para mi papel esto no sirve de nada. Tengo que encontrar determinados puntos de contacto, algo que me resulte comprensible y cercano, de lo que también yo podría enamorarme.

Vuelvo a imaginarme la cara sosa del orejudo Petrov, nuestro Jlestakov, nada, no funciona.

Y no funciona porque no paro de pensar en Aliosha, hoy va a cenar con nosotros. Estoy en la ventana mirando la calle. Ahí, otoño, frío, lluvia, charcos.

De repente se me ha ocurrido la idea tontísima de que, si me muriera justo ahora, ese pavimento y ese árbol medio caído, el perro mojado que ha cruzado corriendo y el cielo lluvioso sobre Rostov… ¡Eso sería todo! Esta es toda mi vida. ¡Qué horror!

¡Ahí viene!

Termino esta tarde.

Aliosha nos ha contado el interesante relato sobre cómo, a principios de la guerra, sus padres, su hermano pequeño y él estaban en Alemania y a todos los rusos los enviaron a Suiza. A gente que llevaba años viviendo allí se les dio veinticuatro horas para prepararse. Viajaron cruzando el lago Constanza en un barco con el mismísimo Kachálov. Regresaron a través de Italia y por el mar hasta Grecia.

Dónde no habrá estado…, y yo no he visto nada, excepto este maldito Rostov. Resulta que *La última cena* de Leonardo, pintada en el muro de un refectorio en Milán, se está perdiendo. La pintó con pinturas al óleo y la capa de pintura en pétalos finitos se enrolla formando pequeños tubos y se desprende de la pared. Yo no me

reprimí y exclamé: «¡Qué horror!». Pero el tonto de Sasha dijo: «Miles de personas caen en las trincheras, ¡eso solo es pintura!». Así que le dije: «¡Tonto!». Mi hermano y yo empezamos a discutir, pero Aliosha —mi sabio— nos reconcilió con mucho tacto.

Desde Salónica los llevaron en tren a Serbia. Además los llevaron gratis, porque la sangre rusa fluye en la causa serbia: el revisor, en lugar de los billetes, comprobaba el pasaporte con nuestro escudo. Liosha contó que un serbio miraba a los rusos con compasión, pero que no se lo merecían, era ofensivo. «¿Es que hemos derramado sangre?», dijo Aliosha. «Nosotros nos limitábamos a huir, gruñíamos por las incomodidades y la falta de dinero, ¡y encima reñíamos por un sitio libre!»

Después llegaron a Bulgaria y, desde aquí, a Rumanía, luego fueron en barco por el Danubio hasta el mar Negro. Aliosha dijo que se parece a la cuenca baja del Volga. Papá preguntó: «¿E Izmail? ¡Porque pasasteis por Izmail!». Aliosha se echó a reír y dijo que había visto Izmail de pura casualidad, porque salió a fumar. «Y todo Izmail es como nuestro muelle-barcaza.» «¿Y ya está?» «Y ya está.»

Estoy cansada, no tengo tiempo ni fuerzas para escribir.

¡Lióshenka! ¡Te amo y te beso! ¡Hasta mañana!

5 de octubre de 1915. Lunes

¡Otra vez Zabugski! ¡Me desquicia! Hoy, en una prueba de control, se ha recorrido la clase vigilando que nadie copiara. Cada vez que pasaba a mi lado, se paraba detrás de mí, echaba un vistazo a mi cuaderno vacío por encima del hombro y susurraba: «¡Exquisito, exquisito!». Me faltó poco para echarme a llorar. Se inclinaba tanto que sentía su aliento, asqueroso. Una vez hasta me dio la sensación de que me había tocado el pelo, supongo que apenas si se contenía para no agarrarme la trenza y arrancármela. ¡Y no paraba de

rascarse la verruga!

Termino de escribir después de cenar. Justo acababa de hablar de mi torturador y papá ha dicho que el año pasado Zabugski enterró a su mujer, que murió durante el parto junto con el pequeño. No lo sabía. ¿Por qué la gente es tan mala? ¿Por qué soy tan mala?

9 de octubre de 1915. Viernes

Hoy he estado en casa de Aliosha, quería presentarme a sus padres. Me daba un poco de miedo. Aliosha me ha dicho después que les he gustado. Son gente muy agradable. Y han visto el mundo entero, han vivido en diferentes países. Su padre ha contado que en 1894 le tocó vivir el terrible terremoto de Constantinopla, cuando en dos minutos perecieron dos mil personas. También dijo que había visto en lo alto de un muro de Santa Sofía la huella de la mano ensangrentada del sultán, que este había dejado cuando entró a caballo en la iglesia por encima de las montañas de cadáveres después del asedio a la ciudad.

¿Y por qué yo no he estado en ningún lado? ¡Señor, qué ganas tengo de ver el mundo!

Los padres de Aliosha han hablado mucho de Varsovia, donde han vivido tantos años. Contaban que los polacos nunca han querido a los rusos y que hasta los dependientes en las tiendas, en cuanto oían una frase en ruso, empezaban «no comprender ruso», y los transeúntes, si les preguntabas por un camino, enviaban a los *moscuvitas* en la dirección incorrecta. Yo callaba y, de repente, declaré que nosotros, los rusos, no sabemos guardar rencor y perdonamos todo a todos, y les conté que Niusia había escrito en una carta que, por simpatía hacia Polonia, ahora en *La vida por el zar* nuestro héroe nacional no muere bajo los sables polacos, sino de frío. Todos se echaron a reír, y yo me sentí muy desconcertada, pero

Aliosha me lanzó una mirada tan buena que también yo me relajé y reí con los demás.

El hermano pequeño de Alexéi es un niño muy agradable, pero un pesado espantoso, se vino corriendo al cuarto de su hermano y no quería irse al suyo. Aliosha le prometió que le enseñaría un truco, y solo por esta recompensa Timoshka accedió a irse: Aliosha echó agua en un cubito de juguete y, en el patio, se puso a girarlo de tal forma que el agua no se salía del cubo dado la vuelta.

Nos besamos, después hablamos del teatro, después me preguntó por el hospital al que voy. Hace mucho que no voy, así que me dio algo de vergüenza. Aliosha empezó a hablar de que lo atormenta el que otros deban combatir y él se esconda en la retaguardia. Está exento de ser alistado. También dijo que su abuelo por parte de madre es alemán.

¡No sabía que existiera un sentimiento tan auténtico y fuerte! Ahora amo. Ahora, lo sé, es lo auténtico.

12 de octubre de 1915. Lunes

Zhenia está cortejando a Lialia demostrativamente, para molestarme. Que lo haga. Casi que me da risa.

13 de octubre de 1915. Martes

Hoy Aliosha ha dicho que quiere ir al frente. Me ha entrado miedo. Quiere ir de voluntario. «No tengo derecho a quedarme limpito en medio de la suciedad general.»

Tengo miedo.

15 de octubre de 1915. Jueves

Hoy por fin le he dicho a mi madre que quiero ser actriz y que,

cuando acabe el gimnasio, me iré a Moscú para entrar en clases de dramaturgia. Primero se ha quedado en silencio, después ha estallado. Se ha puesto a gritar que no me va a dejar ir a ningún lado, porque me arrastrará, según sus propias palabras, «el remolino de la vida bohemia». Y yo le he informado de que creo categóricamente que la vida burguesa y tranquila con sus continuos engaños y aburrimientos es bastante peor, y que quiero consagrarme al arte. Corrió al aparador a por sus gotas: «¿Y qué sabes tú de teatro? ¡Todas sueñan con ser Yermólova o Sábina, y acaban siendo las mantenidas de ricos asquerosos y representan a aldeanas pobres con miles de pendientes o se convierten en carcamales de teatro por una paga de cuarenta rublos!». Sabía que iba a oponerse, y estaba lista para escuchar cosas de ese estilo. Pero después hizo algo que no voy a perdonarle nunca. Ya me marchaba y me gritó por detrás: «¡Mírate en el espejo! ¿Acaso alguien con ese físico puede soñar con ser actriz?».

Soy una persona terrible, repulsiva. Odio a mi propia madre.

¡Alióshenka, qué falta me haces ahora!

17 de octubre de 1915. Sábado

Papá es un sol. ¡Mi querido, bueno e inteligente papá! Estuvimos hablando a solas media tarde, y ha dicho que me va a pagar clases con Koltsova-Seliánskaia. Pero que no debo decirle nada a mi madre. ¡Papaíto, qué maravilla, cuánto te quiero!

El martes es la primera clase.

18 de octubre de 1915. Domingo

Hoy iba tarde al ensayo, corría a pleno pulmón, me he tropezado ¡y se me ha resbalado el cuaderno con mi papel! ¡Qué horror!

Enseguida me he sentado encima, en medio de la acera sucia. Todos se giraban a mirarme como si estuviera loca. Pero me he quedado ahí sentada, he recobrado el aliento y he salido pitando. ¡No me he retrasado casi!

Aliosha hoy tenía mal aspecto. Se ha resfriado y estornudaba. Yo quería llevarlo a casa, pero se ha quedado hasta el final del ensayo.

Víktor Katin interpreta a Dóbchinski y a Bóbchinski, es un hallazgo de nuestro director que a los dos los interprete un único actor. Víktor no tiene que actuar de ninguna manera en especial, porque es Bóbchinski y Dóbchinski en una sola persona.

Oglóblina está enamorada hasta la médula de Kostrov, otra vez se ha puesto colorada hasta la raíz, se ha equivocado. Kostrov al final no ha aguantado, ha estallado, se ha puesto a correr por el escenario gritándole: «Sales al escenario, ¿y de dónde vienes? ¿De qué vida? ¿Qué había entre bastidores? ¿Qué estabas haciendo? ¿Dormir? Pues entonces aparece somnolienta, arrastrando los zapatos, ¡con la falda girada! Vivías fuera del escenario, ¡pues tráete esa vida!». Ha acabado llorando, claro. Así que él ha tenido que pedirle perdón. Incluso se ha puesto de rodillas cuando ella ha decidido que se iba. ¡Una casa de locos!

19 de octubre de 1915. Lunes

He ido con Aliosha a ver *Renacimiento.* Ver la película no estuvo mal, pero contar de qué iba es una tontería. El escultor Mario tiene novia, pero suele verse con su antigua amada, Stella. La boda no se celebra y Mario, desesperado, se marcha a un monasterio. Aquí trabaja en las estatuas. Un día al monasterio llega un alegre grupo y, con él, Stella. Ella reconoce a Mario e intenta tentarlo: «¡No puedes olvidarme! Los rasgos de la estatua son los míos». Entonces él agarra un martillo, rompe la escultura y después mata a Stella y él

se tira desde una roca.

Salimos, caminamos bajo la lluvia. Todo Rostov va debajo de paraguas y en chanclos. Me estrecho contra Aliosha y pienso: eso no era amor, era un disparate. El amor es esto, aquí, él y yo.

¿De verdad Aliosha quiere irse a la guerra? ¿Cómo puede llegar sin más y dejarme?

20 de octubre de 1915. Martes

Acabo de regresar de estar con Nina Nikoláievna. ¡Qué excepcional es! Vieja, pero guapa, agraciada, inteligente. ¡Conoce a todos!

¡Y, sin embargo, qué injustamente está dispuesto el mundo! ¡Ya a nadie le hace falta todo eso! Toda su vida, toda su experiencia, toda su belleza, todas sus palabras, saberes, recuerdos de las personas, de la historia, ¡todo se marchará con ella!

Sobre Kádmina, una famosa cantante de la que fue amiga en sus años mozos: «¡Boba! ¡Se envenenó con cerillas sobre el escenario por un amor repudiado!».

Sobre sí misma: dejó el teatro porque no quería terminar como una vieja risible.

Sobre el compañero: «No debe tener las manos sudorosas».

Sobre el nombre artístico: cuando se hizo actriz, los parientes de su madre la obligaron a cambiarse el apellido para no deshonrar a la familia. «Lo importante es que coincidan las iniciales, por las marcas en la ropa blanca y los monogramas en las cucharitas».

También me dijo: «Tienes talento, niña. Pero no es suficiente. Tampoco la perseverancia es suficiente. Ni el amor al teatro. ¡Nada es suficiente! La pena tiene que llamar a tu puerta, hay que sufrir de todo y saber de todo, también aquello que no debe saberse».

¿Para qué necesito yo la pena? ¡No quiero ninguna pena!

En el alféizar, en una maceta grande, no hay nada, solo tierra.

Pregunté: «Nina Nikoláievna, ¿qué es?». «Sembré una pipa de limón y me dije: si brota un arbolillo, voy a vivir muchos años. Tonterías de vieja».

En la cómoda, una fotografía: su segundo marido, el actor Selianski, un hombre muy guapo. Vio que lo estaba observando y se echó a reír. Se puso a contarme lo bebedor que era. Organizó algún lío, lo juzgaron y, antes de la vista, el abogado le dijo: «¡Ni una palabra propia! Aquí tiene, le he escrito este texto: ¡apréndaselo y actúe!». Lo exculparon. «¡Fue su mejor interpretación!»

Y me ha explicado todo acerca de Jlestakov. ¡Es todo bien sencillo! No estoy enamorada de ningún Jlestakov, sino de Petersburgo, ¡de la vida lejana y auténtica! Y ni siquiera de Petersburgo, sino simplemente de mi propio amor. ¡Estoy enamorada del amor! De pronto, todo estaba clarísimo.

Recordó la llegada de Sarah Bernhardt a Odesa. A la celebridad francesa le montaron un bloqueo por su origen judío, y en Deribásovskaia alguien llegó a tirar una piedra a su coche. En esa época, Bernhardt estaba delgada y era pelirroja. Todos hablaban de sus excentricidades, que dormía en un ataúd, que en casa iba con un traje de Pierrot. «Y, en realidad, no eran más que aspavientos. ¡Su elogiada voz no llegaba ni a la suela de los zapatos de Yermólova!»

La escuchaba y pensaba: ¿será simple envidia de esta desdichada anciana? Para una, todo, la fama mundial, el éxito, y la otra vegeta en su vejez en cierto Rostov. Y puede que no tuviera menos talento que la famosa Sarah Bernhardt. Entonces, ¿de qué se trata? ¿Por qué el destino se apiada de unos y castiga a otros?

¡Destino mío, sé cariñoso conmigo! ¡Por favor! ¿Qué te cuesta? ¡Dámelo todo!

24 de octubre de 1915. Sábado

Por la mañana me he despertado y lo primero que he visto: partículas de polvo en una colina de luz. Se había formado una especie de colinita que cruzaba la habitación, maciza y resistente por el sol y el polvo, ¡ojalá tirarme por ella!

Es genial despertarse justo así, regresar a ti misma desde algún lugar, ¡vestíos, manos mías, vestíos, pies míos!, y saber que el amor ya te está esperando.

¡Alióshenka! ¡Mi luz! ¡Cuánto te quiero! ¿Cómo he vivido sin ti? ¡Sin tus ojos azules! ¡Cómo saben cambiar su luz! ¡Cuánto me gusta mirar cómo brillan celestes y luego se vuelven grises, o ennegrecen por completo cuando la pupila se le ensancha!

Con Zhenia fue tan complicado abrazarse, besarse… Pero con Aliosha sale tan bien, es tan fácil… Lo único horrible es que no sé mostrarle toda mi ternura, mi amor, mi entrega.

¡Qué bonito es despertarse y saber que hoy voy a verlo!

4 de noviembre de 1915. Miércoles

Clases caseras de Nina Nikoláievna: me he quedado sola en casa —había que ordenar— y me he puesto a figurarme que sirvo en casa de una señora gruñona y que va siguiéndome y gruñendo que no hago nada bien, y haz esto y limpia aquello… Hablo sola.

Después vuelvo a pensar en él. Así que me he sentado solo para escribir que lo quiero.

5 de noviembre de 1915. Jueves

¡De reír y llorar! Según la obra debo caerme «de bruces», así que esta tarde he ensayado en mi cuarto, articulo una caída… y mi madre asustada ha venido a toda prisa: «¿Qué ha pasado?».

7 de noviembre de 1915. Sábado

Resulta que la madre de Aliosha es epiléptica. Estábamos en el cuarto de él cuando lo ha llamado su hermano. Salimos corriendo, estaba caída en el suelo en medio de un ataque, estirada como si la hubieran tensado, cual cuerda, en un arco invisible. Le salía espuma de la boca, se la sequé con un pañuelo mientras Aliosha le sujetaba la cabeza. Tenía los ojos apagados, se había orinado, después del ataque yacía como un cadáver.

¡Pobre Aliosha! ¡Cómo sufría!

14 de noviembre de 1915. Sábado

Hoy ha pasado algo horrible. Me parece que todavía no soy del todo consciente de tanto horror. Pero tengo la sensación de que dentro de mí, en el alma, ya todo está infectado por él.

El ensayo ha empezado, como siempre, con un ejercicio: había que interpretar a un personaje que acababa de matar a su amante. La ha matado en el cuarto vecino y ahora sale donde estamos todos. Nos moríamos de la risa, sobre todo cuando Víktor interpretó al asesino: representó cómo la desmembraba y se la comía. Después Kostrov me dijo que interpretara lo mismo: tras la puerta, acababa de matar a mi amante. Así que salgo al pasillo y, de repente, me siento paralizada. ¿Yo he matado? ¿A un amante? ¿A qué amante? ¿Cómo es eso de matarlo? ¿Qué es eso de un amante? ¿Es que Alexéi es mi amante? Me llaman, pero yo no me muevo. Y comprendo que nunca interpretaré algo así. No puedo y, lo más importante, no quiero. Kostrov, descontento: «Pero ¿dónde estás?». Respondí de broma con un grito: «¡Lo he envenenado! ¡Después me he envenenado y yazco muerta a su lado!».

Todos se rieron y a mí me entró un miedo repentino.

Señor, ¿a lo mejor no soy actriz?

17 de noviembre de 1915. Martes

He estado releyendo y me he espantado de mí misma: ¡escribo sobre tonterías! Hoy Aliosha me ha dicho que se marcha al frente. Ya está decidido. No me lo ha dicho hasta el último momento, no quería disgustarme.

He estado en casa de Nina Nikoláievna y no ha habido manera de que me concentrara. Ella enseguida se dio cuenta de que algo no iba bien, y estaba muy descontenta.

«Toda actriz quiere interpretar a una mujer de verdad, enamorada e infeliz.» No comprendo. Eso no es cierto. Eso no debe ser. ¿Por qué una mujer de verdad debe estar enamorada y ser infeliz, y no estar enamorada y ser feliz?

Me enseñaba algo delante del espejo, en la sala tiene un espejo enorme de tres cuerpos en el que una puede verse cuan larga es y todos los costados. Yo la miraba y pensaba: qué vieja es y qué poca falta le hace a nadie. No quiera Dios que llegue a vivir hasta ese punto. Y, de repente, pareció que me había leído el pensamiento, dijo: «Yo era como tú, joven, hermosa, temía la vejez, y Dios me castigó». Y añadió: «Es mejor ser vieja que estar muerta. Pero todavía no lo puedes comprender».

Estaba leyendo un monólogo y, de repente, rompí a llorar… Por Aliosha. Nina Nikoláievna empezó a gritarme, golpeó la mesa con la mano: «¡No se debe llorar de verdad! Que el público piense que estás llorando, ¡pero tú no debes llorar!». No pude seguir con la clase, no le expliqué nada, me disculpé porque me sentía mal y me fui.

18 de noviembre de 1915. Miércoles

Dentro de una semana ya no estará conmigo.

Aliosha es mi novio. Yo soy su novia. Hoy se lo hemos dicho a

sus padres. Su madre ha empezado a llorar, está horrorizada porque Aliosha se marcha al frente, su padre me besó y dijo palabras muy bonitas, importantes. Me llamó hija. Se puso a bendecirnos con un icono, lo tenía sujeto cabeza abajo, solo Timoshka se dio cuenta y se echó a reír, y a todos nos entró la risa. Fue tan fácil, tan bien…

Nuestro enlace se celebrará cuando termine el absurdo gimnasio.

A mi madre y a mi padre no les quiero decir nada. Después, no ahora. Sé que todo terminará con gritos y valeriana. No quiero.

Aliosha me ha acompañado a casa, hemos entrado en la catedral de Alejandro Nevski. En la catedral había mucha gente de fuera. En general, la ciudad está repleta de refugiados. Acuden a Rostov desde todos los lugares: desde el sur, los armenios se ponen a salvo de los turcos; desde el suroeste huyen los habitantes de Galitzia; desde el oeste, polacos, ucranianos y judíos (a estos ahora les permiten instalarse fuera de los límites de los asentamientos para ellos designados); desde el noroeste, los bálticos.

Nos quedamos un rato con unas velas en las manos, y yo me imaginaba nuestra boda allí. Miraba todo y cerraba mi propio pacto con las velas, con los murales de Vasnetsov, también con el mosaico del suelo y los iconostasios y altares de mármol, los álamos negros en las ventanitas, y con la sonoridad de la bóveda y los olores del incienso y de la cera derretida, ellos nos esperarían y nosotros vendríamos, seguro que vendremos.

Aliosha se inclinó y me dijo al oído que mirara al sacerdote, que golpeaba los labios a las ancianas que

En mitad de la frase empezó a sonar un móvil.

—Baumann, Direktion für Soziales und Sicherheit.[3]

Comprendido, están buscando intérpretes.

—Grüzi, Herr Baumann! Kann ich Ihnen helfen?

—Wir haben einen Dringlichkeitsfall, hätten Sie jetzt Zeit zu kommen?

—Nein, Herr Baumann, es tut mir leid, aber ich kann nicht.

—Schade. Es ist eben sehr dringend. Und ich kann niemand finden. Vielleicht könnten Sie sehr kurz bei uns vorbeikommen? Ich habe da einen jungen Mann bei mir, ich muss ihm etwas mitteilen. Aber er versteht nichts, weder Deutsch noch Englisch.

—Es geht wirklich nicht, Herr Baumann. Ich bin jetzt in Rom.

—In Rom? Schön! Wissen Sie was, vielleicht könnten Sie ihm etwas per Telefon ausrichten? Nur ein paar Worte. Der junge Mann steht hier neben mir, ich gebe ihm den Horer, und Sie sprechen kurz mit ihm.

—Gut. Was soll ich ihm sagen?

—Also, er heisst Andrej. Es geht um zwei Brüder, Asylsuchende aus Weissrussland, aus Minsk. Sagen Sie ihm, dass sein Bruder Viktor gestern um 18 Uhr vor dem Durchgangszentrum in Glatt bewusstlos aufgefunden wurde. Er lebte noch, aber starb unterwegs ins Spital. Es ist nicht klar, was passiert ist. Entweder hat ihn jemand aus dem Fenster gestossen oder es war ein Selbstmord oder ein Unfall, die Ermittlungen laufen noch. Alles zeugt davon, dass er betrunken war. Er ist vom dritten Stock mit dem Hinterkopf auf den Asphalt gefallen. Wir haben versucht Andrej das zu erklären, aber er hat nichts verstanden. Das ist alles.

—Gut, Herr Baumann, geben Sie ihm den Hörer.[4]

El teléfono habló con voz infantil y asustada:

—¿Diga?

—Andréi, verás, tu hermano Víktor…

—¿Qué le ha pasado? —La voz del teléfono se volvió muy bajita.

Dijo todo lo que debía decir.

El teléfono se quedó callado un momento. Después sonó un

sonido extraño, similar al hipo.

—¿Hola? ¿Me oyes, Andréi?

Ahogado, entre hipos:

—Sí.

—Pásale el teléfono al señor Baumann.

De nuevo la voz vigorosa del policía:

—Baumann.

—Ich habe es ihm gesagt, Herr Baumann.

—Merci vielmal! Und schönen Tag noch!

—Ihnen auch![5]

Aliosha se inclinó y me dijo al oído que mirara al sacerdote, que golpeaba los labios a las ancianas que se acercaban a besar la cruz, mientras que a las jóvenes les tendía la cruz con suavidad.

Por primera vez me molesté con él, pero después me entró una vergüenza repentina por haberme molestado con él por esa tontería. Señor, ¿y si lo matan? ¿Cómo voy a vivir? De nuevo me entró tanto miedo que las piernas me flaquearon, me agarré a Aliosha para no caerme.

20 de noviembre de 1915. Viernes

Onomástica de Ania Trofímova. Bailes, risas. Me escapé al aseo, me encerré y rompí a llorar. ¿Cómo puede una divertirse si dentro de tres días él se irá…? ¡Y puede que para siempre!

22 de noviembre de 1915. Domingo

Mañana Aliosha parte al frente.

Paseamos por la calle, nos quedamos congelados, entramos al cine. No veía nada, solo un rayo cegador agitándose en la oscuridad.

Era raro, imposible, mañana él partirá a la guerra y aquí estamos, viendo no sé qué tontería. Le tiré del brazo: «¡Vámonos!». Y nos fuimos sin terminar de verla.

No sé si escribirlo o no.

Lo haré.

Vinimos a casa. Subimos a mi cuarto. Cerré la puerta por dentro. Apagué la luz. Lo abracé. Le dije: «¡Tómame, Aliosha!». Y allí estábamos sin movernos, abrazados en medio de la habitación. Él empezó a decir que no podía, y yo le dije: «¡Quiero hacerlo!». Los dos sentíamos miedo y vergüenza. No, no voy a escribir nada.

No comprendo qué pasó. Solo sé que lo hice todo mal.

Siento un peso en el alma. Todo fue dolor y vergüenza. No lo logramos. Él se fue, no me dio ninguna explicación. ¿Qué ocurre? ¿Qué he hecho mal?

¡Cuánto te quiero, Aliosha! ¡Y qué mal me siento, qué miedo tengo!

23 de noviembre de 1915. Lunes

Hoy hemos despedido a Aliosha. Hemos ido todos a la estación, había muchos y diversos conocidos. El tren estaba en unas vías donde ya se habían acabado los andenes, anduvimos un rato por las traviesas. Yo solo esperaba a que Aliosha se me acercara, pero o estaba rodeado de sus amigos o se quedaba junto a sus padres. Después de ayer, me sentía tan torpe, tan mal, que no me atrevía acercarme a él. Luego él se acercó y nos abrazamos. No fui capaz de mirarlo a los ojos. Todo eran mujeres alrededor, despedían a sus hijos, hermanos, novios… y lloraban, pero a mí parecía haberme dado un pasmo. Me limité a pegarme a su abrigo y miro como aletargada a los soldados que suben rápido por unas tablas al vagón, y las tablas que se comban debajo de ellos.

Cuando nos separamos, oí de refilón que alguien le susurraba a alguien: «Puede que él no vuelva, y ella, ni una lagrimita». Hasta sé quién lo dijo.

Pero llegué a casa y me deshice en llanto.

Alióshenka, ¿cómo voy a vivir ahora, sin ti?

De recuerdo me regaló un relojito; en la tapa, un mechón de su pelo.

24 de noviembre de 1915. Martes

Primer día sin Aliosha.

Día de Santa Catalina. Antes del mediodía, una mañana literaria musical para los primeros cursos; por la tarde, un concierto-baile para los últimos. No he ido.

Acabo de regresar de la clase con Nina Nikoláievna. Leía el monólogo «Estoy sola…» y fallaba una y otra vez, empezaba de nuevo desde el principio: «Estoy sola…». Y pienso: ¡qué diantres! No estoy sola, no, ni tampoco allí donde debo estar según la acción de la obra, sino en este cuarto que apesta a cuerpo viejo. Delante de mí, en la mesa, una jarrita con agua que debe reposar y purificarse con ayuda de una cucharita de plata metida dentro; de lo contrario, la vieja, que me llama hijita, no beberá. De repente, todas esas palabras que debo decir en el escenario me parecieron mentiras y tonterías. Intento empezar otra vez: «Estoy sola…».

Entonces lo comprendí: no estoy estudiando ningún arte, estoy aprendiendo a mentir. Sentí repugnancia, hastío. Lo solté todo rápido y de cualquier manera y salí huyendo en cuanto pude.

Me senté a escribir una carta a Aliosha. Pero no sé qué escribirle. Quería contarle cuánto lo quiero, pero no soy capaz. Me estoy volviendo loca: ¿qué es lo que hice mal? ¡Yo solita lo estropeé todo esa tarde! ¡Qué vergüenza, qué dolor y qué mal!

No hay noticias de Aliosha.

27 de noviembre de 1915. Viernes

No hay noticias de Aliosha.

En cuanto recuerdo esa tarde, cómo empecé a desabotonarme la chaquetilla, cómo sujeté su mano y la atraje hacia mí… ¡Otra vez esa vergüenza insoportable! Y se sentía tan cohibido, se torturaba tanto por no poder… Después nos vestimos con miedo a mirarnos a los ojos…

Perdóname, Aliosha, ¡yo tengo la culpa de todo!

1 de diciembre de 1915. Martes

Nina Nikoláievna me ha hablado hoy de la gira en Moscú del famoso teatro de Meiningen, de cómo el escenario de repente empezó a oler a pino para representar un bosque.

He decidido que no voy a seguir yendo a sus clases.

Sin noticias de Aliosha. Supongo que después de lo que ocurrió esa vez no va a escribirme.

4 de diciembre de 1915. Viernes

¡Por fin carta de Aliosha!

Tanto la he esperado y al fin ha llegado y no era capaz de abrir el sobre: he releído varias veces la dirección; es su mano, su letra.

«Querida mía, mi amada, tan lejos ahora.»

He devorado, he recorrido las líneas —tres páginas— buscando lo importante, y lo importante estaba justo al final: «Estamos separados, y solo ahora he comprendido de verdad cuánto significas para mí en esta vida, y con cuánta fuerza te amo y qué insignificantes son, en comparación con mi amor, el miedo a la

muerte y esta guerra».

Copio las líneas de su carta y Aliosha parecer acercarse, como si estuviera en algún lugar, aquí cerca, a mi espalda. Como si así nos uniéramos: ¡con ayuda de estas palabras, de estas letras!

«Te envié otra carta por el camino, pero no sé si la habrás recibido. Estoy bien». ¡No he recibido nada, Aliosha! ¡Nada!

«Estoy en un barracón de los excavados, instalado en la despensa de una casa destruida. En la mesa, una botella de, ay, leche, pan y una vela. Hoy hemos abierto fuego solo por la mañana. Estoy solo en la batería. Todos los oficiales se han ido a la aldea.

»Estoy ocupado todo el día, ser ayudante de campo aquí no es muy engorroso, pero, aun así, no puedo apartarme del teléfono. Te quedas dormido, y debajo de la oreja, un temblor, te despiertas inmediatamente y escuchas, después corres a dar parte al comandante.

»Ayer a las diez de la tarde informaron de que estaba volando un dirigible. Ordené enseguida que apagaran todos los fuegos, y pocos minutos después se inició un cañoneo terrible. En el cielo estrellado fulguró una estrella roja que titilaba y, cerca de ella, a su alrededor, explotaban los obuses. Muy pronto el dirigible estuvo ya justo encima de nosotros. En el aire reinaba un terrible traqueteo y el silbido de los obuses. Las esquirlas y las balas caían, produciendo un sonido como el que hace la leche mientras ordeñas a la vaca, solo que más alargado. Los proyectiles explotaban muy cerca y seguidos, con su luz iluminaban el cuerpo del dirigible, en forma de cigarro, oscuro».

Y otras tres páginas. La he releído cien veces. ¡Señor, sálvalo, protégelo!

Solo ahora, después de que se haya ido a donde lo amenaza la muerte todos los días, a todas horas, he empezado a comprender

qué es el amor y qué incapaz fui de amarlo y mostrarle mi ternura, todo lo que siento por él, ¡si ni siquiera fui capaz de hablarle de mi amor! Y, de repente, ha quedado claro qué inmensamente inferior e indigna de él soy, y cuán culpable de haberle dado tan poco amor.

Hoy he regresado del hospital ya de noche, en medio de la helada; ha muerto un herido y, espantada, me he figurado que habían herido a Aliosha, ¡líbreme Dios!, y que se está muriendo ahora en algún hospital de sangre o directamente en la oscuridad de una trinchera o en la nieve y me llama y, de repente, tengo el corazón en un puño: no va a regresar. ¡No va a regresar! Y yo tendré la culpa, porque mi amor debe salvarlo, y él recibió tan poco de mí que no va a ser suficiente, que no lo salvará…

Mía es la culpa de no haber sabido amarlo como se merece.

8 de octubre de 1915. Martes

«Por la tarde. Estoy en el barracón excavado, junto al teléfono del que yo, como ayudante de campo de esta división, no puedo apartarme. Está continuamente sonando.

»La guerra no es para nada eso que os imagináis. Es cierto que vuelan los proyectiles, pero no con tanta densidad, y tampoco muere tanta gente. La guerra ya no es ningún espanto, es más, ¿existen los espantos en el mundo? Al fin de cuentas, lo espantoso puede estar formado de la mayor nadería. Vuela un obús, si te paras a pensar que va a matarte, que vas a gemir, a arrastrarte, entonces sí que se hace espantoso. Si observas con tranquilidad esas cosas, reflexionas así: puede matarte, cierto, pero ¿qué le vas a hacer? ¿Cocerte en tu propio miedo? ¿Sufrir sin que haya sufrimiento? Mientras estés vivo, respira.

»No quiero fanfarronear, pero ya no tengo tanto miedo como antes, casi no tengo miedo. Si estuviera en infantería, creo que

también me habría acostumbrado a los miedos de la infantería, que son más. La única concesión que hice al miedo de mi madre fue venir a la artillería y no a la infantería. Un oficial de nuestra batería se ha dado cuenta de que un artillero no presta atención a los obuses, pero tiene miedo de las balas, y de que en infantería es al revés. Ya ves qué ridículos son los miedos de aquí.

»Pienso a todas horas en ti, querida mí, y siento que mi amor por ti es más fuerte cada día que pasa. ¿Cómo estás?»

11 de diciembre de 1915. Viernes

Hoy hemos tenido un juicio literario a Rudin. Mishka se ha acalorado tanto, que si Rudin no sabe y no quiere amar, que tiene miedo al gran y verdadero amor, y se enfureció tanto que acabó declarando que había que fusilar a Rudin. Eso espetó, sí: ¡fusilarlo! Todas se rieron.

Me he despertado en mitad de la noche y no podía dormirme. Pensaba en Aliosha.

12 de diciembre de 1915. Sábado

«Ayer estuve en verdadero peligro por primera vez. El proyectil cayó a dos pasos de mí. Dios me salvó. Un *camufleta:* un proyectil que cae a plomo, casi en vertical, y explota en la profundidad de la tierra. La explosión no tiene fuerza para levantar la tierra y solo aparece humo. Los *camufletas* se dan pocas veces, he tenido suerte.

»Me cuentas que has ido a rezar por mí a tu iglesia y, ya ves, me ha ayudado.

»¿Sabes qué es lo más divertido? Es en lo que pensé en ese último momento, cuando el obús volaba hacia mí. Imagino que piensas que tu héroe, al mirar al cielo, se veía como un Andréi

Bolkonski en el campo de Austerlitz o algo por el estilo. Pues nada de eso. Mis pensamientos daban vueltas a que aquí se les ha ocurrido llevar en los bolsillos del abrigo unos pequeños calentadores para las manos: en una cajita metálica forrada de terciopelo arden unas brasas. Así que está bien no haber muerto entonces. Me sentaría mal morir con esa tontería en la cabeza.

»Todo el día penden sobre el horizonte las "salchichas", ajustan el tiro. Hoy he mirado desde el punto de observación, tenemos un telescopio de Zeiss magnífico.

»Lo más difícil es la inactividad forzosa. ¡Es tan importante tener la cabeza ocupada con algo! Esta mañana tenía tantas ganas de leer y ver algo de matemáticas… Me arrepiento de no haberme traído a Grenville, *Elementos de cálculo diferencial e integral.* Ya le he pedido a mi madre que me envíe el libro. Mientras, toca leer lo que cae y cuando cae. A veces hay suerte. Por ejemplo, ahora me ha sonreído la fortuna: un oficial de la segunda batería me ha dejado un libro popular sobre el telégrafo sin hilos y me he pasado toda la tarde con él. Por la mañana, al revés, en pago por la alegría: me he encendido un cigarrillo con muy poco tino, el fósforo "seguro" me ha saltado justo a un ojo, a la córnea, y me ha chamuscado. Me ha salido una ampolla blanca y el ojo se me abre mal. El médico ferroviario del lugar me ha examinado y dice que he salido bien librado, porque, según sus palabras, en estos casos uno se quema de parte a parte. Sorprendente es, además, que el mismo día la desgracia haya atrapado a mi amigo Kovaliov; últimamente me entiendo muy bien con este hombre, que al principio me pareció un poco corto y con muchos aires, pero que, en realidad, es un alma sencilla y bondadosa. El caso es que, mientras diluíamos alcohol, Kovaliov, que quería experimentar la fuerza del vodka, probó a encenderlo con un fósforo. En ese momento, el alcohol se inflamó y le quemó las

manos, el cuello y los labios, así que se le ha levantado la piel por todas partes. Ya ves cómo la gente se mutila sin ninguna guerra.»

13 de diciembre de 1915. Domingo

Casi he dejado de escribir el diario, porque paso todo el tiempo libre con las cartas de Aliosha.

Sin embargo, añado aquí sus cartas y, como resultado, este es un diario común de Aliosha y mío. ¡Dios mío! No hace ni un año que intercalaba florecitas en las páginas y, ahora, las cartas de Aliosha.

Ha nevado toda la noche, la ciudad está bonita, festiva, fresca. Y enseguida pienso: ¿cómo estará él allí, en las posiciones? Seguro que se congela. Contemplo la nieve sin ninguna alegría.

O en el gimnasio. De repente me quedo pensando en Aliosha y me despierto en otro tiempo, en la Grecia clásica. ¿Y qué pinta aquí la Hélade? ¿Para qué escribió Homero tantas páginas sobre cierta Troya? ¡Todo eso no vale ni una sola línea de Aliosha! ¡Qué tortura ir a clase y asistir a lecciones inútiles y absurdas! ¿Para qué sirve todo eso si quiero abrazarlo y no puedo?

He escrito una carta muy especial. Sobre lo que todavía no he hablado con nadie. Y decidí no enviarla. Me imaginé que Aliosha regresaría y que la leeríamos juntos, echados en su diván, los hombros juntos, sien con sien.

14 de diciembre de 1915. Lunes

«Me han asignado un trabajo en la ciudad. He pasado por varios pueblitos. Por todas partes, total devastación. En las calles y en los patios se ven muebles caros tirados, máquinas de coser rotas, gramófonos.

»Salí del cuartel general y en la plaza principal escuché música

militar, un entierro. Transportaban a un general en una cureña. De pronto, me interesa saber cómo se amarra el ataúd al cañón. Soy artillero, así que a mí también me enterrarán así. Me quedé allí plantado, mirando. Ya ves, lejana mía, qué tonterías me interesan. Después pasé a una iglesia. Aquí el diácono invocaba a Dios, le pedía que concediera "la victoria a nuestras huestes cristianas". ¿Los otros no aman a Dios? Me acordé de pronto de mi abuelo alemán. Él me enseñó a rezar el *Vater unser.*

»Y ahora, en este instante, en las trincheras alemanas al otro lado del bosque, alguien reza una oración y le pide a Dios que conceda la victoria a sus huestes cristianas. ¿Quién va a vencer a quién, aquel que ame más a Dios?

»Contigo sí que hablo sobre todas las cosas del mundo, pero aquí, en las trincheras, nunca se habla en voz alta de nada importante, la gente fuma, bebe, come, charla de minucias, de las botas, por ejemplo. No puedes ni imaginarte las horas que puede estar hablando de este tema gente con estudios. La muerte, quizá, ya está acechando sus conversaciones, pero ellos van a recordar que antes de la guerra había botas de caña alta que no te las podías quitar sin un ordenanza, tan apretadas que no podías ni meter un dedo. Y a discutir qué es mejor utilizar: talco o colofonia. Y a contar quién tenía una tablita con una muesca para el tacón por si se da el caso de que no hay quien pueda ayudarte. Y a soltar carcajadas amistosas, felices, cuando alguien cuente que para un desfile cosieron las botas a la pierna y después las descosieron. ¿Y sabes qué está ahora de moda? El último grito son los botines con polainas, como las que llevan los oficiales de aviación y de las tropas blindadas. Pero no son más que sueños, aquí llevamos botas de fieltro y *burki,* unas botas de caña altas abrigadas del Cáucaso, son de fieltro negro.

»Por la noche, antes de dormir, me acordé del teniente de Riazán de Gógol, que no lograba conciliar el sueño, pues admiraba sus botas nuevas. Y pensé: todos los que hoy hemos pasado la tarde hablando de botas desapareceremos, y quedará ese teniente. Y todas las noches se quedará admirando el tacón confeccionado de maravilla.

»Me acosté, recé la oración de la noche y aun así no me dormía, así que encendí de nuevo una luz y te escribo. Tengo ganas de desahogarme. Aunque sigo sin saber qué escribirte, paloma mía.

»Un soldado me ha enseñado la oración que reza nueve veces al día, seguro de que así nada podrá sucederle. Es esta: "Dios Padre va delante, la madre de Dios en el centro y yo, detrás. Lo que a Dios le suceda, a mí me sucederá".

Ahora yo la repito nueve veces todas las mañanas. He pedido un deseo: si tú y yo nos vemos, será por la ayuda de la oración del soldado.»

16 de diciembre de 1915. Miércoles

En clase, Zabugski ha vuelto a examinarme de forma repugnante. Y venga a manosear el lunar ese. ¡De pronto todo era tan asqueroso! No quiero contarle esto a Aliosha.

Estaba en clase y me ha golpeado la idea: ¿qué hago aquí? ¿Para qué? Pedí salir. En las plantas reinaba el silencio, lecciones por todas partes. Bajo, oigo que el portero habla por teléfono. No quería escuchar, pero él no me ha visto y se pensaba que estaba solo, había llamado a alguna mozuela objeto de su pasión y soltaba bromas groseras mientras acordaban verse.

Qué increíblemente vulgar es todo. Y mísero y nauseabundo.

Lióshenka mío, ¿dónde estás? ¿Cuándo nos veremos?

Después de clase me fui a la catedral de la Natividad de la

Virgen en Staropochtóvaia. Entro todos los días a diferentes iglesias a rezar por Aliosha. Alrededor, madres, esposas, hermanas, novias. Estamos allí quietas y pedimos exactamente lo mismo: ¡salva y protege!

18 de diciembre de 1915. Viernes

«Anteayer una bomba cayó en el depósito de obuses de la tercera batería, pero no detonaron como se supone que debían haber hecho. Los diseminaron como bolos. Se habla de espionaje en la retaguardia. Un espionaje que, paradójicamente, ha salvado la vida a muchos. ¡Cómo lo complica Dios todo!

»El teniente Kovaliov (creo que ya te he hablado de él) me ha traído unas botas del Cáucaso. Solo cuestan doce rublos, pero son altas, suaves y ligeras como una pluma.

»Pronto te enviaré una foto a caballo.

»Releo a todas horas tus cartas. Beso las palabras en el papel arrugado, beso tu mano, que escribió esas palabras. Beso y espero. Porque nos veremos, ¿verdad? Porque no puede ser que no nos veamos más, ¿verdad?»

20 de diciembre de 1915. Domingo

He ido a ver a los padres de Aliosha. Quería pasar un momentito en su cuarto, pero ahora Timoshka campa ahí. Se ha puesto a enseñarme un truco: frota lacre con un paño para que unos trocitos diminutos de papel den saltitos y se le adhieran. Timosha recorta personas y soldaditos. No le salen muy bien, el papel le queda irregular, tan pronto les quita un pie como la gorra o una oreja. He estado ayudándolo.

Después iba a casa y, con la guerra, las calles se han llenado de

tullidos: como si alguien hiciera cortes con tijeras igual de irregulares, tan pronto rebana un brazo como una pierna hasta la rodilla.

¡Señor, haz que Aliosha regrese conmigo entero e ileso!

21 de diciembre de 1915. Lunes

«Ya ves cuánto tiempo llevo en la avanzada, y solo ayer fue mi primer combate de verdad. Todo lo que he visto y vivido aquí hasta ahora, y sobre lo que te escribía como si fuera importante, en realidad son naderías.

»Hemos avanzado a la posición del regimiento vecino para reforzarlo, esperábamos un ataque y, de repente, nos hemos encontrado cara a cara con los alemanes. Por primera vez he disparado mi fusil contra un ser humano. Por la falta de costumbre, con el primer disparo me he lastimado el pómulo. Hemos ocupado las trincheras y entonces justo a mi lado han pasado con un herido, el soldado Vasilenko, el que me enseñó aquella oración, ¿recuerdas que te hablé de él? He tenido que pegarme a la pared para dejarlos pasar. Aunque llevo ya más de un mes en el frente, veía por primera vez un cuerpo humano destrozado. Me han entrado náuseas y ganas de irme a casa, y por primera vez me ha rondado la idea de que se puede morir justo así: en medio de un sufrimiento largo y absurdo.

»Los alemanes han salido al ataque y hemos entrado en combate cuerpo a cuerpo. No he matado a nadie. O sí, no lo sé. Solo sé que yo casi caigo, pero me ha salvado Kovaliov. Un alemán se abalanzó sobre mí y ya se disponía a clavarme la bayoneta, pero Kovaliov ha logrado disparar su revólver. El otro ha caído. La bala lo alcanzó cerca de la boca. Se cubrió la mejilla destrozada con las manos. De la boca la sangre le salía como si fuera una fuente. Desde el suelo, nos miraba. Kovalióv se ha acercado y ha disparado

en el ojo al que estaba tendido. Este todavía aguantó vivo un instante y nos miró con el ojo izquierdo, tenía un tic en el párpado. Se me han quedado grabadas las esquirlas ensangrentadas de los dientes.

»Querida mía, amor mío, ¿qué estoy haciendo, para qué te cuento todo esto? ¡Perdóname.»

25 de diciembre de 1915.

Navidad. Terrible. Detestable. Estar en casa se ha vuelto completamente imposible. Todos discuten una y otra vez, se hablan mal. Y no puedo contárselo a Aliosha.

Mi padre ha reñido con mi madre y se ha marchado allí, con su otra familia.

Y ahí nos hemos quedado, sentados a la mesa sin él y todos guardando silencio. No he sido capaz de tragar nada, ni la *kasha* de cebada sin leche ni mantequilla ni el refresco de frutas. Esperábamos una estrella y la nieve nos derribó.

Sasha, por hablar de algo, empezó a asegurar que la estrella de Belén es Venus, así que de buenas a primeras nos pusimos a discutir, a darnos voces. Yo rompí a llorar y salí corriendo a mi cuarto.

La Navidad es la fiesta de las personas que se quieren, de la familia, pero nuestra familia hace mucho que no existe.

Papá está ahora allí, con su otro hijo. Supongo que abriendo los regalos.

¡Liosha, no voy a soportarlo sin ti! ¡La vida no funciona sin ti!

29 de diciembre de 1915. Martes

«¡Hurra! Hoy he recibido un paquete de casa y —¡hurra otra vez!—

he encontrado la bufanda que has tejido, la he desenrollado y, de repente, he sentido el olor de un perfume oculto en los poros de la lana: ¡tu perfume! ¡El olor de mi amada en la bufanda que ha cobrado vida! ¡Nadie sabe cuánto quiero abrazarte, hundirme en tu pelo y olerlo, besarte, respirarte!

»Nos ha tocado pasar la Navidad en las posiciones delanteras. Me ha dado mucha pena no haber podido asistir a la Vigilia.

»Me puse a hojear al azar el Evangelio que me dio mi madre. Empecé a leer el Libro de las Revelaciones y pensé de repente que el Apocalipsis es un remedio para el miedo a la propia muerte. La muerte general es una justicia consoladora. Da miedo morir porque molesta quedarse atrás: los demás continuarán y verán lo que para ti ya va a quedar siempre oculto tras un recodo. Por eso lo que más molesta del Apocalipsis es que no va a suceder.

»He intentado dormir, pero otra vez no he podido. Así que me he sentado a garabatear los pensamientos que no permiten a mi cerebro descansar por la noche. El Apocalipsis, en realidad, está aquí, cotidiano, helado, con una ventisca a ras del suelo, simplemente extendiéndose por el tiempo. Todos mueren, solo que no al mismo tiempo. Pero, en esencia, ¿cuál es la diferencia? De una forma u otra desaparecen mundos enteros, generaciones, imperios. ¿Dónde está Bizancio? ¿Dónde los romanos? ¿Dónde los helenos? ¡Zas! ¡Nada! No hay nada. Nada ni nadie, ni vencedores ni vencidos. Todo se hundió, aunque no de forma tan teatral, no "el cielo como un volumen que se enrolla", sino prosaica. El ser humano quiere hacer prácticamente una tragedia de todo, y es indispensable que sea con todo a la vez, en masa, para mayor efecto. Lees a Juan y es puro Janzhónkov. Pero al final me he excedido hablando. ¡Duerme, paloma mía! ¡Duerme! ¡Buenas noches! Te mando un beso ahora, esta noche, a través de todas estas verstas, así que estoy contigo.»

10 de enero de 1916. Domingo

Sin cartas de Aliosha desde hace casi ya dos semanas, y me estoy volviendo loca, esta noche he tenido un sueño horrible. Me he despertado empapada en lágrimas. Viajaba con él en una troika una noche heladora. Y lo sentía tan cerca, su respiración, sus labios. Se apoderó por entero de mí un fuerte deseo de vivir plenamente, con todo mi ser, quería que sonaran sin cesar el sonido de las campanillas y el crujido agradable de los patines. Y, entonces, todo desapareció, y yo estaba sola. Y me llevaban a algún lugar después de haberme extendido por las mejillas, como cuando era pequeña, grasa de ganso contra el frío, por toda la cara. Era viscosa, desagradable. La grasa se calentó, chorreaba. Delante de mí, las grupas de los caballos con la cola cubierta de escarcha. Las veo, siento el olor de las pieles de oso sobre las que estoy sentada, y el sudor de los caballos y los gases que sueltan los animales todo el rato. Me desperté de pronto y lo sentí… Ha muerto…

Por poco se me rompe el corazón.

11 de enero de 1916. Lunes

¡Carta de él! ¡Está vivo! ¡Vivo! ¡Vivo!

«Ha tocado celebrar la Navidad en las posiciones delanteras, los alemanes no nos han inquietado ni en Nochebuena ni el día de fiesta. Para Nochebuena en la batería se encendió un arbolito colocado delante de los barracones. La tarde era tranquila y no se apagaron las velas con el aire. Involuntariamente, mis pensamientos volaron hasta vosotros, a Rostov. Me imaginaba con viveza la tarde: primero el ajetreo en las calles, después el cese de la agitación callejera y, por fin, empieza el tañido en las iglesias, uno solemne, festivo, el inicio del servicio prevespertino en la gran tarde y, finalmente, la vigilia. Al terminar, la gente se disemina desde las

iglesias y se separa en un estado alegre y festivo. Aquí la calma es completa, entre nosotros, también entre los alemanes. La noche era estrellada, así que la calma aumentaba la tristeza y se sentía con mayor fuerza la separación. Me acordé de mi casa, de la infancia, cómo debajo del mantel se extendía paja en recuerdo del nacimiento de Cristo y lo bien que olía en el cuarto, pues se mezclaba con el olor de la pinocha. En nuestra casa la Navidad era día de ayuno, y nadie comía desde la mañana hasta que aparecía la primera estrella. Pasábamos hambre hasta la tarde y mirábamos la estrella, después nos sentábamos a la mesa. Comíamos hojaldres con rellenos especiales, navideños: con arroz, el rey blanco; con judías, el rey amarillo; con ciruelas, el rey negro. Lo escribo ¡y me entran unas ganas repentinas de probar de nuevo esos hojaldres! ¡Me atiborraría!

»¡Besos! ¡Buenas noches! Mañana terminaré de escribir.

»Termino la carta empezada antes de ayer y corro a enviarla, que ha surgido la ocasión.

»No, no me da tiempo a terminarla, la envío como está. Tras la ventana, el sol, la helada, la nieve brilla y los gorriones, entre píos agudos, han volado hasta el estiércol fresco de los caballos, ¡la felicidad gorriona!»

Pregunta: Describa su trayecto.

Respuesta: Salí y eché a andar sin saber adónde iba, anduve cuarenta días.

Pregunta: ¿Qué países atravesó?

Respuesta: Llegué a la tierra en la que viven personas con cabeza de perro. Ellos, los cinocéfalos, me miraron y no me causaron daño. En todos los lugares viven con sus hijos, construyendo sus nidos entre las piedras. Cien días anduve

a través de su tierra y llegué a la tierra de los pigmeos. Y me recibieron numerosos maridos, esposas y niños. Al verlos, me atemoricé, pensé que iban a comerme. Y decidí: me despeinaré la cabeza y me encaminaré hacia ellos. Si echo a correr, me comerán. Así hice y ellos echaron a correr, agarrando a sus hijos y rechinando los dientes. Ascendí yo a una montaña alta, donde ni resplandecía el sol ni crecían los árboles o la hierba, solo bichos y serpientes que silban y rechinan los dientes. También rechinaban los dientes áspides, equidnas, ofidios y basiliscos. Vi otras serpientes, pero no conocía muchos de los nombres. Así anduve cuatro días, oyendo el bisbiseo. Me tapé los oídos con cera, incapaz de aguantar el silbido serpentino.

Pregunta: ¿Está diciendo la verdad?

Respuesta: Mire, todavía tengo cera en los oídos. Después continué andando otros cincuenta días, sin conocer el camino, y encontré un témpano de hielo cuya altura iba de la tierra al codo y, royéndolo, atravesé aquella tierra.

Pregunta: ¿Dónde, cuándo y cómo cruzó la frontera?

Respuesta: Llegué hasta un río grande y apagué la sed en su agua, los labios empezaron a pegárseme por un dulzor que superaba el dulzor de la miel y de la miel en panal. Y cuando llegó la novena hora se derramó por ese río una luz siete veces más clara que la luz del día. Y hubo vientos en esa tierra: el viento de poniente de color verde y, desde la salida del sol, un viento rojizo; desde el norte el viento era como sangre fresca y, desde el lado sur, un viento blanco como la nieve.

Pregunta: ¿Está diciendo, en efecto, la verdad?

Respuesta: El ancho de ese río era como el cielo que se reflejaba en el agua, y su profundidad, como el instante que centellea, no tiene fondo. Y cuando quise cruzarlo, el río empezó a vociferar y dijo: «No puedes cruzarme, porque el ser humano no puede cruzar mis aguas. Mira qué hay encima del agua». Miré y vi un muro de nubes que se alzaba desde las aguas hasta el cielo. Y me dijo la nube: «A mí no me atraviesa ni un ave de este mundo ni el soplido del viento, ningún otro puede atravesarme».

Pregunta: Entonces, ¿cómo cruzó usted la frontera?

Respuesta: Recé a Dios nuestro Señor y de la tierra brotaron dos árboles, hermosos y muy adornados, llenos de olorosos frutos. Y se inclinó un árbol, que estaba a este lado del río, me subió a su copa y, alzándome bien arriba, se inclinó hasta el centro del río. Lo recibió el otro árbol y me subió a su copa, se inclinó y me dejó en la tierra. Así se elevaron los árboles y crucé el río.

Pregunta: Está bien, digamos que fue así. Pero ¿cuántos años tiene? Aquí ha escrito que diecinueve, pero ¿en realidad?

Respuesta: En la época en que había cumplido 165 años nació mi hijo Matusalén y, después de esto, viví otros 200 años: en total he cumplido 365.

Pregunta: ¿Qué pasó después?

Respuesta: La primera noche del mes de Nisán yo dormía. Y en sueños se coló en mi corazón una gran congoja. Y dije llorando, pues en sueños no podía comprender la causa de la congoja: ¿qué será de mí? Me desperté y me quedé largo rato echado, sin dormir. Todo empapado en sudor. No lograba recordar dónde me había despertado. Después me acordé. Quería huir a algún sitio, como si me hubiera

despertado siendo alguien diferente, no yo mismo. A mi alrededor, resoplidos, ronquidos. En algún lugar goteaba agua. A lo lejos pasó un coche. De pronto se oyó un reloj. Ahí, en su interior, todo está vivo. Después me puse el gorro, me eché sobre los hombros el chaquetón y salí. Rompí el hielo de un charco, crujió formando un abanico.

Pregunta: ¿Entonces, en esa noche invernal de abril, pero todavía con la podredumbre de marzo, fue cuando todo empezó?

Respuesta: No lo sé. Me quité el gorro, la transpiración se medio secó enseguida. En la oscuridad, alguien se movía junto a la caseta. Me dio una voz: «Enoch, eres tú, ¿no?». Respondí: «Sí». Él: «¡Ven! ¡Tengo leche condensada cocida!». Me acerqué, aunque no había reconocido quién era. Abrió la lata con la bayoneta. Nos pusimos a comer con los dedos. Untabas un dedo y lo lamías.

Pregunta: Pero ¿por qué Enoch?

Respuesta: Siempre me han llamado así, en la guardería, en el colegio y en el ejército. Mi apellido es Enojin. Así que todos me llamaban Enoch.

Pregunta: Lo llamaban y no tenían noción alguna sobre los depósitos de nubes o los depósitos de rocío, por no hablar ya de lo que hay entre la descomposición y la no descomposición.

Respuesta: ¿A qué se refiere? No lo comprendo.

Pregunta: Está bien. Tenemos poco tiempo: en todos los barcos, estén hundidos o navegando, ya están picando la campana. Así que cuente rápidamente cómo azotaba la goma de los calzoncillos en la tripa desnuda o no acabaremos.

Respuesta: Me pegaron los primeros días en la unidad.

Pregunta: Bueno, supongo que es lo establecido, ¿no?

Respuesta: Ni oponíamos resistencia. Ya sabíamos que después del juramento nos iban a pegar con más fuerza y en la cara. Hasta entonces, hasta el juramento, en la cara no te pegan.

Pregunta: Diga qué clase de unidad era y dónde estaba situada.

Respuesta: Es una unidad como otra cualquiera, no tiene nada de especial. En la entrada hay dos pinos, a modo de centinelas, y antes había un batallón pinoso. Esto tampoco es importante. Lo importante es que estoy un domingo en el cuarto rojo, el común, viendo la tele, y llega Sery: «¡En pie! ¡El cuartel es un caos! ¡Pitando!». Llego corriendo, los soldados están acostados en las camas y la mía está deshecha, ahuecada. La estiro, pero Sery vuelve a deshacerla. Y así, pues una hora entera. Para diversión de todos. Y encima los que están acostados me dan patadas. Todo ese tiempo Sery se estira la goma de los calzoncillos que le da en la tripa. Habíamos llegado varios soldados jóvenes de la sección de instrucción y, ya se sabe, la primera noche nos ofrecieron una recepción: nos hicieron «desalojar el invierno» del cuartel con toallas. Uno se negó, y le dieron con un taburete en la cabeza. También hubo un caso en que…

Pregunta: ¡Ya me sé yo vuestros casos! Ahora empezará a contarnos que por la mañana debía limpiar con un cepillo de dientes la «pista» del cuartel.

Respuesta: Anda, ¿usted también?

Pregunta: ¿Qué se cree usted, que es el único en esa situación? ¿Que los demás no han hecho la cama a los abuelos, no les han cosido las tirillas? ¿Recuerda el módulo intendente? Los novatos con el pelo al cero lavan y planchan la ropa de algodón de los viejos. Mientras que Sery lleva una chaqueta estrechada al máximo, a la moda veterana. De pronto te ves en un espejo agrietado y empañado, y en los ojos solo hay miedo: no causar daño, no quemar.

Respuesta: ¿También tuvo usted un Sery? ¿Y también le gustaba

darse en la tripa con la goma de los calzoncillos azules?

Pregunta: Una vez le estaba cosiendo la tirilla del cuello de la guerrera y me pinché un dedo, con tal mala suerte que estropeé la tirilla, goteó una manchita de sangre. ¡Sery podía ser muy cruel!

Respuesta: ¡A mí también me pasó! Primero, un puñetazo en el estómago y se queda mirando mientras me retuerzo sin respiración, todo lleno de mocos, después con el codo en la espalda, para tirarme al suelo. Después con la bota, pero no de cualquier forma, sino para no hacer ninguna fractura. También le gustaba hacer esto otro: te retuerce los brazos a la espalda y con una palma te tapa la nariz y la boca para que no puedas respirar, y se queda esperando. En cuanto empiezas a perder el conocimiento, separa un poco la palma, para que tragues aire, y vuelve a impedirte respirar. Después te suelta y se frota la palma en el pelo pincho ya crecido de la cabeza.

Pregunta: ¿Y recuerda cuando vieron en los baños su pilila, pequeñita, blanquita, sin ningún signo de «vegetación» y, muertos de risa, no lograban parar? Pero usted no se molestó, ¿no? Juzgue usted mismo, dos años en el cuartel y solo el día de los baños, cuando los llevan por la ciudad, se pueden avistar civiles, y encima la mayoría son oficiales con otra ropa, y las mujeres, esposas de los oficiales. Aparte de que los baños están solo a una cuadra del cuartel. Las botas, la hojarasca, incluso estas giran para hacer ñaca-ñaca en la plaza de armas. Y los muchachos están todos vivos, en el sentido de que todavía no están muertos, así que de qué van a hablar si no es de mujeres, vamos, que en clase de historia política solo se habla de

por qué agujero se la metería cada cual a alguna. Y el vicecomandante de política, con el hábito puesto, en el rincón rojo sigue con sus cosas: al viejo y caduco espartano, que se puso en la fila para alistarse, le preguntan: ¿dónde vas tú así? Y él, curvando los labios en una sonrisa, responde que, si no tiene ninguna otra utilidad, al menos le desafilará la espada al enemigo. ¿Acaso se puede dejar a tantos hombres solos, sin mujeres? ¡Y por tanto tiempo! ¡Vaya porquería! Estás tumbado de noche, escondes la cabeza debajo de la manta… ¡y qué ganas de dar besos, arrimarte, meterla! Y te imaginas de todo. Las gotas de la vida, súbitas y calientes, mueren en la sábana. Y después está mojada y fría para dormir.

Respuesta: Sí, todos tienen lo mismo en la cabeza. Y beber, eso también. La primera vez que salí de permiso, Sery me dijo que trajera luego una botella o esa noche formaría la compañía y delante de todos me jodería: ¡prepara el agujerito!

Pregunta: ¿La llevó?

Respuesta: Qué remedio.

Pregunta: Pero cacheaban en el punto de control, ¿no?

Respuesta: Salió Sery. No es un animal. Asusta más que otra cosa. En general, se puede vivir en todas partes. Aunque es bastante duro. En cuanto te duermes, Sery se desploma borracho, te levantas a quitarle las botas. Él eructa y tú hueles: pepinillos poco salados y col fermentada. «¡Inclínate!», grita, y te obliga a inclinarte. Estás inclinado y él sigue: «¡Más abajo, maricón de mierda, más abajo!». Frunces el ceño, te agachas, y Sery te agarra del cuello y

tira de tu cara hasta su trasero con los calzoncillos azules. Espera un ratito, se concentra y se tira un pedo. «Bueno, ¿qué? —pregunta—, ¿has esnifado bien?». Y te suelta. «Anda, vete a dormir». Y otra vez te encaramas al catre de dos pisos y, antes de dormir, recuerdas algo bueno. A tu madre, por ejemplo. Qué bien despertarse en casa, ella ha preparado tortitas, ya está puesta la mesa. Pero aquí amanece y te despiertan con un cepillo de barrer en la cara.

Pregunta: Pero podíais escaquearos, fingiendo algo, ¿no?

Respuesta: Uno fingió… Se colgó con un cinturón, pero sin estrangularse, quería librarse con el artículo 7-b. Pero no le salió. Sery hizo que excavara un hoyo detrás del cuartel y todos le meamos encima.

Pregunta: ¿Usted también?

Respuesta: Sí, también yo.

Pregunta: ¿Por qué?

Respuesta: ¿De verdad no lo entiende?

Pregunta: Lo entiendo.

Respuesta: Entonces, ¿para qué pregunta?

Pregunta: ¿Qué pasó después?

Respuesta: Me dieron una automática en la armería, puse mi firma en el cuaderno. De pronto, alegría, cierta libertad de poder llegar y disparar la munición asignada sobre toda esa gente que me rodeaba. Y, lo más importante, sobre Sery. Y nadie ni nada me detendría. Agarré el *kalash* y me fui a pasear siguiendo la alambrada. Ando y escudriño la oscuridad. Ya había nevado y todo brillaba un poco por la nieve. Hace frío. Crujidos de mis pasos. Y muchas ganas de que una manzana verde crujiera así entre mis dientes. Ando y miro

las estrellas, intento situarme con las constelaciones, pero, en realidad, no me sé ninguna, excepto la Osa Mayor. Encontré dos estrellas, eran como los dos puntos, y pienso: esa será mi constelación, la constelación dos puntos. También pensaba en cómo explicaba Sery la estructura del mundo: todos los planetas son átomos de otro mundo, uno superior. Y nuestros átomos también son planetas de algo. «A ver, ahora escupo —decía Sery— y en esos mundos miles de galaxias como nuestra Vía Láctea caerán como chinches.» Quizá Sery tenga razón, quizá sea así. Ando y pienso a saber en qué, y en cualquier momento puede aparecer el oficial de la guardia, o el responsable de guardia hoy. Entonces, ya sabe usted, según el reglamento hay que gritar: «¡Alto! ¿Quién va?». Si no responde como es debido, se dispara al aire. Es el primer disparo. Si no se detiene ante el aviso, la siguiente bala va al que se acerca.

Pregunta: ¿Y qué? ¿Cuál es el problema?

Respuesta: Pues ahí está la cosa, en si primero se dispara al que se acerca y después al aire. La cuestión es si después se puede determinar cuál fue la primera bala y cuál la segunda.

Pregunta: Todo eso es teoría. Cuente cómo se puso en cuclillas y se clavó el cañón de la automática con el cerrojo levantado y el seguro bajado.

Respuesta: En ese momento me pareció que me había sentado sobre un agujero. Y que la vida es ese agujero cagado, y de ahí esa peste. Y yo también voy a hundirme en ese foso. Luego ellos se burlarán de mí, incluso después de eso. Todo les hace gracia, la verdad.

Pregunta: ¿Justo en ese momento empezó a retumbar el trueno?

Respuesta: Sí, en algún lugar en la lejanía se puso a tronar, con sonoridad, estrepitosamente, como si alguien estuviera corriendo por los tejados de los garajes. Donde vivíamos, tras la ventana, a la derecha, estaba la puerta de una fábrica y, a la izquierda, los garajes. Los chavales corríamos por los tejados. Los tejados se combaban, el hierro estaba oxidado, se deshacía. Me gustaba cómo retumbaba nuestro trapaleo. Como si hiciéramos un trueno lejano. Y los dueños de los garajes nos gritaban y perseguían. Una vez montaron una redada. Estábamos saltando de un garaje a otro y yo fallé, no salté lo suficiente y me caí. Me arrastraron fuera y me pegaron. Mi madre lo vio por la ventana y llegó corriendo. Me habrían matado a golpes de no ser por ella.

Pregunta: Entonces, allí, en el cielo, resonó un trueno como si alguien corriera por los tejados de los garajes, ¿y?

Respuesta: Yo pregunté: «Señor, ¿cómo puedes disponer todo esto?».

Pregunta: Y entonces os mandaron a ver a Sery, él estaba en una silla de ginecología, ¿es así?

Respuesta: Sí, teníamos que sacar de los sótanos de un viejo hospital todo tipo de trastos. En la calle había una silla herrumbrosa e ininteligible. Una de esas. Y Sery se había instalado en ella, con las piernas con las botas bien separadas, haciendo chasquear la goma de los calzoncillos. Aparte de los calzoncillos azules, no tenía nada puesto.

Pregunta: ¿Y a usted no lo confundió que la nieve crujiera bajo sus pies, que estuviera respirando hielo nocturno y ligero y él llevara solo los calzoncillos?

Respuesta: En ese momento ni lo pensé. Me habían mandado a ver

a Sery y yo fui, no hay nada que preguntar. Justo le estaban pegando a un gagaúzo. Un chico enclenque de Moldavia, ni siquiera sé cómo acabó con nosotros. Sery dijo que los gagaúzos no son ningún pueblo, sino la descendencia que había dejado el ejército turco, y que la propia palabra gagaúzo en turco significa traidor. Y todos debíamos acercarnos y hacerle algo. Yo le di con la punta de la bota en la espinilla, el otro hasta dio un salto, se agarró la pierna de tanto dolor. Un traidor es un traidor, no hay que compadecerse. Ni siquiera importa si es gagaúzo o no.

Pregunta: ¿Y el gagaúzo?

Respuesta: Nada, se quedó un ratín gimiendo en un rincón y luego se puso con todos a arrastrar fuera las camas del hospital.

Pregunta: ¿Y entonces?

Respuesta: Entonces pregunté: «¿Cómo has dispuesto este mundo, Sery?».

Pregunta: ¿Y él?

Respuesta: Él respondió chasqueando en la tripa la goma de los calzoncillos: «En cada escupitajo vuela un universo. Nos da la sensación de que el centinela está inmóvil y el sol se pone, porque de todos es sabido desde los tiempos de Copérnico que el sol se queda en su sitio y el mundo se va al garete. Primero fue el hombre y, después, su escupitajo. Para que el universo remonte el vuelo tenía que crear al hombre. Y creé su carne con esta tierra sembrada de colillas, y su sangre con agua herrumbrosa del grifo; sus ojos, con el vidrio de una botella verde; los huesos, con las patas de los catres; la mente, con nubes; las venas y el cabello, con hierba marchita; el pulso, con una corriente de

aire; la respiración, con viento; la caspa, con nieve seca y rastrera. Y ordené que errara por el mundo buscando a Dios, carne y hembras. Y que en el camino siempre desaparecieran las huellas, pero quedara el pie. Y que de un perro se dijera «ha muerto», y del hombre «ha estirado la pata».

Pregunta: ¡Pero al menos habrá entendido lo difícil que es ser el amo del mundo! Las uñas quieren vivir y no tienen la culpa de que usted se las muerda. La tortuga quiere saber qué habrá al final, pero el niño la rompe contra el asfalto para averiguar qué hubo al principio. El labrador pide lluvia, y el marinero, viento a favor y tiempo apacible; el general, la guerra, y el soldado sueña que regresa a casa y tira las divisas por el ventanillo.

Respuesta: ¿De qué habla?

Pregunta: De que si solo somos, en efecto, un átomo en el lapo de Sery y nos vamos al garete, en ese universo del escupitajo sigue estando el gato en el ventanillo y atrapa copos de nieve con la pata. En ese universo también hay un Talmud que cuenta que un ternero llegó corriendo a ver a un sabio, dolido porque querían degollarlo, y el sabio le dijo: «Ve donde te llevan, para este propósito fuiste creado».

Respuesta: ¿Qué gato? ¿Y qué significa eso?

Pregunta: Significa primero que yo soy un abuelo y usted un novato, y después es al revés, usted es el abuelo y yo el novato. ¡Alguien debe enseñarnos a nosotros, los novatos! Solo hay que comprender la lengua hadada, su arrullo. Porque somos ciegos de nacimiento, no vemos nada y no podemos captar el nexo de los acontecimientos, la unidad de las cosas; así el topo excava su camino y se topa con gruesas

raíces, y para él son simplemente obstáculos insalvables y no puede imaginarse la cima que sustenta esas raíces. De la misma manera, la sección que va completamente pertrechada en marcha de campaña por un camino boscoso en medio de un invierno sin nieve, cuando las ramas desnudas de los árboles han reptado fuera de la niebla matinal, tampoco es consciente de esa misma cima: su color en otoño, el viento, el susurro de sus hojas y cuánto se parece a unos pulmones. Los vertebrados y los invertebrados reaccionan de forma diferente al entorno: los primeros aumentan su temperatura cuando la temperatura del medio cae y, aun así, se congelan; los otros viven siempre en armonía con el medio y, si llega el invierno, se convierten en hielo y después, tras una espera, se descongelan. Hay que esperar, aguantar, y entonces seremos tres veces veteranos y estaremos liberados de las tundas, y también seremos abuelos y entonces nos lavarán a nosotros el algodón, nos coserán las tirillas, nos limpiarán las botas, nos rascarán los talones, y en el comedor nos serviremos una montaña de comida para llenar el plato y lo que no podamos comer, lo dejaremos en el plato, previamente regado con un escupitajo para que no se lo terminen los jóvenes hambrientos que todavía saben tan poco del amor y tanto del odio. Y si, en nuestra presencia, alguno de los bisoños se sienta en el único taburete del módulo intendente, les diremos, dando golpecitos con la goma de los calzoncillos, que ha insultado a un abuelo y que, por eso, todos deben acercarse y escupirle al zote en la jeta. Y nadie se atreverá a llevarnos la contraria. Todos se acercarán y escupirán. Así se

mantiene el universo en el escupitajo volador, de lo contrario, el mundo se desmoronará, se desperdigará como una pila de papel gastado en el parqué.

Respuesta: ¿Es imprescindible?

Pregunta: Es la iniciación. ¡El milagro de la conversión de un gusano granujoso en una mariposa nacarada! ¡La inclusión en el enigmático y sorprendente mundo de los adultos! Un ritual de hombría con el que, al cruzarlo, propagará ese misterio por toda la patria, en todos los garajes y camas. Ya ve qué cosas, ¡escupió, meó o se tiró pedos! Toda cultura ha ideado algo para convertirse en hombre. No son ustedes los primeros ni serán los últimos. El propio Tácito cuenta que entre los hatitas el novato no se cortaba la barba ni el bigote mientras no matara a un enemigo. Entre los taifalos y los hérulos usted ni habría tocado a una mujer mientras no matara sin armas un jabalí. Y todavía dé gracias de que no le tajaran nada de entre las piernas, como a algunos. Y en Sumatra a los jóvenes le hacen no una circun-, sino una subcisión, sajan la parte inferior de la uretra, por lo que los hombres solo pueden orinar sentados, como las mujeres. Es bien simple: los chicos, los jóvenes guerreros deben perder su esencia humana y adquirir una esencia más elevada, convertirse en lobos o en osos. O en perros salvajes. Sufrimientos y más sufrimientos. Pero ese no es el tema.

Respuesta: ¿Y cuál es?

Pregunta: La belleza.

Respuesta: ¿Qué hay bello aquí, en el sonido de la goma de unos calzoncillos azotando una tripa?

Pregunta: Acuérdese de los soldados jugando al fútbol en el patio de

ese hospital con una pelota de goma agujereada que, después de cada patada, se quedaba abollada y poco a poco se iba encogiendo, la pelota parecía tomar aliento, absorber el aire por un agujerillo. Después Sery saltó fuera de su silla y golpeó con tanta fuerza que la pelota parecía un gorro de baño. ¿Acaso no percibe la belleza en algo así? No desde la portada satinada en la vitrina de un quiosco, sino una auténtica, viva. Por no hablar de que esa gente en calzoncillos azules y botas que corren tras una pelota-gorro por el patio de un hospital, sembrado de cristales rotos, han suscrito voto de sacrificio, están listos para entregarse, para entregar a los demás, a la patria, su cerebro-nubes, su pulso-corriente de aire, su respiración-viento, ¿acaso no hay belleza en ello? ¿Acaso no eran bellos esos dos, el anciano y el niño que subían la colina con un haz de leña para el sacrificio? Y el niño no paraba de preguntar: «Pero ¿dónde está el cordero, padre?». Y el anciano respondía: «¡Espera y lo verás!». Igual ahí, corren todos juntos, formando un tropel tezado y sudoroso, pateando con sus pesadas botas, resbalándose con los restos de vidrio en el asfalto, y les parece que corren tras el balón para golpearlo con más fuerza en la tripa, pero solo les parece. Corren tras un balón que ha expirado su aire desde el patio del hospital a un camino vecinal deteriorado y, después, por un campo de centeno y un bosque de abedules. A veces se paran a recobrar el aliento, cuando alguien lanza el balón al tejado de los garajes y, entonces, mientras alguien hace retumbar las botas por los tejados de metal, ellos parecen volver en sí y preguntan: «Pero, Sery, ¿dónde está el sacrificio? ¿Dónde

está el cordero?». «Esperad y lo veréis», responde él, y lanzan el balón desde el tejado y el alegre tropel sigue corriendo. Patalean las botas por el campo de centeno, por el bosque de abedules. Y mañana siempre habrá guerra.

Respuesta: Qué rápido se ha hecho de noche.

Pregunta: No pasa nada, podemos seguir hablando, sonocharemos.

Respuesta: Qué tranquilidad tienen aquí. Campanitas. Las vacas pastan en la niebla.

Pregunta: Sí, aquí se está tranquilo.

Respuesta: Dígame, ¿para qué anota lo que digo si, de todas formas, no tendrá ningún sentido? Dirán: has escuchado las campanitas y, venga, largo de aquí. Sé que les dice eso a todos.

Pregunta: Para que al menos quede algo de usted.

Respuesta: Entonces, lo que usted anote sobre mí, ¿permanecerá cuando yo ya no esté aquí?

Pregunta: Sí.

Respuesta: ¿Y lo que no anote desaparecerá junto conmigo? ¿No quedará nada?

Pregunta: Eso es. Nada.

Respuesta: ¿Y puedo contarle sobre todos, todos, todos?

Pregunta: Sí, pero tenemos muy poco tiempo. Hable de aquellos a quienes quiere.

Respuesta: ¿De mi madre puedo?

Pregunta: Sí.

Respuesta: Voy, primero me concentro. Hay que recordar algo que sea importante. Me acuerdo de que, una vez, de pequeño, estaba dormido, pero en sueños oía que ella entraba y que debía de llevar el abrigo de pieles, porque en el cuarto hacía frío. ¿Lo ha apuntado?

Pregunta: Sí. ¿Es todo?

Respuesta: Espere, no me meta prisa, que me despisto.

Pregunta: ¿Quizá lo de las cajas de bombones y el helado?

Respuesta: Sí, eso es. Mi madre trabajaba en una tienda y traía a casa las cajas de bombones que quitaban del inventario. Traía a casa los buenos y vendía los antiguos. Era despistadísima. Después se puso a trabajar vendiendo helados en un puestecito, y la primera tarde se emborrachó, los repartió gratis y se quedó dormida cerca de su puesto de trabajo. ¡Pero esto no tiene ninguna importancia! Me está liando.

Pregunta: ¿Algo más?

Respuesta: Recuerdo también que estaba ingresado en el hospital y que no dejaban entrar a los padres, cuarentena. Mi madre vino y se quedó abajo, me gritaba algo por la ventana, pero no se oía nada, hasta los ventanillos estaban sellados. Escribíamos en letras grandes en un papel qué queríamos que nos trajeran y lo pegábamos al cristal. Pero ese día el cristal estaba helado.

Pregunta: ¿Sabe por qué ella le puso el nombre de su padre?

Respuesta: No.

Pregunta: Se imaginó que, cuando usted creciera y corriera entre una multitud de niños, sería una alegría gritar, llamarlo como a él, solo para que usted se volviera. ¿De su padre sabe algo?

Respuesta: Nada. Y no quería saber nada. Es un cabrón. Nos abandonó antes de que yo naciera. Murió. Y recuerdo que murió en invierno en otra ciudad, donde vivía, y en primavera mi madre y yo fuimos a verlo. En el compartimento viajaba con nosotros un viejo raro, todo

cubierto de tatuajes. Miraba los raíles por la ventana y, de repente, dijo que debajo de cada traviesa había un difunto. Llegamos al cementerio, la nieve había desaparecido, la tierra se había descongelado y, en lugar de un montículo, en la tumba había un hoyo. Mamá dijo, atrayéndome hacia ella, mientras estábamos delante de la arcilla asentada en mi padre: «Bueno, pues ya no tenemos a papá». Como si hasta entonces lo hubiéramos tenido. Hay cosas que no recuerdas cuando las necesitas. Hubo tanto… No sé qué contar que fuera importante.

Pregunta: Háblenos de algo diferente. ¿Le gustaba leer libros?

Respuesta: Sí. Uno tenía imágenes con la composición del ser humano: cinco clavitos no muy grandes indicaban cuánto hierro tiene nuestro organismo. Una tacita de sal mostraba cuánta sal. Y así sucesivamente: cucharones, vasos medidores, cucuruchos. También me gustaba cualquier aventura marina, me encantaba que en los barcos picaran la campana. Mi libro favorito era de historia, sobre el príncipe Vasilko. El hermano del hermano lo cegó con un cuchillo. Lo leía y pensaba en que esos tiempos eran muy feroces. También la gente era cruel, bruta.

Pregunta: ¿Y qué pasó en la dacha con una pelota de pimpón?

Respuesta: Nada del otro mundo. Le robé a la vecina de al lado una lupa y quemé unas hormigas. Me acuerdo hasta de que en ese momento pensaba: ahí está la hormiguita pululando sin sospechar nada, pero yo sí sé que le queda nada: ¡sorpresa!, el foco solar sobre ella. O sobre otra, porque a esa la absuelvo. Castigo y absuelvo. A unas las castigo, a otras las absuelvo. No depende de ellas. Ni tienen culpa de nada. ¡Yo soy el árbitro del destino de las hormigas!

Entonces alguien silbó. Me giré. Estaba junto a la valla. La vecina Lenka. En una mano, una raqueta de bádminton. En la otra, una pelota de pimpón. Me dijo que fuera a jugar. Y ya está. El bádminton no nos salió, así que nos fuimos al río, escupíamos al agua desde la pasarela. ¿Qué se puede contar aquí? Fue el verano de las vacaciones en Vykovo, teníamos batallas con la escuela de verano, nos tirábamos piñas por encima de la valla. Se nos daba bien batear las piñas con las raquetas de bádminton. Volaban como balas. Lenka y yo nos escondíamos en los arbustos, recogíamos montones de piñas —nuestra munición— en la camiseta, y tiroteábamos a los enfermos (era una escuela de verano para tuberculosos). Y ellos a nosotros. Después Lenka lanzó chinitas. Y ellos nos acribillaron de la misma manera, en su lado habían asfaltado los senderos, había un montón de cantos. La guerra es la guerra. Yo le hice sangre a alguno en la cabeza.

Pregunta: ¿Sabe que tiene un hijo?

Respuesta: Sé que existe. Pero no sé nada de él. Ni siquiera lo he visto.

Pregunta: Háble me de la madre del niño.

Respuesta: Aquí he soñado con Lika. Figúrese, estoy en mi puesto y de repente ella viene hacia mí. Yo, bien fuerte: «¡Alto o disparo!». Y en un susurro: «¿De dónde has salido?». Se acerca, me besa en los labios y apoya las manos en los hombros, y sus dedos me parecieron galones en las divisas. Una tontería. Trepaba por una cuerda para colarme por la ventana de su residencia. Lika se reía, decía que era su trenza. Trabajaba de enfermera y estudiaba a distancia. Algunas noches no puedo dormir: tengo tantas ganas de

tocarla, de oler su pelo. Y de repente ves, como si fuera real, sus rodillas sonrosadas a través de las medias negras y sus fuertes muslos dando de sí la minifalda. Una vez una de mis uñas estaba rota y arañaba, y ella temía por sus medias. Dijo: «¡Espera!». Buscó unas tijeras pequeñas y curvas y me recortó el trozo de uña.

Pregunta: ¿Y qué le decía ella? ¿Algo importante?

Respuesta: Una vez, cuando le apoyé la cabeza en la tripa, dijo de repente: «En alguna otra vida yo fui tu madre».

Pregunta: ¿Y lo de las monedas de chocolate?

Respuesta: Sí, de pequeña le regalaron un bonito bolso de terciopelo con una cadenita dorada, lleno de monedas de chocolate envueltas en papelitos dorados y plateados. Iban en tren a algún sitio y ella quería dormir con el bolsito, pero le dijeron que el chocolate se derretiría, que aplastaría las monedas. Pero por la noche los desvalijaron, se lo llevaron todo, también el bolsito.

Pregunta: ¿Algo más?

Respuesta: También recuerdo que restregaba las botas con un trapo y decía que es imposible vivir en una ciudad donde todos los días las botas se cubren de sal.

Pregunta: Pero ¿cómo le explicó que usted no era el único?

Respuesta: Dijo que el amor es tan grande que no puede existir por sí solo, que es como una naranja, un todo que está compuesto de diferentes gajos. Y hay que amar a uno y a otro, y a un tercero, para que en el total resulte ese gran amor: simplemente, las personas a las que amas son mucho más pequeñas que tu amor, así que no cabe dentro de ellas. Lika tenía un cuaderno donde apuntaba diferentes pensamientos. No suyos, claro. En algún sitio leyó, y lo

apuntó, que un árbol disemina más semillas de las que la tierra es capaz de cultivar, el torrente de un río montañoso mantiene como reserva un cauce excesivo para la crecida primaveral, y en el alma hay más pliegues que los que se necesitan para la vida cotidiana. Y entonces llega un momento en que el alma empieza a abrir los pliegues. Sé que no era amor. Y si era amor, era uno no amoroso.

Pregunta: Usted no sabe nada.

Respuesta: Vamos a hablar de otra cosa.

Pregunta: Como quiera. Pero ahora comprende por qué ella le puso al niño su nombre, ¿no?

Respuesta: Usted me lía continuamente. ¿De qué estamos hablando? Le estaba hablando de la instrucción, ¿no? Después nos enviaron a Mozdok. Allí el polvo descendía formando cuevas.

Pregunta: ¿Y eso?

Respuesta: Había tanto polvo que, cuando ibas en el blindado, se levantaba todo alrededor hasta el cielo y se nos remolinaba sobre la cabeza. Igual que en una cueva. Después todo eso regresaba del cielo a la tierra. Y al pelo, la ropa, la comida. Y todo se volvía igual. En los primeros días, la cara se me cubrió tanto de polvo y se quemó tanto por el sol que, cuando me lavaba, no podía pasarme la mano por la cara, cualquier mínimo roce me causaba un dolor agudo. Es como si llevara una máscara oscura y densa en la que solo lucía el blanco de los ojos. Estuvimos semanas sin lavarnos y, cuando llegó la aguadora, nos quedamos en cueros y nos metimos debajo de la manguera. Lavamos la ropa y nos la pusimos tal cual, mojada. ¿Voy muy rápido?

Pregunta: No.

Respuesta: Bajo la lluvia el polvo se convertía enseguida en barro impracticable. Todo se cubría de esa masa. La masa lo devoraba todo, todas las huellas. En todas partes, fango y humedad. Los enormes terrones de barro arcilloso que salían despedidos bajo los tanques se adherían a las botas. Aunque en la entrada de la tienda te limpiabas las botas con una zapa, esa arcilla se revolcaba a manotadas en los catres, en las mantas, se colaba en los chaquetones, obstruía los cañones de las automáticas. Estar limpio era imposible: te lavabas las manos y, cogieras lo que cogieras, otra vez todo lleno de ese barro pegajoso. Te embotas, te cubres de una corteza de arcilla, intentas refugiarte en el chaquetón abrigado, conservar el calor. Las manos dentro de ese barro indeleble como dentro de unos guantes. Bañas en gasoil la leña húmeda de la tienda, derramas la lata de conservas a una estufilla y por la tienda húmeda y fría se extiende un humo acre y alquitranado.

Pregunta: ¿Qué recuerda de los primeros días allí?

Respuesta: Cuando pasábamos junto a los niños. Una bandada de chiquillos y chiquillas se amontonaban en el camino. Les sonreíamos, intentábamos hacerles reír, les poníamos caras: ninguno de los niños sonrió. También los perros que aullaban muertos de hambre encadenados a casas abandonadas y quemadas. En Grozny, por el contrario, los perros estaban gordos, remataban la carroña.

Pregunta: Anotado, siga.

Respuesta: Una vez montamos la tienda dentro de una casa destrozada, sin tejado; las ventanas estaban condenadas con ladrillos, y había un cubito de juguete en el que se había acumulado el agua y se congeló, le di la vuelta y

cayó un pastel helado.

Pregunta: Siga.

Respuesta: Teníamos tanta sed que nadie utilizaba las pastillas para potabilizar el agua de las raciones, porque había que esperar cuatro horas. Estirabas la pata mientras esperabas. Y tenías sed. Así que bebes sacándola directamente del río, turbia, del color del cemento.

Pregunta: ¿A qué sabía esa agua?

Respuesta: ¿Para qué quiere todo eso? El agua olía a huevos podridos. Alguien dijo que el ácido sulfhídrico es bueno para los riñones. ¿Y por qué necesita que quede el olor de esa agua?

Pregunta: Siga hablando.

Respuesta: También recuerdo muy bien las mujeres con zapatillas destaconadas y ropa colorida. Las refugiadas en Chechenia visten con algo vistoso. Se enrollan en la cabeza toquillas coloridas, bonitas. Que están de duelo, entonces visten de negro, pero se anudaban la más vistosa Hubo una, me acuerdo, que se acercó a lo que había quedado de su casa y se quedó ahí en silencio. Se quedó mirando un buen rato. Después me miró y se marchó igual de silenciosa.

Pregunta: ¿Qué más?

Respuesta: También recuerdo cuando mataron a Sery.

Pregunta: ¿Dónde fue?

Respuesta: Lo mataron cerca de Bamut. Se acababa de encender un cigarrillo entre las mangas, escondiendo la pava en el chaquetón, cuando soltó: «¡Enoch, quieto!», y salió rápido doblando la esquina del cobertizo, enrollándose en la muñeca la correa de la automática. Disparos, y repta de vuelta con la tripa descosida, los intestinos se arrastran en

la paja, en la mierda. Murió allí. Me quedo a su lado y veo la sangre mezclándose con el charco de agua que hay debajo. También me acuerdo del cielo, los cirros del ocaso, con franjas acostilladas.

Pregunta: ¿Qué experimentó, después de todo lo que él le había hecho?

Respuesta: Sery era un buen tipo. Sin él las cosas hubieran ido realmente mal. Allí todos se embrutecían, pero él aguantó. Una vez, después de un combate, nos encontramos con un herido. Antes habíamos visto bastantes veces qué hacían ellos con nuestros heridos, allí vi por primera vez a dos chicos con los ojos punzados, las orejas cortadas, todas las articulaciones puestas del revés. En fin, nos cabreamos, lo atamos al blindado y lo arrastramos tan contentos por la arcilla reseca. Después lo tiramos en un descampado, queríamos dejar que espichara al sol. Pero Sery se acercó y le pegó un tiro. Se compadeció. A ninguno nos hizo mucha gracia, pero en contra de Sery no se decía nada. Y murió de forma tonta. Aunque no hay una forma inteligente de morir. Una vez disparé un *muja* y me giré de mala manera, el chorro del escape del RPG le golpeó a Sery en la oreja, rodó pendiente abajo, se tapó la nariz con las manos, empezó a soplarse las orejas, a tragar. Pensaba que iba a matarme, pero nada. Solo me insultó. Allí, en la guerra, Sery fue como un hermano. Compartíamos la comida; en invierno, por la noche, nos envolvíamos en la misma alfombra. Lo mismo dormíamos directamente en la calle como en una cama lujosa, sin quitarnos la ropa, con nuestros chaquetones sucísimos. Me da pena Sery. Cuando bebía, siempre se caía de morros y aguzaba el oído, decía:

«Anda que… como si Dios anduviese descalzo por tus venas…». Ha pasado tanto tiempo, pero aquí una noche me desperté porque me pareció que una goma de calzoncillos golpeaba en una tripa. Me despierto y pregunto a la oscuridad: «Sery, ¿eres tú?».

Pregunta: ¿Es todo? ¿O hay algo más?

Respuesta: Por todas partes pintadas en las paredes, en las casas destruidas: CERDOS RUSOS.

Pregunta: ¿Ha matado a habitantes pacíficos?

Respuesta: De día eran pacíficos, en el bazar, pero por la noche acosaban con lanzagranadas los vehículos con heridos. Atrapamos a un granadero que abría fuego sobre los muchachos de nuestra compañía. Lo atamos con un cable al lanzagranadas, lo rociamos con gasolina y le prendimos fuego. Los del coche se habían quemado, pues que se quemara él. Al principio se quedó callado. Era su forma de despreciarnos. Después, cuando estalló, empezó a gritar.

Pregunta: ¿Ha disparado a niños?

Respuesta: ¿Para qué quiere saberlo?

Pregunta: Para perdonar. Alguien debe saberlo todo y perdonar.

Respuesta: ¿Y quién es usted para perdonar?

Pregunta: Yo me limito a anotar. Pregunta-respuesta. Para que de usted quede algo. De usted quedará solo lo que yo anote ahora.

Respuesta: Eso no se puede perdonar. Ahí está, se restriega la nariz mocosa, la manga del abrigo brilla a la altura del codo por los mocos. No es más que un crío, pero sabe que nosotros, los rusos, matamos a su padre. Crecerá y va a vengarse. Y no nos perdonará. No tiene donde ir. No tiene elección. Atrapamos a uno así y le encontramos en el bolsillo una

decena de cartuchos, todas las balas con el extremo serrado. Al dar en el cuerpo, estas balas actúan como un explosivo. Ese crío de mangas brillantes por los mocos no va a crecer ni a disparar a mi hijo.

Pregunta: Siga.

Respuesta: Nadie puede perdonarme, porque nadie se atreverá a culparme de nada. ¿Está claro?

Pregunta: ¿Qué pasó después?

Respuesta: No me meta prisa.

Pregunta: Ya no nos queda tiempo. Recuerde solo lo más importante.

Respuesta: ¿El qué?

Pregunta: Que en la calle jugaba un niño y, de repente, la cabeza se le hizo añicos. Era un francotirador ruso. O el bombardeo en Shalí, una niña de tres años que jugaba en el camino, cerca de su casa, entonces pasó un avión y ella dejó de estar, en todo el sentido de la palabra: en lugar de a una cría enterraron su abrigo de invierno. En checheno, niño es *malik du,* se traduce como «es un ángel».

Respuesta: ¿De qué habla? Se está liando. Eso a mí no me pasó.

Pregunta: ¿Qué más da? Cuente cuando su madre llegó a Chechenia a buscarlo.

Respuesta: No sé nada de eso.

Pregunta: Fueron a registrar la casa los de la oficina de reclutamiento y le mostraron un documento: «devuelva a su hijo de forma voluntaria». Ella se enteró así de que su hijo era un AVU: abandono voluntario de la unidad. Iba por vuestra calle Gastello y pensaba: «Señor, que esté sano y salvo y, si no puedes, si está muerto, que lo hayan matado enseguida, que no haya sufrido». Pidió días libres y dinero

en el trabajo para ir a buscar a su hijo, pero le respondieron: primero consiga en la unidad un certificado de que su hijo está desaparecido. Se preparó y cruzó todo el país hasta Vladikavkaz, desde aquí alcanzó el cuartel general de la unidad. Y le dijeron: encuéntrelo y tráiganoslo. Empezó a recorrer salas de identificación, en unas enormes cámaras frigoríficas mantenían los cuerpos abrasados, y todos eran iguales. Un mayor que pasó con ella la aconsejó: «Madre, reconoce a cualquiera». Ella no comprendió, ¿cómo explicárselo? Se habían juntado varias mujeres como ella, vivían juntas y buscaban a sus hijos. Se decían que no se irían de Chechenia hasta que no encontraran a sus hijos, vivos o muertos. Por las tardes se sentaban y echaban la buenaventura: se arrancaban cabellos de la cabeza, los pasaban por un anillo y lo dejaban colgando sobre una fotografía. Si el anillo pendía inmóvil, el hijo estaba muerto; si se movía, vivo. Por el día recorrían las aldeas, una chechena estaba sentada junto a una artesa delante de una casa destrozada, la rusa se le acercaba con un cartoncito: «¿No habrá visto a mi chico, madre?». En el cartoncito eran todos iguales. «Lo he visto —respondía—, es el que mató a mi hijo».

Respuesta: Espere…

Pregunta: ¿Usted salió corriendo sin haber cumplido con lo que debía hacer?

Respuesta: ¡Espere! Yo solo quería quedarme dormido y despertar siendo otro. Dejar de ser quien era. Regresar a mi piel no allí y no entonces. Y entonces soñé que estaba en mi puesto y que, de repente, ella viene. Le digo bien fuerte: ¡alto o disparo! Y, en un susurro, que de dónde has salido.

Se acercó, me besó en los labios y apoyó las manos en los hombros, y sus dedos me parecieron galones en las divisas. Y me desperté y no lograba comprender dónde estaba. Era un barco, uno algo extraño, como de un museo. Me rodeaba una gente extraña, navegantes. Alguien me apartó y resultó ser el jefe del barco, uno ojo gris, otro marrón, borrachuzo y asesino, y empezó a gritarme: «¿Qué haces durmiendo cuando Dios ha desencadenado un fuerte viento sobre el mar y las aguas están agitadas por una borrasca tan violenta que parece que el barco va a romperse?».

Pregunta: ¿Qué barco es ese? ¿Qué navegantes? ¿Adónde fueron?

Respuesta: Un barco que iba de Jope a Tarsis y se hundió en tiempos lejanos, también los navegantes murieron en tiempos lejanos, si es que alguna vez vivieron. Y entonces en el barco picaron la campana y el capitán me gritaba que los nautas estaban aterrados y cada uno invocaba a su dios, y empezaron a echar al mar la carga del barco. «¡Y tú roncando en la bodega!», me gritaba. «¡Levántate, invoca a tu Dios! Acaso tu dios piense en nosotros y no pereceremos». Los nautas se decían: «Echemos a suertes para saber por quién nos ha caído este infortunio». Y lo echaron a suertes y la suerte cayó en mí. Entonces me preguntaron: «Dinos por quién nos ha caído este infortunio. ¿Cuál es tu profesión y de dónde vienes? ¿Dónde está tu país y de qué pueblo eres?». Yo les dije: «Soy un AVU. Mi pueblo, en calzoncillos azules y botas de lona, juega al fútbol con un balón desinflado. Una noche salí a la calle. En la oscuridad, alguien se movía junto a la caseta. Me dio una voz: "¡Ven! ¡Tengo leche condensada

cocida!”. Me acerqué, aunque no había reconocido quién era. Abrió la lata con la bayoneta. Nos pusimos a comer con los dedos. Untabas un dedo y lo lamías. Entonces dijo que al día siguiente debía ir a no sé qué Nínive, cerca de Katyr-Yurt, para una limpieza. Me entró miedo, porque comprendía que me despertaría no siendo yo, sino otro diferente». Y se atemorizaron los navegantes, porque comprendieron de quién huía. «¡Ve —chillaban los nautas —, ve a Nínive cuanto antes! ¡Estás huyendo del rostro de Yahvé!». Les pregunté: «¿Quién es ese?». Y ellos se pasmaron todavía más: «Dios es aquello sin lo que la vida no es posible». Yo a ellos: «A ver, un momento. Algo nos contaron del coágulo primigenio de algo, después fue como si ese coágulo estallara y desde entonces crece y crece, el universo se expande. ¿Es así, navegantes?». Ellos a mí: «Algo parecido, sí. Al principio fue el amor. Un coágulo similar de amor. Mejor dicho, no de amor todavía, sino de su necesidad, porque no había a quien amar. Dios se sentía solo y frío. Y entonces ese amor exigió una solución, un objeto, quería calidez, estrecharse a alguien querido, oler una deliciosa nuca infantil, suya, sangre de su sangre, así que Dios se creó un niño para amarlo: Nin, Nínive. Tomó a un soldado muerto cerca de Bamut. Tú lo conoces, Sery. Y de su cuerpo él hizo la tierra. De la sangre que brotaba por sus heridas salieron los ríos y el mar. Las montañas, de sus huesos. Los bloques pétreos y las rocas, de los incisivos y las muelas. Del cráneo, la bóveda celeste. Su cerebro son las nubes; el pulso, las corrientes de aire; la respiración es el viento y la caspa, la nieve. Pero esto ya te lo contó él. Su pelo se convirtió en hierba marchita. Y

así empezó Nínive. Para nosotros es inconcebible, pero para Él puede que no sea más que escupir una única vez. Quizá nosotros seamos simplemente un escupitajo suyo. Y qué más da si te despertaste en ese barco siendo tú o no». Me asusté: «¿Y qué va a pasar ahora?». «Te tiraremos por la borda y el Señor hará que una gran ballena te trague, pero es un error de traducción, porque no eres plancton, pero no importa. Lo importante es que ese gran pez tenga la faringe acostillada.» «¿Y después? ¿Cómo alcanzo Nínive?» «Eso no lo sabemos. Nuestro trabajo de navegantes es picar la campana. Así que llegarás y harás todo lo que sea necesario. Y allí habrá, además, algo de un árbol, no lo recordamos bien. Puede que se seque de repente o que florezca seco. En resumen, Dios se afligirá y dirá: "¿No voy a tener compasión yo por Nínive, en la que hay más de ciento veinte mil personas que no saben distinguir su derecha de su izquierda, y una gran cantidad de animales?". Sentirá compasión y destruirá Nínive para no torturar más a las personas ni a los animales.»

Pregunta: Es tarde, mire, ya se ha hecho de noche del todo.

Respuesta: Les dije: «Tomadme y tiradme al mar, y este se os aplacará». Y ellos vuelven a picar la campana y responden: «¿Acaso no te has dado cuenta todavía de que ya estamos en el vientre de la ballena, dado que tiene la faringe acostillada, como tu cielo sobre Bamut? Hemos sido tragados por el cielo. Estamos todos dentro de ese pez. Nos hemos instalado y aquí vivimos como podemos. Todos los días vemos la bóveda acostillada de su faringe y, bueno, nos hemos acostumbrado. Porque dentro del pez todo es equilibrado y armónico, hay exactamente las

mismas muertes que nacimientos y exactamente los mismos nacimientos que muertes, ni una más ni una menos, y esta contabilidad siempre cuadra y siempre va a cuadrar». Yo pregunté: «Entonces, ¿a dónde debo ir yo?». Ellos respondieron: «Da igual. Todos tus caminos conducen a Nínive. O a donde quieras». Y eché a andar. Al doblar la esquina, me encontré en el crepúsculo. En la penumbra vi una cigüeña en un tejado, no se le veían las patas, parecía suspendida en el aire. Terminaron de florecer las bolas de nieve, se abrió al atardecer la madreselva de los jardines. Llegó el lejano sonido de una campana, como si en la cantina estuvieran raspando un bidón enorme con un cucharón. Un tren a lo lejos, como una regla escolar. Anduve largo rato por la calzada, protegiéndome de los faros con una mano. Después, parado en el paso a nivel, veía que en plataformas, sin detenerse, transportaban automóviles en posiciones indecentes: un camión cubría a otro camión. La puesta del sol apenas lucía ya, y en el agua congelada de un estanque las nubes flotaban no como una película por la superficie, sino que brillaban desde el fondo. Me fijé: era el reflejo de los cirros como una garganta celeste. Se me posó en la mano una mariquita tardía y me trepó hacia el codo, contoneándose por los pelillos, mejor dicho, los pelos la levantaban cual olas. Pensé que aquello ya debía de ser Nínive, donde el día caluroso empieza con una precipitoración matinal y, cuando llega el invierno, otra vez todo se escribe en negro sobre blanco, donde, aparte del sentido común, hay otro más, uno no común que es más fuerte, donde incluso la nieve es amor y el ser humano está allí donde esté su

cuerpo.

Pregunta: Estoy cansado.

Respuesta: Espere, ya queda poco. Estuve en Nínive. Me dejó atónito que todo fuera igual. Un gato atrapaba copos de nieve con la pata, en los barcos picaban las campanas, el príncipe Vasilko cegó a su hermano con un cuchillo, mamá repartió helados gratis y se acurrucó a dormir. Me pusieron el nombre de mi padre y a mi hijo le pusieron el mío. Se oía el retumbo estrepitoso de un trueno, bien era una tormenta acercándose, bien alguien corriendo por los tejados de los garajes. La uña partida se enganchaba a la falda y a las medias. En el módulo intendente, los novatos cosían las tirillas a los abuelos. Los perros eructaban, ahítos de carroña. En el espejo se reflejaba un reloj ladeado, al revés. Lanzaban granadas a los sótanos. Las madres, en el mercado, a todos enseñaban fotografías en bolsitas de polietileno. El francotirador se sacudió de la cabeza el polvo rojo. Los abuelos, sin terminarse la *kasha* del plato, lo llenaron de lapos. En lugar de a una niña enterraron ropa infantil. Las piñas y los cantos volaban por encima de la valla. Por compasión remataban de un tiro. En calzoncillos y botas jugaban al fútbol con un balón desinflado en el patio de un hospital. El balón silbaba y no podía recuperar el aliento cuando lo golpeaban en el estómago. Y nadie quería afligirse para no torturar a nadie más. Por compasión. Y Dios había prometido que se compadecería de Nínive, pero todo seguía como antes, como había sido. Entonces vi a Sery en una silla de ginecología herrumbrosa. Me llamó con un dedo. Me acerqué, las botas se me resbalaban en el vidrio roto sobre

el asfalto. «Sery, ¿eres tú? ¿No te habían matado cerca de Bamut?» Escupió entre los dientes al asfalto, se llevó una mano a la cabeza y se sonrió: «¿Cómo van a haberme matado, si estás hablando conmigo?». Entonces pregunté: «Sery, entonces, ¿tú eres Dios?». Volvió a escupir, se rascó el sobaco y dijo: «Hay que creer o saber».

Pregunta: Pero si la fe y el conocimiento son la misma cosa.

Respuesta: Eso le dije. Y también pregunté: «Señor, ¿por qué no te compadeces de Nínive?».

Pregunta: ¿Y él?

Respuesta: Él se sonrió: «¿Es que todavía no has comprendido que Dios no existe, idiota?». Y se golpeó la tripa con la goma de los calzoncillos. Entonces alguien silbó. Me giré. Estaba tras la valla, debajo de una acacia: en una mano, una raqueta de bádminton; en la otra, una pelota de pimpón. Alargó el labio inferior y se sopló el flequillo caído sobre los ojos. Me tendía la pelota, sonreía e invitaba: «¡Ven!».

Presentación de Jesús

En todo este tiempo no he tocado el diario. Ya hace un mes desde que mataron a Aliosha. He estado en la iglesia de Alejandro Nevski. He encendido una vela por él. Me he quedado de pie en el mismo lugar donde entonces estuvimos él y yo. Miraba de nuevo todo, como entonces con él: los murales de Vasnetsov, el mosaico y los iconostasios. Solo que no se ven los álamos en las ventanas cubiertas de nieve y Aliosha ya no está.

Después me fui a su casa. Serguéi Petróvich no estaba. Tatiana Kárlovna estaba echada en su cuarto. Me quedé un rato con ella y luego pasé a ver a Timosha. Le gusta un ridículo hombrecillo gordo, todo hecho de neumáticos, con casco y gafas de automovilista —del

anuncio de los neumáticos Michelin—, lo encontró en una revista y lo pinta con lápices de colores. Me senté con él y coloreamos juntos. Tima ya puede reírse sin preocupaciones, feliz. Para él su hermano ya no está.

¡Se parece tanto a Aliosha!

El caso es que esa noche lo sentí —que ya no estaba— y me desperté. Por la mañana, una carta, la leí, me alegré de que estuviera vivo, pero Aliosha ya no existía. Me representé tan vivamente el sol tras su ventana, el hielo, la relumbrante nieve, la felicidad gorriona, y ya lo habían matado.

En el camino de vuelta me encontré a Nina Nikoláievna en Nikítinskaia. No nos habíamos visto en todo este tiempo. Ella no sabía nada. Me dice: «¿Acaso se puede andar tan desmadejada? Delante de la gente hay que estar no del revés, cuando todo se ve, ¡sino del derecho! Que todos piensen que a usted no le alcanza nada desagradable y que está acostumbrada a que todos la culpen, ¡los hombres y las circunstancias!». Me eché a llorar, le dije que habían matado a Aliosha. Exclamó: «¡Ay, mi niña!». Me abrazó, lloró conmigo. Había un banco y nos sentamos. Empezó a hablarme de cuando murió un hombre al que había amado en su juventud. Estaba con Skóbelev en Bulgaria. Me conmovió tanto: una mujer mayor, sabia, ¡sabe lo que es perder a una persona cercana! Qué bien sabía encontrar qué decir en un momento así, ¡algo importante, auténtico! Y, de repente, añadió que mi gorrito claramente me lo había puesto sin la participación de un espejo. Y, al despedirse, dijo: «Si quieres ser una gran artista, tienes que saberlo todo del amor y saber vivir sin él». Señor, ¡ni siquiera en ese momento me estaba consolando! ¡Estaba interpretando el papel de ángel consolador!

No quiero ser una gran actriz. ¡Quiero que me devuelvan a mi Aliosha!

Quería poner la fecha y me hice un lío. Sé que es sábado.

Ahora a veces me desmorono, me pierdo. Hoy he dado vueltas por el piso, miraba por la ventana, este otoño no han podado las dalias, las tumbó la nieve, así se quedaron hasta el primer deshielo, pero ahora son bolas resbaladizas marrones. Entonces regresó mi madre y, sin decir nada, me quitó de las manos una olla. Resulta que había estado recorriendo el piso con la olla. Me tumbo y no puedo levantarme. ¿Para qué hacerlo, adónde ir, comer, hablar? Los ojos se ponen a contar las franjas de la alfombrilla. Una, dos, tres, cuatro, cinco. Treinta y siete. Treinta y ocho. Una, dos, tres, cuatro, cinco. Y tengo la garganta tan seca… Como si me hubiera bebido un vaso de arena y no de agua. Estoy echada y, en la cabeza, unos monólogos que estudié con Nina Nikoláievna: «Estoy sola…». Entonces no logré entender a que se referían. «Estoy sola…»

8 de febrero de 1916. Lunes

Hoy, en el descanso, me he quedado en la clase vacía. Las ventanas estaban abiertas para ventilar. Y todo me parecía tan desconocido, ajeno. ¿Qué es esto que me rodea? ¿Dónde estoy? ¿Para qué? Entonces Musia se asomó por la puerta, mi Musia, otra vez me he olvidado de comprarle chocolates. Se acercó corriendo, me besó, me acarició. La atrapé, la espachurré con fuerza, con mucha fuerza.

Nevaba copiosamente.

9 de febrero de 1916. Martes

Hoy ha pasado algo malo. Me ha venido a buscar Kostrov. En cuanto lo he visto he sentido de qué iba a hablar y desde el principio lo he sabido: diré que no. Dijo que Oglóblina estaba enferma y que dentro de tres días es el estreno al que estaba invitado el mismísimo L., de

gira ahora en Rostov. Empezó a suplicarme que la sustituyera, que los sacara del apuro, que lo salvara a él y a todos. Respondí: «No». Kostrov se quedó tan deshecho que, de pronto, me dio mucha pena. Dije: «Está bien». Kostrov salió volando y feliz, y yo ando como alma en pena. ¿Qué he hecho? ¿Para qué?

Es una traición.

Aliosha, querido mío, mañana mismo iré y les diré que no.

13 de febrero de 1916.

Hoy ha sido el estreno. ¡Qué lío todo! Antes de la representación me estaba peinando un maquillador invitado del teatro Asmólovski, y yo por poco no he saltado y salido corriendo, pero él me ha sentado a la fuerza. Todos se movían como locos, farfullaban para sí el texto. Kostrov estrechaba todas las manos y repetía: ¡mucha suerte! Todos lo enviaban a paseo. De repente pensé: ¿qué hago aquí, entre estos locos con patillas y bigotes pegados, vestidos con trajes de carnaval? ¿Para qué? Kostrov se me acercó: «¿Cómo estás, Bélochka? ¿Todo en orden?». Hice un esfuerzo, asentí. Me repetía con los ojos cerrados: tienes que concentrarte, concentración. Ahora solo importa el texto, el papel. En todo lo demás ya pensaré mañana. Soy sonido, palabra y gesto. Como me enseñó Nina Nikoláievna. En la cabeza me resonaba su voz: si no te adueñas de tu cuerpo, él se adueñará de ti.

Después todo ha quedado como cubierto por una niebla. Dejé de ser yo, me convertí en una mujer completamente distinta. Y todo el tiempo me veía como si estuviera en un lateral. Mi voz sonaba completamente diferente. Y así salí al escenario e interpreté. ¿Acaso seguía siendo yo?

Y cuando salí a saludar, me pasó por la cabeza: ¿y si no han matado a Aliosha, y si ha regresado, sin escribir nada a nadie, y

ahora, al enterarse de que estoy aquí, ha venido y está en la última fila, me mira, se alegra, aplaude? Rompí a llorar y todos pensaron que era de felicidad. También lloraba de felicidad, sí. Pero no soy capaz de explicarlo.

Después de la representación, L. vino tras bastidores, Kostrov le presentó a todos. Zoia Subbótina empezó a hacer reverencias y acabó sentada en las teclas del piano. ¡Por poco nos morimos todos de la risa! L. me estrechó la mano y me susurró algo al oído. Yo seguía todavía con el maquillaje, ensordecida, no entiendo nada… Y no lo oí, pero me dio vergüenza pedirle que lo repitiera.

L. se quedó a cenar con nosotros. Todos estaban entusiasmados con él. Contaba con mucha gracia cómo había empezado su carrera en la escuela de *ballet:* hacía de patas traseras de un león en *La hija del faraón.* Le gusta ser el centro de atención y se le da bien serlo. Le dijo a Petia, el sobrino de Kostrov, que se acercara y acto seguido le extrajo de una oreja una moneda y, de la otra, un bombón. Le resulta tan sencillo regalar una sonrisa, alegría, a la gente que lo rodea. Kostrov propuso brindar por L., y este, por nosotros. Dijo: «¡Sois el teatro ruso del mañana!». ¡Se pasó toda la velada mirándome! Supongo que simplemente me dio esa impresión. No se parece en nada a sus tarjetas fotográficas. Es mucho mayor. Pero en persona es más guapo todavía. Alto, apuesto. Lleva un bastón de junco gigante cuyo puño está hecho de canilla humana. Bromeó con que era una reliquia del mismísimo Yorick.

Y ahora no puedo dormir: ¿qué me habrá susurrado? ¿Y si me ha dicho que he actuado de maravilla y que tengo talento?

¡Alióshenka! ¡Hoy he actuado para ti!

16 de febrero de 1916. Martes

Hoy Leonid Mijáilovich ha leído para los heridos en nuestro hospital

de sangre. Me vio y, cuando ya se había despedido, se acercó sin más, como si fuéramos viejos conocidos. Dijo que le quedaban dos horas para su espectáculo y que le apetecía dar una vuelta, tomar el aire. Preguntó si no rechazaría que me hiciera compañía. ¿Si yo lo rechazaría? ¡Dios mío! ¡Rechazarlo a él! Fuimos hasta el parque Kommércheski, seguía todo cubierto de nieve, en algunos lugares los caminos estaban despejados y, en otros, abiertos por las pisadas.

Contaba que había ideado unas alas para Stanislavski en el *Hannele* de Hauptmann, la célebre escena en que aparece el ángel de la muerte y despliega unas alas que ocupan todo el escenario.

También decía que había visitado a Chéjov enfermo. Tenía junto a la cama muchos conos hechos de papel. Escupía en esos conitos y los tiraba a una papelera.

Camino, escucho y, en la cabeza, golpecitos: ¿quizá esté soñando? ¡Válgame el cielo, quién pasea conmigo por el Kommércheski! Es tan sencillo y, al mismo tiempo, tan ajeno a este lugar.

De pronto, empezó a decir que a su alrededor hay mucha gente y que es imposible encontrar a un amigo fiel. Leonid Mijáilovich dijo: «Los casados viven toda su vida como perros, y mueren como un señor, y el soltero vive toda su vida como un señor, pero muere como un perro».

Al despedirse, me besó la mano. Cuando me quité los guantes…, ¡qué olor tan maravilloso! Menos mal que tenía los guantes puestos, o me hubiera visto los dedos mordidos. Siempre me juro no volver a morderme los padrastros, pero después se me olvida y me mordisqueo los dedos.

Me invitó a todos los espectáculos que quedan. Dentro de una semana se va a Moscú.

17 de febrero de 1916. Miércoles

¡No lo reconocí en el escenario! ¡Qué transformación! ¡No era él, sino el mismísimo Brand! Qué forma de transmitir la profundidad de sentimientos de un hombre dispuesto a sacrificar su felicidad personal, a su único hijo, a la mujer que amaba con pasión. Y no por la patria en el campo de batalla, sino por algo infinitamente más importante. Con qué genialidad interpretó la escena final, solo, abandonado, ultrajado. ¡Pero no vencido! ¿Será posible que de verdad haya algo por lo que se pueda sacrificar todo, incluso el amor?

Después del espectáculo estuve esperándolo en la salida. ¡Había una gran multitud! Me vio, me saludó con la mano, yo me abrí paso y él me invitó a cenar con los actores. Fuimos al Belvoir en Sadóvaia, aquí ocupamos un reservado grande. ¡Qué buen ambiente! ¡Y alegre! Gógolev y Várinskaia estuvieron haciendo el tonto y no dejaban hablar a nadie. A Leonid Mijáilovich se le veía muy cansado y estuvo callado casi todo el rato. Gógolev hablaba de la reanimación de los muertos. No sé si todo eso era verdad o inventos para hacer gracia. Resulta que antes se probaba a reanimarlos por medio del galvanismo. En tiempos de la Revolución francesa, un científico de apellido Bichat llevó a cabo experimentos con los cadáveres de los ejecutados en la guillotina y escribió todo un tratado científico acerca de que, gracias al galvanismo, había conseguido imprimir movimiento a músculos de cuerpos decapitados. Mientras que Galvani, quien había inventado el galvanismo, participaba en anfiteatros anatómicos de Londres y Oxford con experimentos públicos: electrificaba un cadáver de manera que la cabeza abría los ojos y movía la lengua. ¡Vaya conversaciones en plena noche! Alguien empezó a asegurar que todo eso eran balbuceos de niños y que la medicina moderna iba por delante de esos pasos, que en un

tiempo cercano podría prolongar la vida del ser humano prácticamente hasta el infinito. Várinskaia se espantó: «¡Toda una eternidad para vivir siendo una anciana!». ¡Qué carcajadas! Leonid Mijáilovich estaba callado en un diván, me senté a su lado y le pregunté: «¿Usted qué cree?». «Creo que Srkiabin murió por culpa de un furúnculo y que la infección de sangre se la pilló en la peluquería y que no tuvo tiempo de hacer nada de lo que quería hacer.» «Entonces, ¿no hay que ir a la peluquería a cortarse el pelo?» «Sí, y hacer más rápido lo que quieres hacer.»

¿Y para qué quiero tener tiempo yo? Quiero actuar en los escenarios y amar.

Mi madre no está contenta con que todos los días regrese tan tarde. Gruñe que no hay quien me despierte por las mañanas. Pero no es por el gimnasio. Simplemente no le gusta mi amistad con actores.

18 de febrero de 1916. Jueves

Hoy, después de comer, he ido otra vez de paseo con Leonid Mijáilovich. Es muy interesante hablar con él. ¡Es tan inteligente y lee tantísimo! ¡Y sabe tanto de todo!

Dice cosas muy interesantes sobre el tiempo y el arte. El tiempo es algo parecido a una máquina de destrucción. «Una guillotina de mesa, si lo prefiere. Algo parecido a una cortadora de pan. Cada segundo que pasa cortan una cabeza. En cuanto aparece, ¡zas! La tarea del pintor es detener la mano del que gira esa maquinita. Colocar su mano encima de la otra.»

Hablaba todo el rato de la muerte y de la inmortalidad. Dijo que lee mucho a los autores clásicos, a los griegos. Ahora está leyendo a Jenofonte. Le dije que había intentado leerlo, pero que era terriblemente aburrido, marchas interminables, parasangas, y todos se matan entre sí. Le pregunté qué le había parecido interesante.

«Tiene usted razón. Son personas sin interés. Mercenarios que han llegado a un país ajeno para matar y sustituir a un tirano por otro, y después tardan todo el libro en llegar al mar y poner rumbo a casa. No hay nada bello ni distinguido en eso. Pero no se trata de ellos. Ellos no son mejores ni peores que nuestros soldados de hoy que ahora mismo, en este momento, están disparando a alguien.» «Si no se trata de ellos, entonces ¿de quién?» «Del autor, Jenofonte. Figúrese cuánta gente se ha deslizado [así lo dijo, deslizado, ¡qué palabra tan desagradable!], y los griegos han permanecido porque él los anotó. Y ya es el tercer milenio en el que, cada vez que ven el mar al que él los ha guiado, empiezan a abrazarse y a gritar *"Talattha, talattha!".* Porque él los condujo hasta un mar realmente especial. *Talattha* es el mar de la inmortalidad».

Iba un griego cruzando un río, que diría la canción…

Señor, ¿para qué quiere nadie todo un mar de inmortalidad?

Empezamos a hablar del Antiguo Egipto. Me explicó por qué consideraban al escarabajo pelotero una criatura sagrada. Resulta que los egipcios amasaban la masa con los pies, pero la arcilla con las manos; también rastrillaban el estiércol con las manos, porque la vaca era un animal sagrado, así que el estiércol también era sagrado. En general, todo lo que viene de la vida es sagrado, lo más sublime y lo más insignificante. ¿Y qué puede haber más insignificante que el escarabajo del estiércol? Así que él también es lo más sagrado.

¿Cómo sabe todo eso? ¿Quizá se lo ha inventado? Quizá, en realidad, todo sea más simple: con nuestro clima, el estiércol es una plasta húmeda y maloliente durante mucho tiempo y, en Egipto, después de pocos minutos, ya está seco. Dios mío, ¡que aburrida es mi filosofía del estiércol y en qué sorprendente mundo vive él!

19 de febrero de 1916. Viernes

Ayer lo vi en *La idea,* de Andréiev. ¡Su actuación es excepcional e incomparable!

Hoy he vuelto a pasear toda una hora con él. Hemos hablado de cosas muy importantes. No las comprendí todas.

Todas las desgracias rusas vienen de nuestro desprecio a la carne. Todo está dado la vuelta: lo más sagrado se ha vuelto malo, desagradable: «Se salvarán quienes no se han manchado con mujeres, porque son vírgenes». Entre los antiguos babilonios, cada vez que tenía relación con una mujer, el hombre prendía incienso; en otro lugar de la casa hacía lo mismo la mujer con la que había estado.

En Babilonia existía la práctica de que cada mujer estaba obligada a, una vez en la vida, mantener relaciones con un extranjero en el templo de Mylitta. Abarcaba a todas: ricas y pobres, nobles y simples campesinas. Se sentaban en el templo con una corona de cuerda en la cabeza y así se quedaban hasta que un extranjero, o cualquier vagabundo, tullido o monstruo, le tiraba una moneda a las rodillas y decía: «Te invito en nombre de la diosa Mylitta». Por muy pequeña que fuera la moneda, la mujer no tenía derecho a rechazarlo y se iba con ese hombre, fuera quien fuese. Ese es el verdadero amor al prójimo. De esta forma las mujeres decentes se compadecían de quien no tiene amor, cariño, calidez, aquello que hace falta a todos, sin lo que no es posible vivir. Y en ello hay una castidad superior, pureza, santidad, amor. Eres un tullido, un monstruo, un infeliz forastero sin hogar; aun así, eres un ser humano digno del amor. Esta es la verdadera caridad por el prójimo y no unas moneditas.

No estoy de acuerdo con él, aunque siento que hay algo de verdad en lo que cuenta.

La primavera está en el aire. Todo se derrite. Goteo nocturno.

20 de febrero de 1916. Sábado

Ayer fue el último espectáculo. Leonid Mijáilovich se marcha mañana. Quedamos para despedirnos y quisimos ir una última vez a pasear por nuestro jardín en la ciudad. Primer deshielo, todo se deshace. No se puede pasar por los senderos. Fuimos por la acera siguiendo la reja, arriba y abajo. Nos despedimos varias veces y volvíamos a andar. Leonid Mijáilovich me invitó a cenar en un restaurante de Bolshaia Moskóvskaia. Yo abrí la boca para excusarme y, sin darme ni cuenta, ¡dije que sí! Después, en la entrada, me sentí cohibida. Me asustaba que me viera algún conocido. Y, encima, no iba vestida de forma adecuada. Leonid Mijáilovich habló un momento con alguien del servicio y nos acompañaron a un reservado dejando atrás la puerta del salón grande. Cubiertos de plata, copas de cristal, servilletas almidonadas, una palmera junto al espejo. ¡Qué belleza! ¡Y espanto! Nos sentamos en un diván de terciopelo al lado de la chimenea. Él tomó mi mano y quiso besarla, pero yo me solté, ¡me daban vergüenza los dedos mordidos! Preguntó: «¿Qué va a decir en casa?». «Que he estado con una amiga.» ¡Me comporto como si todos los días fuera de restaurantes! Pero, por dentro, soy todo temblor. Y ni siquiera sé quién me da más miedo, él o yo. L. encargó toda suerte de cosas. Trajeron champán en un cubito con hielos. Brindamos: «¡Por su futuro!». «¡Por mi futuro!» Solo me mojé los labios… ¡y una ola maravillosa me recorrió el cuerpo! Leonid Mijáilovich hablaba de su mujer, sus hijos, y en mis oídos: «¿Dónde estoy? ¿Qué me está pasando? ¿De veras todo esto es real?».

Es su segundo matrimonio, también desafortunado. Su mujer y él hace mucho que solo aparentan ser una familia. Tiene dos hijos

del primer matrimonio. La mayor, la hija, también se dedica a los escenarios; pero el pequeño, el hijo, es ciego de nacimiento. ¡Qué horror! ¡Tenía tantas ganas de sentir compasión! Y no se me ocurrió nada más inteligente que preguntar: «¿Y no se puede hacer nada?». El esbozó una sonrisa amarga y dijo: «¡Discúlpeme! ¿Qué hacemos hablando de esto? ¡Hablemos de usted!».

Me dijo que tenía una voz sorprendente y un talento enorme. Me pidió que cantara. Apareció una guitarra no sé de dónde. ¡Toca de maravilla! Canté varias romanzas, mis preferidas. Dijo muchísimas cosas agradables de todo tipo, pero no fue por cortesía, le gustó mucho, lo sé. También dijo que mi amor, el que vaya a tener, dependerá solo de mí: igual que a Shakespeare lo interpretan miles de actores y solo de ellos depende qué dará Shakespeare, así el amor puede dar mucho, pero puede no dar nada, solo fastidio, y hay que tener un talento especial para amar, ingenio para el amor. ¡Qué cierto es! Yo también lo sentía así, solo que no lograba dar con esas palabras.

Creo que estaba achispada. ¡Me sentía tan bien, tan cómoda! Del salón llegaba una música tan maravillosa…Y, de repente, dejé de temer. El miedo desapareció. Se me quejaron los padrastros cuando me limpié las manos con agua con limón después de las gambas, pero ya no me avergonzaba. Mira, también ahora se quejan. ¡Tenía tantas ganas de que me besara las manos! Pero a él le daba miedo después de la rudeza con la que me había soltado. ¿O era por las gambas?

Leonid Mijáilovich salió y a mí me entraron ganas de tomar más champán, decidí beber de la botella sin que se notara, pero ya no quedaba nada, solo un olor acre. Ni siquiera me había enterado de que nos habíamos bebido toda la botella. Yo solo había tomado una copa. ¿O dos? Regresó y dijo que me llevaría a casa, pero yo me

negué, dije que quería ir andando. Me acompañó. Mañana tiene el tren por la mañana. Nos despedimos de una forma realmente embrollada. ¡Qué de palabras tontas! Me deseó suerte. Yo quería darle un beso de despedida, pero no terminé de decidirme. Me di la vuelta y me fui. Empezó a llover y él iba sin paraguas.

Llegué y mi madre empezó a reñirme. Yo me encerré en mi cuarto y aquí estoy, escribiendo.

¡Señor, qué decente y amable y bueno es! ¡Sensible y atento! ¡Y qué infeliz!

21 de febrero de 1916

Acabo de recibir una nota de L. Escribe que ha decidido no subir al tren. Por mí. Pide que nos veamos. Le he escrito solo una palabra: «No».

1 de marzo de 1916

Ya ha pasado una semana y sigo sintiéndome sucia. Sí, soy un bicho sucio y vil. Me repugno. Me he decidido: debo contarlo todo, todo tal cual fue, con todos los detalles, los más feos, los más humillantes. Aunque sea más humillante todavía, más vergonzoso. ¡Merecido lo tengo!

Escribí «no», pero salí corriendo. Volaba para adelantarme a la nota. Estaba en la habitación de su hotel. Él está callado, yo también. En la cabeza: «¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy haciendo?». No me abrazó, no me besó, no me tocó. Se apartó a la ventana. «Voy a recitarte versos grandiosos. ¡De rodillas!» Las sienes me palpitan: «¿Yo? ¿De rodillas?». Él me miró de tal forma que perdí por completo la voluntad. «¡De rodillas!» Las piernas se me doblaron solas. Me recitó cual dios. No sé cuánto tiempo: ¿dos

minutos?, ¿dos horas?, ¿dos años? Después me levantó, me sentó a la mesa. Yo ni había notado que la mesa estaba servida. No comí nada. Él tampoco. Me preguntó si me arrepentía de haber ido. «No.» Entonces salió de detrás de la mesa y se arrodilló delante de mí. Basta, no puedo seguir escribiendo.

Soy un bicho sucio, depravado.

Ese día llegué a casa muy tarde. Pasé sin ser vista a la cocina y me serví una copita de vodka. Era la primera vez en la vida que bebía vodka. Eché dos cucharitas de azúcar y me lo tomé. Entonces entró mi madre a la cocina. Empezó a gritarme. Yo guardaba silencio. Empezó a exigir que le dijera la verdad de dónde había estado. Primero quise mentir, decirle que con Tala, pero después… ¡me entraron tantas ganas de hacerle daño! Le pregunté: «¿En serio quieres saber la verdad?». «¡Sí!» «He estado en Bolshaia Moskóvskaia con Leonid Mijáilovich.» Lo dije y me fui a mi cuarto. Oí a mi madre sentarse en la cocina y llorar, pero no regresé con ella.

Aliosha, te he traicionado.

¿Recuerdas cuando no conseguimos nada tú y yo? Tú no sabías nada, yo tampoco. Te he traicionado doblemente, Alióshenka, porque he comprendido qué puede hacer un cuerpo. L. tiene unas manos sorprendentes. ¡Y ha sido tan sorprendente y dulce sentirme mujer entre sus brazos!

Entonces, contigo, Aliosha, hubo dolor, miedo y vergüenza. Pero con él ha sido algo completamente distinto. Y le estoy agradecida.

¿Sabes qué es lo peor de todo, Aliosha? Le he hablado de ti. Él ha dicho: «Entonces es que no era él». Al principio no comprendí nada: «¿Cómo que no era él?». «Eso, que no era él.»

Aliosha, perdóname, no soy digna de ti.

Porque solo ahora he comprendido, Alióshenka, que tú vas a amarme siempre. ¡Siempre! Tú nunca vas a tener a nadie, solo a mí.

Me desprecio y me odio.

14 de abril de 1916. Jueves

Me dije que no iba a haber más diarios, pero estaba colocando la mesa y he encontrado este cuaderno vacío. En algún momento lo preparé como diario.

La nana ha muerto. En la Semana Santa. No ha llegado a la Pascua. Ella soñaba con morir en la Pascua.

Las últimas semanas, la nana tuvo fuertes sufrimientos. Daba miedo, se había consumido; el rostro y el cuello, todos cubiertos de arrugas lasas. La colocaron encima de la mesa, debajo de la mesa pusieron una artesa lavandera de hierro llena de hielo. En una noche la difunta se transformó, se le estiraron todas las arrugas, como si no hubiera existido la terrible enfermedad.

Escuchaba la misa de difuntos y, de pronto, estallaron, se iluminaron las palabras: en un lugar de remanso, en un lugar de abundancia, en un lugar de luz. ¡Señor, qué bien, qué calidez y ternura! En un lugar de remanso, en un lugar de abundancia, en un lugar de luz. ¿Dónde está?

Su marido murió pronto, y una vez que le pregunté por qué no se había vuelto a casar, respondió: «Los difuntos nos ven, y se alegran y se afligen por nosotros. Y, cuando nos encontremos, ¿qué voy a hacer con dos maridos?».

El bizcocho de Pascua lo ha hecho mi madre, pero le ha quedado como si no fuera de verdad. La nana, cuando manipulaba el bizcocho y lo colocaba en su molde, siempre me daba una cuchara de madera: «¡Rebaña!». Y yo rebañaba. ¡No había nada más rico! Mi madre me dio una cuchara y dijo: «¡Rebaña!». Yo no le dije nada y me fui. Mamá y yo ahora somos unas desconocidas.

Aun así, es como si todo fuera como solía, las campanas

repicaron festivas, las lucecitas recorrían las travesías, pero ningún espíritu de Pascua. Y solo me apetecía pedirle perdón a la nana, pero ya no se lo podía pedir.

Ese último mes, la nana leía la Biblia, diferentes profecías: llegará el fin del mundo, el hermano irá contra el hermano, habrá hambre y peste. Llegará el tiempo en que las personas se oculten en cavernas para conservar la vida. ¿Quizá así le resultara más fácil partir?

En la comida de exequias, mi padre empezó a contar que los entierros entre los musulmanes no son en ataúdes, sino que los envuelven en una mortaja y los llevan al lugar del sepelio en unas angarillas especiales, el cuerpo lo bajan a la tierra con los pies hacia abajo y se entierra con la cara hacia la Meca, y si a un musulmán se le muere una esposa cristiana o judía y, además, se sabe que estaba embarazada, se la debe enterrar al revés, de espaldas a la Meca, para que la criatura de su vientre tenga el rostro dirigido hacia el lugar sagrado. Lo escuchaba y vi de pronto que estaba mayor. Había empezado a cuidarse, a querer parecer más joven, a teñirse el pelo gris, se había comprado un traje color marengo en espiguilla, pero todo eso lo hacía más viejo todavía. Lleva un dedo vendado, estuvo ayudando a operar en un caso complejo y se cortó. Antes nunca le había pasado algo así. Mi querido, mi lindo papá… De repente, un anciano. No me contuve, me acerqué por detrás, le rodeé el cuello con los brazos, me pegué. Y él: «Espera, Belka, ¡no molestes!». Y siguió hablando. Me entró una especie de miedo de que él también se muriera.

En un lugar de remanso, en un lugar de abundancia, en un lugar de luz.

Cuando de la aldea vino la sobrina de la nana para recoger sus cosas, se puso a decir de repente que habíamos engañado a la

nana, que no le habíamos pagado todo, que habían desaparecido unos pendientes y unos alfileres. Mamá la echó.

También ha llegado una carta de Masha, describe en detalle cómo fue a ver a Borís desde Petrogrado hasta Åbo. Cuenta que allí no se siente la guerra, por el camino se puede tomar algo en cualquier estación, en la cantina dejabas un marco en una cajita y coges todo lo que hay en la mesa: carne, pescado, entrantes, algunos vinos, postre. Borís la llevó a un restaurante en Helsingfors y allí pidieron patas de oso y lengua de alce. También cuenta que es feliz, pero que tiene mucho miedo por Borís. Tiene el mismo sueño todo el rato: que él se ahoga. «Me despierto cubierta de sudor y él, a mi lado. Si no está, si está en el barco, no puedo dormir». Tienen un piso pequeñito, y describe al detalle dónde está qué y cómo ella intenta crear un ambiente acogedor para Borís. Allí la guerra es otra: los marineros perecen junto con el barco o regresan a su ambiente habitual, a casa.

En Helsingfors hay algo nunca visto en Rusia: en el tranvía nadie pide los billetes, cada uno mete en una cajita una moneda de cinco kopecs.

Katia va a casarse con Víktor, se mudarán a Moscú.

De Sasha hace mucho que no tenemos noticias.

Niusia estuvo aquí y se marchó de nuevo. Fui con ella a *La viuda alegre* de Lehár, lo representaba una compañía de Krylov. A mí me gustó mucho, pero Niusia torció los labios. Todo Rostov anda canturreando la melodía.

Me siento sola en casa, todos se han ido.

Vaya, cuánto he escrito, y de todo.

Después de cruzar el río cerca del mediodía, los helenos formaron todos juntos y emprendieron la marcha por el valle, ascendiendo a

las colinas, no menos de cinco parasangas. El ejército se estiraba, arqueándose como un ciempiés gigantesco. Cerca del río no había aldeas debido a las guerras contra los carducos. Los helenos instalaron el campamento y esa noche cayó una fuerte nevada. Nevó durante muchas horas, una nieve densa, pesada, y para el amanecer había cubierto las armas y a la gente tendida en la tierra, trabó las patas de las bestias de carga. Por la mañana no había ganas de levantarse, porque la nieve daba calor al hombre tumbado debajo de ella. Cuando Jenofonte se decidió a levantarse sin vestir y empezó a partir leña, enseguida se levantó otro hombre, le quitó el hacha y se puso él con la leña. A continuación también otros empezaron a levantarse, a encender hogueras y a ungirse. En ese país montañoso había muchos ungüentos que se utilizaban en lugar de aceite de oliva. Se preparaban con manteca de aceite, con semillas de sésamo, con almendra amarga y trementina.

Desde aquí, durante todo el día siguiente, fueron por nieve profunda, y muchos hombres desfallecían de hambre y frío. La jornada fue muy dura, porque un viento del norte les soplaba en la cara, helando todo y llevando a los hombres a un estado de entumecimiento. Entonces uno de los sacerdotes propuso hacer un sacrificio al viento. Así se hizo, y a todos les pareció evidente que la fuerza del viento bajaba. El espesor de la nieve alcanzaba una *orgyia* y por eso perecieron muchas bestias de carga, hombres de los convoyes y hasta treinta soldados. Jenofonte, que se encontraba en la retaguardia, recogía a los caídos para enterrarlos con los correspondientes honores, pero era imposible, y a los muertos simplemente los cubrían con nieve.

Los enemigos pisaban los talones a los helenos, hurtando las bestias de carga extenuadas y peleándose por ellas. A los rezagados, los perseguidores los remataban cruelmente, mutilándoles, como era

su costumbre, la mano derecha. Solo la idea de ese final hacía avanzar a los soldados, pero, aun así, el cansancio era tan grande que algunos empezaban a quedarse rezagados: a unos les empezaban a doler los ojos por la nieve cegadora, a otros se les congelaban los dedos de los pies. Había que estar en permanente movimiento, no relajarse ni un momento y descalzarse por la noche. Si alguien se tendía sin quitarse el calzado, las correas se le incrustaba en las piernas y se le quedaban adheridas con el frío, y como el calzado viejo se había gastado, los borceguíes, las carbatinas, estaban hechos de piel de bueyes casi recién desollados.

A causa de tanta adversidad algunos soldados se rezagaron y vieron un trozo de tierra, negro porque la nieve se había fundido. Así era, se había derretido a consecuencia de los vapores de un manantial que se encontraba en las cercanías, en un desfiladero del bosque. Giraron hacia allá, se sentaron y se negaron a continuar. Jenofonte supo de esto y, con todos sus recursos y medios, trató de convencerlos de que no se quedaran atrás, alegando que los seguían los enemigos, congregados en gran número, y terminó por enfadarse. Pero los soldados pidieron que acabaran con ellos, puesto que no tenían fuerzas para continuar. Entonces decidieron intentar asustar a los enemigos que los seguían para que no atacaran a quienes las fuerzas habían abandonado. Ya había oscurecido, y los enemigos se acercaban hablando en voz alta en su hablar bárbaro. Entonces los soldados sanos de la retaguardia se prepararon y cargaron contra los enemigos, mientras los enfermos daban gritos y, con todas sus fuerzas, golpeaban las picas en los escudos. Los bárbaros se asustaron, se precipitaron por la nieve hacia el desfiladero del bosque y ninguno de ellos emitió más sonido.

Jenofonte y su destacamento, habiendo dicho a los enfermos que volvería por ellos al día siguiente, avanzaron y no habían

recorrido ni cuatro estadios cuando se encontraron en el camino a unos soldados arropados que dormían en la nieve, quienes no habían establecido ninguna guardia. Los despertaron y estos informaron de que los destacamentos avanzados no se movían. Jenofonte siguió adelante y envió a los peltastas más aguerridos con la orden de averiguar la causa de la detención. Estos informaron de que todas las tropas estaban descansando de la misma forma. Entonces también el destacamento de Jenofonte se instaló para pasar la noche. Los helenos pasaron la noche junto a las hogueras. Allí donde ardía una hoguera, allí se formaban a consecuencia de la nieve derretida grandes agujeros que llegaban hasta la tierra, por eso se podía medir el espesor de la nieve.

En ese mismo momento en la tierra de Muntenia que estaban atravesando los helenos se celebraba el día del Ejército Rojo. Reunieron a los habitantes de Grozny en la plaza principal y les comunicaron que, dado que la población de la república había prestado su apoyo a los alemanes, el Partido y el Gobierno habían tomado la decisión de trasladar a todos los gagaúzos y traidores. «Oponerse es inútil —a los congregados se les leía la orden número tal—, porque están rodeados por las tropas y se disparará a todo aquel que intente no obedecer o haga tentativas de huir.»

Una multitud aturdida, muerta de espanto —seguía contando Jenofonte—, encabezada por los funcionarios locales, avanzaba en fila de cuatro hacia el mercado, donde cargaban a la gente en camiones y los llevaban a las vías del tren, pero no a la estación, sino al patio de maniobras, donde los esperaban convoyes con vagones para el transporte de ganado.

En otros lugares solo arrestaban a los hombres; a las mujeres les ordenaban que empaquetaran las cosas y estuvieran listas para abandonar las casas al día siguiente junto con los niños. Por las

casas pasaban soldados rusos y ayudaban a las desconcertadas madres a recoger las cosas, les decían que se llevaran ropa de abrigo y comida, no los *pathéfone* ni las alfombras, las ayudaban a subir las cosas al camión.

En la segunda mitad de ese día cayó una fuerte nevada, y surgieron complicaciones con la remesa de las personas, sobre todo en las regiones montañosas. Los transportaban en camiones-*studebaker* que habían llegado de los Estados Unidos a través de Irán por la ley *Lend-Lease*. Los vehículos estaban parados con el motor en marcha, con los faros encendidos iluminando la nieve que caía. A lo lejos se veía un resplandor: los potentes faros de decenas de camiones.

Los habitantes del *aúl* de Haibahh se negaron a cumplir con la orden de abandonar sus casas. «¡Mejor morir todos!», gritaban las viejas e invocaban a Dios para que no permitiera esa injusticia y se las llevara cuanto antes, que no dejara que murieran en tierra ajena, sino ser enterradas en la tierra de sus antepasados. Desde los *aúl* de los alrededores congregaron en Haibahh a quienes no podían o no querían partir voluntariamente: enfermos, ancianos, a quienes atraparon en los caminos, a quienes pastoreaban el ganado, a quienes se habían escondido. Reunieron a la gente en la cuadra del koljós. Por las rendijas soplaba un viento helador que penetraba hasta los huesos. A los soldados se les ordenó rodear con heno el cobertizo alargado para que las personas de dentro no tuvieran frío, así se lo dijeron a quienes se helaban en la cuadra. Después un vaivoda de Muntenia apellidado Gvishiani ordenó que bloquearan las puertas y quemar el cobertizo.

Caía una nieve húmeda y grande, los soldados corrían por el barro e intentaban prender la paja humedecida. Un conductor la salpicó con gasolina de una garrafa. La paja estalló. Enseguida se

levantó hasta el cielo una enorme hoguera.

Dentro empezó el miedo. Las puertas cedieron bajo el ímpetu de la gente enloquecida. Los que corrían delante se caían, bloqueando el paso a quienes empujaban por detrás. Las automáticas empezaron a abrir fuego sobre los que salían huyendo. Para que todo terminara *más rápido, por las ventanas los soldados lanzaban granadas a los que gritaban.*

El vaivoda de Muntenia envió a Moscú las listas de los quemados. Estos son los nombres, pero pueden no leerse. Simplemente pase las páginas.

Gáev Tuta, 110 años,
Gáeva Sari, su esposa, 100 años,
Gáev Jatu, su hermano, 108 años,
Gáeva Marem, su esposa, 90 años,
Gáev Alauddi, hijo de Jatu, 45 años,
Gáeva Hesa, esposa de Alauddi, 30 años,
Gáev Hasabeq, su hermano, 50 años,
Gáev Hasan y Huseín, hijos de Hesa, gemelos, nacidos la víspera;
Gazóev Gesamahma, 58 años,
su esposa Zano, 55 años,
hijo Mohdan, 17 años,
hijo Mahmad, 13 años,
hijo Berdash, 12 años,
hija Zharadat,14 años,
hija Taihan, 3 años,
Duli Gelagaeva, 48 años,
su hijo Sosmad, 19 años,
segundo hijo, Abuezid, 15 años,
tercer hijo, Girmaha, 13 años,

cuarto hijo, Movladi, 9 años,
hija Zainad, 14 años,
segunda hija, Sahara, 10 años,
Pakant Ibrahimova, 50 años,
su hijo Adnan, 20 años,
hija Petimat, 20 años,
Minegaz Chibirgova, 81 años,
su nuera Zalimat, 35 años,
hijo Zalimat Abdulmazhev, 8 años,
hija Laila, 7 años,
hija Marem, 5 años,
Kavalbeq Gazalbekov, 14 años,
Zano Dagaeva, 90 años,
Kerim Amagov, 70 años,
Musa Amagov, 8 años, de Charmaj,
Lata Bakieva, 24 años,
Matsii Jabilaeva, 80 años,
el médico Giriha Gairbekov, 50 años,
Petimat Gairbekova, su esposa, 45 años,
Adnan Gairbekov, hijo de ambos, 10 años,
Medina Gairbekova, hija de ambos, 5 años,
Zuripat Bersanukaeva, 55 años,
su hija Hanpat Bersanukaeva, 19 años,
segunda hija, Baquo, 17 años,
tercera hija, Baluza, 14 años,
cuarta hija, Baisari, 9 años,
quinta hija, Basuqa, 7 años,
hijo Mohmad Hanip, 11 años,
familia de Abujazha Batukaiev:
su madre Habi, 60 años,

su esposa Pailah, 30 años,
su hijo Abuezid, 12 años,
su hija Asma, 7 años,
segunda hija, Gashta, 5 años,
tercera hija, Satsita, 3 años,
Toita, hija recién nacida,
familia de Kozum Altimirova:
hija Zaluba, 16 años,
hijo Ahmad, 14 años,
segundo hijo, Mahmad, 12 años,
familia de Kaihar Altimirov:
hija Tovsari, 16 años,
hijo Aburahman, 14 años,
hijo Mutsii, 12 años
Jozh Ahmad Eltaev, 15 años,
Saidat Ahmad Eltaev, 13 años.

También pereció —continúa Jenofonte con su relato— Alimjodzhaeva Pailaha. No sé cuántos años tenía, también la mataron en Haibahh. Cuando se hubieron marchado los soldados, los habitantes del lugar que se habían salvado en las montañas reconocieron su cuerpo por la trenza sin consumir. Todos estos años su hermana ha guardado esa trenza. Todavía hoy está en algún sitio, sí, esa trenza.

La nieve cerró los caminos en la montaña y hasta el apartado *aúl* en el distrito de Galanchozhski, el último antes del puerto, los soldados llegaron por un sendero cubierto de nieve con un guía local del Partido. Los soldados temían no cumplir la orden a tiempo y se daban prisa. Se llevaron a los hombres y ordenaron al resto de los habitantes que se prepararan para el traslado, les dijeron que regresarían en cuanto el tiempo lo permitiera. Guiaban a los

hombres de reata por un sendero estrecho sobre un despeñadero. De repente, un checheno se abrazó al soldado que iba a su lado y se arrojó abajo junto con él. Lo mismo empezaron a hacer otros prisioneros. Los soldados abrieron fuego. Todos los hombres del *aúl* perecieron.

Lo que había sucedido en el desfiladero lo vieron unos chiquillos y, al regresar a casa, contaron cómo habían perecido sus padres. Los mayores se reunieron para decidir qué debían hacer. Entonces el mayor de todos se levantó y empezó a girar en la antigua danza de la muerte, que danzaron sus abuelos y bisabuelos. Al círculo entraron para también danzar todos los ancianos, también las ancianas, las mujeres y los niños del *aúl.* Todos ellos juraron morir, no rendirse a los rusos. Después los ancianos decidieron que no podían combatir: no tenían ni armas ni fuerzas. Pero tampoco iban a sentarse a esperar a que vinieran a llevárselos de la tierra de sus antepasados. Todos los habitantes que quedaban en el *aúl* recogieron solo lo imprescindible y partieron a las montañas, al puerto.

Andar por la nieve espesa era difícil, el viento los derribaba. Las mujeres llevaban a los niños pequeños y se los pegaban al cuerpo para que no se congelaran. No todos llegaron al puerto: quienes desfallecían se sentaban en la nieve y morían congelados.

Así anduvieron horas y horas, llegando a perder el sentido del tiempo, quedándose sin fuerzas, congelándose en la ventisca. Quienes iban delante de pronto vieron abajo, allí donde empezaba el valle, unas luces. Encima de la nieve ardían hogueras y, alrededor, dormían unas personas. Eran los helenos.

Los habitantes del lugar se dirigieron a ellos, que si podían calentarse junto al fuego y conseguir algo de comida. Los griegos compartieron con los chechenos lo poco que tenían. Jenofonte

explicó como pudo a esas personas congeladas, exhaustas, muertas de hambre y que no entendían la lengua helena, que estaba guiando a sus griegos al mar. «*Talattha!*» Jenofonte indicaba con la mano a los ancianos la dirección del mar. «*Talattha!*»

Por la mañana todos juntos emprendieron el camino.

26 de julio de 1919. Viernes

¡Empezar un cuaderno nuevo es muy agradable! ¡Encima con buenas noticias! ¡El apañado Torshin ha organizado representaciones sueltas de entretenimiento en el cine Soleil! Vamos a actuar seis veces cada domingo, tres sesiones por la mañana y tres por las tardes. Los *sketch* son terriblemente tontos, pero han quedado graciosos. *El hambriento don Juan.* Es una escena con una declaración de amor. Un gimnasta hambriento llega a una cita, al final cae de rodillas y reconoce que tiene hambre. Torshin pone tales muecas que es imposible no reírse. Nos entró una risa salvaje, no conseguíamos parar. Nos preparamos, empezamos siguiendo el texto, parece que todo va bien y basta con que nos miremos a los ojos… ¡y otra vez a carcajada tendida! Quiera Dios que no nos entre la risa delante del público…

¡Seis actuaciones al día! ¡Seremos ricos!

Mañana Pável me llevará al fin a casa de Nikítina. ¡La crema del círculo OSVAG en Rostov!

27 de julio de 1919. Sábado

¡Qué enfadada estoy con Pável!

Por fin el sábado me llevó con él a casa de Nikítina. ¡El salón de la princesa Yevdoxia Fiódorovna! ¡La alta sociedad! ¡El primer baile de Natasha Rostova! ¡Qué pesadilla!

Nikítina es una mujer fascinante, pero invita a su casa Dios sabrá a quién. Una tal Mírtova, poetisa, creo que de Kiev, venga a gesticular, hablaba más alto que nadie y soltaba carcajadas de bajo completamente inoportunas, no dejaba que nadie dijera ni una palabra y se empeñaba en recitar sus versos. ¿De veras que para gustar a todos solo hace falta tener un comportamiento vulgar y provocador? Y, claro, cómo no…, ¡toda la tarde el centro de atención masculina!

Me pidieron que cantara. Me resistí un poquito, como corresponde, y entonces siento sobre mí las miradas condescendientes de todas esas celebridades capitalinas. ¡Cuánto me molestó! La timidez desapareció como por arte de magia, apareció cierta cólera alegre, ardor. Sí, sí, esperen… Avanzo, una mano sobre el piano y, en la otra, el pañuelo. Y, entonces, el golpe: Pável dice que no me preocupe por el acompañamiento. ¿Y quién se sienta al piano? ¡Mírtova! Era repugnante su forma de tocar, no me escuchaba. ¿Qué iba a hacer? Empecé a cantar. Por dentro rabiaba contra Pável y contra esa Mírtova que usurpaba mi concierto. ¡La silla crujía todo el rato debajo de ella! Quería que me tragara la tierra.

A pesar de todo, ¡un éxito! ¡El mismísimo Chírikov se acercó a besarme la mano! Ronroneó que tenía futuro y que iba a cantar en los escenarios de la capital. Con todo, qué agradable oír esas palabras… Alabó mucho mi voz.

En fin, me dijeron los cumplidos de turno, estas celebridades siempre tienen alguno listo, y se dispersaron. Pero yo sentía que había cantado bien.

Pável enseguida se enganchó a alguien, a no sé qué profesor de la universidad, no me he quedado con su apellido. ¡Ni se me acercó después de los aplausos! Y bien que hizo, porque se habría llevado

una bofetada. ¡Si es que no entiende nada!

Escribiré un par de palabras más sobre las celebridades. No todos los días se toma el té con los grandes. Chírikov nos leyó algo de su nueva novela. De pura excitación no lograba concentrarme, todo se me escapaba. Las piernas me temblaban, no lograba relajarme. Y encima hacía calor, aunque las ventanas estaban abiertas. Sudaba, me parecía que por eso me brillaban las mejillas y la nariz, pero era imposible salir a empolvarse. Oí solo la leyenda de un preso que estaba encerrado en un calabozo solitario de un bastión penal y debía pasar allí toda la vida, hasta la muerte. Una vez, con el mango de una cucharita, raspó en el muro una barca, se subió y salió navegando y, cuando abrieron la puerta para darle la comida, la celda estaba vacía. Cuando terminó de recitar, después de los aplausos, Chírikov dijo de repente: «Esta novela es mi barca. Lo escribiré, me subiré en ella y me marcharé». Todos se quedaron callados y el silencio se hizo incómodo. Entonces Nikítina salvó la situación reduciéndola a una broma: «¡Y esto lo dice un hombre que tiene cinco hijos!». Yevdoxia Fiódorovna es inteligente, pero su ropa está pasadísima de moda. Paul Poiret enseñó a la mujer a sentir y amar su cuerpo, pero ella…

Después invitó a todos a pasar al comedor y nos agasajó con hojaldres y galletas, las había horneado nuestra anfitriona. Tomamos té en unas tacitas doradas por dentro, así que parecía que era vino tinto. Yo estaba sentada con su marido. ¡Ver para creer! Me obsequiaba un exministro. Pável estaba enfrente y, en lugar de lanzar a su novia miradas celosas y destructoras, estaba concentrado en los hojaldres y debatía con su vecino. ¿Y con qué distraía a su dama el hombre de Estado? Con historias sobre la cooperación. ¡Un tema increíblemente apasionante! Me fijé en que mi caballero, que me ofrecía panecillos sin parar, no cruzó en toda la velada ni una

palabra con su mujer. A ella se le suponía alguna historia con el profesor de antes. Ladyzhenski, creo. Es divertido observar a la gente. Ella lo salvó de Pável, se lo llevó del brazo y le habló con arrullos en un rincón.

Después todos volvieron a centrar su atención en Chírikov. Este hablaba de sus prisiones: la zarista y la roja; lo encerraron tiempo atrás por su *Oda al zar,* allí podía escribir con tranquilidad, tenía paz y todo lo imprescindible para vivir, incluso le dieron dietas; el año pasado lo detuvieron en Kolomna y solo un milagro lo salvó de ser fusilado. Su *Hebreos* no se había llevado a escena en Rusia antes de la revolución, solo lo había interpretado Orlénev en giras en el extranjero. Le habían contado que este año Glagolin había representado *Hebreos* en el rojo Jarkov, con la compañía de Sinélnikov, con la particularidad de que en el último acto salía al escenario Jesucristo en la figura de un policía urbano, le abofeteaban las mejillas y lo escupían en la cara. También sacó a artistas del estudio de Wolf completamente desnudas, las chicas corrían por la sala de butacas, se plantaban encima de los espectadores, etc. ¡Hasta Valérskaia salió completamente desnuda!

Le preguntaron por Gorki. Lo atajó: «¡Es el Smerdiakov de la Revolución rusa!». Mira que hablar así… ¡y de quién! ¡De Gorki! ¿Quizá solo le tenga envidia y de ahí ese odio? Aunque, en general, Chírikov es una persona animosa, bromista, incluso cariñosa. Sientes que con él todo es agradable y sencillo. Es como si hubiera llegado volando de algún lugar del pasado con su pajarita, su camisa que brillaba con una blancura impecable. En los últimos tiempos, los hombres se habían degradado muy rápidamente, habían caducado, pero él había sabido mantenerse. Está casado con la actriz Iólshina. A Rostov ha venido sin su mujer, ella está con los hijos pequeños en Crimea, tienen allí una casa, los mayores están diseminados por

todo el país. Es extraño cómo están dispuestas las personas: aquí está él, sin saber qué ha sido de su hijo, si está vivo siquiera, pero ahí lo tienes junto a un samovar, devora hojaldres de hígado y cuenta chistes.

Qué interesante… ¿Quién, en ausencia de su mujer, se ocupará de la blancura de sus camisas?

Por cierto que los hojaldres eran una verdadera porquería. La masa medio cruda se pegaba a los dientes. Está visto que la dueña del salón ha empezado a jugar democráticamente a las cocinitas hace bien poco. Aun así, todos expresaron con cortesía su entusiasmo, por supuesto.

También se inmiscuía todo el tiempo y con poca gracia un tipo con cara de mercader-viejo creyente. Después me enteré, ya al final de la velada, de que era Trofímov, el dueño de una fábrica de cine, y que ahora rueda cerca de Rostov con dinero de la OSVAG la obra *Por la Rusia unida.* Le susurré a Pável que me lo presentara, y me responde: «¡Si yo no lo conozco!». «¡Pues invéntate algo!» «De acuerdo, Bélochka.» Y ya. No va a pasar nada, ya sé qué significa «De acuerdo, Bélochka».

Al despedirnos, Nikítina nos regaló a cada uno un libro de poemas, recién editado. *Rocíos del amanecer.* Su dedicatoria: «A la encantadora Isabel».

La velada terminó de forma muy divertida. Debatían qué habría la siguiente vez, Nikitin dijo que le gustaría leer sus memorias, en las que está trabajando ahora, sobre el asedio al Palacio de Invierno y sobre cómo fue arrestado el Gobierno provisional, pero Mírtova volvió a interrumpir y se puso a contar que esa misma tarde del 25 de octubre ella estaba en Petrogrado y se fue con no sé quién, con quien mantenía un romance, a la ópera *Don Carlo* en la Casa del Pueblo, tenía que cantar Shaliapin. Al principio todo fue como

siempre, el teatro lleno a reventar y, cada vez que en el escenario aparecía Shaliapin, el público aplaudía con vehemencia, gritaba, las señoritas en el gallinero chillaban histéricas. Pero cuando terminó el último entreacto y el telón iba a levantarse, se apagó la luz y se hizo una oscuridad total. Y el silencio. Todos seguían sentados a oscuras, daba miedo. Se inició una ola de susurros, que algo se estaba quemando. Resonó un ruido, parecía que estuvieran partiendo los decorados en el escenario. Nadie decía nada ni se levantaba de su sitio. Si se hubiera desatado el pánico, se habrían aplastado unos a otros. Después alguien salió al escenario a oscuras y dijo que no había ningún incendio, que enseguida restablecerían la electricidad. «¡Y en esa oscuridad él me propuso matrimonio! Después encendieron la luz y el espectáculo continuó. Pensaba que habían partido los decorados y eran disparos, ¡tableteo de ametralladoras! Alguna vez yo también escribiré sobre ello. ¡Serán mis memorias de la revolución!»

Hay gente que quiere ser el muerto de todos los entierros.

28 de julio de 1919. Domingo

Me he despertado con el sentimiento de que debía explicarme con Pável. Hoy mismo, sin tardar. No podía retrasar más esa conversación.

Me fui a su nuevo laboratorio, todavía no había estado allí, el local de la antigua fotografía Meyerson en Sadóvaia, requisado por el OSVAG.

Llegué y no era capaz de empezar. Pável revelaba fotografías de su último encargo. Terribles. Hablaba todo el rato. No podía parar. Necesitaba soltar todo. Yo no encontraba la forma de interrumpirlo. ¡Qué horror nos rodeaba! ¡No quedaba nada humano! Había estado fotografiando ejecuciones. Los cosacos y los oficiales posaban en

disposición. Colgaban a dos a la vez, pasando la cuerda por un travesaño para que se ahogaran entre sí. A uno le ordenaron disparar, los colocaron delante del camino, y este gritó: «¡Colocadlos mirando a la pared, idiotas, que detrás hay un camino transitado!».

Estamos a la luz de una bombilla roja y, de pronto, en la cubeta brotan escalofriantes unos rostros infantiles desfigurados. Cerré los ojos, no podía mirar, y me contaba lo que había visto entre los calmucos. Hace mucho que los campesinos de unas aldeas rusas le habían echado el ojo a su tierra, por eso apoyaron a los bolcheviques y destruyeron a los calmucos, pasaron a cuchillo a aldeas enteras, que allí llaman *joton.* Mataron a todo al que no le había dado tiempo a huir. Creo que era el *ulús* Bolshói-Derbétovski, no lo recuerdo con exactitud. Pasha había hecho fotos de los templos budistas quemados, los *jurul.* Todo está ennegrecido, pringado de inmundicia. Imágenes de Buda rotas. Libros sagrados destrozados. En lugar de iconos tienen paineles de seda, los habían saqueado, y todo eso provenía del Tíbet. En un templo habían hurgado en el polvo de una lamparita, habían tirado los huesos al camino. ¡Señor, en qué bestias se han convertido los humanos!

Pasha reunía los restos de las tallas de Buda con la cabeza y los brazos partidos, se había traído todo eso a Rostov, quería montar una exposición.

Yo sujeté una estatuilla. Un pequeño Buda con la cabeza rota.

Pasha empezó a besarme. No podía. Lo aparté. Me abrazó y dijo: «Lo entiendo». Y yo tenía ganas de arañarlo y gritar: «¡No entiendes nada! ¡Nada!».

También contó que iban por la estepa y vieron unos cerdos. Enviaron a dos a atrapar a los animales. Pero los jinetes se acercaron, se quedaron un momento parados y regresaron. «¿Por qué no habéis atrapado a los cerdos?» «Estaban comiendo

cadáveres humanos.»

Por todas partes había fotografías colgadas para secarse. No podía mirarlas. Empecé a sentirme mal. Los ojos se me quedaron como pegados a una: unos pies descalzos sobresaliendo en la arena. Completamente blancos. No había forma de apartar la mirada. Enseguida me acordé de mi hermano, de cuando de pequeños lo enterrábamos en la arena del río. Lo cubríamos tanto que solo sobresalían la cabeza, los brazos y los dos pies. Sasha gritaba: «¡Sacadme!». Nosotras soltábamos carcajadas y le hacíamos cosquillas en los talones. De pronto me pareció que en esa fotografía yacía Sasha. Pável me dice: «Bélochka, tranquila, ¡perdona! ¡No tenía que haberte enseñado nada de esto! Pero ¿con quién puedo hablar? ¡Compréndeme!». «¡Déjame!» Salí pitando con un portazo. Corría a casa y no dejaba de ver esos pies descalzos blancos.

29 de julio de 1919. Lunes

Hoy Musia apareció a toda prisa. Hacía mucho que no la veía. ¡Se ha convertido en una chica guapa y ya adulta! Se lanzó a abrazarme. ¡Cubierta de lágrimas! ¿Y eso? Me tiende una carta. «Querida Musia: ¡Te quiero muchísimo!» Toda una carta de amor con errores gramaticales y, al final, la amenaza de matarse. «¿Lo amas?» «No.» «¡Pues no te des mal!» «Pero ¿qué voy a hacer? ¿Y si le da por matarse?» Le acaricio la cabeza: «Pues que lo haga». «¿Cómo puedes decir eso?» Se molestó y se fue corriendo. Salí tras ella al porche, la llamé, pero ya no la alcancé.

Enseguida me acordé de Torshin: «De amor se muere poco; sin embargo, nacen muchos».

Musia sigue siendo una cría.

Hago ejercicios todos los días, estoy trabajando el diafragma. Entono y me imagino que Korétskaia está detrás de mí, me escucho

con sus oídos y me hago las indicaciones que me haría ella: «¡Libera la laringe! ¡Levanta el labio superior! ¡No hundas el pecho!». Y es como si sintiera sus manos en el diafragma. ¡Me ayuda mucho! ¡Qué agradecida le estoy!

Tengo que explicarme con Pável. Es algo que me tortura.

30 de julio de 1919. Martes

Majnó es maestro de escuela. En Rusia todo es un poco raro: ¿por qué los maestros andan encabezando bandas y dirigiendo pogromos?

Quería haber pasado a ver a Pável, pero no lo he hecho. Mañana.

31 de julio de 1919. Miércoles

¡Qué alivio siento en el alma! Hoy he sentido todo el día una alegría inexplicable.

Antes de comer ensayé en el Soleil. La sala me pareció enorme. Pero la voz suena muy bien. El acompañante es Rogachov. Es de Moscú, ha trabajado de músico solista en la ópera de Mámontov. Primero me habló con aire condescendiente. Después, cuando ya había cantado, se le borró la altanería. Fue un poco avaro en halagos: «Estoy muy contento. ¡No me lo esperaba!». Pero, dicho por él, significa algo, ¿no?

Enseguida se percibe su experiencia y maestría. Estoy muy contenta. Acordamos qué romanzas interpretaríamos en cada divertimento. Me dijo que controlara mi temperamento. «Hay que mantener la cabeza fría».

Después del ensayo me fui a dar vueltas por la ciudad. El sol, un vientecillo ligero, ¡qué agradable! En Sadóvaia, entre Chashka Cháia

y la confitería de Filíppov, había tanta gente como en una fiesta. Me parece que no solo yo, sino todos, tenemos la sensación de que todos los espantos se acaban y por fin empieza otra vez la vida humana.

¡Y qué escaparates! ¡Qué sedas, sombreritos, trajes confeccionados, perfumes y joyas! ¡Con qué elegancia vestía el público! ¡Cuántos oficiales presumidos con guerrera nueva de jefe! ¡A todas horas se abren restaurantes y cafés nuevos! ¡Y los carteles! ¡Teatros, cabaret, conciertos! Dios mío, ¡qué bien que haya vuelto la vida cotidiana! La guerra es como una enfermedad. Y ahora todo el mundo ha recuperado la salud. También Rusia la ha recuperado.

En la esquina de Sadóvaia con Taganrogski, como siempre, una multitud delante de una enorme vitrina con un mapa. Las banderas tricolores cada día están más arriba. La gente viene a ver la vida del grueso cordón amarillo. Y todos debatían animados, ¡todos son estrategas! El cordón solo tenía que estirarse un pelín más… ¡y la guerra terminaría! ¡Veré de nuevo a Masha, Katia y Niusia!

He pasado por el hotel donde se ha instalado el OSVAG. Aquí, para todos los interesados, un importante general, antiguo director de una institución educativa privilegiada, explicaba el teatro de las operaciones militares. Cambiaba las banderas en un mapa, levantaba los brazos y relumbraban los codos gastados de la chaquetilla gris. Igual que en *Tres hermanas:* ¡Moscú! ¡A Moscú! ¡Sobre Moscú!

Me di de bruces con Zhuzhu. Había conseguido trabajo allí y se llevaba a casa unas correcciones de unas publicaciones de la OSVAG. Toda llena de granitos. Con un vestido verde de *Georgette.* Nunca ha tenido buen gusto. De verdad, ¿por qué las rubias se empeñan en ir de verde chillón? No les queda nada bien. Se la ve muy orgullosa de sí misma y alardea de que recibe azúcar, harina y leña del depósito,

¡y hasta bebidas de Abrau-Durso! No pudimos hablar, unos soldados movían unos pesados bultos con literatura y, además, Zhuzhu tenía prisa. Dijo que estaba trabajando en el departamento del profesor Grimmy, que, si quería, podía interceder por mí. Se marchó haciendo resonar los tacones por la amplísima escalera en dirección al lugar del que llegaba el traqueteo de unas máquinas de escribir.

¡Lo que me faltaba! No tener dónde ir si no es por la protección de Zhuzhu…

Si quería…

¡Pues no quiero!

Sé lo que quiero. Y todo va a salir como yo quiero.

¡He visto en un anuncio que vienen Yemeliánova y Monájov! ¡Me sacaré un dinero y me compraré las mejores entradas!

1 de agosto de 1919. Jueves

¡Qué bien estuve ayer! Pero hoy es como si me hubiera caído en un agujero negro ya por la mañana. He pasado junto a un anuncio del Soleil. Con mi nombre. Y no he experimentado nada, solo miedo.

Soy valiente solo en público, todos los miedos y las lágrimas están contenidos en estas páginas. Temo fallar, temo no poder cantar bien, que la sala esté vacía. Tengo miedo de todo. Y, lo más importante, ¡temo que todos me mientan a la cara! Que me digan mentiras por compasión. ¿Y si, en realidad, no tengo voz ni talento?

Por la noche he vuelto a tener la misma pesadilla con el mosquito. ¡Una y otra vez!

¡No sé y no puedo hacer nada! Me las di de cantante y, ya ves, golpe en los morros. Sí, ¡en los morros! ¡Eso es lo que necesito!

Todo lo que quiero olvidar, todo eso se me mete en la cabeza por las noches. Cierro los ojos y estoy otra vez sobre en el escenario en el antiguo Club de los Dependientes. Me anuncian, salgo, no veo

nada, empiezo a cantar mi preferida, del repertorio de Plevítskaia: «Sobre los campos, sobre los campos limpios», ¡y otra vez se repite ese horror! ¡Me atraganto! ¡Me he tragado un mosquito!

¡Vaya debut! De haber tenido una trenza más larga, ¡me habría ahorcado con ella!

Lo he escrito para liberarme, para olvidarme de eso.

Todos hablan de la llegada de la compañía de Kachálov del Museo Artístico de Moscú, del MJAT. Acaba de estar aquí Vertinski, ¡y ahora viene el MJAT! ¡Los veré a todos! ¡A Kachálov, a Guérmanova, a Knipper!

Me he comprado una recopilación de canciones de Vertinski. ¡Dios mío, es un genio! Es como ver a la pobre cojita suplicando entre las tumbas a nuestro Dios un regalito para la primavera, dos piernecitas pequeñas, y el frac lila del negro que cae como un manto, y a esa mujer enloquecida besando los labios azulados de los cadetes muertos.

Qué bien que aquella vez con Mashonkov no escatimamos y compramos la entrada en la tercera fila. ¡85 rublos! ¡En la primera eran cien!

Podrían haber puesto una letra algo más grande.

Qué vanidosa soy, ¿no? Uf…

Mañana he quedado con Pável. Es nuestro último día.

2 de agosto de 1919. Viernes

Malas noticias. Enseguida sentí que a Pável le había pasado algo. Quedamos, como siempre, debajo de la marquesina del Asmólovski, después fuimos al Empire. Todo volvía a su forma natural de ser. El servicio vestido de frac, con ropa blanca almidonada, bien afeitados, oliendo a colonia. La ropa bonita de las damas. La música bonita… Cierto que los músicos, judíos, se habían teñido de rubios con agua

oxigenada. La forastera cantó fatal. ¡Roza Chórnaia! Si ya solo el nombre lo dice todo… ¡Negro! ¡Y le lanzaron flores! ¡No entienden anda! Les basta con una carita linda…

Pável guardaba silencio, después dijo: «¡Vámonos de aquí! No soporto a toda esta gente». ¡Con las ganas que tenía yo de estar allí! Pero no dije nada, una vez más. Me levanté obediente y me fui. Pasamos junto al mapa de Sadóvaia. Le dije: «Pronto, si Dios quiere, todo habrá acabado». Y él me espetó: «¡Nada habrá acabado!». Empezó a hablar mal del OSVAG, que ocultan todo y, si alguien empieza a contar las cosas como son, enseguida lo tildan de agente de los rojos. «Además, en el contraespionaje hay atracadores, ladrones y canallas, ¡un hombre honrado nunca iría ahí! Se pelean por los puestos y por el poder. Por todas partes hay saqueos y corrupción, y todos guardan silencio, temen por su pellejo».

Comprendí que le había pasado algo. Empecé a hacerle preguntas, al principio no soltaba prenda, después dijo que había tenido un contratiempo en el OSVAG. Se había enterado de un caso y quería que lo publicaran en los periódicos, pero lo llamaron y lo amenazaron para que guardara silencio. En los vagones desde Novorosíisk, en lugar de proyectiles, ropa y víveres para el frente, se estaban transportando mercancías que pertenecían a especuladores. Así que el frente no recibía nada de la retaguardia, salvo litografías del OSVAG al estilo popular con representaciones del Kremlin y de caballeros de la Rus. No había suficientes obuses, pero el comandante y sus colaboradores transportaban tejidos, perfumería, medias de seda, guantes, enganchando al tren un vagón con carga militar y metiendo en cada vagón una caja con granada de metralla, gracias a esto le daban paso como tren militar sin ninguna dificultad.

Anduvimos un buen rato. Pável maldecía continuamente a los aliados. No les importamos nada, en realidad, nos han enviado

vestimenta del tamaño de enanitos o de gigantes. Han llegado varios vagones con botas solo para el pie izquierdo. Han enviado lanzas de bambú, ametralladoras sin munición en la cinta para las que no sirven nuestros cartuchos, cañones de la época de la guerra bóer. A mí me dio la risa con que los ingleses hubieran enviado mulos que ni llegaron al frente, porque por el camino se habían convertido en brochetas, y Pável se molestó conmigo.

La semana que viene tiene otro viaje de trabajo.

Cuando pasamos junto a su laboratorio, dijo que el viejo Meyerson, cuyo hijo se ha ido con los rojos, se acerca a todas horas. Llega, mira en silencio su taller y se va.

Me parece que sufre más por cualquier anciano que por mí.

De nuevo no me he decidido a empezar nuestra conversación más importante. Tenía el corazón en un puño: ¿cómo se lo voy a contar ahora? ¿Qué será de él? ¿Cómo va a irse al frente con eso en el alma? No, ya habrá explicaciones cuando vuelva.

3 de agosto de 1919. Sábado

¡Qué día tan largo! Todo en orden.

Otra vez velada en casa de los Nikitin. ¡Habría sido mejor no ir!

Desde el primer momento no me he contenido con Pável. Ha pasado a buscarme y yo todavía me estaba vistiendo. Se ha puesto a meterme prisa. ¡Y qué rabia me da! ¡Le da igual el aspecto que tenga con tal de empezar cuanto antes a decidir el destino del mundo! Le dije que el destino del mundo tendría que esperar. Que una buena *entrée* es necesaria no solo para los escenarios y que, por eso, nos retrasaríamos todo el tiempo que fuera menester. ¡Cómo se puso! Y así nos presentamos, enfadados. Sin embargo, cuando entramos, ¡todos las miradas fueron para mí!

Pero ya veis qué poco sentido. ¡A nadie se le pasó por la cabeza

pedirme que interpretara algo!

Chírikov no estaba, Trofímov no estaba. ¡Pero sí que estaba Borís Lazarevski! Tengo su libro de relatos. Recuerdo que me gustó mucho y que entonces papá dijo: «¿Para qué escribir como escribe Lazarevski, si Chéjov ya escribía así?». También estaba Krivoshein, de la redacción de *Velíkaia Rossía,* que acababan de trasladar desde Yekaterinodar. Pero a estos ya me los conozco yo. Calvo, gordo, huele a sudor a una versta y enseguida empezó con dobles sentidos. Estaba otra vez ese profesor, su apellido es Ladyzhnikov. ¡Y otra vez Mírtova llamando la atención y dándose aires toda la velada! ¿Por qué invitan a gente así? No lo entiendo. Estaban, además, unos ratones de biblioteca. No me he quedado con los apellidos.

Nikitin no ha leído, se ha disculpado, que todavía no está listo. Miro a Yevdoxia Fiódorovna. ¡Es mi momento! Pero ella mira a su profesor, le dice que nos cuente algo interesante. Y empezó, sí. Un auténtico circo.

Nikitin y Ladyzhnikov se engancharon. Vaya si lo hicieron. ¡Saltaban chispas! ¡Como dos gallos peleando por la ponedora!

Ladyzhnikov empezó a decir que el Ejército de Voluntarios no era mejor que el de los rojos. «Ellos son Temernik y nosotros también somos Temernik, con la diferencia de que a nosotros, de pequeños, nos lavaron, nos limpiaron y nos enseñaron a comprender el francés, pero a la primera oportunidad seremos como ellos. ¡Ya estamos cansados! El poder en Rusia se mantenía con los dientes, en cuanto el zar aflojó los dientes, todo se desmoronó. Y cuanto más sólidos son los dientes, más permite el pueblo ruso: ¡comednos! ¡U os comeremos nosotros! Y ahora combaten con rabia los guerreros blancos del contraespionaje y fusilamos en la misma arboleda en la que nos habían fusilado a nosotros.» Y también dijo que, de todas formas, íbamos a perder la guerra, incluso aunque venciéramos,

porque nos hemos vuelto iguales a aquellos contra los que luchamos. Dio un puñetazo en la mesa —el jarrón por poco no salió volando— y bramó: «El bien debe perder ante el mal, ¡en ello reside su fuerza!».

Fueron todo cosas de ese estilo y, encima, nadie escucha a nadie. Nikitin: «Obligan a gritar hurra, ¡y hay que gritar auxilio! Al OSVAG llegan desde todas partes informes sobre que la movilización ha fracasado, que los campesinos están tomando las armas y marchándose a los bosques, ¡y ellos van y los archivan!». La tomó con la jefatura de los Voluntarios. «El frente está roto, descalzo y desnudo, y ellos aquí con sus nuevas guerreras hechos unos pimpollos y bebiendo champán. Gritan sobre la toma inmediata de Moscú y roban, mientras los otros no tienen nada, excepto conciencia y piojos, ¡y van a la muerte! ¿Por qué? ¿Por Rusia? ¿Por qué Rusia? ¿Por esta? ¿Y merece la pena?»

Y empezó a manar el río: ¡la patria, el deber, la misión, las víctimas sagradas, el pueblo! Cierto que alguien lo expresó de forma bonita: no se debe jugar al solitario en una casa en llamas.

Yo oigo todo eso y me entran ganas de gritar yo también: Dios mío, ¿pero qué misión? ¿Qué deber? ¿Qué pueblo? ¡La gente lo que quiere es vivir, estar alegre, enamorarse!

Lazarevski intentó poner paz, llevó la conversación hacia el calendario, que era completamente irracional derogar el calendario gregoriano introducido por los bolcheviques. En efecto, ¿qué culpa tiene el calendario? Y dijo otra frase sorprendente: «Querían recortarle trece días al calendario y abrieron un agujero en el tiempo». Estamos en un agujero en el tiempo. Pero nadie le hacía caso, siguieron gritándose. Lazarevski se enfurruñó porque nadie lo escuchaba, se quedó una media hora más y se marchó.

El pobre Pável no hacía sino intentar meter algún comentario

sobre su idea de Rusia. No terminaba de entender que el asunto entre los discutidores no tenía que ver con las ideas, sino con la anfitriona. ¡Qué va a entender él esas cosas tan sencillas! Él solo comprende las complejas.

Los gritos siguieron a la mesa. Se pusieron a hablar de la arbitrariedad y de las crueldades, de que el espíritu voluntario hacía mucho que se había evaporado. Nikitin sobre el Ejército de Voluntarios: «Se alzó cual mártir y santo y cayó vergonzosamente, ¡como todo en Rusia!». Y otra vez a darle vueltas: las proclamas resultaron falsas, la confianza ha sido pisoteada; la hazaña, humillada. Los escuchaba y me parecía que todos giraban la manivela del mismo organillo. ¡Qué aburrimiento!

Hacia el final de la cena, cuando todos estaban saciados y cansados de discutir, la conversación giró hacia los caballeros, los guerreros. Ladyzhnikov dijo que en nuestro país nunca ha habido caballeros, que había virtud de humildad, de obediencia, de disolución en la masa: «El caballero siempre es un solitario, un rehén no de la patria ni del zar, sino del honor». Nikitin replicaba que precisamente en Rusia es donde hay verdaderos caballeros, porque en la base de la caballería subyace el concepto del honor. «Allí tenían una bella dama, y aquí, Rusia. Sus caballeros "comprometen" su vida con alguna idiota sucia con un cinturón de castidad en la cintura, y los nuestros con el pueblo, ¡con la patria! ¿Acaso esto no es ser un genuino caballero?»

En una pausa, mientras los del altercado daban unos sorbos al té, a Pável le dio tiempo a intercalar que en la historia rusa ha habido solo dos estados de la caballería: la orden de esbirros de Iván el Terrible y la fugaz comandancia de Pablo sobre la orden de Malta. Ladyzhnikov a esto, con tono condescendiente: «Me atrevo a recordarle, joven, que en el ejército ruso están permitidos los duelos

desde el año 1894, y esto algo significará. Por cierto, creo que usted por entonces no había nacido». Le di un golpe a Pável por debajo de la mesa para que se callara, porque sentía que iba a montar en cólera y a hablar de más. Después nos fuimos enseguida. ¡Una tarde echada a perder!

Pável me acompaña a casa y la toma con los del OSVAG. ¡«Tontos egoístas» y «creídos sin dotes»! Sobre todo no podía perdonarles esto: «Reciben del OSVAG cantidades enormes de dinero y lo gastan en editar sus poemitas! ¡Esa es la *inteliguentsia* rusa en todo su esplendor!».

Pasamos cerca de Mashonkin. Aquí, por todas partes, cafés, restaurantes, cabaret, luz, música, ¡la genta canta, se ríe, baila! ¡Me entraron tantas ganas de bailar! ¡Deshacerme de todas esas conversaciones! Tiré de él: «Páshenka, vamos, por favor…». Su respuesta: «Justo ahora me estoy leyendo *Historia de las Cruzadas.* ¡El parecido es sorprendente! Ahí hay una mezcla de idealismo y egoísmo animal, y aquí, en nuestro país, lo mismo. En el frente, los tontos entusiastas se sacrifican, y los listos intentan librarse y largarse a la retaguardia, ¡donde están de bacanales y banquetes en tiempos de peste!».

Había aguantado toda la tarde, pero entonces exploté. Lo agarré de las orejas y le grité en la cara: «¡Pável, espabila! ¡No estamos en un libro! ¡Estamos aquí y ahora!». Y él: «¡Suéltame, me haces daño! Me voy mañana pronto. Estoy cansado y quiero dormir». Me di la vuelta y me fui. ¡No podía más! Se arrastró detrás de mí como un perrito con su correa. Yo: «¡Vete! ¡Déjame en paz! ¡No puedo verte!». Él, aun así, seguía. Y así llegamos hasta Nikítinskaia. De repente sentí repugnancia de mí misma. ¿Cómo podía dejar que se fuera así mañana? ¿Y si le pasaba algo? Me acerqué corriendo, lo abracé.

Cuando nos separamos, me preguntó de repente: «¿Me esperarás?». ¿Por qué ha dicho eso? ¿Teme que lo deje antes, que no lo espere?

Lo esperaré. Y se lo diré todo cuando vuelva.

4 de agosto de 1919. Domingo

Hoy ha sido la primera actuación en el Soleil. Después del cine levantan la pantalla. Salí al escenario y enseguida comprendí que la ropa no era la adecuada. Necesitaba algo oscuro, negro o burdeos. Me daba una luz muy fuerte, no veo nada, me ciega, ¡en los ensayos no estaba! De repente me siento perdida, no sé cómo moverme bajo esa luz, qué hacer con las manos. Y siento que, de la ansiedad, me cubro de manchitas. Espero al menos no caerme del escenario… Hay que cantar a algún rostro en la sala, pero solo hay un foso negro. La garganta se me cerraba, empecé a forzar las cuerdas. Menos mal que solo cantaba tres romanzas. No habría podido con la cuarta. Mientras estaba el número de la balalaika, me puse a respirar para controlar los nervios como me había enseñado Korétskaia: tres inspiraciones breves y rápidas y una larga y profunda. Contando todo el rato la respiración en mi cabeza. Rogachov, un alma buena, me animó: se acercó y me susurró que había estado estupenda. Después nuestro *El enamorado don Juan*. Ya más tranquila. Torshin dijo: «Mírame. Mantén la mirada en mí. ¡Todo va a ir bien!». Y fue bien. El público se moría de la risa. ¡Torshin es un genio de la comedia!

Después vuelven a bajar la pantalla y vienen otros espectadores. La sala llena una y otra vez. Nosotros esperamos la siguiente sesión y vemos la película detrás de la pantalla, «del revés». Incluso hemos aprendido a leer a zurdas los letreros. Todas las veces me quitaba los zapatos, los únicos que tengo para los conciertos, de tacón alto,

para que descansaran los pies. Después ya todo fue bien. Estaba terriblemente cansada por la falta de costumbre. Nos dieron el dinero, queríamos ir a festejar, pero no teníamos fuerzas.

Y ahora no puedo dormir de puro cansancio. Es por la sobreexcitación. Cierro los ojos y estoy otra vez sobre el escenario, rodeada de aplausos. ¡Y saludo a la almohada!

5 de agosto de 1919. Lunes

Debo escribir todo este horror.

Ha regresado Tala, se ha alojado en casa. Es terrible mirarla. Y, además, tiene piojos. Mamá y yo la llevamos al cuarto de Katia, vacío, extendimos papel en el suelo, trajimos un barreño con agua caliente, la lavamos, le cambiamos la ropa. Toda la ropa la envolvimos en el papel del suelo. Y lo quemamos.

Su hospital de sangre cayó en manos de unos majnovistas, mejor dicho, una banda se replegó y acabó en el hospital. Pasaron por la bayoneta a los oficiales heridos. Al practicante se lo llevaron para ensañarse con él, él les pidió que no tocaran a su mujer, que estaba en estado. Uno dijo: «¡Eso lo veremos!». Y le rajó la tripa con la bayoneta. Después torturaron al practicante. Tala tenía unas gotas de cianuro, las distribuyen entre las hermanas de la caridad precisamente para estos casos. Llevaba el veneno en un amuleto de fe en una cadenita con una cruz. Quiso tomárselo, pero no fue capaz. La violaron. Después llegó el comandante de ellos y se la llevó. Por la noche la ayudó a escapar.

Tala lo contaba tranquila, después guardó un silencio repentino, como si se hubieran hundido en algún lugar dentro de sí misma. Nos acostamos juntas, debajo de una sola manta, yo le calentaba los pies helados. Por la noche, Tala tuvo ataques de histeria.

6 de agosto de 1919. La Transfiguración

Más cosas que ha contado Tala:

Seriozha Starovski murió de una forma muy tonta y muy terrible, en el tren sanitario. Estaba en la puerta de un vagón de mercancías acondicionado, con la cabeza asomada. En ese momento había maniobras en la estación, el vagón dio una fuerte sacudida, la puerta se desplazó y le aplastó el cuello.

Tala ha participado en operaciones «en las mandíbulas» y «en las barrigas», es decir, abría una barriga con instrumental esterilizado o sujetaba la mandíbula del enfermo durante la anestesia. Contaba que sujetar las mandíbulas durante una trepanación era un suplicio, sobre todo si la cabeza está ladeada —los dedos se entumecen—, ¿y cómo aguantar cuando el cirujano empieza a horadar? Y el médico encima les gritaba si la cabeza vibraba o si la hermana le entregaba el instrumental que no era. Una vez estuvieron operando varios días sin descanso, y le exigían el balance de cuántos hombres había vendado; recordar la cantidad era imposible, así que Tala colocó una lata con guisantes y otra vacía, con cada vendado cambiaba de sitio un guisante y después hacía el recuento.

A los prisioneros rojos los llamaban a ser fusilados a voluntad. Gritaban: «¡Los que tengan ganas de ensañamiento!». Primero iban unos pocos, pero después eran más cada vez. A los que seguían vivos los remataban a culatazos. Y antes de fusilarlos los sometían a una tortura especial. Interceder por ellos no tenía sentido. Tala lo intentó, y un voluntario, ya nada joven, le dijo: «Están pagando por mi hija».

Por todas partes hay tifus, solo que todavía no ha llegado a Rostov. Pero debemos esperarlo en breve. Los vagones con los enfermos se cerraban bajo llave por la noche: los enfermos huían

inconscientes, vagaban por la estación, unos vestidos, otros solo en ropa interior. Solo ayuda la *silovarsina,* una inyección ataja enseguida la enfermedad, pero, al mismo tiempo, se pierde la inmunidad, y puedes volver a contagiarte.

Hay tantas cosas y de tantos temas sobre los que escribir cada día, pero no tengo nervio ni fuerzas.

Hay una guerra y yo canto. Pero yo no puedo, como Tala, vendar a los heridos. Puedo, por supuesto. Sin embargo, es algo que pueden hacer cientos de otras chicas, sí, quizá valientes y decididas, no como yo. No, yo también soy valiente y decidida. Y quiero cantar. ¡No tengo la culpa de que mi juventud haya llegado en tiempos de guerra! ¡Y ya no voy a tener otra juventud! Estoy convencida de que cantar, cuando nos rodea el odio y la muerte, no es menos importante. Quizá sea todavía más importante.

Y yo lo veo así: si en algún lugar en esta tierra a los heridos los rematan a culatazos, entonces es indispensable que en algún otro lugar la gente cante y disfrute de la vida. Y cuanta más muerte haya alrededor, más importante es hacerle frente con vida, amor y belleza.

7 de agosto de 1919. Miércoles

Hoy no hemos salido todos volando por los aires por muy poco. El viejo Zhírov ha visto por encima de la valla a los chiquillos de los Pankov jugando con pólvora inglesa. Tiene el aspecto de un macarrón: alargada, con un agujerito por dentro, solo que de color marrón. Zhírov dijo que esos macarrones los meten en los obuses, y adquieren esta peculiaridad: si el aire está comprimido, si hay presión, esta pólvora al instante estalla y dispara, pero si simplemente le prendes fuego, arde del todo, pero sin ninguna explosión.

8 de agosto de 1919. Jueves

Hoy he pasado la tarde con papá. Hacía cien años que no hablábamos así, como antes. Le pregunté por Yelena Olégovna. Me dijo que hace mucho que ama a esa mujer, pero que acordó con mi madre que guardarían las apariencias de ser un matrimonio por nosotras, hasta que hubiéramos crecido. Ha venido a recoger el resto de sus papeles. Lo he estado ayudando a recoger sus cosas.

Se ha lamentado por las condiciones imposibles en el hospital. Los heridos son caprichosos y se permiten muchas cosas: llevan vino al hospital, se tambalean por la ciudad hasta bien entrada la noche, vociferando canciones, y no hay quien les ponga freno. ¿Qué puede hacer la enfermera de guardia si ella misma les tiene un miedo mortal? No hay medicamentos; a los enfermos operados, debido a la carencia de material de vendaje, no se les cambia la venda en varios días, las operaciones se aplazan un día y otro. ¡Hay una jeringa para toda la sección! Los aseos están emporcados, hay tan pocas camas que los heridos están tumbados directamente en tablas o en el suelo, se tapan con sus propios trapos. Pobre papá, ¡sufre tanto y no puede hacer nada! Menos mal que en la ciudad no ha empezado la epidemia general de tifus, aunque la están esperando. Todo se saquea, hasta las cuidadoras roban, se guardan todo lo que puede llevarse y se van a la aldea, quedan solo los jefes de las secciones. Papá consiguió que el gobernador de la ciudad anunciara una recogida de donaciones, y este publicó en los periódicos una orden para que todos aportaran ropa blanca para el hospital. La llevaron. Y las lavanderas dan el cambiazo: en lugar de ropa blanca, de la lavandería llegan andrajos al hospital. Roban y se beben el alcohol, a pesar del olor a fenol, que añaden a propósito para que no se use como bebida.

Lo peor de todo está en la sección para enfermos mentales. De

estos ya nadie se acuerda.

Les prometen dinero, pero no se lo dan, papá se alimenta de su especialidad principal. Bromea con amargura: «A los gonococos les da igual quién gobierna en la calle».

Todos se han embrutecido, también el personal. Papá me ha contado un caso terrible. En la sección quirúrgica estaba ingresada una enfermera bolchevique herida. De celadora estaba María Mijáilovna Andréievna, la recuerdo muy bien, venía a casa de visita. Su hijo estudiaba en el cuerpo de cadetes y fue torturado por unos cosacos rojos. Las heridas de la mujer se estaban infectando, pero no le hicieron ninguna cura, María Mijáilovna no lo permitía, decía: «Para el perro, muerte de perro».

9 de agosto de 1919. Viernes

¡Ya se habla del éxito en el Soleil! ¡Hoy me han invitado a cantar al Mozaika!

Torshin me ha prometido que organizará una representación en el Grotesque. Ya ha hablado con Alexéiev. Y aquí van a actuar los actores de Jimmy el tuerto de Kiev. ¡Voy a estar en el mismo escenario que Vladislavski, Kurijin, Jenkin, Buchínskaia!

Ya he cantado en el Divertissement y en el Yajta. Ahora en el Soleil. ¡Y ahora también en el Mozaika! Además han abierto, por fin, el Buff en Sennaia. Después de todos los mítines aquello había sido un completo caos. He pasado a echar un vistazo, ¡y no lo reconocía! ¡El lujoso acabado del salón, los cómodos reservados, los adornos eléctricos! ¡Ahí voy a cantar! ¡Sí, voy a hacerlo! ¡También el escenario del Asmólovski será mío! ¡Y el de Mashonkin! ¡Y Najicheván! ¡Todos los escenarios serán míos! Ya lo veréis, ya.

Me he releído y me ha entrado la risa. Soy un Jlestakov cualquiera…

Pero lo deseo tanto…

10 de agosto de 1919. Sábado

He estado con mamá en una misa de difuntos por Sasha. Ha pasado un año desde que murió.

Últimamente veo a mamá tan perdida… ¡Qué pena me da!

Hemos llegado a casa y hemos celebrado una comida en recuerdo de nuestro Sáshenka. Mamá ha tomado un par de sorbos, yo también.

Hemos contado diferentes recuerdos. Como si todo eso fuera de una vida ajena, de otras. Recordamos cuando Sasha entró corriendo a la habitación gritando: «¿Cómo, es que no lo sabéis?». Todos nos asustamos muchísimo, mamá se llevó la mano al pecho. Y resulta que esa noche había parido la perra de los vecinos. Como si lo viera ahora: mamá va al aparador donde guarda el frasquito con las gotas de lauroceraso, Katia, Masha y yo soltamos carcajadas y corremos a ver a los cachorritos. Más tarde, ese mismo día, nos enteramos de que había empezado la guerra.

Ahora mamá tiene siempre en la mesita de noche a Avvákum. Repite una y otra vez: «Se aproxima el tiempo del sufrimiento. Es menester que sufráis de continuo». Hoy ha dicho que leyó esas palabras hace mucho, pero no las comprendió. «Y ahora todo es tan sencillo: el castigo se impone no por los pecados, sino por la felicidad. Todo tiene su precio: por la felicidad, dolor; por el amor, parto; por el nacimiento, la muerte.»

Recordamos todo el espanto del último febrero, lo que sufrimos entonces cuando Sasha estuvo escondido varios días en el cementerio Brátskoie junto con un grupo de estudiantes de la universidad y del gimnasio del regimiento estudiantil del general Borovski, que no se habían marchado con Kornílov. Los pobres

chicos se refugiaron en las criptas. ¡En noches heladoras! Una noche uno de ellos logró colarse en la ciudad y dar señales de vida a sus padres y así, en cadena, nos llegó a nosotras. Fui a verlo, le llevé ropa de abrigo, comida. Andar con un atado era peligroso, así que hice un paquete con toda la ropa blanca posible e intenté colarlo por un agujero de la tapia, para que no repararan en nada en la puerta principal. Allí, en las criptas apartadas, se escondían muchos oficiales. Sasha contó que uno se había vuelto loco y empezó a cantar, lo estrangularon para que sus gritos no los delataran. Papá consiguió documentos, con ayuda de la doctora Kopi, cuyo marido se había marchado con los voluntarios, y una noche Sasha y varios camaradas consiguieron marcharse. Después alguien los denunció, hicieron una redada en el cementerio y fusilaron a todos los que encontraron.

Había registros en nuestro círculo. Por miedo, por Sasha, quemamos entonces muchos papeles, y mi diario se perdió.

Mamá reunió todos nuestros objetos de oro y los enterró en una caja de hojalata, después no logramos encontrarla. Supongo que alguien nos vio y debió de desenterrarla. Y la bicicleta nuevecita de Sasha, nuestro padre —entonces todavía vivía aquí—, por precaución por si la requisaban, la desmontó y guardó cada parte en diferentes rincones del piso. Recuerdo lo orgulloso que estaba Sasha de su Dux. Antes de comprarla, papá y él discutieron bastante sobre cuál era mejor, nuestra Dux o las extranjeras Triumph o Gladiator.

Después mamá y yo recordamos ese registro, cuando irrumpieron unos borrachos, rabiosos: «¿Qué sabe de su hijo?». Y empezó la pesadilla, los tirones al empapelado y los boquetes en las tablas del suelo. Encima exigieron té y hubo que calentarles agua. Ya antes de esto Tolia Gorodísskaia me había hablado de los registros. Su hermano Petia se había ido en la Marcha del Hielo y

cayó en algún lugar en Kubán. Mientras Tosia nos contaba rechinando los dientes qué y cómo les habían quitado, lo que a mí me sorprendía era ese apego a las cosas. Su padre es un rico bolsista. ¡Y se puede vivir sin alfombras persas ni plata! Ya ves qué infelicidad: gente que vivía del sudor de su frente y no tenía nada se queda con una tierra, una casa o unos muebles que, en realidad, les han robado. Porque el padre de Tosia no se hizo con esos palacetes de piedra con un trabajo honrado. Ellos mismos tendrían que haber repartido o hacer algo para los demás, ¡porque es una vergüenza vivir en la abundancia en un país pobre y, encima, alardear de riquezas! Se tienen merecido el escarmiento. ¡El genial Blok lo explicó todo en su poema! Cuando vinieron a casa, comprendí que no se trataba en absoluto de las cosas ni de los objetos de valor. Mamá empezó a suplicar, a llorar, en cuanto se pusieron a guardarse todo lo que les entraba por los ojos, y yo lo comprendí: es una cuestión de dignidad humana. ¡Es mejor quedarse quieta y callar! A nosotras nos salvó papá. El registro acabó cuando se encerraron con él en el gabinete y él los examinó a todos. Cuando se iban, todavía se mostraron agradecidos: «¡Gracias, doctor!».

Las partes de la bicicleta todavía están por toda la casa, tal como se escondieron entonces. Y Sasha ya nunca las juntará.

11 de agosto de 1919. Domingo

He visto en la primera fila a Zabugski. El anciano ha perdido el juicio y está realmente deteriorado. Sucio, arrugado, me esperaba con un ramo de flores. ¡Pobre Yevgueni Alexándrovich! ¿Cómo olvidar el numerito aquel? En un examen suyo yo hacía agua, y Zabugski venga a pasar a mi lado. ¡No hay quien copie! A escondidas le hago señales implorantes a Lialia para que me pase la chuleta y, de repente, Zabugski deja en la mesa, sin que se note, una hoja

doblada cuidadosamente. La abro: ¡es su letra! ¡Todas las soluciones, todas las respuestas! Después del examen me pidió que me pasara por su gabinete y empezó a declararme su amor y… ¡me propuso matrimonio! Qué risa y qué pena…

¡Qué lastimero es! Y qué ciega estaba yo, ¡no vi nada! Cuando recorría la clase y se paraba en mi pupitre, me respiraba en la nuca, a mí siempre me parecía que apenas si se aguantaba para no agarrarme la trenza y darme un tirón. E imagino que quería tocarla, acariciarla.

¡Mis admiradores! ¡Vaya colección! ¡No sabes ya dónde esconderte!

Por ejemplo, ese chico sin nombre, ¡mi galán taciturno y encarnado! Lleva ya un mes al acecho y tiene miedo de acercarse. Me apetece engañarlo con un caramelo y, cuando se acerque, darle un buen azote para que estudie las lecciones y se deje de tonterías.

Y ese dentista y su obra de arte: abra la boca, ¡y ni un solo empaste!

¡Y Goriáev! Y mira que me gustaba, ¡y mucho! Hasta el mismo momento en que nos tropezamos cuando pasé deprisa a ver a mi padre. ¡Ahí está él esperando para pasar! Me vio y se quedó blanco. ¿Qué tendría ahí…? ¿Sífilis? ¿Gonorrea? Y ahí se quedó mi amor.

Sé qué sé gustar. Todo el rato siento sobre mí esas miradas hambrientas, ansiosas.

Pero ¿esto es lo que realmente quiero?

Por la noche lloro y muero, y por la mañana me levanto valiente y fuerte otra vez. Y después otra vez la noche y el miedo. No puedo quedarme sola. De repente me ahoga la melancolía, tal sed de amor, de cariño, de atención, que me parece que me iré tras el primero al que me encuentre y me hable con mimo.

A veces, muy pocas, sueño con Alióshenka. Y vuelvo a estar en

el gimnasio, y todo lo que tengo es ese amor. Son mis sueños más puros, los más tristes y los más luminosos. Después ando como una sonámbula, arrancada de la vida. Siento repulsión hacia todos los hombres, no importa quién esté cerca. Debe de ser alguna enfermedad. La enfermedad del amor interrumpido por la muerte. Supongo que voy a estar enferma de Aliosha toda la vida.

Y encima está Pável.

Qué bien que Aliosha no pueda ver esto.

¿Y si lo ve?

12 de agosto de 1919. Lunes

Pável regresa la semana que viene.

Cuando pienso en él, el corazón se me encoge con una extraña sensación de culpabilidad, de melancolía, de soledad y tedio, imposible de describir.

¿Cómo curarlo de este amor innecesario? ¡Qué absurdo! El amor innecesario no existe. Pero ¿qué le voy a hacer? Quiero que sea feliz y le hago sufrir.

¿Y por qué le hago sufrir? Porque yo estoy mal.

A veces me parece que Pável es mi amigo más cercano. Me apetece tantísimo estrecharme contra él, refugiarme en su pecho. Y a veces es al contrario, siento que nada es como debiera, que es una persona extraña para mí, incomprensible.

Mamá me dice: «¿Por qué haces sufrir a Pável? ¡Cásate con él!». Me hizo la propuesta a la antigua. Fue a ver a mi padre, habló con mi madre. Como si ellos, y no yo, decidieran mi futuro.

¡Casarse! Hay que casarse con alguien. ¿Hay que? ¿Por qué hay que?

Su enamoramiento me dejó atolondrada. Me quedé tonta del entusiasmo. El amor es contagioso.

Sé que voy a amar solo a uno, pero ese uno no será él.

¿Cuánto tiempo más puedo soportarlo? ¿Y qué va a ser de mí si nos separamos?

Qué desagradable es todo ahora, siento un vacío en mi interior ante estos pensamientos.

¿Y si no pasa? ¿Y si no amo en absoluto? ¿Por qué me agarro a él? ¡Y de qué modo! ¡Me aferro con uñas y dientes!

Seré fuerte. Seré fría. Y le hablaré así: Pável, te quiero mucho, pero el amor no lo es todo.

No, así no.

Hay que ser directa: no te gusta que quiera actuar, que quiera ser el centro de atención, que se entusiasmen conmigo, que me hagan cumplidos y que me nazcan admiradores, pero es algo inevitable cuando sales al escenario. Y es que para eso es el escenario, para entregar tu amor no solo a uno, sino a muchos y que todo el mundo se enamore de ti. ¡Y esto a ti te hace daño! Mejor dicho, halaga tu amor propio, pero socava todavía más tu sentimiento de propiedad. Sí, me agrada que tengan detalles conmigo, que me quieran, pero para eso se me ha dado la vida, ¡para que me quieran! Por el contrario, ¿qué mujer no se sentirá ofendida si alguien no le presta atención? El caso es que yo hice que te enamoraras de mí. ¿Y comprendes qué sucedió? Hice que te enamoraras por mi amor propio, ¡y ahora no sé qué hacer con tu amor!

No, no, no es eso. Le hablaré así: somos muy diferentes. Eres muy buena persona, Pável, bondadoso, varonil, fuerte. Pero tu alma es pesada. Es como si no supieras reírte. Y yo soy ligera. Quiero reírme y alegrarme con todo, ¡con todas las cosas bonitas del mundo! Por ejemplo, mi padre me regaló una blusa nueva de seda con auténtico encaje de Bruselas. ¡Qué agradable es llevarla sobre la

piel desnuda! Y tú, ¿tú sabes alegrarte con la vida? ¿Recuerdas lo que dijiste, Pasha? ¿Cómo se puede cantar y divertirse cuando el tiempo es el que es, cuando nos rodea el dolor y la infelicidad, el mal? Pues yo creo que, si la belleza y el amor no son para este tiempo, entonces hay que ser bella y amar para llevarle la contraria al tiempo.

Él preguntará: «¿De qué hablas?». No me entenderá, para variar.

¡Solo te ves a ti mismo! Por ejemplo, Pável, la fotografía. Si quieres estar a la vista, sobre los escenarios, es importante tener buenas fotografías. Esperaba que me tomaras fotos, que me hicieras un retrato bonito, ¡porque para mí es muy importante! Y a ti no se te ocurrió hasta que no te lo pedí. Te disculpaste, dijiste que eras un zoquete. Lo hiciste, pero con poco tino. Y nunca tienes tiempo para volver a hacerla. Pero no te lo voy a pedir más. Tienes cosas más importantes que yo. Y me quedé sin una buena fotografía.

No, no voy a decirle nada de las fotos. Tengo que hablar de forma sencilla y sin muchas explicaciones. Si, total, no va a entender nada: si me caso contigo, será un error, uno muy doloroso para los dos.

¿Podré decirle todo eso? No lo sé.

Tengo muy buena relación con él y me da pena. Me dan pena sus sentimientos por mí. Fuerte y varonil, se vuelve desvalido y lastimero en el amor. Y celoso. Susceptible. El amor y la pena son dos vértices diferentes. Lo que significa que no lo amo nada de nada.

¿Por qué no lo aclaro con él? Porque sé que le haré mucho daño. Dar amor es fácil, quitarlo es difícil.

Pável, se trata de que tú necesitas una esposa que cree un hogar, comodidad, calidez. Y para mí eso también es importante y yo también quiero dárselo a alguien. Pero, aparte de eso, en mi vida

hay algo más sin lo que el hogar, la comodidad y la calidez pierden todo el sentido. No puedo imaginarme mi vida sin los escenarios. He experimentado una sensación maravillosa que no puedo transmitir con palabras. Intenté explicarte esos sentimientos y tú, condescendiente, lo tildaste de éxtasis escénico. Simplemente no puedes entender que hay instantes en los que te sientes la soberana del mundo, y ya no soy yo quien canta, sino que alguien canta en mí. Necesito experimentarlo una y otra vez. ¡O no sobreviviré! Por eso debo estar dispuesta a muchos muchos sacrificios.

Qué disparate. ¡No puedo decirle nada! Le diré solo esto: Pável, tú puedes hacer feliz a una mujer. Pero no a una como yo.

13 de agosto de 1919. Martes

Pasha, mi niño, mi pequeño, perdona todas estas tonterías, ¡te quiero muchísimo! ¡Regresa cuanto antes!

14 de agosto de 1919. Miércoles

He visto a Zhuzhu. Tiene un romance con un inglés de la misión. «¡Es tan extraordinario!» Ya se ha olvidado de su Wolf. Este también era «¡tan extraordinario!». Es sorprendente que ya nadie se acuerde de los alemanes. Nada, llegaron y se olvidaron amistosamente. Como si nada hubiera pasado. ¡La servicial memoria borra todo lo vergonzoso! Venga a combatir y, en cuanto llegaron los cascos alemanes a Rostov, ya no eran enemigos, sino casi libertadores. ¡Y cómo se transformaron todos al momento! La víspera vestían a cuál más pobre, intentaban borrarse, ser imperceptibles y, al instante, estaban sacando lo mejor: las sedas, los objetos valiosos, ¡las mujeres se pusieron sombrero a la primera ocasión! Los hombres, corbatas, ropa blanca almidonada, sobrecalzas. Los escaparates de

las tiendas empezaron a resplandecer; detrás, mercancías de verdad, productos de las colonias, telas, calzado, relojes. ¡Después de tantas requisiciones! ¿Y de dónde salía todo eso? Hacía un momento todos andábamos a la caza de comida y, de repente, la comida andaba a la caza de los monederos. Los alemanes prohibieron comerciar y comer pipas, y desaparecieron las pipas, aunque hasta entonces era lo único que se vendía. Daba vergüenza ver cómo todos contentaban a los alemanes. Enseguida tranquilidad y orden; los porteros aparecieron de pronto a saber de dónde y se pusieron a barrer aplicados las calles y las aceras, sin barrer desde Dios sabría cuándo. Los saqueos, los asesinatos, los registros y las requisiciones cesaron repentinamente. ¡Es muy escandaloso y degradante que solo los alemanes puedan proporcionar orden y liberación a los rusos!

Todavía hoy no logro comprender cómo hemos acabado así: combatíamos a los alemanes por el orden y el abastecimiento en nuestro propio país, y lo hemos conseguido solo cuando los alemanes nos han vencido. ¡Y vaya lo que ha pasado con los ferrocarriles! En un momento, los vagones y las estancias de las estaciones se dividieron por clases, los trenes salían según su horario, teníamos el mismo orden que antes de la revolución. En los cruces aparecieron de pronto postes con la referencia exacta de la dirección y las distancias: el camino a la estación, a la ciudad, a la comandancia, solo en minutos, «10 minutos a pie». Enseguida empezó a funcionar el teléfono urbano, dieron electricidad, no teníamos que pasar las tardes con velas y en cuartos en penumbra. Me asombra con qué alegría estaban todos dispuestos a aceptar el orden —alemán, con la bandera alemana ondeando sobre la ciudad — y no son capaces de hacer nada ellos solos. Y cuánto se alegraron de que en los conciertos se empezara a interpretar la música

alemana, que llevaba tanto tiempo sin ser tocada: ¡Wagner! Lo de Wagner está claro, pero ¿cómo explicar todo lo demás?

Oficiales alemanes empezaron a ir a que papá los tratara. Recuerdo con qué amargura dijo entonces que Rusia no era grande en absoluto, sino simplemente un país esclavo de grandes dimensiones y que debía ser una colonia alemana y que, si los alemanes se marchaban, aquí nos mataríamos unos a otros, nos lanzaríamos al cuello del otro.

Pues ya no están los alemanes.

15 de agosto de 1919. Jueves. La Asunción

Alrededor todos se han vuelto fieras.

Hoy he visto cómo colgaban a un hombre, decían que era un tal Afanásiev, un agitador rojo. En la plaza de la Estación. Fui a por parafina y allí se había congregado una multitud. Estaban en silencio, muy pegados unos a otros. Las mujeres sollozaban. Lo conducían a culatazos en la espalda. Unos veinticinco años. Lo acercaron a un árbol. Ni siquiera habían montado un patíbulo. ¿Para qué, si hay árboles? Un soldado le pasó el lazo por la cabeza y, tras hacer cálculos, lanzó la cuerda a una rama gruesa. No lo consiguió a la primera. La lanzó varias veces. El muchacho estaba allí quieto, mirando hacia delante con los ojos bien abiertos. Quería gritar algo más, pero no tuvo tiempo.

A duras penas llegué viva a casa. Abrí el libro de Nikítina. «Las nubes se arremolinan, los chorros fluyen, el tintineo del cristal. Densas son las gotas, así, o no así, la vida pasa.» ¡Dios mío, qué tontería! *Rocíos del amanecer.* «A la encantadora Isabel.» Lo tiré a un rincón.

¿Por qué Isabel? ¿Qué Isabel soy para ella? Todos gesticulan a propósito y quieren parecer que son alguien. Qué mezquindad. Y yo

soy igual. No iré más a su casa.

Pienso continuamente en Pável. ¿Cómo estará? ¿Dónde? Tengo tanto miedo por él. No puedo más.

16 de agosto de 1919. Viernes

Se ha pasado Musia. Otra vez ríos de lágrimas. «¿Qué ocurre? ¿Es que se ha matado?» «No.» «Entonces, ¿a qué tanto lloro?» «¡Ya no me quiere!» «¡Genial!» «¡Pero ahora yo sí lo quiero!»

17 de agosto de 1919. Sábado

Pável ha regresado. Entero e ileso, gracias a Dios. Acaba de pasarse a toda prisa, ha dicho que hoy o mañana los voluntarios de Brédov tomarán Kiev. Y ha salido pitando a su laboratorio. Demacrado, sin afeitar, con el abrigo sucio con manchas doradas de estiércol.

Termino de escribir por la tarde. He ido a verlo. Tiene muy mal aspecto. Ha vuelto a ver demasiadas cosas. Contaba que, con los artilleros, ha cruzado un campo donde había habido un combate y que había muchos cuerpos tirados. Costaba que los cañones lo atravesaran sin aplastar a una persona: los rojos corrían, se rendían, pero los cosacos habían organizado una escabechina. Los conductores intentaban atropellar una cabeza con una rueda, esta reventó bajo la rueda como una sandía. Pável empezó a insultarlos y ellos juraban que había sido un accidente y se morían de la risa. Se bajó y siguió andando, para no oír el crujido de las cabezas bajo las ruedas y las carcajadas. «Algunos muertos se contraían convulsivamente. Quizá todavía estuvieran vivos. ¿Y sabes qué he comprendido? ¡Que los odio a todos!»

Estábamos en la penumbra roja. Él diluía sus soluciones y yo le acariciaba la espalda, la cabeza. Me dio la sensación de que tenía

fiebre. Me asusté, ¿y si era tifus? Él me tranquilizaba, que era un resfriado sin más. Pero siento un peso en el alma.

Otra vez que no he dicho nada.

18 de agosto de 1919. Domingo

Todo el día en el Soleil. Acabo de arrastrarme a casa, sin pies, muerta de cansancio. Quiero escribir solo unas pocas palabras.

Había terminado de interpretar el cuarto divertimento con Torshin, salí a descansar a la calle y, de repente, aparece ¿quién? ¡Mi Nina Nikoláievna! Rabiosa, hecha una furia. No la había visto en la sala. Dice en tono de descontento: «¿Qué habéis interpretado?». «¿Cómo que qué? *El hambriento don Juan.* Un estudiante se declara a su amor, pero está pensando en comer.» Y Nina Nikoláievna explotó: «¡No, no habéis interpretado eso! Yo solo he visto el calor que teníais y vuestras ganas de soltar cuanto antes el papel y marcharos!». Yo imploré: «Nina Nikoláievna, es que era nuestra cuarta sesión hoy…». Ella me espetó: «¿Y eso qué le importa al espectador? ¡Seguro que al maestro en la peluquería no se le pregunta a cuántos ha atendido ese día o si está cansado!». Repasó con nosotros toda la escena y solo entonces dejó que fuéramos a actuar una quinta vez.

Otra postal sin enviar.

Es una postal en la que se abren paso entre la lluvia, como si fuera una ventana, unas barcazas de pescadores.

La casa estaba en la misma orilla del pequeño puerto de Massa Lubrense. Con buen tiempo, a la izquierda se ve Capri y, a la derecha, el Vesubio.

Ese día por la mañana no hubo ni Capri ni Vesubio, y no quedó

otra que pasear bajo el paraguas o leer. Isolda se fue a pasear con el niño, y el truchimán sacó como pudo del maletero dos paquetes de libros en unas bolsas de papel de Migros que, antes de la partida, había tomado prestados de la biblioteca del seminario de Eslavas.

Por la ventana de la cocina se veía qué pequeños eran la mujer y el niño en el paseo de la orilla y qué zarpas tenía el oleaje.

El truchimán secó las gotitas de la cubierta del libro de arriba, que resultó ser la vida de unos santos rusos, y se puso a pasar las hojas. Dio con la biografía de Antonio de Roma y se zambulló en la historia del italiano que se convirtió en hacedor de milagros en Nóvgorod.

«El venerable Antonio nació en Roma en el año 1067, sus padres eran ricos y lo educaron en la piedad. Pronto se vio privado de su padre y de su madre y, habiendo repartido su herencia entre los pobres, empezó a vagar en busca de la vida justa y pía, pero en todas partes encontraba solo mentira, lujuria e injusticia. Buscaba el amor, pero no lograba encontrarlo.»

La mujer y el niño se habían vuelto más pequeños, del tamaño de una gota en el cristal.

«Una vez estaba echado en la tierra, entre flores, y miraba una cruz blanca entre unas petunias rojas y que invitaba a una columna de hormigas a asaltar su Jerusalén de hormigas. Al oír un reloj marcar la hora, Antonio se sobresaltó: había pasado media vida. Así Dios puede reducirse en cualquier objeto o criatura, también en el sonido de una campana, igual que la leche en requesón.

»Y así, habiendo caído en la desesperación y con el corazón desolado —continuaba el autor de *Vidas*—, Antonio salió de la ciudad. Anduvo sin mirar atrás, día y noche, hasta que llegó a la orilla del mar. Ya no había hacia dónde avanzar, y se encaramó a una roca que sobresalía por encima del agua. Se quedó todo el día en

esa roca, dándole la espalda a la ciudad abandonada y mirando al mar. Después se hizo la noche y él seguía sin bajar de la roca y sin girarse. Y así siguió un día más y una noche. Y una semana. Y dos semanas. Un mes. Y entonces la roca se apartó de la orilla y se echó a navegar.»

Después la leyenda en forma de corriente arrastró la roca con Antonio alrededor de Europa y arribó directamente a orillas del Vóljov. En consecuencia, después la vida adquirió un carácter banal con milagros de sanaciones y reliquias incorruptas, que desaparecieron junto con un relicario de plata en 1933. Solo quedó la rama de carex que Antonio sujetaba en la mano cuando llegó de Roma.

Después regresó Isolda y dijo que al día siguiente ella y el niño se marcharían, porque no podían seguir viviendo así.

Isolda y el truchimán habían decidido venir de vacaciones precisamente a ese lugar para intentar salvar su familia.

Aunque esa familia ya no existía, la verdad. Se limitaban a vivir en el mismo piso, ensañándose. Todas las noches Isolda acostaba al niño entre los dos. Eso hacía tiempo atrás la madre del truchimán, llevándoselo al diván en el sótano de Starokoniúshenny para que el niño, que debía haber unido, sirviera de cerca, de muro, de frontera.

Habían decidido venir a Massa Lubrense porque aquí habían pasado las vacaciones unos años antes de esa lluvia.

Entonces todo había sido diferente. A la izquierda se veía Capri todos los días, a la derecha, el Vesubio. Por la ventana del dormitorio se colaban las barcazas de los pescadores. Todas las noches los pescadores locales salían al mar y por la mañana les traían pescado fresco y «frutas del mar», *frutti di mare,* que asustaban a su hijo porque estaban vivos y se movían.

El mar apenas se mecía, colgado sobre el horizonte como una

cuerda de tender.

A veces llovía, pero era una lluvia breve, cálida, después todo brillaba y humeaba. Una vez el hijo hurgó en un parterre mojado después de un aguacero y dijo que las lombrices eran los intestinos de la tierra.

Se bañaban todos los días. A veces a la orilla llegaba sedimentos y suciedad, a su alrededor flotaban algas y cortezas alargadas, pero si te alejabas empezaba algo bien distinto: allí vivía la transparencia en el agua y en el cielo, y se veía en la orilla el viento que entremezclaba las viñas y la bellota dorada de la iglesia brillando al sol.

El truchimán e Isolda cenaban en un restaurante en la orilla, donde todas las noches el niño sorbía largos espaguetis. Acababa tan cansado del día que se dormía en la trona encajada en la mesa del restaurante, y ellos se quedaban allí un buen rato y bebían vino Lacryma Christi de las laderas del Vesubio, mientras escuchaban los resoplidos del niño durmiendo y el chapoteo de las olas.

Tenían su propio árbol, un plátano, y antes de irse a dormir pasaban los dedos por su corteza lisa, el aire en la oscuridad había refrescado, pero esta seguía caliente.

Por la noche, en dirección a Nápoles, se veían unas luces tras el mar, parecía que tras el agua negra hubiera un enorme nido de luciérnagas tremolantes.

Las estrellas eran enormes, angulosas, irregulares, de molienda gruesa.

Seguramente el truchimán e Isolda no tenían que haber venido otra vez a Massa Lubrense.

Habían decidido, según lo había expresado Isolda, dar una última oportunidad a su familia. Que había sido en vano quedó claro desde el principio: volvieron a discutir —por culpa de una ventana

abierta— ya en el atasco antes de San Gotardo, y después fueron todo el camino sin hablarse.

Esa noche se quedaron hablando hasta las tres: una y otra vez lo mismo, palabras sin sentido que nadie necesitaba, después el truchimán intentó dormir en un diván incómodo del comedor, tapándose la cabeza con la almohada para no escuchar los sollozos de Isolda.

Por la mañana ya no tenían fuerzas para hablar de nada más. El niño sentía que su mundo se desmoronaba y se quedaba en un rincón en silencio, escondido, dibujando. Se le había derramado el agua de la lata y con un dedo extendía trazos borrosos por el papel mojado, abarquillado.

Después del desayuno, Isolda se fue con él a dar una vuelta y el truchimán leyó sobre las sanaciones milagrosas y los restos incorruptos.

Y entonces regresaron del paseo en la orilla. El hijo encendió la tele y se puso a ver dibujos, Isolda dijo que al día siguiente se marcharía con el pequeño, porque no podían seguir viviendo así, y le pedía al truchimán que se fuera inmediatamente a cualquier sitio, porque no podía estar con él en la misma casa, encontrarse bajo el mismo techo.

El truchimán respondió que de acuerdo, que, en efecto, así no se podía vivir, y que se marcharían todos al día siguiente y que él tampoco podía estar bajo el mismo techo que ella. Entonces el hijo, que estaba hecho un ovillo en el sillón delante de la tele, empezó a gemir bajito. El truchimán quiso decirle también a Isolda que habían acordado no volver a decir nada delante del pequeño, pero se contuvo, porque no tenía sentido. Y para no decir nada más salió rápidamente a la calle, intentando con todas sus fuerzas cerrar despacio y suavemente la puerta tras de sí.

El truchimán no sabía dónde ir, la lluvia tan pronto caía a mares como se detenía. Desde las ventanas de las casas lo miraban, y tenía ganas de estar en algún lugar donde no hubiera ni pudiera haber nadie.

En el mar se veían olas espumajosas, y el cielo bajo estaba cubierto de trazos borrosos, como si alguien hubiera esparcido los nubarrones con un dedo.

El truchimán llegó hasta el aparcamiento, se metió en el coche y se fue en dirección a Sorrento. Allí, a medio camino, había un lugar donde las rocas se adentraban en el mar y se podía pasear por ellas. Con ese tiempo seguro que no habría nadie.

Había que cruzar el pueblo. A veces las puertas de las casas daban directamente a la calle y el truchimán frenaba y observaba cómo vivían los italianos: sin entrada ni nada, enseguida tras la puerta abierta empieza la familia. Ahí está sentada y mirando el coche que pasa una anciana de negro, con manos terribles, estropeadas por el trabajo; por detrás se ven los destellos de una tele. Por las ventanas abiertas se oyen voces de niños. Un hombre pequeñajo de pelo negro en camiseta de tirantes blanca y pantalones de deporte cruza la calle, va en chanclas, lleva una cacerola de la que sale vapor bajo la lluvia.

En cada casa, una familia, si no varias. ¿Y cómo pueden vivir juntas?

¡No pueden! Más tarde o más temprano, tras cada ventana alguien ha dicho o dirá a otro: no podemos seguir viviendo así, tenemos que separarnos, porque no puedo continuar bajo el mismo techo que tú. Y el otro habrá respondido o responderá: de acuerdo, así no se puede vivir, en efecto. Y allí al lado su hijo se hará un ovillo en el sillón, querrá volverse muy pequeño, ciego y sordo para no ver ni escuchar nada, como una almohada.

Mientras el truchimán bajaba al mar por el sendero húmedo y resbaladizo, abierto en la roca en algunos trechos, vio de repente que había alguien donde rompían las olas. Una mujer bajita y gruesa, con un impermeable con capucha de plástico rosa. Se giró a mirarlo con cara de descontento, se ve que quería estar allí sola y él la molestaba.

Su cara le resultó conocida.

—*Buona sera!* —dijo el truchimán.

Sin responder, ella le dio la espalda.

El truchimán daba vueltas por las rocas, pero la mujer no se iba, su ridícula figura rosa sobresalía en medio del mar, saltaba a la vista inoportunamente.

Al menos podía haber respondido con un gesto de cabeza.

Había venido a tranquilizarse, pero nada, aquí también había alguien que no le dejaba.

Entonces el truchimán decidió que no era él quien la molestaba a ella, sino ella a él, y se dijo que, por principios, se iba a quedar allí mientras no se marchara la del impermeable rosa.

Se quedó pegado a una roca para que no le diera tanto el aire, y pensaba a quién le recordaba esa mujer. Ya le había pasado que en diferentes países se encontraba a dobles de sus conocidos moscovitas. Una persona igual vive en un mundo paralelo. El propio truchimán ahora vaga por algún lugar, por las calles de diferentes ciudades.

Se protegió las orejas del viento y las olas. Empezó a oscurecer.

El truchimán se acordó de repente de a quién le recordaba la mujer de la gabardina rosa. Habían pasado muchos años. Por eso no la había reconocido.

Se parecía a la chica que siempre dormía en una postura de estar nadando a crol. Además, esa chica se avergonzaba de su

pecho. Tenía un remiendo de piel de rana. Como si la piel humana no le alcanzara y le hubieran plantado lo que tenían a mano. Una zarevna rana.

Esa chica se cortó una vez las venas, se encerró en el baño y se tragó pastillas, cuando los dos tenían diecinueve años. Él llamó a emergencias y le preguntaron: «¿Qué, otra bella durmiente?». Él no lo comprendió, porque no sabía que así llamaban en emergencias a las jóvenes que se tragaban somníferos. El médico que le vendó los brazos dijo con una sonrisa irónica: «En un futuro, si de verdad quiere matarse, debe cortárselas no a través, sino a lo largo». Tocó lavar el suelo del baño y del pasillo, todo estaba lleno de manchas de sangre y, además, los sanitarios habían traído una buena cantidad de barro, era justo el deshielo de primavera. Después, muchos años después, la Zarevna Rana se cortó las venas como es debido, a lo largo.

El viento era cada vez más fuerte. Empezó a llover de nuevo. El truchimán ya sí que estaba completamente calado, tiritaba. Oscurecía apresuradamente, a ojos vista, como solo puede oscurecer en el sur. El absurdo impermeable rosa relucía sobre el fondo del mar en la misma roca donde se estrellaban las olas.

Y entonces el truchimán quiso volver cuanto antes a casa para hablar de todo eso. De la Zarevna Rana y de que había estado ahí viendo la tormenta incipiente. Y también para jugar a algo con su hijo. Se habían traído una caja entera con juegos de mesa. ¡Tenía tantas ganas de calidez, comodidad y hogar!

Tenía ganas de regresar, abrazar, olvidar todo lo malo que había pasado. Acostarse con la noche, abrazarse con fuerza el uno al otro y escuchar la tormenta.

Y, por la mañana, volvería a brillar el sol, como entonces, y el mar se mecería sobre el horizonte tirante.

El truchimán empezó a trepar por la escalerilla mojada y resbaladiza abierta en la roca. Mientras subía, anocheció del todo, pero el titilante impermeable seguía esperando algo.

El sendero giraba y el truchimán se volvió una última vez para ver el mar. La roca con la mancha rosa se había desprendido de la orilla y había echado a navegar.

17 de septiembre de 1924

Llevaba cien años sin escribir un diario, pero he visto esta libreta, no es muy bonita, pero me da igual. ¡Tengo tantas ganas de contártelo todo, Seriozha! Te dan miedo mis cartas. Más bien dices que te da miedo que se pierdan. Está bien. En lugar de cartas recibirás esta libreta cuando nos encontremos.

Y esto es lo que me ha pasado. Después del concierto me bebí un vaso de agua helada. Sabía que no se debe, pero ya lo había hecho antes cien veces, ¡y no había pasado nada! Toda la noche con escalofríos. Por la mañana empezó a picarme la garganta. Era terrible sentir cómo me iba poniendo enferma. Un resfriado. Me envolví en un chal, me tomé una aspirina, bebí tila con limón. Me sentí un poco mejor. Me unté en el pecho grasa y vodka. Y estuve echada hasta la tarde. Se pasó Vania Delazari para ir al Yar. El día era soleado, Vania quería ir andando hasta la Sedmaia Linia. Por la avenida Sredni son dos pasos. Pero tenía las piernas muy débiles. Solo entonces se dio cuenta de que yo no estaba muy allá. Se asustó: «¿Quizá sea mejor que no cantes hoy? Te encontraremos una sustituta». ¡Me enfurecí! ¡Ya estaban dispuestos a sustituirme! ¡Qué rápido se le ocurrió! ¿Sustituirme? ¿A mí? Estaría bien saber por quién. Me dije que iba a cantar en cualquier estado, con anginas, con la garganta inflamada, con temperatura alta. Siempre es posible trasladar el acento sin que el público lo note, compensar

una voz poco sonora con plasticidad, con temperamento. Si no se puede cantar, sí se puede actuar. Llamamos a un cochero y nos fuimos. En el guardarropa, como siempre, me eché una gota de atropina en cada ojo. ¡Qué ojazos! Ya durante la segunda romanza sentí que me subía la fiebre, tenía ruido en la cabeza, me dolían las sienes, y algo no iba bien en la garganta. Terminé de cantar a ciegas, sin ver ni oír nada. Y las lágrimas me caían por las mejillas, lo que causó una gran impresión entre el público. Las lágrimas eran de verdad, pero para ellos: ¡una interpretación divina! Hacía mucho que no me aplaudían así.

En casa llamaron al médico. Estuvo un buen rato examinándome la garganta, los oídos, la nariz, me hizo un frotis de la garganta. Yo solo podía roncar: «¿Y bien?». Él: «¿Quiere que sea sincero?». Se me hizo de noche… «En mi opinión, es malo, inflamación de las cuerdas vocales». Le susurro: «¿Y qué puedo hacer? Tengo que cantar, ¡tengo conciertos!». «No debe cantar, sino curarse. Ni siquiera debe hablar, a no ser que quiera perder la voz definitivamente.»

Eso fue ayer. ¡Qué día tan terrible! Y la noche. Me quedé llorando. Al final ya ni lágrimas tenía. Yacía en la cama alelada. Desolada, inexpresiva, rota. Señor, ¿por qué me castigas así? ¿Qué he hecho? ¿Por qué? ¿A causa de qué?

Hoy han venido todos enseguida, Epstein, Vania, Klava se pasó después, también Maia. Maia va a cantar en mi lugar. Se ha lamentado y me ha compadecido más que nadie, pero la compasión no le ha quedado muy bien. Una compasión alegre. Ha escondido con poco arte su felicidad. Iósif ha dicho que seguro que me ayuda Poliakov, el principal laringólogo de Píter. Salvó a Sóbinov. Trata a todos los grandes. Epstein es un encanto. Ya me ha pedido la cita. Tienes que pedirla un mes antes, los vocalistas se matan por ir,

¡cúrame la voz! Pues Iósif ha hecho que me reciban el viernes. ¡Pasado mañana!

En fin, se fueron todos y estoy sola. No, sola no, ¡contigo, Seriozha! ¡Cuánto me faltan tus palabras, tu voz! Me apetece tanto que me susurres que todo va a ir bien. Porque todo va a ir bien, ¿verdad? Podré cantar de nuevo, ¿no?

Voy a hacerlo. Debo hacerlo.

Escribo por la noche. Estoy cada vez peor. Me duele al tragar, cada bocanada de aire me araña las paredes de la garganta hasta hacerme llorar.

He empezado a toser.

¡Seriozha, llevo tan mal que estés tan lejos! Quiero abrazarte, pero me toca estar acostada abrazándome las rodillas. Yo puedo con todo, soy fuerte, pero no puedo hacer lo más importante, Seriozha, no puedo abrazarme sola, no puedo acariciarme sola. ¡Qué ganas de que estés cerca, estrecharme contra ti, esconder la cabeza debajo de tu brazo! ¡Echo tanto de menos tu olor, tu piel, tu pelo!

Y por mí solo se interesan estos dichosos mosquitos.

Estoy tan feliz de tenerte y tan infeliz de que, en realidad, no te tengo.

El año 24, según aseguran los ocultistas, es el año de Venus, y yo lo percibo en mí. Es nuestro año. ¡Todo nos va a ir bien! ¡Todo tiene que ir bien!

¡Nada bueno va a pasar!

Me levanté esta mañana enfadada conmigo por haber llorado ayer a moco tendido. ¡Blanda! Ya ves tú, la garganta… ¡Garganta

tienen todos! Nada de perder el tiempo en vano. Me senté al piano. ¡Hay que trabajar! Me puse a leer las notas que me ha enviado Fomin. ¡Boria es un genio! Será terrible si al final su gitana lo tima. He trabajado «en seco», sin sonido. No puedo abrir ni cerrar la boca. Y todo el tiempo la rabia contra mi propia garganta: ¡no, esto no me puede estar pasando a mí! ¡A mí no!

Y otra vez el miedo: ¿de verdad no voy a volver a cantar en un escenario? Recordaba a la infeliz Nina Litóvtseva. Ella también se resfrió, el constipado se le convirtió en una inflamación del oído medio, hubo que drenarle el absceso y entonces contrajo una infección en la sangre. Es lo que contaba Paul, y conoce mucho a Kachálov.

¡Qué fácil es! Un resfriado… ¡y tu vida se va al traste!

Otra vez medio día entre lloros. Sentía tanta lástima por mí que las lágrimas brotaban solas.

Y siempre esa pregunta: Señor, ¿por qué yo? Si es un castigo, ¿por qué? ¿Acaso por ti, Seriozha, por nuestro amor?

¡Hasta el viernes queda todavía una eternidad!

Se ha pasado Klava, ha empezado a quejarse de Ivanovski, con quien ha estado rodando en unas pruebas en los estudios de la Dirección Noroccidental. En su escena tenía que echarse a llorar. Ella intentó acordarse de algo triste. Las lágrimas le caían, pero Ivanovski vociferaba: «¡No son esas! ¡No son esas!». Y empezó a gritarle groserías, que no sabía hacer nada de nada, que no era una artista, ¡sino basura! Y entonces ella se echó a llorar por la ofensa y enseguida se pusieron a rodar. ¡Lo había hecho todo adrede! La había ofendido a propósito para que sus lágrimas fueran naturales.

Yo la consuelo: «Klávochka, cielo, si ya sabes que todos los directores son unos canallas y unos cerdos. ¡Es lo que tiene su trabajo!». Y entonces ella se molestó: «¡No entiendes nada! ¡Es un genio!». ¡Entendido! Su papel: muchas lágrimas y, al final, se tira al agua y la traen mojada en una arpillera.

También contó una cosa extraña de que las serpientes sienten el sexo del compañero en el escenario, por eso los pitones machos se «emparejan» con las artistas y las hembras, con los artistas. En efecto, la del Hermitage había actuado con un macho.

El tiempo se está estropeando. A Klava alguien le ha dicho que va a haber inundaciones.

Después de comer me he acostado un poco, por la noche de insomnio. Me quedé traspuesta y he dado un salto, empapada en sudor. He soñado que salía al escenario y que tenía el cuello hinchado, una auténtica papada. Canto y, en lugar de voz, un sonido afónico. Lo decidí: si no puedo cantar más, me mataré. Lo decidí y me tranquilicé. Empecé a pensar en cómo suicidarme. Tirarme desde un puente me daba miedo. Una vez vi a un ahogado. ¡No! No quiero morir así. ¿Colgarme? Una vez alguien dijo, y sus palabras se me quedaron grabadas: si quieres colgarte, pasa antes por el retrete. A los ahorcados se les vacía la vejiga y el intestino. Desde entonces está descartado el colgarse. Queda tragarse unos polvos. Morir como las costureras, con *veronal.*

¡Señor, lo que he escrito!

Ahora me arreglaré. Me pintaré y peinaré. Me vestiré con lo mejor que tenga. No para alguien, ¡sino para mí! Me sentaré al piano y empezaré a cantar.

Creo que voy a volverme loca.

He roto las notas. Las he desparramado por el cuarto. ¡No va a haber ningún canto! ¡Ninguna música! ¡No va a haber nada!

He lavado de nuevo la vajilla. Me siento, contemplo las manos enrojecidas y oigo el agua cayendo en el retrete. En este piso el retrete trabaja sin descanso.

Me he tranquilizado un poco. Me he puesto a pegar las notas.

Me ha afectado que Klava dijera hace unas semanas que me he vuelto cruel. Le pregunté: «¿Con quién?». Ella respondió: «Contigo».

En una novela francesa, un médico le receta a la protagonista que trague trocitos de hielo como remedio para las anginas. No consigo recordar en cuál.

Estaría bien salir ahora a dar una vuelta, pero es de noche, da miedo. En los periódicos solo hablan de saqueos y asesinatos.

De repente pensé: ¿qué hago yo en realidad en los escenarios? Amo. Amo a quienes han venido, consigo su amor. Tengo amor por toda la sala, con centenares de hombres y mujeres. Sé hacerlos felices por una tarde. Y después regreso a casa sola y me tumbo en esta cama helada.

Qué repugnante es esta soledad nocturna atravesada de congoja y miedo.

Me he tomado un *pantopon.* Y eso que sé que me da dolor de cabeza.

¡Fonastenia!

¡Por fin me ha visto Poliakov! Nada bueno.

Trastorno funcional de la voz. Se forma en un contexto de alteración del sistema nervioso. En los casos graves aparece la afonía. Lo que significa que puedo quedarme completamente muda.

El viejo al principio me asustó, después me untó calomelano en la garganta y me tranquilizó, que todo iba a ir bien: «¡Le haré una gargantita de ruiseñor!». No me cabe duda de que eso se lo dice a todos. ¡Pero tengo tantas ganas de creérmelo!

Reposo total, completo silencio durante varios días, preparados de bromo, vitaminas.

¿Quizá el famoso Poliakov tampoco tenga ni idea? Puede que sea uno de esos médicos que aseguran al enfermo que se le pasará en una semana con ayuda del medicamento y, sin él, en siete días.

Sea como sea, tengo estrictamente prohibido hablar. Ahora toca explicarse con papelitos.

Soy muda.

Además, Poliakov dijo que el vaso de agua fría no ha tenido nada que ver. Todo viene de los sufrimientos. Ya lo ves, Seriozha, todo es porque tú estás lejos.

El tiempo es horrible. Viento. Lluvia.

Bueno, pues he vuelto a verter mi ración de lágrimas. Menos mal que no puedes verme ahora.

¿Qué día es hoy? He perdido por completo la noción del tiempo.

Congoja, frío. Qué tontería escribir esto. Encima me he roto las medias con algo.

Mi estado es de extrema tensión. Todo en mí está tirante. Basta

cualquier empujoncito, susto, para que pierda definitivamente la cabeza. No puedo hacer nada de nada. Me relajo con bromo y con codeína.

Es tarde, Vania se ha ido ahora. Hemos discutido, es la primera vez. Nunca había pasado algo así. Ha venido a visitarme, a darme su apoyo, ha sacado una botella. No he comprendido a la primera que ya estaba borracho. Mi acompañante se ha puesto de pronto a decir cosas muy desagradables, pero quizá tenga razón. Sin comerlo ni beberlo ha declarado que yo, cuando canto en el escenario, soy una diosa, pero que cuando hablo a la mesa, soy corriente y digo disparates. He terminado echándolo. Es dañino cuando bebe. Pero seguramente algo de eso hay. Todo a mi alrededor es insoportable, yo también soy insoportable.

¿Quién dijo que los artistas y el público no debían verse fuera del teatro? ¡Qué sabiduría! Después de que caiga el telón, simplemente hay que desaparecer, evaporarse, como por arte de magia.

Aun así, es raro, tengo éxito, flores, admiradores y todo eso, pero todavía me parece que es un error, que me toman por otra persona.

Claro que soy de lo más corriente, y me hace falta lo que le hace falta a una mujer terrenal, y me hace falta ahora: botas, un abrigo, un par de vestidos de invierno, un gorro, perfumes, un piso propio. Pero todo esto son tonterías. ¡A la terrenal de verdad le haces falta tú! ¡Ahora, inmediatamente y todos los días! Eres mi salvación. No puedo vivir sin ti. Aquí muero. ¿Por qué no estás ahora conmigo, sino con ella? Porque ella va a acabar contigo. ¡Prometiste que la dejarías y que vendrías conmigo! ¡Decías que nuestro amor era lo

más importante del mundo! ¿Por qué me haces sufrir? ¿Dónde estás?

Mis manos pasan las cuentas del collar de ágata, de mi piedra de juventud que me trae suerte. Me trajeron a ti. Aunque ¿de veras te tengo?

Gritos tras la puerta. En el desván han robado la ropa blanca de los vecinos.

Ya hace una semana que no hay noticias de ti, y quiero recibir cartas tuyas todos los días. Porque vivo de carta en carta. Escribe, ¡con tu carta tengo dulces sueños!

Todavía no te he contado que ya he visto el *Hamlet* de Chéjov. Aquí solo se habla de esa puesta en escena.

¡Escribe lo que sea! No me hacen falta informes detallados. Solo unas pocas líneas. Solo tu letra, tu mano.

Sentada, miro por la ventana lluviosa y recuerdo cómo paseamos entonces, en abril, con desasosiego, por Moscú. Queríamos quedarnos a solas, los dos solos, pero no teníamos dónde meternos. Y fue estupendo escondernos de todos en el museo. ¿Recuerdas la galería Morozóvskaia? ¿A los impresionistas? ¿*La primavera,* de Degas? En la de Schúkinskaia me dejó sorprendida la Venus cúbica de Picasso. Descomunal, pesada, toda llena de esquinas. Me explicaste algo del cubismo. Y después me llegó que no tenía nada que ver con el cubismo. Simplemente era una mujer cuyo amor se había marchado. ¡Qué terrible es convertirse en ella!

Tras la ventana, niebla. Otoñal, petersburguesa. En el aire,

humedad, esa humedad especial, sin lluvia, que solo puede sentirse aquí. Aunque es mejor que el polvo en verano. Todo el verano hubo un calor sofocante y una columna de polvo, en todas partes reparaban el pavimento, blanqueaban los muros de las casas, no había por dónde recorrer las calles, todo estaba excavado, herramientas tiradas, cubos, palas, apestaba a pintura, a sudor de caballo.

Con todo, menos mal que esos años terribles han quedado atrás. Y qué alegría que todo lo espantoso, lo miserable, se haya quedado en el pasado: están limpiando la ciudad, por primera vez desde la guerra están pintando las casas, arreglan las calzadas, por todas partes se restaura la calefacción central, la gente vuelve a vestir bien, con dinero se puede comprar de todo, ¡en verano se van otra vez a la dacha!

Todavía hay confusión con el dinero. En el mercado de abastos me compré unos zapatos, fui a la caja, y la señorita me pregunta cuánto quiero pagar: en la etiqueta la vendedora había añadido una letra indescifrable, ¿serían millones?, ¿miles?

¡Todo cambia tan deprisa! Y mucho más deprisa desaparecen las bromas. ¿Recuerdas esa broma trivial sobre un fontanero que arreglaba tuberías? «Entró en nuestra casa más pobre que las ratas y, media hora después, salió con miles de millones.» Nadie comprenderá de qué nos reíamos.

Y todo se olvida igual de rápido. ¿Sabes qué recibí de mi hermana Katia por mi onomástica en el 21? ¡Un portier para un abrigo de invierno! ¡Qué feliz fui!

Ahora tengo dinero. A veces mucho. Pero ¿de qué sirve tener dinero en un país pobre? Todo está mezclado: riqueza y hambre. En el Yeliséiev de Nevski, carne de caza, pescado vivo, frutas tropicales y dependientes obsequiosos y, en la entrada, los pobres. Siempre ha

sido así y siempre lo será. Y hay que aprender a vivir sin darle importancia. Hay que, solo que es imposible.

Voy por la ciudad y los harapientos duermen directamente en la acera, solos, en familia, vestidos con andrajos, con piojos. En la acera, un gorrito o una gorra de plato rota para que les echen monedas. Lo echas, pero ese dinero después se lo robará algún golfo o se lo beberán. Todos están descalzos. ¡Qué sostendrán esos pies! Los miras y se te estropea el ánimo para toda la semana, no te apetece entrar en ningún restaurante. Pasas de largo y es imposible no hacer nada. Quizá solo alegrarte de no estar echada entre ellos. Y te entran muchas ganas de no estar mañana con ellos en la calle, sino en algún lugar bonito, limpio, cálido y divertido. Es incomprensible que antes quisiéramos simplificar, marchar con el pueblo, con los desharrapados. Supongo que no habíamos visto esos pies.

¡Y cuántos golfillos por todas partes! Quieres sentir lástima por ellos, pero ¿cómo sentirla cuando forman una jauría dispuesta a atacar? Niusia me lo contó: le tiraron del bolso, y ella llevaba el salario del mes. Lo agarra con fuerza, no lo suelta. Un chiquillo le grita: «Te daré un mordisco, ¡y tengo sífilis!». Abrió los dedos. Llegó corriendo y deshecha en lágrimas.

¿Debe una avergonzarse de su prosperidad cuando cerca hay pobreza y miseria? ¿O quizá, por el contrario, debo alegrarme de no estar en la acera con andrajos, de tener un bonito sombrero, zapatitos, mejillas sonrosadas y juventud, salud y amor?

¡Dios mío, qué estoy escribiendo!

Me he acercado otra vez al espejo, he abierto bien la boca intentando discernir algo. ¡Una visión repugnante!

Llueve. ¡Y cómo!

Todo el pavimento cubierto de una espuma amarilla, con burbujas. Es el alquitrán saliendo de los tarugos. ¿Y los petersburgueses están orgullosos de su entarimado? Ya ves, que no lo hay en ninguna otra ciudad… Llueve un poquito y te resbalas, ¡como si anduvieras por jabón! Y ya puedes ir con cuidado para no romperte una pierna.

Ha sonado un cañón. Pero no significa para nada que sea mediodía. Una vez quise poner en hora el reloj según el disparo, y Epstein me dijo que ahora no podías fiarte del cañón, porque el Observatorio de Púlkovo ya no avisa a la fortaleza de cuándo son las doce, solo avisa a la oficina de correos.

Estoy todo el tiempo pensando en ti, me acuerdo de tu llegada. ¡Qué días tan maravillosos! Aquí todo me recuerda a ti. ¡Incluso el pan! Acaba de pasarse Klava. Ha traído *jalá* con pasas de una panadería Filíppov, la que tanto te gustó. ¿Te acuerdas?, te llevé a la esquina de Staronevski con Poltávskaia, ahí está el horno.

¡Cuánto he soñado que vendrías! Me imaginaba que nos encontrábamos en los jardines Mijáilovski, que comíamos en el hotel Europa, en el restaurante en el tejado. Y, de repente, ¡tú! ¡Sin carta, sin telegrama! ¿Qué puede haber más maravilloso en este mundo? Llego a casa y ahí estás, esperándome. Eso sí que es un milagro.

Entonces actuaba en el teatro de Verano, llovía, pero todos los días se llenaba. Yo te dije que era por Ledia, que leía a Zóschenko, pero tú asegurabas que era gracias a mí. ¡Qué fantástico era cantar para ti! Ojalá salir todas las veces al escenario sabiendo que te veré en la sala.

¡Esta vez ni llegamos al Hermitage! Pasamos todo el viaje en

esta cama, tan inútil, tan vacía sin ti.

¿Recuerdas tu pañuelo de nariz? Le hice varios nudos para que saliera un pequeño hombrecito de trapo. Vive debajo de mi almohada. Ahora solo puedo dormir si ese hombrecito me da un dedo.

¿Y recuerdas el viaje a Strelna? ¿Las piedras que nos llovieron cuando echamos a andar por el parque? ¡Habría que avisar a los enamorados con grandes carteles una versta antes de que en el gran palacio de Pedro ahora hay un orfanato!

¿Y cuando subimos a la cúpula de Isaac y empecé a marearme por la altura?

No tenía ninguna gana de salir de la cama, pero había que pensar algo para la cena, y tú dijiste: «Quieta», y bajaste corriendo a la cooperativa y trajiste bombones de chocolate, queso suizo, uvas y una botella de vino. ¡Qué maravilla!

Te pongo una uva en la boca y tú la sujetas con los dientes. ¡Qué dientes tan divinos tienes!

Ha venido Epstein y me ha arrastrado a la calle. Dice que sin aire fresco voy a convertirme en una momia. Echamos a andar y acabamos en el Picadilly. Nos sentamos y nos sumergimos en la contemplación de una película alemana tontísima, habíamos entrado en la mitad del tercer acto. No lo soportamos y nos fuimos, pusimos rumbo para probar suerte en el Coliseo. Antes de que empezara la sesión entretienen al púbico con balalaicas, interpretaban *foxtrot.* Vimos el drama *El ayudante del fiscal*. Una tontería, pero me conmovió muchísimo y, lo más importante, me distrajo. El ayudante interviene en la acusación contra la mujer que ama y esta no se

defiende para no implicarlo a él en el caso, y la guillotinan.

Estuvimos callados toda la tarde. Yo, por obligación, y él, imagino que porque no tenía nada que decir. Mejor dicho, al principio charlaba sin parar, pero de pronto dijo: «Es raro estar todo el rato hablando con una mujer callada», y entonces dejó de hablar.

Después fuimos a nuestro Yar. ¡No había hecho falta! Entramos cuando estaba cantando Maia. Empecé a sentirme mal. Mal de verdad.

Me siento, todos la aplauden.

¿Yo ya no estoy?

Dije que tenía fiebre y me fui. Iósif me buscó una calesa.

Y sí que tengo fiebre.

Seriozha, amor mío, ¿recuerdas que llegué toda llorosa porque salí como pude del tranvía, que iba a rebosar, y solo entonces vi que estaba toda manchada de leche, que me había goteado en los zapatos? Me abrazaste y me tranquilizaste como si fuera tu hija. ¿Dónde estás, Seriózhenka? ¡Ven, abrázame, tranquilízame, acúname! ¡Es tan bonito ser pequeña contigo! ¡Qué ganas de olvidarme de todo entre tus brazos! Olvidar todo. ¡También los escenarios! Estoy tan cansada de abrir mi alma en los escenarios, y entre bambalinas esconderla muy dentro, porque ahí se necesita no el alma, sino dientes y uñas afiladas. Y, lo más importante, no se necesita piel fina, ¡sino un pellejo como el del rinoceronte! Y yo no tengo pellejo. ¡Me hacen tanto daño!

Hoy Epstein ha aparecido con un ramo de rosas y ha vuelto a pedirme matrimonio. ¿Y sabes con qué quería ganarme mi encargado de Sedmaia Linia? ¡Ni te lo imaginas! ¡Ha puesto toda

Francia a mis pies! Lo van a enviar allí como representante de la distribuidora Mezhrabprom-Rus.

¡Pobre e inocente Iósif!

Se piensa que voy a arrojarme a su cuello por ese París. No necesito ningún París, Seriozha, ¡necesito tu amor!

Nunca me había negado con una hojita de papel. Arranqué una de esta libreta y escribí con letras grandes: «¡NUNCA!».

Por cierto, otra situación divertida. Esta semana Epstein hasta me ha presentado a su madre, ¡figúrate! Esperaba ver a una matrona gorda, algo como una Rebeca bíblica, y es una mujer vivaracha y enjuta que habla con voz de bajo, de mucho tabaco. ¡No hacía más que interesarse por si yo tenía parientes judíos! Nada más vernos no nos gustamos. Como suele decirse, desamor a primera vista. Sin embargo, ¡qué *gefilte fish*! ¡Para chuparse los dedos!

Iósif también ha traído una lata del delicioso cacao Van Houten. Lo tomo, mimo mi pobre garganta. ¿Recuerdas que debatimos cuál era mejor, si Van Houten o George Borman?

Ha venido Vania Delazari, triste. Ha perdido en el Splendid Palace. Le he prestado dinero.

Todo está embrollado, duermo de día, y no hay quien cierre los ojos por la noche. No sé qué día es hoy.

¡Qué odioso me resulta este cuarto sin ti! Tengo la espalda molida de este catre hamaca. Me ahogo por la falta de aire fresco, abro la ventana. Me acuesto con calcetines, con los pies hacia la pared, con miedo a que por la noche se me suban las cucarachas. ¡Seriózhenka, sálvame! ¡Llama a mi puerta!

No duermo. Me he acostado y me acordaba de ti. Repaso una y otra

vez tus palabras, como si fueran cuentas, tus gestos, a ti. Mira, ahí me ayudas a quitarme el abrigo húmedo, pesado, me sacas los chanclos. ¿Y recuerdas el día en que acabamos bajo una terrible nieve con lluvia? Y una y otra vez recibo para mi cumpleaños flores y un frasco de Jicky de Guerlain. Cada vez que me humedezco la punta del dedo y me lo paso por detrás de las orejas me envuelve una ola de ternura por ti.

¿Y recuerdas cómo fue la primera vez? ¡Eres un mentiroso sin remedio! Me invitaste al cumpleaños de un amigo, ¡y no había ni amigo ni cumpleaños! Pero qué maravilloso fue ese engaño… Llegué helada. Sé lo que va a pasar y, por eso, está todo como en una neblina, como si no fuera yo. Ando despacio por el cuarto, me quito el gorrito, los guantes, los tiro al suelo, sin mirar. Tú te acercas, tocas mis manos, susurras: «¡Están heladas!». Te pusiste a calentarlas con los labios.

¿Qué son los derechos legítimos? Yo solo reconozco los derechos auténticos y, según el derecho del amor, tú eres mío. ¡Ay, Señor, mira que pueden ser lamentables los derechos conyugales! ¿Y qué significan en comparación con mi derecho a dormirme y despertarme contigo cada noche y cada mañana? ¡Ese derecho me pertenece a mí, no a ella!

Tengo el derecho sobre ti, pero tú no estás.

He releído este delirio de estudiante y, de pronto, me ha resultado tan evidente que no vamos a tener nada, que nunca la dejarás para venir conmigo. ¡Y qué hueco se me ha hecho en el alma! ¡Se me han quitado las ganas de vivir!

Solo contigo he comprendido qué significa ahogarse de rabia. Te he imaginado con ella. Que le besabas el pelo, los labios, que le acariciabas la piel aquí, aquí también… Me he imaginado que le susurrabas… ¿el qué? ¿Lo mismo que a mí? ¡Los celos me consumen!

No, miento, no es así. Sé que hace mucho que no hay nada entre vosotros. Lo que de verdad me hace daño es pensar de repente no en que estés con ella en la cama, sino que todavía la ames. Tengo un miedo continuo: ¿y si todavía la amas?

Esta terrible velada en Moscú, cuando fui a vuestra casa por primera vez, me persigue como una pesadilla. Quiero olvidarla y no puedo. Entré y enseguida sentí con toda la piel la presencia de otra mujer. Ella está en todas partes, en todo. Y todo era de una limpieza aséptica, no como en mi casa. Y el olor. Su olor. De su ropa, de su perfume, de su cuerpo. Insoportable. Doloroso. Pronuncié a duras penas: «Qué acogedora es vuestra casa». Tú respondiste: «Yo aquí no pinto nada».

Me acosté en vuestra —tuya y suya— cama. En su cama. En su habitación. Y me quedé petrificada. Se perdió el deseo. Temía molestarte. No dije nada. Pero tú lo sentiste.

¡Qué humillación! Siempre como si fuéramos ladrones. ¿Acaso somos ladrones, Seriozha? No, no es así, ¡no puede ser así! Porque me amas a mí, no a ella. ¡Eres mi marido de verdad, no el suyo! Es imposible robar algo que nos pertenece solo a nosotros dos.

Otra vez digo lo que no es. No se trata de ningún robo. ¿Sabes de qué sí? De sus zapatillas. Entonces estuve todo el rato mirando sus zapatillas junto a la puerta.

Klava es mi amiga más cercana. ¿Sabes qué me dice de ti? No lo sabes, claro. Me dice que te deje, que no se debe destrozar una vida ajena. Y, lo más importante, que, si de verdad me quisieras, hace mucho que estarías conmigo. Si en efecto quisieras dejarla por mí, hace mucho que lo habrías hecho. Tiene razón.

Estoy segura de que tú no te acuerdas de ese día. Ya me he fijado en que se nos quedan en la memoria cosas completamente diferentes. Ese día decidí dejarte. Terminar con todo. Lo decidí, me senté en un rincón y lloré largo y tendido, sin moverme ni pestañear, examinando con insistencia una flor en el empapelado. De pequeña había aprendido a llorar así con Bashkirtseff. Y me fui a verte con la seguridad de que te diría de una vez y para siempre: ¡no! Pero te vi y comprendí de pronto que te amo como nunca había amado a nadie antes, que esta vida me había sido dada para amarte. Te vi y todo pasó. ¡Qué bonito fue amarnos! Ya no podía pensar en nada más, solo en lo feliz que era siendo tuya.

¿Sabes?, nunca me había pasado algo así. Todo el tiempo me enamoro de ti de nuevo. Me invade… y ando como una ciega, los labios secos, los ojos ardientes.

¿Siento celos? Ni un poquito. ¿Cómo se puede sentir celos de un lugar donde ya no hay nada, solo cenizas?

¿Recuerdas cuando, donde Shmákov, la insufrible Runa-Pshesétskaia se puso a hacerte preguntas sobre tu mujer? «¿Por qué no está aquí? ¿Es muy guapa? ¿Qué aspecto tiene? ¿Es morena o rubia?» ¡Creía que iba a arrancarle la lengua! Pero esos celos no son de tu Olia, sino de no ser yo tu mujer. Mejor dicho, de que nadie sepa que tu mujer soy yo. ¿Por qué tenemos que ocultarlo?

Y, si no soy tu mujer, ¿quién soy? ¿Tu amante? Qué palabra tan asquerosa.

Dime solo una cosa: ¿todavía la amas?

Y, si no, ¿por qué no estamos juntos?

Lo sé, Seriozha, sé que todo va a irnos bien. Dentro de un mes regreso a Moscú. Tendré una habitación. Tú la dejarás y vendrás conmigo. Y llegará nuestra felicidad.

Dices que todo es por tu hijo, que estáis juntos por él. Sé que lo estás pasando mal por eso, que está en la peor edad.

Estabas tan desconcertado, derrotado, mientras me contabas que te había robado dinero y lo había perdido en apuestas con unos rufianes.

Te comprendo cuando dices que te cuesta dejarla a causa de Sioma. Pero él seguiría siendo tu hijo igualmente. Y nosotros tendremos también un niño. ¿Quieres que te dé un hijo?

Esto no te lo había dicho todavía. Bueno, ya lo sabes: ¡quiero tener un hijo contigo!

Solo contigo.

Me hago continuamente la misma pregunta: ¿por qué estás con ella todavía? Sé que la respuesta no está en esas palabras sobre tu hijo y el deber. Y no te puedo preguntar directamente qué te da esa mujer que no pueda darte yo. ¿No puedo dártelo? ¿Yo?

Quizá todo sea porque yo soy fuerte y no te doy pena. Existe ese tipo de mujer que toda su vida interpreta el papel de niña pequeña y hace que todos a su alrededor se preocupen por ella. ¿Ella es de esas? ¿Y te da pena?

Repaso mis recuerdos como si fueran granos valiosísimos. Cada uno de ellos echa un brote en mi interior: cuando hicimos el tonto, empujándonos en la nieve, cuando lancé tu gorro a la nieve amontonada. Después bajamos al hielo debajo del puente, al centro del río, y horadamos en la nieve nuestra palabra. Recuerdo la helada con la que te crecieron bigotes canos. Y que dormimos tapándonos con la manta y tu zamarra, que se caía al suelo todo el rato.

Una noche besé mientras dormías tu mejilla afeitada, suave, te acaricié el pelo.

En una ocasión estabas revolviendo las cosas de mi mesita y dijiste de repente: «¡Este perfume huele a ti!».

Te recuerdo de memoria. Te recorro la espalda con las uñas. En los omoplatos siento tu pelusilla bajo las palmas. Digo: «¡Seriózhenka, te está creciendo alas! Y, por alguna razón, la derecha es más grande que la izquierda». Y tú respondes desde debajo de la almohada que la derecha la agitas con más fuerza. ¿Por qué siempre duermes con la almohada en la oreja?

¡No podemos seguir así! ¡No puedo más! ¡Debemos estar juntos, vivir juntos, dormir juntos, comer juntos! Cuando te pusiste enfermo, mi primer impulso fue salir corriendo a tu casa, ¡cuidarte, salvarte! Y no fue posible. No se pueden traspasar las fronteras. Mentira, ¡solo nos rodea la mentira! Qué indigno de ti y de mí. Y de ella.

Estoy venga a berrear y a ti no te gusto cuando lloro. Menos mal que no ves mi cara fea, hinchada por las lágrimas. Ahora me recompongo y haré que te agrade verme.

He pedido verte en mis sueños. ¡Qué sueño tan maravilloso, Dios mío! Me besabas por todas partes, ¿lo entiendes?, ¡por todas! Me llevaste a la locura. Me he despertado toda mojada por dentro y por fuera. ¡Y feliz! ¡Esta noche he estado contigo!

Todavía ahora siento tus manos en mi piel. Si un hombre tiene las manos bonitas, bonitas de verdad, como las tuyas, no puede ser un monstruo en el alma. Las manos no mienten.

¡Cómo amo tu cuerpo, tus manos, tus piernas, tus dedos de los

pies! Cuánto me gusta besar y acariciar tus lunares, tus cicatrices, ¡la sutura grande de tu estómago! Válgame el cielo, ¡te rajaron como a un pez en esa operación! Adoro acariciar y besar la rodilla con la cicatriz negra. ¡Tuviste que untarte la herida con hollín!

A ti te encanta que recorra tu piel con el extremo de las uñas. ¡Qué ansia tenías de amor y qué sublime eres amando! Por las noches revivo una y otra vez cómo me besabas abajo, labios con labios, después tus labios olían a mí.

Estás todo el rato hablando de la familia. Hace mucho que no tenéis ninguna familia. ¿Cómo podéis vivir juntos y no compartir lo más importante, sagrado, sin lo que es imposible la vida?

Solo he coincidido con Olia una vez, y me parece que enseguida lo sintió, lo adivinó. Si hubieras visto con qué maldad se le encogieron los ojos. Tu mujer tiene dientes de rapaz, torcidos. Su peinado era demasiado liso, el pelo muy sujeto. Sus dedos son firmes, de música, con falanges largas, sujetan tenaces.

Iósif es gracioso. Está seguro de que a una mujer le agrada que le digan que tiene cara de santa y ojos de pecadora. Klava asegura que también se lo ha dicho a ella.

Y todos esos trucos baratos de seductores que están perdiendo pelo: «¡Cuidado, un gusano!». Yo solté un grito y acto seguido comprendí que no había ningún gusano: «No se mueva, yo se lo quito». Intentó abrazarme. ¡Qué pesadez!

Iósif hoy ha criticado *Nosotros,* de Zamiatin. ¿Sabes qué ha descubierto? Ya sabes que los protagonistas, en lugar de nombre, tienen letras del alfabeto latino más una cifra. Pero en el alfabeto latino solo hay veinticuatro letras. Solo hay diez mil personas por

letra. Es decir, que en total son doscientos cuarenta mil. Es nuestra isla Vasílievski. No más.

¡Qué bueno es tener a Klava! ¡Hoy me he vaciado con ella! Se ha puesto a sermonearme, que vengo a hablar en lugar de guardar silencio y cuidar la voz, ¡y me ha dado un ataque de histeria! ¡No puedo montar un número en trozos de papel! Klava ha empezado a consolarme y ha absorbido el furor ajeno, se ha contagiado y también se ha puesto hecha una furia. Así que nos hemos gritado, ella a voces y yo susurrando, hasta que nos hemos tranquilizado entre lágrimas y abrazos.

Mañana se va a Moscú. Qué difícil lo tiene con su Ígor.

Así es, quiero lo que todos quieren. ¡Quiero ser famosa, rica, sublime! ¡Y claro que quiero ir a París! ¡Muchísimo! Pero todo eso lo necesito solo para un día de locura, no, para ese maravilloso día por el que merece la pena vivir, quemar toda esa riqueza y sublimación por el bien de los sentimientos más simples. Por el cariño humano. Por tu amor. Si no ¿para qué quiero todo eso?

Y también por nuestro hijo. El que tendremos seguro. Tú y yo en un único cuerpo.

¿Sabes qué dijo una vez Niusia? Dijo palabras terribles. Dijo que el instinto maternal no es más que un instinto más y que no se merece nuestra veneración supersticiosa. Eso dijo. Como si fuera algo parecido al instinto de comer o de dormir. Una función física del organismo. Y que el colmo del instinto maternal puede observarse en una gallina que empolla solícita unos huevos de porcelana. Le pregunté: «Así que el amor es solo instinto, ¿no?, un huevo de

porcelana». Y ella responde: «El amor no tiene ninguna relación con la continuación de la especie. El amor vive por sí mismo, indivisible y sin ninguna descendencia. Mientras que puede haber descendencia sin amor».

Niusia cambió mucho después de divorciarse. Y está furiosa con todo el mundo. Y no se puede hacer nada. Ahora no me gusta quedar con ella. No puedo. Es duro.

También es terrible que no quiera comprender que ya no va a dar más conciertos. Se olvida y, como antes, hace ejercicios de flexibilidad con los dedos: intercala el pulgar entre los demás dedos, despacio, luego cada vez más rápido y en diferentes combinaciones. Después parece volver a la realidad y esconde las manos.

¡Inundaciones! Hoy es 22. ¿O es 23?

Estaba sentada en la ventana y veía un charco enorme formándose en la avenida Sredni y por él corrían los chiquillos con los pantalones remangados.

De repente, el agua empezó a crecer a gran velocidad. Miro el reloj todo el rato: a las seis nuestra acera estaba todavía seca, pasadas las siete habían empezado a inundarse las plantas inferiores.

Las cañerías no funcionan. La luz se ha ido. Toda Vasílievski está sumida en las tinieblas. Es como una Venecia extraña. Hay barcas navegando por las calles. Es espantoso.

De repente me vino a la cabeza: ¡el diluvio! Sí, ese último diluvio. El castigo de Dios. ¿Y sabes por qué? Porque no estamos juntos.

Una noche terrible.

Han retumbado varias explosiones. En algún lugar hay un gran incendio. La mitad del cielo es su resplandor.

He comprendido una cosa sobre el amor: ¡no hay que separarse tantísimo tiempo!

No voy a aceptar nunca más estos contratos tan largos. Debo estar cerca de ti siempre. Quiero comer de tu plato, beber de tu vaso, besarte en todas partes, sentir continuamente tu olor. ¡Con qué grosería y simpleza te amo, Seriózhenka! ¡Y no me da ninguna vergüenza!

Cuando estuviste aquí, conmigo, todo fue tan bien… El reloj marcaba su tictac. Y tú tenías que irte al tren. ¡Qué ganas de abrir el cristal y retener la aguja con los dedos! Lo tienes todo y, cuando la aguja llegue ahí, todo desaparecerá. Y así fue. Me eché a llorar y tú no lograbas comprender qué me pasaba, si estábamos juntos, si estábamos bien. Corrí al baño, a lavarme el rostro hinchado y lloroso. Te supliqué que te quedaras, me enfurecí contigo, que nunca la dejarías para vivir conmigo, le decía todo eso al lavabo y el chorro del grifo lavaba las palabras.

Hoy sol desde por la mañana. Todo está lleno de agua.

Algún almacén de madera se ha destruido y la leña flota por nuestra avenida, como peces muertos gordos. Los pescan desde los balcones con cestas atadas a una cuerda.

Me he enterado de que anoche explotaron y ardieron los almacenes de la fábrica química en la isla Vatny.

Me paso el día entero dando vueltas y hablando conmigo, contigo,

como una vieja que ha perdido la razón.

Lo único que quiero es decirte cuánto te amo, y resulta que es completamente imposible.

Tenemos que estar cerca solo para que no sean necesarias las palabras.

Ahora me quitaré la ropa, me tumbaré. Y voy a morder la almohada para no llorar en alto. Menos mal que tu pañuelo-hombrecito me agarra del dedo otra vez.

El agua ha empezado a bajar. La madera flota de regreso. El fin del mundo se ha pospuesto. ¡Lo que necesitamos todos!

He estado con Iósif por la ciudad. Acabo de regresar. En las calles, prácticamente una fiesta popular. Toda la orilla está repleta de leña. Hay huellas de la inundación, barro, por todas partes. Los tranvías no pasan, los tarugos de toda Nevski han desaparecido, y el agua los ha acumulado contra las vitrinas, en restaurantes y tiendas. Todos los cristales de las plantas bajas están rotos. En el jardín de Alejandro todavía queda agua. Hasta el de verano no hemos llegado, pero dicen que allí ha arrancado árboles y se han roto muchas estatuas. Hemos visto una barcaza en la calle.

Parece que me vuelve la voz.

A las ocho menos cuarto el truchimán ya estaba llamando a la puerta de la cárcel. Una citación habitual: la conversación del abogado con un detenido. Era pronto, hacía frío y tenía sueño. Por el

intercomunicador dijeron que el truchimán esperara al abogado y entonces los dejarían pasar juntos.

El truchimán estaba aterido, maldijo al abogado que se retrasaba y, como no tenía nada que hacer, echó a andar por los charcos algo congelados. El hielo se quejó.

En estos casos los abogados trabajan por designación del juzgado y no muestran especial celo: suelen aconsejar a sus tutelados que reconozcan todas las faltas y pidan indulgencia al juez. Pura formalidad. Pero al truchimán le pagan por eso.

La abogada apareció al fin, le pareció una criatura joven, colorada por los pasos rápidos. Frau P. se disculpó por el retraso y estrechó con fuerza el brazo del truchimán. Intentaba ser profesional y seca, pero mientras esperaban en la puerta de la prisión le informó de que había terminado la universidad ese año y que ese día iba a la boda de su hermano. Al enterarse de que el truchimán era de Rusia, exclamó contenta:

—*Und mein Bruder heiratet eine Slowakin!*[6]

Quería decirle algo agradable al truchimán. Le parecía que Rusia y Eslovaquia eran algo parecido, cercano. Porque siempre se quiere encontrar algo común con un nuevo interlocutor. El truchimán hizo como que le agradaba de verdad.

Entraron. Mostraron la documentación, entregaron los bolsos y los móviles, pasaron por unas puertas especiales, como en el aeropuerto, y se encontraron en la cárcel.

Los condujeron por un pasillo articulado hasta una celda diminuta en la que apenas si entraban una pequeña mesa y tres sillas. Cerraron.

Mientras esperaban al detenido, Frau P. puso al truchimán al corriente del caso. Un tal Serguéi Ivanov, refugiado bielorruso, había recibido tiempo atrás el «negativo», pero todavía estaba en Suiza.

Encima había acabado en más de una ocasión detenido por robar y pelearse borracho. Una vez se peleó con un revisor en un tren.

—*Ja, ja, immer die gleichen Geschichten* —asintió el truchimán para mantener la conversación—. *Und immer heissen sie Sergej Ivanov.*[7]

Frau P. bajó la cabeza y su pelo acabó justo delante de la nariz del truchimán. Una y otra vez ella se lo colocaba en la oreja. Ni siquiera tenía los agujeros de los pendientes. E iba sin maquillar. El truchimán llevaba ya bastantes años en Suiza y seguía sin comprender por qué las suizas tenían miedo a ser mujeres. Pero el olor suave de su perfume, apenas perceptible en la calle, ahí, en la celda, se le coló por las fosas nasales.

—*Ich habe bereits mit Albanern, Afrikanern und Kurden gearbeitet, doch noch nie mit einem Russen.*

—*Und ich habe es nur mit denen zu tun* —bromeó el truchimán.

—*Aber Weissrussland, das ist doch nicht Russland?* —preguntó Frau P.

—*Wie soll ich sagen…*[8] —empezó el truchimán, e iba a responder algo sobre la complejidad de las relaciones étnicas en su patria, pero Frau P. ya estaba diciendo que nunca había estado en Rusia y que le gustaría mucho recorrerla en el Transiberiano.

—*Das muss sicher sehr interessant sein?*

—*Sicher*[9] —asintió el truchimán. Por alguna razón, todos los suizos quieren atravesar Siberia en tren. El truchimán, cuando vivía en Rusia, no quería. Incluso ahora preferiría el avión.

—*Dieser Herr Ivanov ist ja immer wieder gewalttätig* —añadió ella, repasando los papeles que había sacado de la carpeta y extendido en la mesa—. *Schauen Sie, er ist in betrunkenem Zustand in eine Coop-Filiale gegangen, hat sich da allerlei Lebensmittel genommen, und ohne zu zahlen noch im Laden zu essen und trinken*

angefangen, vor allen Leuten. Dann belästigte er ein paar Frauen. Und schliesslich widersetzte er sich auch noch den Beamten.[10]

Miró sorprendida al truchimán, como esperando una explicación de este comportamiento tan extraño de su compatriota.

—*Verstehen Sie* —intentó justificarse el truchimán—, *die Russen sind im Allgemeinen gutmütig, ruhig, nur eben wenn sie sich betrinken…*[11]

Ella se echó a reír, tomándoselo a broma.

—*Das heisst, Sie feiern heute ein Fest* —dijo el truchimán para cambiar de tema—. *Ich gratuliere. Am Vormittag das Gefängnis und am Nachmittag eine Hochzeit?*

—*Sehen Sie, so ist das.* —Ella se sonrió y, tras un suspiro profundo, añadió—: *In diesem Leben ist alles beisammen. Der eine sitzt im Gefängnis, der andere tanzt auf einer Hochzeit. Die Welt ist nicht gerecht.*

—*Ja*[12] —asintió el truchimán en respuesta, sin saber qué decir.

Cuando Frau P. sonreía, dejaba al descubierto sus dientes jóvenes y regulares. Además, el truchimán miraba todo el rato sus labios. Ella estaba sentada muy cerca, así que el truchimán la miraba casi de hito. Así, de hito, normalmente solo se mira a personas muy cercanas. Al observar a esa chica, el truchimán se sintió viejo.

En ese momento rechinó la cerradura e hicieron pasar a un tipo en chándal. Un fortachón cuadrado con el pelo muy corto. Una cara normalita: alguien así podría trabajar en un mercado a las afueras de Moscú o ser un hombre de negocios que viene a mantener conversaciones a Zúrich. De él llegaba un olor denso y pasado a cuerpo sin lavar desde hacía mucho.

Frau P. le tendió animosa la mano. Él se sonrió irónico y se la estrechó.

El truchimán no se paró a explicarle que en su país no se saluda

a las mujeres dándoles la mano.

Volvieron a echar la llave después de mostrarles el botón para llamar a la guardia. Por si acaso.

—*Herr Ivanov* —empezó Frau P., una vez terminadas las formalidades—. *Ich rate Ihnen, sich in allem schuldig zu bekennen. Sie werden ohnehin aus der Schweiz ausgewiesen werden. Es ist in Ihrem Interesse, mit den Behörden zu kooperieren. Dann müssen sie weniger Lang im Gefängnis sitzen und können schneller nach Hause.* [13]

El truchimán tradujo.

El tipo volvió a sonreír irónico.

—¿Y quién le ha dicho que quiero irme a casa?

El truchimán tradujo.

—*Aber in diesen Fall erwartet Sie eine Zwangs-deportation.*[14]

El truchimán tradujo.

El tipo se rascó la entrepierna.

—¡Uy, qué miedo!

Frau P. examinaba a su cliente con interés. Y este, de pronto, empezó a desvariar:

—¿Qué se cree, que soy un pardillo? Voy a dar tantas voces y coces en el avión que nadie querrá llevarme. Y si el capitán no quiere llevarme, ¡no pueden obligarlo! Además, solo tienen derecho a encerrarme en la cárcel medio año. ¿Qué se cree, que no me lo sé? Después me tienen que soltar, dejarme libre como el viento. ¿O no? ¡Pues eso! No sois vosotros quienes me tienen cogido por los huevos, ¡sino yo a vosotros! ¿Queda claro? ¡Y voy a agarrar bien por los huevos a su Suiza todo el tiempo que quiera!

Los dos, el tipo y la abogada, miraban expectantes al truchimán. Él tradujo.

Frau P. estaba desconcertada.

—*Verstehen Sie, Herr Ivanov, ich möchte Ihnen helfen.*[15]

El truchimán tradujo.

—¡Que quiere ayudarme, dice! ¡Librarse de mí es lo que quiere, no ayudarme! ¡Aquí están todos muy bien sin mí, usted también! A ver, tú, truchimán, tonto el culo, bien que te has instalado aquí, ¡pues quizá yo también quiera vivir como una persona! ¿En qué sois todos vosotros mejor que yo? ¡A lo mejor sois todavía peor! Solo que vais bien vestidos y oléis a perfume, pues resulta que yo no tengo nada más que ponerme.

—*Was sagt er?* —preguntó Frau P.

—*Das gehört nicht zur Sache* —respondió el truchimán.

—*Ich mochte, dass Sie alles übersetzen* —dijo ella.

—*Gut.*[16]

Y el truchimán procedió a traducirle todo lo que el otro decía.

El tipo estaba desbocado, era evidente que hacía mucho que no tenía a quien abrirle el alma, y gritaba:

—¡Quizá yo también quería vivir y trabajar honradamente y, a cambio de esa honradez, me hayan restregado mierda por la boca! Quizá yo también quería un piso, una familia y que todo fuera en condiciones, pero, a ver, ¿de dónde saco el dinero? Quieres dinero, pues vete a mercadear. ¡Y miren en qué acabó el mercadeo! ¡Lleno de deudas! Si regreso, me arrancarán la cabeza. Así es el negocio. ¿Y por qué? ¿Es que los suizos sois mejores que los rusos? ¿Es que mis antepasados fueron peores que los vuestros? Quizá no fueran peores, sino mejores: ahí, tras la ventana, humeaba Auschwitz, y vosotros disfrutando de la vida y os multiplicabais. Pues mi abuelo luchó contra los fascistas, perdió un brazo en el frente. Y mi madre, por cierto, toda su vida ha sido maestra, enseñaba geografía a los niños, ¿y qué ha ganado? ¿Una pensión? ¡Una polla ha ganado! Con esa pensión lo que hace es vender vodka en la estación, por las

noches. ¿Y qué culpa tiene ella? ¡Os lo habéis tragado todo aquí, eso es! Tú eres ruso, dilo, ¿es o no es así? ¡Tradúceselo, tradúcele todo!

El truchimán tradujo.

Frau P. se puso colorada y dijo que todo eso no tenía relación con el caso.

—*Verstehen Sie, Herr Ivanov, ich will Ihnen helfen. Aber Sie wollen mir nicht zuhören. Nun, es tut mir leid, aber in diesem Fall kann ich nichts für Sie tun. Möchten Sie noch etwas zur Sache hinzufügen?*[17]

El truchimán tradujo.

El tipo esbozó una mueca y escupió al suelo. Volvió a rascarse la entrepierna.

—¿Sobre el caso? Sobre el caso sí quiero. ¡Quiero metértela por el culo, niñita! ¡Seguro que los dos estáis todas las noches por ahí con alguien, y yo tengo que cascármela! ¡Pues yo también soy humano! ¿Está claro? ¿Y quién me necesita? No tengo dinero, nadie me quiere. Si tú estuvieras en mi sitio, truchi, tampoco te querría nadie.

—*Was? Was hat er gesagt?* —preguntaba impaciente Frau P—. *Übersetzen Sie genau, was er gesagt hat!*[18]

El truchimán tradujo, intentando elegir expresiones algo más suaves. A pesar de su intento, Frau P. estalló, se cubrió de manchas rojo carmesí y, sin decir nada, apretó el botón de llamar al guardia.

—*Hören wir auf. Das hat keinen Sinn.*[19]

El truchimán se encogió de hombros. A él iban a pagarle dos horas.

Frau P. le soltó secamente a su cliente:

—*Auf Wiedersehen! Alles Gute!*[20]

Esperaron un minuto tenso. En ese cuarto diminuto no había ya

aire para respirar. El tipo examinaba con descaro a la chica, mientras se rascaba la entrepierna. Le hizo un guiño al truchimán mientras la señalaba, como diciendo: va, no la dejes escapar.

Por fin abrieron la puerta. El truchimán salió detrás de Frau P. desde el cuarto al pasillo.

De pronto, el tipo lanzó por detrás:

—¡Dile que se parece a mi hermana!

Salieron a Helvetiaplatz. Aspiraban el aire helador y fresco. La cara de Frau P. seguía cubierta de manchas rojas. Sonrió desconcertada al truchimán.

Él le devolvió la sonrisa:

—Auch das kann vorkommen. Achten Sie nicht darauf. Gehen Sie auf die Hochzeit ihres Bruders und geniessen Sie es!

Frau P. resopló:

—Nach so was ist es schwer, etwas zu geniessen. Zuerst muss man wieder ein bisschen die innere Ruhe finden.

—*Sicher* —dijo el truchimán—. *Man muss abschalten lernen. Gut wäre jetzt ein kleiner Spaziergang, den Kopf auszulüften, dann geht es vorbei.*[21]

Seguían delante del edificio de la prisión. El truchimán la miraba colocarse una y otra vez, con nerviosismo, el pelo en la oreja. A su lado resonó un tranvía.

Frau P. dijo:

—Meine Mutter war auch Lehrerin und ist jetzt pensioniert. Trotz allem ist die Welt ungerecht.[22]

El truchimán quería tranquilizarla, decirle algo agradable, pero no sabía el qué.

Ella le tendió la mano, se la estrechó.

—Auf Wiedersehen! Und einen schönen Tag![23]

El truchimán retuvo la mano de ella en la suya.

—Wissen Sie was, nehmen Sie das Ganze auf die leichte Schulter. Das gibt es gar nicht, dass es allen Lehrerinnen gut ginge. Man kann sich auch nicht Sorgen machen wegen allen Lehrerinnen, denen die Pension nicht zum Leben reicht.[24]

Y entonces el truchimán se soltó, como si él también llevara mucho tiempo reprimiéndose y hubiera encontrado a alguien sobre quien soltar todo lo acumulado:

—Wenn es Ihnen und Ihrer Mutter gut geht, dan freuen Sie sich doch! Wenn es irgendwo ein Krieg ist, dan sollte man um so mehr leben und sich freuen, dass man selbst nicht dort ist. Und wenn jemand geliebt wird, dan wird es auch immer einen anderen geben, den niemand liebt. Und wenn die Welt ungerecht ist, so soll man trotzdem leben und sich freuen, dass man nicht in einer stinkigen Zelle sitzt, sondern auf eine Hochzeit geht. Sich freuen! Geniessen! [25]

Ella miró al truchimán de una forma extraña. Seguramente no le creía.

Claro que el truchimán tampoco se lo creía mucho.

Pregunta: ¿Quién está ahí?

Respuesta: Es una parábola, pasa un caminante cansado: es un cauce para el amor, un termo para la sangre, un peatón para el libro de problemas, el destino para una hormiga, la sombra para el camino. Ve una choza. Algo parecido a la casita del menor de los tres cerditos. Junco, ramas de avellano, troncos secos que recuerdan las líneas de la mano: vas a tener tres hijos, riachuelo, y una vida larga, muy larga, y tú tendrás dos mujeres, barranco, y ambas un lunar en el hombro derecho. El atardecer ha esparcido polvo de ladrillo en el tejado de paja. Ventanas de algo

transparente con membranas, por más que te esfuerces, no se ve nada, como si alguien hubiera pegado alas de mariposa con la lengua. El porche sin pintar desde hace tiempo, los escalones respiran con un ronquido: los pisas, exhalación, levantas un poco el pie, inspiración. Llama, silencio, nadie responde. De los manzanos cuelgan adoquines en bolsitas de red de naranjas, para que crezcan a lo ancho. Después de la lluvia los racimos de lilas blancas se han cubierto de añublo. El abedul debajo del lavabo está lleno de salpicaduras de pasta de dientes. Un ladrillo viejo junto a las *phlox.* Pensó: ¿y si está ahí la llave? Lo levantó levemente, un ciempiés. Volvió a llamar, esta vez más fuerte. Detrás de la puerta, rumor de pasos, una tos ahogada, el crujido de unas tablas. Una voz extraña pregunta: «¿Quién eres?». El viajero responde: «Yo». Y oye en respuesta: «Aquí no hay sitio para dos». El viajero se queda ahí parado mirando una mariposa que, habiendo tropezado en el aire, se posa en el alféizar, todo lleno de postillas de pintura vieja, y lo mira con su ocelo, luego parpadea de repente. El viajero vuelve a llamar y pide que lo dejen entrar, la voz hace la misma pregunta. Y todo se repite. Y así hasta que el ocelo sale volando y a la pregunta de «¿Quién eres» el viajero responde: «Tú». Entonces la puerta se abre. Pero todo esto ya lo sabías sin mí.

Pregunta: Incluso puedo imaginarme bien la extraña voz. La oigo todos los días. Es mi vecino balbuciendo sin cesar. Supongo que antes, hace muchos años, antes de convertirse en niño, fue el alegre muñeco de madera Pinocho. Y después un hada mala lo volvió humano, dejándole la voz del

muñeco. Y Pinocho ha vivido su vida y ha envejecido; despistado, en calzoncillos sucios, asustando a la gente, va cada hora hasta los buzones (los tenemos en la calle) y por las noches barre con una escoba nuestro caminito, al que caen agujas de pino y piñas. Vivimos en una casa sólida, tipo la casita del cerdito mayor, solo que en ella hay muchos pisos de una sola habitación en la que no se colaría ni un lobo. Y los viejitos y viejitas que en ella viven se van convirtiendo poco a poco en muñecos. Después, por las noches, roen sus capullos y se marchan volando al ritmo del roce de la escoba y del balbuceo del viejo Pinocho en calzoncillos. Y las agujas de los pinos siguen cayendo y cayendo. Acerca del viajero solamente un perezoso no narraría una parábola, pero todo eso son tonterías.

Respuesta: ¿Por qué?

Pregunta: Porque el heno y la paja, el tic y el tac, la pintura y el lienzo, la suela y el camino, el espejo y la habitación, el metro y el segundo, el peñasco y la nube, una chaqueta cheposa y una falda llena de humo, la cuerda que tiembla y el aire que engendra el sonido.

Respuesta: Está bien, tú eres el pistilo escribidor, yo el estambre parlante. Puedes empezar.

Pregunta: ¿Qué tal?

Respuesta: Todo bien.

Pregunta: Eso no pasa.

Respuesta: Bueno, ¿y qué?

Pregunta: ¿Qué hay de nuevo?

Respuesta: ¡Pero si ves las noticias!

Pregunta: Ya ves lo que dices, ¡las noticias! ¡Información a la última!

Ni siquiera se te pasa por la cabeza cómo son las noticias aquí. Pones un programa y tienes la crónica social: Lisicles, un comerciante de ganado, un hombre insignificante por sí solo y de procedencia baja se ha convertido en la primera persona en Atenas, porque vive con Aspasia después de la muerte de Pericles. Cambias a otro canal y tienes a Dionisio yendo por Montmartre con su cabeza arrancada en los brazos estirados, gotea. En un tercero, los romanos llevan medio año asediando Jerusalén. En el cuarto, un tipo declara que es el nuevo médico de la guardería y que ha llegado a revisar a todos los niños de la calle, no sea que tengan granos en el culo, y que tienen que irse con él a la policlínica.

Respuesta: ¡Qué noticia es esa, si yo misma hablé de ese tipo en nuestra calle hace muchos años!

Pregunta: Ya lo sabes, las noticias son lo que ha quedado para toda la vida y va creciendo, igual que la palabra esculpida en la corteza crece junto con el árbol.

Respuesta: Pero todo eso, en realidad, no es tan importante.

Pregunta: ¿Cómo que no es importante cuando todo eso está dentro de ti y tú estás hecha de eso? Una vez encontraste debajo de la almohada de tu madre un preservativo relleno de trapos enrollados. Primero quisiste preguntarle qué era, pero te asustaste de repente, así que no le preguntaste.

Respuesta: Lo recuerdo, pero todo eso no es importante, de verdad.

Pregunta: ¿Y qué es importante? ¿Cómo jugabas al cuento de las tres hermanas, una con un ojo, otra con dos y otra con tres, y te dibujabas un tercer ojo en la frente?

Respuesta: Sí.

Pregunta: ¿Y qué más?

Respuesta: El médico me recetó friegas de sal por la mañana. No me gustaba, claro, pero todas las mañanas mi madre disolvía sal marina y me la restregaba con una esponja. Un día en la escuela me peleé en el recreo con las niñas, ya no recuerdo por qué, estaba en clase y me sentía tan infeliz, sola, innecesaria. Y entonces me lamí la mano y noté la sal en la piel. Me atravesó una extraña sensación. Así que en el mundo hay personas a las que les hacen falta esas friegas de sal mías, ¿es así? Es decir, no las friegas en sí, sino que yo hacía falta. Pero esto lo pienso ahora, entonces me limité a lamer la piel y sentir la sal y el amor.

Pregunta: Cuenta cuando iban a ver a tu madre sus amantes y tú debías hacer la lección en la cocina, tu madre salía corriendo en bata, bajo la que no llevaba nada, iba como una bala al baño.

Respuesta: Uno, el tío Slava, era divertido, mamá lo quería mucho. Bueno, los quería a todos. Y no quería ir al sur de vacaciones, decía que era imposible entablar romances breves en esos lugares de descanso, que te acababas encariñando. El tío Slava siempre decía cosas raras. Por ejemplo, a la mesa, mientras comemos y yo no quiero. Mamá me dice: «¿A qué tantos remilgos? ¡Come!». Pero yo no comía. Entonces el tío Slava me defendía: «Tania, déjala, el ser humano no es un tubo intestinal». Y allí mismo, mientras comíamos, empezaba a ilustrar a mi madre sobre cómo está dispuesto el mundo: «Nosotros, los hombres —decía—, somos esclavos de las hormonas que se inyectan en la sangre, te golpean el cerebro, no puedes hacer nada, ¡nos utilizan! Dios acumula calor con nuestros cuerpos. ¿Y por qué en el instinto femenino se inculca el

preocuparse por el hombre como si fuera un niño? Porque durante cientos de años, es decir, siempre, la gente ha vivido en matrimonio grupal y los amantes-hombres eran sus hijos ya crecidos. ¡Para una mujer el amante siempre será su niño!». Y me hacía un guiño: «¡Toma nota!». Mi madre lo quería mucho. Estaba casado y venía a ver a mamá una vez por semana, los viernes. Mamá lo esperaba, cocinaba algo rico, se ponía guapa. A veces me permitía que le pintara las uñas con una laca rojo vistoso. Decía que los dedos debían ser como velas de iglesia, pálidos y delgados, y las uñas, como las llamitas. Me encantaba colarme en su cama, era tan agradable hacerse un ovillo, pegarme a ella y charlar de cualquier cosa antes de dormir. O me leía algo. También después, cuando ya era más grande. Entonces ya me leía no libros infantiles, sino algo de lo que solía tener en su mesilla, novelas u horóscopos. Recuerdo que se enteró por el horóscopo de que el tío Slava y ella estaban simplemente contraindicados y el disgusto que se llevó. Yo la consuelo: «Pero, mira, mamaíta, con Aries y Capricornio sí que puede irte todo bien». Y ella: «No quiero a ningún otro, solo quiero a Leo, peinarle la melena, darle tironcitos de las orejas». Sobre la cama tenía una reproducción de Gauguin. Mamá solía tumbarse y mirarla, la llamaba «mi ventanita». Veo como si fuera ahora las palmeras, las tezadas muchachas semidesnudas. Mamá se reía: «Ya verás, me ceñiré una liana y saldré huyendo de aquí, de este inverno, allí, al paraíso tahitiano. Aunque no hay de donde sacar una liana, estamos rodeadas de montones de nieve».

Pregunta: ¿Recuerdas a tu padre?

Respuesta: No. Pero mi madre me hablaba mucho de él. Cuando iba a nacer, al principio no me quería. Ya antes mi madre había abortado varias veces. También esta vez, cuando se enteró de que estaba embarazada, mi padre dijo que no podían permitirse ningún hijo. Apartaron un dinero para abortar, entonces costaba bastante y ellos no tenían mucho dinero. Pero imagino que yo tenía muchas ganas de vivir, porque mi padre de repente agarró ese dinero, lo rompió y dijo: «Se acabó, no hay dinero para abortar, ¡vamos a tenerlo!». Mamá lo quería mucho. Quería que la criatura llevara su nombre y estaba muy contenta de que se llamara Alexandr: así, si era niño, se llamaría Sasha; si era niña, también Sasha. Ella y yo no teníamos secretos, antes de dormir me pegaba a ella en la cama y nos contábamos todo. Yo a ella y ella a mí, todo, todito, lo bueno y lo malo. Ella sufría mucho porque, cuando era pequeña, su hermana menor había muerto por su culpa. Fue un verano, en la dacha, cuando mamá tenía ocho años. Sus padres se fueron y la dejaron al cuidado de su hermana, se llamaba como yo, Sasha. Tenía año y medio, estaba durmiendo y se despertó, empezó a gritar. Mi madre intentaba tranquilizarla, pero nada funcionaba. Entonces empezó a llover y mi madre decidió que, si sacaba a Sasha fuera, la lluvia la tranquilizaría. Así que se envolvió a sí misma y a su hermanita en una vieja gabardina de su padre, salió al porche y se sentó con ella en un escalón debajo de los lilos. Las ramas se combaban, los árboles susurraban, los charcos chapoteaban y, con el ruido de la lluvia, Sasha enseguida se calmó. La lluvia caía con fuerza, en oblicuo, y a mamá se le había olvidado cerrar las ventanas, la terraza

se llenaba de agua. Se levantó para llevar a la pequeña dormida a la cuna y cerrar las ventanas de la terraza, empezó a subir por los escalones del porche, pero se enredó en la gabardina, se tropezó y cayó, la cabeza de Sasha se golpeó con fuerza contra el suelo. Mamá se asustó muchísimo y no sabía qué hacer, salió corriendo a avisar a los vecinos, estos llevaron a la pequeña al hospital, ella se quedó esperando a sus padres. Vinieron y también se fueron al hospital. Ya no trajeron a la pequeña a casa. Sasha murió varios días después. Mamá sufría tanto que se pasaba las noches llorando sin cesar. Y decidió que no iba a vivir más, que se mataría, se dijo: ¿cómo puedo seguir viva si Sáshenka ha muerto por mi culpa? Cuando regresaron del entierro y se sentaron a la mesa para la comida de difuntos, ella se fue al jardín con la idea de ahogarse en el retrete, pero vio que había gusanos y se asustó. Yo le acariciaba una mano a mi madre, sin saber qué decir, y decía: «Mamaíta, no llores, en lugar de esa niña ahora me tienes a mí. ¡Quizá yo sea también esa niña! ¡Yo también soy Sasha!». Y nos pegábamos la una a la otra y así nos dormíamos, era tan maravilloso dormir las dos juntas.

Pregunta: Me recuerdas a alguien. A una chica que conocí hace muchos años. Pero no importa, ella ya no está. Una vez tuvimos una gran pelea, ni siquiera recuerdo por qué, nos dijimos muchas palabras dolorosas, ella me tiró un libro y se fue. Regresó media hora después y me dijo en voz baja: «¡Ponte el suéter del revés!». Yo no entendía nada, pero vi que ella llevaba el suéter del revés. Le pregunté: «¿Por qué?». «De pequeña, mi abuela me decía que, si te

pierdes en el bosque, tienes que ponerte la ropa del revés para encontrar el camino.» Le di la vuelta a mi suéter y, en efecto, de pronto todo lo malo y cruel que se había acumulado entre nosotros desapareció, y me entraron unas ganas enormes de abrazarla, de sujetarla para que nunca más se me escapara de entre los brazos.

Respuesta: ¿Qué fue de ella?

Pregunta: Qué más da.

Respuesta: ¿Tengo que contar más?

Pregunta: Como quieras. ¿Y esa sonrisa?

Respuesta: Me he acordado de algo. Me parecía que todas mis amigas eran guapas, y yo, un monstruo. Me avergonzaba muchísimo de mi cuerpo, de pequeña me habían escaldado el pecho y el cuello con agua hirviendo. Siempre me tapaba para que nadie lo viera. En la piscina, en la playa, iba siempre con bañador cerrado. Pero tenía tantas ganas de ser como todas. Y recuerdo que decidí empezar a fumar, todas las chicas fumaban y yo no. Una amiga siempre me ofrecía y yo lo rechazaba. Pues una vez, en un parque, acepté el cigarrillo que me ofrecían, intenté dar una calada, me atraganté. A nuestro lado pasó una anciana, se paró y nos miró, meneando la cabeza. Después se puso a gritar para toda la calle: «¡En el otro barrio vais a chuparle el coño al diablo!».

Pregunta: ¿Y dónde tienes la piel escaldada? ¿En qué sitio?

Respuesta: No voy a enseñártelo.

Pregunta: Sobre el cabecero del diván había un estante con libros. Sacó un álbum y empezó a pasar las hojas. De pronto dice: «¿Por qué tiene ombligo?». Yo no lo comprendo: «¿Qué ombligo? ¿Quién?». Ella me enseña una doble página con

Cranach, están Adán y Eva y, en efecto, Eva tiene ombligo. Entonces lo apunté. Entonces tenía un grueso cuaderno de notas, me parecía importante anotar todo. También anoté cómo se colocó ella el álbum: encima de los muslos, le quedaba como una minifalda.

Respuesta: Vivía sin reparar en mí. Así es la infancia. Más tarde te haces repentinamente consciente de que no existes sin más, sino que debes gustar. Mejor dicho, no debes, sino que tienes unas ganas terribles. De gustar a todos los que te rodean: a hombres, a mujeres, al espejo, al gato, a los pasajeros del autobús, a las nubes, al agua del grifo. Como si sobre ti amontonaran un saco inalzable y te empujaran: ve. Dar siquiera dos pasos con esa carga es imposible. Yo no me quería. A mí, a mi cuerpo. No me soportaba. Me repugnaba mi simple existencia corporal. Me desagradaba tener pecho. Era una verdadera tortura: ¡ser visible todos los días! ¡Y no había nada que hacer! Leí en un libro que la protagonista se cortaba las pestañas con tijeras después de que le hubieran crecido tanto que se le podían poner encima varias cerillas. Me hice lo mismo y las pestañas crecidas quedaron mucho peor que antes.

Pregunta: Además recuerdo que hablábamos de algo y yo dije que la existencia de Dios no se puede demostrar. Y ella replicó que nada de eso, que era bien sencillo. Yo dije: «¡Demuéstralo!». Ella se quedó callada un momento y respondió que bastaba un renglón para hacerlo. Y leyó una línea de un poema, que un pájaro es la cruz del colgante de Dios. «¿Acaso se necesitan más pruebas?», y se echó a reír. La veo parándose, como si fuera ahora, íbamos siguiendo la orilla ya de noche, se sentó en el parapeto de

granito y empezó a moverse para bajar, balanceándose de un lado a otro, dando pasitos con el trasero.

Respuesta: Me pareció que en mí, en mi superficie corporal, crecía algo no mío, ajeno. Yo existía por mí misma, pero esa mujer que me cubría también existía por sí misma. Me ponía colorada todo el rato y no sabía qué hacer contra eso. Alguien empezaba a hablar conmigo y enseguida me sentía paralizada, miraba asustada, continuamente me parecía que algo fallaba en mi ropa. Así porque sí me tanteaba la cremallera, ¿y si tenía una carrera en las medias? Me siento como desnuda, no sé qué decir, me sudan las manos. Lloro antes de dormir en la almohada de mamá, y ella me consuela: «No seas una boba gruñona. ¡Sé una alegre!».

Pregunta: No había donde meterse, así que pasábamos las horas dando vueltas por las calles. Recuerdo a una tipa que vendía junto al metro cerezas guindas en un tarro de cristal empañado. Compramos y queríamos sentarnos en algún sitio, pero todos los bancos estaban mojados por la lluvia, así que fuimos hasta un parque infantil vacío con los columpios rotos. Puse en el borde del arenero el bolso con los libros y me senté encima, y ella se me sentó en las rodillas. Nos pusimos a comer las guindas, estaban maduras, el jugo goteaba. Los huesos al principio los escupíamos en la arena, que, por las gotas, parecía tener la piel de gallina, cubierta de colillas, de cristales rotos y de tapones de botellas de cerveza, intentando acertar en un montoncito de arena dejado por algún niño y ahora contorneado por la lluvia. Enfrente había desde tiempos inmemoriales un monumento a los caídos, la estatua de un

soldado con un brazo partido que seguramente debía de haber sujetado una automática, en el muñón sobresalía el armazón. El soldado caído miraba con las órbitas blancas y vacías a algún lugar por arriba, a las cimas mojadas de los árboles desde las que empezaba de nuevo a llover con cada ráfaga de viento. Con la mano que le quedaba llamaba a alguien detrás de él, era evidente que a nosotros, puesto que no había nadie más en el parque, nos decía: vamos, chicos, subamos a esos árboles, desde ahí el cielo queda a un tiro de piedra. Entonces nos pusimos no ya a escupirlos, sino a estrujarlos con fuerza entre los dedos para, resbaladizos, dispararlos y que volaran directos al soldado, dejando en el yeso, o de lo que fuera que estuviera hecho, rozaduras de guindas. Con el jugo y los huesos estábamos todo pringados, y nuestras manos eran de color guinda. Ella lanzaba disparos certeros, mejor que yo, y una vez hasta le dio en un ojo. En el blanco del ojo le apareció de pronto una pupila color guinda, así que resultó que el soldado nos miraba fijamente de reojo y solo con un ojo, como diciendo: ¿cómo es posible? ¡Yo he caído por vosotros y me lanzáis huesitos! Rompimos a reír a carcajadas y seguimos nuestro vagar por las calles. Ahora, al cabo de tantos años, sé que el soldado manco de yeso pensaba algo bien distinto mientras nos seguía con la mirada: he caído por algo importante y también por mí, y si en este parquecillo impregnado de lluvia y de vuestro amor me lanzáis huesos, que así sea, quizá también esto forme parte de eso tan importante.

Respuesta: Me desvisto y me miro en el espejo. Un cuerpo desnudo en el frío parqué en medio de la habitación. Demacrado,

deforme, con un remiendo de piel de rana. Una zarevna rana. En la frente brilla una estrella. No es una estrella, sino toda una constelación. Toda la testa con granos, uno se dispone a saltar desde la punta de la nariz. Los carrillos, pálidos pero traicioneros: del color de la remolacha en el momento más inoportuno. En los labios, después de un resfriado, un herpes. Hay corriente en la habitación, el cuerpo ya de por sí cianótico se eriza. Recorres con una mano y no hay suavidad debajo de los dedos, todo lleno de ampollas. Los senos, no más grande que un acerico para agujas. Los pezones, diminutos como ampollas. En la tripa, una marca roja de la goma de las bragas. El ombligo no es bonito, sobresale hacia fuera como una uva sin madurar. Por debajo, el vello se riza. Se la podría arrastrar de esos mechones. ¿Para qué hay pelos ahí? Después unas aberturas invisibles, sin un espejo no puedes examinarlas. ¿Y cómo vivían cuando todavía no había espejos? ¿No te veías ni una sola vez en toda tu vida? Me quedo ahí de pie y pienso: ¿de verdad ese cuerpo que azulea enfrente, cubierto de piel de gallina, con rendijas, agujereado, que no hace falta a nadie, empezando por mí misma, soy yo? Y, con todo, ¿para qué necesito esos pelos entre las piernas?

Pregunta: Fuimos de visita a casa de una pareja joven, músicos los dos, acababan de ser padres. De un niño. En el cuarto había un piano, lo habían heredado de un abuelo compositor. El padre, un estudiante de conservatorio, de mi edad, colocaba a su hijo entre dos cojines en la tapa del piano y tocaba. Después le cambiaba el pañal allí mismo, directamente en un hule estirado sobre el piano. Nos quedábamos mirando la agilidad con que sus dedos largos

hacían todo ese proceso. Y cómo le hacía cosquillas a su hijo en los pequeños pies con su barba de pocos días.

Respuesta: Es que no necesitaba nada, solo amar. Como si yo fuera una taza y hubiera que llenarla hasta los bordes. O una media que está esperando a una pierna para existir. Porque en eso reside el sentido de la media, en la pierna. Para eso ha sido creada, a su imagen y semejanza. Todo en mí estaba listo, pero dentro, solo el vacío. Y entonces ese verano mamá y yo nos fuimos de vacaciones a la costa de Riga. Acordamos que seríamos hermanas. Ella tenía muy buen aspecto para su edad. Y así íbamos, como dos hermanitas. Allí había un letón, un chico jovencísimo que me gustaba mucho. También a mi madre. Y, de repente, por primera vez en la vida se estableció el frío entre nosotras. Ella era la zarevna cisne y yo, la rana. Ella entabló un romance con ese letón y yo era una molestia. Hasta ese verano mi madre lo había sido casi todo para mí, yo quería ser como ella. Y ahí, de pronto, la miraba con unos ojos bien distintos. Una vez, mi madre jugaba en la playa al voleibol, y yo estaba sentada en la arena cerca del agua, sufriendo porque no tenía nada ni a nadie. Me secaba las salpicaduras de la cara y sentía que la piel de la mano estaba salada, como entonces, de pequeña. Y pedí un deseo: si la cuarta ola me lamía los dedos del pie, eso es que tendría amor, uno grande, de verdad, para toda la vida. Las olas eran algo débiles, enclenques, se alejaban cada vez más del pie, la segunda, la tercera. Y la cuarta se concentró, se arqueó bien y la alcanzó. ¡Se metió todos los dedos en la boca y le hizo cosquillas en el talón con la arena! ¡Lo que se inició en mí! Estoy ahí sentada y oigo,

veo, inspiro todo lo que me rodea, el mar, el cielo, el viento, las gaviotas, a las personas, pero ya no es la vista ni el oído, tampoco el tacto o el olfato, sino el amor, no tengo nada más que sea propio: ni ojos, ni manos, ni pies, todo es suyo, del amor. Me levanté de un brinco y eché a volar por el agua, en el sentido literal, volaba como un pájaro, apenas rozando el agua del mar con las puntas de los pies, en fin, ¿adónde ir con tanto amor? ¿Qué debía hacer con él?

Pregunta: Una vez nos fuimos a montar en un pequeño tranvía fluvial. Se avecinaba lluvia, así que ella se llevó un paraguas de casa, uno grande, antediluviano, descolorido, que no se plegaba, podías apoyarte en él para andar, como si fuera un bastón. Nos sentamos en cubierta y el viento soplaba con muchísima fuerza. Se quitó las sandalias, metió los pies descalzos en el paraguas y los escondió ahí del viento. Tensó el paraguas, se encerró en las varillas con membranas. Y gritaba: «¡Mira, no tengo piernas! En lugar de piernas, ¡paraguas!». Empezó a subirlas y bajarlas, como una cola enrollada, dando golpecitos en la cubierta. Después dijo: «Oye, si una medio chica y medio pez es una rusalca, entonces, una medio chica y medio paraguas, ¿qué será?». Yo respondí: «Una sombrilca». Ella se echó a reír: «¡Tú sí que eres una sombrilca! ¡Yo soy una paragualca!».

Respuesta: De todas formas, cuenta qué fue de ella después.

Pregunta: En algún sitio había leído que las personas son la rama en la que brotamos igual que las hojas de un brote. Las hojas se caen y la rama crece. Así que decidió que a ella se había trasladado el alma de algún niño asesinado, algo malo que

había sucedido en su familia, no lo recuerdo. Decía que de otra forma no se podía explicar con ayuda del karma por qué los niños mueren, por qué razón se los mata. Delirios de jovencita. Anda que no pueden pasar cosas en cualquier momento: llevaba en brazo a un pequeño, se tropezó, se cayó, y ya está. Es todo tan simple.

Respuesta: ¡No comprendes una cosa! Vi en la tele los experimentos que hacían con los moribundos. Mientras una persona se moría, lo colocaban en una báscula muy sensible. Todo un programa de experimentos. Y quedó claro que después de la agonía y la muerte la masa corporal disminuye una media de cinco gramos. O diez, no me acuerdo. De unos más, de otros menos. Es el peso de una persona en estado puro, sin el cuerpo. Llámalo como quieras, alma, quintaesencia, polen. Pues esos pocos gramos no desaparecen, están por aquí en algún lugar. Y multiplica eso por mil millones o ¿cuánta gente ha estado durante decenas y centenas de años viendo el ocaso por las tardes, cuatrillones? Esas son las montañas que cargamos a la espalda. Nos dicen que es la presión atmosférica, pero es todo lo que les pasó a quienes vivieron antes que nosotros, por eso tenemos tal carga. Entre los marineros existe la creencia de que el alma de los muertos se traslada a las gaviotas, pero no es así. Nosotros somos la misma raíz, pero al año siguiente. Y el alma de tu padre-buzo no está en ninguna gaviota, no. Está dentro de ti. Ya ves, te da miedo el agua y todos te dirán que es porque te ahogaste en alguna vida pasada. Pero eso es un disparate, no hay ninguna vida pasada, solo hay una vida y, en ella, tu padre, que entonces tenía diecinueve años, descansaba

con su nave en el fondo báltico después de un intento fallido de torpedear un transporte alemán que, al final de la guerra, iba de Riga a Alemania con tropas, bueno, más bien con refugiados. ¡Él te lo contó! Alrededor estallaban cargas de profundidad, y después de una explosión se desactivó la luz de emergencia y en esa completa oscuridad parecía que ya estaba, que era el fin, que el compartimento vecino había reventado, porque desde allí empezaron a golpear en la escotilla, aunque debían haber permanecido en silencio pasara lo que pasara. Y tu padre empezó a sentir tanto miedo que ahora ese miedo vive en ti. En general, todo está conectado como en un árbol, lo visible y lo invisible, lo rugoso y lo suave, las hojas y las raíces. Las raíces son la boca. Las hojas, los alevines. El polen, el amor. Simplemente tienes la sensación de que todo existe por sí mismo, que ese disco que escuchaba tu padre en un sótano, en un tocadiscos vendado con cinta aislante, es algo aislado; también Drácula, que quería hacer feliz a la gente, pero no sabía, es algo aislado, y ese incesante Pinocho en calzoncillos que otra vez hace susurrar a su escoba es otra vez algo diferente. Sin duda, el ser humano, excepto esos pocos gramos, llámalos polen, llámalos Dios —nada cambia con el nombre—, no solo es un animal, también es una planta y un mineral al mismo tiempo. Los pelos, las uñas, el intestino viven según las leyes del reino vegetal. En lo que se refiere al mineral, está todo claro. En fin, los intestinos ciegos, que de ninguna manera logran detenerse, y el cabello díscolo, que no quiere saber nada, son diferentes en cada uno de nosotros. Pero esos gramos volátiles…, esto ya es algo

completamente diferente.

Pregunta: ¿Cómo puede ser diferente lo que no está?

Respuesta: Tu mirada, que se quedó enganchada al reflejo de la lámpara en el cristal nocturno; tu voz, que se esconde de ti debajo de la cama y sale de un salto por el ventanillo; las palabras que escribes, por no hablar ya de los dientes de leche que recogía tu mamá en una latita de vaselina, todo esto ya no eres tú, pero eso no significa que tú no existas. Lo mismo esa noche y el trozo de arbusto tras la ventana, blanco porque sobre él cae la luz de la lámpara, también el ruido de un avión y el breve y fuerte silbido del vecino con la llave, como si el vecino y la llave se desearan las buenas noches; todo eso pasará por la mañana, pero no significa nada.

Pregunta: Si yo no he oído hablar de la tribu arunta, que cree en la roca Eratipa, refugio de almas infantiles que, a través de un agujerillo en la roca, observan a las mujeres que pasan por allí, seguras de que precisamente así un niño acabará dentro de sus cálidos y húmedos pliegues, esto no significa que la tribu no exista. Y si en algún lugar de Colmar, conocida en Rusia solo por ser la patria del asesino de Pushkin, el jabón de una jabonera se ha convertido en una medusa, pero yo no sé nada sobre eso, ¿acaso mi falta de conocimiento demuestra la imposibilidad de que un jabón se convierta en medusa? Y el que la anciana del séptimo lleve una semana sin tirar nada no significa que ella ya no exista.

Respuesta: Sigues igual. Es imposible hablar contigo en serio. Y si alguien dijo alguna vez que yo duermo como si estuviera nadando a crol y una vez, en medio del sueño, sentí que él

me tocaba la palma con los labios, cuidadoso, para no despertarme, ¿acaso esto no sucedió si sí había sucedido?

Pregunta: Creo que empiezo a comprender de qué estás hablando. Hoy, cuando regresaba a casa, he visto un gato atropellado en la carretera. Las ruedas del coche lo han aplanado como una hoja de papel. En nuestro mundo es plano, como una sombra en el asfalto, pero, en realidad, tiene volumen, tres dimensiones como nosotros, y en una página atrapa en un balcón copos de nieve con la pata.

Respuesta: ¡Por supuesto! El punto ve el renglón, para él es una línea y representa un plano para la mente. Alguien lee ahora ese renglón y ve la página, el plano, pero es solo un reflejo, la manifestación de un cuerpo con volumen, por ejemplo, de esa carpeta vieja encima de la mesa con la huella de una taza, o de esa palomilla que se vuele loca con la lámpara, de esa incómoda almohada de guata, de mí, de ti. ¿En qué piensas?

Pregunta: En que tú ya no estás en ningún sitio, solo en estas páginas.

Respuesta: ¡No me estás escuchando!

Pregunta: Perdona, sigue.

Respuesta: A ver, la sombra pensante comprende que no es más que el reflejo de un viajero del que no tiene conciencia, al que no puede ver ni oír. Ella está compuesta por el camino, la hierba, los escalones, las tablas, las paredes y cualquier cosa en la que caiga. Puede ser al mismo tiempo animal, planta y mineral. Pero lo importante es que en ella está el viajero. Y nosotros no somos más que la sombra de alguien de quien no tenemos conciencia, al que no podemos ver ni oír. Nuestro cuerpo no es más que la

sombra de otra existencia nuestra diferente, a ver, ¡tócame la rodilla!

Pregunta: Está áspera.

Respuesta: ¡Vale, aparta la mano!

Pregunta: Pero ¿quién es ese viajero?

Respuesta: ¿Y qué ganas con saberlo? El viajero, la nieve, el polen… son palabras. Lo importante es que ahí donde haya viajero, nieve y polen, nosotros somos un todo único. A ver, ¿cómo te lo explico para que lo entiendas? Mira, sientes que huele a chamuscado, es la palomilla, ha caído, se ha quemado las alas con la bombilla incandescente, y tras la ventana de nuevo ha empezado la lluvia nocturna, pero del cielo no caen gotas, sino letras: g, o, t, a, s. ¿Lo sientes?, el tamborileo en el alféizar y el olor de la palomilla quemada son letras. Y todos nosotros somos un todo único.

Pregunta: Qué mal huele por la mariposilla, hay que abrir la ventana para ventilar.

Respuesta: Ve, te espero.

Pregunta: La lluvia es serena, invisible. Cuando las gotas caen cerca de la ventana, en la luz de la lámpara, se enciende. Grandes, espaciadas, alargadas. Como si la vieja del séptimo me lanzara desde el balcón lápices blancos, que a nadie le hacen falta: los sujeta de uno en un por el extremo y los suelta.

Respuesta: ¡Ven, date prisa! Tengo frío.

Pregunta: Espera, es que estábamos hablando de otra cosa. ¿De qué?

Respuesta: Todo este tiempo hemos estado hablando de amor. Tú y yo nunca habíamos hablado de ese tema. Como si evitáramos esa palabra. Supongo que nos parecía

desproporcionada: ¿acaso se puede concentrar todo lo que sientes en una palabra reducida, cual embudo?

Pregunta: ¿Y qué podemos hacer? ¿Idear otra palabra? ¿Nuevos signos para las letras?

Respuesta: ¡Ya estás incordiándome otra vez! No se trata de la palabra. Llámalo con cualquier otra palabra, incluso viajero, polen o Dios, hasta ciempiés, por ejemplo. En una dimensión se había ocultado debajo de un ladrillo entre *phlox* hinchadas y pesadas por la lluvia; en otra, está por todas partes. El amor es un ciempiés especial del tamaño de Dios, cansado como un viajero que busca refugio, y omnipresente como el polen. Se viste con cada uno de nosotros, como una media. Nos han confeccionado a la medida de su pie y hemos tomado su forma. Anda gracias a nosotros. Y ese ciempiés somos todos formando una unidad. No tiene cien pies, sino tantos como tiene la humanidad. Está compuesto de nosotros, a modo de células, cada célula existe por sí sola, pero únicamente puede vivir por la respiración común. Solo que no somos conscientes de que vivimos en la cuarta dimensión, invisible e imperceptible, que es ese ciempiés-amor; nos vemos solo en la tercera, como ese gato extendido en la carretera que, en realidad, está vivo y atrapa copos de nieve con la pata.

Pregunta: Tienes los pies helados.

Respuesta: No me has escuchado, para variar. ¿Recuerdas que dije que de pequeña no terminaba de entender: «¿Para qué hacen falta esos pelos ahí abajo?». Y tú respondiste sin más: «Para dar besos».

Pregunta: Lo recuerdo. Hacía mucho calor y recorríamos el piso

desnudos. Habíamos ido a bañarnos y yo me había quemado con el sol. Dijiste que había que echar *smetana* en la piel quemada. Pero no había *smetana*, había kéfir. Tú declaraste que el kéfir no valía y yo respondí que daba igual, que lo importante es que estuviera frío. Me tumbé bocabajo y me embadurnaste la espalda con el kéfir helado del frigorífico. Acabábamos de hacer obras y en el suelo recién pintado había periódicos extendidos. Andábamos descalzos y los periódicos se nos pegaban a los pies sudorosos, tanto calor hacía, también al anochecer. Después nos fuimos al baño. Había una araña y tú la quitaste con un chorro de agua de la ducha. Tenía muchísimas ganas de quitarte, ya desnuda, el sujetador y las bragas de una piel blanca, casi azul en comparación con el moreno. Llenamos la bañera y tú te metiste, te tumbaste y en el verdor del agua tus piernas se volvieron cortas y curvas, como las patas de una rata. Las acaricié por debajo del agua, largas y esbeltas para el tacto húmedo, y pensé que justo así debía ser, puesto que eras mi rana-zarevna. Después, cuando las gotas que salían de mí cayeron en el agua, tú te inclinaste a mirar y dijiste: «Fíjate, se han coagulado como pequeñas nubecitas».

Respuesta: Todas mis amigas ya lo habían hecho, pero yo, antes de ti, nada. Hacía muchísimo que mi madre me había dado unas bolitas que había que introducirse en la vagina antes de hacerlo, pero ¿qué iba a hacer yo con ellas, con esas bolitas? Las tenía en el frigo. Lo abría para sacar la leche y veía las bolitas y venga a llorar… Tenía tantas ganas de amar de verdad, pegarme a un cuerpo, abrirme, adherirme con cada fragmento de piel, volverme del revés, atraparlo

en mi interior como una funda. Cuando te enteraste de que era una rana todavía virgen, te quedaste parado, ibas a decir algo, pero yo te tapé la boca con una mano: «¡Calla! ¡Quiero hacerlo!». Aun así, durante mucho tiempo no lo conseguimos, enseguida eyaculabas. Me lo extendía por la tripa, por el pecho, por las manchas del cuello, lo huelo, lo pruebo con la lengua, y sigo sin ser una mujer. Me presenté al acceso para Psicología, suspendí y me puse a trabajar en un vivar de la universidad. Antes me figuraba que en mi primera vez con un hombre todo ocurriría de forma bonita: en una habitación bonita, obligatoriamente con velas, y sonaría música bonita. La vida debía ser bonita. Después comprendí que la belleza es algo bien diferente. Me gustaba andar entre los barriles con ranas, junto a los anaqueles con gavetas donde pululaban ratones blancos. Además había tres monos, asustados, rabiosos. Hacían experimentos con ellos: atornillaban unas prensas especiales para inmovilizar, y así no se agitaban, y les enchufaban electrodos en la cabeza. En los descansos entre experimentos se quedaban en la jaula con mirada triste. Allí había sacos con nueces. ¿Te acuerdas?, ofreciste una nuez a través de la reja, el mono atrapó la nuez y te golpeó en la mano con todas sus fuerzas. Y miraba con ojos en los que, de repente, no había pesar, sino rabia. En el patio había hileras de jaulas con perros. Cuando uno empezaba a ladrar, los otros se enganchaban y entonces el ladrido se alzaba hasta el cielo. Yo debía ahogar a los cachorros, y tú viniste a ayudarme: llenábamos un cubo con agua, tirábamos a los cachorros y lo tapábamos con otro cubo con agua; hacíamos presión y el agua

desbordaba por el borde, empapándome los pies. Yo me hacía la fuerte, pero se me saltaban las lágrimas. Tú dijiste para consolarme: «Pero, bueno, no llores. Después esto se puede incluir en algún sitio, en algún relato». Dijiste algo tan disparatado que me atravesó una lástima tan aguda, tanto amor por ti, que me entraron ganas de apoyar tu cabeza en mi pecho, de apretarte como a un niño. Había que llevar el heno que se apilaba en la última jaula vacía. Fuimos hasta allí y no me contuve, te ceñí, te estreché, te besé y derribé. Esa era la auténtica belleza: el olor del heno punzante, el ladrido celestial, tú dentro de mí por primera vez, y el dolor, la sangre y la alegría.

Pregunta: ¿Y recuerdas ese día, cuando el álbum te tapó los muslos como si fuera una falda? Después te fuiste al cuarto de baño, yo pensaba que querías darte una ducha, pero no había ruido del agua, solo se oía que buscabas algo en el armarito donde estaba el champú, las tijeritas y frasquitos varios. Estaba tumbado prestando atención a los ruidos del baño, adivinando qué podías estar haciendo allí, miraba tu sandalia petrificada en el sillón, tú habías sacudido el pie para quitártela deprisa mientras nos desnudábamos, y había salido volando. Estaba tumbado y pensaba en que otra vez no me había preparado las clases de la facultad, estudiaba en el instituto de lenguas y había que hacer ejercicios para todas las clases, como en el colegio. Y ahí estaba, tumbado en mi diván viejo y hundido, que chirriaba con cada movimiento —mejor dicho, ni siquiera chirriaba, sino que gritaba, parecía decir, eh, vosotros, ahí arriba, parad inmediatamente, que estáis haciendo el amor y yo estoy a punto de venirme abajo, ¡las patas se

tambalean!—, y te esperaba y pensaba: que le den a los verbos irregulares. Entonces saliste del baño y te quedaste parada en el umbral del cuarto. Sonríes: «¿No notas nada?». Te miro, de pie, apoyada en el quicio, las manos detrás de la cabeza con los codos hacia fuera, mueves ligeramente una rodilla para colocar los dedos de un pie sobre los dedos del otro. Miro el pequeño jirón membranoso y rosado debajo de tu clavícula, los gránulos de tus pezones, el oscuro ovillo por debajo de la tripa —como si estrecharas algo entre las piernas y lo sujetaras: una manopla o un calcetín de lana—, y entonces me di cuenta de que no tenías ombligo. Me levanté, me acerqué y me fijé en que te habías tapado el ombligo con una tirita. Una tirita del color de tu cuerpo y que de lejos no se notaba. Te atrapé los brazos y quise hacerte girar, pero ¿cómo hacerte girar en ese cuarto diminuto? Perdimos el equilibrio y caímos sobre el diván. ¿Recuerdas que se desmoronó debajo de nosotros con un crujido? Tú te morías de la risa y yo quité la tirita de tu tripa, tenía unas ganas mortales de decir ahí, adentro, a la uvita que sobresalía en tu ombligo, cuánto te quería.

Respuesta: ¡También te arañaste el labio con uno de mis pendientes! Enséñamelo. No, no se ve nada.

Pregunta: Y me gustaba mucho ir a verte al vivar. A nuestra jaula.

Respuesta: Al principio allí me gustaban todos, pero al final ya no podía hacer nada. Recogían a los perros en la ciudad y los traían asustados, medio muertos. Para mantenerlos había designados diferentes artículos, carne, pero la carne la saqueaban a todas horas, y se alimentaba a los perros con carne canina. Mataban a uno, lo hacían pedazos y se lo

lanzaban a los demás. Me dije que el último día de trabajo, justo antes de irme, abriría todas las jaulas y dejaría libres a todos esos infelices. Una vez me quedé hasta muy tarde, era finales de otoño, oscurecía pronto y hacía tanto frío como en invierno. Resultó que ese día todas las jaulas estaban vacías, solo quedaba un perro. Empezó a ladrar varias veces, pero nadie le respondía. Así que se puso a aullar. Y yo hui a toda prisa para no oír ese aullido. Quizá se sentía el último perro del mundo. Llegué a casa, a la de una habitación que alquilábamos por entonces en Beliáievo, tú no estabas y me puse a revolver tu ropa, a olfatear tus mangas, a pasarme tu suéter por la cara; me puse una camisa tuya. Recorro el piso y amo, no puedo dedicarme a nada más. Tú no estás allí conmigo, pero no importa, estoy tan repleta de amor por ti que ningún otro pensamiento, ni siquiera uno diminuto, se me cuela dentro. Mire donde mire, te veo a ti. Son simples arrebatos de felicidad. Rechina el radiador de la calefacción, ¡qué rechinido tan reconfortante! Por el ventanillo se cuela el aire helado, ¡y lo bueno que es! Esa bufanda tuya… ¡qué suavidad para mi cuello! Por la ventana veo a dos personas que, bajo una farola, hablan intercambiando ovillos de vapor, ¡vaya idioma tan magnífico se han inventado! Y así obtengo placer de cada sensación, solo porque siento, veo, toco. Solo me falta llorar por una existencia plena, y me voy a freír patatas con cebolla —llegarás pronto— y lloro por la cebolla, pero para mí, en ese momento, es exactamente lo mismo.

Pregunta: Espera, se me ha dormido un brazo. Apoya la cabeza en mi pecho.

Respuesta: ¿No te pesará?

Pregunta: No. Habla.

Respuesta: Pensaba en ti y comprendía que ese amor era el primero y el último, no lo había habido antes y no lo habría más. Antes no había existido y después no existirá: los huesos de guinda, el kéfir en tu espalda quemada, la tirita en mi tripa que no quería quitarse. O acuérdate de esta tarde en el Kliazma, cuando veíamos un caballo debajo de un manzano estirando los labios hasta una manzana y una nube que se había acumulado le cambió la capa. O que antes de dormir leías en voz alta algo placentero sobre los mitos: al principio los aniquilaban a todos, salvo a un niño al que salvó y alimentó una loba, después esta se convertía en su esposa y le daba nueve hijos. Tú leías y te enrollabas mi pelo en un dedo. Yo susurraba mientras me quedaba dormida: «¿Es para que no me escape en sueños?». Tú asentías con la cabeza y seguías leyendo sobre cierta divinidad que había nacido de la axila de otra. ¡Así que ese dios recién nacido soy yo! Me acurrucaba en tu axila, me estrechaba contra ti, como si acabara de nacer de tu axila. Y ya dormida oigo que alguien concibe por un golpe de una paloma en la cara.

Pregunta: Cuenta, ¿adónde te ibas nadando mientras dormías, un brazo por delante, debajo de la almohada, y el otro detrás, con la palma para arriba?

Respuesta: ¿Cómo que a dónde? ¡Contigo! Lo que más miedo me daba es que todo se terminara. Había leído en algún sitio lo del juego del «no» y empecé a prepararme: cuanto menos cariño, menos duele vivir. Un medicamento contra la dependencia. Automedicación: relajarse, hacer tiempo,

cerrar los ojos. Imaginarse algo que está cerca, un vaso vacío en el borde de la mesa. Mi madre tomaba medicinas y en los bordes se quedaban las huellas de sus labios. El vaso se cayó al suelo y se rompió. Eso trae buena suerte. En el armario, el álbum con las fotos de cuando era pequeña. Se pueden tirar. O quemar. Coges una sartén, la pones en el fuego y las vas quemando de una en una. En un platillo bonito de la abuela, junto al espejo, mis anillos y pendientes. Llegó un bandido, el plato se vació. No pasa nada. Así no te arañarás más con el cierre del pendiente. Los esquíes están en el retrete, por la escasez de espacio, ¿dónde ponerlos, si no? Regresé en verano de la dacha y los había roído un comesquíes. Los palos de esquí se los puedo dar a los niños del vecino, harán *wigwams* con palos y mantas. Mira, mi pie está apoyado en la pared: los dedos se separan y luego se juntan, como si el pie rascara la espalda del empapelado. Me caeré debajo de un tranvía y me amputarán esa pierna, voy a saltar con muletas, me harán una prótesis, podré andar con pantalones y no se notará, pero también me apañaré sin pierna. Mira mi madre, mi querida, buena y tonta madre. No le salió la vida con la que había soñado, le parecía que su vida era un borrador para mí y que yo la reescribiría de nuevo, la pasaría a limpio: me casaré, todo será como tiene que ser, una familia y un hijo de un marido amado y amante, y todo de verdad. Uno de mis primeros recuerdos: mi madre llena la bañera caliente, agua hirviendo, en verdad era agua hirviendo: la había hervido en cacerolas y en el hervidor y la vertía en la bañera llena de agua caliente, espolvorea mostaza seca y, entre chillidos y lamentos, se

mete dentro. Después, cuando sale, está toda arrugada, roja carmesí. Durante uno de esos baños, ella me escaldó sin querer. Mamá contaba que, cuando se quedaba embarazada y después abortaba, tenía sentimientos encontrados, pena por el no nacido y otro bien distinto: se sentía una mujer entera, en toda regla. Y, por el contrario, cuando no se quedaba embarazada, le parecía que algo no estaba bien en ella, que no estaba entera, que no podía parir. Cada embarazo era una señal para ella: todo está en orden, todo está bien. La siguiente vez podía prepararse para un parto de verdad, para dar a luz a su hijo. Y entonces yo me imagino que mi madre muere. Más tarde o más temprano es algo que debe suceder. Se me oprime el pecho, donde el corazón, pero sé que también superaré esto. De pronto veo un entierro crepuscular y nevado. Alguien dice: que la tierra le sea leve. Yo tiro al hoyo al que la han bajado un gurruño congelado de arena. Choca con brusquedad, sonoro, da unos pequeños saltos. Como si le hubiera lanzado una piedra a la muerta. Por todo su amor por mí. Me afloran las lágrimas a los ojos, pero no hay nada que hacer, que así sea, toca vivir sin ella. Y entonces me imagino que te pierdo a ti. Ni siquiera me da tiempo a pensar qué puede haberte pasado, qué desgracia puede haberte llevado, y la vista se me nubla, mi interior se retuerce, incluso los pómulos se me hunden del miedo que me atraviesa de pronto, del repentino vacío, de la soledad helada. En un instante dejo de ser persona y me convierto en una media tirada en un basurero nocturno e invernal.

Pregunta: Hace calor. Vamos a quitar la manta. Así. Dime, querías abrir todas las jaulas antes de irte, ¿lo hiciste?

Respuesta: Claro que no. En esas jaulas al menos vivían. Habrían muerto todos envenenados. Quería contarte tantas cosas y ahora me he pegado a ti y se me ha olvidado todo. ¡Recuerda tú algo más!

Pregunta: Una vez contaste que durante mucho tiempo pensaste que los niños nacían por el pompis, porque un verano en el pueblo viste un potro naciendo por debajo de la cola de un caballo.

Respuesta: Supongo que te asfixiaba mi amor. Simplemente era demasiado para ti. Suele pasar: un ser humano ama sin sospechar nada, y el otro siente asfixia ante ese amor. De repente me muero de añoranza por ti y te llamo por teléfono, pero tú: «¡Ahora no puedo hablar!», y cuelgas. Vuelvo a llamar. Vuelves a colgar. Vuelvo a llamar, sin cesar. Tú no comprendías que lo único que yo necesitaba era escuchar: «Te quiero». Y ya, no habría seguido llamando. Pero así hacía que te enfurecieras tú. Y yo. Tú escribías una novela infinita y me leías fragmentos, yo no comprendía nada, pero me gustaba muchísimo. Si me hubieras leído las instrucciones para instalar una lavadora, también me habrían parecido maravillosas. Una vez apuntaste que yo había sacado por el rabo un ratón blanco de una gaveta, y que todo un puñado se había aferrado a él, tenían los ojos como arándanos, y dijiste: «Podrías desaparecer, pero si yo te escribo, permanecerás».

Pregunta: Y tú te echaste a reír: «¿Adónde puedo ir yo y desaparecer? Pero si tú te olvidas el cuaderno en el metro, ¡se acabó! No sé cómo no lo entiendes: ¡un solo cabello mío que se queda en la almohada cuando me voy por las mañanas es más real que todas tus palabras juntas!».

Respuesta: Yo pensaba todo el rato en nuestro futuro, y empezó a dar miedo, porque una no debe enamorarse por primera vez y arrastrar ese amor por toda la vida. Así que en algún momento debe terminar. Y otra vez me ponía a jugar al «no». Después comprendí que así solo atraía la infelicidad. La llamo cuando me la figuro y le tengo miedo. Y, en efecto, me rompí: no un pie, cierto, pero sí un brazo. Iba con un yeso en cabestrillo. Me venía muy bien para cascar nueces. Después, cuando mi madre murió, todo fue como yo me había imaginado: el cementerio cubierto de nieve en el crepúsculo, alguien dijo: «Que la tierra le sea leve». Tiré al hoyo al que acababan de bajarla un gurruño congelado de arena. Chocó contra la tapa del ataúd con brusquedad, sonoro, saltó, como si hubiera tirado una nuez. Y cuando tú te fuiste, yo aullaba justo igual que ese perro al que dejaron que se congelara en la jaula. De pronto comprendí a mi madre: de qué la salvaba el amor cada vez, de ese frío helador. Porque es imposible quedarse cara a cara con esta soledad universal, con una misma. Debía morir de amor todos los días para no palmar del miedo a la jaula helada. Yo tenía un miedo terrible a perderte y pensaba a todas horas en las otras que tendrías después. ¿Cómo son? ¿Acaso es posible que te quieran más que yo? Brotaban los celos y la envidia: en mi lugar, ellas van a estrecharse contra ti como yo, a besarte como yo, a tocarte por todas partes como yo. Después llegó un pensamiento sencillo: ellas simplemente van a repetirme. Tu amor por mí será como un patrón para ellas. Todas las veces me amarás a mí. Cuando lo comprendí, incluso dejé de tener celos de ellas, se volvieron casi familiares. E incluso un poco yo,

porque por las mañanas ellas también van a oler a ti. Es decir, que no van a ser completamente otras, sino un poco yo. Como si tú y yo no nos hubiéramos separado, sino que nos encontráramos una y otra vez.

Pregunta: Perdí el cuaderno en algún sitio, cierto. Me pareció que había llegado el fin del mundo, había tantas cosas importantes ahí. Aunque imagino que no era importante. Esas palabras no están, pero tu pelo en mi almohada, míralo, me lo enredo en el dedo.

Respuesta: Una vez que mi madre estaba gravemente enferma, ella y yo estuvimos hablando de mi padre y de los otros, y ella me dijo que puedes dejar de amar solo si no has amado, y que al que has amado una vez vas a seguir amándolo a través de muchos otros. Así lo dijo: «¡Estaría bien reunirlos a todos! ¡Estrecharlos a todos contra tu pecho! Los sentaría a todos a la mesa y les daría algo rico de comer, como a unos niños». También dijo que solo la distancia entre los puntos A y B se mide en kilómetros, pero que la vida se mide en personas, hay que absorber a las personas y nunca desaparecerán aquellas a las que hayas amado, ellas vivirán dentro de ti, tú estarás formada por ellas. Y esto es el paso de la vida. Entonces, después del verano en la costa de Riga, lo que menos quería en este mundo era ser como mi madre. Quería no parecerme en nada a ella. Y a veces, espantada, me pillaba pensando que comprendía y sentía todo lo que alguna vez ella había comprendido y sentido. Por ejemplo, tú y yo nos queríamos y, en mi cabeza, que quizá mi madre había querido a mi padre justo así cuando yo ya estaba por allí cerca, en este mundo. Y yo te abrazo de la misma manera, mis dedos te

recorren las vértebras de la espalda, te sujeto con las piernas, igual que entonces ella a mi padre. Y experimento las mismas sensaciones que ella. En ese momento ella y yo nos conectábamos de repente, nos fusionábamos. Si incluso tú tienes debajo del omoplato un lunar como el que tenía mi padre. Mi madre decía que toda su vida había estado buscando a una persona, a su primer amor. ¿Quizá él también tenía un lunar debajo del omoplato?

Pregunta: Quizá la mitad de la humanidad tenga un lunar debajo del omoplato. Simplemente nadie ha mirado.

Respuesta: Vamos, dime si has tenido, aunque sea una vez, la sensación de que eras tu padre.

Pregunta: Nunca. Bueno, una vez, sí. Poco después de que muriera. Estaba en un tren, en invierno, ya era tarde, de noche. No puedo dormir por el ambiente tan cargado y me voy a la plataforma, a estirar las piernas, a respirar. Me abro paso hasta el final del coche cama abierto, pies y brazos por todas partes, ronquidos, gemidos somnolientos, aire viciado, mal olor. El pasillo es estrecho, el vagón se sacude, yo me agarro a las barras, están frías y como sudadas. Salgo a la plataforma, está todo cubierto de hielo, la puerta del siguiente vagón no se cierra, el estrépito, los topes que se agitan, el hierro que rechina… Y, encima, esa oscuridad, ni una sola bombilla funciona. De repente el frío me envolvió, la añoranza me abrumó. Y, por un instante, ese vagón estruendoso me pareció un submarino y que yo era él, mi padre. Él y yo nos convertimos en un todo único. El tiempo y todo lo demás se había convertido de repente en nada, en polvo. Yo era mi padre. El submarino traqueteaba como si alrededor estallaran cargas de

profundidad. Regresé deprisa al vagón maloliente, agobiante. En el estrecho pasillo me encontré con el jefe de vagón, venía directo hacia mí con un hacha. Me sentí perdido, pero él iba al retrete a partir ciertas inmundicias estancadas por el hielo.

Respuesta: ¿Sabes quién ha vivido antes que tú en este piso?

Pregunta: No. Un viejo.

Respuesta: Tú viviste antes que tú en tu piso. Y de la misma manera escuchabas por las noches el sonido de la escoba, la vocecita de muñeco, otra vez el vecino que no duerme. ¿Por qué no hablas con él?

Pregunta: Ya he escrito sobre él.

Respuesta: Está solo.

Pregunta: Esta casa está pensada así. Únicamente pisos de una sola habitación. Celdillas para convertirse en crisálidas tranquilas.

Respuesta: ¿Pero con quién va a compartir el viejo sus inquietudes o alegrías? ¿Y el día de mañana? ¿Y que va a haber tormenta, que pronto llegará el otoño?

Pregunta: ¿Qué pinta aquí el viejo? Estábamos hablando de amor.

Respuesta: Y seguimos hablado. ¿Has comprendido quién te tira lapiceros blancos desde arriba?

Pregunta: ¿Qué hora es?

Respuesta: ¡Eso mismo! Los minutos y los años, todo esto son unidades desconocidas de la vida que designan lo que no existe. El tiempo se mide por un caballo que ha cambiado de capa mientras alarga los labios hasta una manzana. El tiempo, como una máquina de coser, zurce con un renglón irregular la jaula de perros caliente, llena de heno, y el vagón vacío del metro con una libreta olvidada, el runrún

de los lápices cayendo tras la ventana y esta sábana liada como un cordón. Y ese libro que está tirado en el suelo, que se puede abrir enseguida por la última página y leer que los viajeros cansados, habiendo pasado todas las pruebas, habiendo perdido y hallado, desesperados y creyendo, con los pies desollados y el alma arañada, endurecidos al tacto y maduros para el amor, llegan al final de su largo viaje, a ese mismo mar suspendido sobre el tirante horizonte por lejanas velas, como pinzas de la ropa, y bañados en lágrimas se arrojan en brazos del otro y gritan cualquier desvarío, pues se han vuelto locos de felicidad.

Pregunta: Pero si ya se ha puesto el punto en la última página del futuro, ¿eso significa que ya no se puede modificar nada? ¿Y si se quiere corregir algo en la vida? ¿Regresar a alguien? ¿Terminar de amar?

Respuesta: Al contrario, en cualquier minuto se puede modificar incluso algo que ya haya habido. Cada persona vivida por ti cambia todo lo anterior. El signo de interrogación o de exclamación tienen la fuerza de darle la vuelta a una frase y al destino. El pasado es eso que ya nos es conocido, pero se modifica si se vive hasta la última página.

Pregunta: Entonces, ¿se pueden pasar las páginas hacia atrás? ¿Y la nieve va a caer hacia arriba? ¿Akaki Akákievich va a recortar con una pluma cada letra del manuscrito y a sacudirlas dentro del tintero? ¿Una generación tras otra va a resucitar de sus tumbas y Jesucristo matará a Lázaro? ¿El agua y la tierra firme, la luz y las tinieblas volverán a la palabra?

Respuesta: ¿Por qué nunca te tomas en serio mis palabras? Has

comprendido lo que quería decir: en la misma página siempre va a pasar lo mismo. Y si mi madre todavía estuviera viva y yo la ofendiera muchísimo, después me acercaría y la abrazaría, me pegaría con fuerza a ella y nos quedaríamos de pie en la cocina, ahora estamos justo así, y hundiría la cara en el cálido triángulo del moreno sobre la franja blanca del pecho. Y si un febrero tú y yo vemos la nieve caer sobre un caballo de bronce y, a veces, los copos empezaran a volar hacia arriba, entonces ahora tendría una gualdrapa de nieve en el lomo. Y si alguna vez tuve un ataque de felicidad por nada, simplemente porque sí, porque nunca me había gustado peinarme y ahora me peino el pelo después de lavarlo, bajando la cabeza y echándolo hacia delante, me paso el cepillo de madera y las púas-cerillas se abren paso en la espesura con chisporroteos, con crujidos, con chillidos, pues también ahora en ese cuarto de baño me ahogo de felicidad por nada, porque tú existes, porque las cerillas del cepillo me peinan, cual garras afiladas, la piel de la nuca, porque tengo la cabeza para abajo y el pelo recién lavado me cae formando una cortina pesada y olorosa y porque es numeroso, tupido, húmedo y tenaz, como la vida.

Pregunta: ¿Pero cómo no entiendes que todo eso es imposible?

Respuesta: ¿Por qué?

Pregunta: Porque te enseñaron a cortar a lo largo y no a través.

Respuesta: Una tipa loca y encorvada estaba en la calle y bisbiseaba a todo el que pasaba: «¡Vas a morir pronto!». Yo quería pasar pitando, huir, volverme invisible. Ella es vieja y no lo sabe: el mundo está dispuesto de tal forma que desaparecer en él es imposible, si desapareces aquí,

apareces en algún lugar, en otra celdilla de una habitación para solitarios, en un pliegue mojado y caliente, en tu propia vida muchos años antes. Si desapareces de la superficie, es que te has zambullido de cabeza y en breve saldrás de nuevo. De todas formas, el ser humano no es capaz de ser consciente de que no existe. No se ha contemplado para eso ningún órgano de los sentidos. Mi madre no sabía, no comprendía que ya no estaba. Murió mientras dormía, se quedó dormida y no se despertó. Todavía ahora duerme. Y yo no sabré, no comprenderé que ya no estoy. No tenemos la libertad de desaparecer. Tú regresarás en mí. Y yo regresaré en ti. Ya ves, somos libres de regresar a cualquier punto y a cualquier instante. La libertad más dulce es la libertad de regresar precisamente a donde fuiste feliz. Regresar a ese instante donde el regreso merece la pena. Hojeo la vida y busco en ella ataques de felicidad. Y ahí donde una vez por poco no me ahogué de amor, ahí puedo pararme y cerrar el libro.

Pregunta: ¿Regresarás a mí?

Respuesta: No.

Pregunta: ¿Cómo que no? Si ya has regresado a mí. Te estoy abrazando, inspiro el olor de tu cabeza. Tú respiras, resoplas un poco mientras te quedas dormida en mi axila. Siento en las almohadillas de los dedos las suaves membranas de tu epidermis de rana en el pecho. Te has rascado la tripa en el lugar donde estuvo la tirita. Y ahora me enrollo tu pelo en el dedo para que no te escapes en sueños.

Respuesta: No.

Pregunta: ¿Por qué?

Respuesta: Porque ahora estoy en otro sitio bien distinto. Una playa lisa, del Báltico, medio vacía. Estoy sentada en la arena, en el borde del mar, frío, apenas vivo. Salpica un poco, relumbra un poco bajo el sol. Por delante los gritos de las gaviotas, por detrás los sonidos del impacto de una pelota, están jugando al voleibol. Alguien pasa a mi lado observando las algas arrojadas a la orilla, busca ámbar. Las conchas crujen bajo sus sandalias. Sé que ahora habrá tres olas enclenques y sin fuerza. Pero después la mía, la cuarta, la esperada, se concentrará, se arqueará, llegará hasta mi pie, se meterá los dedos en la boca y me hará cosquillas en el talón con la arena.

25 de julio de 1926

Hoy he visto en Printemps este cuaderno con una maravillosa encuadernación grabada y no me he resistido, lo he comprado. Voy a llevar un diario otra vez, cierto que intentaré no anotar mi entusiasmo por el Sena, Notre Dame, los museos, la torre Eiffel y todo lo demás. Después de dos semanas en París, todos esos ayes y oes simplemente se han agotado.

Necesito el cuaderno para anotar las sensaciones que nadie, excepto yo, ha vivido, vive y va a vivir nunca. Porque lo que me sucede ahora me pertenece solo a mí. ¡A mí! De repente sentí que mi yo anterior había empezado a desaparecer, se vuelve transparente y otra vida brota a través de mí. De repente mi cuerpo pertenece a alguien más. Ya no existo por mí misma.

A veces me parece que una sección de mi vida terminó con un silencio inesperado, sin aplausos. Un telón pesado, tupido, me ha apartado de todo lo anterior y del presente, que de pronto está repleto de toda clase de tonterías innecesarias. Y lo más importante

y valioso que pueda existir ya está en mi interior. Es algo que todavía nadie sabe, excepto Iósif y yo. Todos andan a la caza de minucias. Y dentro de mí, mi guisante. Así lo describió Iósif cuando intentábamos adivinar quién se oculta en mi hondura, un niño o una niña. Un guisante. Ya me gobierna, también mi cuerpo. Todos mis deseos, antojos, caprichos, pasiones, nada de esto es ya mío. Mi cuerpo es el idioma del guisantito.

Mi madre contaba que, cuando estaba embarazada de mí, tenía unas ganas terribles de arenque con uvas. Ahora yo camino por París y aspiro como una loca el olor de los coches. Antes no podía soportarlo, pero ahora me paro junto a la fila de taxímetros y olfateo y olfateo. ¡Qué maravilla el olor a gasolina!

Dicen que los padres judíos son los mejores padres del mundo. ¡Cuánta paciencia y hombría tiene, qué solícito es mi Iósif!

Estoy muy contenta de que esa horrible fase de náuseas se terminara antes de que saliéramos para París. Tenía unas náuseas terribles en ayunas y, nada más despertarme, Osia me insuflaba una cucharita de té dulce, cargado y frío. Es sorprendente, pero ayudaba. Pero después de desayunar ya nada ayudaba. Qué repugnante y qué humillante era sentarse, como si siguiera un horario, delante del barreño que Iósif me traía. Me parecía que ya no había nada, pero seguía devolviendo. Después, vaciada y consumida, me tocaba guardar cama.

Venía al médico conmigo, anotaba las recomendaciones y me pedía que las cumpliera todas. Entonces empecé a llamarlo no Ósik, sino Abejita. Las avispas[26] son insectos siniestros, pero Osia se desvela por mí como una abejita.

Quería haber escrito la fecha, pero he caído en que aquí he perdido por completo la cuenta de los días. Mejor dicho, ahora el tiempo se

mide de forma muy diferente. Sé que estoy en la semana dieciocho y todo lo demás carece realmente de importancia.

Me he comprado una cinta métrica de costura y todas las mañanas mido cuánto me ha crecido la tripa. Todavía no se nota mucho. Lo notan solo mis vestidos, cosidos en la cintura.

Osia está trabajando, ahora me paso los días enteros entregada a mí misma. Tomo té, me arreglo, me voy a pasear por París.

Los primeros días no podía pasar tranquila junto a las tiendas. Ya de camino, en Berlín, me sentía una zarrapastrosa: mis zapatos, mi falda eran horribles. Y aquí no solo los museos son palacios, también las tiendas. El primer día entré en uno de esos palacios y me convertí en una estatua de sal: por fuera todo era cristal y níquel, pasas la puerta giratoria y, por dentro, todo también cristal, níquel y maderas preciosas. ¡Y cuánto de todo, vistoso, colorido, bonito! Qué gozo caminar por las salas infinitas y tocar, acariciar esas olas de sedas: el frufrú, el brillo, el aflujo. Antes de nada quise comprar ropa interior: fina, elegante, con encaje y puntillas. Allí mismo, en la tienda, me cambié y tiré las medias horribles, las calcillas simplonas, la combinación, con una mueca de asco que me vi en el espejo y me entró la risa. ¡Y qué bien me sentí de repente! ¡Qué importante es sentirse una mujer bien vestida! ¡Y qué agradable llevarte a casa las cajas y paquetes vistosos!

Osia me ha regalado una guía, siempre la llevo conmigo, pero me gusta andar sin más, a la ventura, mirar los escaparates, a la gente. Hoy he acabado en una calle con un nombre fabuloso: Cherche-Midi. Qué estupendo fue: ¡medio día buscándola! En el gimnasio estudiábamos ese refrán con nuestra María Iósifovna y, aquí, de pronto: ¡una calle!

¡Cuánto me gusta París cuando luce el sol! No es una ciudad, sino un bazar alegre, todo se vende en la calle: frutas, verduras,

flores. Y por todas partes esas *baguette* alargadas y los *croissant* vaporosos, crujientes. No me reprimo: compro. Tengo ganas de comer a todas horas. Y a cada paso, establecimientos de *bliny*: *crêperie,* ¡esto no es vida, sino una fiesta! Me metí a un café a descansar, abrí la guía y… ¡resulta que era el célebre Le Procope!

Una vez, en Lafayette, me paré frente a una ventana y me pareció que no era una ventana, sino un cuadro. ¡Esta ciudad está toda pintada por los impresionistas! Me encanta pasear por las calles donde exhiben sus trabajos los pintores callejeros. Colocan unos biombos y cuelgan en ellos los cuadros. Exposiciones callejeras de verdad. Los americanos compran uno detrás de otro. Osia me explicó que, si ahora compras algo por casi nada, dentro de 20-30 años puede costar toda una fortuna. Yo quiero pedirle que compremos algo. No para esperar treinta años, claro. ¿Para qué quiere nadie una fortuna dentro de treinta años? ¡Dentro de tantos años puede que no haya nada ni nadie! Simplemente miras y, a veces, ¡me gusta tanto! Pero sé que ahora tiene dificultades con el dinero. Y no será capaz de decirme que no. ¡Mi buen Ósik!

Hoy los pintores miraban todo el rato al cielo: ¿lloverá o no? Imagino lo que será para ellos poner a resguardo sus cuadros. ¡Y a mí me encanta la lluvia! En esta ciudad la lluvia es especial. París está muy hermosa cuando llueve, sobre todo por las tardes, como ahora, cuando en el pavimento húmedo flotan los reflejos de las luces eléctricas.

Día gris, sombrío. Con lluvia desde la mañana. No he ido a ningún sitio. He cantado y he estado todo el día leyendo.

Ni siquiera canto para mí, sino para el guisantito. Dicen que entre los gitanos es costumbre cantar delante de la tripa de una futura madre, inculcando así musicalidad antes de nacer. ¡Guisantito!

Tienes que ser muy musical. Y cuando crezcas un poco, vamos a cantar juntos o yo te acompañaré y tú cantarás.

Y para que estés rodeado de todo lo hermoso que hay en este mundo, no solo de música, todo el rato te llevo a museos. Porque junto conmigo te quedabas pasmado de entusiasmo en el Louvre, con Rodin, en el Cluny, ¿a que sí? ¿Recuerdas cuánto nos gustó la *Dama con unicornio*? ¡Una hora nos quedamos allí sentados! Y todavía pasamos a verla, ¿verdad?

¡Señor, qué largo se hace el día! ¡Ojalá Osia llegue pronto!

Qué sentimiento tan maravilloso: esperar al marido. Llegará a casa agotado, hambriento. ¡Mi marido! Suena bonito: mi marido. ¡Qué feliz soy con Iósif! ¡Cuánto me cuida! A mí y a nuestro guisantito. ¡Cuánto desvelo y amor! Todos los días, antes de irse a la oficina, se levanta antes, lava y pela una zanahoria para mí y el guisantito. ¡Es tan tierno!

He paseado mucho, hasta Trocadero. Estoy cansada. Todo el tiempo en algún lugar un trueno retumbaba de nuevo.

Observaba los escaparates y los comparaba con Berlín. Ahora me parece que allí todo era seco, sin gusto, insulso. ¡Pero aquí! Los escaparates de corbatas son como jardines, paisajes, tornasoles, cascadas, afluencia de color. Los perfumes…, todo un mar, primavera. Y todo ese contraste de telas, terciopelo, seda.

Intento pasear todos los días, a pesar del tiempo, el guisantito necesita aire libre. Y fiestas. ¡Están siempre de continua fiesta! Cada dos semanas, en dos de los cuarenta distritos, fiesta en las calles: mercados, montañas rusas, carruseles, casetas de tiro, barracas, magos, malabaristas…

Y qué agradable fue la fiesta que los parisinos organizaron por nuestra llegada a la Gare du Nord. ¡Toda la ciudad amontonada en

las calles! Las multitudes avanzaban y cantaban su *Marsellesa.* A París hay que llegar siempre el 14 de julio. Tantísima gente y en ningún sitio guardias o soldados. Las parejas andan abrazadas, ¡todos sonríen a todos!

Suelo ir a los jardines de Luxemburgo. Creo que es el jardín más bonito del mundo, sobre todo con sol. ¡Y allí todo es tan fácil, te sientes tan libre! Uno mastica un bocadillo, otros se besan. Para los franceses besarse en la calle parece ser la misma necesidad vital que comerse un bocadillo. Y me entran ganas de estar así con Iósif, comer bocadillos y darnos besos. Me encanta ver a los ancianos jugando a la petanca. Me parece que ya los conozco a todos, me hacen un gesto de saludo con la cabeza.

¡Y cuántas madres jóvenes con niños! Creo que todas las mujeres de París están embarazadas o han parido hace poco, ¡qué de cochecitos! Ahora, cuando paseo y me encuentro cochecitos, me dan ganas de echar un vistazo dentro.

Ayer en un banco tenía sentada al lado a una madre con su hijo y leía. El chupete se cayó, el pequeño empezó a gritar, ella lo levantó, lo lamió y se lo volvió a poner. ¡Qué divertido! ¿De verdad a ti y a mí nos pasará todo eso, guisantito?

Y otro chiquitajo, algo mayor, no lograba bajar por una pequeña escalera delante de una fuente. Se dio la vuelta y se arrastró sobre la tripa por los escalones.

No es un jardín sin más, sino uno real. Paseas por las alamedas y todo el rato te encuentras con reinas: Ana de Bretaña, Margarita de Provenza. Aquí Blanca de Castilla y allá, Ana de Austria. Ayer estuve sentada enfrente de Margarita de Valois. El sol salió un minuto y por su vestido empezaron a saltar manchas de luz, como si ella hubiera decidido colocarse los largos pliegues, y yo pensé que esas mujeres, mientras esperaban a sus guisantitos, experimentaban

lo mismo que siento yo ahora. De pronto, eso nos acercó, ¡nos unió! Seguramente esas reinas también sintieron que todo su reino, en comparación con esa sensación del guisantito creciendo dentro, era una tontería insignificante: dentro crece un mundo que es más grande y más importante que todos los reinos y repúblicas juntos.

A las siete de la mañana me ha despertado una tormenta. Y ahora, mientras escribo, otra tormenta.

Vivo en París, en el centro del mundo, y me ha tocado relacionarme con Liúbochka. Ayer estuvimos dos horas paseando juntas, después me dolió la cabeza hasta la tarde. Liúbochka no habla, pía. Y lo hace sin parar. Pero al menos me relaciono con alguien.

Me mostró dónde habían matado en mayo a Petliura, está en la esquina de Racine con Saint-Michel.

Me contaba que la habían llevado al hospital en la semana ocho por una abundante hemorragia, y todos pensaban que tenía pocas oportunidades de seguir con el embarazo. Le agujerearon tanto las esmirriadas nalgas que luego estaban negras de los moratones y hematomas, y solo la salvó aplicarse hojas de col.

La primera vez se lanzó a casarse «por joven y tonta», y se separó después de que su marido la contagiara de gonorrea. El pequeño tenía solo cuatro meses.

Trabajaba en la editorial estatal junto con una dama ya madura que estaba todo el tiempo venga a fumar. Era la «hermosa dama» cantada por el poeta, Liubov Dmítrievna Blok. Me lo contó para hacerme reír. Pero yo sentí una tristeza y desagrado terribles.

Está casada con el secretario de la misión comercial. Lo he visto a él una vez, me pareció simpático, pero, después de hablar con ella, abrigo la impresión de que no siente ningún amor por él.

Liúbochka habla por los codos, a la media hora empieza a dolerme la cabeza y ya no puedo responder. Aunque a ella no le hace falta. Hoy me ha contado que estaba planchando en casa, ya aquí, en París, y que de pronto sonó el timbre. Un joven, francés, que se presentó como poeta, vendía sus poemas como un repartidor. No pudo echarlo, le dio pena. Regateó un poco y él le dio por un franco un poema muy cortito. Él se fue, ella lo leyó… ¡El poema era fantástico! Al instante se enamoró de él. Decidió que ese era su verdadero amor, el amor para toda la vida, porque un genio no pasa por tu casa así como así. Se puso a buscarlo por todas partes, a preguntar, quería poner un anuncio en el periódico, pero después alguien le dijo que era un conocido poema de Arthur Rimbaud.

¡El guisantito ha empezado a moverse! Tal como dijo el médico: en la semana diecinueve.

Por el día, cuando me quedo sola, me instalo en el silencio. Cierro todas las ventanas. Paro el reloj. Me acuesto. Presto atención al que está dentro.

Eso he hecho ahora, me he acostado, presto atención. Nada. Me he tumbado bocabajo. Me he quedado quieta, escondida. Y, de pronto, ¡plop!, como si hubiera estallado una burbuja diminuta en la tripa. Y otra vez, de nuevo.

Eh, ¿quién eres, guisantito mío?

Osia quiere una niña, pero yo no sé qué quiero. Supongo que también. Me apetece mucho hacerle lazos en las trenzas y vestirla con vestidos bonitos.

Estoy contenta contigo, guisantito, y me da igual si eres niño o niña. Si es una niña, Señor, que tenga los ojos y las manos de su padre, pero que la nariz sea la mía. ¡Su nariz no, por favor!

Hoy me he dado cuenta de que el sujetador nuevo y lindo que

me compré en Lafayette se me ha quedado pequeño. Un pecho ha vuelto a crecerme por la noche, otra vez el derecho, ¡qué gracia! Primero me aumenta el derecho y solo unos días después el izquierdo lo alcanza.

Y he empezado a gustarme. De pronto me gusta mirarme el cuerpo, acariciar esta piel. Nunca había tenido un pecho tan admirable.

A veces me parece que mi cuerpo no es mío: es pesado, ajeno. Estoy varios días para acostumbrarme al nuevo estado y, en cuanto me acostumbro y dejo de prestarme atención, otra vez algo sucede en mí. Mañana me compraré otro sujetador, uno especial que se abroche por delante.

Hoy una niebla muy fuerte desde la mañana. He estado paseando, llegué hasta el puente Alejandro III. La torre Eiffel parecía construida solo hasta la mitad. Pensé que precisamente así, sin terminar de construir, la habría visto alguna vez Marie Bashkirtseff. Porque es su ciudad, ella vivió aquí, cantó, escribió su diario, dibujaba, caminaba por estas calles por las que ahora camino yo. Aquí murió. Ni siquiera sé en qué cementerio descansa.

Hoy he estado de visita en casa de los Petrov. Liúbochka me ha introducido en el círculo social de las damas soviéticas. En París ya me había desacostumbrado de la gente. Al principio me he alegrado de las caras nuevas, de que todas hablen ruso, ¡pero al cabo de media hora quería salir corriendo! ¡Señor, lo que habré llegado a escuchar! Primero todas se han alabado entre sí, quién había comprado el qué y dónde, después se pusieron a debatir todo tipo de prohibiciones-protecciones para embarazadas. Encima todas

empezaban con que no eran más que tonterías de abuelas, pero después ponían un ejemplo de que a no sé qué conocida justo le había pasado eso…

No se puede dar puntapiés ni acariciar a gatos o a perros o al pequeño le saldrá «cerdilla». Menuda idiotez. Como ahora vea un gato en algún sitio, me acercaré a propósito a acariciarlo.

No se puede pasar por encima del eje de un carro, de una cuerda y de no sé qué más, o nacerá cheposo. A ver, ¿de dónde sacas en París un eje?

Y si te cruzas con un difunto, el niño tendrá una mancha de nacimiento, se le coagulará la sangre. Así que los lunares son el resultado de los encuentros de una embarazada con la muerte, ¿no?

Por la tarde se lo conté a Osia. ¡Todo es culpa del salvajismo pueblerino! Osia me lo ha explicado todo, por ejemplo, de dónde viene la prohibición de pasar por encima: ¡porque no se llevaba nada debajo de las faldas! ¡En su cerrazón temían que cualquier objeto «viera» desde abajo los genitales! Bueno, los ven, ¿y qué? Pues que creían que en cada objeto había un espíritu. ¿Qué espíritu habrá en un eje?

Me he comprado varios libros sobre embarazo y maternidad. Los leo. ¡Qué claro y sencillo todo! Y no hay que tener miedo. Aunque, de todas formas, te entra miedo si piensas que al niño le puede pasar algo durante el parto. Y también da miedo que duela.

Soy cobarde y temo mucho el dolor. Y me da miedo eso precisamente, que habrá dolor físico y que hay que aceptarlo. Osia dice que el dolor en la naturaleza es necesario para la conservación, para avisar de la muerte, para amar la vida. ¡Qué dispuesto está todo! Causan dolor para hacer vivir. Te arrean a vivir con una ramita seca. Si no hubiera dolor, si no fustigaran, ¿quién seguiría viviendo?

Liúbochka dijo sobre el dolor: parir duele, hace falta ese

sufrimiento para saber amar al niño, para recordar a qué precio se ha tenido.

¡Osia es un encanto! Le pedí que me consiguiera algo de Bashkirtseff. ¡Tenía tantas ganas de releerla! Es un cerebrito, un cielo, se ha ido a propósito hasta una biblioteca y la ha encontrado. Una edición requetevieja, tan leída que está desgastada. La he abierto al azar y enseguida he tropezado con estas líneas: «¡Qué placer es cantar bien! ¡Te reconoces omnipotente, te reconoces siendo una reina! Te sientes feliz gracias a tu propia valía. No es ese orgullo que te da el oro o los títulos. Eres más que una mujer, te sientes inmortal. ¡Te desprendes del suelo y asciendes al cielo!».

Paso las páginas y me quedo asombrada con esta muchacha: «Nada se pierde en este mundo… Cuando se deja de amar a uno, ese cariño se muda enseguida a otro, incluso sin ser consciente de ello, y cuando no amas a nadie no es más que un error. Incluso si no amas a una persona, amas a un perro o un mueble, y con la misma fuerza, solo que de otra forma. Si yo amara, me gustaría ser amada con la misma fuerza con que yo amo; yo no soportaría nada, ni siquiera una palabra dicha por otro. Pero un amor así no lo encuentras en ningún lado. Así que nunca amaré, porque nadie me amará como yo sé amar».

¿Cuándo le dio tiempo a experimentar y sentir eso? ¿Acaso antes las personas eran notablemente más adultas e inteligentes que nosotros, los adultos de hoy?

O: «Yo, que quería haber vivido siete vidas de una vez, vivo un cuarto de vida».

¡No se puede escribir algo así a los catorce!

Miré el «hoy» de su último año de vida, la entrada del 30 de agosto: «Así que acabaré así… Seguiré trabajando en el cuadro…

por mucho frío que haga… Da igual si es trabajando o dando un paseo: al fin y al cabo, quienes no se dedican a la pintura también se mueren…».

Se apagó dos meses después.

¡Carta de Katia! Leía sobre su vida diaria en Moscú con el corazón oprimido, ¡cuánto echo de menos a todos los nuestros!

Lo que no me esperaba es que se hubiera vuelto supersticiosa. Me escribe que no me corte el pelo, que es de mal agüero: se puede acortar la vida del pequeño. Mañana iré a la peluquería para hacer rabiar a todos los agüeros, me cortaré el pelo y me haré un peinado nuevo. ¡Ahí os quedáis todos! ¡Que no creo en los agüeros!

Me parece que hace nada que fui a verlos a Moscú por primera vez, ¿cuántos años habrán pasado? ¡Vaya! ¡Diez ya! Claro, fue en febrero del 16. Soñaba con trabajar cantando y en el Hermitage —¡en mi Hermitage!— ni siquiera se pararon a escucharme. Es divertido recordarlo ahora, cuando lo que entonces parecía un sueño inalcanzable de repente es un peldaño superado. Pero qué tragedia entonces, Dios mío…

Pasaba las horas vagando por el centro de un Moscú cubierto de nieve invernal, desgraciada, sin que nadie me necesitara, entre una multitud hermosa y festiva. Alguien contó cómo Vertinski había conocido a Vera Jolódnaia: decidió requebrar a una señorita guapa en Kuznetski, pero ella: «Estoy casada, soy la esposa del alférez Jolodny». La llevó a ver a Janzhónkov, se convirtió en la reina del cinematógrafo. Y yo, como una boba, solo andaba y soñaba que alguien me pararía y diría: ¿no querrá grabar o cantar?

Miraba a las señoritas, todas se peinaban al estilo de Vera Jolódnaia, y cada una soñaba con convertirse en diva cinematográfica.

Y qué mal sentaba escuchar a alguna señorita malcriada cuando salía de la tienda y le espetaba al dependiente: «No, no es ese, no me gusta. Si acaso vendré con mi novio».

Pasaba junto algún escaparate con sombreritos y no me resistía, entraba a probármelo. Sombreros de París, todos me gustaban a rabiar, daba igual el que cogieras, y yo: «No, no es ese, no me gusta. Si acaso vendré con mi novio».

Ahora todos los sombreros de París son míos. Y lo importante, algo bien distinto.

Cada vez pienso más a menudo: ¿podría cantar aquí? No lo sé.

Mi buen Ósik me lleva a cafés-*chantant* y a *music-halls*. Hemos visto a todos los ídolos de París: Mistinguett, Chevalier, ahora Joséphine Baker. No cantan mejor que los nuestros, pero sí de una forma completamente diferente. Con ligereza, libertad. En nuestro país cualquier cancioncilla se interpreta en serio, como un aria de ópera.

Ayer fuimos al Casino de París, a ver a Joséphine Baker. Es un monito, pero tiene talento, como un diablillo.

También me gusta mucho el Moulin Rouge. ¿Dónde estaba yo cuando Dios repartía esas piernas?

Pero ¿cómo voy a cantar yo aquí? Empiezas a darle vueltas a qué es el «alma rusa». ¡Es cuando no puedes saltar en el escenario como Joséphine!

Para el «alma rusa» aquí hay tabernas rusas. Estuve con Iósif en una de esas en Montmartre. Una impresión horrible. Los rusos venden lo ruso a bajo precio: ¡cómprelo aunque sea por una moneda! Era repugnante ver a los americanos divirtiéndose: acompañaban a los gitanos cantando, bailoteaban. Los borrachos se lanzaban a saltar. Y todos sin excepción rompían la vajilla después

de la celebración, seguro que les parece que eso es el «alma rusa». Había algo humillante en todo eso.

Después apagaron la luz, en la oscuridad prendieron una especie de ponche y organizaron una marcha con fantasiosos uniformes militares *a la russe*: con aire solemne pasaron unas brochetas en espadas roperas.

Me repugna solo pensar que me tocara cantar ahí.

¡Cuánto echo de menos los escenarios, Dios mío!

Nacerás, guisantito, crecerás un poco, regresaremos a casa y me dejarás cantar de nuevo.

He escrito estas líneas y ¡qué ganas de regresar a Moscú!

Ayer volvimos en un taxímetro. El conductor era ruso, de Tula. Dijo que en París hay tres mil taxistas rusos.

Sí, lo que más me sorprendió en el Casino de París fue un malabarista con una bandeja en la mano con cuarenta vasos y cuarenta cucharitas: una al lado de cada vaso. ¡Upa! ¡Y las cuarenta cucharitas estaban dentro de los cuarenta vasos! Un simple upa.

He estado otra vez en el Louvre.

Bien me he levantado con el pie izquierdo, bien mi humor no era de «pasmarsedentusiamo». Me entró un repentino aburrimiento.

Miraba a Afrodita y me acordé de cómo me había espantado en el gimnasio, cuando leí de qué espuma se había formado en realidad. ¡Imagínate! ¡El hijo le corta el miembro a su propio padre con una hoz!

Paseaba por las salas y, de pronto, empecé a ponerme de los nervios: ¡cuántos cuadros sobre el mismo asunto, la inmaculada concepción! ¿Qué les ha dado con esa falta de mácula? ¿Y en qué consiste la maculada, ya que estamos? ¿Qué tiene de malo?

Nacer de una virgen y del Espíritu Santo no es menor milagro

que de una mujer normal y de un hombre normal. Guisantito, tú también eres un milagro.

Por fin ha llegado una carta de mamá. Lo mismo de siempre. Se queja de todo.

La última vez que nos vimos fue el año pasado, cuando actué en Rostov. Mejor dicho, cuando hui de Moscú, no podía seguir allí después de todo lo que había pasado.

Después de Moscú y de Píter, tanto mamá como papá me parecieron muy envejecidos, provincianos. Ellos y, en general, todo Rostov. ¿O soy yo que he confundido ya todo en estos años, lo he enmarañado, apartado?

Mamá estaba muy dejada. Siempre se teñía el pelo con alheña, pero esta vez llevaba mucho tiempo sin teñirse, tenía las raíces completamente canas. Nunca la había visto así.

Papá seguía estando animoso, pero mamá me cuenta ahora que está muy enfermo. Él no me dijo ni una palabra en su última carta. ¡Siempre es igual!

Me he pasado el día pensando en ellos. De pequeña me encantaba que papá jugara conmigo: hacía que era una fiera y me iba a morder, su barba me hacía cosquillas en el cuello y en las mejillas.

¡Papá, cuánto te quiero! Nunca te contaré que te vi entonces, en Todos los Santos, que tú, que te habías burlado toda la vida de los popes y de la Iglesia, rezabas a escondidas, oculto a todos en el atrio en penumbra. Tánechka, la hija de Yelena Olégovna, mi medio hermanita, se moría de tifus.

Entonces yo también recé por ella, mejor dicho, por ti. Tánechka murió a los dos días. ¡Pobre papá! Desde aquí no puedo ayudarte con nada. Solo escribirte una carta y pensar en ti, recordar.

Los recuerdos son como islitas en el océano del vacío. En estas islas todos ellos, las personas cercanas y queridas, siempre van a vivir como han vivido. En una de esas islitas, papá se santigua a escondidas en la penumbra. Mamá se tiñe el pelo con alheña. Mi Nina Nikoláievna con su sombrero pasado de moda. Quise verla entonces, en Rostov, pero ya había muerto. Tampoco fui a su tumba, no encontré el momento.

En los primeros días de la revolución me la encontré en la calle. Le grité: «¡Nina Nikoláievna, felicidades!». Ella preguntó sorprendida: «¿Por qué motivo?». «¿Cómo que por qué? ¡Por la revolución! ¡Por la primavera!» Su respuesta: «Querida mía, no tenemos nada por lo que felicitarnos por la revolución, y la primavera no llega según el calendario, sino cuando yo cambio mi sombrero de fieltro por el de paja».

Descanse en paz.

Hoy, mientras paseaba por la Cité, he descubierto una placa conmemorativa dedicada a Abelardo y Eloísa. Y me acordé de Zabugski. Mi Abelardo de Rostov murió de tifus en diciembre de 1919.

Recuerdo esa época terrible, la guerra, el tifus. ¡Cuánto dolor hubo, pero cuánta calidez y luz quedó! Recuerdo la Navidad de 1919. Todos huían de Rostov. Papá nos consiguió billetes de tren a mamá y a mí. Estuvimos cinco días en las vías, en algún lugar en las afueras, nos trasladaba todo el rato, así que teníamos miedo de ausentarnos hasta la estación para conseguir algo de comida, ¿y si te quedabas atrás? La gente tan pronto saltaba y corría con las cosas a cualquier otro tren como que de nuevo regresaban, y encima contaban que habían visto ahorcados cerca de la estación. Decían que los maquinistas eran saboteadores y, en efecto,

recaudaron dinero y solo entonces nos fuimos. El aire en el vagón era espantoso, un niño estaba enfermo del estómago. Alguien se consolaba con que, después del vagón de mercancías adaptado, nuestro vagón de tercera clase con banquitos era el paraíso. Una mujer no paraba de gritarle a su marido: «¡Sasha, me ha picado un piojo!». Y empezaba a desabotonarse, su hijo adolescente sujetaba una manta y el marido estaba un buen rato buscando la picadura para restregarla con alcohol. Una francesa, con su marido, un coronel ruso herido, había perdido por completo la cabeza: le hacía fricciones de naftalina a su hijo de pecho para protegerlo de los insectos. Este daba alaridos y ella, desesperada, lo sacudía para que se callara, maldecía a Rusia y a los rusos. Era una auténtica pesadilla. Todos se habían embrutecido y les faltaba poco para liarse a puñetazos entre ellos. Y era Nochebuena justamente. Una mujer decidió adornar para los niños un arbolito en el vagón, en medio del ruido, del olor, de la histeria. Encontró una ramita, no había de abeto, era una normal y corriente, la puso en una botella vacía. Alguien extendió un pañuelo verde. Hicieron adornos con papel. Prendieron a la rama trocitos de algodón. No había velas, así que compraron una vela grande de fanal al guardagujas. Encontraron algunas manzanas, las cortaron en rodajas finitas. ¡Un árbol de Navidad en el vagón! Los niños se acercaron, los mayores se amontonaron. Me puse a cantar con los niños. Todas las caras habían cambiado: estaban agotadas, rabiosas, tensas, ¡se habían vuelto alegres, festivas! Después un niño me dio un beso y me regaló su tesoro: un botón.

¿Dónde estará ahora ese botón? ¿Dónde esa asombrosa mujer? ¿Qué habrá sido de esos niños?

¡Qué bueno es equivocarse a veces con la gente! Desde el primer momento nuestra casera no me gustó nada. En cuanto el primer día se puso a decir que los divanes y los sofás estaban tapizados con una tela cara, *tissus* de Rodier, me entraron ganas de cubrirlos con posos de café. A ellos y a la casera. Vive justo debajo de nosotros y a veces nos invita a café. ¿Cómo rechazarlo? Todas las conversaciones sobre los horribles rusos a los que su difunto marido fio una burrada de dinero para que compraran obligaciones zaristas, y ahora no quieren devolverlo. Un sentimiento asombroso: entre los tuyos puedes maldecir a Rusia tanto cuanto te pida el alma, pero aquí, con la gente ajena que empieza a hablar mal de mi país, no sé por qué pero enseguida lo defiendo.

Pero, en general, es agradable. Lee la Biblia a todas horas, va a un círculo bíblico y me invita siempre a ir con ella. Resulta divertido que, para ella, los profetas predijeran solo en francés, de ninguna otra manera.

He pasado por un estudio de figuras de cera. ¡Todavía ahora estoy molesta! Me he vuelto muy sensible con los olores. El aire estaba viciado, no se podía respirar. ¡Y tampoco podía irme tan rápido! Me daba pena todo el dinero que había pagado por la entrada.

Di vueltas confundiendo a personas vivas con las de cera. ¿Quién puede querer algo así? Lo muerto se hace pasar por vivo. Se han inventado una resurrección de cera. ¡No podían esperar a las trompetas de los ángeles! ¡Han organizado una morgue elegante!

No lo vi entero, me fui, pero la sensación de desagrado se

quedó. Me fui a Notre Dame para borrar esa impresión. Me gusta sentarme en su penumbra, ver los enormes rosetones de las vidrieras, el humo debajo del techo, imaginarme la ceremonia nupcial de la reina Margot con su Henri: ella sola delante del altar y él, tras las puertas, en la calle.

¿Me gustaría casarme aquí? Me gustaría cantar aquí alguna vez. Hay una acústica maravillosa.

Salí y me quedé un poco más en el paseo del Sena, delante de Notre Dame. ¡Hoy proyectaba una sombra enorme en el ocaso!

He viajado hoy hasta la rue Daru. He ido de tiendas con Liúbochka. Compraba cosas sin gusto alguno, pero yo no tenía ganas de hacerle cambiar de idea.

Asegura que el año que viene se podrán llevar faldas por encima de la rodilla.

Liuba parlotea incesantemente, ni siquiera necesitas asentir con la cabeza, puedes pensar en tus cosas, aunque no lo consigues. Hoy me ha hablado de sus amantes, ¡así como si nada! ¡Es repugnante! Va pasando a sus hombres como si fueran vestidos colgados en perchas de un armario.

Había unos chiquillos colocando clavos en las vías del tranvía. No podía comprenderlo, pero después averigüé que se hacían juguetes: los clavos se volvían lisos, como sables pequeñitos. ¿Para los soldaditos? ¡Era peligrosísimo! ¡Quería agarrarlos y llevármelos de las orejas! Menos mal que los ahuyentó un policía.

Guisantito, ¿acaso vas a ser un niño y también se te van a ocurrir estas distracciones tontas y peligrosas?

He estado con Osia en el cine. Hemos visto *Pat y Patashon*.

Hoy he visto en la calle a una niña con una gran mancha roja en el cuello y enseguida me he acordado de esas conversaciones absurdas. Pensé sin querer: seguro que su madre se asustó y se agarró la tripa.

Todo el tiempo miro a otros niños y pienso: algún día, guisantito, vas a jugar igual que jugaban ayer los niños en el parque, también sujetaremos una cuerda larga por los extremos y haremos olas.

Si eres una niña, vas a jugar como esas niñas que llevo media hora mirando por la ventana: han sacado al patio unas cacerolitas y tazas, y están preparando una sopa con hierbas y ramitas, alimentan a sus hijos de trapo con papilla de arena, les cambian los pañales, los acunan, les dan azotes en el culo, los mandan al rincón, los regañan.

Le pregunté a Osia cómo se imagina él a nuestro hijo, qué va a hacer con él. Respondió: «Me imagino enseñándole a leer. Le mostraré cómo se escriben las letras. La palabra "PAPÁ" le sale bien, también "MAMÁ", pero la letra *k* la escribe hacia el lado que no es». ¡Guisantito, cuánto quiero a tu papá!

Qué día tan horrible. La lluvia ha arreciado desde la mañana. He salido un momento y me he calado entera. ¡Y cuánta porquería! Me parece que es la ciudad más sucia del mundo. La basura cubre todo el pavimento y todas las aceras, ningún ejército de basureros se las apaña. ¡Y qué hedor! ¿Por qué todos pierden la cabeza por este París? ¡Se inventaron un París que hasta en París echas de menos!

Hoy he sentido con especial intensidad cuánto añoro, qué triste es estar aquí sin amigos, sin mi familia. ¿Qué hago aquí? ¿Para qué estoy aquí?

¡Es como estar en una jaula de oro! Y, encima, la jaula no es de oro, sino normalita, la otra no hay quien la compre, no te lo puedes

permitir. Liúbochka se encarga vestidos en casas de moda, y yo compro de confección, economizo cada franco.

Pero no se trata de francos, claro. Iósif se va a trabajar y yo me quedo sola. Todo el día sola con mis pensamientos y este París que ya no me ilusiona. ¡Me hace falta la gente! ¡Pero no Liúbochka ni los Petrov! No pueden ofrecerme la conversación humana y normal que necesito.

Por ejemplo, hoy Liúbochka me ha contado que en el Bois de Boulogne, en un claro, se juntan por las noches unos automóviles; en ese círculo solo permiten la entrada a autos muy caros, con un Citroën *10 chevaux* no te aceptan, no; dentro van hombres de esmoquin y gabardina y mujeres completamente desnudas debajo de un manto de piel. Todos salen de los autos y, en el prado, se entregan al pecado original, al desenfreno. Los faros de los coches iluminan esa imagen y, al volante, inmóviles como tallas, los chóferes.

¡Y ahí estoy yo escuchando esa asquerosidad!

Es la enésima vez que hojeo a Bashkirtseff: «Cuando pienso que solo se vive una vez y que todo minuto vivido nos acerca a la muerte, me vuelvo loca», y pienso en otra cosa, en que ella ahora, mientras escribe, todavía viva, la muerte solo es un temor, pero yo la leo y ella ya no está.

¿Y sabes qué otra cosa pensaba, guisantito? Para ti todo lo que nos rodea todavía no existe. Y cuando crezcas, y alguna vez puede que leas estas líneas, todo esto ya no existirá.

Mira, ahora estoy junto a la ventana viendo a los chiquillos que juegan en la calle. Han conseguido a saber dónde muletas de hospital y han montado un juego: saltan con ellas como si fueran zancos. ¿De dónde habrán sacado esas muletas?

Quizá yo tampoco esté.

Qué raro. Para aquel que lea esto, yo —viva— ya no estaré, igual que yo leo a Bashkirtseff, que todavía solo teme a la muerte y, al mismo tiempo, hace mucho que murió. Así que todo esto está y no está al mismo tiempo, mejor dicho, está, pero solo porque escribo sobre ello. Sobre ti, guisantito. Sobre los chiquillos de la calle, mira uno, el que es más mayor, ha extendido las muletas hacia los lados, como si fueran alas, ha echado a volar cual avión. Todos han salido corriendo detrás de él, todos quieren volar.

Resulta que Bashkirtseff sigue viva solo porque dejó su diario y yo lo leo ahora, ¿es así?

¿Acaso de mi yo vivo quedarán solo estas líneas?

¡No, qué disparate! ¡Quedarás tú, guisantito!

Hacía mucho que no anotaba nada. Es que no hago nada, me quedo en casa y las horas se alargan despacio, pero el tiempo no me llega para nada.

¡El guisantito ya tiene veinticinco semanas! Todos los días intento hacer gimnasia aérea. En un libro para futuras madres se afirma que es beneficioso para el organismo. Puede que lo sea, pero solo si estás de buen humor. Me desnudo del todo, me acerco al espejo —tenemos en el recibidor un espejo grande en un bonito marco—, me instalo entera en él y me examino un buen rato como desde un lateral. Entonces me parece que soy una belleza, una especie de matriarca apacible a la espera de un misterio. Ese yo ya no soy yo, sino yo y tú, guisantito. Pero cuando estoy aburrida y triste, ¡qué poquísimo me gusto!

En algún momento he empezado a cansarme rápido: después de comer me apetece echarme media hora, antes nunca dormía de día. Por las tardes, después de las nueve tengo que estar en la cama,

igual que una alumna de los primeros cursos. ¡Dormir! ¡Los niños crecen cuando duermes!

Crece rápido, guisantito, ¡estoy cansada de esperarte!

Todo el rato siento que tocas las paredes por dentro.

Ayer pasé por una tienda de ropa infantil ya preparada. Es todo precioso, pero no tienen cosas para los más pequeños. He comprado lana amarilla, he decidido tejer una chaquetita, un gorrito y patucos. ¡Guisantito, serás amarillo como un pollito! Los niños de invierno necesitan cosas cálidas. ¡Imagínate, para Año Nuevo seremos tres!

He estado toda la mañana lavando, recogiendo, fregando, limpiando.

¿Dónde estáis mis queridos amigos, Klava, Vania, Boria, Ledia, Olia? Allí, en Rusia, no llegué a imaginarme cuánto os quería. ¡Qué nostalgia siento sin vosotros! Y no tengo a quién visitar. El sábado llegué a casa de los Petrov, me quité el abrigo e iba a colgarlo en un enganche alto; de pronto todos se pusieron de pie, empezaron a gritar que no levantara los brazos, que el cordón umbilical podía enredarse alrededor del niño y asfixiarlo. Y todo de ese estilo. ¡Y esa gente nos invita a recibir con ellos el Año Nuevo!

No iré, he decidido que vamos a recibirlo los tres a solas, con Osia y Guisantito.

¡Qué estupendo fue el pasado Año Nuevo! Ósenin cargó con un abeto tan enorme que no entraba en ningún sitio. ¡Y qué carcajadas cuando Dania y Mitia metieron una bañerita de niño repleta de nieve en la que sobresalían botellas de champán y vodka! Y Dania nos enseñó el truco estrella de su hermanito americano: ¡con una mano tocaba el violín y, con la otra, acompañaba al piano! Y Sorokin nos pintó a todos en la guitarra. ¡Qué bien lo pasábamos juntos! Queridos míos, ¿dónde estáis? ¿Dónde vais a divertiros y hacer el

tonto este Año Nuevo? ¡Sin mí!

¡Y la que organizasteis para mi onomástica! Toda la calle acudió a ver esa orquesta: de barreños y cacerolas, copitas suspendidas por los pies en una cuerda, peines con papel de cigarrillos, botellas con agua, cada una diferente. ¡Fue el mejor concierto de mi vida! Amigos míos, tan lejanos, ¡cuánto os quiero! Solo ahora lo he comprendido.

En Printemps. Estoy cansada. He regresado en taxi.

En la tienda me he mirado por casualidad en un espejo junto a otras mujeres y me he visto de un pálido mortal, nada natural.

Ahora, en el recibidor, me he mirado otra vez. ¡Qué fea me he vuelto! Los labios se han hinchado y la nariz se ha afilado. El rostro, abotagado. Los ojos como los de una lechuza. La tripa dura como una nuez. Iósif se acercó por detrás, me abrazó, nos miró en el espejo y dijo:

—¡Qué guapa te has puesto!

Hay días horribles en los que todo sale mal.

Empecé el día rompiendo una taza. Y ya no me creo que fuera para bien.

Me he comprado un *dépilatoire:* me despelleja, pero los pelos no salen.

He estado demasiado tiempo sentada en la taza, se me ha dormido una pierna.

Ayer vimos *Borís Godunov,* una versión francesa. ¡Qué necia farsa! El cantante que hacía de Borís imitaba a Shaliapin. Aunque al menos él cantaba, porque los demás… ¡Y la puesta en escena! ¡Los decorados! ¡Esa es su idea sobre Rusia! Y ya como remate, el

salmista se santiguaba a la manera católica.

Encima se ha pasado Liúbochka a toda prisa para soltarme su historia de rigor. Todo un *Decamerón* parisino.

Ayer iba en taxi. El chófer era ruso. Y, de repente, reconoce en él a su amor, el que cayó en Járkov. El chófer también la miraba a ella de una forma rara. Pero no podía ser él, porque era demasiado joven. Mejor dicho, tenía los años que tenía el otro entonces. Y ahí va ella rezando para que el camino se alargue. Me llena de gorjeos el oído con cómo le ofreció la mano, con el cuerpo esbelto y fuerte que tenía, con la elegancia con la que sus manos descansaban en el volante. «De pronto comprendo que, si me dice: ¡sígueme!, lo seguiré y haré todo lo que él quiera.»

Por suerte para Liúbochka, el chófer tomó el dinero en silencio y se fue.

Le dije que quiero ir a una exposición de mariposas, que he visto el anuncio. Y ella me soltó: «¡Qué dices! ¡Ni se te ocurra! ¡Están muertas!».

¡Tala! ¡Mi dulce y buena Tala! ¡Carta de Tala! ¿Cómo me ha encontrado?

También está casada, ¡y tiene dos niños! El marido, un antiguo oficial, consiguió un puesto de obrero en la fábrica de Renault, después enfermó, perdió el trabajo y ahora están en la costera Ahlbeck. ¡Pobre Tálochka! Ahora trabaja de lavandera y tiene esperanzas en un buen lugar en un hospedaje para ancianos. ¿Qué significará ese «buen lugar»?

¡Qué ganas de verla! Hoy mismo le he respondido que venga y que le envío el dinero para el billete. ¿O será mejor que vaya yo? No sé qué dirá Osia. Tiene tanto miedo por mí.

Todo el día pensando en Tala. ¡Hasta he soñado con ella!

En el gimnasio, antes de un examen de Historia, ella y yo pedíamos deseos con los temas del examen, escribíamos en papelitos los números y, sin mirar, los sacábamos. Talka sacó el dos. Decidió comprobarlo de nuevo: ¡otra vez el dos! Al día siguiente le tocó la tarjeta con el número 22. ¡Lo que le había salido! ¿Cómo no creer?

¡Cuántos años han pasado, Dios mío!

Por alguna razón me he acordado de cuando salimos corriendo para ver cómo echaban abajo el monumento a Catalina. También nosotras agarramos la cuerda, algo crujió, la estatua tembló y se derrumbó del pedestal, directa a la verja, y todo quedó ahogado en un «¡hurra!». ¡Qué bien nos sentíamos! Después un tiro de caballos de carga arrastró la estatua al sexto distrito, detenida, y en su dirección ya venían estudiantes que conocíamos del gimnasio con brazaletes en las mangas: «milicia». Nosotras también nos pusimos cintas rojas y les prendíamos a todos los transeúntes una cinta roja en los abrigos de piel; Talka hasta se pavoneaba con un arma blanca de policía del distrito derrotado, ¡se lo había quitado a algún recién estrenado miliciano!

Y el alborozo general…, las caras radiantes de todos: ¡nuestra gran revolución! ¡Incruenta! Nos alegrábamos por la falta de sangre y, al mismo tiempo, todos decían que debía haber solo un castigo ejemplar, igual que en la Revolución francesa: hay que ahorcar al zar, que debe pagar con su sangre por la sangre del pueblo, no colgarlo sin más, sino cortarle la cabeza o empalarlo. Ahora me parece sorprendente que la gente hablara de eso con tanta tranquilidad.

Entonces, poco después de la incruenta Rostov, llegó una carta de Masha desde Finlandia: ¡ahí tenéis vuestra incruenta! Habían

arrestado a Borís, en todos los barcos se había empezado a asesinar a los oficiales, sobre todo había habido muchos muertos en el Andréi Pervozvanny, donde él servía. En casa de Masha irrumpió un grupo borracho, buscaban armas. Ella tenía el revólver de Borís. Le dio tiempo a tirarlo al cubo de desperdicios. No encontraron nada, pero rompieron toda la vajilla y afanaron el reloj de oro y la pitillera que tenía Borís en su mesa. Masha encontró a su marido en la morgue junto con otros oficiales, desfigurado, con los dientes rotos.

¡Mi pobre Masha! ¡Pobre Tálochka! ¡Pobres todas nuestras chicas! Lo que ha soportado cada una de ellas.

Y qué bien que todos esos espantos hayan quedado atrás. Tú, guisantito, vas a tener solo lo mejor y nada malo. Todo lo malo ya ha pasado.

Quería salir a pasear, pero hace otra vez un tiempo asqueroso. Lluvia fría y detestable y fuertes ráfagas de viento.

He dormido fatal. Todo el día con dolor de cabeza.

Y además estoy inquieta porque ayer grité a Osia. Me agobió con sus desvelos. Apenas si dijo: «¡Cuidado, un escalón!». Y yo exploté: «¡Vale ya, por todos los santos!». «Bélochka, cariño, no te alteres, ¡me quedaré callado! No diré ni una palabra más, ¡pero no saltes así por la escalera!»

Llevo todo el día avergonzada.

¡Se porta maravillosamente bien con nosotros, guisantito! ¡Y qué insoportable me he vuelto yo así sin más, de repente!

Me he instalado en la cama con una taza de té y escribo. Voy a pensar en algo agradable. En Tala. ¡Qué ganas tengo de ver a mi Tálochka! ¡Al menos un alma querida! Por la mañana le he escrito una larga carta y al final le preguntaba por su marido: ¿lo quieres?, ¿eres feliz?

Y ahora pienso en mí misma y en qué le respondería: ¿lo quiero?, ¿soy feliz?

Sí. Sí.

Ha empezado la semana treinta. Me canso horrores.

Iba en el metro y echo un vistazo a mis piernas: Dios mío, ¿de quién son esas piernas de ahí? Fatigadas, feas, tumefactas. Ahora comprendo qué quería decir Andersen con su sirenita cuando cambió la cola de pez por piernas de mujer. Así voy yo ahora, como si pisara cuchillos y agujas. Me cuesta andar.

Hoy en el metro casi me da algo. El metro de París es una pesadilla. Azulejos blancos, como en un cuarto de baño, el aire también es de un cuarto de baño. No hay forma de respirar. Salté de las entrañas bañadas en vapor al bulevar. Frío, viento. Así que me pondré enferma.

Me arrastré hasta casa como pude, me desvestí y me acosté. Recobré fuerzas y me puse a estudiarme en el espejo.

¡Qué fea me he puesto! ¡Con lo orgullosa que estaba de mi piel blanca! ¿Qué le está pasando? El médico dijo que desaparecerá, que la pigmentación aumenta en todas las embarazadas. ¡Al diablo todos! Mi ombligo… ¡se ha echado a perder! Por alguna razón ha empezado a asomar hacia fuera. Como si alguien me estuviera inflando la tripa por ese ombligo saltón, como si fuera una pelota.

Me avergüenzo de mis cambios. Antes siempre sentía en mí cierta gracia gatuna, pero ahora parece que toda la vida he andado como un pingüino. ¡Estoy tan cansada! A veces me parece que soy un monstruo ponderoso. ¡No veo el momento!

Iósif, ¡mi buen y bondadoso Iósif! Me sentó en sus rodillas, me apoyó la cabeza en su pecho. Hablaba y hablaba… De mi belleza interior y la especial luminosidad que emano. No me lo creo, pero

me siento mejor.

Huida a Egipto. Se levantó, tomo al niño y a su madre de noche y se fue a Egipto. La llanura blanca, la luna llena, la luz de los cielos altos y la nieve brillante. Las lucecitas verdes de las agujas. Las locomotoras gritan como gaviotas. Los vagones de primera clase son azules; los de segunda, amarilla; los de tercera, verdes; ahora luneros con la testuz nevada. El radiotelegrafista es un solitario. La nieve helada parece cubierta de cáscaras. Una vez, en invierno, el radiotelegrafista vio a una familia de lobos cruzar los raíles. La sombra del padre aparece a medianoche, va a lo largo del vagón reservado, golpea con un martillo las zapatas, se agacha como si quisiera convencerse de que ahí está en efecto escrito «Freno Westinghouse» u otro, todo está en orden, agita el farol, se pueden ir. El silencio devora un lejano golpeteo. Un pitido como un breve eructo. De regreso por el sendero-zanja abierta entre la nieve acumulada. La respiración es de luna llena. El crujido universal y helador de las botas de fieltro. El hielo ha aprisionado a la luna en una nube fina, ella mira por debajo de los bloques helados. La estrella calla a la estrella. Cuántos puntos y ni una sola raya. Se hacía raro que bajo esas mismas estrellas tiempo atrás dejaran a Moisés en las aguas del Nilo dentro de una cesta de papiro. La vida de Samuel Morse. Capítulo primero. Samuel Morse era pintor. La tierra es una cesta con la humanidad que dejaron en la Vía Láctea. Mientras regresaba de Europa en el barco Sally, Morse miraba el futuro por un catalejo con corrección para el viento. En la lente, una onda. Escribió a su mujer: «Dios nos mira con el mismo ojo con el que nosotros lo miramos a él. Querida mía, ¡cuántas palabras que designan algo invisible! Dios. Muerte. Amor. ¿Y qué hacer si se necesita nombrar algo que está tan cerca, pero para lo que no hay

palabras? Mejor dicho, las que hay no explican en absoluto, es más, duelen, son sucias, soeces. Tenemos tan pocas palabras para el estado del alma…, ¡y aún menos para el estado del cuerpo! ¿Cómo describir lo que tuvimos? ¿Describirlo de forma que se transmita al menos una parte de eso auténtico, sorprendente, hermoso? ¿Inventar palabras nuevas? ¿Poner puntos y rayas? Señor, entonces lo que besemos estará compuesto solo de espacios. Leí, no recuerdo dónde, que el alma, al igual que el cuerpo, huele a sí misma y a su alimento. Qué cierto es. El olor del alma. Porque el alma puede tener un olor sucio. Pero en el amor no puede haber nada sucio, no hay nada de nosotros, solo lo que Dios introdujo en nosotros. Por eso tu olor (todo lo que no puedo escribir con palabras) es divino. Y el sabor. Y cada vez, un poco diferente. El cuerpo, al igual que el alma, huele a sí mismo y a su alimento. Hay que pensar un nuevo abecedario para nombrar lo innombrable para que no dé vergüenza besar lo que todavía no tiene un nombre puro y hermoso. El barco está vacío, aparte de mí no hay nadie, solo la vela, la sacerdotisa del viento. El atardecer es cobrizo, descosido. Te llevo regalos, amada mía, el más maravilloso de todos, un ámbar con un cortapicos prehistórico, se ven todas las patas y púas con las que se rascaban la oreja Dios sabrá cuándo. Enfoco con mayor nitidez el catalejo y veo nuestro gato, lo veo con los ojos entornados y desperezándose encima de tus rodillas, enseña las uñas-comillas». La mujer de Morse morirá joven y el profesor de artes descriptivas pasará mucho tiempo buscando a una muchacha sordomuda. La encontrará. Se casarán y ella aprenderá el alfabeto inventado por él, durante mucho tiempo conversarán felices intercambiando puntos y rayas. Por la mañana, la llanura está pasada a limpio con un trazo amplio de montones de nieve. La sombra de una nube da garantía de la nieve, como un sello. Corren por los cables congelados las palabras, pero

es imposible transmitir el silencio. Los niños hacen un muñeco de nieve. Los postes paticojos se extienden en recua hasta los confines del mundo, buscan la felicidad no donde la perdieron, así se busca un reloj no en la cuneta donde uno se ha caído, sino donde hay más luz. En cuanto miras los fugitivos postes, se quedan congelados cual lambda. No llegarán muy lejos. Allí está el margen del mundo. El extremo del mundo pasa por aquí, ¿lo ve?, donde se acaban las palabras. El vapor circundante es añil nieve, de pómulos salientes. Detrás de él no hay nada. Silente. El anterior telegrafista, cuando llegaba a la frontera, se hundía en las letras una y otra vez, se golpeaba contra ellas como una mosca contra un cristal. Desde este lado de las palabras, el tilo en una media bajada se aprieta contra el poste, pero desde el otro, la mudez. Y los montones de nieve en el ocaso no enseñan músculo. El humo de la chimenea no tiene cuerpo. Aquí todo es literal. Y no hay tiempos, solo el invernal continuado. En la nieve caída, lo craso, con cien bocas, ladrador, pero aquí todos están a salvo, aquí todos son cortapicos. El tiempo es literal, por ejemplo: yo escribo esta línea y mi vida se ha prolongado en estas letras, pero la vida del que ahora lee se ha reducido en esas mismas letras. La luz de la ventana son membranas en la nieve. La historia universal del burro. Capítulo primero. Nació, no se bautizó; murió, no se salvó, pero llevó a Jesucristo. Para los antiguos, el burro era un símbolo de paz, y el caballo, de la guerra, por eso el profeta debía entrar en Jerusalén en un burro blanco. La mujer de Osiris, Isis, con su niño-hijo Hor, huye de Egipto, de la persecución del malvado Seth, en asno. Según las fuentes persas, cuando el burro primigenio de tres patas emite su grito, todos los seres vivos acuáticos femeninos, criaturas de Ahura Mazda, se quedan embarazadas. El carro de los Ashuin tiene uncido un asno, con cuya ayuda los Ashuin ganaron las carreras en ocasión

de la boda de Suria y Soma. El asno de oro. El asno de Buridán. El burro hablando de orejas. Los pelos en cruz del lomo del asno son un remedio contra la esterilidad. Con una quijada de asno mata Sansón a los desgraciados filisteos. El envenenado César Borgia, para salvarse del veneno, se tumbó dentro de un asno en canal, partido por la mitad, y se quedó un tiempo en las entrañas vaporosas. En leche de burra, si creemos a Plinio, le gustaba bañarse a la querida de Nerón, Popea. Oír en sueños el grito prolongado de un burro y que resuene a lo lejos anuncia que te harás rico por la muerte de un ser querido. ¿Quién dijo que el tiempo es un burro, lo aguijoneas un poco, se empecina y no se mueve, quieres retenerlo y echa a correr sin mirarte? Si un burro pudiera hablar, plantearía esta pregunta: el Señor le dijo a Moisés «Mi faz no puedes verla. No puede verme hombre alguno y vivir», entonces, ¿los difuntos son aquellos que han visto esa faz, y todos los templos y todas las oraciones son para ella, para la muerte? La nieve se acercó a la ventana de puntillas. Es agradable salir, respirar y mirar el humo en la chimenea. Tranquilo, sin viento, pronto pasará con su sonido monótono, sin parar, el de las nueve. Algunos trenes pasan a toda prisa, tapándose la nariz, otros olfatean cada poste. La nieve avanzó por el camino a Sháblino, donde la leche se vende al peso —la cortan con un hacha— y duermen sin ropa de cama sobre unas arpilleras. La maestra lavó las sábanas y las tendió, por la mañana mira: salpicada con barro desde fuera de la valla, otra vez a lavarla. El cielo es yermo; el cementerio de la iglesia, un ahogo; el transeúnte, un perro. Ya al decembrista Zavalishin le llamaron la atención las costumbres locales: miro y hay un perro echado, se lame algo ensangrentado, le habían cortado a la perra los labios vaginales, además era reciente, todavía sangraba, y Kashtanka se la limpiaba con la lengua. La dueña contó que es así como las mujeres

les hacen encantamientos a los hombres: cocinan con un conjuro esos labios junto con otra carne, luego se lo sirven al hombre que tendría que querer a esa mujer. En la tele, los familiares de los rehenes suplican que no empiece el asalto. El asalto empezará pronto. Aquellos que van a morir dentro de unos minutos todavía están vivos. El especialista en mecanización, borracho con motivo del Día del Tripulante de Carros de Combate y de su cumpleaños —toda la vida ha bromeado con que había nacido siendo tripulante de un carro de combate—, se quedó dormido con un cigarrillo encendido y se abrasó. Le daba miedo abrasarse en un tanque, y eso soñó mientras moría, que estaba ardiendo dentro de su propio vehículo militar. En la comida de exequias tomaron lo que había sobrado del cumpleaños. Tras la estacada hay un mar de nieve, lleva la cuenta de las generaciones. Algo se ha amontonado: un cabo. Tras él se levantan los humos de la aldea: desde el río hasta el bosque forman una escuadra de isbas de cinco paredes con barcas subníveas. Desconcierta que cosas tan importantes, que dones tan grandes como los Santos Misterios se ofrezcan en una forma tan basta: comida, hay que masticar y tragar algo, o hundirse en el agua, bañarse. Y parece tonta la explicación de que una virgen diera a luz a un niño y no quedara nada: ni desgarro, ni sutura, todo cicatrizó como el mar de Juncos, que se abrió para Israel y después se cerró de nuevo. Por la ventana se ve a una mujer por la calle, igual que María, ya ves, se para en medio del camino, se aparta un poco la falda y de pie, sin agacharse, se queda quieta un minuto, después sigue andando, deja en la nieve un agujerito de bordes amarillos. Movilización invernal, divisas de nieve. El inicio de los últimos días de la Máslenitsa, por las pendientes los chicos descienden con las chicas en unas tablas —con estiércol se modela una especie de sartén de bordes gruesos y curvados, de no más de

medio *arshín* de diámetro, se cubre bien de agua y se deja congelar —, no me aguanté y, contagiado por la diversión general, también bajé varias veces por la pendiente. Qué bien estaría, sí, en una tabla de esas por la pendiente rodar lejos del tiempo, de ese Herodes. Con el frío se saltan las lágrimas, las nubes nocturnas se solapan, el camino es centelleante, serpentimorfo. Tras cada ventana, un amado y una amada. En realidad, en la tierra hay poca gente, el día de la resurrección se llenará de verdad. Así recuerdo esa habitación: en una ventana, el invierno y, en la otra, las ramas de un lilo en flor empujan una nube. A lo largo del camino, botellas, pero no hay ningún mensaje en ellas. El vigilante del ferrocarril en el paso a nivel: anguarina con mangas, botas de fieltro gastadas, gorro de piel de cordero, dos banderas enrolladas, roja y verde, debajo del brazo, en las manos un farol apagado. El tren aceleró, el vaso se acercó a la botella. La puerta del compartimento está entreabierta, pasan de largo, agarrándose a los asideros, mujeres con toallas o jaboneras en las manos, con el pelo recogido en trenzas para la noche. Se oye la suavidad con que golpea el asiento abatible en la pared del vagón. Pero si Herodes exterminó a todos los niños hasta los dos años de edad, Jesucristo no habría tenido con quien jugar, ¡no tuvo coetáneos! ¡Pero Herodes no destruyó a ningún pequeño! Crecieron y después murieron solos. Tras el campo blanco, la tubería-chupacielos fabril. Los habitantes del lugar no vendían nada a los evacuados, y la leche que sobraba la vertían ostentosamente a la tierra. La venida, hasta los bordes de la isba. Para los animales salvajes somos locos, es mejor no relacionarse con nosotros. Al arrestarla, le permitieron despedirse del niño, entró en su cuarto, él estaba en la camita, le dijo me voy de viaje por trabajo, quédate con Klava, ¡sé inteligente! Y él: primero papá se fue a trabajar fuera, ahora tú, y si se va Klava, ¿con quién me quedaré? Los platos

tradicionales en Nochebuena —*kasha* de cebada sin leche ni mantequilla y refresco de frutas desecadas— recuerdan la huida de la Sagrada Familia a Egipto. Las personas de buen corazón todavía dejan entrar en las casas a pasar la noche, pero a nadie en el corazón. Se colgó una guinda doble en la oreja, se pegó al hombro un paraguas, como si fuera un arma, y gritó: ¡no te muevas! Para salvar al que se ahoga hay que aturdirlo con un golpe de remo en la cabeza. En la habitación tenía lugar un juego, todos se rascaban y, deslizando la mano en el seno, se sacaban los insectos que acto seguido aplastaban en el papel para notas, así que al final de la partida no se distinguía ninguna cifra en el papel por culpa de las comas ensangrentadas. Se marchó el barco, dejando atrás el invierno por poco tiempo. En el río una orilla navega rápido, y la otra, despacio. Echaban chocolate a las gaviotas. Durante la guerra a los alemanes rusos los llevaron al destierro en una barcaza por el Caspio, calor, cola para la cisterna del agua, insultos, peleas, una mujer dice: ¡parad, vosotros no sois rusos! En el mar, el ombligo de la luz. Después de comer, croquet, una contienda hasta que se hace de noche, cuando ya no es posible distinguir las bolas, y Roza todavía hace trampas, con el dobladillo de la falda recoloca continuamente la bola, la mueve a una buena posición. El pintor Fu Dao se disolvió en la niebla por él representada: dibujó una niebla y se marchó por ella. En la celda reunía cerillas quemadas y rasgaba con ellas algo en una hoja de papel que le habían dado para el retrete, o esculpía en pan masticado. Iban a la herrería a ver a un herrero que vuelve a herrar caballos, con trozos de pezuñas cuecen un oloroso pegamento marrón. Volvió en una carreta con heno —¡qué maravilla!—, cayó de espaldas y un sentimiento como de estar meciéndose en una cuna de heno y que la habían colgado directamente en el cielo. Quien entrega obra bien; quien no entrega,

mejor. Cuando el sah de Persia Aga Mohamed tomó Tiflis, sus soldados intentaron no solo violar al mayor número posible de mujeres, sino también marcarlas: cortaban a las violadas el tendón del pie derecho; todavía hoy, tantos años después, se pueden ver ancianas que cojean de la pierna derecha. Abrió el ventanillo, el aire se chocó de frente con la cortina. Las máquinas de escribir chispean al sol formando haces de luces. Con una cerilla te puedes pintar las cejas; en lugar de crema, las mujeres utilizan su propia orina, afirman que no hay mejor remedio para conservar la frescura de la piel, y antes del interrogatorio raspaban con un dedo el muro de cal y se empolvaban con eso. Si tu madre tenía poca leche, vas a quedarte extasiado con los pechos grandes, y si te amamantaron hasta los dos años, entonces te gustarán las mujeres con un pecho pequeño casi de niña. Pariente, pero no de semen. Un coito por las circunstancias. Ya conocemos nosotros a esas damiselas de familias decentes que se arrojan en brazos del luchador de circo. Muerte en un sueño, boda. Lluvia inoportuna, heno segado. En las excavaciones de Pompeya se encontraron las vacuidades de la gente. Se mira en el espejo, ella con el pijama de él, desabrochado, los pechos asoman, están erizados, mustios, sin relleno. Durmiente, corpulento, de pestañas albas. En la radio retransmiten los siete pecados capitales: envidia, avaricia, lujuria, gula, soberbia, pereza e ira. El hijo es un memo, se prendó de una basura, licua cinabrio, recalienta mercurio, intentando encontrar el elixir de la inmortalidad y no siente interés por nada más en el mundo. El fresno dio pasos rápidos. Al niño, como a un río, le gusta chupar las piedras. Un tren de cercanías madrugador con buscadores de setas dormidos, golpean las ventanas los contrarios de la familia de los cestodos. Dado que el país está condenado, debe ser purificado de todo lo luminoso. «Bozhedomka, la casa de Poliubímov que está enfrente

del gran olmo», sintió tal agitación que, cuando quiso desdoblarla, la nota con la dirección se había convertido en su puño en un gurruño húmedo. Aroma, con él entregamos una parte de nosotros, mezclamos el propio «yo» con todo el mundo, nos convertimos en aire, en espacio, en todo, como si nos multiplicáramos dividiéndonos. La muerte es un minuto importantísimo e irrepetible en la vida del que dependen muchas cosas tanto en el futuro como en el pasado, no se puede dejar al azar, hay que prepararse para ella, hay que organizarla. La lluvia empezó a caer intermitente, gris, sin ruido, breve, a la carrera, y para la tarde despejó, los nubarrones se disiparon y todo charco era una cita estelar. El doctor hipnotizador Dal, famoso en Moscú, curó el alcoholismo a Rajmáninov convenciéndolo de que el vodka era parafina y, en agradecimiento, el compositor le dedicó su concierto número 2. La carta acabó bajo la lluvia, la tinta se corrió, las letras se hincharon, salieron en estampida. Antes de arrojarse desde el balcón, tiró abajo las zapatillas, miró cómo se alejaban hasta el centro de la calle. En Strelna encargarás esturión del estanque, te lo pescarán con una manga de red y le extirparán con unas tijeras un trozo de las branquias; cuando lo sirvan en la mesa, el trozo recortado debe coincidir con el vaciado. A la primera helada se puso el abrigo de piel, estaba recogido y conservaba todavía el olor que tenía en Roma. Igual que la pausa entre dos sonidos también pertenece a la música, así la pausa después de la muerte está poblada. La mujer azota con la mano la pata de la mesa contra la que se ha golpeado el niño: no llores, ¿ves?, nosotros también le hacemos daño. La nube se ha secado con la luna. El hijo murió en el hospital, después de la autopsia trajeron a la morgue sus cosas, se pusieron a vestirlo, levantaron la cabeza, esta era ligera como una cajita de cerillas, le extrajeron el cerebro. De la hoguera, erupciones por el río. Qué bien

se estaba después del amor echado sobre la sábana retorcida, comer uvas, ver cómo te recogías el pelo, cómo se movía el omoplato por debajo de la piel y, después, cómo golpeaba por ese omoplato la trenza echada a la espalda. La vieja, seca como una corteza de pan, desliza las manos por el hule arañado y quemado, mortalmente adherida a la mesa de la cocina, busca la lupa y le explica a la cocina de gas que las desgracias no ocurren porque se hayan roto los espejos, son los espejos los que se rompen porque deben ocurrir desgracias. Barracones de madera, la celda vecina es de hombres, abrieron debajo de los catres corridos un agujero para que pasara un brazo, se forma una fila debajo de los catres. Dios atrapó el universo con pescadores. Vaquita de san Antón, vuela hasta el cielo, allí tus terneritos se comen los chocolatitos. El ave Eve: solo nace de género femenino y engendra a sus polluelos con el viento. La embarazada andaba de una forma extraña, como si bailara, después se acercó corriendo a la valla y vomitó, se frotó los labios con nieve derretida. Y todo el tiempo tenía ganas de plátanos pochos, los compro en el mostrador, la vendedora me dice: tenga, mujer, llévese los buenos, ¡vaya porquería ha ido a elegir! En cada portal se aprovisionaron con escaleras, pero no está Jacob. El marido llama al trabajo a su amante y pregunta por Lena, pero marca por costumbre el número de la oficina de su mujer, la amiga de esta responde: ahora llamo a Masha, Andréi. El tiempo no es más que el órgano del tacto. No hace ni dos días que la luz de la luna a esta hora caía en la esterilla junto a la puerta, y hoy se coló ya en la cama. Las manzanas en la hierba duermen cabeza con cabeza. Un taller en el sótano y, en la escalera, todo el rato hay alguien haciendo pis, las mujeres abajo, en la misma puerta, los hombres solo bajan unos pocos escalones. El chiquitín se quedó dormido y, para quitárselo del pecho, le tapó la nariz. Justo aquí los alemanes

fusilaron un campamento nómada de gitanos. Los gitanos al principio rogaron, suplicaron que los dejaran con vida, quisieron pagar por librarse, pero, cuando vieron que nada los ayudaría, empezaron a bailar y a cantar, y así murieron: les estaban disparando y ellos cantaban y bailaban. Qué ganas de despertarte con una fresa, olorosa y rugosa. Leía a Soloviov, según él las personas se dividen en lunáticos y girasoles. Presto atención y no comprendo qué es eso, qué extraño sonido es ese, como nueces cáscara contra cáscara. Esperaba el autobús debajo de una farola, abrí el libro, empezó a caer nieve en las páginas. ¿Recuerdas esa noche en la estación? Lluvia, los rizos se me salían de la capucha, se me rizaban todavía más, te sujeté con las manos por la capucha, besé las pestañas mojadas, desde esa noche han pasado cuatrillones de años, billones de verstas. El armario vacío en la habitación vacía intensifica los sonidos. En correos, plumas malas, una mesa manchada de tinta, envié una carta certificada; devuelta: no se ha entregado por la inexactitud de la dirección. Ahora que he tenido un hijo, sé qué objetar al Eclesiastés. Se abrió las venas con las tijeritas curvas de la manicura, miraba la sangre gotear, se encendió un cigarrillo. Había jugado al pimpón más de la cuenta, ahora no podía dormir, la pelota le daba saltos en los ojos cerrados y pululan las manchas del sol en la mesa. No, Valentina Gueórguievna, lo más importante del Evangelio son los tres días en que lo crucificaron y enterraron, y él no estaba, no había resucitado, esos tres días todavía duran y todo eso aún debe suceder: el encuentro en la orilla y todavía alguien debe ver todo eso, lo del pez asado y el panal de miel. Los tallos atravesaron el asfalto como colmillos. Hay que ir a sacrificar al viejo perro. Todo ser no es una criatura, sino carne: Él creó el mundo de sí, de su carne, se tensó en la misma posición en la que se tensan los acróbatas en una pirámide, así Él nos mantiene

—a su carne— con la tensión de los músculos, y dado que en el mundo nada ha cambiado, esto significa que Dios existe. Un paseo con mis nubes, unas se repiten, estas son mías. En el jarrón, agua por el tobillo. En el cuento, la niña huye de las fuerzas malvadas y lo pierde todo para salvar a su hermanito, pero, precisamente habiendo abandonado a su hermanito, ella se salvará, se apartarán de ella, pero entonces el cuento no tiene sentido, y el no-cuento tampoco; en realidad, esa niña no tiene que vivir en esa tierra fantástica. Fumaba en el balcón y la veía a ella sacudiendo con una mano las migas del diván, se quitaba algún pelo, estiraba la sábana que crujía en las dobleces. Es raro imaginarse que en mí se alojen miriápodos o, en general, ápodos o acéfalos. La Pascua con niebla: los transeúntes regresan a casa por la noche y llevan velas delante, como si fueran dientes de león. Por fin trajeron el piano, todos se amontonaron, pero mamá no permitió que nadie tocara, porque era obligatorio que el piano descansara del camino. Las huellas que cruzaban el río se derritieron muchas veces y se volvieron a congelar, por eso se volvieron gigantes. Recibió la última carta al mismo tiempo que la notificación de su muerte, en la carta él se disculpaba porque quizá el papel oliese a pescado: querida mamá: comemos con las manos y nos lavamos las manos en otro cuartel; después metió muchas veces la nariz en el sobre y todas las veces le parecía por un instante que sí, que ahí dentro se había conservado el olor. Mientras tomábamos té con tarta napoleón, Timka se coló debajo de la mesa y ató los cordones de los adultos. Un mago sabio se presentó en Nóvgorod, decía que sabía todo de antemano y se disponía a cruzar el río como si fuera tierra firme delante de todo el pueblo; en la ciudad se inició una revuelta, muchos creyeron al mago y querían acabar con los sacerdotes cristianos; entonces el príncipe Gleb, para salvar la fe de Cristo, se acercó al mago con un

hacha bajo el manto y le preguntó: ¿sabes qué sucederá mañana y qué hoy antes de que anochezca? El mago respondió que lo sabía y añadió: grandes prodigios haré. Entonces Gleb sacó el hacha y mató al mago. Usted es viuda, y yo, soltero. A una mujer la derribó un rayo porque decidió, durante los días impuros, pasar por la tumba de los santos de Nóvgorod Juan y Longino. En la orilla hizo dos acuarelas, empapó la hoja de papel directamente en el río. Por las esquinas se esparcen ramas de saúco contra las ratas. Y qué bonitos, qué gusto tienen los nombres de las pinturas: acuarela a base de miel, de repente te entran ganas de probar el sabor de esas barritas. Vi en su mesa un limón en un platito, cortado y ya pudriéndose, iba a tirarlo, pero él: ¿qué hace? ¡Voy a dibujarlo! En un tramo salió volando por el zarandeo la cerradura de la puerta, y la puerta del vagón de mercancías adaptado se descorrió: ahí estaba la puesta del sol, la estepa en flor, todos se quedaron petrificados y ya no había cárcel alguna, la respiración de la estepa, el olor de la hierba, el sol ocultándose y, de pronto, alguien empezó a gritar para que avisaran al convoy o pensarán que lo hemos hecho nosotros, que queremos huir. De entre los invitados alguien había traído a dos ancianas vetustas, las trataron de nietas o bisnietas de Pushkin y, por alguna razón, también de Walter Scott, ambas comían con aplicación y avidez. La ciudad no es un rey, sino un pescador judío. En el remolque congelado, el cobrador tira de la cuerda: un timbre; en respuesta, el cobrador del motorizado tira de la cuerda: un timbre; el conductor del tranvía pisa con un pie su timbre y el tranvía arranca. La mayoría de los suicidios son en las noches blancas. Ya había salido corriendo cuando el brazalete le saltó del brazo y rodó debajo de la cama, se coló para sacarlo y vio que las agujas de algún zapato habían dejado marcas en el parqué. Descubrieron el asesinato cuando la higuera bajo la que habían enterrado al difunto

dio un fruto atípico. Paseaban bajo la nevada nocturna, salieron a la plaza del Palacio, aquí los buldóceres apilaban los montones de nieve cerca de la columna de Alejandro. Soy terca como el diablo: cuando me hablan de la inmortalidad con fuerza y pasión, estoy segura de que todo tiene fin en esta vida y, al revés, cuando intentan convencerme de que todo es finito, de pronto empiezo a creer que, puesto que existo, voy a existir. Del charquito sale una huella mojada y coja. La casa explotó por el gas, en esos tiempos eso pensaban todos, que fue por el gas. En el balcón, la aurora alada ha levantado los codos y, en los labios, la aguja de san Pedro y san Pablo. Compréndelo de una vez, Taniuja-pupas, Jesucristo no se limitó sin más a alargar a Lázaro el de los Cuatro Días la vejez y los tormentos de la enfermedad, porque, de una u otra forma, este terminaría muriendo; no, todo el asunto reside en las palabras que dieron a un betanio la inmortalidad: ¡sal fuera! Mi niña flacucha, mi enfermita, el médico ha dicho que estás mejorando, mira, te recobrarás un poco y te llevaremos a casa. El nombre de Xenia es poco frecuente, pero se volvió de pronto popular por un capricho de Alejandro III, que llamó así a su hija. Relleno de carne, envoltura de madera. Entonces en *Matrimonio secreto* actuó Schröder-Devrient, una magnífica cantante, la preferida del público y de palacio (la autora de las memorias la confunde con la *prima donna* de la ópera italiana en Petersburgo S. F. Schoberlechner, *nota de la redacción*). La media piensa: ¿para qué quiero una pierna cuando sin ella estoy tan mediada? Temo por el soberano, la emperatriz envejece y para él una mujer es imprescindible cada día. En el campo se quemó el comedor, y el terreno entre la torre de agua y el barracón lo cerraron con una verja, dentro colocaron las mesas y los bancos, ahora comían al aire libre, a cielo abierto, y una vieja con un chaquetón sucio, con botas de fieltro podridas, suspiró: ¡igualito que en los

cafés Florian y Quadri en la plaza de San Marcos! La ruta iba por unos caminos que pertenecían a diferentes empresas privadas, varias veces llegó un control nuevo y todas las veces los controladores añadían en la entrada el símbolo de su camino: un círculo, una estrella, un tubito. Las manos sin anillos parecen desnudas. Leía en el camino *El viaje del Beagle:* en invierno, llevados por el hambre, los fueguinos matan y se comen a las mujeres ancianas antes que a los perros; cuando *mister* Low preguntó a un niño por qué procedían así, este respondió: los perros cazan nutrias y las viejas no. Aquí no te atrapan con la mirada. Las paperas empezaron en Budapest y terminaron en Viena. A la irreligiosidad debe llegar uno solo, pero los rusos alcanzan de balde la irreligiosidad, por eso no la valoran, valoran la fe. Alcíone se convirtió en ave, nadie besó los labios y estos se encallecieron. No llegan cartas, seguro que los perros *tedeschi* están ocupados con su lectura, temo que tomen los gráficos de la tos por documentos cifrados. El caballero de bronce con armadura que vive en el tejado cada hora golpea su escudo. Regla n.º 17: sentiremos odio por el mundo que habita en la ceguera y todo lo que hay en el mundo, sentiremos odio por cualquier clase de sosiego corporal, renegamos de la misma vida, pero podemos vivir en la de Dios. Un beso está lleno de seres unicelulares. Por la noche, a la luz de la luna, la hierba resplandece con un brillo blanco, como de alabastro. Solía pasar poco tiempo en su celda, se pasaba la mayor parte del tiempo en el patio, en un foso repleto de estiércol que ella llevaba siempre en el seno. En casa, aquí, construyen a una distancia de una cuerda de ropa. Algún loco levanta de la tierra un palo, lo sujeta con una mano y, con la otra, lo recorre con una rama finita y maúlla algo muy bajito: igual que Tomás de Celano, canta sobre lo hermoso que es el mundo de Dios. Habiendo perdido la bóveda, las columnas

adquirieron sentido. Vagaban entre las ruinas, ella arrancó una ramita parecida a un helecho: ¿qué será? Oye, en la guía dice que en la catedral de Orvieto hay que ver sin falta el fresco de Luca Signorelli *La resurrección de la carne.* Los ángeles de Bernini en el puente quieren subir al cielo, pero tienen piedras en los pies. El zumbido de los ventiladores en las manos de los japoneses, todos tienen espejitos de bolsillo en los que se refleja cómo el primer ser humano se crea, con la punta de un dedo, un padre a su imagen y semejanza, musculoso, saltarín. En el Corso, carreras de judíos. ¡Ya veréis, tiñosos, ya, os vamos a enseñar a crucificar a nuestro Señor! Un judío bautizado es un lobo bien cebado. El marido al gavillero, y el judiazo se convierte en casero. El ser humano es la Tumba Vacía, hay que liberarlo. La propia María indicó el lugar donde debía ser construida la iglesia, a mediados de agosto empezó a nevar en el Esquilino. Las hojas caídas después de la helada se osificaron. Tritón perdió la cabeza, como si fuera un ángel trompetea en las trompas de Eustaquio: ¡levantaos, levantaos! ¿Qué hacéis todos tendidos? Querías ir a la ciudad eterna, pero no fue tan eterna. Qué difunto tan curioso: murió un martes, empezaron a construirle el ataúd y él va y se levanta y, hale, a bailar. Giraron a la izquierda desde el palacio Barberini a una travesía sin salida, Gógol se puso a cantar una canción fiestera de la Pequeña Rusia, por fin acabó lanzándose a bailar y se puso a girar el paraguas en el aire de tal manera que no más de dos minutos después el mango del paraguas se le quedó en la mano y el resto salió volando. Por la noche, el viento cálido y sofocante arquea los chorros de la fuente. ¿Qué tocó ese trozo de aire en África? A ti no, bonita. El mosquito es antropofóbico. Anula la luz azul a la luna. Hubo una época en que comíamos multitud de sémola. Amad a la dama, atar a la rata. El desfiladero de la montaña está cubierto de manzanas, no se pudren. Había ganas de vivir a lo

ancho, y acabamos a lo estrecho. Ella te da detalle. Morir no es un camino de rosas: se tumbó bajo la imagen y deja la mirada fija. Yo soy. Somos o no somos. Sé verlas al revés. La luna ha salido, el lector ya está esperando la comparación con un pedazo de uña… Ahí está, atrápalo. La ruta nos aportó otra ruta natural. O rey o joyero. Se van sus naves. Préstame algo de dinero, en prenda te dejo un lobo. Se fue el macho cabrío a los tilos, y la cabra a las nueces. Si te pegas a una col, en col te convertirás. El aldeano se emborracha y se pelea con el señor; duerme la borrachera y los cerdos le dan temor. En la barca medio hundida navegan las nubes. Las olas rozan la borda podrida. En el carex está tirado un lobo, la tripa está inflamada, las moscas se le han posado en los párpados y la boca, hay gusanos debajo de la cola. La cabra, sin dejar de rumiar, mira a los ojos. Caronte le quita al cogollo las hojas crujientes de color blanco nieve y las mordisquea con dientes amarillos. El cielo poniente es una infusión de serbal. ¡Fu, largo! A la orilla bajó corriendo el gimnocaminante por el sendero entre los arbustos de moras y ortigas. ¿Quién eres? Soy un pequeño chiquillo, le he traído a Dios un brazadillo. ¿De dónde vienes? De ver a Dios. ¿Adónde? A ver a Dios. Sem reza, Cam el trigo siembra, Jafet el poder detenta, la muerte de todo se apodera. ¡Tíralo, muchacho! ¡Ten, muerde esto! Arrancó una hoja, se la tendió. Tronchuda, copuda. Con sonido, con jugo. Pasa flotando corriente abajo, meciéndose suavemente en las olas, una barca arañada en la pared. Dentro se ha hecho un ovillo el fugitivo, duerme sujetando con el puño cerrado el mango de la cuchara de la cárcel. Está molido. Pasa flotando por debajo de un sauce que se inclina sobre el agua, las hojas de una rama le acarician el hombro. Sonríe en sueños.

De nuevo ha llegado el momento de situarme. ¡Me he cansado tanto

estos últimos meses! Actuaciones, giras, traslados, citas con personas necesarias e innecesarias. Me dije: estas tres semanas antes de Kiev no me moveré de la dacha, no voy a hacer nada, me tiraré en la hamaca y miraré el cielo.

Y aquí estoy, tumbada en la hamaca y mirando el cielo, pero los pensamientos siguen en la tierra.

Este último año ha cambiado mi vida por completo.

Después de cinco años de silencio, de persecuciones de idiotas y patanes que no entienden nada de música, de quedarme en casa de forma absurda, de intentar llevar una vida de esposa y solo de esposa, después de cinco años de obligada inactividad, cuando parecía que la vida había acabado, que había llegado el momento de perder la cabeza, ¡de pronto todo regresó a su lugar! No sé cómo, pero sabía, sentía, que todo iba a ir bien, que solo tenía que aguantar, soportar todas las humillaciones con los puños y los dientes apretados, y todo iría bien.

He vuelto a los escenarios. Sé que soy otra. Y no es por la edad o los años perdidos mediocremente. De los mejores años. Me he vuelto más sabia. Imagino que no se debe hablar así de una misma. Pero siento que he empezado a cantar lo mismo, pero de otra forma y sobre algo diferente.

Pronto saldrá un disco, por fin.

Otra vez me escriben cartas, me envían cestas con flores. Otra vez me hartan los admiradores y demás desagrados unidos al éxito.

Comprendo que el éxito se lo debo a mi Iósif. Un gran gerente. Está tomando altura. ¡Director del Salón de las Columnas! Pero para él esto no es más que el siguiente escalón. Sé que este hombre conseguirá todo lo que se proponga en la vida. Para su aniversario se hizo un regalo real: le compró a unos americanos un Chrysler dorado. En Moscú solo hay dos así. El nuestro y el del NKVD. Ahora,

cuando nos cruzamos en las calles, nos saludamos con la bocina.

¡Anda que no he pagado caro ese aniversario! Por decencia Iósif rechazó celebrarlo en las Columnas, decía que no era oportuno que el dueño se aprovechara de un bien estatal para fines privados, se «limitó» al Metropol. ¡Y lo que sufrió por la lista de invitados! Se levantaba por las noches, tachaba a unos, anotaba nombres nuevos, temía dejarse a alguien importante. E invitó, faltaría más, a quienes ni habían reparado en mí en esos cinco años, que me habían olvidado, que aparentaban que yo ya no estaba, en esos terribles años en los que a la de «las maneras agitanadas» la acosaban en jauría, con descaro, cuando tanta falta me había hecho algo de apoyo, simplemente una palabra buena. Primero dije que no iba a ir. Suplicó como solo él sabe. No conseguía imaginarme cómo iba a darles la mano a esas personas. Y resultó bien sencillo. Y con qué completa sinceridad se alegraron todos de que estuviera de vuelta en los escenarios, de que tuviera conciertos, giras, ¡cuánto me felicitaron por el disco! Yo todavía no sabía nada concreto sobre si habría grabación, ¡y ya estaban felicitándome!

Me sorprendí de mí misma. Nunca habría pensado que me sería tan fácil sonreírles, hablar con ellos, reír. Los había perdonado. Fui y los perdoné. Son personas infelices. Habría sido un pecado no perdonarlos.

Resulta que se hace duro cargar con la ofensa, pero es bien fácil y sencillo perdonar.

Los veía divertirse como desde fuera, como en una película. Se apresuraban a hartarse de comer, de beber, de bailar. Como si todo se acabara al día siguiente. Como si ese día hubiera que gastar todas las reservas de fiesta. Y ahí estaban, de fiesta, bebiendo hasta perder el sentido, hasta atracarse, hasta vomitar.

Iósif no escatimó, *noblesse oblige.* Por eso eligió el Metropol,

otro restaurante no hubiera estado a la altura. Por doquier alfombras, cristal, la entrada principal radiante, porteros con galones. Las mujeres vestidas no de la textil moscovita, sino de Lamánova. Algarabía, risas, olor a perfume caro. Caviar, *balyk,* plátanos, tartas. Ríos de champán. En el centro, la célebre fuente en la que han caído tantos caballeros y damas. Y otros tantos que caerán. La orquesta, de frac.

Todos me suplicaban que cantara. Iósif se puso de rodillas. En su mirada, miedo a que me negara a cantar y la súplica de que no estropeara el aniversario con todas esas personas necesarias de las que dependía su vida. La suya y, por consiguiente, la mía. Salí. En un vestido largo de fiesta de terciopelo fino de color escarlata, especialmente diseñado para esa velada, y empecé a cantar. Canté a Prozorovski. Todos lo comprendieron, pero aparentaron que nada había sucedido. ¿Quién es ese Prozorovski? ¿Dónde está? ¡Puede que nunca haya existido! Pero la romanza, ya ves, ¡qué maravilla, siempre existirá! Y quién sea su autor y dónde esté, ¡qué más da!

El sonido es muy bueno. Un enorme espacio para la música, el techo de cristal en algún lugar el cielo.

Debajo de esas bóvedas, vodka, gula y bailes borrachos.

A duras penas aguanté hasta el final de la velada.

Mientras me vestía en el guardarropa y esperaba a Iósif para ir a casa, de pie junto a las puertas de cristal, vi de pronto que, de buenas a primeras, empezaba a nevar tras los cristales. ¡Si ya se había derretido toda la ciudad! Estaba allí de pie mirando y no lo resistí, salí a la nevada. ¡Todo estaba blanquísimo! ¡Qué bien respirar ese aire de frescura después del restaurante caluroso, sudado y borracho! Y qué calma, los enormes copos, iluminados por las farolas, caían lentamente. La nieve cubrió el asfalto; si la pisabas, se derretía. Eché a andar por la acera nevada con mis bailarinas y,

detrás, quedó una cadenita de finitas huellas negras. ¡Saldré corriendo y que me busquen por las huellas! De repente todo estaba bien, de maravilla. Amontoné un puñado de nieve en una balaustrada, chafé una bola pequeñita, me la pasé por los labios, por el cuello. ¡Y qué infundada felicidad me inundó! Hacía mucho que no me sentía tan bien. Y todo por la habitual nieve.

Hoy nueve años.

Pensaba que en estos años había llorado todas mis lágrimas. Nunca se terminan.

De pronto resulta que los recuerdos ya son realmente pocos. Estuve con él año y medio, casi constantemente, y de toda su vida solo han quedado unas pocas imágenes en la memoria.

Volódechka se chupa el talón.

Su sonrisa.

La urraca la comida hervía, el agua traía, aquí tiene el agua fría —y le hago pequeñas cosquillas en la muñeca—. Aquí la templada —y le hago cosquillas en el codo—. Y aquí, la caliente, caliente, caliente —se las hago en el sobaquillo—. Volódechka se ríe.

En la clínica de París me pusieron al pequeño en la tripa, me estrujaron el pecho para sacar el calostro, le dieron la posibilidad de chupar y se fueron. Yo tenía hambre, me trajeron un consomé, ¡con las ganas que tenía yo de *schi*!

Iósif se pone muy pesado con unas tisanas de hinojo para que tenga leche: ¡tómatela!

¡Señor, lo que tuve que soportar! Mastitis. Abscesos en ambos pechos. Los pezones se me agrietaron. Pongo al niño al pecho y grito de dolor. Y así, cada tres horas. En cuanto se cerraban las heridas de los pezones, otra vez las abría él.

Tener un niño es como si tu corazón estuviera en algún lugar

fuera de tu cuerpo. Tú estás aquí y el corazón te late allí.

Entonces me parecía que dolía, después lo comprendí: habría soportado cualquier dolor con tal de que el pequeño estuviera vivo, pero ahora no queda nada, salvo mi memoria y ese sobre que entonces envié a mi madre a Rostov. Acerqué su manita y su piececito a un papel, recorrí los contornos con un lápiz. Lo medí con un hilo y metí el hilo en el sobre.

Mamá lo trajo y yo lo conservo. Hoy he vuelto a abrirlo. El piececito, el hilito. Pero mi hijo no está.

Han pasado tantos años… Pero, en cuanto te acuerdas, en lugar de alma tienes un terrón ensangrentado.

A veces me parece como si ya tuviera ochocientos años.

Antes no lograba comprender por qué en la Biblia las personas tenían quinientos, seiscientos años. ¡Por esto!

He ido a Sérguiev Posad, que ahora, no sé por qué, es Zagorsk. En el gran monasterio todo está abandonado, los templos están cerrados y se caen a cachos, en los cuerpos de los monasterios ahora vive gente, por todas partes hay ropa tendida en cuerdas. Y la ropa no es bonita; es triste, pobre.

Los estanques de Betania, donde los monjes criaban peces, están invadidos de hierba y juncos.

Pensé: si durante siglos se ha rezado tanto, lo rezado y rogado no ha podido irse a ningún sitio. Se ha conservado en algún lugar por aquí, en estas piedras, cúpulas, juncos, en esa mala hierba.

La gente pasa por allí, se santigua.

Recé por mi hijito a la cúpula, también a los muros del monasterio, a los árboles centenarios y a la hierba verde y suculenta.

Estoy cansada básicamente de los traslados, trenes, vagones en los que sopla el aire, huele a ropa blanca húmeda, de las estaciones, hoteles, camas horribles, noches de insomnio. La pesadilla del transbordo nocturno en Kursk: la gente durmiendo amontonada en el suelo, abrazada a sus fardos, los retretes malolientes, la terrible añoranza. En Vorónezh quisimos dar una vuelta por la ciudad, pero echamos un vistazo a la multitud y no nos decidimos. Numerosas cervecerías, y en cada una se agolpaba gente desharrapada, estropeada. En la ciudad había más borrachos que sobrios.

Pero al concierto todos vienen elegantes, hermosos, la cara luminosa y los ojos vivos. Vienen como a una fiesta.

¡Señor, es que para ellos es una fiesta! Eran ellos quienes me ofrecían a mí una fiesta, y no yo a ellos. Aun así, qué felicidad estar frente a una sala que te irradia calidez, esperanza, agradecimiento y amor.

Después te vas tras los bastidores y el cuento se termina. Empieza la realidad. Puede que el chófer esté borracho o que hayan confundido los billetes o que, en el hotel, haya reventado una tubería.

Gracias a Dios, me habían seleccionado a una gente maravillosa. ¡Gracias a Iósif! Esto sí lo sabe hacer. Consiguió a Trosman del teatro Bolshói, y de la orquesta de jazz, a Jaskin, Lanzmann y Gladkov. ¡Un prodigio de músicos! Y todos con sentido del humor. Sin él, prueba tú a regresar viva de una gira dando conciertos casi diariamente, pasando la noche en hoteles sucios y con abundancia de chinches.

Cada vez que nos acercábamos a la siguiente ciudad, yo empezaba a inquietarme, a intranquilizarme. En esos momentos sientes el deseo de dominar la ciudad, de conquistarlos a todos, de hacer que se enamoren de ti. Después del concierto, durante la cena, Gladkov decía una y otra vez: «Ya está, Bélochka, ¡y usted

tenía miedo! ¡La ciudad es nuestra!». Una vez Jaskin dijo: «¿Es que todavía no ha comprendido que es siempre la misma ciudad, solo que en otro lugar?».

Después del concierto en Tula, en el restaurante de la estación, Lanzmann, ya bebido, declamó:

Pregunta Dios: «En nada te has convertido,
¿para qué has vivido, qué significa tu risa?».
«He dado consuelo a los esclavos agotados»,
respondo yo. ¡Y Dios llora!

Todos rompieron a reír. Al principio aseguraba que lo había compuesto él, después reconoció que eran de Garkavi.

Todos lo repetían, se reían. Cuando tendrían que llorar.

Vas en el tren, miras por la ventana: bosque y campo; en la cabeza, das vuelta a esas líneas.

De pequeñas, papá nos llevaba a la estepa a unas excavaciones y nos enseñaba unas mujeres de piedra. Esas tallas de un kurgán nos parecían algo enigmático, misterioso, eterno. Ahora desde la ventanilla veo cuantas quiero. En cada traslado por toda Rusia hay mujeres corrientes, pero exactamente iguales que esas, pétreas, miran al tren, con una especie de chanclos de cáñamo, chaquetón guateado, pañuelo gris.

Desde las ciudades donde había habido conciertos salían cartas. Al principio respondía a todas, pero ahora no sé qué hacer con ellas. Me piden que les envíe medicamentos. Me escriben desde la cárcel. Los admiradores envían fotografías. Hay historias enternecedoras. O realmente terribles. Una actriz del teatro provincial de Kursk que está enferma, tres hijos y uno, la niña, es inválida, se le cayó aceite hirviendo y se quedó ciega y nadie puede ayudarla. Hojas arrancadas de cuadernos escolares, postales. Admiración, promesas

de amor, peticiones de que me ocupe de algo, de que los coloque en un hospital. Iósif se ríe: «¡Eso es ser una celebridad! ¡Está bien! ¡Es lo que querías!».

No es esto lo que quería.

¿Qué voy a hacer con todas? Tirarlas o quemarlas, Dios no me lo perdonará, pero es imposible hacer nada.

Solo hubo buena organización en Leningrado. Iósif alquiló una habitación en el Astoria. Todavía recuerdo que se había convertido en un comedor obrero. Pero ahora es otra vez un hotel distinguido. Una habitación estupenda con vistas a Isaac.

Lo más sorprendente es que las personas aquí siguen siendo las mismas. El maestresala barón Nikolái Platónovich Wrangel. Creo que es el único que todavía saber llevar frac fuera de un escenario. Todavía más me sorprendí al ver a la misma ascensorista Dina, con el mismo flequillo, una copia exacta de Ana Ajmátova en el retrato de Altman, solo que había envejecido y ensanchado.

Esto es lo que quería escribir: es sorprendente cómo cambia todo, pero la gente permanece.

Entonces, en el Astoria, me llené la enorme bañera. Una así quiero para nuestra dacha, para que se pueda entrar y no trepar rasguñándote los pies.

De pequeña tenía este juego: me imaginaba que, cuando creciera, tendría una casa enorme con numerosas habitaciones, y las amueblaba todas.

Y aquí estoy, he crecido. Y amueblo todo.

Todo con lo que sueñas se cumple. ¿Y?

Hoy hace bochorno. Todos se han dispersado por ahí. Las cortinas de paja de las ventanas están bajadas. En el jardín, justo delante del balcón, crece un viejo guindo, si te inclinas sobre la baranda, puedes

coger bayas. Por la estrecha rendija entre la paja se ve el aire caliente calentándose: culebrillas. Por todas partes, golpes de martillos, de hachas, toda Valentínovka está de obras.

Ha hecho calor desde la mañana, el termómetro marca 20 grados a la sombra, y en el alféizar puedes freír huevos.

Después del café de la mañana me he sentado en una mecedora en la terraza, hojeo revistas de moda del Báltico que me ha dejado la modista. Masha está haciendo resonar las cazuelas en la cocina, mamá está escuchando la radio. Iósif está en Moscú, no vendrá hasta el sábado.

Ha venido Lugovskói, mi admirador veraneante, en una motocicleta con sidecar, hemos ido a bañarnos a la represa. El viaje es terriblemente incómodo y con muchísimas sacudidas, pero fue divertido, nos reímos mucho. En el Kliazma se está tranquilo, bien. Lugovskói estuvo haciendo el tonto como un chiquillo; a pesar de todos los rombos de su uniforme, pescaba gobios con el gorro de cuartel. Después se lo puso, lleno de agua, en la cabeza.

En el viaje de vuelta pasamos por la antigua heredad Zagoriánskoie a ver las ruinas de la casa abandonada. Un parque grande y bonito, pero con estatuas rotas y derribadas. El estanque, el jardín que lo circundaba cual herradura, hacía mucho que se había convertido en una ciénaga estancada. Los árboles se pudrían por dentro y solo quedaba la corteza. Pasarelas derrumbadas. Los habitantes de los alrededores se llevaron y destrozaron todo lo que pudieron. Me imaginaba cómo había sido todo antes. Porque alguien se habría esforzado para que todo fuera bonito. Entre unas matas de hierba de san Gerardo, Lugovskói encontró la tumba de los últimos propietarios de la heredad, que habían muerto antes de la revolución: «Bychkov, siervo y sierva de Dios». Menos mal que los Bychkov no ven nada de esto.

Regresamos hacia las cinco, mamá y Masha estaban preparando confitura en un hornillo en el jardín. Iba a probar la espuma, me acerqué la cucharita a la boca y soplé un buen rato, entonces el sinvergüenza de Lugovskói me empujó el codo, ¡tenía la boca y las mejillas pringadísimas! «Conque esas tenemos… ¡Pues ahora voy a cubrirlos de besos!» Y salen en desbandada para huir de mí. Los perseguía por el jardín alrededor del hornillo, gritando: «¡El beso más dulce! ¿Adónde van?». Nos reímos tanto que por poco no sobrevivimos.

¿Por qué escribo todo eso? En realidad, no pasó nada importante ni destacable. Un día habitual en la dacha a mediados de unos años de un siglo.

Por la radio retransmiten fragmentos del *Don Juan* de Mozart y justo ahora el aria de don Juan delante del balcón de Elvira.

El tiempo ha cambiado bruscamente. Lluvia todo el día, ya desde la mañana. Hemos jugado a la lotería. Aburrimiento. No he sido capaz de leer nada. Ha oscurecido enseguida. En cuanto ha terminado de llover, he querido salir a dar una vuelta. Menos mal que convencí a Osia de que enlosara el caminito, se puede salir a pasear justo después de la lluvia, sin charcos y sin hundirte en el barro. Salí al jardín mojado y frío. Me entró tanto frío que me tuve que poner sobre el cuerpo desnudo una chaqueta de lana húmeda. En cuanto das un paso a oscuras, pisas un caracol. Hay una verdadera invasión de caracoles este año. Me quedé parada viendo los árboles, el cielo, los rápidos nubarrones, las manzanas, la franja de luz tras la ventana con la cortina echada en la habitación de mamá. Las ramas goteaban. Por doquier, runrunes mojados. Las cimas salpican en silencio. El olor de las *phlox* después de la lluvia es penetrante, dulce, aturdidor.

Subí a la terraza vacía y me senté en la mecedora. No encendí la luz. Tenía ganas de que alguien muy pero que muy cercano se sentara a mi lado. Decirle, medio en susurros: «Mira, las manzanas relucen en la oscuridad como si tuvieran luz dentro».

Pensaba un poco en todo. Recordé que para Pascua había ido con Masha a Jamóvniki. Quedaban pocas iglesias, dentro todo eran apreturas. Estaba terriblemente cargado por las velas y la multitud. Estábamos de pie, espachurradas por todos lados, y empecé a sentirme mal. Como con miedo. A duras penas logramos salir.

Por la noche, las calles estaban llenas de gente: los teatros habían anunciado espectáculos para el sábado de pasión, empezaban a las diez y los cines abrieron toda la noche.

Íbamos a casa y en los oídos todavía estaba viva esa maravillosa melodía pascual: «Jesucristo ha resucitado de entre los muertos, agraviando la muerte con muerte…». De pronto Masha me preguntó si yo creía en la futura resurrección de los muertos: «Por ejemplo, yo creo en Dios, pero no en la resurrección». «¿Y eso por qué, Masha?» «No creo, y ya está, mi difunta abuela, dime, ¿va a resucitar así, vieja y carcomida, para la vida eterna? Porque entonces resultaría que todos debemos morir jóvenes. No, no son más que cuentos.»

¡Masha, Masha! Dejemos que haya cuentos.

Si Dios ha dado a cada uno su propia vida, también dará a cada uno su propia resurrección.

Si Dios ha obrado un milagro y me ha dado esta vida presurosa y escurridiza, inventará cómo darme otra que se quede. Y allí también estará esta noche de Pascua. Y esta tarde de hoy después de la lluvia. Y Masha, la que no cree en la resurrección y ya resopla en su cuarto. Y Iósif, que está en algún lugar de Moscú no sé con quién. Y mi madre en el cuarto de arriba, imagino que leyendo, todavía se ve luz. Y mi padre. Y mi pequeño. Todos, todos, todos.

Esta mañana ha venido Iósif. Ha traído diferentes *delicatessen* de Yeliséiev, ha organizado un largo desayuno debajo del lilo. Le ha dado a Masha una ostra para que la probara, ha escupido. Me ha recordado a la piña de Alexándrov. Le regalaron una piña a su asistenta como presente para la familia en la aldea, estos no supieron qué hacer con ella, así que guisaron una sopa.

Masha se fue a la estación, a comprar, y mi madre empezó una conversación sobre los hurtos del servicio. Decía que no se debía tolerar y cosas así, pero Iósif intercedió: nunca cuento las vueltas que trae Masha, se las ha quedado por necesidad, Dios la ampare.

¿De veras se acuesta con ella?

Contaba que en Moscú era completamente imposible respirar por el calor sofocante, que hacía mucho que no había un verano tan caluroso: en el asfalto se quedan las huellas de los tacones. Echaba pestes del recién abierto hotel Moscú. En los periódicos cuentan que es el mejor del mundo, pero, de hecho, es como siempre: por fuera lujo, mármol, malaquita, jaspe, pero en las habitaciones los cajones de las cómodas no encajan, no se puede cerrar la puerta del cuarto de baño, encima no hay tapón en la bañera y hay que ingeniárselas para taparla con algo.

Siempre tiene reservadas habitaciones para los invitados, pero sé que Iósif lleva ahí a su muchachita del *music-hall.* Seré justa con él: nunca trae a nadie a casa, a nuestro lecho. ¡Y doy gracias por eso! Aunque, ¿qué significa «al nuestro»? No hay ningún lecho nuestro.

Iósif lleva mucho tiempo engañándome. A la cara me aseguraba que no tenía a nadie, pero lo percibí enseguida. No sabía si creerlo o no. Me convencía a mí misma: créelo, claro. Estoy obligada a darle siempre al hombre amado la oportunidad de ser sincero. Sin embargo, por mucho que él me dijera, no me lo creía y aparentaba que sí. Incluso cuando me decía la verdad, no lo creía, y cuando me

mentía diciendo que solo me amaba a mí, lo creía.

Fui a propósito al *music-hall* para ver a las treinta *girls* moscovitas bajo la dirección del impotente Kasián Goleizovski. Todas bellezas seleccionadas, en maillot, espolvoreadas de brillantina, con zapatitos muy *chic* de tacones altísimos, con peinados ultramodernos. Me puse a adivinar cuál sería. Después pensé: ¡qué más da! Si son todas idénticas.

Hemos regresado a los tiempos bíblicos, cuando el hombre tenía tantas esposas como pudiera mantener, igual que hoy.

Sé que la culpa es mía. En esos años horribles en los que no quería salir ni ver a nadie, toda la rabia, toda la irritación la vertía sobre Osia. Él estaba entre ellos y yo. Me protegía de ese mundo, me salvaba como podía, quería hacer todo para suavizar los golpes, para que no me doliera tanto. Y yo me volvía loca, todos los numeritos, todos los ataques de histeria, todo lo vertía sobre él, mi pobre Ósik. Yo odiaba a esas personas y mi marido sufría por ellos. Ya no podía dormir con él, ¡simplemente no podía! Y todos los intentos de volver a arreglarlo, de corregirlo, de hablar, terminaban de nuevo en una bronca. No sé cómo podíamos vivir así, en esa atmósfera de incesante bronca.

Y no hacía falta ningún motivo en especial. Simplemente la irritación se iba acumulando durante varios días, se comprimía y, después, la descarga. Yo digo algo y él no me hace caso, se viste para irse, mira el despertador en la cómoda y suelta entre una cosa y otra: «Tienes tres minutos más». Agarré el reloj y lo tiré al suelo.

Después ya discutíamos no con ímpetu y ruido, como discuten los amantes, sino con frialdad, a escondidas.

La comprensión había llegado a su fin. Como un teléfono estropeado. Hablábamos, pero no cruzaba las interferencias, el

runrún. Y cada uno se oía solo a sí mismo, a su propia voz retornada.

De la misma manera reparé de pronto en que no tenía contacto ni conmigo misma, con mi propio cuerpo. Y después solo veía los rastros de las uñas en las palmas. Resulta que estaba todo el rato apretando los puños y no notaba que me hacía daño.

Se me ha quedado grabada nuestra última bronca. Por un jarrón. ¿Cuándo fue? El año pasado, en primavera. No eran unas simples tazas con platitos, sino un jarrón chino caro de no sé qué siglo que él había traído bien orgulloso de algún anticuario. De pronto, la extraña sensación de que esa no soy yo, de que ya estoy en algún lugar lejano. Esa es alguna otra mujer que grita furiosa y que, por alguna razón, rompe cosas bonitas y caras. Porque yo hace mucho que estoy tranquila y ya no me duele nada y ya no siento ninguna pena. Y esa persona se ha alejado tanto de mí que ya no puede causarme dolor de verdad.

Lo importante es que me horroricé de mí misma. Comprendí que odiaba cómo era.

Mi primer pensamiento fue: ¡matarlos a él y a ella! Y hacer que la casa salte por los aires. Arrasar el mundo entero. Después se terminaron de pronto las lágrimas y las fuerzas para sufrir, me tranquilicé e hice como que no sabía nada, que no estaba pasando nada inusual en nuestra relación.

Cómo odiaba esa voz suya cuando llamaba: «Bélochka, encanto, me voy dos días fuera». Y empezaba a urdir algo sobre los negocios. Y, en realidad, me llamaba desde la habitación que había alquilado para pasar la noche con su amante. Quizá ella estaba a su lado y le acariciaba la rodilla. Respondía esforzándome para que la voz no me temblara: «Claro, Ósik, no te preocupes. Date prisa en volver. Te

quiero mucho y te estaré esperando».

Y me miro al espejo. Ahí están las arrugas en el cuello. Ella no tiene.

Pero esas muchachitas similares no son precisamente peligrosas. Puedo no tener miedo de esas bellezas saltarinas. Hay que tenérselo a las calladitas, tranquilas, con ojos de niña sorprendida. Como Masha.

Es todavía una niña, en efecto. Una vez regresé a casa y Masha salió a toda prisa de mi cuarto, entré y enseguida comprendí que había estado deleitándose en mi cama.

De pronto me imaginé a mí misma en su lugar. Seguramente también me probaría, en ausencia de la dueña, todos sus vestidos, medias, zapatos, gorritos.

Trabajadora, pulcra, taciturna. Agua mansa…

Rechazó el salario, me lo gastaré, decía, si me hace falta para velas, entonces ya me darán, decía, guarden ustedes el dinero, que yo lo perderé.

Hay que ir a comprarle unos zapatos, que anda sabe Dios con qué.

No soporté la reclusión en la dacha y me acerqué con Iósif a Moscú. Polvorienta, sofocante, pero al menos hay gente.

Estuvimos en casa de Dneprov y Milich. Pasamos media tarde hablando de los reentierros en Moscú. A todos nos había dejado estupefactos el aspecto casi vital del cuerpo del compositor Nikolái Rubinstein. También hablamos de los cuadros del Hermitage. A Dneprov le habían reproducido unas palabras de Grabar sobre que el 80 % de los cuadros más valiosos del Hermitage se habían vendido en el extranjero y que pronto empezarían a traerlos de regreso con gran ganancia.

El mismísimo Alexándrov se dignó a aparecer. Le preguntaron cómo había conseguido hacer que un toro estuviera borracho en *Los alegres muchachos.* Y resultó que en el rodaje en Gagra le habían ceñido un alambre al toro en las patas. Las mujeres se escandalizaron: «¡Pero le haría daño!». Alexándrov se echó a reír. Dijo que tuvo que pelearse de verdad con Meyerhold en el escenario y que se rompieron las respectivas narices, que les chorreaba sangre de verdad. Declaró que, si te tomas el arte en serio, entonces, al igual que Abraham, tienes que saber sacrificar ya no un toro, sino a tu propio hijo.

Lo miré y ni por un momento dudé de que él, sí, él lo sacrificaría y no le temblaría la mano. Sacrificaría a su hijo, a su mujer y a todos los que estábamos a la mesa.

Está ahí sentado, tomando vodka con setas, con arenque, y todo él irradia éxito. Hablaba de cuando conoció a Chaplin y de que en Hollywood se peleaban por invitarlo a comer todas las celebridades. Dios sabrá, quizá sea verdad que lo invitaban.

Dice que le está construyendo una dacha a Orlova en Vnúkovo según un proyecto propio: con ventanitas en forma de corazón. La cumbre del mal gusto y de la miseria.

¡Qué bien regresar a Valentínovka después de Moscú! Una extraña impresión de Moscú, la vida se ha vuelto mejor y es algo que se siente de forma literal: han anulado las cartillas de racionamiento, han cerrado las degradantes tiendas de divisas a donde la gente llevaba sus dientes, hay comestibles en abundancia y cada vez hay más, y los teatros y cines están a rebosar. Pero todo lo demás permanece, ¡la gente es la misma! Los Dneprov se jactaban de su nuevo comedor sueco, de su nueva radio. Es una casa con posibles. Y todo para hacer ostentación, para darse aires. Delante de los

invitados, Milich ha enviado a propósito a la cocinera a Yeliséiev para que comprara asado de cerdo para su *spitz*. Y después nos vamos de su casa y veo por la ventana, en la calle, a mujeres mal vestidas y todas llevan algo, van cargadas con algo pesado, latas de queroseno, cestos, sacos, cestas. Se suben con esos sacos en el tranvía. Y me miran con envidia y rabia.

¿Por qué se desprecian todos unos a otros y se dejan la piel para jactarse: de los pisos, de los abrigos de piel, del servicio, de las amantes, de los coches, de una vida saciada y cebada?

¿Y si el castigo no llega después de morir, sino antes?

El espejo de la sala de recibir es indulgente conmigo, me muestra como quiero ser; el espejo del dormitorio es implacable, me delata con la cabeza, con las arrugas, con la tripa abultada. ¿Acaso estoy envejeciendo? El envejecimiento ya no se oculta como antes. La vejez parece haberme perdido el miedo. Se ha desbocado. Entra en mí como si fuera su casa: cabellos canos descubiertos después de una noche de insomnio, arrugas que ayer no estaban. El pliegue en la boca es de vieja, eso seguro.

Ahora, igual que mi madre, añado al agua un poco de azulón para que las canas no se vuelvan amarillas.

Pero cuando siento de veras el tiempo es cuando me encuentro con alguien que hace mucho que no veo. La última vez que estuvimos en un concierto en la sala Bolshói me di de bruces con Taskin. Completamente envejecido, pero anda bien orgulloso y, desde luego, del brazo de una joven talento, rubia, por supuesto. Moscú se ha llenado de rubias teñidas después del estreno de *Circo.* Las rayas, traicioneras, se oscurecen enseguida.

La última vez que había visto a Taskin había sido dos años antes en Leningrado, en mi momento más difícil. Entonces fue seco y tenía

mucha prisa, pero ayer se lanzó a darme un beso, me hizo toda clase de cumplidos cuyo sentido se reducía a que, ya sabes, yo te descubrí, palomita mía, no te habrás olvidado, ¿no?

¡Cómo olvidarlo! Como si fuera ahora veo delante de mí esa casa: Kabinétnaia, 7. El primer contrato. Los primeros honorarios.

Yo, una estudiante de gimnasio entusiasta y segura de sí misma, había llegado a Petrogrado para entrar en el conservatorio. ¡Únicamente en el conservatorio! ¿Por qué había decidido que el conservatorio me estaba esperando? ¡Y solo a mí, claro! Niusia había acordado una audición con el profesor de canto y este me escuchó y vaciló: «Su voz es… más bien de mezzo-contralto…». Y negó con un sentido del deber cumplido ante el arte. Yo estaba cubierta de lágrimas y él todavía se puso a consolarme, esa voz se la ha entregado la propia naturaleza, decía, estudiando solo la estropeará: la harán más aguda, pero no llegará para la ópera, ¡cante así, niña!

¡Y ahí iban mis sueños! ¡Por la borda! Cante así, niña…

Y ahora pienso: ¡gracias a él!

Me acuerdo bien de la primera y extraña sensación de Petrogrado: no fueron los palacios o el Nevá, no, sino que, a diferencia de los cobradores moscovitas, que llevan en las manos una tablita con las pilas de billetes enganchados, en Petrogrado los cobradores llevaban al cinto unas bolsitas con carretes. Además me llamó enseguida la atención que, en general, eran mujeres, debido al reclutamiento por la guerra. A mi espalda alguien se lamentaba de que, antes de la guerra, el billete costaba tres kopecs y, ahora, una moneda de cinco. Iba con Niusia a un concierto estudiantil; para ella, aplausos, ella saludaba y a mí el corazón se me encogía de envidia. Sí, de envidia. La inútil sin suerte envidiaba el éxito de su hermana. Por las mañanas iba a clase al conservatorio y, por las tardes, para ganar algo de dinero, trabajaba en un cinematógrafo.

Niusia conocía a cantantes, a empresarios, y propuso llevarme a ver al famoso Taskin, el artífice de Viáltseva. Lo adiviné: mi última esperanza. Si me rechazaba, me tiraría al río desde el nuevo puente de Palacio, lo habían abierto hacía poco, yo lo estrenaría.

Esperaba algo grandioso, salió… y me llegaba por el hombro. Con una servilleta, recién levantado de la mesa, y además soltó un intenso eructo. Enseguida me agarró una mano y empezó como a ronronear: «Una mujer empieza a gustar por las manos», y él tenía dedos como tronchos. La calvicie le brillaba. Palmaditas paternales por todas partes. Me liberé, me aparté a un rincón para que no pudiera atraparme, canté. Se quedó entusiasmado:

—¡Pero si es usted una cantante preparada! Apréndase tres canciones cualesquiera, las que a usted le gusten, y ¡vaya con Dios a las tablas! Claro que le falta experiencia, pero tiene todo lo que no puede aprenderse.

Acordamos que iría a verlo unas cuantas veces más, para que me aconsejara sobre la elección de canciones y la forma de interpretarlas. Salí volando, como si tuviera alas. En efecto, me puso bajo su protección. La siguiente vez que llegué, estudié con él varias romanzas. Sobre el piano, unos papeles y un sobre. ¡Mi primer contrato y mi primer dinero! Estrechándomelo contra el pecho, salí corriendo a ver a mi hermana y, en la esquina de Kabinétnaia, abracé una columna y le planté un beso, ¡a plena luz del día!

Empecé a actuar en el Coliseo y Taskin me llama: «¿Cómo está, Bélochka? ¿Todo bien? ¿Está contenta? Eso está bien. Pásese esta tarde, es por un asunto muy importante». Me pasé y ese asunto importante era cobrarse la deuda por el contrato. Todavía hoy me dan arcadas cuando recuerdo sus dedazos y cómo me respiró al oído: «¡Usted no es Bela, es puro merengue!». Le sujeté el brazo. «¡Pare, por favor!». Pasó a besarme. Le di varias veces en las

mejillas y en la calva y salí a toda prisa del piso. Todavía me gritó: «¡Cambiará de idea y volverá!». Hasta ahí llegó el contrato. El trabajo lo perdí al instante, por supuesto.

¡Veinte años han pasado! ¡Nos vemos e intercambiamos cumplidos!

¡Admirables son tus obras, Señor!

Esta noche he soñado con mi padre. Me he despertado cubierta de lágrimas.

Paseamos por nuestro jardín de aquí, de Valentínovka, y le voy enseñando las matas de grosella, fresas, manzanas jóvenes. Quiero enseñarle nuestros guindos, que han quedado de los anteriores propietarios —había tantas guindas que, de lejos, los árboles se veían rojos— y, de pronto, no hay nada, solo han quedado unos picoteados, un poco secos. Yo me disgusto muchísimo y él me consuela, me acaricia la cabeza como si fuera otra vez pequeña: «Pero, bueno, ¿por qué lloras? No pasa nada. Está bien. Si muy pronto saldrá tu disco. ¡Van a escucharte por todo el país! ¡Todos van a quererte!». Y yo berreaba con más fuerza: «¡No me hace falta nada de eso, papá! ¡Mi querido papaíto! ¡Qué bien que no hayas muerto!». Y me desperté.

Solo de pensar en que no lo vi antes de que muriera, de que no estuve en su entierro, me entran unas ganas desesperadas de llorar.

La última vez que nos vimos, él sabía todo lo que le pasaba y yo no comprendí nada. Entonces me dijo: «¿Por qué nos vamos de esta vida en el momento en que nos parece que recién empezamos a comprender algo, a descifrar algo?». Yo no quería escucharlo: «¡Qué tonterías dices! ¡Cien años más vas a vivir!».

Tengo solo una fotografía del entierro. Está en el ataúd sin gafas, no se parece en nada a él. Lo colocaron sobre la mesa, en el mismo

lugar donde cenábamos siempre.

Papá todavía guardaba algunas cosas antiguas de los kurganes excavados. A veces me enseñaba sus tesoros y me decía: «Imagínate, han pasado miles de años desde que las manos de un artesano hicieran esta hebilla». Y ahora a mí me parece que desde el momento en que papá me tendía esa hebilla han pasado todavía más años.

No hago sino intentar recordar de qué hablamos esa vez antes de separarnos, porque fueron las últimas palabras que me dirigió. No me acuerdo de ninguna. Pensaba en alguna otra cosa. ¡De haberlo sabido entonces!

Me atormenta que él y yo no hablamos ni una sola vez de verdad sobre lo realmente importante. Cuando nos veíamos, la conversación siempre derivaba hacia nimiedades. Entre un padre y un hijo debe tener lugar en la vida una conversación importante sobre lo más importante. Y papá hace mucho que no está y en mi vida ya no habrá esa conversación.

¡Mamá, mi viejecita mamá! ¡Cuánto te quiero! ¡Y qué poco de ese amor sé mostrarte! También tú y yo charlamos siempre de nimiedades.

Ayer estuvo medio día andando por el bosque y revolviendo con un palo los hormigueros. Tiene las piernas enfermas. Alguien le ha dicho que debe macerar huevos de hormiga en alcohol y untarse esa mixtura en las rodillas.

La semana pasada se le metió en la cabeza hacerse un vestido para el entierro, el vestido con el que debemos enterrarla. Se miraba en el espejo cómo le caía.

Su principal actividad ahora es la lectura, pero no lee nada nuevo, solo lo que leyó tiempo atrás. A veces, al mirar a mi madre desde detrás, veo que la espalda le empieza a temblar de repente.

Se apoderan de ella unos sollozos repentinos y violentos cuando lee algo memorable para ella, pero le pasa más cuando escucha música. Hoy, por ejemplo, se ha deshecho en lágrimas cuando del reproductor ha manado el aria de *Lakmé:* «Adónde se apresura la hija moza…».

Nuestro aparato SI-234 capta emisoras extranjeras. Me encantar darle vueltas, escuchar. Todo el mundo pone jazz americano. Cuando no hay fuerzas para nada más, está bien encenderlo y escuchar… Y desde algún lugar surge de nuevo el deseo de vivir y las ganas de bailar. Pero mamá no soporta esa música. Todas las tardes se retransmite ópera para ella: «Acto segundo. Dormitorio de la condesa». En cuanto empiezan las noticias, lo apaga.

Mamá, ¿acaso tampoco tendré contigo esa única conversación?

¿O hablar de nimiedades es en verdad lo más importante?

Después de comer me he ido a dar una vuelta por la aldea y se me ha pegado un perro. Lo he traído a casa, le he dado de comer. Masha ha puesto mala cara, que si traigo a cualquier bicho, dice, y que, de todas formas, no se puede dar de comer a todos los perros hambrientos.

Dado que no puedes dar de comer a todos, pues precisamente por eso hay que alimentar al que puedes, a este.

Es igual que con la felicidad. Dado que, de todas formas, es imposible que todos seamos felices, debe ser feliz el que pueda. Hay que ser feliz hoy, ahora, a pesar de todo. Alguien dijo que no puede haber paraíso si hay infierno. Como si fuera imposible estar en el paraíso sabiendo que en algún lugar existe el sufrimiento. Un disparate. El auténtico placer de la vida solo se puede percibir si se ha experimentado el sufrimiento. ¿Qué le importarían a este chuchillo los restos de sopa si no se estuviera muriendo de hambre?

Siempre ha sido así: a uno le cortan la cabeza y ese momento es para dos de entre el gentío en la plaza, delante del cadalso, el primer amor. Alguien admira la pintoresca puesta del sol y alguien contempla ese mismo ocaso desde detrás de una reja. ¡Y siempre será así! ¡Y así debe ser! Y por más que les corten la cabeza a decenas o a millones, da igual, ese mismo momento debe ser el primer amor para alguien. Incluso para ese adolescente. Veo su cara ante mis ojos: regresábamos en tren de Crimea y nos detuvimos en algún apartadero; justo enfrente, un vagón *stolypin* con presos; en la ventanita estrecha, una reja y un rostro medio infantil. En nuestra mesita, comida, flores y botellas.

No estuvimos más que un minuto parados. En el compartimento se hizo el silencio. Y cuando seguimos viaje, ya no había ninguna alegría.

¿O todo tenía que haber sido al revés? ¿Vivir con más alegría después de algo así? ¿El sabor de la comida debe ser más intenso? ¿El ocaso más bello?

El mundo entero es un todo único, vasos comunicantes. Cuanto más fuerte sea la desgracia de unos, con mayor fuerza e intensidad deben ser felices los otros. También amar con más fuerza. Para equilibrar este mundo, para que no se vuelque como una barca.

Lugovskói ha enviado, como prometió, a dos soldados para que corten leña. Dos Vasilis. Un Vasia es fortachón, el otro Vasia es alto y esbelto. Estuvieron serrando desnudos de cintura para arriba. Estaba tumbada cerca, en la hamaca, meciéndome despacio y mirando sus nucas recortadas de chiquillos, la espalda tezada, los músculos. Pasaron a mi lado con un leño y, de repente, a la nariz me llegó el olor a madera recién serrada y a sudor masculino.

Nunca en la vida nadie confesará que algo así puede suceder,

que el olor a madera y a sudor pueda excitar hasta ese punto. Me excité tanto que me retorcí de arriba abajo.

Sufrí por los engaños de mi marido hasta que yo lo engañé a él. Mejor dicho, hasta que comprendí que no era un engaño.

El verano pasado. Crimea. Un romance en un lugar vacacional.

Palmeras, blancura, lejanía, montañas desnudas. El Monje, el Camello, el Gato de Simeiz. Se desliza hacia el mar arqueando el lomo gatuno.

Todos los días, por la mañana temprano, en la orilla del mar andaba con las manos, daba volteretas, giraba en el aire, hacía el pino con la cabeza. El cuerpo entrenado y apuntalado de un atleta. Primero me dieron ganas de gustarle solo por la travesura. Subimos a lo alto de una colina. Por el estrecho sendero me agarré a su brazo, no tanto para sujetarme como para rozarlo. Una conversación medio en broma. «¡La robaría y me quedaría con usted para siempre!» «¡Y yo lo dejaría todo y me marcharía con usted!»

Me desperté por la mañana y comprendí que me había enamorado, pero sin saber qué iba a hacer con eso. El escalofrío del amor es suave, como si probaras con la lengua la corriente de una pila.

Íbamos a bañarnos todos los días. Nos quedábamos en la orilla. Me balanceaba como una sandalia de playa y me sentía joven, fuerte y atolondrada.

Me devolvió mi cuerpo: por obra de su amor yo volví a amar este cuerpo. Además, me dijo: «Durante el amor hay que hablar, y tú te quedas callada».

Todas las veces quería desnudarlo yo. Besarlo donde se acumulaba el olor. Amar todo su cuerpo sin miedo a ser incomprendida. No amar, sino estar compuesta de amor.

Después del frenesí, del éxtasis, cuando tocaba regresar a ser una misma, húmeda del sudor, con el pelo pegado a los labios, una oleada de fuerzas y mucha ternura por él, indefenso, desvalido. Él sujeta mi mano y se la pone en los ojos. Me instalo en su axila, siento en la sien el latido de su corazón. O, acodada en la almohada, lo miro. ¡Qué bien, qué despreocupación!

Por la mañana me despierta dándome mordisquitos en el lóbulo de la oreja, me susurra palabras de amor y me es indiferente si son verdad o mentira. Porque no puede haber mentira en el amor, solo en las palabras.

Por la noche paseábamos en barca por el mar. Nunca antes había visto esa luminiscencia nocturna del agua del mar Negro. Remas y empieza a brillar la ola que ha tocado el remo. El agua tranquilizada ya no brilla. ¡Es un espectáculo maravilloso! Nuestra barca no era la única que dejaba esa huella luminosa, también el pez más pequeño brillaba al moverse. Salíamos a mar abierto unos dos kilómetros y allí observábamos un cuadro espléndido: los delfines atrapaban peces y dejaban tras de sí manchas luminosas. Las manchas de luz estaban diseminadas por todo el mar nocturno.

Una vez regresé a casa solo con un pendiente y me di cuenta cuando ya me estaba desvistiendo para acostarme. Iósif no se dio cuenta de nada.

No se da cuenta en general.

O, quizá, lo sabe todo y calla. Mi Iósif. Mi bueno, mi sabio Iósif.

Lo único que me da miedo es que no me dé tiempo a entregar todo lo que hay dentro de mí. El cuerpo pasa muy rápido.

De cada uno al que he amado he querido un niño. Y quiero. Todavía no soy vieja, puedo engendrar. Y sé que el tiempo se agota.

Temía que algo no estuviera bien y no sé a cuántos profesores

me habré dirigido, se limitaban a separar los brazos…

Dios no da.

¿Por qué no me lo das? ¿Estás esperando a cuando sea demasiado vieja? ¿Solo te gustan los milagros? ¿Quieres ponerme a prueba? ¿Quieres demostrarle algo a alguien? ¿Quieres que viva cien años y solo entonces lo darás, como le diste un hijo a Sara?

Yo no soy Sara. No quiero vivir hasta los cien. Estoy viva ahora, aquí.

Debido a la tormenta han cortado la luz en toda la aldea. Todas las dachas están a oscuras. Estoy con un hornillo de queroseno.

Hoy, 28 de julio, en el periódico viene el decreto sobre la prohibición total del aborto. Y también un artículo sobre que han encerrado a una tal «Morózova María Yegórovna, 35 años, trabajadora de la explotación de turba de Nazia, que en los últimos tres años ha practicado diecisiete abortos a diferentes trabajadoras de la explotación de turba en condiciones antihigiénicas por medio de una inyección de solución jabonosa».

Sonia, una prima de Iósif, trabaja de matrona en el hospital de Ott. La última vez que nos vimos en Leningrado, nos contó todo tipo de cosas espantosas que se encontraba en el trabajo. Con qué cosas no traerán a las infelices después de practicarse un aborto ellas mismas. Las pobres mujeres se mutilan con agujas de ganchillo, con lápices, plumas de gansos, teas de abedul, todas tienen complicaciones, infecciones o muerte por sepsis. Llegan pidiendo abortar, se les deniega, después la matrona hace visitas por las casas, no le dejan cruzar el umbral. «¡Pero si está embarazada!» «El embarazo no se ha mantenido.» La explicación habitual: levanté una carga pesada, di un traspié, enfermé del estómago y cosas así.

Gira en Kiev.

Los cambios a mejor se notan ya en la vía del tren. El viaje fue rápido, sin retrasos. Los vagones eran internacionales, muy cómodos, todo limpio.

Nos alojamos en el Continental. De antes de la revolución, lujoso, mobiliario antiguo. Las llaves en una pesada pera de madera, no hay donde guardarla. Es para que no te las lleves. En el Continental hacen unos pequeños *éclair* famosos en todo Kiev. Los hornean para las doce, ¡qué delicia tragárselos enteros!

Me escapé de mi gente y me dirigí al monasterio de las Cuevas.

Salí al Dniéper. ¡Qué belleza! Así que desde aquí, desde esta colina, los kievitas miraban a los ídolos que flotaban por el río y rezaban con frenesí a Perún: «¡Levántate!».

¡Cuánto deseaban que su dios mostrara toda su fuerza a los profanadores! Los ídolos no emergieron, no salieron a la orilla, no castigaron a nadie, siguieron flotando como maderos, obedientes a la voluntad de las olas.

He estado hablando con una mujer. Dijo que debía ir sin falta a rezar a Santa Sofía de Kiev, a la imagen milagrosa de Nikola el Húmedo. Me contó que el nombre le viene de un milagro. Un marido y su esposa vivían en Kiev con su único hijo, Nikolái, todavía muy pequeño. Mientras cruzaban el Dniéper en barca, el pequeño se cayó de los brazos de su madre y se ahogó. Los padres, desesperados, empezaron a reprochar a san Nikolái que no los hubiera ayudado a proteger al pequeño; después se recobraron y empezaron a suplicarle perdón y que calmara su pena. Por la mañana, antes del oficio en Santa Sofía, cuando el sacristán entró a la iglesia, escuchó el llanto de un niño. Subió al coro con el guarda y allí, detrás de una puerta cerrada a cal y canto y que tuvieron que abrir, vieron delante de la imagen de san Nikolái al mismo niño, estaba mojado, como si

lo hubieran sacado del agua.

Acabo de regresar de la casa de niños de la ciudad. He hablado con el director, con el doctor Gorodetski. Le he dicho que estoy pensando en adoptar a un pequeño, le he pedido ayuda.

He hablado largo y tendido con él, después me ha acompañado por las habitaciones, me ha enseñado todo. Cuenta que en la época del hambre en el año 33 hubo muchos niños abandonados. La milicia los recogía por docenas en Kreschátik. Empezaron a abrir refugios para ellos. Gorodetski recibió a quinientos niños. Muchos morían entonces de desnutrición y enfermedades. Yo miro a los niños: ahora están todos rollizos, limpitos, las niñas con vestiditos idénticos, todos con el pelo cortado al cero, así que no se los diferencia. Miré en una sala, los niños tienen los ojos sucios, cubiertos de secreciones purulentas. Pregunté: «¿Qué tienen?». «Tracoma.» Seguimos. Resulta que no les dicen que es un refugio para niños abandonados, están convencidos de que viven en un sanatorio. «Mi mamá vendrá y me llevará a casa.» Gorodetski dijo que muchos vienen y adoptan. En el último medio año se han llevado a treinta niños. Los niños también eligen a los padres. Gorodetski se reía, que si los quiere adoptar alguien que no es rico, dicen: «No nos iremos, no ha venido en coche». Mientras estábamos en el pequeño patio, hablando, se han congregado a nuestro alrededor. Allí quietos, me miran. Todos tienen en la mirada la pregunta: ¿quién soy? ¿Quizá mamá?

—¡Galina Petrovna!

No me oye. El bullicio de piazza Mignanelli ahoga su voz.

El truchimán se acerca muchísimo, pero ella no repara en él. Con

la cabeza echada hacia atrás, no puede apartar la vista de una muchacha inocente colocada en una columna antigua levantada bajo algún emperador.

Galpetra está igual: el traje morado, el gorro blanco de mohair, las botas de invierno con la cremallera medio bajada. Incluso las calzas de museo. En la espalda, el papelito pegado con celo. La misma.

El truchimán la llama de nuevo:

—¡Galina Petrovna!

Se estremece, se da la vuelta.

—¡Válgame Dios, qué susto me has dado! —Se coloca el gorrito —. Pues estaba aquí de pie y pensaba: ¿será posible?, ¡han puesto un monumento en honor a la concepción! ¡Si es que solo tienen una cosa en la cabeza!

Se saca de la manga un pañuelo de nariz arrugado, se suena, vuelve a meterse el pañuelo en la manga.

—Mientras llegas en el metro desde nuestro Vyjino ya todos te han estornudado encima.

La calle está inundada de un tintineo, penetrante y alado. Alguien ha atrapado en el cielo una media aviar y se la pone en la pierna.

Una anciana maquillada, que ha salido a la calle por las puertas del *tabacchi,* lanza una mirada hacia arriba y, precavida, abre el paraguas. Hay otros viandantes con paraguas contra los pájaros.

—Bueno, vamos —dice Galpetra, y se coloca otra vez el gorrito de mohair.

—¿Adónde?

—A cualquier sitio. ¿Qué hacemos aquí parados, junto a esta columna? ¡Pero mira bien en todas direcciones! Aquí todos van como locos.

Galpetra cede el paso a una bandada de escúteres y cruza la calle, sin prisa, contoneándose, arrastrando las calzas por el adoquinado de Roma. Las cañas sin cerrar de las botas se chocaban a cada paso.

El truchimán la alcanza, caminan uno al lado del otro. Galpetra se para en cada puesto de suvenires, postales, camisetas con nombres de estrellas. Se abre paso hasta los tenderetes. Examina las vitrinas de los quioscos con madonas con aire de Barbies y Barbies con aire de madonas. Menea con la cabeza al ver los precios.

Los adelantan grupos de turistas. Japoneses. Alemanes. Otra vez japoneses. Sobre las cabezas, en la multitud, por todas partes los paraguas y palos de los guías con pañuelos multicolores: no se pierdan, dicen, síganme, yo les mostraré en esta ciudad bulliciosa y embrollada algo auténtico, importante, eterno, que es por lo que ustedes están aquí, porque no estaban y no estarán, ¡pero ahora sí están aquí!

Alguien le pisa a Galpetra una calza. Ella gruñe:

—¿Es que estás ciego? ¡Hay que prestar atención!

Los transeúntes se giran a mirar sus calzas de museo, el papelito con un dibujo de retrete en la espalda, pero qué no habrán visto aquí, están acostumbrados a todo.

—¿Y ahí qué hay? ¡Vamos! ¡Madrecita mía, si al final he tenido la ocasión de estar en Roma! ¡Quién lo hubiera pensado!

Giraron hacia via del Tritone. A su encuentro, un grupo de escolares con un *big mac* cada uno. Uno tiró el envoltorio a la acera. Justo delante de Galpetra.

—¡Pero esto qué es!

Lo agarró del gaznate y le obligó a recogerlo. El otro, aturdido, lo levantó y salió corriendo con el envoltorio en el puño, girándose todo

el rato. No estaba acostumbrado a que le hicieran eso, justo del gaznate.

Galpetra, mirando su reflejo en los escaparates de las boutiques, no paraba de colocarse el gorrito, de ajustarse la falda, intentaba verse la espalda.

Se paró en un escaparate con estatuillas de yeso, se frotó las sienes con las manos.

—Quería decirte algo y, vaya por Dios, ¡se me ha ido de la cabeza! Últimamente tengo lagunas en la memoria. Toda la vida llevas contigo algo innecesario, y lo que necesitas, ya ves, prueba a recordarlo. ¡Mira, Laocoonte! ¿Sabes que lo encontraron sin un brazo y que le ajustaron uno nuevo? Miguel Ángel lo vio y dijo que el brazo debía sujetar la serpiente no arriba, sino detrás, por detrás de la cabeza. O al revés, no por detrás, sino arriba, ya no me acuerdo. Después, al cabo de los siglos, encontraron ese brazo, el verdadero, y resulta que era como él había dicho. Vamos, ¡ya basta de mirar a las musarañas!

Se pararon en un cruce.

—¡Fíjate, aquí todos pasan en rojo!

Vuelve a sacar el pañuelo de la manga, se frota la nariz hinchada. Encima del labio superior, granitos: ha debido de quitarse algún pelo con una pinza.

—Dime, ¿has visto el auténtico Laocoonte? ¿En el Vaticano?

—Sí.

—¿Y?

—Normal.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Será posible! ¡Es Laocoonte! ¡El caballo de Troya! ¡Atenea encolerizada! ¡Los griegos clásicos! ¡Y la belleza con la que el escultor antiguo representó el sufrimiento en el rostro del padre ante cuyos ojos perecen sus dos hijos! ¡Es la mismísima

belleza inmortal! ¡Es la hermosura atrapada para siempre en la piedra! Y la mano, dime, ¿hacia dónde se tiende su mano? ¿Arriba o atrás, detrás de la cabeza?

—No me acuerdo.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Para qué has venido a Roma?

Salieron a la piazza Colonna. Les golpea en la nariz el olor a cuero de los bolsos extendidos en la acera. Apenas Galpetra se agacha a tocar uno y el vendedor negro, que tiene ensartada en cada brazo una docena de bolsos, echa a correr. Han debido de hacerle la señal de que ha aparecido la policía. Los bolsos bajo los brazos alzados son como alas desplegadas.

—Estoy cansada. Y me duelen los pies. ¿Nos sentamos aquí?

Se instalan en la baranda de la verja de hierro que rodea la columna de Marco Aurelio. Los turistas examinan con prismáticos los bajorrelieves. En estos bajorrelieves, los romanos vencen a los sármatas y, en lo alto, está Pablo con la espada. Galpetra se agacha soltando gemidos de dolor, se desata las cintas de las calzas. A su alrededor, palomas. Una sacude las alas por encima de su cabeza, levantando por un instante el papelito pegado con celo. Galpetra la espanta con los brazos:

—¡Largo de aquí!

Se quita las botas con marcas de sal filtrada. Se desentumece los dedos de los pies.

—Así que estás en Roma y no vas a ningún lado, ¿es eso?

—No, ¿por qué? Sí que voy. Ayer estuve en la antigua Vía Apia.

—¿Y qué tal?

—Un camino. Piedras. Viejas, desgastadas. Rodadas en las piedras. A lo largo de todo ese camino se crucificó a la gente de Espartaco. Caminaba y recordaba que, de pequeño, vi en la Casa de la Cultura de Presnia la película *Espartaco,* y después jugábamos a

los gladiadores, los escudos eran las tapas de los cubos. Entonces en cada planta había cubos para los restos de comida. Robábamos las tapas y la portera nos cubría de maldiciones.

Se acerca a rastras una anciana, otra vez esa, la de Elektrozavódskaia. *«Prego, mangiare!»* La mano le tiembla. Los dedos están negros.

—Bueno, no tengo nada para darle —suspira Galpetra, que, por si acaso, se acerca más las botas—. Bueno, ¿y ya está? ¿No había nada más en ese viejo camino, cómo se llama? El de Espartaco.

—También hay una iglesia, se llama Domine Quo Vadis. Sienkiewicz tiene una novela igual.

—Lo sé, ¿y?

—Pasé dentro. No había nada. Solo un busto de Sienkiewicz. Quería seguir, pero entonces vi en un pasillo, en el suelo, una baldosa blanca debajo de una reja. Me acerqué. Unas huellas, unas marcas de unos pies descalzos. En ese lugar, Jesucristo se le apareció a Pedro y sus huellas se quedaron en la piedra. Me agaché para examinarlas mejor. Unos pies enormes, más grandes que los míos. Y completamente planos. Un pie plano claramente manifestado. Y qué ganas me entraron de tocarlos. Ya había alargado el brazo, pero me dio cosa.

—¿Y por qué?

—Si es un engaño y eso es obra de algún cantero, plantó su pie, marcó el contorno y luego lo talló, ¿para qué tocarlo? Pero ¿y si en verdad son los pies de Él? De aquel cuyas últimas palabras fueron: «Padre, ¿por qué me has abandonado?». Entonces resonaron unos pasos, por una puerta lateral salió a toda prisa un sacerdote vestido con una sotana negra, terminaba de masticar algo. Me vio con el brazo alargado. Me quedé cortado, aparté la mano, pero él sonrió asintiendo con la cabeza, como diciendo: no pasa nada, toque, que

se puede. Y añadió que, de todas formas, era una copia.

—¡Lo sabía! —Galpetra suspiró—. ¿Y adónde se han llevado la piedra de verdad?

—Eso pregunté. Resulta que siempre se estaban colando en la iglesia a robar, así que trasladaron el original a otra iglesia, la de San Sebastián, no está muy lejos, un poco más delante en la Vía Apia. Me fui allí. No es una iglesia, sino una catedral enorme. Paseé por dentro y no logré encontrar dónde se exhibía la piedra. En el techo estaba colgado un gigante de cabellos dorados. Pende del techo y mira por la ventana, ¿y qué hay ahí? Tras la ventana, el cielo empedrado de nubes, viejas y desgastadas, como el suelo de la Vía Apia. Le pregunté a un padre por las huellas. Me indicó con la cabeza un altar lateral a la derecha de la entrada. Ahí hay una reja, un cristal. Estaba oscuro y no se veía nada bien, había reflejos en el cristal. Busqué dónde lanzar una moneda, en sus iglesias hay que pagar para que enciendan la luz un minuto, pero no lo encontré.

—¿Y ya está?

—Sí, ya está.

—Así que no lo vio.

—No.

En la baranda, al lado del truchimán, se sienta un tipo con mochila: pantalones cortos, camiseta de tirantes, sombrero panamá en la cabeza, botas de montaña en los pies. También con prismáticos al cuello. Sus piernas son pálidas y flácidas, sin ningún pelo. Sonríe, le ofrece al truchimán los prismáticos, como diciendo: ¿quiere mirar? El truchimán dirige los prismáticos a la columna. Un considerable aumento. Enseguida los clava en una cabeza cortada. Debe de ser un sármata. Después alguien a caballo y barba con caracolillos, quizá el propio filósofo emperador que dijo que lo que más deseaba en el mundo era la vivificación de los muertos, y no la

condena a muerte de los vivos. Más arriba, Pablo con la espada. Una espada larga. Con una así seguro que se cortaban bien las cabezas de los sármatas. El truchimán le tiende los prismáticos a Galpetra. Mira muy poco la columna, se pone a examinar la calle, las ventanas de las casas, a los viandantes, las palomas.

—¡Mira, igualitas que las de Moscú!

Las palomas corretean por el suelo.

—Galina Petrovna.

—¿Qué?

—Quería decirle una cosa…

—¿Sí?

—Es, bueno, es algo muy tonto, pero…

—¿A qué tanta duda? ¡Habla!

—Sabe, todos estos años yo…

—¿Es sobre el papelito en la espalda?

—Sí. Mejor dicho, es algo muy diferente. Mire lo que quería preguntarle: ¿por qué nosotros la odiábamos, pero usted nos quería?

El tipo de los pantalones cortos tiene intención de seguir, se da palmadas sonoras en las rodillas debiluchas; del susto, las palomas se apartan. Galpetra le devuelve los prismáticos, la cinta se engancha en un botón de la manga.

—Vosotros también me queríais, solo que no lo sabíais. Estaría bien saber si Korczak estuvo en Roma.

El truchimán se encoge de hombros.

—No lo sé.

En la plaza se están reuniendo unos manifestantes, espantando a palomas y turistas, despliegan carteles, pancartas. Uno de ellos comprueba si funciona el megáfono, canta para toda la plaza Colonna: *amore, amore, amore!*

Galpetra vuelve a ponerse las botas, se ata las cintas de las calzas de museo.

—En fin, ahora voy a penar por culpa de la mano de Laocoonte y la dirección de su mano…

—Galina Petrovna, ese no es Laocoonte.

—¿Cómo que no? ¿Y quién es?

—Korczak.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Son Janusz Korczak y los dos niños a los que les dio la mano cuando partieron a la cámara de gas. Murieron asfixiados. No hay nada bello en eso. Y, además, ¿qué pinta ese juego de los músculos? ¿Y qué más da hacia qué lado se extienda la mano de Korczak?

—¡Estás confundiendo todo! ¡Has enredado todo el mundo! Eres un liante. Un liante irrumpió en la sala y se comió un *varénik.* Laocoonte es una cosa y Korczak, otra muy diferente. El emperador no puede ser filósofo y el filósofo no puede ser emperador. Los oficiales de Sebastopol son una cosa y los ángeles de Bernini, otra completamente diferente. Los griegos clásicos son una cosa y los chechenos, otra. Las calzas de fieltro de museo en un Ostánkino sin calentar son una cosa y ese crío que estuvo dentro de mí, otra. Compréndelo, ese niño de Bielorrusia que se sorbe en el auricular del teléfono es algo separado, y la media aviar que, fíjate, se ha convertido en nariz, es algo separado. El pie de Pedro existe por sí solo, y las fotografías de los leprosos existen por sí solas. ¿Recuerdas que en el Vaticano, en la plaza frente a la catedral, junto al obelisco, recaudaban dinero para los enfermos de lepra? Alrededor tenían carteles con fotografías de niños y adultos sin dedos en las manos y en los pies. Ella se dio la vuelta para no verlas.

—Sí, estábamos en la cola para la catedral de San Pedro. Las ráfagas de viento esparcían polvillo de agua de la fuente. Todos

buscaban la ventana del papa, ahí, mira, la segunda en el piso superior. Delante teníamos un grupo de escolares polacos con uniforme de los *boy scout,* con pañuelos al cuello al estilo de las corbatas de los pioneros: rojo y blanco. Detrás teníamos un grupo de negritas con ropa de monja de alguna orden: blanco y azul. Yo quería ver a la guardia suiza con alabardas, pero en las vallas los registros los hacían vigilantes de gafas oscuras y trajes negros. A ella la pararon, no querían dejarla pasar por los hombros morenos al aire. En una cesta enorme de plástico se amontonaban pañuelos oscuros. Ella se tapó. Se echó a reír, representó una viejita de manos temblorosas. Nos dejaron entrar. Primero paseamos juntos por la catedral, después me dijo que quería poner una vela y la dejé sola. Me puse en la cola de los peregrinos a la estatua de Pedro que querían sujetar un momento su pie y pedir un deseo secreto. Ahora en la cola estaban delante las negritas blanquiazules y, en algún sitio por detrás, los *boy scout* polacos. Esperaba y leía en la guía que, en realidad, no era Pedro, sino una estatua antigua de Júpiter Tonante. En algún momento le pusieron una cabeza nueva y, en la mano, en lugar de haz de rayos, le metieron una llave. La cola avanzaba despacio, cada negrita se quedaba un buen rato agarrando el pie de Júpiter. Detrás de mí estaba una mujer vestida de negro con su hijo de unos diez años, era ciego. El niño fruncía el ceño, los músculos de la cara se le contraían una y otra vez. Por fin me acerqué, el anhelado pie resultó no tener dedos, como devorado por la lepra. Lo toqué y sentí el frío del bronce y el sudor pegajoso de cientos de personas. Aparté la mano involuntariamente. Se me pasó por la cabeza que no había pedido un deseo, pero la madre ya había colocado la palma de su hijo en el muñón leproso sin dedos. Me fui a seguir paseando por la catedral. Ella seguía en el mismo sitio con la vela en las manos. Tienen unas velitas graciosas, no parecen de

verdad, son como las que ponen en las mesitas de los restaurantes, en tarritos de cristal rojo. Con ese vasito rojo en la mano, con el oscuro pañuelo ajeno sobre los hombros, de pronto parecía vieja, encorvada, con el pelo desgreñado. Me acerqué para abrazarla y volví a sentir con fuerza el sudor ajeno en los dedos, quise ir a algún sitio a lavarme la mano.

—El caso es que no has entendido nada. Todos vosotros, listillos, aun teniendo más de dos dedos de frente, hacéis que sea todo complicado. Se inventan Roma y después se sorprenden de que Roma no esté, de que en el Foro haya tirados unos zangarrones rechupados por el tiempo e invadidos de hierba verde y suculenta. Se inventan el Tíber y esperan no se sabe el qué y, en realidad, es algo turbio, tiberino, auténtico. Y ya está, ¡hay que querer este mundo tiberino! Es bien sencillo. Tenías que haberte convertido en su Tristán. Debías haberte convertido en él, devolverle ese día en Izzalini. Eres tú quien está echado en una colchoneta inflable a la sombra de un árbol con un libro, y de las ramas penden en hilos invisibles unos gusanos negros, ágiles y rápidos. Y se lanzan sobre todo lo que respire: hojas, sombras, piedras. No son gusanos, sino tártaros. Y ahora son pocos, la pasada primavera devoraron ese rosal, incluso la corteza. Alrededor todo está vivo: apenas has dejado el libro en la hierba para quitarte la camiseta, lo recoges otra vez, y por sus páginas ya corretean las hormigas cual letras dispersándose. En el paraíso hay que estar alerta: vigilar que un escorpión no se cuele en el bolso o en un botín. Por la parcela hay que andar con un palo dando golpecitos en la tierra: hay serpientes. La casa está en la colina, la aldea está abajo, invisible tras las cimas de los árboles, solo desde el balcón se ve la torre del *castello* y el tejado de la iglesia. De la aldea llega el sonido de una sierra eléctrica y, cuando cesa, hacen su aparición los pájaros, las hojas y el arrastre

de unos pies descalzos. Veinte minutos antes, en la ducha, el pecho de ella se heló, se encogió por el agua congelada. Pero ahora pica el sol, por su culpa, todo intenta deslizarse a la sombra: el camino enyerbado, la manguera olvidada por los etruscos, también la sandalita gastada con olor a tu pie. En pantalones cortos y con la parte de arriba del bañador, ella tiende la colada en una cuerda: tus calzoncillos y sus bragas, tus calcetines y sus calcetinillos, muy cerca, se rozan, se acarician. Pone un pie en el borde de la colchoneta inflable, te levanta un poco, te balancea. El pie con picotazos. Te pasa un tubito para que se lo extiendas. Los mosquitos aquí son pequeñitos, dañinos, no oyes nada, no sientes nada, pero ya te pica. El pie esbelto, moreno, ligero, todavía sin desfigurar por el hierro, todavía sin cubrir de cicatrices. Las picaduras rojas y rascadas están en el empeine, en la caña y en la pantorrilla. Quieres dar besos, pasar la lengua por cada picadura, ella aparta la pierna: ¿qué haces? ¡Está sucia! Le atrapas el talón, le besas el tobillo, e Isolda se ríe a carcajadas, salta sobre una pierna, te da con el tubito en los hombros, en la cabeza, pierde el equilibrio, se cae, se agarra a tu cuello, la colchoneta da coces, se encabrita y os tira a la hierba. En el cielo, calzoncillos y bragas, calcetines y calcetinillos, una pareja de cada clase, se secan al sol después del diluvio y, en lo sucesivo, en todos los días en la tierra no se extinguirán la siembra y la mies, el frío y el bochorno, el verano y el invierno, el día y la noche. Después iréis a ver los frescos de Luca Signorelli. El camino bambolea los muslos. En algún lugar por abajo está el Tíber. A veces el río se revela por detrás de los árboles e Isolda dice: «¡Mira qué barca tan rara!». Pero tú miras al camino. En cada kilómetro entre Todi y Orvieto hay mujeres negras en el arcén. Examinan a escondidas los coches que pasan. Se levantan si reducen la velocidad. Por la mañana las reparten por la carretera y a la tarde

las recogen. Isolda se indigna porque obliguen a mujeres pobres a venderse así, como perros, debajo de arbustos. Tú dices de broma: las rameras de Babilonia. Ella responde: las rameras no existen. Tras la curva otra mujer negra acompaña vuestro coche con la mirada. En Orvieto todos los aparcamientos están a rebosar, pero tenéis suerte: justo se va uno. Vais a la catedral, pero hay una misa y confirmaciones, la capilla con los frescos está cerrada. Hay que esperar a que acabe y encima es fiesta, habéis llegado el día de la Palombella. Entre las cabezas se ve que, en el fondo de la catedral, delante del altar, dos monjas dirigen un coro de niñas. Las niñas llevan vestidos rosa y blanco. Cantan algo alegre, como si interpretaran una escena de un musical estadounidense: todas se mueven siguiendo el ritmo, dan palmas y levantan los brazos ya a un lado, ya al otro, agitando los dedos. Enseguida la fiesta empieza en la plaza. Por encima de la multitud, nubes de contrachapado desde las que debe llegar la paloma y comunicar algo importante sin lo que no es posible la vida. Estruendo y salvas. El fragor de un trueno. Fuegos artificiales alrededor de la inmaculada María y del crucificado. María y el crucificado se hunden en el humo de un cohete. Desde el otro extremo de la calle, también con una estampida y disparos, desciende por un cable extendido una jaula que deja tras de sí un rastro de humo azul. En un cilindro transparente se estremece y pugna un pobre pájaro muerto de miedo. Los italianos dan palmas, gritan entusiasmados. Se puede esperar en un restaurante a que termine la fiesta. Por las ventanas abiertas, el fragor de los truenos, ya de verdad. Seguramente la paloma, ya liberada del cilindro, ha salido volando al lugar indicado y se estará deshaciendo en lamentos. ¡Dales duro! Ahí está la tormenta y el granizo. Tamborileaba en el tejado de hojalata. Estáis sentados junto a la ventana y miráis la calle, donde los enormes

pedriscos se resquebrajan en el asfalto, saltan por encima del alféizar. Al restaurante entra corriendo gente desde la plaza, gritan, ríen a carcajadas. Tú dices: mientras no se rompan los cristales del coche; e Isolda suspira pensando en las mujeres de la carretera: pobres, ¿cómo estarán ahora allí, entre los arbustos? Los trocitos de hielo entran volando por la puerta abierta. El camarero los manda fuera de vuelta con un cepillo, os sonríe, os guiña un ojo, hace como que es un jugador de hockey enviando la pastilla a portería. Después la granizada se acaba y salís a la calle, donde hay sol y vapor. El granizo había sido del tamaño de un huevo y ahora el pedrisco ya es como un guisante. Tú bromeas: ¡mira cuántas hojas han muerto! Queda realmente poco para que se acabe la vida. Pero es siempre así. Porque tú también fuiste su Tristán, solo que no lo comprendiste. La resurrección de la carne. De la nada, del vacío, de una argamasa blanca, de una niebla densa, de un campo nevado, de una hoja de papel, aparecen de pronto personas, cuerpos vivos, se alzan esta vez para quedarse para siempre, porque es imposible desaparecer, perderse de nuevo, dado que ya hubo muerte. Primero los contornos, el perfil, los límites. Punto, punto, coma. Salió una carita torcida. Marcación. La persona se estira desde esta rendija en la pared hasta esa mancha del sol. Se extiende desde las uñas hasta las uñas. Brazos, piernas, cabezas, pechos, tripas, todo eso se encontró en la nieve, en la niebla, en la blancura del papel, y ahora se expone para su reconocimiento. Los cuerpos todavía son transparentes, como la sombra de un vaso vacío en la pared. La realidad es complaciente. La carne es paulatina: alguien está todavía sin brazos, a otro le faltan las piernas, como a las estatuas de los Museos Vaticanos, lo roto con un martillo entre las piernas. El plano pasa al volumen en el lugar de la espalda donde asoma el omoplato, si se lleva un brazo para atrás. El juego de los músculos sin cubrir

todavía por epitelios. Trepan sin haber sido terminados de dibujar, de registrarse, suben a la rodilla. La respiración silbante, el balbuceo inarticulado. Regresan a sí mismos, a su piel. Miran en derredor todavía con ojos ciegos. Olfatean. Gatean desde la nada hasta aquí. En la intersección de las dimensiones, la pared, la nieve, la niebla y el papel se hunden en el tiempo: él comía granadas con la cáscara y las membranas amargas y decía que ayudaba contra el sarro; ella abría la puerta, no cedía, el viento la cerraba desde el otro lado; en la calle bebían en livianos vasitos de plástico, enseguida había que llenarlos de nuevo para que no salieran volando. Las nalgas están de nuevo invadidas de pelo. El supersticioso vuelve a ponerse la sandalia primero en el pie izquierdo y después en el derecho. Arrugando la cara, se traga cada mañana un vaso de leche de burra, que le ha prescrito contra su enfermedad pectoral el médico-cortapicos. Y ahí está ese cuyas fosas nasales se hinchan con el canto, va a casa, lleva cien siclos de plata a su mujer y canta, la esclerótica azul del caballo tuerce la vista hacia las vacas con las ubres emporcadas de estiércol, el que viene de frente, que posee el conocimiento acerca de cómo las gallinas y los cerdos se paseaban por los rescoldos de un incendio y, con gritos infantiles, daban pequeños saltitos cuando se metían en las cenizas calientes, todavía tiene medio día de camino —salió a la orilla solo en la mañana temprano, habiéndose asilvestrado durante la noche, a lo lejos una pulgarada de gente, y en la orilla, después de la lluvia, una corteza dura: la pisa y la quiebra con el pie descalzo—. Y ahí está la que quiso a un casado. La primera vez que él se quedó por la noche tapó el icono con un pañuelo, pero después, al revés, se lo quitó. Ponía en orden sus cosas, atravesó con un dedo un agujerillo en una polilla. Limpiaba el suelo, del trapo salía vapor. La madre, mientras se iba, se limitó a decir: descongela el frigorífico, en lugar de esas

grandiosas palabras sobre el amor. El pelo se hizo más fino, empezó a perderlo. El marido de otra la abraza y dice que tiene un sorprendente don de gato: convertir cualquier punto del espacio en una casa, engendrar comodidad, tapar con amor las corrientes de aire, y él mismo se lo explica, que es así porque la mujer tiene una corriente de aire en el alma, porque ella no tiene una casa dentro, allí ella es ajena, y solo algo masculino y robusto puede cerrar ese vacío. A ella le gustaba olfatear su barba de lino. En algún lugar había leído que no se puede retener a nadie durante el día con ayuda de lo que ha pasado por la noche. Está esperando su turno en la policlínica, se mira las piernas y piensa: un triángulo isósceles truncado por las rodillas. ¿Qué puede decirle un médico? Dijo que las enfermedades las causan las amarguras y las ofensas, y que las cura el amor. Preguntó: ¿su madre mató a algún niño que llevara dentro? Sí, ahí lo tiene, ella mataba al amor y ahora usted responde por ello. El viejo vecino se tomó el té y se preparaba para irse, se metía la barba en el abrigo, ella vio que se había escondido en un bolsillo unas bragas suyas, no dijo nada, se limitó a sustituirlas por unas sin lavar sin que él se enterara. Y ahí está ese soldado que ha regresado vivo de la guerra, aunque con la mandíbula destrozada, e iba con un tubito de plata instalado en la garganta. Cuando tenía cuatro años, unos chiquillos le pegaron en la calle. El futuro soldado fue a quejarse a su madre, esta estaba lavando la ropa. Dejó la colada y con voz de pena dijo: ¡pobre pequeño! Después le dio la vuelta a unos calzones de su padre y le azotó con todas sus fuerzas en la espalda: ¡nunca vengas a quejarte! En Poltava no había abetos, para el Año Nuevo trajeron un pino. Un niño es la calidez ovillada y cercana a la que es muy fácil hacer daño. No hay nada temporal, por ejemplo, de pequeño escribes algo casual con una horca en el agua para arrastrar la pelota que ha caído en el

estanque, y resulta que es para siempre. El vecino de ojos saltones amenaza con pegar con la manguera de la lavadora, su mujer tiene papada, se asoma por el cuello desmesuradamente amplio como una pera enorme. Sajó una rana con una cuchilla de afeitar y miraba cómo se iba contrayendo su diminuto corazón gris. Y también se le ocurrió poner inyecciones a las ranas: tomaba un boli, el estilete atravesaba la piel con un crujido y vaciaba la tinta. Las niñas jugaban en la maleza del árbol de mayo junto a la ducha, preparan la cena, con el diente de león se pueden preparar tres platos: macarrones, huevos fritos y arenque. Los pétalos de una florecilla encarnada se pegan a las uñas, si los relames, parece que llevas manicura. Corren al retrete a agacharse encima de un agujero en el que sopla el aire. En invierno desvalijan la dacha todo el tiempo, escribió una nota: «Camaradas ladrones: convénzanse de que no guardamos nada de valor ni de alcohol. Por favor, no rompan nada ni golpeen los cristales, somos gente de pocos recursos». Llegó ese fin de semana, desde la cancela recorrió en el crepúsculo el sendero congelado, sembrado de estrellas, y en la casa estaba todo destrozado, quemado, y la nota estaba en el suelo, apilada en un montón. Se puso a limpiar con un recogedor, el montón estaba cubierto de hielo, resuena. El hombre es un camaleón: el que vive con los musulmanes es musulmán; el que lo hace con lobos, un lobo. Los rusos no comen palomas porque el Espíritu Santo se apareció en forma de paloma. Una queja de Corintio: aceptaron a un pasajero en un barco y este resultó ser un profeta, revivió al arenque, que se tiró por la borda después de deslizarse a saltitos por la cubierta resbaladiza, y solo un pececillo, vale, pero es que fue todo un tonel y, como consecuencia, la tripulación se quedó sin provisiones. Comed, no paséis hambre, vivid, no os muráis. Las almas, nos dice Heráclito, proceden de la humedad, pero, al mismo

tiempo, son proclives a secarse. Al malo, al ajeno, nos toca decirle sí; al nuestro, al prójimo, al amado, no. ¿Y cómo se puede estar seguro de algo si al día siguiente el Tonante se levantará con el pie izquierdo y tocará donar la casa paterna para un trirreme, o te diriges a Siracusa a comer *bliny* con tu tía y tropiezas con piratas o, mientras duermes, te degüella un esclavo evadido? Viajero, ¿adónde vas? ¿Crees que a Esparta? La nieve ha sido tan copiosa otra vez que los tranvías no funcionan. La resurrección de la carne. Los borceguíes son el alma, y el capote, el cuerpo. Déjenle el capote y no correrá tras la gente que pase. ¡Dejadlo todo y vámonos a Roma, qué cerca del cielo están allí! Sufría de insomnio. Por las noches solía venir a verme a mi cuarto, cuando yo ya estaba acostado y con la vela apagada, se sentaba en un diván estrechito de paja trenzada, apoyaba la cabeza en una mano y dormitaba. En mitad de la noche se cambiaba de puntillas a su cuarto, se sentaba en su propio diván y medio dormitaba. Cuando llegaba el amanecer deshacía su cama para que la criada no se intranquilizara y viera que el inquilino había pasado la noche con normalidad. Le daba miedo morirse mientras dormía e intentaba no dormir de noche. ¡Y qué aire! Parecía que ensanchabas la nariz y al menos setecientos ángeles volaban a tus fosas nasales. Créanme, a menudo me surge un deseo vehemente de convertirme en nariz para no tener nada más: ni ojos ni manos ni piernas, solo una nariz grandecita cuyas fosas nasales tenga el tamaño de unos cubos considerables para poder absorber tanto aroma y primavera como sea posible. Cuando me acerqué al cuerpo de Gógol, no me pareció que estuviera muerto. La sonrisa en la boca y el ojo derecho sin cerrar del todo dieron lugar a que pensara en un sueño letárgico, así que no me decidí a quitarle la máscara enseguida. Tenía miedo de no morir. También habría que resucitar la botella forrada con paja: cuando jugaban, bebían vino seco, y Gógol

decantaba con arte la capa superior de aceite de oliva, que hacía las veces de tapón e impedía que se estropeara el vino, de la botella barriguda y forrada con paja. Porque los objetos también son carne. El ladrillo cubierto de musgo en las matas de *phlox* de la dacha, bajo el que está el ciempiés. El tocadiscos con el brazo vendado con cinta aislante azul en el sótano de Starokoniúshenny. También la helada de hace muchos años, cuando el metro se cubrió de secreciones de hielo, y el portero esparcía sal con arena de un cubo, con lo que congelaba todavía más, es carne. Y las pinturas. En un vaso en el alféizar, rotuladores de colores, todos negros por estar a contraluz. La taza del retrete, rojiza por el agua ferruginosa o por las tuberías oxidadas. Las encías sangran, en el cepillo de dientes la espuma es rosada. También las acuarelas a base de miel. Y los sonidos. De pronto se hicieron audibles los relojes, como si hubieran roto el cascarón, como si se hubieran parado y ahora funcionaran otra vez, primero el de pared, sin prisa; tras él, dando saltitos, el despertador de la mesilla. Los viejos discos crepitan como la leña en el horno. En el cine, una botella vacía daba vueltas por el suelo. También hay que resucitar la risa en la fábrica de goma, cuando hubo que parar la cadena de montaje. Y la calma y el vacío. Las vacuidades de las personas halladas en Pompeya. La estancia en la nada. Las rameras que no existen. La ausencia también es carne. Porque la calma es una criatura creada por la palabra, igual que el vacío encerrado en un cuarto o el reflejo de las farolas en los húmedos adoquines nocturnos que se reproduce vegetativamente, con esquejes. O, mira, como esas huellas dactilares en el cielo, aunque no, son solo pájaros que se han dividido en varias bandadas. Al hombre le dieron el nombre de Ask y a la mujer, el de Embla. Adán era el dueño de la parte oriental y septentrional del paraíso, y yo guardaba el lado occidental y el meridional. Adán era el señor de las fieras de sexo

masculino, y yo era la señora de las fieras de sexo femenino. En el juicio final van a atormentar a rameras y a especialistas en mecanización. Y vio un río abrasado por el fuego y a muchos hombres y mujeres, como granos de mostaza, sumidos en él hasta las rodillas, pero otros hasta la cintura, otros ya hasta la boca y unos últimos hasta las sobrecejas en la cabeza. Pregunta: ¿Quiénes son esos que están en el agua de fuego? Respuesta: Son quienes no tienen ni frío ni calor. Pues no se encontraban entre los justos, aunque habían terminado el tiempo de su vida en la tierra, pues habían pasado una parte de sus días siguiendo la voluntad divina, pero otros días en pecado y adulterio, y así vivieron sin cesar. Pregunta: ¿Por qué estás desnudo? Respuesta: ¿Es que no sabes que tú mismo estás desnudo? Pues llevas una piel de ovejas terrenales y se está pudriendo con tu cuerpo. Y yo, habiendo mirado al cielo, veo mi rostro y la ropa tal como es, en su verdadero aspecto. Pregunta: ¿Cuántas partes tiene el alma? Respuesta: Tres, la de la palabra, la de la furia y la del deseo. Pregunta: ¿Cuántos dioses hay en realidad? Respuesta: Setecientos setenta y siete. Pregunta: Y con más exactitud, ¿cuántos son? Respuesta: Ciento cincuenta. Pregunta: ¿Pero de verdad? Respuesta: Uno. Pregunta: ¡Dime la verdad! Respuesta: Menos de uno. Pregunta: ¿Hay que decirle a una madre que su hijo se ahogó en el mar o decirle que se ha marchado lejos y no ha regresado? Pregunta: Dime, Sadrac, desde la creación del mundo, en todos estos siglos, ¿cuántas gotas de lluvia han caído sobre la tierra y cuántas caerán? Pregunta: Y si alrededor hay nieve acumulada, entonces la raya roja en la piel por la goma de los calzoncillos, ¿por qué no es una enredadera? Respuesta: No hay ningún juicio final. No hay que tener miedo. No habrá nada semejante, ni mucho menos lo ha habido. ¡Meten miedo! ¿Y con qué se puede asustar a una vieja en un espejo cegado? A mí,

que me he muerto de miedo por hacerme vieja y que se me ha castigado por esta vida larga, ¿con qué más se me puede castigar? Bueno, perdí la lupa, todo el día la estuve buscando y ella, la muy sinvergüenza, me miraba desde la cocina, sus ojos saltones miraban a esta vieja idiota. A esta mula agotada por la vida. Los dedos encorvados por la artritis. La piel me cuelga como una cortinilla plisada. Me he hecho pequeña, me he arrugado: soy como un macaco enclenque. Me he perdido en la cama. En las noches insomnes desentierro el pasado. Excavo mi Troya, que quizá nunca ha existido. Arena, polvo, con una pala. De pronto brilló algo de porcelana, ahora hay que ir con cuidado, con un pincelito. Una vez excavado, observo lo hallado bajo este ángulo y bajo este otro, a contraluz, lo huelo, lo rasco con la uña. Mi primer amor fue un perrito de porcelana. Mi padre lo llevó al aparador y dijo que no era un perrito normal y corriente, sino uno mágico. Me quería y todos los días iba a tener listo un caramelo para mí si yo me portaba bien. Cogí el perrito, le quité la cabeza: el interior estaba hueco y ahí estaba el caramelo. Yo intentaba con todas mis fuerzas portarme bien y todos los días obtenía de mi querido perrito de porcelana un caramelo mágico, encantador, inusual, incomparable, el más rico del mundo. Una vez entré corriendo al cuarto y vi a mi padre en cuclillas, con un cucurucho de papel en la mano y en el suelo, a su lado, el perrito sin cabeza. Mi padre me vio, se quedó cortado y me tendió el caramelo que pretendía colocar dentro. Me lo llevé a la boca y me pareció que no estaba rico. Tenía alergia a los gatos, empezó de repente a los seis años, nadie podía comprender qué pasaba. Yo sí lo sabía, pero no se lo decía a nadie. O pensaba que lo sabía. De pequeña tuve un gato, envejeció y se escapó para morir en el campo. Los gatos se esconden cuando se están muriendo. Y yo empecé a ahogarme si en la habitación había un gato. Por eso, la

primera vez que debía haber sucedido con el hombre al que amaba, y él estaba casado, me dio un ataque de alergia. Fuimos a su casa. La mujer estaba con los niños en el campo. Él me besaba y al poco tiempo empecé a ahogarme. Le pregunto: ¿no hay gatos? Responde: no. Pero yo lo siento. Sí que tenían un gato, se lo habían llevado a la dacha, pero los pelos se habían quedado por todas partes. Así que le dije: no puedo, me encuentro mal, pero a él le parece que estoy coqueteando, que me he inventado alguna tontería, que es un juego. Empezó a desnudarme, pero no había forma de que yo respirara. Nunca antes he podido comprender cómo todo eso puede suceder de forma simultánea: estoy aquí ahora, con la lupa en las manos, y al mismo tiempo allí, lo estrecho contra mí y siento que pierdo el conocimiento, que me muero, que no puedo inspirar. Y ahora comprendo que todo es bien sencillo. Todo sucede siempre simultáneamente. Por ejemplo, tú ahora estás escribiendo esta línea y justamente yo la estoy leyendo. Ahora pondrás al final de esta frase un punto, y yo llegaré a él justo al mismo tiempo. ¡No se trata de las agujas del reloj! Se las puede desplazar hacia un lado y de vuelta. Se trata de los husos horarios. Los pasos de la esfera. Todo sucede de forma simultánea, solo que las agujas de todos los relojes se dispersaron, cada cual a donde le pareció. Toda esta locura porque el sol se levanta por la ventana de la cocina y se pone por otra ventana, en la habitación, por detrás del limón en el alféizar; metí una pipa en una maceta con tierra y ahora despunta todo un arbolito. Es como el Año Nuevo: en Londres acaban de empezar a poner la mesa y en Japón ya están bebidos. Yo espero la pensión el viernes y, al mismo tiempo, las nubes del viernes todavía están en alguna cañería. El que está en la celda todavía está raspando una barca en el muro y, al mismo tiempo, ya está bajando por el Tíber en dirección a Orvieto. Por ejemplo, en la hora de clase

os digo a vosotros, queridos míos, que en Dios solo creen las viejas y, al mismo tiempo, susurro a la almohada: Señor que estás en los cielos, y pienso en que es bonito, en los cielos… Doy gracias por cada día vivido, por ese amor que tuve. Y pido perdón por haberos asegurado que no hay pruebas de Dios. Menuda idiotez. El milagro es una prueba. La muerte es el milagro. Yo moriré. ¿Qué más pruebas hacen falta? Es solo que lo dibujan así: con barba, con una clámide. Cuando, en realidad, quizá no sea un anciano amenazador sobre las nubes del viernes en una cañería, sino un veraneante, pasea por una playa del Báltico con una caja de cerillas, examina con atención las algas arrojadas a la orilla, busca ámbar y, cuando pasa por tu lado, las conchas crujen bajo sus sandalias. O esa vendedora que entonces me dijo: tenga, mujer, llévese plátanos buenos, ¡vaya porquería ha ido a elegir! O ese mismo liante que primero enredó a todo el mundo y después irrumpió en la sala y se comió un *varénik.* Pero lo más seguro es que ni una cosa ni la otra ni la tercera, sino algo muy simple, alguna hierbecita. La hierba verde, suculenta. Crece sola. Echa raíces en cada grieta. Tiempo atrás sabían que ella era el dios de la familia de las criptógamas, después se les olvidó. Ahora estudian las ruinas de los templos, pero no reparan en la esencia: los templos solo marcaban dónde se encontraban la montaña o la arboleda sagrada, porque los ancianos amenazantes, los veraneantes y los liantes no vivían en los altares, sino en las copas, en el viento, en la hierba. Todo está en la hierba verde, suculenta. Si se deja de creer en el dios primigenio, este no desaparece, simplemente vive para sí en algún lugar aparte, invisible e imperceptiblemente. ¿Recuerdas la casa construida para todos los dioses? Dado que todo sucede de forma simultánea, ahora tú te irás con ella —con cicatrices en los pies o sin ellas, no importa— por la via Pastini, y después saldréis a la piazza della Rotonda, y ahí está

él, el templo de los templos, perdido en el remolino de edificios, lo empujan por todos lados unos desharrapados arquitectónicos. Bajo la columnata asedian a los turistas unos romanos clásicos con armaduras de plástico, *streltsy* de la plaza Roja disfrazados. Mientras entráis por el estrecho resquicio de las enormes puertas de bronce, verdes por el paso de los años, una corriente de aire recorre la piel sudorosa y desnuda, como si alguien se hubiera colado entre las piernas, un gato invisible o el dios de los gatos. Entráis desde el bochorno a la penumbra y el frescor. Todas las miradas las atrae el *oculus.* Lo apuntala una columna inclinada de luz: polvo, bruma. En el techo vuelan unos insectos, se arrebatan en el rayo. Una fotografía antigua en un tablón, durante una inundación en el templo flotan barcas o los dioses de las barcas. Ganas continuas de mirar hacia arriba, a la pupila. En algún lugar en lo alto, por encima de la cabeza, bajo la bóveda a cuadrículas, se ocultaron aquellos a quienes el inocente Teodosio tuvo intención de abolir con su edicto, decidido a reducirlos con la inmaculada María y con los mártires: ordenó traer veintiocho telegas de huesos de las catacumbas. No tendréis nada con lo que cebaros, decía. ¡Ya ves qué casón! ¡Para nosotros el sudor, para vosotros el sabor! ¡Era vuestro; ahora es nuestro! ¡Apretados, pero felices! ¡Con trabajo honrado no te harás con palacetes de piedra! ¿Para qué lavarse si no hay con quien besarse? ¡Ámalo como al alma, sacúdelo como a una pera! La orden de expulsión está, pero ¿cómo se los expulsa a ellos, a los invisibles? Quizá estén aquí, por todas partes, colgados cabeza abajo, como los murciélagos. Envueltos en las alas, erizados, hechos un ovillo vivo, esperan su momento. El principal, el omnipotente, no espera a nadie, por algo es la hierba verde, suculenta. Aunque no se la ve enseguida. Hay que salir. Ven, te la enseñaré. Tú sales primero, y la mujer que al mismo tiempo tiene cicatrices en los pies y no se queda

al otro lado de las puertas, esperando a que pase el grupo de turistas de turno. Y mientras tú estás entre las columnas y esperas a que salga —quizá un minuto, quizá todos estos años—, y ella espera quieta a que todos pasen para no empujarse en las puertas, te enseñaré lo más importante, mira, es aquí, donde el muro lateral y el trasero es de ladrillo y luego, de repente, un bloque de caliza rosa, encima de esta, los capiteles de las columnas, fragmentos de los frisos con delfines, y todo ello está vestido con musgo y se ha cubierto del dios ligero y rizoso, ¿lo ves? En nuestro país es una planta de interior, de lo contrario no sobreviviría, sin el calor humano, pero aquí es un yerbajo. En fin, en la lengua muerta que designa seres vivos es *Adiantum capillus veneris.* Una hierbecilla verde del género *Adiantum.* El cabello de Venus. El dios de la vida. La hierba de las hierbas. Apenas si se mece con el viento. Parece que asiente: sí, sí, así es, este es mi templo, mi viento, mi vida. La hierba de las hierbas. Crecía aquí antes de vuestra Ciudad Eterna y voy a crecer después. Y a los barbudos en clámide que idearon la maculada concepción, dibujadlos, talladlos cuanto queráis. Yo brotaré a través de todos vuestros lienzos y atravesaré todo vuestro mármol. En cada ruina del Foro y debajo de cada ladrillo bajo las *phlox.* Y donde no se me vea, ahí estará mi polen. Y yo estoy allí donde estéis vosotros. Estáis en la piazza Colonna y yo también. Los manifestantes se han puesto batas blancas y corean por el megáfono: *«Morire con dignità!».* Son médicos de la clínica oncológica, amenazan con ir a la huelga si no les suben el sueldo. Abordan a los transeúntes con un largo manifiesto, fírmelo, dicen, hoy o mañana también usted tendrá que hacerse pruebas en oncología. Señor, ¿todo bien con su próstata? Bueno, ya veremos, ya. Aquí mismo, en el Corso, donde está el barullo y las corbatas son tan baratas que te las podrías comer, las carreras de judíos. Tenían

que correr desnudos. Tal como crucificaron a nuestro Señor, tal como su madre los trajo al mundo. Carnaval. *Carnavalissimo.* Todo el pueblo se divierte y se alegra. Hasta el más pelado, el que no tiene ni qué ponerse, se pone la cazadora del revés, se unta la cara con carbón y corre hasta el montón heterogéneo. Y esa alegría simplemente está en su naturaleza. ¡Come-bebe-diviértete, con una niña bonita cásate! Los judíos pagaron por su libertad, claro, y quedó solo un *oroch.* Un sastre que no tiene levita ni almohada, pero sí esposa, hijos y la correspondiente aflicción. Los tunguses traen al *oroch* aquí, al Corso, y la mujer y los niños lloran con fuerza, se despiden del padre porque no terminará la carrera vivo. Reparten baquetas a la multitud. El *oroch* se quita los pantalones y toda la calle se muere de risa. Se queda desnudo, tapándose las vergüenzas con las manos, y dice: ahora me matarán y quiero deciros que os quiero muchísimo, a ti, Zhénechka, y a ti, Aliosha, también a ti, Vítenka. ¡Preparados, listos, ya! Él corre y lo zurran. ¡Tened compasión, hermanos! Él corre y lo zurran. ¡Tened compasión, hermanos! Él corre y lo zurran. ¡Tened compasión, hermanos! Se acabó. No puede correr más. Se ha caído. Ahora tiene que morir. De pronto ve que alguien más está corriendo detrás de él, desnudo, delgado. ¿Quién es? Hueso y pellejo, sangre y sudor, se le mueve la barba. Está claro que él también está acabado. Su nariz no es como la mía, piensa el *oroch,* así que no soy yo. El *oroch* conocía a todos los judíos de Roma. Este era de fuera. ¿De dónde sale usted?, pregunta el *oroch.* La cara me resulta familiar, pero ¿de qué lo conozco? Nunca he salido de Roma, no he asomado la nariz más allá de la estacada. Solo sé que el abedul blanco debajo de mi ventana se ha cubierto de nieve, parece de plata. ¿Y por qué corre? Mire que esta es mi carrera, soy yo quien debe morir. ¿Quizá ya haya muerto? El otro responde: Usted no puede conocerme, porque soy yo quien

murió hace mucho, y usted todavía está vivo. Le parezco familiar porque todos somos imagen y semejanza: manos, pies, pepinillos, y el alma, al igual que el cuerpo, huele a sí misma y a su alimento. Lo importante es recordar hacia donde se alarga mi mano: arriba o detrás, tras la cabeza. Aunque supongo que es algo que nunca recordaré. Pero esto ahora no tiene ninguna importancia para usted. Usted debe vivir, tiene a Zhénechka, a Aliosha y a Vítenka. Yo correré detrás. El *oroch* se sorprende: ¡pero si usted no es judío! El otro, sonriendo en respuesta: ¿acaso no sabe que en el reino del rey Macius no hay ni griegos ni judíos? Vaya a su casa, cene, encienda la tele, juego con sus hijos, léales antes de dormir historias de Urfin Gius y sus soldados de madera, después ponga el despertador y váyase tranquilo a dormir, yo correré por todos ustedes. Por los judíos, los sármatas, los *oroch,* los tunguses, los emperadores y los filósofos. Vamos, vaya, que lo están esperando en casa. ¡Y tenga más cuidado! ¡Mire en todas direcciones! Que aquí todos van como locos. Y echó a correr a pequeños pasitos. Adelantando a los transeúntes y los grupos de turistas. Saltando para salvar las alcantarillas bajo las que se escondían el senado y el pueblo romano. Corre por el Corso en dirección a la piazza Venezia, donde no hay quien cruce la calle hasta que una intrépida guía no se lanza, con su palito de bambú cual florete, entre el tráfico en movimiento. Si subes por los escalones y te das la vuelta, se ve solo la cola del semental de Víctor Manuel y, debajo de la cola, las bolas equinas suspendidas sobre Roma. Los pájaros sobre el Capitolio han vuelto a convertirse en la nariz de Gógol: setecientos ángeles vuelan a unas fosas nasales del tamaño de un cubo. Los augures siguen su vuelo para predecir los acontecimientos. Un gato tuerto va con prisa al Foro. En la via Sacra las baldosas están desbastadas, una es abombada, otra tiene una cavidad, el carro triunfal del vencedor debía traquetear con

fuerza. El lago sagrado Curcio —*lacus Curtius*— es bastante más pequeño que un charco de primavera en nuestro mercado de Friázino. Me sentaré en un tocón de piedra debajo del arco de Septimio Severo, me comeré un hojaldre. Y esa es la cárcel Mamertina —*Carcere Mamertino*—. Y, dígame, ¿dónde mataron a César? Espere, se ha adelantado, todavía no hemos llegado ahí, todavía no lo han matado, todavía está vivo. Así pues, esta era la cárcel política más importante. A nosotros nos parece una cárcel pequeña, solo dos estancias, arriba y abajo. En la estancia superior se encuentra un altar consagrado a Pedro, quien, según cuenta la leyenda, estuvo recluido antes de su ejecución, pero no está corroborado por ningún documento; al mismo tiempo que en Tácito, en sus *Anales,* leemos el relato de que aquí se dio muerte a Sejano, prefecto de la guardia pretoriana, quien había intentado organizar una conspiración contra Tiberio. El cuerpo del calamitoso rebelde, ya muerto, fue arrojado a la multitud para que lo despedazaran y, al cabo de tres días, al Tíber. Pero esto era poco para ellos. Trajeron aquí a sus hijos. La niña pequeña no entendía nada y no paraba de preguntar por qué pecado querían castigarlos, prometía no volver a hacerlo y si no se la podía castigar como se castiga a los niños, dándole un par de azotes. Mientras los juristas se percataban de que en la historia de Roma no había precedentes de ejecución de una niña pequeña, que no se había hecho mujer, los verdugos la mancillaron antes de asfixiarla. Pero a esta niña nadie le pondrá un altar. Porque Pedro no estuvo en Roma, pero ella sí. Porque si hay algo auténtico en algún lugar, lo buscan no donde se había perdido, sino en Roma, en la que algo no va bien con el tiempo: no pasa, sino que se acumula, llena esta ciudad hasta los bordes, como si alguien lo encajara en el desagüe del Coliseo como si fuera un tapón. Porque si había amor, nada puede volverlo no-existente. Y

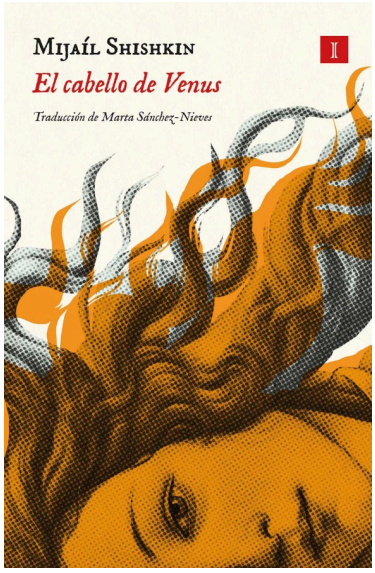
morir es completamente imposible cuando amas. En las noches de insomnio, me quedo tumbada recordando a todos cuantos he amado. Ciega, pero los veo delante de mí. Es muy duro pasar los últimos años en soledad. ¡Cuánto quería tener un niño! Porque ese niño que estaba dentro de mí entonces, en el museo de Ostánkino, el que no nació, se convirtió en pececillo y se fue nadando. Y yo rezaba: Hierba verde, suculenta, dame otro niño. Y ella me responde: ¡Pero si ya eres vieja! Yo: ¿Y qué? Ella: Juzga por ti misma, ¡los ciclos femeninos ya te han cesado! Yo: ¿Y qué? ¿A qué viene eso? ¡A Sara también le habían cesado hacía tiempo y se lo diste! ¡Haz el milagro! ¿Qué te cuesta? Entonces la hierba verde dijo: Está bien, qué voy a hacer contigo, ¡que se haga tu voluntad! Ve a la panadería a por un pan de Borodinó, tendrás un guisantito. Y ahí voy yo a nuestra panadería, despacito, con ayuda de un palo, contrahecha, hacia mí viene una gitana, tiene tres brazos. Está mojada, como si acabara de cruzar un río. En una mano, un niño pequeñito, todo mojado también, hasta chorrea; en la otra, una pera mordisqueada. Con la tercera mano me acaricia la cabeza y dice: Acabo de ponerme a salvo de unos bandidos, por eso estoy toda mojada. No te fijes en que soy gitana, soy pura, inmaculada, no quedó nada, ni sutura, ni herida, inmaculada como el mar de Juncos que se abrió y después volvió a cerrarse. Escupe a la pera y me la da: ¡Ten, dale un mordisco! Lo hice, en mi vida no ha habido nada más dulce que esa pera. Y sigo despacito a por el pan y entonces lo siento: estoy embarazada. Náuseas. Me agarré a la valla y vomité, me froté los labios con nieve derretida. A la mañana siguiente me desperté y pensé: he debido de soñarlo todo. Me miro en el espejo y no doy crédito a lo que veo: ¡he rejuvenecido! ¡Y los pechos se me han hinchado! La tripa también me ha crecido. Me asusté: ¿qué van a decir los vecinos? ¡La vieja ha perdido la cabeza! ¿Y cómo

ocultarlo? ¡No crecía por días, sino por horas! Y dentro todo está vivo. Una tripa viva. ¡El guisantito ha regresado conmigo! Presto atención a mi cuerpo, el niño se mueve. Había ocultado mi embarazo a todos, ajustaba la tripa, pero este no podría ocultarlo de tanto como había engordado. Empecé a esconderme de todos, no salía a ningún lado. Me quedo en la cama sin levantarme. Tendré que parir en algún momento. Empezó en mitad de la noche. Ya está, no puedo más. Contracciones. Y un dolor terrible, insoportable. Sufro y sufro, pero tengo miedo de llamar a nadie. Y, de repente, como si fuera un cañón, salió volando de mí. ¿Un niño? ¿Una niña? No veo nada, tengo que dar la luz. A oscuras palpo con la mano la mesita de noche, engancho el cable y la lámpara se da un buen batacazo contra el suelo. Intento levantarme, pero ya no tengo fuerzas. Me resbalo con algo y me caigo, me golpeo en la cabeza. Me quedo tumbada oyendo todo y viendo todo, pero de una forma extraña, como a través de un espejo, como si no fuera yo esa tumbada en el suelo, sino que estoy en un balcón y desde ahí miro la ventana y me veo, en un charco junto a la cama, la lámpara rota al lado. Entonces alguien llega corriendo y dice: Ya está, ha dejado de sufrir. Me rodea la noche cerrada. Todos duermen. También el viento duerme. También duermen los botines, las sandalitas y los zapatos cansados de correr durante el día. En el jardín los pececillos se han dormido. En el estanque los pajaritos se han dormido. También duerme Roma, la ciudad de los muertos donde todos están vivos. Se ha serenado en los brazos de un sueño profundo. Solo se ve todavía luz en una pequeña ventanita, ahí está un teniente que ha llegado de Riazán, un gran aficionado a las botas de caña alta, se está probando un par nuevo, por enésima vez se acerca a la cama para quitárselas y acostarse, pero no lo logra: levanta el pie y se queda admirando el tacón confeccionado de maravilla. Un estómago digiere Berna. Una

barra de pan brilla. Si se tira de la punta del pelo pegada al trocito de jabón, los continentes se separan. Duermen los intestinos de la tierra. Duermen los lápices blancos. Duermen las chicas como si nadaran, la mano derecha por delante, debajo de la almohada, la mano izquierda detrás, con la palma hacia arriba. Por la noche las fuentes suenan más. Nadie en la de la Barcaza. Nadie en la de Trevi. La fuente de las fuentes, el almirante, el buque insignia: guía la flotilla de fuentes por el mar pétreo dormido. A nadie se le posa el polvo acuático en la piel. Nadie bebe la rica Aqua Virgo, nadie lanza una moneda por encima del hombro, como diciendo: ten tu óbolo, barquero de cabras, lobos y coles, me debes una. De la abertura en la cúpula del Panteón, habiendo aguardado su momento, se deslizan a la noche los murciélagos, van de acá para allá. Por debajo del puente que lleva al castillo de Sant'Angelo, navega por el Tíber una barca raspada en el muro, está vacía. El Foro está tranquilo, vacío, solo hay gatos que no apartan la vista de los brazos clavados. Pronto va a amanecer. El arquitecto del cielo ase las tijeras y ahora irá y le recortará todo lo superfluo: la columnata de San Pedro, el puente con ángeles. Él también es un liante: recorta los ángeles y el resultado son los oficiales de Sebastopol, quieren salir a la superficie y, amarrados, rabian por subir y los trozos de las camisas se levantaban como alas. ¡Quizá haya sido él, Bernini, quien ha enredado todo el mundo! Le encargaron esculpir en mármol a una vieja que no concebía ni dejaba a otras, y antes de morir masculló: Ha llegado la hora tanto tiempo esperada, ha llegado el momento de vernos, novio mío, muerte mía. Y al liante le salió una novia joven. Y el novio de ella es el cabello de Venus. Amanece. En la escalinata de España, montones de la basura de ayer. En la dirección del monte Pincio alguien grita: *Eloí, Eloí, lamá Sabajthaní?* El ángel negro se ha quedado petrificado en una esquina de la piazza del Popolo con las

alas de los bolsos desplegadas. Por el Corso corre, apartando a codazos a los primeros transeúntes de la mañana, Galpetra, la del retrete, la bigotuda y desnuda, agita los pechos pesados y saltones, tiene un guisantito en el estómago. Va deprisa, quiere alcanzar al que corre por delante hacia el reino del rey Macius, lo llama: ¡Espere, lléveme con usted a correr por todos, correremos juntos! Al final de la calle, una guía solitaria levanta el paraguas enrollado con una toquilla atada del color de la aurora, no os perdáis, decía, seguidme, yo os enseñaré lo más importante en esta ciudad pasajera. Es el obelisco egipcio, con una nube rosa atada a él, quien invita: ¿Dónde estáis? ¡Seguidme! Yo os enseñaré la hierba verde, la suculenta.

Zúrich-Roma, 2002-2004



En una oficina de asilo en Suiza, un intérprete escucha cada día a quienes han escapado del infierno. Las voces que traduce —las de refugiados rusos que narran historias de violaciones, de guerras, huidas y desapariciones— lo alcanzan como un golpe. Cada testimonio es un nuevo peso que carga sobre los hombros. Y, sin embargo, cuanto más fiel intenta ser, más se le deshace la realidad entre los dedos. Porque, secretamente, también él vive sitiado: por un amor que se fue, por un hijo al que solo puede escribir desde la distancia (o desde la imaginación) y por una memoria que ya no sabe distinguir lo vivido de lo soñado.

***El cabello de Venus*, la novela más deslumbrante de Mijaíl Shishkin, es un torbellino de historias que se ramifican, se persiguen y acaban encontrándose: entrevistas, cartas, diarios, mitos, ecos de la Antigüedad… Un libro que lee el mundo como un palimpsesto, donde todo es copia y, al mismo tiempo, una herida antigua; donde el horror convive**

con una belleza inesperada; donde la literatura, como ese helecho tenaz que brota entre las ruinas de Roma, atraviesa la piedra y se niega a morir.

La obra maestra de Mijaíl Shishkin: una novela-río en la que las voces del exilio, el amor y la guerra se funden en una sinfonía única de memoria y lenguaje. Una obra monumental. Un hito indiscutible de la literatura europea contemporánea.

CITAS

«En *El cabello de Venus* destaca un original uso polifónico del lugar y el tiempo, una ambición artística casi religiosa y una sustancial importancia de la palabra.» —Andrés Seoane, *La lectura*

«Shishkin es una especie de híbrido entre Lev Tolstói y James Joyce.» —*WORDS WITHOUT BORDERS*

«Un autor que amplía la idea de lo que puede ser una novela.» —*London Review of Books*

Mijaíl Shishkin nació en 1961 en Moscú. Su padre era un marino ruso de sumergibles que combatió en la Segunda Guerra Mundial y su madre, ucraniana, era maestra. Mijaíl, que nació cuando el matrimonio ya se había deshecho, desempeñó en su juventud diferentes oficios como profesor de escuela, periodista e incluso barrendero. En 1995 se trasladó a Suiza donde trabajó como traductor de ruso y alemán para solicitantes de asilo. Tras su publicación en Rusia en 2005, su novela *El cabello de Venus* fue galardonada tanto con el premio Bestseller Nacional de Rusia como con el Premio Grinzane Cavour y el Premio Halpérine-Kaminski. Entre el resto de sus obras cabe destacar *La lección de caligrafía* (1993; de próxima publicación en Impedimenta), *La toma de Izmail* (1999) y *Sasha y Volodia* (2011). Asimismo, es autor de *Mi Rusia* (2021; Impedimenta, 2024), uno de los más brillantes alegatos contra la Rusia de Putin escrito en los últimos años. Shishkin está considerado el más importante escritor ruso de la actualidad. En 2011 fue galardonado con el Internationaler Literaturpreis - Haus der Kulturen der Welt, que también han recibido autores como Mircea Cărtărescu, Teju Cole o Amos Oz. Actualmente reside en Zúrich.

Título original: *Venerin volos*

Edición en ebook: marzo de 2026

Copyright © Mijaíl Shishkin, 2005
Copyright de la traducción © Marta Sánchez-Nieves, 2026
Imagen de cubierta: detalle de *El nacimiento de Venus*, de Sandro Botticelli
Tratamiento del equipo de diseño de Impedimenta
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2026
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

IMPEDIMENTA
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2024,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros)

www.impedimenta.es

ISBN: 979-13-87641-24-5

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[1] En alemán, persona que ha presentado una solicitud de asilo. *(Todas las notas son de la traductora.)*

[2] «¿Es usted la señora Eggli?» «No, no lo soy.»

[3] Baumann, Dirección de Servicios Sociales y Seguridad.

[4] —Muy buenas, señor Baumann, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Tenemos un caso urgente, ¿podría venir ahora?

—No, señor Baumann, lo siento, pero no puedo.

—Qué pena. El caso es realmente urgente. No logro encontrar a nadie. ¿Quizá podría pasarse por aquí aunque fuera un momento? Tengo aquí a un joven, debo informarle de algo. Pero no entiende nada de alemán ni de inglés.

—Es imposible, señor Baumann, estoy en Roma.

— ¿En Roma? ¡Qué bien! ¿Sabe qué? Quizá se lo pueda decir por teléfono. Son unas pocas palabras. El joven está aquí, a mi lado, le paso el teléfono y usted habla un momento con él.

—De acuerdo. ¿Qué tengo que decirle?

—De acuerdo, señor Baumann, pásele el teléfono.

[5] —Se lo he contado, señor Baumann.

— ¡Muchas gracias! ¡Que vaya bien el día!

— ¡Igualmente!

[6] ¡Y mi hermano va a casarse con una eslovaca!

[7] Sí, siempre es la misma historia. Y siempre se llaman Serguéi Ivanov.

[8] —He trabajado con albaneses, africanos y kurdos, pero todavía no me había tocado con rusos.

—Pues a mí solo me toca con ellos.

—Pero Bielorrusia no es Rusia, ¿no?

—Cómo explicarlo…

[9] —Tiene que ser muy interesante, ¿no?

—Seguro.

[10] Este señor Ivanov hace continuo uso de la violencia. Vea, fue a un Coop en estado de embriaguez, cogió toda clase de comida, no pagó y encima se puso a comer y a beber allí mismo, en el establecimiento, a la vista de todos. Le dio por molestar a un par de mujeres. Y después se resistió a la policía.

[11] Verá, en general, los rusos son gente apacible, tranquila, solo cuando beben de más…

[12] —Así que hoy tiene fiesta. ¡Felicidades! Por la mañana, la cárcel y, después de comer, de boda.

—Ya ve. En la vida todo va junto. A alguien lo encierran, alguien se va de boda. El mundo no es justo.

—No.

[13] Señor Ivanov, le aconsejo que se declare culpable. De todas formas lo deportarán de Suiza. Le interesa colaborar con las autoridades. Estará menos tiempo en la cárcel y podrá irse antes a casa.

[14] En ese caso, lo aguarda una deportación forzosa.

[15] Señor Ivanov, comprenda que quiero ayudarlo.

[16] —¿Qué está diciendo?

—No tiene que ver con el caso.

—Quiero que lo traduzca todo.

—Está bien.

[17] Mire, señor Ivanov, yo quiero ayudarlo. Pero usted no quiere escucharme. Lo lamento, pero en ese caso no puedo hacer nada por usted. ¿Quiere añadir algo más sobre el caso?

[18] ¿Qué, qué es lo que ha dicho? ¡Traduzca exactamente lo que ha dicho!

[19] Dejémoslo aquí. Esto no tiene sentido.

[20] ¡Adiós! ¡Que le vaya bien!

[21] —Estas cosas pasan. No le dé importancia. Vaya a la boda de su hermano y disfrute de la vida.

—Después de algo así, cuesta disfrutar de nada. Antes hay que recobrarse.

—Claro. Hay que aprender a desconectar. Le vendrá bien pasear un poco, y así se aireará, se le pasará.

[22] Mi madre también es maestra jubilada. Al final el mundo está dispuesto de forma injusta.

[23] ¡Hasta la vista! Que vaya bien el día.

[24] ¿Sabe una cosa? No tiene ninguna importancia. No puede ser que a todas las maestras les vaya bien. ¡Y no se puede sufrir por todas las maestras cuya pensión no les da para vivir!

[25] Y si a su madre y a usted les va bien, hay que alegrarse por ello. Si en algún lugar hay guerra, con más razón hay que vivir y alegrarse de no estar allí. Y si alguien es amado, siempre habrá alguien a quien nadie ame. Y si el mundo es injusto, de todas formas hay que vivir y alegrarse de no estar encerrado en una celda maloliente, sino ir de boda. ¡Alegrarse! ¡Disfrutar!

[26] Osia es el hipocorístico de Iósif y *osa* , 'avispa' en ruso.

Índice

El cabello de Venus

Sobre este libro

Sobre Mijaíl Shishkin

Créditos

Notas